FRAY LUIS DE GRANADA, O. P.

HISTORIA DE SOR MARÍA DE LA VISITACIÓN

Y

SERMÓN DE LAS CAÍDAS PÚBLICAS



JUAN FLORS, Editor

Fray Luis de Granada no necesita presentación. Es el escritor ascético de nuestra literatura espiritual que cuenta con mayor número de ediciones y traducciones a lenguas extrañas. Sus libros devotos han prolongado durante siglos el eco de su predicación, noble, cadenciosa y ungida, por todos los continentes. Pero existía hasta el presente un libro suyo, guardado en la rica Biblioteca de El Escorial, que nunca se había impreso. Es el que hoy publicamos: la *Historia de Sor María de la Visitación*, más conocida por "la monja de Lisboa", una falsaria de la santidad, que sorprendió la buena fe de Fr. Luis, muy viejo ya y casi ciego. Maravillado por las aparentes virtudes de la priora de la Anunciada de Lisboa y por las fabulosas mercedes que ella fingía recibir del Señor, Fr. Luis se decidió a escribir en vida su biografía. Una vida que vino a sumarse a otras bellísimas que también salieron de su pluma, y una ocasión que él aprovecha para intercalar en un maravilloso tratado de las virtudes cristianas, de valor perenne, unos datos y unos hechos, cuya sustancia vio él mismo desvanecerse como una pompa de jabón. Cuando los inquisidores descubrieron la superchería de la priora, fue esto un duro golpe para el anciano dominico. Pero tuvo asimismo la ocasión de que escribiera ese magnífico *Sermón de las caídas públicas*, que cierra este volumen, y es como el canto del cisne de nuestro predicador incomparable.

Presentan la edición tres especialistas en temas granadinos: El primero, Fr. Álvaro Huerga, O. P., joven profesor del Angélico de Roma, de quien esperamos un día la biografía definitiva y la edición crítica de las Obras de Fr. Luis; posee un estilo ágil y ameno, con una documentación exhaustiva y crítica depuradísima, que ya conocen los lectores de "Espirituales españoles". A continuación, la monja norteamericana, Sor Juana Manuel Schuyler, profesora del Catholic Central High School de Troy, N. Y., quien preparó en España, de la que es una gran admiradora, su notable tesis doctoral sobre Fr. Luis, hagiógrafo. Por último, el canónigo magistral de Astorga, don Bernardo Velado Graña, de una gran sensibilidad poética y orador por oficio, ha dispuesto el texto para la imprenta. Un día nos ha de sorprender con un libro muy bueno sobre el P. Granada, al que viene dedicando varios años y del que nos ha dado ya a gustar, aunque con sobriedad, alguna muestra.



HISTORIA DE SOR MARÍA DE LA VISITACIÓN

ESPIRITUALES ESPAÑOLES

Biblioteca patrocinada por el «Centro de Estudios de Espiritualidad» de la Universidad Pontificia de Salamanca

Directores:

PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ
De las RR. Academias Española y de la Historia

LUIS SALA BALUST
Catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca

Serie A

TEXTOS

TOMO IX

FRAY LUIS DE GRANADA, O. P.

HISTORIA DE SOR MARÍA DE LA VISITACIÓN

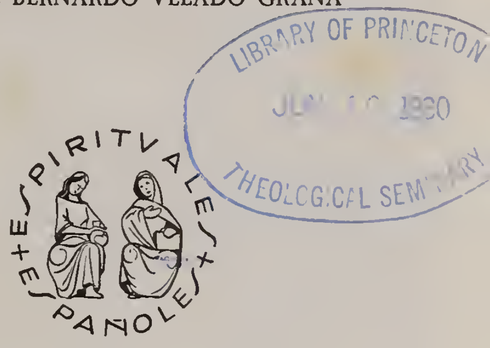
FRAY LUIS DE GRANADA, O. P.

HISTORIA DE SOR MARÍA DE LA VISITACIÓN

Y

SERMÓN DE LAS CAÍDAS PÚBLICAS

Estudio preliminar de ALVARO HUERGA, O. P.
Prólogo de SISTER JOHN EMMANUEL SCHUYLER, S.S.J.
Edición de BERNARDO VELADO GRAÑA



JUAN FLORS, EDITOR

BARCELONA

1962

DEPÓSITO LEGAL, B. 17.553 - 1962

N. R. 1.174 - 1961

IMPRESO EN ESPAÑA

Imprenta Clarasó; Villarroel, 17. — Barcelona

L. DE GRANADA, *Vida de Sor María de la Visitación,* f. 1 v. Bibl. del Escorial, Ms. J-ij-14. En el margen de la izquierda, una nota del P. J. Cuervo, fechada el 7 set. 1916, sobre la paternidad granadina del manuscrito.

ÍNDICE

HISTORIA DE SOR MARÍA DE LA VISITACIÓN

SERMÓN CONTRA LOS ESCÁNDALOS EN LAS CAÍDAS PÚBLICAS

Págs.

ESTUDIO PRELIMINAR

por ÁLVARO HUERGA, O.P.

INTRODUCCIÓN: VISTA PANORÁMICA

Entre los casos de seudomisticismo y superchería que pululan en la sociedad cristiana del siglo XVI, el más singular y de mayor resonancia fué el de Sor María de la Visitación. "La Monja de Lisboa" — nombre antonomástico con que pasará a la Historia — logró crearse una fama inmensa de santa en todos los sectores del catolicismo europeo. Ella misma la alimentaba y engordaba con la invención de fenómenos físico-espirituales a los que atribuía un origen sobrenatural y que divulgaba como tales sin el menor escrúpulo y con una rara astucia femenina.

Sor María fingió ser una imagen viva y doliente de Cristo: estigmatizada con sus heridas en la cabeza, en las manos, en los pies, en el costado; los raptos frecuentes la transportaban a una vida de mística intimidad con el Dios de la Cruz; los pobres mortales vieron en ella una encarnación de los ideales cristianos y una poderosa intercesora. Hasta milagros le atribuyeron, con la más bondadosa fe del mundo.

Pero toda esa fama se derrumbó como una columna truncada por la base cuando la Inquisición descubrió que los cacareados fenómenos místicos no pasaban de habilísimas artimañas. La actuación postrera del calumniado Tribunal del Santo Oficio fué admirable por su serenidad y por su misericordia. El proceso inquisitorial instruído a Sor María es un modelo que honra a una institución cuyo cometido era defender la causa de la fe y de las buenas costumbres.[1]

1 A la era de las apologías o de las agrias críticas — extremos vitandos — ha sucedido la actual, en la que se estudian los problemas — procesos, métodos, actuaciones personales — de una manera científica. Quizá todavía no haya llegado la hora de publicar la definitiva historia del formidable tribunal, pero el camino está abierto; se han desechado los prejuicios de Llorente, Lea, Castillo y Mago-

La "caída pública" de "La Monja de Lisboa", rea y convicta de falsaria, se convirtió en el "gran escándalo" religioso del siglo. ¡Extraña paradoja! Porque, en realidad, era un claro testimonio de la objetividad con que la Inquisición servía a la Iglesia y un aviso serio para que nadie intentara falsificar la fe con invenciones acuñadas por la vanagloria humana. Pero el caso de Sor María alcanzó unas proporciones gigantescas, tanto en la época que daba como válidos sus carismas como en el instante en que cayó en la más profunda humillación. Europa entera vivió a la escucha de los acontecimientos, prósperos o adversos a la Monja.

Pero, disipado el estupor de las primeras horas de la noticia, el escándalo de ver abatida como una mosca impotente a la que se había encumbrado como un cedro de santidad taumatúrgica diríase que iba a esfumarse, no quedando del caso más que el recuerdo de una historieta anecdótica. Sin embargo, no sucedió así. La vida de Sor María ascendió como un meteoro para caer después verticalmente a tierra, dejando en el ocaso una nube de polvo que empaña el buen nombre y el honor de personajes ilustres. Es la actuación de éstos lo que da más complejidad e interés al hecho histórico de "La Monja de Lisboa". Su intriga abarca no sólo la dimensión de un seudomisticismo, sino que prolifera también en una ramificación política apasionante — el anhelo de sacudir el yugo de Felipe II —, implicando bajo los dos aspectos a instituciones y personas que creyeron en la sobrenaturalidad de las cosas de la Priora de la Anunciada.

De esta complejidad desbordada nace la leyenda. Los milagros y estigmas de la Monja conmovieron las fibras espirituales de la Cristiandad; después, han sido el pábulo de una leyenda negra en torno a quienes dieron fe a sus supercherías. La leyenda, salpicada de picantes especias fantasiosas, ha sido la vía por la que el caso se ha transmitido a la posteridad; una leyenda muy

---

ne, Melgares; como también los panegíricos de Rodrigo, Ortí y Lara, Cappa, Maistre, Hefele y Gams. Los estudios de Fita, Serrano y Sanz, Schäfer, La Pinta Llorente, Llorca, etc., son índices claros de la nueva ruta histórica, cargada de verdad y desapasionamiento. Cf. sobre este aspecto general B. LLORCA, *La Inquisición en España.* Colección Pro Ecclesia et Patria (Barcelona, 1936), pp. 5-9.

divulgada, que aún corre de boca en boca desfigurando la verdad de los hechos con matices peyorativos de burla; una leyenda que se narra y comenta tejiendo una red envolvente en la que quedan aprisionadas e inculpadas las personas que actuaron, de un modo o de otro, en el asunto.

Aquí vamos a intentar acercarnos a la verdad histórica por una ruta distinta: por el estudio objetivo del proceso inquisitorial, sobre el que no se ha hecho aún un análisis sincero; por la penetración en el coto cerrado de las fuentes, que revelan en su pura desnudez los hechos. La vida y milagros de Sor María, su proceso y condena, el escándalo de los pusilánimes y de los maliciosos necesitan esclarecerse en primer término; pero interesa también el conocimiento del medio ambiente y de las circunstancias en que nacieron y murieron esos hechos históricos; la intervención de los hombres en este asunto pide a gritos claridad y caridad, dándole a cada uno lo que le pertenece, bueno o malo. El contraste de la maligna astucia o de la miseria humana de algunos con la santa simplicidad de otros merece no menor luz objetiva.

Los frutos que esperamos cosechar por este camino son múltiples: desenmarañar la madeja oscura de la leyenda; valorar en su justo medio la intervención que en el célebre caso tuvieron personajes de la más diversa índole; ver cómo la Inquisición, cuyo prestigio estuvo en trance de caer en la trampa de las astucias de Sor María — sorprende constatar que el espíritu crítico y la sagacidad de los inquisidores, tan puritanos en la defensa de la ortodoxia, tan reacios a los optimismos místicos, estuvieron a punto de proclamar solemnemente los carismas de la Monja —,[2] volvió sobre sus pasos mal dados y descubrió todo el tinglado, condenando a la rea con benignidad asombrosa, sin que

2 "El Cardenal y los Inquisidores trataron deste negocio y se deliberaba si se haría un auto solemne en nuestra iglesia... Y no se han determinado en esto hasta ver la respuesta de Su Majestad." Carta de Fray Luis de Granada al Patriarca Ribera, en *Epistolario*, página 68. "... ya no corre el inconveniente que yo recelaba, que era pensar que los señores Inquisidores desta ciudad hicieran un aucto público en nuestra iglesia, en que dieran por verdaderas estas llagas... mas hales parecido no ser esto necesario por ver el general crédito que la gente tiene desta verdad". Id., ib., p. 73.

aparezca en su terminal actuación ni una brizna de resentimiento por el mal papel jugado en la primera etapa; la serenidad inalterable de la Inquisición contrasta con el mal humor que el descubrimiento de la farsa mística de Sor María produjo en la Curia Romana, que, parca siempre en precipitaciones y emociones, había creído y alabado los carismas de la Monja, y luego adoptó unas decisiones inexorables y draconianas, deponiendo al General de los Dominicos y al Nuncio y exigiendo estrecha cuenta al cardenal Virrey; [3] en fin, el análisis de esta historia nos ayudará a comprender mejor el reverso de la España mística — Portugal era entonces España — con las filtraciones sutiles de los sucedáneos que arrastra toda espiritualidad pujante.[4]

Las fuentes sobre cuyo cañamazo se apoya la arquitectura de este capítulo de historia religiosa y de política hispano-lusa son, salvo raras excepciones, inéditas.[5]

Para proceder con orden, me atendré a la lógica que exigen los tres miembros que subdividen y condicionan la presente pesquisa: *Génesis*, o sea la descripción de la vida y milagros de Sor María; *Crisis* de su fama de santidad por el proceso inquisitorial que acabó condenándola; y *Proyección* que sus ficciones místicas

3 Efecto de ello fueron la destitución del General de la Orden de Predicadores, la sustitución del Nuncio y las insistentes disculpas del cardenal Alberto, como veremos *infra*. Sobre estas fuertes medidas pueden verse R. Robres, *El Proceso de la Monja de Lisboa a través de la Nunciatura de España*, en "Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura" 25 (1949), 682-684; y Mortier, *Histoire des Maitres Généraux de l'Ordre des Frères Prêcheurs*, tom. V (París, 1911), pp. 651-657.

4 Aunque, según la expresión vigorosa de Ganivet, los berejes en España nunca han superado la talla de pigmeos (cf. A. Ganivet, *Granada la bella* [Granada, 1954], p. 112), es indiscutible que nuestra espiritualidad tuvo en el siglo XVI una pluriforme floración de derivaciones beterodoxas; los *Heterodoxos...* de Menéndez Pelayo, y *Erasmo y España*, de M. Bataillon, nos ofrecen una copiosa galería de descarriados. Erasmismo, iluminismo: he aquí un binomio que polariza esas corrientes en gran parte. Cf. E. Asensio, *El Erasmismo y las corrientes espirituales afines*, en "Revista de Filología española" 36 (1952), pp. 31-99. Véanse también las observaciones generales que hace G. Marañón en *Don Juan* [4] (Madrid-Buenos Aires, 1947, colec. "Austral"), pp. 20-26, aunque habrá que tener precaución, pues no siempre son válidas sus afirmaciones.

5 Las fuentes y bibliografía en que se cimenta este ensayo sobrepasan los límites naturales de una nota; pero, como son quizás el único aval de mi trabajillo, no se puede prescindir de su descripción. Véanse las páginas 138-143.

tuvieron en el clima político y espiritual de la época, analizando el caso en sí y en torno de sí antes de fallar sentencia crítica.

I. GENESIS: DESCRIPCION DE LA VIDA Y MILAGROS DE SOR MARIA

1. La pequeña historia de Sor María

Sor María de la Visitación, antes de tener historia grande, tuvo una historia deliciosamente sencilla y ejemplar. Oro de hidalguía cristiana y de esclarecido linaje fueron sus primeros años. Nació en Lisboa, al mediar el siglo XVI; concretamente, en 1551.[1] Sus padres: Francisco Lobo, hijo del segundo Barón de Alvito y embajador del rey Juan III en la corte imperial de Carlos V, y doña Blanca de Meneses.[2] Le pusieron por nombre María, al que ella añadió después el apellido materno.[3] Huérfana a temprana edad, en 1562 ingresó en el monasterio de la Anunciada de Lisboa,[4] en el que florecía una numerosa pléyade de monjas, muchas de ellas pertenecientes a familias nobles. María eligió la mejor parte de que habla el Evangelio,[5] mientras otros hermanos suyos seguían el camino del tálamo o de la guerra.[6] La vocación de la joven infanzona fué

1 Esta fecba puede fijarse fácilmente teniendo en cuenta los datos que se hallan en: *Historia*, f. 38 r; *Relación del P. Provincial fray A. de la Cerda*, f. 250 r, etc.

2 "... fué hija de don Francisco Lobo, el cual fué embaxador del Rey don Juan el tercero en la Corte del Emperador Carlos V, y de doña Blanca de Meneses; ambos de nobleza muy principal en estos reinos." *Relación*, ff. 21 v-22 r. "... bija de un caballero portugués llamado don Francisco Lobo, que en el tiempo del emperador, que está en gloria, estuvo por embaxador en Flandes el año de cuarenta." Arch. Seg. Vat. *Nunz. di Spagna*, Reg. 17, f. 184 r.

3 Cf. *Relación*, f. 21 v. "Tomado el bábito de novicia, le mudaron el nombre porque, donde antes se llamaba María de Meneses, la llamaron Soror María de la Visitación de Nuestra Señora." *Historia*, f. 38 r.

4 "Muertos sus padres, siendo de edad de once años, tomó el hábito de la religión del Bienaventurado santo Domingo en el monasterio de la Anunciada, de esta ciudad de Lisboa, y babrá 22 años que es religiosa, porque será de edad de 33." *Relación* (1584), folio 22 r; cf. *Historia*, f. 38 r.

5 Cf. Lc., 10, 42.

6 Dos bermanos solamente conocemos de Sor María: una hermana, bien casada, que, enviudando, se hizo monja; y un bermano, que murió con el Rey don Sebastián y la flor y nata de la nobleza

madurando en la virtud, y así, en 1567, hace la profesión religiosa.[7] Según el testimonio de quienes la conocieron personalmente, fué, en lo físico, flaca y enjuta; [8] en lo moral, de muy afable trato y gran simpatía; [9] en

lusa en Alcazarquivir. De la hermana dice la *Historia* (f. 35): "Diré aquí lo que es muy notorio en esta ciudad (de Lisboa) de una hermana suya por nombre Soror Clemencia, la cual, habiendo sido casada con un caballero muy principal deste Reino, que tenía tres cuentos de renta y cinco villas suyas, después de su fallecimiento, quedó ella con un hijico de muy corta edad, heredero de toda esa hacienda. Y por ella haber enviudado muy moza y ser muy noble y de muy grande hermosura, la pedía un señor muy principal en casamiento"; resistió al nuevo amor; hizo como el rico mercader; lo dejó todo para consagrarse a Dios. Pero entonces estalló la pequeña guerra familiar: "tomaron tan mal los hermanos resistir ella a un casamiento con que ella y todos quedaban tan honrados, que uno de ellos, con demasiada pasión, desenvainó la espada y se la puso en los pechos, gritando toda la gente de casa, amenazándola que había de casar o la había de matar, con lo cual ella tuvo luego un grande desmayo, y, tras esto, cayó en cama tan enferma que, visto el peligro de la enfermedad, tomaron por medio prometerle que nunca más le hablarían en negocio de casamiento; convaleció presto y puso por obra su santo propósito" (ib.). Dejó su hijico a una abuela suya, "el cual de ahí a poco tiempo falleció"; ella lo supo por revelación, estando en coro, y lo comunicó a la monja que estaba a su lado: "nuestro hermanico — así le llamaba después de hacerse religiosa — en este punto se va al cielo". El convento donde entró fué el de Madre de Deus, donde se vivía la vida "la más áspera y apretada y encerrada y pobre que hay en todas las religiones" (f. 36 r); también tuvo que mortificar su deseo de ver a su hermana — Sor María — "que tantos desean ver, viniendo aún de muy lexos y estando ella en la misma ciudad" (ib.). En Madre de Deus se "viste sayal y no se come carne ni hay locutorio ni ver más padre ni madre la cara de su hija" (ib., f. 36 v).

El hermano que fué a la "jornada de Africa" llevó un solo hijo que tenía con él y ambos allí perdieron la vida; tenía también dos hijas, y las dejó en la Anunciada, bajo el cuidado y la vigilancia de su tía; llevaban hábito de monjas; pero, muerto el único hermano, una de ellas heredaba el mayorazgo; un hermano de la madre de las niñas, bajo el pretexto de que Sor María quería casar a una de ellas con un pariente suyo, se fué a la Anunciada y armó un gran escándalo, diciendo "palabras muy ásperas y afrentosas" a Sor María: "que era una desvergonzada; que quería entregar su sobrina y la casa de su padre a un tal y cual". El caballero sacó del convento a las dos sobrinas, que lloraron amarguísimamente; una de ellas fué recibida en el convento por Sor María, siendo ya Priora. Cf. *Historia*, ff. 86-77 r.

7 "Acabado este dichoso noviciado, siguióse la profesión, siendo ya de edad de dieciséis años y medio." Ib. f. 88 r, cf. *Relación*, folio 22 r; *Relación del P. Provincial*, f. 250 r.

8 "con ser tan flaca y delicada" (*Historia*, f. 41 r); "siendo tan flaca y delicada" (ib. ff.68 v y 97 v). "Lo mismo... hace todas veces que se ha de purgar (que no son pocas, por sus muchas enfermedades); y estando este mes de octubre de 1585 tres veces sangrada (que para ella es mucho, por ser de muy poquitas carnes) y estando tan debilitada y flaca..." (ib. f. 99 r).

9 "Parecióme cosa conveniente declarar también la condición natural de la persona de que se escribe, que es fundamento más vecino a esa gracia (divina) que el linaje de los padres o de la patria. Pues cuanto a esto... es muy amorosa, humilde, blanda, afable,

lo religioso, observantísima y piadosa.[10] En 1583, a pesar de su poca edad, fueron galardonadas sus singulares prendas con la elección de Priora del monasterio,[11] cargo que otras monjas nobles apetecieron sin lograr conseguirlo.

Así de bella y edificante es la pequeña historia de Sor María de la Visitación. Pero ahora empieza la historia grande, la que conmueve a la Cristiandad; la historia de una novela carismática creada por ella misma, contada por su voz y su pluma, difundida rápidamente por el orbe merced a múltiples medios.

2. La historia carismática

El 7 de marzo de 1584, fiesta de Santo Tomás de Aquino, Sor María de la Visitación aparece ante sus monjas estigmatizada con las llagas de la Pasión. Tiene 33 años, la edad de Cristo en la hora de la Cruz. El prodigio cunde por toda la ciudad y, en poco tiempo, la fama lo propaga hasta los más remotos confines humanos. Sor María de la Visitación cuida de mantener en tensión creciente esa fama, dando realce a los ca-

y muy bien criada. Y vese en ella una continua alegría, acompañada de mesura y gravedad. Tiene también natural discreción... Tal es su manera de hablar en la cual ninguna cosa hay afectada ni artificiosa ni fingida ni curiosa, sino llaneza y pura simplicidad." Ib. f. 34 v.

10 "En todo este tiempo es cosa cierta y notoria haber cumplido perfectamente las obligaciones de su religión con vida adornada de todas las virtudes... siendo exemplo... a todas las monxas del mismo convento y saliendo el buen olor de su fama para ser conocida por tal de los príncipes de estos Reinos... Porque, demás de ser su recogimiento grande y sus costumbres irreprehensibles, ha sido siempre muy pronta en la obediencia con humildad muy profunda... Sus vigilias han sido siempre muy largas; sus oraciones, muy continuas; y tantos sus ayunos y disciplinas y el uso de asperezas corporales que fué necesario algunas veces serle puesta tasa y límite en esto. Fué siempre muy continua en seguir la comunidad en el coro y fuera de él." *Relación*, f. 22 r. "La dicha religiosa ha estado siempre reputada y en opinión de mujer santa, desde que tomó el hábito." Arch. Seg. Vat. *Nunz. di Spagna*, Reg. 17, f. 184 r; confróntese también *Historia*, ff. 39 ss.; *Relación del P. Provincial*, folios 250-251; *Epistolario*, p. 59.

11 "...y el año pasado de 1583 fué eleta por Priora". *Relación*, folio 22 r. Tenía, según se desprende de los doc. citados en la nota 1, treinta y dos años; "no teniendo la edad que el Concilio pide para ser Perlada, el padre Provincial con todos los padres de consejo, fueron de parecer que se propusiera para este cargo, no sólo por su virtud, que era muy notoria, sino por su prudencia y discreción. Y así fué eleta por sus religiosas en Perlada un año antes que recibiese las llagas". *Historia*, f. 55 v.

rismas viejos con el fulgor de otros nuevos — en las llagas le nacen clavos —, y así todas sus cosas van adquiriendo más visos de verdad, más carácter sobrenatural, más resonancia. Con una constancia pasmosa y una habilidad inteligente defiende ese complejo tinglado de sus supercherías. Esa defensa nos la revela como mujer astuta, tenaz, listísima; en otras circunstancias, sin un clima propicio y con una inteligencia mediocre, el engaño se hubiese puesto en claro más rápidamente.

Merece la pena conocer esas supuestas visiones, llagas y milagros con que embaucó y se embaucaron los más perspicaces talentos de su época. Y, a ser posible, con las fuentes a la vista, que ella misma nos relate la novela.

Cuando Sor María de la Visitación se decidió a aparecer en comunidad con los estigmas de la Pasión, ya había premeditado lo que este hecho iba a sorprender, abriendo inquisitivos interrogantes, y cuál había de ser la respuesta. Su intachable conducta religiosa era la mejor garantía para dar fe a sus palabras; los estigmas que se veían en sus manos, el impresionante argumento de la veracidad de sus palabras. Interrogada por unos y otros — monjas, religiosos, autoridades eclesiásticas —, no se contradijo ni un ápice en sus peregrinas y estupendas afirmaciones. Y para engarzar mejor sus extraordinarios fenómenos les añadió solera vieja, haciéndolos sucederse unos a otros desde muchos años antes que culminasen en la impresión de las llagas.

3. Relato de la estigmatización

Antes de recibir las llagas, recibió la corona de espinas. Sucedió esto, según ella, en 1575. "Un miércoles del Octavario de los Santos, habiendo... padecido muchos trabajos, así interiores como exteriores, y teniendo grande sentimiento de la ausencia del Esposo,[12] y deseando padecer mucho mayores trabajos por su amor,

12 Usaba Sor María en su lenguaje un argot propio o jerga mística, cuyas principales equivalencias eran: *Esposo* en lugar de Cristo o Jesús; *Esposa* por Cruz; *espositas* llamaba a las cruces pequeñas; *esclavilla* era un seudónimo de sí misma; *mis parientes* era sinónimo de los pobres; *Mi hermosa o miña fermosa* era el nombre coquetón que daba a Santa María Magdalena, etc.

suplicábale de todo corazón que le cumpliese este deseo, porque no quería en esta vida gustos, sino tormentos. Estando en esto, le apareció el Esposo con grande resplandor y hermosura, el cual traía en la cabeza una corona de espinas y venía todo bañado en sangre. Y, viéndole de esta manera, cayó en tierra diciendo: ¡Ah, Señor Jesús! ¡A mí esos dolores y espinas que merezco por mis pecados! Entonces El quitó la corona de su cabeza y púsola en la de ella, apretándola con sus manos. Con lo cual ella sintió gran dolor y salió de ahí mucha sangre, quedándole las señales de las espinas en la cabeza".[13] La cofia que en aquella ocasión le cubría la testa quedó empapada en la sangre que manaba de los agujeros de las espinas; una religiosa, admiradora de Sor María, la guardó como preciosa reliquia hasta que ésta pudo apoderarse del paño y, no pudiendo borrar las huellas, lo quemó; [14] temía que cundiese la noticia. Pero no lo ocultó a sus íntimas, que no tuvieron más remedio que ver las puntadas de las espinas cuando, según costumbre, le cortaban el pelo.[15] "Desde aquel día... siente... todos los viernes grandes dolores de cabeza, los cuales comienzan el jueves a las *avemarías* y duran toda la noche y otro día hasta las mismas horas." [16]

Después de la corona de espinas, la lanzada en el costado. Fué en 1578, pasados ya tres años de la coronación.[17] "Un miércoles de Semana Santa, estando ella en el coro bajo, y habiendo recibido el Santo Sacramento..., subió al coro alto a asistir al Oficio de la Misa, y, acabado éste, las religiosas se fueron a comer y ella se quedó en el coro en oración. Y estando allí tuvo un rapto en el cual vió a Nuestro Señor en el aire, puesto en la Cruz, cercado de grande resplandor. Y fué

13 *Historia*, ff. 82 v-83 r.

14 "... esta cofia vino a las manos de una religiosa muy devota y muy grande amiga suya, la cual tuvo mucho tiempo guardada y después no faltó quien se la tomó y la entregó a esta virgen, la cual ella procuró lavar por quitarle las pintas de la sangre y por ninguna vía se las pudo quitar; y, visto esto, porque no se descubriese el caso, ella misma... la quemó". Ib., f. 83 r.

15 "... las cuales han visto algunas religiosas... cuando, según su costumbre, la transquilan". Ib.

16 Id., ib.

17 "Pasados tres años..., creciendo ella cada día más en el amor del Esposo..., le hizo otro mayor favor." Ib., f. 83 v, cf. *Relación*, folio 23 r.

tan grande su alegría viendo al Señor que tanto amaba, y tan grande el ímpetu del espirítu y deseo de llegar a El, que el cuerpo se levantó en el aire y se fué tras el mismo espíritu. Y salió del lado del Señor un rayo bermejo con grande resplandor, el cual descendió con grande fuerza e hirió el pecho de esta virgen y quedó en él una señal bermeja. Todos los viernes mana sangre." [18]

Cuatro años más tarde, en una visión le dijo el Esposo: "Está firme en mi amor, porque esto principalmente quiero de ti, y sufre con mucho gusto toda adversidad por amor de Mí, porque determino de hacer una cosa nueva en ti." [19] ¿Qué cosa nueva era ésta? Dos años se estuvo preparando, al cabo de los cuales, faltando quince días para la fiesta de Santo Tomás, hubo un nuevo anuncio: la gran merced se avecinaba.[20] Sor María se preparó intensificando los ejercicios espirituales, y obtuvo licencia para comulgar todos los nueve días anteriores al 7 de marzo.[21] "Llegado, pues, este día, a las cuatro de la mañana, estando ella en su celda en pie puestos los brazos sobre su cruz, como lo acostumbra, esperando esta merced, vió su celda llena de claridad, y, en medio de ella, vió a Nuestro Señor clavado en una cruz, mirándola con ojos amorosos. Y salían de sus cinco llagas cinco rayos encendidos como fuego, los cuales con grande ímpetu le hirieron el pecho con los pies y manos, estando ella con los brazos extendidos sobre su cruz. Y fué el dolor que sintió tan grande que le pareció morir, y con la fuerza del dolor miró y vió en sí las señales que le quedaron en el pecho, pies y manos." [22] Apenas podía andar por la intensidad del sufrimiento. Pero obtuvo del Esposo que

18 *Historia*, f. 83 v, cf. *Relación*, f. 23 r.

19 Ib., f. 83 v.

20 "Esta cosa nueva que aquí el Esposo prometió a esta virgen entendemos que es la impresión de las llagas, la cual fué, según la cuenta del tiempo, denunciada dos años antes." Ib. "Y no contento el Esposo divino con esta preparación, la previno con otra, porque el año de 84, siendo ella ya Perlada, quince días antes de la fiesta de santo Tomás de Aquino... la avisó que el día deste santo (del que ella es muy devota) la había de hacer una grande merced, sin declararle lo que era." Ib., f. 84 r.

21 "Entonces ella, movida con la esperanza desta promesa, pidió especial licencia al padre Provincial que entonces era para apercibirse con la sagrada comunión, y así comulgó nueve días continuos antes de la fiesta señalada." Ib.

22 Id., ib.

la aliviase de tal manera que el dolor no la impidiese andar.[23] Era el 7 de marzo de 1584. Aquella mañana apareció con los estigmas de la Pasión, ante el asombro de sus monjitas y de toda la ciudad, pues la noticia se propagó inmediatamente. Ella, resignada y encendida, parecía un holocausto vivo, muerta al mundo, viva a solo Dios.[24] Mas no era posible sustraerse a la curiosidad y al comentario benévolo o malévolo de la gente. El día 8 se confesó antes de comulgar, y "estuvo hecha un río de lágrimas" lamentando ante su confesor las alabanzas, las importunidades y las visitas que empezarían pronto a martillear en sus oídos.[25] El confesor la consoló como pudo, esforzándola a cumplir los misteriosos designios que el Señor tenía sobre ella.[26]

Las gracias pasionarias con que el Esposo quiso hacerla semejante a sí prosiguieron. "El día de la Exaltación de la Cruz — 14 de septiembre — del año 1584 comenzaron a nacerle clavos en medio de las manos y llagas, que pasan de parte a parte." [27] De esta manera, la crucifixión total física estaba hecha. Cinco llagas sangrantes le había regalado, como suprema fineza del amor, el Esposo. Pero no acaba todo aquí. Las visiones se intensifican a partir de la coronación de espinas y en ellas es muy frecuente que el Esposo le haga nuevas mercedes. Aparte de las ya señaladas, todavía encontramos dos muy extrañas y peregrinas: las cinco gotas en forma de cruz que le salían todos los viernes de la llaga del costado, merced que le fué concedida el 3 de mayo de 1584;[28] y la túnica de púrpura.[29] Esta era ordina-

23 "Y sintiendo grande pena en el andar, pidió a Nuestro Señor le diese fuerzas para eso... y comunicóle Nuestro Señor tan grande suavidad en aquellos dolores que pudo andar sin aquella grande pena que sentía." Id., ib.

24 Cf., ib., f. 83 v.

25 Cf., ib., f. 84 v.

26 "Mas el padre confesor que oía su confesión, después de muchas razones la quietó un poco diciéndole aquellas palabras que el Salvador dixo a San Pedro cuando se excusaba del lavatorio de los pies...", ib.

27 Id., ib. "... y han ido creciendo hasta agora". Ib. Cf., f. 90 r.

28 "Más otro mayor favor... le hizo el Esposo el día de la invención de la Cruz... en el mismo año...: que todos los viernes le salen de la llaga del costado cinco gotas de sangre puestas por orden en una perfectísima figura de cruz." Ib., f. 90 r.

29 "... le añadió el Esposo otra cosa admirable, que es una vestidura colorada..." Ib., f. 91 v. "... una túnica de carmesí de grande resplandor y hermosura". Ib. f. 91 r.

riamente invisible, pero alcanzó Sor María privilegio del Señor para que algunos pudiesen verla, como el arzobispo de Lisboa, su confesor fray Pedro Romero y el P. Provincial fray Antonio de la Cerda.[30] Las cinco gotas, en cambio, so solamente eran visibles, sino que ella las regalaba como reliquia; y así los pañitos que las recogían corrieron el mundo entero en manos de los devotos.

Tan bien amañado tenía el tinglado, que sobrecogía de espanto la visión de aquellos estigmas aún a los más desaprensivos teólogos que los contemplaron. No era, por consiguiente, efecto de una simple asociación de ideas (recordando los relatos evangélicos de la Pasión), sino una imitación impresionante de las llagas del Salvador, imitación conservada con recato, ya que no las enseñaba sino con mucho misterio.

Para los ojos que vieron los estigmas, presentaban las siguientes características:

1. *La corona de espinas.* — Bajo el velo monástico, trasquilados los cabellos para observar mejor, Sixto Fabri vió una corona dolorosa de menudas punzadas ensangrentadas; y los examinadores, por él comisionados, pudieron comprobar aquel círculo de "heridas pequeñas, como cabezas de alfileres, unas mayores que otras, teñidas en sangre".[31] No se veían las espinas, pero sí sus efectos en las huellas sanguinolentas.

2. *La lanzada en el costado izquierdo.* — La primitiva era más pequeña, pues quedó agrandada en la estigmatización total del 7 de marzo de 1584. "Es de largo de un dedo, poco más o menos, tantico hecha a manera de arco, y la llaga es de color de sangre muy fina, como rubí, y tiene de ancho la llaga como un grueso dedo poco más, y tiene por medio a la larga un rasguño con el cuero; parece que se divide un poquito;

30 Sor María la veía todos los viernes y fiestas del Señor y de la Virgen; "y aunque los otros días no la ve, todavía siente que la tiene; mas ninguna otra persona la ve, sino es por particular concesión de Nuestro Señor, lo cual ella, siendo importunada, alcanzó por oraciones que algunas personas la viesen entre las cuales fué una el señor Arzobispo de Lisboa...". Ib., f. 91 r.

31 Examen de fr. L. de Granada, fr. Juan de las Cuevas y fray Gaspar d'Aveiro. *Proceso*, f. 12 v; "Vidi con gl'occhi propri sopra il suo capo... le punture a torno come corona... si vedera chiaramente forata la pelle con segni del sangue", dice s. Fabri. *Processo*, f. 9 r. cf. *Relación*, f. 22 v; *Historia*, ff. 82 v-83 r.

y en este rasguño está la color más viva que lo demás."[32]

3. *Las llagas de las manos.* — Se veían a simple vista y ella misma procuraba con recatado disimulo que se viesen, aunque no dejaba que las tocasen, ordinariamente espantando la audacia de los curiosos con gestos de inmenso dolor. "Eran de color de rosas y como de color de rubíes y eran del tamaño de un real... y la figura de la parte de adentro no muy redonda, mas algún tanto larga, y en la parte de afuera triangular y los triángulos no muy agudos."[33] Otra descripción dice: "... se ven por la parte de fuera y de dentro de un color rosado y como de rubí hermosísimo... Son como del tamaño de un real de a cuatro, no redondas, sino, de la parte de fuera de las manos, a modo de figura triangular no perfecta; y, por la parte de dentro, algún tanto prolongadas".[34]

4. *Las llagas de los pies.* — Sólo se podían ver cuando ella las enseñaba o cuando los superiores le exigían las mostrase o dejase examinarlas. "En el empeine del pie — leemos en la relación de uno de esos exámenes — tiene una llaga no de todo punto redonda, sino en forma de escudo, la cual llaga es de color de sangre como rubí, y en medio de ella tiene una cabeza de clavo negra, que no es perfectamente triangular, sino un poco redonda...; y en medio de ella, una señal de clavo tranzado por medio."[35]

5. *Los clavos.* — Empezaron a nacerle en las llagas de pies y manos, fenómeno extraño en las estigmatizaciones. Y más extraño aún era que esos clavos estaban "hechos de la misma carne" y crecieron "tan-

32 Examen anterior. *Proceso,* f. 13 r; "longa poco meno di un dito per longo, et larga poco piu di mezzo dito per traverso", dice Fabri. *Proceso,* f. 9 v; "será larga de un dedo y un poco arqueada". Epistolario, p. 57; "La cual es en el lado izquierdo, atravesada, de largura de más de dos dedos y ancha como de medio". *Relación,* folio 24 r; *Historia,* f. 83 v; "una llaga larga que tiene figura de lanzada". Ib. f. 90 v.

33 *Relación sumaria de las cosas de María de la Visitación. Bibl.* Casanatense, Ms. 2.417. f. 366 r.

34 *Relación,* f. 24 v; "apparisce la piage di grandeza d'un giulio; non e ritonda, ma di figura quasi triangulare". *Lettera,* f. 355 r.

35 *Proceso,* f. 13 v; "vidi chiaramente nel pie destro di sopra la forma del capo del chiodo, e dissoto al medesimo pie e di sopra all'altro sinistro come se le fosse passato il medesimo chiodo di color negro et a torno a torno cinto di color come di sangue". Relación de s. Fabri. *Proceso,* f. 9 v.

to que las punctas de ellos están redobladas en la parte contraria".[36] Clavos: carne viva, color de hierro oxidado. Clavos guarnecidos: "en torno de estos clavos está un círculo como de una rosa de color de rubí... que los hermosea; y vese esta rosa de la banda de la palma de la mano... De modo que así como los pintores después de haber pintado una perfecta imagen en una tabla la adornan con una guarnición de oro o de otra cosa con que está cercada la imagen, así... adornó estos clavos con tantas rosas hermosísimas como una guarnición que los cerca en torno".[37] Finalmente, en los pies había un solo clavo partido en dos mitades, la cabeza en un pie y la punta en otro, como confirmación palmaria de que los pies de Cristo fueron taladrados con el mismo clavo y no con dos distintos.[38] Así Sor María era una lección viviente también para los exégetas...

4. Los raptos y visiones

Colocada ficticiamente en un plano sobrenatural, las visiones y éxtasis y raptos y levitaciones y demás fenómenos carismáticos eran la salsa con que condimentaba toda su novelería. Gracias que, por otra parte, eran preludio o consecuencia de los estigmas, y se prodigaron con mayor frecuencia a partir de los mismos.[39]

Intentaba con ello mantener el prestigio de su fama de santidad. Era una óptima forma de autopropaganda. Muchos de estos raptos han llegado a nosotros, o descritos por ella misma en una memoria de su vida, o

36 *Epistolario*, p. 55. "En pies y manos le han nacido clavos de la misma carne, que pasan de parte a parte con una cabeza prieta", ib., p. 57. cf. *Historia*, ff. 91 v y 110 v.

37 *Historia*, ff. 84 v-85 r.

38 "Mas en lo que toca a las llagas de los pies se ha entendido... una cosa digna de admiración y es que, en estas llagas, no hay más que un solo clavo, de tal manera partido que la mitad con la cabeza se ve en el un pie, y en el otro la otra mitad con la punta que sale en la planta del pie. Y por aquí se entiende que no fueron cuatro clavos (como algunos imaginan), sino tres, con que nuestro Salvador fué crucificado, porque no es de creer que El representase esto en su esposa de otra manera de como El lo pasó." *Historia*, f. 85 r.

39 "Después desta merced acostumbra el Esposo a visitarla más veces y con más familiaridad." Ib., f. 83 v. "Mas después desta merced la visita el Esposo muy a menudo y le hace otras muy especiales mercedes." Ib., f. 84 v.

contados verbalmente a su confesor.[40] Vamos a contentarnos insertando algunos ejemplos procedentes de esa doble fuente.

1. *Visión del cielo y del purgatorio.* — Ocurrió un día de cuaresma. "Vi una lumbre muy clara que descendía del cielo, la cual me arrebató y levantó en alto, y así, perdiendo los sentidos corporales, vi cosas que no se pueden decir. Vi una gloria muy grande y unas penas tan grandes con las cuales ningunas de cuantas hay en esta vida se pueden comparar. Vi perder los hombres bienes infinitos y ofrecerse a tormentos eternos por gustos que hoy son y mañana no. En la hermosura de esta gloria vi a Nuestro Señor con las señales de su amor y miróme con grande afición y blandura. Vi a Nuestra Señora y a Santa María Magdalena y a los Apóstoles y a nuestro Padre Santo Domingo y a Santo Tomás y a muchos santos y santas y a muchas personas que conocí en esta vida. Todos me decían que quedase con ellos... Lo que en esta ciudad más vi y oí, no lo puedo decir. Y volví para mi Hermosa, que todo esto me mostraba, y díjele: ¡Oh, por cuán poco se pierde tanto y con cuán poco se puede ganar tanto! Y díjome ella: Venid y veréis a la vuelta de esta ciudad el Purgatorio... Vi... ánimas muy contentas y muy atormentadas y vi que conocían por clara lumbre de Dios serles aquel lugar concedido por muy grande misericordia y ser tan grande el conocimiento que por esta lumbre tienen de la grandeza de la divina majestad... que aunque les dieran el cielo con grandísimos grados de gloria, habiendo en ellas alguna mácula de culpa, no lo aceptarían por no aparecer con ella delante de aquellos purísimos ojos de Dios... Todas me pedían que rogase por ellas a Nuestro Señor. Muchas gentes conocí allí."[41]

La precedente visión tuvo lugar antes del año 1583; a partir de 1584, recrecida la frecuencia de los supuestos raptos, optó por no escribirlos, pero se los contaba

40 "Todos estos aparecimientos... tenía esta virgen escriptos por su mano siendo para ello compelida por obediencia de su Perlado; mas los que ahora contaremos han sucedido dende el año 1584, de los cuales daba ella cuenta a su padre confesor y él, con licencia de ella, me la daba a mí." Ib., f. 104 v.

41 Ib., f. 101.

a su confesor. No obstante, conocemos uno escrito por ella misma que pertenece al año 1587. Es el siguiente:

2. *Visión de la Virgen con el Niño Jesús.* — "Después de maitines, estando en la celda de rodillas, encostada en la Esposa, no del todo despierta, oí unas voces suavísimas que cantaban aquel verso primero del himno *O gloriosa Domina,* etc. Acabado el verso, desperté de todo el ruido de las voces y de la grande luz y claridad que en la celda había. Y en medio de la claridad vi a Nuestra Señora, cercada de ángeles, con un hermosísimo niño en los brazos, el cual me pareció de edad de cinco años. Y postrada yo a sus pies me decía si quería mucho a aquel Rey que en los brazos traía... Yo le decía que mucho. Y vuelta al Niño preguntaba si merecía tal amor darme lo que pedía. Y respondía el Niño que sí, y que con el suyo, que era muy grande, encendería y haría crecer el mío, aunque pequeño en comparación del suyo, que era infinito. Y tomando yo en los brazos a este hermoso Niño Jesús parecía que se me abría el pecho con amor y se me encendía en él un gran fuego." [42]

3. *Otras visiones.* — Entre las visiones escritas por ella en un memorial sobre los favores que había recibido podemos todavía contar otras varias: en una, siendo enfermera del convento, le encareció el Esposo — que se le apareció con gran compañía de santos — cuidase de las enfermas como "a la persona de Cristo", humillándose y confundiéndose ella por tal honor, ya que se consideraba como "la mayor de los pecadores",[43] en otra, por la cuaresma de 1583, vió al Esposo con una gran cruz en los brazos; el Señor la entregó a Santo Domingo para que se la diese; ella la abrazó y preguntó a Santo Tomás — que también estaba presente — el significado de aquella entrega, pero el santo, con prudencia, le respondió que ya lo comprendería más adelante; [44] el mismo año, la víspera de la fiesta de la Visitación de la Virgen, en un éxtasis que tuvo acabando de comulgar, vió otra vez al Señor que la mandaba abrazase a la misma cruz que le mostrara en

42 Ib., f. 108 v.
43 Cf. ib., f. 102 v.
44 Id., ib.

cuaresma;[45] por fin, el día de su elección de Priora del monasterio — 1583 —, estando en el capítulo, se repitió la visión y comprendió el significado de la cruz: era la cruz del cargo.[46] Después de su elección la consoló el Esposo del peso de aquella cruz del mando, diciéndole que El tendría cuidado también de su pequeña grey.[47]

Un jueves de la Semana de Pascua tuvo una visión confortante, en la que el Esposo la alumbró con un conocimiento especial de su misericordia, dejándola enardecida en su amor: "El es todo mi bien y todo mi amor y todas mis fuerzas y en El estoy segura y su amor es para mí muro inexpugnable." [48] Etcétera.

Los que contó a su confesor son innumerables. Ya no había fiesta principal del Señor o de la Virgen o de Santo Domingo o de Santa Magdalena que no la celebrase con algún rapto.[49] Para ella todas eran fiestas a lo divino. Conocemos el relato de una veintena de estas supuestas visiones, casi todas pertenecientes a los años 1584-1585. De 1584 son, por ejemplo, la que tuvo en la fiesta de las once mil vírgenes, entre las que vió a alguna de las antiguas monjas de la Anunciada;[50]

45 Cf. ib., ff. 102 v-103 r.

46 Cf. id., ib.

47 "Después desta elección... se comenzó a quexar al Esposo... más el Esposo le dió esta respuesta: mostróle en aquel suavísimo pecho y puerto de descanso toda las religiosas sin faltar alguna." Y le dijo: "quiero que a toda éstas me tengas en la lumbre de los ojos". Ib.

48 "El jueves de la Semana de Pascua, cuando se canta el Evangelio *María stabat ad monumentum foris plorans* (Io., 20, 11), que trata de cómo el Salvador apareció a la Magdalena estando ella llorando junto al sepulcro, después de haber esta virgen comulgado, cuenta ella misma lo que vió por estas palabras: "Vi en espíritu una grande hermosura... y aquello que vi de tal manera me robó el corazón y me llevó en pos de sí que todas las cosas desta vida me son pesadas... Me mostró el Esposo su corazón y hallaba en él tan grande conocimiento de su divinidad y tan grande dulzura que no se puede decir...". Ib., ff. 103 v-104 r.

49 "Lo que al principio desta materia puedo decir es que, regularmente hablando, ninguna fiesta principal hay en el año, especialmente de las fiestas de nuestro Salvador y de su santísima Madre... en que el Esposo no haga a ella alguna especial fiesta." Ib., folio 104 v. "Sería cosa muy prolixa contar estos aparecimientos; y, por tanto, no haré tanto caso de aquellos que redundan en gloria desta virgen, sino de aquellos que traen consigo alguna edificación y aviso para la buena vida." Ib. f. 105 v.

50 "... fué llevada en espíritu a una hermosísima ciudad... y entre ellas vió una monxa de su monesterio que poco antes había fallecido, la cual esta virgen curó de aquella locura que tenía de no no querer comer..." Ib., f. 105 v.

todas rodeaban al Cordero sin mancilla, que estaba en medio, sentado en un trono; pero en esto fué llamada de parte del P. Provincial y, como a la voz de la obediencia, si era verdad,[51] despertaba siempre de sus raptos, no tuvo más remedio que abandonar aquel hermosísimo espectáculo para acudir; todo el día se lo pasó llorando, pero a la noche, en una nueva visión, el Esposo, acompañado de Santa Cecilia y Santa Inés, volvió a visitarla, aleccionándola sobre el mérito de la obediencia; [52] en otra visión, Sor María le pidió que la llevase pronto para Sí, y El le respondió que no tardaría mucho tiempo en hacerlo; [53] otra peregrina visión tuvo en que se le apareció Nuestra Señora con un corderito en los brazos, cortejada de muchas santas vírgenes que cantaban el *Tedeum* aplicado a Nuestra Señora; [54] en otra noche, el Esposo rezó vísperas y completas con ella [55] y al llegar a la *Salve* aparecieron Nuestra Señora y su coro de vírgenes cantándola,[56] etcétera.

De 1585 también podemos referir muchas. Por ejemplo, la que tuvo el día de Santa Inés, en la que vió una procesión de vírgenes con palmas en las manos cantando himnos litúrgicos en procesión hasta el trono donde estaba el Salvador; [57] o la del día de la Ascensión, que fué tan grande que no sabía si tenía el alma en el cuerpo o fuera, y en ella vió la gloria triunfante del Esposo, sin que le fuese posible hacer otra cosa que "amar, alabar y pasmar",[58] etc.

Dejando aparte esta nutrida serie de raptos carismáticos, fantásticos, deslumbrantes, queda aún una categoría especial: las visiones eucarísticas y las comuniones milagrosas. Eran las más sabrosas y las más prolongadas. En día de Corpus de 1583 estuvo en éxtasis desde las nueve de la mañana hasta las cinco y

51 Cf. ib., f. 97 v: *Relación*, f. 22 v; *Epistolario*, p. 48.
52 Cf. *Historia*, ff. 105 v-106 r.
53 Cf. ib., f. 106 r.
54 Cf. ib., f. 106 v.
55 Cf. ib. Esta gracia le fué concedida, según ella, en muchísimas ocasiones.
56 "... las cuales venían cantando la Salve y el verso que se canta después de ella que dice: *Dignare me laudare te...* dixo esta virgen rezado y todas las demás le respondían..." Ibíd.
57 Cf. ib., f. 107.
58 Cf. ib., f. 108 v. El Jueves Santo, el Viernes Santo, el día de Pascua, etc. Cf. ib., ff. 107-108.

media de la tarde. No se movía, pero de vez en cuando las monjitas que la vigilaban oyeron voces y frases misteriosas que ella pronunciaba; por fin, ya a la tarde, continuándose la visión, Santa Magdalena la invitó a asistir a las vísperas de la gloria, que fueron comenzadas por David y oficiadas por Santo Tomás de Aquino, y Sor María hizo de versicularia con Santa Inés.[59] Otra vez, siendo de noche, oyó la campanilla del viático que llevaban por la calle para una mujer doliente; quedó inmediatamente traspuesta, y, preguntada por las monjitas sobre el particular, respondió que había ido a acompañar al Santísimo, y que vió muy poquita gente del mundo, pero mucha del cielo;[60] en otra ocasión, teniendo que purgarse, madrugó mucho para recibir la comunión; vino el capellán con dos criados suyos, pero ella sintió tanta pena de ver al Señor tan solo que El la consoló concediéndole una visión sin éxtasis: vió la iglesia llena de luz y ángeles; el capellán que le llevaba la comunión venía bajo un palio de oro cuyos varales sostenían cuatro ángeles; a los lados, la Virgen y santos de su devoción.[61]

Después de la impresión de las llagas, los Superiores le habían concedido licencia — cosa no muy común entonces —[62] para que pudiese comulgar todos los días. Pero como los achaques y las enfermedades la tenían casi siempre malherida, no podía sustraerse a los rudimentarios tratamientos galénicos de la época: purgas y sangrías. Mas ello no era óbice para que continuase sus ásperos ejercicios penitenciales y sus madrugadas a maitines de medianoche y que estuviese pronta a la hora del alba para recibir la comunión. "Lo mismo que hizo este día, madrugando muy de mañana para comulgar antes de tomar la purga, hace todas las veces que se ha de purgar (que no son pocas, por sus muchas enfermedades). Y estando este mes de octubre de 1585 tres veces sangrada (que para ella es

59 Cf. ib., f. 97 r.
60 Cf. ib., f. 99 r.
61 Cf. ib., f. 98 v.
62 "Después que el Esposo fué servido de honrar su esposa con las insignias de su sagrada pasión danle licencia los Perlados para que cada día reciba el Santísimo Sacramento." Ib., f. 99 v. Sobre el problema de la frecuente o no frecuente comunión en el siglo XVI puede verse A. Huerga, *Baltanás y su "Apología de la Comunión frecuente"*, en "La Vida sobrenatural" 55 (1953), 182-193.

mucho por ser de muy poquitas carnes y estando tan debilitada y flaca) que temían todos sus devotos el peligro de su vida, no por eso dexó de levantarse muy de mañana para gozar de esta refección espiritual antes de la purga." [63] En una ocasión que no le dieron permiso para comulgar dijo que el Esposo había obrado el milagro, abriéndose el Sagrario y volando una forma consagrada a su boca,[64] cosa que, según ella, ocurrió en diversas circunstancias.[65]

Los prodigios se sucedían sin interrupción. El aparato fingido con que los simulaba y la fama que gozaba hacían que doctos e indoctos los creyesen. Por lo demás, las descripciones que de ellos hace demuestran indudablemente su viveza imaginativa y creadora, con la que amañaba finamente unas visiones estupendas, en las que se percibe el uso que hace de lo que ha leído en las vidas de los santos.

5. Los milagros de Sor María

La más brillante prueba de la veracidad de sus llagas y carismas sobrenaturales eran los milagros que pronto empezaron a atribuírsele. Esos milagros se contaban públicamente. Es más: muchos fueron autenticados por la misma Inquisición.[66] Se hacían procesillos para comprobarlos y se guardaban en el archivo de Santo Domingo de Lisboa.[67] El efecto que producían en la opinión pública a favor de Sor María era contundente. Aún los más incrédulos no eran capaces de resistir la fuerza impetuosa de esos hechos, ni hábi-

63 *Historia*, f. 99 r.

64 Cf. ib., ff. 90 v-100 r.

65 Cf. *Relación*, f. 23 v; Cf. *Historia*, f. 100 v. "Y diciéndole agora su padre confesor qué haría sino se diese la Comunión sino en Goa, que está cinco mil leguas desta ciudad, respondió ella que, sin duda, se pondría en camino para ir allá... Lo cual, cierto es para confusión de muchos cristianos que estando en su mano poder gozar deste Sumo Beneficio y para mucha mayor confusión de muchos sacerdotes que pasan muchos días sin celebrar (pudiendo cada día amontonar riquezas y tesoros de gracia...) pierden todo esto por no tomar un poco de trabajo en disponerse para lo recibir." Ib.

66 Cf. *Historia*, f. 109 v; *Relación*, f. 28 r; *Epistolario*, paginas 62 y 92.

67 "... y los procesos destos están guardados *ad perpetuam rei memoriam* en el cartorio de santo Domingo de Lisboa". *Historia*, folio 109 v.

les para desenmascarar el engaño, ni potentes para hacer frente a la creencia popular. Todos cuantos rumores de sospecha surgieron se ahogaban en este clima de taumaturgias.

Pero conviene aclarar algunas nociones sobre el valor apologético del milagro, antes de analizar los que "obraba" Sor María de la Visitación. El milagro es un hecho que sobrepasa las fuerzas de la Naturaleza y, por lo tanto, incluye una intervención extraordinaria de Dios. Hay tres tipos de milagros: los que atañen a la substancia misma del hecho, como la transubstanciación; los que se dan en un sujeto determinado, pudiendo no ser necesaria la acción milagrosa en otro sujeto, como es la resurrección de un muerto; y los que solamente superan las fuerzas de la Naturaleza en cuanto al modo, es decir, que la misma Naturaleza lograría el efecto, aunque más lentamente. Por ejemplo, la curación instantánea de una herida, de una fiebre. Hay una especie ínfima que no alcanza la categoría de milagro, pero que presupone un favor especial sin el cual no se explicaría fácilmente. El signo de esa "gracia" o "favor" es la conjunción de la súplica o la aplicación de una reliquia de un santo y la bondad del fin pretendido.

Los milagros atribuídos a Sor María de la Visitación no pertenecen ninguno a los dos primeros tipos, pues entonces o sería falsa la atribución o tendrían una fuerza tumbativa en pro de sus llagas. Son todos del tercer tipo, o mejor aún, de esa especie ínfima de "gracias" o "favores". Por lo que su fuerza probativa es bastante menguada, interfiriéndose otras circunstancias que disminuyen su valor, como veremos inmediatamente. Entre ellos, los encontramos de orden físico, de orden moral; unos, totalmente carismáticos y peculiares de ella misma, como los estigmas del costado, manos y pies que engañosamente mostraba; otros son de curaciones de enfermos, en los que la sugestión pudo hacer sus efectos o el amaño; otros calman las tempestades; otros, finalmente, se refieren a conversiones de infieles y a gracias de visiones del futuro. En todo caso, la investigación del proceso para declarar su autenticidad no fué muy rigurosa, pues los mismos jueces confiesan que muchas veces el milagro no se obtuvo

con rapidez[68] o que no hay más comprobante que la veracidad de los testigos o de los favorecidos.[69] El modo de obtenerlos era o bien la oración suplicante de Sor María, o la aplicación de los pañitos con las cinco gotas de sangre en forma de cruz, o el agua con que ella se lavaba las manos o en la que metía una reliquia del *lignum crucis*.[70]

Entre los autenticados con mayor o menor solemnidad figuran los siguientes:

1. *Su corona de espinas*, sus llagas en el costado, manos y pies; los clavos que le nacieron en las llagas y las cinco gotas que le brotaban de la llaga del costado todos los viernes. Sus comuniones milagrosas. Sus raptos. Todos personales y carismáticos; como pruebas de ellos bastaron las palabras de Sor María, que se daban como veraces, o las apariencias de las llagas, pañitos, etc., que vieron con sus propios ojos muchas personas dignas de crédito.[71]

2. *Enfermos curados*. — Doña Beatriz de Mora, hija del hidalgo don Luis de Mora, clarisa, que sufría una enfermedad considerada por los médicos como incurable y que, por la oración y la acción de Sor María, obtuvo la salud de una manera sorprendente.[72] Fué una curación muy sonada, pero no exenta de lentitud y complejidad en su realización.[73] Doña Isabel de Vargas, hija del mercader Tristán de Meneses, atacada de perlesía o parálisis, empeorada en una caída por una escalera, después de cuatro meses de sufrimiento, con un pañito de la monja recobró el habla, y, días más tarde, con el agua famosa logró sacudir la parálisis.[74] Un franciscano enfermo, viendo que las sangrías que le aplicaban para curarlo resultaban ineficaces, pidió que lo llevasen en una silla a la presencia de Sor María y recuperó la salud.[75] Sor Juana de la Trinidad, monja en la Anunciada, hallándose muy enferma y casi

68 Cf. *Relación*, f. 26 r.

69 *Historia*, f. 110 v y, en general, todo el libro IV, ff. 109 r-121 r.

70 Cf. *Relación*, f. 26 r; *Historia*, ff. 111 r, 116 r, 117 v, etc.

71 Cf. *Historia*, f. 110 v.

72 Cf. Declaración de Sor Beatriz de Mora, en *Proceso*, folios 17-22; *Epistolario*, p. 59.

73 Cf. relato detallado del milagro en *Relación*, f. 25.

74 Cf. *Historia*, f. 120 r; *Relación*, f. 25 v.

75 Cf. *Historia*, f. 113 r.

muda logró también la salud merced a la oración de la Madre Priora, y luego "cantó muy bien a un arpa".[76] Hector Vaz de Castello Branco, veedor del duque de Villareal, sanó de un lobanillo al cuello con la aplicación de un pañito manchado con las cinco gotas de sangre que manaba los viernes la llaga del costado de Sor María;[77] su esposa, Felipa de Valladares, gotosa artrítica, también alcanzó el mismo favor;[78] y una hija del mismo duque, llamada Beatriz, habiendo casi perdido la razón, se restableció normalmente por el mismo medio.[79] Inés Pérez, esposa de Francisco Martínez, residente en Gibraleón, hallándose enferma de calenturas, al ver que los remedios humanos no la atajaban y empeoraba hasta el extremo, curó con el agua milagrosa de la Monja, que había traído de Lisboa el señor Marqués.[80] En Lisboa, en la calle de la Condesa de Vidiguera, un niño, que llevaba diez meses enfermo, curó al contacto con una reliquia de Sor María que tenía una vecina.[81] Y Beatriz Díaz, natural de la misma ciudad en "la cordonería vieja", sufría unos temblores que la impedían hablar, pero, habiendo intercedido la muy noble señora doña Juana de Lina y el P. Hernando de Castro, Subprior de Santo Domingo, se acercó a la ventanilla del comulgatorio de la Anunciada y, poniéndole Sor María la mano encima de la cabeza, recobró la salud.[82] Jerónima Pinera, mujer de Nicolás Pinto, "morador en la rua dos caños", en Lisboa, padeciendo de gota, obtuvo por medio de una sobrina suya, monja de la Anunciada, un billetico de la Madre Priora y, poniéndolo sobre las partes dolientes, sanó.[83] Otra Jerónima, mujer de Pedro Ruiz Velasco — que estaba en el Brasil —, sangrada por Roque Gómez, "que mora enfrente de la catedral", obtuvo por mediación de fray Gaspar, maestro de novicios en Santo Domingo, el agua milagro-

76 Cf. id., f. 114 v.
77 Cf. id., f. 116 r.
78 Cf. id., ib.
79 "En la misma ciudad de Lería estaba la señora Beatriz, hija del duque de Villarreal, la cual había seis [años] que tenía muy graves accidentes que la privaban de los sentidos y la quitaban el habla y viéndose la duquesa su madre tan lastimada con los accidentes de la hija, envió a pedir a esta virgen..." Id., ib.
80 Cf. id., f. 117 v.
81 Cf. id., f. 117 v-118 r.
82 Cf. id., f. 118 r.
83 Cf. id., f. 118 v.

sa y curó de sus padecimientos.[84] María Núñez, lisboeta, sanó de un tumor en el pecho.[85] Otra mujer de Caparica, que tenía una postema en la garganta, también se vió libre de ella por intercesión de la Madre Priora, según contó el caballero Rui Lorenzo, que tenía una quinta en dicho lugar.[86] Finalmente, la beata Ana Rodríguez, que fué aliada de Sor María y rea de supercherías personales, predicaba que había conseguido muchos favores milagrosos con un pañico de los de las cinco gotas que le había regalado la Priora de la Anunciada.[87]

3. *Tormentas aplacadas.* — Una brava tormenta, que amenazaba hundir un navío, fué deshecha echando un pañito de las cinco gotas al agua; sobre el supuesto milagro escribió una relación Paulo Sebastián, que iba en el navío; confirmado por seis contestes, el milagro fué autenticado.[88] Otro navío que iba a Macayán se

84 Cf. id., f. 118 v.
85 Cf. id., f. 119 r.
86 Cf. id., f. 118.
87 "Anna Rodríguez, beata de la tercera regla de San Francisco, por la gran devoción que tiene por la madre Prioresa de la Anunciada, envióle a pedir alguna cosa para traer consigo; y la madre Prioresa le envió un lienzo suyo con Domingo Montero, iluminador, y sintiéndose algunas veces maltratada de vaguidos de cabeza al punto se le quitaron, y después acá se balla muy mejor; y yéndose a confesar un día... con el padre fray Antonio de la Concepción, súbitamente le dió un dolor muy grande en el pecbo que algunas veces le suele dar, principalmente cuando camina, y estando muy atribulada... vió caer sobre sus pies un paño doblado; levantólo y púsolo en el pecbo y al punto le cesó el dolor..." Id., f. 119 v. Evidentemente este "milagro" fué uno de tantos inventos de Ana Rodríguez.
88 "... se dió petición al ordinario para que lo autenticase y así lo fué con seis testigos contestes" (id., f. 111 r.) "de los que en el mismo navío venían y vieron este milagro" (id., f. 112 r). La carta de Pablo Sebastián, que se halló en la tormenta, dice: "A Dios mucbas gracias, llegué a esta villa de Magacán... tardamos quince días: cinco en el río de Lisboa y diez en el mar. Aquel domingo que salimos de Lisboa nos bubimos de perder en los Cacbopos, porque estuvimos en uno de ellos en cuatro brazas... y esto con calma y agua vaciante, que es peor que tormenta. Yo acudí luego a un jarro de agua de la bienaventurada Prioresa, con que la nao nadó por el río como un pez; y esto fué nada para lo que adelante sucedió. Venimos seis días con viento en popa y mucba bonanza". A tres leguas de Magacán "nos dió una tan grande tormenta que nos bizo tornar a arribar al mar y nos tuvo cuasi tres días... En este tiempo nos tomó el viento de travesía y nos trajo con grande ímpetu a la tierra en la costa...; y el tiempo era oscuro con grandes aguaceros; oíamos el mar batir en la tierra y no sabíamos dónde era ni podíamos ver... Estábamos de manera que el maestro y piloto lloraban como niños; los marineros, tan sin ánimos, que ya no trabajaban. Entre las mujeres que venían en la nao ballé una con un niño y una niña, atados todos tres con una cuerda y preguntándoles para qué estaban de aquella manera, me respondió que para morir todos tres juntos... Acudí a la bienaventurada santa y a sus reliquias que traía y tomé un jarro de su agua con un pedacito de su paño y velo y llegamos tres

libró de otra tormenta por el mismo medio; el capitán, Manuel de Acosta, contó el milagro en una epístola sobre lo sucedido.[89] Otro que venía de Malaca a Portugal se libró del mismo peligro gracias a un pañito de las cinco gotas de sangre que traía un morisco convertido llamado Tomás de Aquino.[90] Sucedió este prodigio en el año 1586.

4. *Conversiones de infieles:* El dicho Tomás de Aquino; otros tres que acompañaban a un rey de su raza: "esta semana... acaeció esta novedad: que tres moros de los que están con un rey moro en esta ciudad (Lisboa) en un barrio... fueron llevados a esta madre en presencia de su confesor, la cual, por mandato dél, les mostró las llagas de las manos con sus clavos, y fué tan grande el espanto que cayó en ellos que, con grandes clamores y demostraciones de voluntad, dixeron que se querían tornar cristianos, y... están agora en este nuestro monasterio aprendiendo las cosas de la fe, y uno de ellos es hombre muy honrado"; [91] otro, de edad de 46 años, "estaba en una de las galeras de este Reino en el puerto de la ciudad de Lisboa". Estando durmiendo, tuvo un sueño: "dos negros terribles tiraban de él", cada uno por una parte. Invocó el auxilio de la Madre de Dios, de la que había oído hablar a los cristianos. Vió a la Madre Priora venir en su auxilio. Al despertar estaba sano de una penosa enfermedad. Y se convirtió. Aprendió la doctrina cristiana como el avemaría.[92]

hombres a bordo de la nao y los echamos en la mar...; se bizo en el agua una rueda blanca y llana que sería de dos brazos en redondo y se fué extendiendo por el mar y quedó tan... en bonanza como la palma de la mano, y luego de improviso salió el sol... y pareció la tierra una legua de nosotros; el viento también se tornó en popa, con el cual corrimos aquel día de largo de la tierra de Berbería..." (id., f. 111). Al parecer, Paulo Sebastián, buen inventor de aventuras marinas, era un férvido admirador de Sor María.

89 Cf. id., f. 116 v.

90 Cf. id., f. 117 r.

91 *Epistolario*, pp. 57-58.

92 "Estaba en una de las galeras deste reino en el puerto desta ciudad de Lisboa un moro de 46 años, el cual se bizo cristiano y deseando yo saber cómo esto pasaba le hice venir a mí, para entender mejor el negocio y ver la conformidad de una relación con la otra... Tenía una extraña enfermedad, porque tenía el vientre muy binchado como una mujer preñada y todo cuanto comía tornaba a lanzar por la boca, y por esto dice que en... dos años no purgó por baxo nada...; agora está sanísimo y está ya baptizado y así vino a mí... y sabe toda la doctrina de la cartilla tan bien como sé yo el avemaría." *Historia*, f. 115.

5. *Milagros diversos:* Sólo referiremos dos, que no encajan en ninguna de las clasificaciones precedentes. Una vez, poco después de haber sido elegida Priora, la avisó la amasadora que se había quemado el pan en el horno. La mandó dijese al pan, en nombre del Esposo, que se tornase blanco; y así ocurrió. Lo afirmaron 56 monjas y 16 servidoras que había en el convento.[93] En otra ocasión, por diciembre de 1585, estaba un galeón de partida para Malaca. El Cardenal Archiduque pidió al P. Provincial cuatro religiosos para evangelizar aquellas tierras. El P. Provincial, perplejo ante la inesperada petición, sin saber qué religiosos mandar, ya que no era prudente negar nada al Virrey, acudió a la Madre Priora a referirle lo que pasaba. Oró ella y vió en éxtasis cinco religiosos voluntarios, afirmando que si se los presentasen los conocería fácilmente. Y, en efecto, cinco fueron los que se presentaron voluntarios, ofreciéndose ella de madrina para los nuevos misioneros, regalándolos con obsequios y promesas espirituales. A uno le mandó un billetico anunciándole su martirio.[94] No sabemos si contó la visión antes o después de haberse ofrecido los voluntarios, ni tampoco si se cumplió su anuncio de martirio a fray Francisco de Matos.

Como ejemplo de los milagros atribuídos a Sor María (sin pretensión de analizarlos, pues resultaría anacrónico, amén de fácil, procediendo con la convicción, avalada por los hechos, de que eran equivocadas las atribuciones o falseadas intencionadamente), basta con el precedente muestrario. Admira, desde luego, la candidez con que eran creídos; pero los sujetos de esta admiración no son las personas que, procediendo de buena fe, hicieron muy superficiales diligencias en los procesos de autenticación, sino nosotros, encastillados en la verdad apriorística de que en esos milagros no pudo haber intervención divina, ya que es intrínseca-

93 Cf. id., f. 112 v "... y deste pedí yo un pedacico que tengo guardado en mi poder". Id., f. 113.

94 Cf. id., f. 114 r. El billetico decía: "Prometo a *meu filho* fray Francisco de Matos de todos los días lo encomendar a Dios y pedir al divino Esposo le dé corona de martirio; y para memoria y certidumbre desto le doy este escripto de mi mano hoy, día de los Inocentes, en la tercera octava del amor del Esposo. María de la Visitación." Id., f. 114 v. ¿Pensaría ella, en el hondón de su conciencia, en una inocentada?

mente absurda y contra la finalidad del milagro la intervención divina para confirmar una falsedad. Y las llagas de Sor María eran falsas.

Pero, prescindiendo de este juicio actual, la verdad histórica es que los creyeron sus coetáneos — salvo raras excepciones, si es que las hubo, como luego veremos — a pies juntillas como la más apodíctica demostración de la autenticidad de los raptos y las llagas de la Madre Priora.

6. En el apogeo de la fama... y en vísperas de la caída

La santidad y penitencias de Sor María recibieron el espaldarazo cuando el 7 de marzo de 1584 apareció con las señales de las llagas. La joven Priora, siempre tan humilde y ejemplar, se adueñó de la opinión pública, que se hacía lenguas de sus carismas sobrenaturales. De momento no hubo lugar para la duda, sino para el asombro. Aquella mañana, arrobada en éxtasis después de comulgar (como acostumbraba), a pesar de sus simuladas precauciones, no pasó inadvertido a las demás religiosas aquel insólito fenómeno de las llagas; se acercaron y las vieron; inmediatamente avisaron al Padre Provincial de lo ocurrido; vino éste, acompañado del Prior de Santo Domingo, del Prior de Evora — que se hallaba en Lisboa entonces — y del confesor del cardenal Alberto; todos se admiraron y edificaron. Otras personas vieron también los estigmas, amén de las religiosas. La llama del gran incendio de la fama estaba ya encendida. Sor María, al volver en sí del éxtasis, pidió con lágrimas e instancias la absolución de su oficio de Priora y que la mandasen a regiones lejanas para esquivar el honor mundano que sobrevendría.[95] No solamente varones graves la disuadieron de

95 "Et ancor che ella si ingegnasse di ricoprire le mani con le maniche del tonacello... fu tuttavia scoperta mentre che essendosi communicata et, secondo il consueto, rapita in estasi, vi concorsero l'altre suore, quale, scoprendoli le mani, viddero le piaghe onde subito chiamato vi andò il padre Provinciale, il Priore di questo convento, il Prior di Evora, qual si trovava per all'hora qui, et il padre Confessore di S. A. cioè, del Cardinale d'Austria, et cosi tutti viddero l'istesso... Similmente molte religiose et signore... viddero il medesimo. Per la qual cosa ella procuro con grand'instantia esser assoluta dall'officio di Priora et esser anchora mandata in parte straniere per haver occasione di schivare l'honor mundano." *Lettera*, ff. 354 v-355 r.

aquel empeño, sino que el mismo Santo Tomás se le apareció y la reprendió severísimamente porque pedía a nuestro Señor que redoblase los dolores pero que no hiciese visibles las llagas.[96] El Padre Provincial, fray Antonio de la Cerda, el 12 de marzo de 1584 — cinco días después de la estigmatización —, escribía un sumario de las grandezas y maravillas que Dios había obrado en Sor María. Esa relación está firmada también por fray Gaspar Leitao y por fray Juan de Valladares, ambos maestros en teología.[97] El 13 — seis días después de la fiesta de Santo Tomás — fué fray Luis de Granada a visitarla. Charló, inquirió, admiró con una transparencia espiritual que podía contrastar como un aguafuerte con la falsía de Sor María, pero ésta disimulaba sin cansancio, aparentando extremadas inocencia y candidez en su relato. Le enseñó las llagas y le declaró los favores que recibiera del Esposo, tomando las aguas, para corroborar bien sus embustes, desde muy arriba.[98] Fray Luis se enredó en el asombro y dió cuenta admirada de aquellas cosas extraordinarias a dos grandes amigos suyos: al cardenal San Carlos Borromeo[99] y al patriarca Ribera, arzobispo de Valencia.[100] Los dominicos entraron por el aro de

96 "Onde richiese a N. S. che volesse piutosto raddopiarii i dolori che lasciarli i vestigii delle piaghe. Della qual cosa sdegnato gli apari san Tomaso et severissimamente la riprese." Id., f. 355 r.

97 Se halla en Roma, B. Vat. Urb. 818, p. 2, ff. 250 r-251 r.

98 "Sei giorni dopo la festa (di san Tomaso) andai io a visitarla et stei con esso lei quasi fino alla sera, et all'hora mi contò quello che s'è detto, et caccio una mano per un foro della grate et mostrommela da l'una et l'altra parte, per la cui pianta apparisce la piaga di grandezza d'un giulio; non è ritonda, ma di figura quasi triangulare, et altretanto apparisce dall'altra parte, anchor che di grandezza alquanto minore.

"Mi contò in questo tempo ancora alcuni favori che da N. S. ricevuti haveva... Di questo ella altre volte mi ha fatto consapevole." *Lettera,* f. 355 r.

99 De la correspondencia de fray Luis con el card. Borromeo sobre este asunto sólo conocemos una carta, publicada por A. Huerga en ""Hispania sacra" 11 (1958), pp. 343-344.

100 La correspondencia con el Patriarca de Valencia se ha guardado durante mucho tiempo en el archivo del Colegio de Corpus Christi (Valencia); el P. Cuervo anunció su publicación (*Obras de Fray Luis de Granada,* vol. XIV [Madrid, 1906], p. VIII); irían en un apéndice a la *Vida de Fray Luis de Granada,* que no llegó a escribir. Entre sus papeles, conservados en San Esteban de Salamanca, hay una carta de los directores del Colegio de Corpus Christi disuadiéndole de la edición de esas epístolas granadinas; R. Robres y J. R. Ortolá, colegiales del Patriarca, las han editado en la obra tantas veces citada con la abreviatura *Epistolario;* unas son totalmente inéditas; otras habían sido publicadas parcialmente por el

la creencia precedidos de sus superiores.[101] Las autoridades eclesiásticas y civiles, con el cardenal Alberto, Archiduque de Austria y Virrey de Portugal, a la cabeza, también dieron crédito a las palabras de Sor María y se asombraron ante sus llagas. El cardenal Alberto fué a verla, lo mismo que el arzobispo de Lisboa.[102] La Inquisición, que tan sutilmente hilaba en otras ocasiones, recavó y divulgó informes, autenticó las llagas y a punto estuvo de publicar, en un acto solemne, que eran verdaderas.[103] El cardenal mandó hacer sendas relaciones para su tío Felipe II y para el papa Gregorio XIII.[104] Los milagros que "obraba" fueron el golpe de gracia para que toda Europa se enterase de los extraordinarios prodigios. Sor María de la Visitación fué el tema de máxima actualidad en todas partes. Si es extraño que la Inquisición, tan parca y recelosa siempre para admitir esas cosas, sufriese un tan lamentable despiste, no lo es menos el que Roma, que siempre procede apoyada en las más exigentes garantías y actúa con la más silente prudencia, se sumase al coro de los asombrados. Nos consta por un breve de Gregorio XIII sobre la buena impresión de la noticia de las llagas de Sor María [105] y por una carta del Conde de Olivares, embajador de Felipe II, al príncipe Alberto, en la que textualmente le dice: "Lo de la Priora del Anunciada tiene Su Santidad por muy gran milagro. Y no lo dexa de ser para toda esta Corte Romana; y de mucho consuelo en habernos querido enviar Nuestro Señor en este tiempo mujer tan santa, en cuya persona resplandecen tan inauditas maravillas. Díxome el Papa que

Padre Cuervo, que suprimió, de momento, los pasajes que aludían al caso de la Monja de Lisboa.

101 Cf. *Epistolario*, p. 68.

102 Cf. id., p. 55; *Relación*, ff. 27 v-28 r; *Historia*, f. 110 v.

103 Cf. *Epistolario*, pp. 68 y 73.

104 La relación a Gregorio XIII se publicó en italiano, y del italiano se tradujo al francés y del francés al español. En este trabajo hemos usado la redacción castellana que Fray Luis usa en la *Historia;* la misma relación fué enviada a Felipe II, quien estuvo constantemente al tanto de este asunto. Cf. *Epistolario*, pp. 68 y 74. También Roma estaba alerta, a través de la Nunciatura y del Cardenal Archiduque (cf. R. Robres, art. cit., *passim*).

105 Está incluído en la *Historia*, f. 26 v. Fray Luis hace referencia a él (cf. *Epistolario*, p. 72). Los editores del *Epistolario* (cf. p. 72, nota 3) creen equivocadamente que se trata del Breve laudatorio de Gregorio XIII a Fr. Luis por sus escritos.

de su parte escribiese a Vuestra Alteza no dexe de ir continuando con Su Santidad lo que en esto hobiere de nuevo, por el consuelo que de ello recibirá." [106]

La fama, "el peor de todos los males", según dijo el poeta,[107] difundió a todos los puntos cardinales los prodigios de la Monja, desorbitados y recrecidos. En las cortes y en las mansiones señoriales, en las calles, en las urbes y en los pueblos resonaba su nombre asociado a santidad estupenda. El ambiente hondamente espiritual de aquella época, preocupada por los problemas trascendentes, y la autoridad de los fiadores de las cosas que se decían de la Monja, fueron dos puntos básicos que sostuvieron en vilo las alas de la opinión pública en favor de la sobrenaturalidad y veracidad de los fenómenos de Sor María de la Visitación.

Casi todos aquellos a quienes la buena fortuna llevaba a la bella capital lusitana intentaban, en la medida de sus fuerzas y recursos, ver a la Madre Priora.[108] Y aún más. Muchos hacían penosas peregrinaciones desde lugares lejanos para comprobar y admirar con sus propios ojos las maravillas que contaba y cantaba la fama. Los peregrinos, por muy expertos teólogos que fuesen, eran atrapados astutamente en la red del asombro y de la creencia en el carácter sobrenatural de las llagas. He aquí lo que sucedió a un docto fraile jerezano: "A esta fama — escribe quien fué testigo y se guardó el nombre — vino un Padre muy religioso y maestro en teología desde Jerez de la Frontera a visitarla y, después que la vió y trató, dixo que Nuestro Señor había puesto en el rostro de esta virgen un so-

106 *Historia*, ff. 26 v-27 r.

107 "It Fama per urbes.
Fama, malum qua non aliud velocius ullum." VIRGILIO, *A Eneid.* lib. IV, 173-174.

108 "... lo que pasa es que todas las señoras nobles desta tierra mueren por visitarla y buscan para eso todos los favores que pueden para que lo acaben con ella. Y como es tanta la nobleza desta ciudad, y las matronas nobles sean tan puntosas de honra, que [por] ninguna manera sufren negárseles esto... Y cuantos señores aquí vienen de Castilla, todos instan lo posible por verla y hablarle. Ni los Perlados son poderosos para impedir esto a personas de tanta calidad. Y más digo a V. S.: que ningún hombre extranjero ni ningún soldado viene aquí que no sea decir que viene a ver la monja sancta y haga cuanto pudiere por verla... Esto se erró al principio, porque si se pusiera en estilo que nadie la viera, con esto se quedara; mas agora tiene mal remedio este negocio. Y entre éstos hay muchos extranjeros que vienen de lexanas tierras, a fama destas maravillas, con los cuales no se puede dexar de corresponder a su devoción". *Epistolario*, p. 66.

brescripto que declaraba todo lo que había en su ánima." [109]

Pero si las visitas de peregrinos menudeaban, mucho mayor era el número de cartas que le escribían, pidiéndole recomendaciones ante Dios y rogándole los obsequiase con autógrafos y reliquias personales: "han sido muchas las cartas de señores de título y señoras que, de diversas partes..., le han enviado".[110]

La navecilla de la vida carismática de Sor María de la Visitación bogaba viento en popa.[111] A toda vela de admiración. Sabios e ignorantes veían en ella un ejemplar vivo de santidad y una poderosa intercesora para obtener de Dios el remedio de calamidades personales y públicas. Algunos portugueses creyeron que era una nueva Judith o una nueva Juana de Arco que los libertaría del dominio de Felipe II. Veremos más abajo qué fundamentos tiene esta hipótesis, pues hay indicios de que la Priora de la Anunciada derivó hacia este derrotero de la política, quizá buscando una salida airosa a sus embustes. Sucede esto en la etapa del apogeo de la fama, cuando más temía que ésta perdiese el equilibrio, derrumbando su castillo fantasmagórico de carismas celestes. Si esa desviación se hubiese manifestado desde un principio no podría explicarse que Felipe II la estimase. Y mucho menos que la *Armada Invencible*, anclada tanto tiempo en la ensenada del Tajo [112] y reemplazado su almirante don Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz [113] por el inexperto duque

109 *Historia*, f. 28 v. Cf. otro caso — ¿Alberto de Aguayo? — en f. 85 v.

110 Id., f. 51 v.

111 El apogeo o cenit de su estrella lo marca el 1588. Y también el eclipse. (Cf. A. MORTIER, op. cit., p. 645.) Sobre este "creciente" avisaban a Roma: "siempre se va confirmando" (Arch. Segr. Vat. Nunz. di Spagna, Reg. 17, f. 183 r); "van cada día en aumentación" (Ibíd., Reg. 24, f. 47 r.); "Le cose di questa serva... si vanno ogni giorno più manifestando" (Ib., Reg. 36, f. 421 v).

112 "Nuevas de esta tierra son azotes de Nuestro Señor: no ha llovido abril ni mayo; lo que no menos se siente [es que] ha 21 días que el Duque con todo el exército están embarcados por no haber venido viento favorable para poder salir, sin otro fruto más que gastarse los bastimentos", escribía Fray Luis el 22 de mayo, 1588. *Epistolario*, pp. 70-71. El día 27 dice: "todavía está aquí el Armada sin hacer tiempo para salir. Paréceme que Nuestro Señor quiere que Su Majestad sienta por experiencia que todo el poder del mundo no vale nada sin su ayuda". Ib., p. 72. La Armada Invencible se hizo a la vela finalmente, para tanta desventura, el día 30 de mayo, 1588.

113 Jorquera, en sus *Anales de Granada* (vol. 2, p. 522, edición A. MARÍN OCETE, Granada, 1934), cuenta las rogativas y novenarios

de Medinasidonia, pidiese como bandera de confianza la bendición de Sor María antes de zarpar rumbo a la catástrofe.[114]

El desastre de la *Invencible* alentó a los portugueses que aún soñaban la independencia. En ese instante de euforia lusa, la estrella de Sor María está ya abocada al hundimiento inexorable.

II. CRISIS: EL PROCESO INQUISITORIAL

1. Las primeras dudas y acusaciones

Como en todas las cosas en que la evidencia de los hechos no cautiva la libertad del juicio o la fe no exije una adhesión, en el caso de Sor María, pese al prestigio de santidad y milagro que gozaba y a que personas de la más alta jerarquía y garantía moral afirmaban rotundamente la veracidad de sus llagas y carismas, hubo un sector de desconfiados e incrédulos. La magnitud de las gracias carismáticas y los resquicios que una ficción, por astuto que sea el que la inventa, abre siempre para la duda, motivaron un tira y afloja de problemas y de interrogantes sobre la autenticidad de los fenómenos. Las sospechas germinaban en la calle; las acusaciones — y esto con una insistencia machacona — las fraguaban principalmente las correligionarias de

que allí se hicieron por la próspera ventura de la Armada y la solemnísima procesión que fué de la Catedral al Real Convento de Santa Cruz con la imagen de Nuestra Señora la Antigua; "con grandísima devoción sacaron los frailes de Santo Domingo a la milagrosa imagen de Nuestra Señora de la Esperanza... a recibir la procesión...; volvió la procesión a la sancta Iglesia después de una hora de la noche" (ib., p. 523). Mientras se celebraban estas solemnidades, los granadinos no sabían aún que el Almirante, gloria de la ciudad, había fallecido. "El postrero día deste mes (marzo) llegó a esta ciudad de Granada la nueva como el Excmo. Señor Marqués de Santa Cruz, don Alvaro de Bazán, en lunes siete días deste mes de marzo, había fallecido en la ciudad de Lisboa, donde estaba para embarcarse por General de la Armada... Dexó por sucesor en su casa y mayorazgo a don Juan de Bazán y Benavides, su hijo..., el cual dió cuenta al insigne monasterio... de Sancti Spiritus, que es de monjas (dominicas), para que le hiciesen las honras como a patrón y protector desta casa. Su Majestad nombró en su lugar por General desta Armada al Duque de Medinasidonia" (ib., p. 524).

114 "Instructa iam catholica classis in Angliam vela factura, non prius se Ponto credidit quam imperatoris iussu ante Annunciatae Virginis domum militari ordine explicata, ab ea fausto Crucis auspicio benedicta in altum solvere juberetur." *Itinerarium*, cap. I.

Sor María, que eran, además, súbditas suyas. A veces, incluso, enemigas o contrincantes en las aspiraciones al Priorato.

La mezcla de intereses creados en las acusaciones atenuaban el valor de las mismas, aunque se hiciesen para descargar la conciencia. Sor María supo aprovecharse de todo, bastándose ella sola para deshacerlas. Pero la perseverancia de la oposición terminó por hacer naufragar aquel navío tan humanamente frágil y tan aparentemente divino.

El análisis de las dudas y acusaciones revelan una situación de hecho: Sor María no estuvo nunca en completa posesión de su triunfo; las dudas y acusaciones, si en un principio sirvieron para afianzarla y recrecer su fama, a la postre fueron las culpables de que se descubriese en su total desnudez la tremenda superchería y se deshiciese la tela tan hábilmente urdida.

Sor María de la Visitación venció las primeras dudas que surgieron con una hipócrita humildad, mostrándose no sólo indiferente e insensible a las honras, sino también a las adversidades. Fué la mejor manera de vencer. La humildad es raíz y piedra de toque de la santidad; ya prueba más fina es la manera de comportarse en las injurias que se reciben, mejor aún que en no envanecerse con los aplausos.[1]

Una vez "mostráronle una carta de un teólogo de nombre, el cual, vistas algunas relaciones que andaban escritas de las virtudes de esta virgen y preguntando qué le parecía de lo que contenían, respondió que todo era ilusión y engaño del demonio. Y esta fama se extendió por toda la ciudad donde este Padre estaba y también pasaría adelante por ser persona de cualidad y letras".[2] Sor María disimuló la acritud de esta acusación con fingida humildad; dijo que eso era lo que siempre deseaba: sufrir injurias por amor del Esposo. Y se desahogó escribiendo a "un Padre espiritual con quien ella trataba sus cosas".[3] En esa carta decía: "¡Loado sea Dios con todo, porque El solo es podero-

1 Cf. *Historia*, f. 50; 52 r: "la pureza de la fina y verdadera humildad se conoce más en sufrir las injurias que en menospreciar las honras".

2 Id., f. 52 r.

3 Id. ib. No sabemos quién era el Padre aludido. ¿Fray Gaspar d'Aveiro, Fray Luis de Granada?

so en el cielo y en la tierra! Y puede cuanto puede y sin pedir consejo a nadie hace sus obras suavemente. Vuestra Paternidad me encomiende a El que yo no le ofenda; y diga el mundo lo que quisiere, porque más dixeron de El y de sus siervos. Yo estoy muy contenta porque tengo lo que siempre deseé, que es padecer alguna cosa por su amor. ¡Oh, quién fuera tan dichosa que mereciera perder la vida y cien mil vidas, si las tuviera, por El! Y con todo esto no hiciera nada, porque *siervos inútiles somos;* [4] el Esposo, digno de ser amado, servido y temido, nos enseñe a hacer en todo su santísima voluntad." [5]

En otra ocasión la prueba fué más fina y directa. Un Padre dominico, sorprendido de la abundancia de las apariciones, casi cotidianas, del Esposo a Sor María, empezó a dudar seriamente de la verdad de ellas. Y para salir de la duda acudió a un criterio teológico muy eficiente, que consistió en poner a prueba su humildad. Fué al monasterio de la Anunciada "a darle a esta virgen una gravísima reprehensión... Entre otras cosas muy lastimeras que le dixo, una fué que estaba muy dubdoso de sus revelaciones, porque Satanás muchas veces se transfigura en ángel de luz y ha engañado a muchos, ansí en los tiempos pasados como en los presentes".[6] Y le recuerda casos concretos: fray Rufino, compañero de San Francisco; un Padre de los yermos de Egipto, y otros recientes a quienes "hizo creer que habían de ser papas" o que "habían de reformar la Iglesia".[7] Unas palabras de San Buenaventura sobre la dificultad en discernir las revelaciones estrecharon el cerco del ataque, rematado en que también ella podía estar engañada, y el engaño no puede nunca durar mucho. "¿En qué podéis vos parar, sino en ser fábula del mundo y ser tenida por otra Magdalena de la Cruz?",[8] fué el apóstrofe dialéctico de la prueba. Palabras que, sin duda alguna, le quemarían el corazón, pues bien sa-

4 Hace aquí Sor María una clara cita: *Servi inutiles sumus.* Lc., 17, 10.
5 *Historia*, f. 52.
6 Id., f. 52 v.
7 Id. ib.; cf. M. Bataillon, *Erasmo y España* (México, 1950), volumen I, cap. I, pp. 5-50; donde describe todo este ambiente mesiánico que tanto prosperó en el siglo XVI.
8 *Historia*, f. 53 r.

bía ella que todo cuando decía y mostraba era cuento; ni siquiera llegaba a engaño del demonio. Pero la argumentación sabia del teólogo se estrelló contra una aparente humildad: no decía nada; callaba, sufría y lloraba. Ni una palabra en descargo o en defensa. "Solas las lágrimas dió por respuesta." Al día siguiente, en pago de la catilinaria, envió al grave teólogo un cesto de mazapanes, unas disciplinas y un billetico de "gran agradecimiento", con que puso mordaza y terminó de convencer a aquel Padre. La carta decía: "Reverendísimo Padre: Sabe el divino Esposo cuánto estimé la merced que Vuestra Paternidad me hizo el otro día y ahora acabo de creer que el amor que le tengo merece el que Vuestra Paternidad me tiene, pues como Padre que huelga de yo acertar me avisa de lo que me conviene. Yo pido a Nuestro Señor dé vida a Vuestra Paternidad y fuerzas para que siempre me muestre el camino de la verdad, porque quien me reprende quiere que yo acierte. Las disciplinas que me mandó pedir le envío. Mas no las tome Vuestra Paternidad porque yo las tomaré..." [9]

Con este ardid y esta fingida humildad, el buen Padre, si no salió de las dudas, al menos se vió confundido y no osó sacarlas más a relucir en público. Pero lo más probable es que la habilidad de la Monja lo convenció con unas pruebas tan desconcertantes de humildad.

2. La guerra estalla en el convento

No obstante estos triunfos personales y efímeros, la tempestad fué arreciando poco a poco. Los primeros latigazos eran suaves y Sor María se bastó para domeñarlos.

La gente vulgar, que admira y cree y se cohibe con tanta facilidad ante todo lo que tiene apariencia de sobrenatural, no se atrevió a poner en tela de juicio los carismas de la Monja; las habladurías de los malos, que nunca faltan, corroboraron más que destruyeron, pues el bien lleva tras sí con harta frecuencia el cortejo de los maldicientes. Las dudas importantes — las

9 *Historia,* f. 58.

que hacían mella — eran las de los teólogos, pues ellos pueden discernir lo verdadero de lo falso en los fenómenos místicos y su opinión pesa decisivamente en la opinión del pueblo. Sor María supo salir siempre airosa de la prueba de los teólogos.

Pero no logró vencer ni convencer a las correligionarias monásticas. Estas, asombradas al principio por el aparato místico de la Priora, se rehicieron pronto, en especial el grupo que capitaneaban las hermanas e hijas del Conde de Linares; la espiaron con tenacidad, le descubrieron las tretas que usaba, la acusaron con persistencia y hasta con encono. El monasterio de la Anunciada se convirtió en una algarabía espiritual y temporal. Había estallado la guerra dentro de la clausura. Los superiores de la Orden recibieron insistentes memoriales acusando a la Priora de superchera; y, a través del capellán del convento, Paulo de Pina, que oyó confidencias al respecto en el confesonario, llegaron por escrito al Inquisidor General.

El clima de ambición que reinaba en el monasterio aminoraba la eficacia de sus argumentos; personas graves, incluso el mismo Cardenal Archiduque, que conocían las intrigas de la oposición y estaban ciegas en la fe del carácter sobrenatural de las llagas, juzgaban que era una cosa tan patente — la estigmatización de Sor María, la malquerencia de las opositoras — que no había lugar a que se diese curso a las acusaciones, iniciando un proceso de diligencias y comprobaciones.[10]

Pero arreció tanto la tempestad que no hubo más remedio que comisionar a dos teólogos para que hiciesen un análisis de los estigmas. Así se apaciguaría la guerra de la oposición monástica con la mordaza del testimonio de examinadores cualificados.

10 La autoridad del cardenal Alberto, del arzobispo de Lisboa, de los Inquisidores, etc., pesaba mucho en pro de las cosas de Sor María, sobre todo para atajar las dudas. El Cardenal escribía al Papa en 1588 juzgando por superfluas todas las investigaciones (Arch. Segr. Vat. *Nunz. di Spagna*, Reg. 37, f. 12 r). No era de menor cuantía la opinión del confesor del Cardenal, fr. Juan de las Cuevas, que había sido Provincial de la Provincia de España y electo Procurador General de la Orden (cf. *Act. Cap. General, O. P.*, IV, 243 y *Reg. Familiare P. Constabilis*, AGOP., IV, f. 243); "Il padre confessore di S. A. ha praticado et conversato con questa serva di Dio alcune volte, quale, come huomo di molta autorità, dice esser maggiore argumento di quest'opra la purità et simplicità della vita che non è l'istesso miraculo delle piaghe" (*Lettera*, f. 355 r).

El día 1.º de noviembre de 1587, fray Luis de Granada y fray Gaspar d'Aveiro hacen el examen y levantan acta del mismo; convencidos de antemano y conocedores de que las acusaciones estaban entreveradas del humor que producen las rencillas monjiles, realizaron un examen superficial.[11]

El resultado, tal como lo refiere el acta, fué favorable a Sor María. Una vez más, gracias a la benignidad de los examinadores, el triunfo sonrió a la astuta monja.

3. El examen del General de los dominicos

Pocos días más tarde, el 4 de noviembre, llega a Lisboa el Maestro General de la Orden de Predicadores, fray Sixto Fabri de Luca.[12] El iba a ser el realizador del segundo examen. Los Registros de su visita a la Provincia de Portugal y un proceso escrito de su mano nos ponen en la pista de lo que hizo. Conocía el caso de la Monja, no sólo por lo que había oído y leído, sino también por haber tenido que dictar normas sobre ella en más de una ocasión. El 12 de agosto de 1585 había decretado que nadie pudiese obligarla a hablar con seglares a excepción del Padre Provincial, y éste, existiendo una causa razonable.[13] También había concedido privilegio para que en la Anunciada se pudiese rezar el oficio de Santo Tomás los miércoles que no coincidían con fiestas mayores.[14] El 11 de agosto de 1586 obtuvo para Sor María de Sixto V la fa-

11 Este examen se difundió mucho, como consta de una carta de Fray Luis al Patriarca Ribera: "La razón que hay para imprimirse este examen es andar escrito de mano por muchas partes, con mala letra y muchos defectos y mentiras." *Epistolario*, p. 74.

12 Cf. AGOP., IV, *Reg. S. Fabri*, 44, f. 36 v. También Bongiovanni escribe al cardenal Rusticucci el 5 de diciembre: "Aggiungero poi che il padre General di san Domenico, che giunse qui circa 20 giorni sono, ha voluto investigare et chiarirsi, oltre le diligentie passate, della verità delle piaghe et stigmate che sono nella persona di questa serva..." Arch. Seg. Vat. *Nunz. di Spagne*, Reg. 36, f. 410 v.

13 "Licentia Religiosae matri Sorori Mariae de Visitatione Priorissae Annuntiationis Ulisipon. ne compelli possit ad loquendum saecularibus nisi a Provinciali et hoc nonnisi in casu gravi, 12 aug. 1585." AGOP., IV, *Reg. S. Fabri*, 45, f. 11 r.

14 "Conventus Annuntiatae Portug. Licentia data Priorissae et conventui Dominae Annuntiatae Ulisipon. ut IV feria dicant officium de s. Thoma ad modum quo fit in conventibus in quibus viget studium. 1 ianuarii 1585." AGOP., IV, *Reg. S. Fabri*, 45, f. 4 v.

cultad de poder ser reelegida Priora, quedando confirmada en el acto y sin admisión de renuncia posible.[15] Así se continuaba su Priorato sin solución de continuidad, cosa útil para Sor María, pues con el mando en la mano tenía más libertad de movimiento para sus engaños. El año siguiente, el 9 de mayo, estando en Madrid, Sixto Fabri de Luca prorrogó el Priorato de Sor María hasta que él llegase a Lisboa y, hecha la visita del monasterio, dispusiese de otra manera.[16] Llegó, como hemos dicho, a primeros de noviembre de 1587. Se interesó inmediatamente por el asunto de la Monja y pudo comprobar que las aguas corrían ya un poco turbias: había dudas, acusaciones, sospechas. ¿Era cizaña del enemigo, amigo de sembrar la discordia y la maledicencia, o había en toda aquella perplejidad un fondo sincero? Sixto Fabri recoge ese ambiente y esa disyuntiva.[17] Y, sin prejuzgar ninguna actitud, determina hacer un examen concienzudo personalmente.[18] El 18 de noviembre se presenta de improviso en el monasterio de la Anunciada.

Llamada Sor María a su presencia, el General de la Orden, imperativo, exigió que le mostrase las se-

15 "Romae, 11 augusti 1586. Conceditur facultas auctoritate apostolica ut reverenda Mater Soror María a Visitatione, expleto officio priorissae, possit inmediate de novo eligi in priorissam Monasterii Annuntiationis Ulisipon. eaque electa statim intelligatur confirmata quemadmodum ex nunc pro tunc confirmatur cum praecepto formali ei ut acceptet; alterae autem ut ei obediant." AGOP., IV, *Reg. S. Fabri*, 45, f. 95 v.

16 "Matriti, 9 maii 1587. Prorogatur in officio priorissae monasterii sanctae Mariae de Annuntiata Ulsipon. adm. Reverenda Mater Soror Maria de Visitatione quoadusque Reverendissimus Pater Generalis ipsum monasterium visitaverit et ipsemet aliter disposuerit et ordinaverit." AGOP., IV, *Reg. S. Fabri*, 45, f. 96 r. Cf. *Epistolario*, página 65; para calmar el alboroto consiguiente tuvo que ir al monasterio fr. Alberto de Aguayo, visitador. Cf. *Proceso*, f. 19 v.

17 "Faccio fede et dico in verbo veritatis io Fra Sixto Fabri di Luca... che essendo io venuto nella Provincia et Regno di Portugallo... et essendo io gionto nella insigne città di Lisbona, tra l'altre cose che mi s'offersero... fu l'udire che l'inimico havea supraseminato zizania nella tanto buona existimatione recevuta universalmente in diverse parti del Cristianesimo della divota religiosa Suor Maria de Visitatione al presente del nostro monasterio dell'Annuntiata della medesima città di Lisbona." Declaración de Sixto Fabri. *Proceso*, folio 9 r.

18 "... mi mossi per consiglio di gravi Padri visitari detto Monasterio... et intender... quello che mi poteva porgere di lume e cognitione della verità in un tanto caso. Il che havendo fatto e da molti parti essendomi scoperte le dubitationi e le cause di sospettare e dubitare, parve bene ch'io, con la maggiore secretezza possibile, necessaria per molti rispetti che si taciono, me ne certificassi". Ibid.

ñales de la corona de espinas. Obedeció con sencilla prontitud. Sixto Fabri vió con sus propios ojos las huellas de las espinas punzantes: los agujeros manchados de sangre en forma circular. Sixto Fabri cayó en la añagaza: aquello era un estigma divino.[19]

A continuación, ya predispuesto en favor, quiso ver también la llaga del costado. Sor Beatriz, la monja que estaba presente al examen, le ayudó; y vió con asombro la llaga; estaba seca aquel día, que era un miércoles y no le tocaba manar sangre.[20] Luego examinó las llagas de los pies, donde admiró el clavo partido en dos.[21] Finalmente, hizo que le mostrase las manos. No fiándose de sus propios ojos, intentó hacer otras experiencias. Primero, al tacto. Sor María gesticulaba y gritaba como si el dolor fuese intensísimo.[22] No se detuvo por el momento el General. Con jabón negro se puso a lavar las llagas, pero fué tanta la demostración de dolor que hizo Sor María que, compadecido, desistió.[23] La experiencia, desde que vió las huellas de la corona de espinas, no podía ser más satisfactoria. El lavado, aunque no se terminó, estaba garantizado por la autoridad de otros Padres graves que habían hecho esa experiencia con más perseverancia.[24]

El viernes próximo, día 20 de noviembre, Sixto Fabri volvió a la Anunciada, para decir misa y dar la comunión a la Priora. Pero la Priora se le adelantó en

19 "Cosi, preso un giorno all'improviso alla grata della detta chiesa... comandei che detta madre Priora tornata fosse in quella parte...; et io vidi con gl'occhi proprii sopra il suo capo..." Ibíd.

20 "Dipoi mi volsi anche certificare della piaga che dicevano tener nel costato manco, et cosi da detta madre che si chiamava suor Beatriz me feci scoprir il lato manco, ove chiaramente vidi la piaga longa poco meno di un dito... che all'hora non gettava sangue per esser il giorno di mercoledi alle 18 novembre." Ibíd.

21 "Comandai poi che mi mostrassero li piedi, quali scoperti vidi chiaramente nel pie destro di sopra la forma del capo del chiodo, et di sotto al medessimo pie e di sopra all'altro sinistro come si le fosse passato il medesimo chiodo di color nero, et a torno, cinto di color come di sangue." Ibíd.

22 "Le mani, ancor che patentemente ognuno le veda, io più particolarmente me le faci mostrare, e nel toccar la piaga si doleva multo et sentiva come l'effetto del volto mostrava gran dolore." Ibídem.

23 "... io volsi far parimente experientia lavandoli le piague con sapone nero; ma tanto fu il dolore che sentì che non mi parve d'andar più avanti...". Ibíd., f. 9 v.

24 "... sendo stata fatta già da altri maniera che loro medesimi per suo testificato narrano... Ibíd. Se refiere al examen hecho por fray Luis y por fr. Gaspar d'Aveiro.

los propósitos: le pidió que la confesase; después Sixto Fabri dijo misa y le dió la comunión. El éxtasis consabido la arrebató en seguida, con el cáliz de las abluciones en las manos. Luego Sixto Fabri se acercó a la ventanilla de la comunión y llamó a la Priora. Mandó que se marchasen las demás religiosas. Unos Padres que le acompañaban estaban junto al Maestro General, pero no tan cerca que pudiesen entender lo que hablaba. Sixto Fabri le dijo a Sor María que, siendo viernes, quería ver la sangre que manaba de la llaga del costado. Ella contestó que ya había puesto un pañito y que pensaba regalárselo. El General aprobó la previsión y la generosidad de la Madre Priora, pero no se dió por contento. Hizo que le mostrase la llaga, que estaba aquel día sangrando, y sobre ella colocó un pañito limpio que llevaba. Al cabo de un rato — que pasaron platicando —, Sor María dijo que ya era hora. Descubrió la llaga y Sixto Fabri quitó el pañito, aunque no con mucho cuidado, por lo que se manchó un poco; en él aparecían las cinco gotas en forma de cruz. Debió manifestar su admiración ciega y convencida, pues Sor María le ofreció una luz para que lo viese mejor. Pero Fabri replicó que no era necesario...[25]

25 "Inoltre, intendendo io che il giorno del venerdi la piaga del costato gettava sangue et si raccoglieva... et faceva cinque goccie poste a forma di croce, come se ne mostrano molte, il venerdi prossimo... che fù alli venti del medesimo mese, fui a detto monasterio con farli intedere solamente che quella matina volevo io, detta la messa, communicarle... Esendo gionto mi feci chiamar per voler parmente da me riconciliarsi, come fece. Et poi... mi accostai al finestrino... e la chiamai... et fatte partire le monache... erano restando solamente della parti di fuori alcuni padri poco lontani dal finestrino, quali pero non potevano intendere ne vedere quello che dicevo o facevo. Dissi a detta madre Prioressa che essendo il giorno di venere desideravo vedere l'effetto del sangue della piaga del costato, et ella prontamente mi disse aversi gia posto sù un panicello e che lo tiraria e me lo daria, come me lo diede; ma io li disse che bene, ma che non mi contentava di questo per la gloria d'Iddio, ma che si dovesse con la debita decenza scoprir quella parte, ch'io proprio portava meco un panicello e che lo volevo poner io sopra la piaga e poi levarlo per vedere chiaramente la verità aperta...; cosi ella scoprendo quella parte, io chiaramente vidi la piaga aperta atta gettar sangue e sopra vi posi il panicello, e stando cosi a ragionare un poco, quando fù il tempo di sentir discendere sangue mi disse ch'io levasi il mio panicello e, scoperta lei quella parte cosi feci, e ritrovai il sangue con le cinque goccie in forma di croce... Solo non levando io il panicello con molta accuratezza feci che detto panicello ancho in un altro loco s'amacchiasi, e passava il sangue, come suole, per esso duplicato e triplicato il panno la terza piega. Mi volse la buona religiosa far vedere anco con un lume, ma non me ne curai piggliandoci il lume... essendomi io, senza lume, fatto di tutto chiaro abastanza." Idem, folios 9 v-10 r.

Aunque el General de los dominicos había quedado personalmente ganado para la causa de Sor María de la Visitación, por consejo de Padres gravísimos, quiso extremar las precauciones y comisionó a fray Luis de Granada, a fray Juan de las Cuevas — confesor del cardenal Alberto — y a fray Gaspar d'Aveiro — confesor de la Anunciada — para que realizasen un tercer examen, imponiéndoles precepto formal de decir la verdad.[26]

Los tres — dos españoles y un portugués — cumplieron su misión los días 25 y 27 de noviembre de 1587. Fueron a la Anunciada, entraron en la iglesia y llamaron a la Madre Priora a la ventanilla de la comunión, sin previo aviso. Fray Luis la exhortó a tener paciencia, comentándole el salmo 65; fray Juan de las Cuevas le mostró la orden de Sixto Fabri por la que le mandaba acceder a todas las experiencias que creyesen oportunas los tres delegados y le exigió obediencia. Sor María obedeció como una mansa cordera, pero hizo sus gestos: "se afligió mucho y, juntando las manos y levantándolas, levantó también los ojos al cielo" con gran demostración de sentimiento al oír que tendría que mostrar sus estigmas.[27] Pero accedió a todas las pruebas. También en esta tercera ocasión los resultados fueron triunfales para Sor María, y así lo testificaron los examinadores.[28]

Sixto Fabri juzgó haber hecho todas las diligencias que podían estar a su alcance para aclarar el asunto de la Priora de la Anunciada. Al hacer la visita al monasterio, según era costumbre cuando las monjas estaban sometidas a la jurisdicción de la Orden, escuchó necesariamente muchas cosas desagradables a algunas religiosas sobre la Priora. Bondadosamente, paternalmente, perdonó todas las faltas.[29] A una que recelaba de

26 "Inoltre... non mi fidando io del mio solo giuditio..., si concluse ch'io dovessi mandar a simile e maggior anco experientia alcuni padri deputati come io mi risolvi di fari et elessi il padre maestro fra Luigi di Granata, il padre maestro fra Giovanni de las Cuevas, Confessor di Sua Altezza, et il padre Gasparo d'Aveiro, predicatore generale, confessor del detto monasterio, ai quali comandai in merito et virtute di santa obedientia che ciò facessero..." Ibíd., f. 10 r.

27 *Proceso,* f. 11 r.

28 Los dos *exámenes* pueden verse en "Hispania Sacra", 12 (1959), pp. 118-124.

29 A este generoso perdón alude fray Luis de Granada en una carta a los jueces de la causa de Sor María: "con cuanto hizo nuestro

que las llagas fuesen pintadas le hizo que las pintase en sus manos y no resistieron una mediana prueba de lavado.[30]. Además, las que censuraban y no creían en la veracidad de los dones sobrenaturales de la Madre Priora eran minoría. La mayoría de aquella numerosa comunidad estaba de su parte, y así fué reelegida en el cargo con un margen de votos abrumador, confirmándola inmediatamente el General.[31]

Sixto Fabri dió ordenaciones generales para toda la comunidad y, embarcado en la creencia de las gracias sobrenaturales de Sor María, le dió, a petición suya, unas ordenaciones especiales.[32]

A las monjas les prohibe, bajo graves penas, declarar a quién habían dado el voto en las elecciones, para evitar habladurías y represalias; que no se metan en cuestiones políticas, máxime en aquellos tiempos de tanta ebullición patriótica contra Felipe II, pues las religiosas están consagradas a Dios, no al mundo y a sus negocios; [33] por fin, que no hablen de las gracias y estigmas de la Madre Priora, ni en favor ni en contra, con personas seglares, sino solamente con el Padre Provincial.[34]

A Sor María de la Visitación, supuestas sus llagas como auténticas, le da unas ordenaciones saturadas de prudencia y sabiduría: [35] 1.º) Los viernes, día en que

Reverendísimo Padre General y con cuanto pacificó y perdonó...". *Proceso,* f. 17.

30 "E di più aggiongo che nella mia visita trattando alcuna in detto monasterio meco d'alcun dubbio che teneva in dette piaghe, per certificarme et anco per levar di dubitatione tal persona ordinai a detta persona che se depingesse nelle sue mani tal forma di piaghe... Così fece, e nel mezzo giorno in circa venendo questa tal religiosa da me col panno bagnato et io sfregando trovai che'l color si levava et si conosceva esser pittura." Fe del General de la Orden Sixto Fabri sobre las llagas de Sor María. *Proceso,* f. 10 v.

31 "Ulissipone, die 7 ianuarii 1588. Confirmatur, instituitur et datur in priorissam monasterii Annuntiationis olissipomensis reverenda mater Soror Maria de Visitatione, iterum canonice magno concensu electa post expletum tempus praeteriti prioratus." AGOP., IV, *Reg. S. Fabri,* 44, f. 96 v.

32 Están fechadas el 26 de abril de 1588 y se conservan en el AGOP., XIII, 461.

33 La elección de Sor María, que confirma Sixto Fabri (confróntese nota 31, no fué unánime, porque las cosas de la Monja, a pesar de todos los esfuerzos del General, se iban enturbiando más cada día (cf. *Proceso* f. 1). Las prohibiciones de Fabri pueden verse en el *Proceso,* f. 26 v y en los folios anejos que se hallan sin numerar al principio. Las ordenaciones, en AGOP., XIII, 461.

34 Cf. *Proceso,* ff. 19-26 y primeros folios adjuntos.

35 "On ne peut que rendre hommage à ces sages ordennances", dice Mortier, op. cit., p. 644.

la llaga del costado mana sangre, no hablará con personas extrañas, para que así pueda vacar al diálogo con el divino Esposo; 2.º) Las mañanas que reciba la sagrada comunión no podrá ir al locutorio hasta después del desayuno, para que tenga más tiempo para la contemplación y el amor; si se presenta algún negocio relacionado con su cargo, lo encomendará a la Madre Subpriora o a la Madre Compañera o lo dejará para más tarde; 3.º) No podrá escribir cartas a personas que no sean de la Orden sin permiso del Padre Provincial o, en su ausencia, del Padre Prior de Santo Domingo; a reyes y príncipes y prelados eclesiásticos, sin autorización particular del General, excepto para tratar asuntos relativos a los negocios o gobierno del monasterio. Y si obtiene tal licencia, nunca se entenderá que es para tratar de la política del reino, ni en favor de persona "equivocada" en estos asuntos, sino en favor del Rey Católico, "legítimo Señor y heredero de estos Reinos"; 4.º) No se presentará en público sólo para que la vean las gentes, a no ser que vengan personas nobilísimas, en cuyo caso es necesaria la previa licencia del Padre Provincial, que nunca debe excederse en tales atribuciones; 5.º) No podrá tratar de sus revelaciones y visiones más que con el Padre Confesor del Monasterio, quien, después de haberlas oído, debe escribirlas fielmente; y no se publicarán sin autorización de uno de estos cuatro Padres: Padre Provincial, Padre Prior de Santo Domingo, fray Luis de Granada o fray Juan de las Cuevas.[36]

36 "1. Mandamos a madre Soror Maria de Visitação... que en nenhua maneira falle con pesoa fora do mosteiro nos dias de sestas feiras...

2. Mandamos que os dias da comunhão... não va a os ralos antes de jantar pera qui lhe fique tempo mais largo pera contemplar nas cousas divinas... E quando vier algum negoceo que revele ou fique pera depois de jantar, ou mande a madre supprioresa ou a madre companheira...

3. Mandamos que não escreva cartas a pesoa alguma fora da ordem sem licenca particular do padre provincial o, en sua ausencia, do padre prior. E em particular não escreva nem a Reis nem a Princípes nem a perlados eclesiasticos sem nossa particular licença. Tirando quando for necessario a os negoceos e gouverno do convento. E declaramos quando lhe derem a tal licença nunqua lhe concedem licença per escrerer cartas que tratem de materia do Reino nem en favor de pesoa que tem errado nestas mateiras, senão quando forem en favor do Rei Católico, legitimo Senhor e heredeiro destos Reinos.

4. Mandamos que não va a luguar algum somente per rezão de ser vista da gente... Tirando quando algunas pesoas nobilisimas a

A los dominicos, Sixto Fabri, como supremo jerarca, también dió unas ordenaciones fecundas para la paz y la buena marcha de la vida religiosa.[37] Son dignas de resaltar las graves palabras con que conmina a sus súbditos a prestar obediencia a Felipe II, "legítimo e indubitable" rey de Portugal,[38] contra quien tanto habían dicho los religiosos adictos a don Antonio en aquel río revuelto de la religión y la política que estragó los conventos.[39]

quiserem ver, pera edificação sua delas, e que então sera con licença primeiramente do padre Provincial...

5. Mandamos que as revelacões e visões que tever... cum nenbua pesoa os trate senão com o padre confesor do mosteiro, o qual padre depois que as ouvir (se for necessario), as escreva fielmente e não se publiquem nem digao senão por conselho do padre Provincial, do padre Prior, do padre mestre frei Luis de Granada ou do padre mestre frei Joam das Covas." AGOP., XIII, 461.

37 Se conservan en AGOP., XIII, 461 y en la colección de Actas de Capítulos Provinciales y Ordenaciones de la Provincia de Portugal que existe en el Arcb. Nac. da Torre do Tombo (Lisboa, Portugal), Ms. 533 (sin foliar): *Ordinationes Revdmi. Xysti Fabri. Ulisipone 12 aprilis 1588*, bacia el fin del vol. En el mismo Ms. están las actas del capítulo provincial de la Provincia de Portugal, celebrado en Lisboa el 3 de diciembre de 1587 bajo la presidencia de Sixto Fabri, en el que fué elegido Provincial Fr. Amaro López, que sucedió a Fr. Antonio de la Cerda, quien tan activamente había intervenido en el asunto de Sor María.

38 Sixto Fabri aparece en las ordenaciones que da a los padres — lo mismo que en las que dictó para las monjas y para Sor María — fiel adicto a la causa de Felipe II como legítimo Rey de Portugal. Dice a los padres: "Quoniam omnis potestas... a Domino est, et qui potestati resisti, Dei ordinationi resisti, eamdemque debent omnes debita obedientia atque honore prosequi ac revererl, aequum est ut Catholicum Regem Pbilippum cum augustissima prole tanquam verum, legitimum et induditatum huius Regni Portugalliae Dominum et Regem sibi divina providentia datum, omnes recognoscant et venerentur. Eapropter praecipimus omnibus tam fratribus quam sororibus nostrae obendientiae subiectis in bac provincia nostra Portugalli, in virtute Spiritus Sancti et sanctae obedientiae sub formali praecepto necnon sub poena excommunicationis latae sententiae, cuius absolutionem nobis... reservamus, una hac pro trina canonica monitione praemissa, ne quispiam palam vel quovismodo clam loquatur vel tractet seu scribat aut quomodolibet se intromittat in nitionem praefati Regis Philippi legitimi Regis ipsius Regni. Et sub spenctantibus ad hoc Portugalliae regnum nisi in favorem et recogeadem censura, quicumque sciverit quod aliquis religiosus seu persona aliqua Ordinis nostri agat contra dictam prohibitionem et censuram teneatur quam citius illud manifestare patri Provinciali..." *Ordinationes S. Fabri...* AGOP., XIII, 461. Torre do Tombo, Libros do convento de s. Domingos de Lisboa. Ms. 533.

39 En el tomo XIV de las *Obras de Fr. Luis de Granada* (edición citada), pp. 464-675, hallamos un retrato exacto de la ingerencia de los religiosos en el problema de la sucesión, que acarreó en gran parte la ruina de la Provincia dominicana portuguesa. Esto por referirnos solamente a los dominicos. En un sentido mucho más amplio, hay un arsenal de documentos, muchos de ellos relativos a los dominicos, en el Archivo General de Simancas (por ejemplo, los legajos *Est.* 188, 93, 351, 187, etc.); también los volúmenes 31-34, 35

Sixto Fabri abandonó Lisboa camino de España. A su parecer, durante la prolongada estancia en Portugal, había realizado una misión rectora, equilibrada, fructífera para la vida religiosa de sus súbditos y había aclarado — y confirmado gozosamente — el asunto de la Madre Priora de la Anunciada. El 17 de mayo de 1588 está ya en Badajoz.[40] Pero sin perder contacto con Lisboa. No puede olvidar la incomparable panorámica de la ciudad, señora de las colinas riberas del Tajo, borracha de luz celeste y perfume de algas marinas, ocre y verde, alegre y comercial, que por aquellos días era bullicio y cita de soldados y mercaderes: estaba anclada en el puerto la *Invencible*, ansiosamente expectante de viento y de lucha. Tan segura era la victoria de aquella flota nunca vista, que Fabri proveyó de amplios poderes a fray Rodrigo Calderón, dándole autoridad de vicario de todos los capellanes dominicos embarcados y de restaurador de los conventos de la Orden en Inglaterra.[41] Menos aún podía olvidar el peligro de las ingerencias de los religiosos en el *affaire* político, y los trastornos anejos a las acusaciones y sospechas adversas a la Madre Priora. Con sus sabias ordenaciones había intentado conjurar esas tristes posibilidades. A poco de su marcha volvió a declararse el incendio y las posibilidades se convirtieron en realilidades.

4. Sigue la marejada

Deshecha por los mares la *Invencible*, la reacción de los partidarios de don Antonio fué inmediata, pero ahogada en agraz por la mano potente de Felipe II.[42]

y 39 de la *Colección de Documentos inéditos para la Historia de España* (1842-1895), ofrecen un abundante repertorio de gran interés. Fué tan apasionada y constante la lucha, que el duque de Alba anhelaba más sus famosas batallas que tener que pelear en esta pequeña lid de intrigas y sofismas.

40 AGOP., *Reg. S. Fabri*, IV, 44, f. 96 v.

41 "Ulisippone, 20 novemb. 1587. Instituitur Vicarius super omnibus fratribus nostri Ordidinis cuiuscumque Provinciae euntibus cum exercitu et Armatae quam Rex Catholicus mittit ex Ulisipona per mare sub ducatu et regimine marchionis Sanctae Crucis, ad cuius etiam instantiam instituitur... cum auctoritate accipiendi possessionem conventuum ab haereticis desolatorum... pater fr. Rodericus Calderón." Ibíd., IV, f. 7 r.

42 Cf. las fracasadas intentonas de don Antonio en M. de Sousa, *Teatro histórico... de la casa de Sosa* (París, 1694), pp. 787-788. Una

En cuanto al asunto de la monja estigmatizada, a pesar de todos los esfuerzos de Sixto Fabri examinando, ordenando y perdonando,[43] persistía la insatisfacción. Los enemigos — o las enemigas — de Sor María y los recelosos de sus embelecos, momentáneamente humillados por el triunfo que la Madre Priora logró en la visita canónica del General, no dieron su brazo a torcer; la ira insatisfecha se les exacerbó. La tempestad de acusaciones y murmuraciones iba creciendo en peligroso volumen. Y esparciéndose por todas partes, como poniendo sordina a la fama y alabanza de la Madre Priora.

Por la contestación que da fray Luis de Granada al beato Ribera a un sumario de faltas que había llegado a noticia de éste y que comunicó a aquél podemos deducir algunas de las acusaciones que corrían en contra de la Madre Priora: era una parlera, amañó su reelección de Priora, tiene por compañera una mujer que está confabulada con ella y es, para los demás, inaguantable; nunca nombra el nombre de Jesús, trae el convento alborotado, quitó la cortina que el Papa mandó poner en las rejas del locutorio, se deja adorar de los que la ven, ha dicho que tiene licencia del Esposo para que una monja hable contra un *motu proprio* de Su Santidad; finalmente, hay muchos que no creen en sus llagas.[44]

Acusaciones graves, desorbitadas por la pasión. Pero ¿eran todas falsas o había en ellas un fondo de verdad? Al menos revelan un ambiente poco propicio a la monja. Y lo que es más grave, la fuente principal en la que se alimentaban esas fundadas sospechas era el mismo monasterio de la Anunciada. La actitud de las religiosas había ido evolucionando a medida que pasaba el tiempo. En un principio, admiraban su gran austeridad y virtud, y la prueba más irrefragable es que la eligieron Priora, siendo muy joven, de una co-

de las causas que empeñaron a Felipe II en la *Invencible* fué el apoyo que los ingleses prestaron al bastardo pretendiente a la corona lusa. Sobre el desastre de la Escuadra escribía Bongiovanni al Cardenal Montalvo, el 3 de diciembre de 1588, que Felipe II reorganizaría lo poco que quedó, sino para atacar, si al menos para defenderse (confróntese Arch. Segr. Vat. *Nunz. di Spagna*, Reg. 36, f. 458 r).

43 Cf. carta de fray Luis a los jueces de la causa de Sor María. *Proceso*, f. 17 r .

44 Cf. *Epistolario*, pp. 61-69.

munidad que tenía más de sesenta miembros.[45] Ella procuró mostrarse agradecida y cuidar de las enfermas y atender a todas y sosegar los pequeños choques de la vida conventual, valiéndose para esto de su trato amable, de su simplicidad aparente y hasta de sus visiones.[46] Las monjas creyeron sin titubeos, como tantos otros, en la santidad de Sor María y en sus carismas.

Al correr de los días empezaron a nacer los recelos, a sentirse las críticas de las descontentas, a actuar la curiosidad femenina. Todo era muy humano, pero síntoma de que había algo que no convencía a las más avisadas. El síntoma cobraba nuevo ímpetu con las murmuraciones de las ambiciosas, de las postergadas, de las malintencionadas o de las ofendidas; y tomaba cuerpo con la actuación de las curiosas espiadoras. Era una pequeña parte, es verdad. La mayoría daban valor sobrenatural a lo que veían sus ojos: los éxtasis ininterrumpidos, en los que estaba inmóvil como estatua; las palabras que decía en ellos; las llagas sangrantes; los resplandores que salían de su celda y de su pecho; las levitaciones; el rumor de su rezo, distintamente percibidos el versículo que ella recitaba y el silencio que seguía, correspondiente al otro versículo recitado por el Esposo; aquel familiar *Gloria Patri* al final de cada salmo, en el que, en lugar de decir *et Filio,* decía *et Tibi.*[47] Pero muchas se fueron poco a poco liberando de su ingenuidad, o sacando a flote sus complejos. La santa Priora hacía cosas repelentes para el buen sentido religioso — sentido sin demasiado raciocinio —; después reflexionaban y comparaban y se convencían más de sus recelos. Coronaban esta actitud con un continuo alerta de espías: vigilaban todos sus movimientos. Hasta llegaron a mirar por las rendijas de la llave de su celda. Más aún: se atrevieron a hacer un agujero secreto para espiar sus movimientos. A una gran habilidad femenina respondían ellas con una especie de contrahabilidad, que desenmascaró a la Priora: ¡la vieron pintarse las llagas! [48] Cuando Sixto Fabri visitó el convento fué preguntando a todas. La mayoría

45 Cf. *Historia,* f. 112 v; *Relación,* f. 22 r.
46 Cf. *Historia,* f. 103 r; *Relación,* f. 22 v; *Epistolario,* p. 51
47 Cf. *Lettera,* f. 355 r.
48 Cf. *Proceso,* ff. 3-6.

persistieron en afirmar, con angelical credulidad, su fe en las cosas de la Madre Priora; otras, en cambio, manifestaron sus recelos, sus observaciones. No fueron creídas, pero tampoco fueron castigadas. Fabri fué generoso.

Vino luego la elección de Priora: Sor María fué reelegida por mayoría absoluta,[49] a pesar de un pequeño sector que batalló en contra. Y con tesón. Porque tuvo su trascendencia extramonástica.[50] Al abandonar Lisboa Sixto Fabri, que, con su autoridad suprema, la hubiese podido acallar, la marejada crecía dentro del convento, irritando el ambiente; muchas voces de fuera se sumaban al desacorde.

5. La libertadora de su pueblo

La cuestión alcanzó su punto álgido cuando empezaron a correr rumores de que la Madre Priora hablaba contra Felipe II. El patriotismo luso, ávido de sacudir el yugo — yugo legítimo — del Rey Católico, se puso en efervescencia al tenerse noticia del desastre de la *Invencible.* Pusieron a la monja "santa" por portaestandarte de su rebelión. Quizás ella, sedienta de una salida airosa, vió en aquel río revuelto la posibilidad de una evasión triunfante por el camino de la política nacional. La conciencia le remordía, augurándole un fatal descubrimiento de sus engaños. La soberbia y el temor encontraban así una singladura inédita.

Es posible que ella no dijese nada. Y puede ser que fuesen sus compatriotas, que habían usado ya ma-

49 Cf. nota 31.

50 "Sabrá V. S. que ciertas religiosas deste monasterio de la Anunciada, viendo que se trataba de reelegir esta madre contra la voluntad de ellas, buscaron todas cuantas invenciones pudieron para desacreditarla. Y éstas son tan emparentadas en esta tierra que, como toda la Ciudad entendió que de ellas había nacido esta infamia, se tornaron contra ellas; y, por otra parte, otros eran en favorecerlas y confirmar sus razones; y así, *contentione crevit hoc negotium* y se han dicho mil cuentos de falsedades." *Epistolario,* p. 62; cf. también páginas 65 y 67. En la carta a los jueces de la causa de Sor María dice Fray Luis: "... será remediado este monasterio, que tan diviso y revuelto está, lo cual no podrá ser sino evacuando los malos humores que han sido causa de tanto mal, pues con cuanto hizo nuestro Revdmo. P. General... no se pudieron contener que no viniesen agora a reventar con nuevas calumnias, de que tanto escándalo ha resultado y tanto daño y perturbación y descrédito para su monasterio." *Proceso,* f. 17 v.

quiavélicamente todos los recursos,[51] los que le colgaron este sambenito de profetisa y libertadora. Pero aceptó el albur, jugándoselo todo. Felipe II se malhumoró y mandó que la Inquisición la procesase.[52] No era necesario que se hiciese un proceso por faltas políticas; bastaba el proceso por faltas religiosas. Alguien ha notado esta extrema habilidad de Felipe II en el modo de enfocar el problema de Sor María.[53] Eran tantas las quejas y acusaciones que daban de su Priora las monjas de la Anunciada y había crecido tanto esta especie entre el vulgo, que había motivo suficiente para que el bisturí de la Inquisición sajase aquel mal para ver, con su ojo clínico tan penetrante, qué había de verdad o de mentira en todo cuanto externamente se veía y se oía de Sor María de la Visitación.

Y se abrió el proceso inquisitorial.

51 Felipe II concedió un "perdón general" a todos los que habían militado en contra de sus derechos al trono portugués, aunque exceptúa a algunos a quienes "ha por indignos y no merecedores de este perdón" (Arch. de Simancas, Est. leg. 188 (moderno). Entre éstos figuran muchos religiosos. En efecto, fueron los religiosos los más encarnizados paladines de la causa de don Antonio en contra del Rey Católico, a quien consideraban extranjero. Fr. Luis de Granada describe ese lamentable panorama en sus cartas a Zayas y a Felipe II; grandes maestros afilaron sus silogismos para convencer a sus conciudadanos de que estaban obligados a guerrear contra el Rey de España bajo pena de pecado mortal (cf. *Obras*, XIV, pp. 465, 467-468, 475), y los estimulaban a saltarse a la torera todos los preceptos del Nuncio, pues eran contra el "derecho natural que los hombres tienen de defender su patria" (ib., p. 465). Algunos tomaron las armas. Los destierros y las condenas a galeras fué la medida represiva usada, lo cual aumentó la desintegración de la vida monástica, ya incubada al tomar los religiosos partido en la política de la sucesión. Concretándonos a los dominicos, el legajo 428 (signatura moderna: 188) de la sección de Estado, de Simancas, contiene muchas sentencias de destierro y procesos y visitas canónicas del vicario General de la Provincia, fr. Antonio de la Cerda, quien dice, por ejemplo: "En este nostro convento de s. Domingos de Lisboa non ouve nehum frade que neste negocio do levantamiento de don Antonio nom fosse culpado ou pouco ou muito." Fué esta fatal coyuntura la que ocasionó la ruina de la provincia dominicana portuguesa: "esta triste provincia está más perdida que nunca", escribía fr. Luis de Granada, que todavía se esforzaba en apuntalarla, a Zayas en 1581 (*Obras*, XIV, p. 474).

52 Véase una curiosa descripción del aspecto político del "caso" de Sor María en J. GRACIÁN, *Peregrinación de Anastasio: Obras*, editorial P. Silverio, t. III, Burgos 1933, p. 99.

53 "Aucune accusation politique. Tout le procès est ecclésiastique; ce qui, de la part de Philippe, était une grande habilité" A. MORTIER, op. cit., pp. 647-648.

6. El proceso inquisitorial

Un admirador antiguo de Sor María, el cardenal Alberto, Legado *a latere* de Su Santidad, Archiduque de Austria, Virrey de Portugal, Inquisidor General de los Reinos Portugueses y sobrino de Felipe II,[54] iba a asumir el papel de soltar las anclas. La ruina de la Madre Priora estaba a dos pasos.

El Cardenal Archiduque, oídos los informes y acusaciones de personas religiosas y laicas, decreta el 9 de agosto de 1588 la apertura del proceso inquisitorial. Hay muchas inquietudes y escrúpulos en la Anunciada,[55] sin que los exámenes anteriores y la actuación del Padre General Sixto Fabri hayan logrado disipar las dudas y sospechas de que las llagas de Sor María son puro artificio. El cardenal, deseoso de saber la verdad y no pudiendo hacer él mismo el proceso, nombra delegados suyos, con plenitud de poderes, a don Miguel de Castro — arzobispo de Lisboa —, Paulo Alfonso, Padre Jorge Serrão, S. J., Antonio de Mendoza, Padre Augustinho de Castro, O. S. A. — preconizado arzobispo de Braga — y Padre Juan de las Cuevas, O. P.[56]

Por la documentación anexionada al infolio del proceso se pueden conocer los antecedentes inmediatos. Al despacho del cardenal habían llegado acusaciones innumerables. Quince folios resumen bien las acusaciones de las monjas — cursadas a través de terceras personas — y los problemas de conciencia que las an-

54 Es incuestionable que sólo bajo la presión extrínseca de las dudas y los mandatos se doblegó el cardenal Alberto a abrir el proceso inquisitorial contra Sor María. Era un gran admirador de la Monja (cf. *Itinerarium,* cap. I; *Epistolario,* pp. 55 y 68; *Historia,* folios 27 v-28 r, 110 v.). Las monjas le habían puesto en aprieto: "quelle medesime persone le quali... opposero contra le piaghe... con dire che erano ficte e cose simili, le medesime hora... sono tornate a riproporre le medesime cose, dicendo che nelle diligenze fatte non si era tenuto il modo che si ricercava. Per il che... havendone dato memoriale a S. Maestá et a S. A. con molta instantia, di nuovo S. A. ha ordinato..." (carta de Bongiovanni al card. Montalto. Arch. Segr. Vat. *Nunz. di Spagna,* Reg. 36, f. 442 r).

55 "... facemos saber que Nos temos informação como no Mosteiro de Nossa Senhora da Annunciada... ha... muitas inquietações e escrupulos entre as dittas religiosas"... *Proceso,* folios adjuntos al principio, sin numerar.

56 Ibídem.

gustian.[57] Aparecen en esos anejos cosas en pro y en contra de la Madre Priora. Se dice que un día se comió media docena de yemas de huevo; que fray Gaspar d'Aveiro, confesor del monasterio, es amigo suyo; que una religiosa hizo un agujero en la pared y observó las marrullerías de Sor María de la Visitación y, después, fueron varias las que saciaron su curiosidad mirando por aquel agujero... En fin, hay una carta en la que las monjas, a pesar de las prohibiciones del Padre General, piden al Cardenal ponga orden y sosiegue la paz turbada del monasterio, y acusan gravemente al confesor P. Gaspar d'Aveiro. Firman: María do Presepio, María das Chagas, Catarina de san João, Isabel de san Domingos, Margarita de san Agustinho, Antonia da Cruz, etc.[58] Paulo de Pina hace, a 9 de agosto, una especie de *status quaestionis:* acumula acusaciones y casos de conciencia.

El asunto de la Madre Priora aparece ya enturbiado por un mar de fondo inexorable.[59]

También hay en el infolio un elenco superabundante de personas sospechosas a la Madre Priora, como pesa para contravalorar las acusaciones, dada su pasión y enemistad contra Sor María. Entre ellas figuran muchas religiosas de la Anunciada.[60]

El cardenal Alberto levanta a las monjas y a los frailes las penas impuestas por el Maestro General Sixto Fabri:[61] Así desaparecen los escrúpulos y pueden declarar con más libertad. También impone obligación de secreto, bajo tremendas conminaciones, a los interrogados, a los testigos, a todos los que, por cualquier método, sepan algo referente a Sor María. Sólo pueden decirse las cosas a sus delegados.

El mismo 9 de agosto de 1588 empezaron los interrogatorios. Se hicieron dos formularios: uno largo y otro breve.[62] El amplio es exhaustivo en preguntas y detalles. El más breve sólo tiene cuatro preguntas. La última es sobre el examen de las llagas hecho por comi-

57 Ibídem.
58 Ibídem.
59 Ibídem.
60 Ibídem, ff. 19-21.
61 Decreto de 15 agosto 1588. Ib.
62 Ibídem.

sión de Sixto Fabri. En el amplio también se hace esta pregunta, que ocupa el número 17.

Cincuenta y nueve testigos van respondiendo lo que saben, han visto o han oído.[63] Algunos deponen a favor de la Madre Priora, pero son ya minoría. Las tornas se han cambiado fatalmente para la Monja. Cada testigo firma sus declaraciones y los delegados inquisitoriales rubrican también cada acta.

7. El descubrimiento del engaño y la confesión de Sor María

Por fin, después de oír durante dos meses deposiciones testificales, viene el examen y el interrogatorio de Sor María. Al principio intentó mantenerse en su posición, reafirmando todo lo que había dicho en otras ocasiones. Pero los inquisidores acortaron el camino: un examen duro, sin doblegarse al llanto, de las llagas. Estaba para mediar el mes de octubre, en pleno otoño. Mandan traer jabón negro y agua caliente. Le hacen mojar las manos y enjabonarlas. Y en este remojo la tienen media hora. Después se las restregan sin piedad con una tela gruesa. La prueba fué tan dura y tan eficaz que las manos de Sor María quedaron blancas. Las llagas habían desaparecido, hundiéndose en el agua sucia. Quedó confusamente avergonzada. Los jueces de la causa la conminaron a decir la verdad, toda la verdad, arguyéndole que había pruebas y motivos para castigarla con rigor. Alterada, pidió un día de tregua, pues no estaba para respuestas serenas.[64]

63 Ib., ff. 22 r-140 v.

64 Los interrogatorios de Sor María abarcan los folios 141 r-149 r. Empezaron el día 12 de octubre de 1588, en el capítulo del monasterio de la Anunciada; de los jueces de la causa faltó "o electo de Braga" por estar "impedido e manco de hú pée". La primera parte de las declaraciones de Sor María demuestra que está la monja aún esperanzada en sacar adelante sus artificios; la misma rúbrica con que firma revela con sus trazos seguros esta esperanza. El día 14, que fué el día fatal para ella, la mano le temblaba ya al rubricar el acta. Los Inquisidores, después de reconvenirla, pasan de las palabras a los hechos; en presencia de todos, incluso del arzobispo de Braga, "eu notario..., lle cobrí os sinaõs que tinha em ambas as manos das partes de foras e de dentro de sabão preto o qual teve posto sobro os ditos sinãos por espaço de meia hora de relojo que estaba na mesa con húa mano que mostraba as horas e as meias horas. Acabado o ditto espaço, lhe lavey as maõs en presença dos dettos senhores y as limpey con húa hoalha y logo se començou a despintar a chaga das

Al día siguiente cantaba de plano. Con gran demostración de sentimiento cayó de rodillas ante los jueces. Lloraba amargamente sus culpas. Era una pecadora. Pedía penitencia y misericordia. Todo había sido mentira y ficción. Suplicaba la sacasen de aquel monasterio.

Los jueces fueron haciendo preguntas y ella fué respondiendo: no hubo pacto ninguno con el demonio ni con tercera persona. Había entrado jovencilla en el monasterio y observado con fidelidad la regla y constituciones hasta alcanzar buena opinión entre las religiosas y todos los que la conocían. La tentación empezó por la soberbia, aliada a la vanidad: viéndose en buena opinión, quiso parecer santa, para que la distinguiesen y honrasen. Por esto determinó pintarse las llagas y decir que eran un regalo del divino Esposo, como en efecto lo hizo y lo dijo. En la cabeza y en el costado se punzaba con un alfiler y un cuchillo hasta arrancar sangre. Con ella pintaba los pañitos que luego escondía en el pecho para sacarlos cuando se los pedían. En casos de extrema urgencia, disimuladamente se pinchaba un dedo y con la sangre manchaba el pañito,

---

costas de mão dereita; y lavando mais a outra mão y todos os dittos sinãos forão alimpiandose... y constou claramente que erão pintadas y ficadas..." Le quedaron las manos blancas, "excepto que na parte do meio das sinãos onde penetrava o cravo ficou hú callo que pareceo ser causado dos materiais de tinta preta con que os pintaba con a continuação do tempo...

E por constar como as dittas chagas erao pintadas como está detto, pareceu que nao era necessario lavarlhe os peos. E por ella ficar confusa a mandarão os dittos senhores recolher para a capelinha do ditto capitulo pera repousar um pouco" (ff. 150 v-151 r). Después de dejarla descansar, la llaman nuevamente, amonestándola a que diga la verdad, toda la verdad. "E por decir que estava tam trabada e fora de si que não atrevia falhar diante de tantas pessõas, lhe fu mando que se aparte para húa parte do ditto capitulo com o padre frey João de las Cuevas, confessor de S. A., por ser padre de su Ordem y velho em idade y pessõa de letras, religião e experiencia, e que a elle dissesse y descubriesse tudo o que neste caso fazía, e a elle lhe fu detto que a ouviesse, mas não sacramentalmente en confissão"...; al cabo de un rato, volvió ella al banquillo y cantó: "y disso como ella nao dezía cousa particular que se pudesse escrevir y como confessava su error con muitas lagrimas y que era verdade que pintaba as chagas, como estava visto, e que outro dia diría o que mais passava y respondería ao que lhe preguntassem" (ff. 151 v-152 r). Cuatro religiosas estuvieron presentes al examen y al suceso. Los jueces la mandaron "ir pera a sua cella y que forão con ella duas religiosas pera a acompanhar y estarem em sua companhia, as quais forão advertidas que nhú caso a deixassem soo nem de dia nem de noite" (ib.). El día 15 confesó toda la verdad sin rodeos. En la confesión implica a Ana Rodríguez. Cf. ff. 156 r-162 r.

por lo que las cinco gotas en forma de cruz daban la sensación real de ser recientes, como le aconteció con un moro que la cogió desprevenida. Los resplandores que le salían del pecho eran de una linterna colocada en él y encendida a intervalos. Los éxtasis eran simulados y las palabras que entonces decía procuraba que las oyesen las que estaban cerca, etc.

A la pregunta de por qué confesando y comulgando diariamente no había dicho al confesor sus pecados y cómo se atrevía a recibir indignamente el Santísimo, respondió que no lo había dicho para no ser descubierta y hacía continua oración al Señor para que la perdonase y le diese a conocer el medio de declarar sus faltas, porque temía mucho por su condenarión eterna. Y así fué respondiendo al asedio de las preguntas inquisitoriales, sellando con sus palabras su propia condena. No había evasión posible. Los días 12, 13 y 14 de octubre va firmando, después de serle leídas, sus declaraciones con mano temblorosa en presencia de los jueces. El arzobispo electo de Braga no está presente por enfermedad de los pies, como se hace constar en las actas, en las que firman todos los demás.

Aunque el "caso" de Sor María estaba suficientemente aclarado, los jueces rellexionaron sobre sus declaraciones y, queriendo apurar hasta las heces, redactaron un nuevo formulario de las preguntas que le debían hacer nuevamente a la Madre Priora para que no quedase cosa ni hecho sin anotar en los autos.[65] El 15 de octubre responde ella al nuevo formulario y todos rubrican el acta.[66] En los días siguientes se reúnen en el palacio del Santo Oficio y en el palacio del Virrey para deliberar.

8. Prisión y sentencia

El 19, por orden de los inquisidores, el provincial de los dominicos, fray Diego Ramírez, acompañado del Prior de Santo Domingo — fray Amaro López — y de los Padres L. de Granada, Gaspar d'Aveiro, Bartolomé del Castillo y Juan de las Cuevas, entra en el

65 Ib., ff. 155 r-156 r.
66 Ib., ff. 156 v-158 r.

monasterio de la Anunciada. Llama a la rea al capítulo. Y le notifica, en nombre del cardenal, la prisión dentro del monasterio, bajo la vigilancia de la Madre Subpriora. Luego la obliga a mostrar los lugares donde se había pintado las llagas.[67] Levanta acta, en la que, como es costumbre, firma también Sor María. Ya no es la Priora estigmatizada. Es una convicta de superchería.

Mientras, el Santo Oficio ha determinado sacarla de la Anunciada y depositarla en otro monasterio hasta que se dicte la sentencia. El 2 de noviembre, el cardenal Alberto escribe a Sor Escolástica de los Santos, Abadesa del monasterio de la Madre de Deus, sito en Xabregas, extramuros de Lisboa, para que reciba en clausura a Sor María de la Visitación y la custodie según las órdenes que le transmitirá personalmente el secretario del Consejo del Santo Oficio.[68] Y el 3 de noviembre, a las cuatro de la mañana, antes del alba, el secretario del Santo Oficio Mateo Pisoyra y los Padres Amaro López y Bartolomé del Castillo se presentan en la Anunciada, con un reducido cortejo de corchetes y criados; ordenan a la Subpriora que les entregue a Sor María; luego, la mandan subir en una litera. Y en las sombras de aquella madrugada la llevan secretamente al monasterio de Madre de Deus,[69] recibiéndola la Madre Abadesa según lo previsto. Los días 4 y 5 acuden fray Juan de las Cuevas y Antonio de Mendoza a Madre de Deus y allí, en presencia de la comunidad, le exigen a Sor María que vuelva a confirmar sus declaraciones.[70]

El 15, terminados todos los interrogatorios y diligencias, leen los autos del proceso a Sor María; los escucha y los firma.[71] Y los presentan al cardenal, quien nombra nuevos consejeros y manda que se revisen. El 17 hay reunión deliberativa, presidida por el cardenal, sobre lo que se ha de sentenciar. El parecer de los consejeros es sustancialmente idéntico a la sentencia definitiva, salvo algunas matizaciones sin importancia.[72]

67 Ib., f. 162.
68 Ib., f. 163.
69 Ib., f. 164 r.
70 Ib., f. 165 r-168 v.
71 Ib., f. 170 v.
72 Ib., f. 171 r.

Leídos, pues, los autos del proceso, y previa la reunión deliberativa se redacta la sentencia. He aquí el extracto: consta claramente del proceso [73] que todas cuantas cosas sobrenaturales se atribuían Sor María son falsas, fingidas y artificiales; ha cometido grandes ofensas contra Nuestro Señor y sus santas llagas, contra la Iglesia y contra los piadosos cristianos a quienes ha engañado.[74] Merecía ser duramente castigada, pero se relaja el rigor de la justicia un poco por las muestras que ha dado de arrepentimiento y por no haber mediado compromiso tácito ni expreso con el demonio. Las penas que se le imponen son: privación del cargo de Priora; pérdida de voz activa y pasiva de por vida, aún para los cargos que no se proveen por elección; pérdida de su antigüedad y puesto en la comunidad (será siempre la última); pérdida del velo negro de su profesión; cárcel perpetua en un monasterio de su Orden, fuera de la ciudad de Lisboa, el cual le será señalado por los inquisidores. La cárcel consistirá en vivir encerrada en una celda de la que no podrá salir sino a oír misa y los miércoles de cada semana, en los que saldrá para recibir en capítulo una disciplina y para ayunar a pan y agua en el refectorio, postrada en tierra, pasando, al entrar y salir, por encima de ella las religiosas de la comunidad; [75] su comida no se mezclará nunca con la de las demás. No recibirá cartas ni visitas; no podrá hablar más que con las religiosas que determine la Priora para que la consuelen. Y porque durante muchísimo tiempo ha estado comulgando indignamente, se la condena a que durante los primeros cinco años de su reclusión no pueda comulgar más que en las tres Pascuas, o si en esos años hay Jubileo General decretado por el Papa, o si cae en peligro de muerte.[76] Final-

73 "Vistos os autos deste processo, denunciações que nos forão feitas, dittos das testimunhas que forão perguntadas, perguntas feitas a ditta Maria da Visitação prioressa, os examens e diligencias que con ella se fizerão e suas confissões..." Ib., f. 171 v.

74 "... visto tudo... e as culpas que cometea em grande ofensa de Nosso Senhor e de suas sanctas chagas e da Igreja catholica enganando os pios christianos con seus fingimentos..." Ib., f. 173 r.

75 "Condinamos a ditta Maria de Visitação em privação do cargo de Prioressa... e de voz activa e passiva pera que perpetuamente não possa servir cargo algum na religião ainda que seia dos que não se provem per eleção e que lhe seia tirado o veo preto da profissão..." Ib.

76 "E avendo respeito ao tempo que indevidamente comunguere

mente se mandan recoger todas las pinturas, cuadros, reliquias, objetos, papeles, etc., relacionados con Sor María.[77]

La sentencia estaba madura antes de terminar noviembre. La ciudad, acuciada por la expectación y el rumor, se entregaba a un cabildeo febril sobre las posibilidades finales del proceso: los había pesimistas, pero tampoco faltaban los optimistas que esperaban una total absolución y una reafirmación de Sor María.[78]

tomando o Sanctissimo Sacramento, mandamos que os primeiros cinquo annos de sua reclusão e carcere, o não receba se não pellas Pascoas da Resurreção, Pentecoste e Natal ou vindo no ditto tempo algum Jubileu geral do Sancto Padre, ou estando em artigo de morte..." Ib., f. 173 v.

77 "E assí mandamos que hum retrato da ditta Maria da Visitação em que esta pintada con as chagas no capitulo do ditto Mosteiro da Annunciada se tire e apague de maneyra que pareça que nunca aly esteve, e que o mesmo se faça em todas as partes onde estiver o seu retrato com as chagas e se recolbao todos os livros e papeos que della tratao e os autos que se fizerao dos milagros que se cuidaban que fazia e se entreguem no Sancto Officio os panos das chagas e cruces que dava com os mismos sinãos e quasquer outras peças suas que dava como reliquias e nos lugares onde não residir a Inquisição se entregarao as dittas cousas a os prelados ou as pessoas que ellos pera isso deputarem.... Ib., f. 174 r.

El 10 de diciembre de 1588, dos días después de la sentencia, el Inquisidor General cursa la orden siguiente: "O Cardeal Archiduque, legado de Latere e Inquisidor Geral em estos Reynos e sonhorios de Portugal, etc. Fazemos saber a os que a presente virem ou a sua noticia vier, que per hu'a nossa sentença que publicouse na See desta cidade de Lisboa en outo dias deste presente mes de decembre declaramos que não erão verdadeyros nem dados por Deus nosso Senhor os sinãos das chagas que tinha Maria da Visitação, Prioressa que foy do mosteiro da Nossa Senhora da Annunciada desta ditta cidade, e que se não tivessem nem venerassem os pannos que ella dava con cinquo gottas de sangre nem as cruçes que fazía con as cbagas pintadas nem seus retrattos, nem outras quasquier peças suas, e que se recolhesem todos os livros e papeos que della tratão assi impressos como de mão em o Santo Officio da Inquisição. Pelo que, auctoritate apostolica e so pena de excomunhão maior e de se proceder contra os culpados como nos bem parecer, mandamos a todas as pessoãs destos dittos Reynos, assy ecclesisticas como seculares de qualquer estado e condição que seiao, que tendo em seu poder algúas das dittas cousas... as entreguem no Santo Officio dentro em outo días." *Proceso*, folios adjuntos.

78 El éxito que la Monja había obtenido en otros exámenes y el secreto con que los Inquisidores tramitaban el espinoso asunto — el Inquisidor General dictó órdenes severas de guardar sigilo a "todos los interrogados y sabidores" el 15 agosto 1588 (cf. *Proceso*, folios adjuntos) — daban pie a las conjeturas optimistas. En los Avisos de Lisboa a la Curia Romana, de 12 noviembre 1588, se dice aún: "Si è detto che S. A. mandò o dire all'Abadessa da Madre de Deos cbe accarezasse molto la madre Priora dell'Annunciata et che gli mostrasse tutta quella casa e il giardino ancora, per il quale andando lei a spasso lunedí pasato, colse un cestino di fiori et di galanterie et lo mandò, per quanto s'è detto, alle sue monache dell'Annunciata... Finalmente, che detta madre Priora par che sia quella virtuosa et santa donna che è stata sempre tenuta da tutti. Et si dice anco

Del Santo Oficio no se arrancaban prendas. Los oficiales guardaban el secreto con muda avaricia.

El día 6 de diciembre de 1588, estando presentes todos los sentenciadores — el cardenal Alberto, el arzobispo de Lisboa Miguel de Castro, el obispo de Guarda Manuel de Cuadros, el arzobispo electo de Braga fray Agustín de Castro, Paulo Alfonso, Jorge Serrão, S. J., Antonio de Mendoza, Diego de Sousa, Lope Soárez de Albergaria, fray Diego Ramírez, O. P., y fray Juan de las Cuevas, O. P. —, se le publicó la sentencia en el coro de Madre de Deus, en presencia de la comunidad; [79] el 7, por el Padre Provincial fray Diego Ramírez y otros dominicos, se lee en la Anunciada; [80] el 8 se leyó solemnemente en la catedral de Lisboa, abarrotada de público; [81] ese mismo día, por la tarde, en el capítulo de San Domingos; [82] en los días siguientes se dió a conocer en todas las iglesias lisboetas.

9. El gran escándalo y los efectos que la noticia produce

El efecto general fué descorazonador. Se propagó inmediatamente la noticia a toda Europa.[83] Especiales

che li siano tornate le piaghe nelle mani." A. S. V. *Nunz. di Spagna*, Reg. 34, f. 604 r.

79 *Proceso*, f. 175 r.

80 Ib., f. 175 v.

81 En la reunión celebrada el 17 de noviembre para tomar consejo sobre lo que se debía sentenciar, se acordó en principio que en el acto de la publicación solemne de la sentencia predicase un dominico en la catedral, pero se desistió de este propósito. El arzobispo de Braga dió un parecer extenso que figura a continuación del folio 176, sin numerar, en cuatro hojas, de las cuales dos están en blanco.

82 Ib., f. 175 v.

83 La sentencia fué copiada y repartida por los embajadores y por personas privadas. Juan del Monte escribe el 7 de enero al cardenal Montalto: "No había que avisar sino lo que ya allá se sabía de lo que el Santo Oficio de la Inquisición de aquí y de Portugal había averiguado de lo que se decía de la Priora de la Anunciada en Lisboa y aquí de Miguel de Piedrola y Viamonte (sic) que se hacía llamar profeta, que lo del uno y del otro fué simulación y engaño y assí salieron condenados a cárçel y reclusión perpetua y otras penas de ayunos y disciplinas. Y no dexa de haber sido cosa grande que se hayan disimulado y entretenido tanto tiempo en opinión de personas con tal invención e hipocresías" (Arch. Segr. Vat., *Nunz. di Spagna*, Reg. 38, f. 225 r). La sentencia fué impresa en Salamanca, en 1590. También se conservan copias traducidas a diversas lenguas; por ejemplo en italiano: *Processo-sentenza di Maria della Visitatione*. Cf. Bibliografía, n. 22, donde va una relación contemporánea; otra existe en B. Nac. (Madrid), Ms. 6.037, f. 180 ss.

relaciones recibieron Felipe II y Su Santidad Sixto V.[84] Fray Luis de Granada escribió con toda urgencia su famoso *Sermón de las caídas públicas* para atajar el desaliento y el escándalo de los débiles.[85] No eran raros entonces casos semejantes, pero ninguno había alcanzado tanta resonancia como el de Sor María, ni la Inquisición se había visto nunca envuelta en tantas vacilaciones optimistas y comprometedoras. El cardenal Alberto dió las explicaciones que pudo a Roma;[86] la Curia Romana se malhumoró contra el Nuncio y el Legado, ya que por los informes apologéticos y mal fundados de ellos se había pronunciado antes de manera comprometedora en favor de la veracidad de las llagas. El Nuncio fué reemplazado por otro y llamado a dar cuenta.[87]

Sixto Fabri, el General de los dominicos, sancionador cualificado de los estigmas de Sor María, siguió las incidencias del proceso con natural nerviosismo; durante todo él permaneció en España. El 10 de septiembre nombró un procurador suyo especial — fray Fernando de Castro — para que lo tuviese al tanto de lo que ocurriese en Lisboa.[88] Al descubrirse el engaño, sus enemigos en la Curia Romana aprovecharon la ocasión para derribarlo del generalato. Fué un golpe de oportunismo, al que se aliaba una serie compleja de rivalidades precedentes.[89] Sixto Fabri fué, por lo tanto, depuesto, víctima de su credulidad en las llagas de Sor María y de las enemistades que tan en mala hora se había granjeado en la Curia Romana.

También los herejes levantaron su absurda algarada,[90] precisamente cuando el engaño, descubierto y pe-

84 Cf. Arch. Segr. Vat., *Nunz. di Spagna,* Reg. 37, f. 22 r, folio 30 r; Reg. 36, f. 459 r.

85 Cf. *Obras,* XIV, 515-573.

86 Cf. sus insistentes y disculpatorias cartas a Roma (Arch. Segr. Vat., *Nunz. di Spagna,* Reg. 37, f. 30 r; y f. 41 r).

87 Cf. R. Robres, art. cit., pp. 683-684. El 17 de diciembre de ese año de 1588, Bongiovanni ya estaba esperando a su sucesor: "Habendo inteso che per anco il mio successore non e comparso in Spagna..." (Arch. Segr. Vat., *Nunz. di Spagna,* Reg. 36, f. 459 r).

88 "Hispali, die 10 septembris 1588. Instituitur Procurator in provincia Portugalliae pro causis religionis praesertim priorissae Annunciatae Ulisiponensis fr. Ferdinandus de Castro." (AGOP., *Reg. S. Fabri,* IV, f. 96.)

89 Cf. Mortier, op. cit., pp. 652-654 y 659-660.

90 Por ejemplo, el "hereje español" Cipriano de Valera coronó su *Tratado para confirmar los pobres cativos de Berbería en la... re-*

nitenciado, puso de relieve la probidad y alta eficacia de la Inquisición, que volvió con espíritu tan sereno sobre sus pasos mal dados.

El "caso" adquirió de momento una resonancia incuestionable. Hasta en el teatro: Mira de Amescua tomó argumento de él para una comedia.[91] Además, al alejarse en los años, sirvió de inspiración a novelistas e hipercríticos.[92] Diríase que el "caso" de Sor María, después de tanta lucha y derrota, fué semejante a un castillo de artificio: logró deslumbrar un poco de tiempo, para caer después, desmoronado y deshecho, en el olvido. Sólo quedó un eco deformado paulatinamente por la leyenda. Los papeles y documentos que guardaban la verdad auténtica de los peregrinos carismas de Sor María fueron arrinconados en los archivos.

10. La vida expiatoria

Esos papeles y documentos, que nos han permitido reconstruir la historia del famoso "caso", nos sitúan finalmente en la instancia de satisfacer una postrera curiosidad: ¿qué fué de Sor María después de su proceso inquisitorial y de su condena? Todavía podemos seguir sus andanzas durante algunos años. Procesada y sentenciada, el cardenal Alberto le señaló como lugar de reclusión el convento de Madres dominicas en la villa de Abrantes. Y el día 9 de diciembre de 1588 el Secretario del Consejo de la Inquisición y el Provin-

ligión cristiana [Londres, 1594] con un libelo digno de Boccacio o de Voltaire: *Al fin de este tratado* — leemos en la portada — *hallaréis un enxambre de los falsos milagros y ilusiones del demonio, con que María de la Visitación, priora de la Anunziada de Lisboa, engañó a muy muchos; y de cómo fué descubierta y condenada al fin del año de 1588.*

91 *Comedia famosa de la vida y muerte de la Monja de Portugal* (en *Comedias nuevas...*, parte XXXIII, por José Fernández de Buendía. Madrid, 1670).

92 Cf. C. Castelo Blanco, *As virtudes antigas ou a freira que fazia chagas, e o frade que fazia reis.* (Lisboa, s/d., liv. de Campos Junior, Imprensa de Sousa Neves) in-8.º, 223 pp. A. Baiao, *Episodios dramáticos da Inquisição portuguesa*, vol. 1 (Porto, 1919); vol. 2 (Río de Janeiro [1924]; vol. 3 (Lisboa, 1938); *id.: Homenagem a Camilo no seu Centenario* (Coimbra, 1925), III: *O Romance de Camilo "A freira que foria chagas" e o respectivo processo inquisitorial*, páginas 69-195. Aunque A. Baião, director del Arquivo de Torre do Tombo, conoce el proceso, lo repasa con superficialidad, buscando lo anecdótico y lo burlesco en vez de estudiarlo a fondo. Está su descripción llena de espíritu volteriano.

cial de los dominicos la entregan a João de Saldanha, hidalgo de la casa del Rey, para que, en compañía de su esposa, la lleve callandito, en una litera, al monasterio de Nuestra Señora de Gracia, de Abrantes.[93] Nadie supo nada, porque el traslado — por la categoría del compromiso — se debía realizar con el más fiel secreto. La Inquisición vigiló por la observancia estricta de la sentencia. Aún antes de publicarse, ya el cardenal quiso dar pruebas de benignidad, decretando la mitigación de las penas en la medida que Sor María diera señales de arrepentimiento.[94]

El 21 de enero de 1589 se hace un informe en el monasterio de las dominicas de Abrantes sobre la presa. Fray Tomás de Iturmendi, O. F. M., recibe la comisión de examinar las acusaciones. Hay una especie de nuevo proceso. Desfilan los testigos y cuentan las andanzas de la monja antes de llegar a la prisión. El 15 de marzo de 1589 tiene que declarar Sor María. Se le ha comprobado su estancia en casa de don João de Saldanha durante cinco días, en contra de la orden de la Inquisición, que mandaba fuese llevada a Abrantes *recto tramite;* y otras muchas transgresiones. Sor María no lo niega, pero advierte que la esposa de João Saldanha le dijo que tenía licencia del Padre Provincial. La ilustre dama no pudo resistir a la tentación de tener unos días en su compañía, como huésped de honor, a Sor María[95] y agasajarla compasivamente

93 *Proceso,* f. 176 r.
94 Ib., f. 175 r.
95 La aventura de la depuesta Priora de la Anunciada camino de la cárcel fué muy pintoresca. Las severas órdenes dadas por la Inquisición para el traslado no fueron cumplidas con exactitud. Saldaña y su mujer la trataron con cariño. En Alhandra salió de la litera para oír misa, reuniéndose mucha gente para ver a la famosa monja de los falsos estigmas; después pasó cuatro o cinco días en una quinta que Saldaña tenía en Santarem; allí fray Domingo de Cruz fué a confesarla y volvió encantado, según testifica fray Lopo de Almeida, prior del convento de Aveiro; a la quinta de Saldaña acudían familiares y amigos para ver y charlar con Sor María; una tarde reunidos al amor de la lumbre, Sor María enseñó unas estampas del Salvador, en la que aparecía con la testa calva, y luego iniciaron una conversación sobre la hermosura de Jesús; Sor María tomó parte en ella y, con una exclamación de "¡ Ay, Jesús !", se dejó caer la cabeza entre las manos como si hubiese tenido un rapto. Hasta se le atribuyó una curación milagrosa de una enferma, a la que le puso la mano en la parte doliente. La curiosidad de la gente y las lágrimas de Sor María son elementos sentimentales que sazonan la aventura del traslado. Cf. folios adicionales del *Proceso,* en que constan detalles del viaje.

antes de que empezase a cumplir la condena. El informe de la Priora de Abrantes, Sor Felipa del Santísimo Sacramento, sobre la exactitud con que la reclusa cumplía la penitencia fué en general favorable a Sor María; la Inquisición se dió por satisfecha.[96]

El 25 de junio de 1591, el cardenal Alberto la indulta, a petición de la Priora y religiosas de Abrantes, de la pena de cárcel perpetua, permitiéndole que pueda andar por el monasterio, como las demás monjas, sin salir de clausura. Sólo le advierte el entredicho de ir a la portería o a los locutorios.[97]

Sor María continuó expiando sus culpas con un rigor ejemplar. Era el mejor camino para el doble perdón: perdón de Dios y perdón de los hombres.

El 13 de abril de 1592 la absolvía el Cardenal Inquisidor de los ayunos y postraciones.[98] Había vuelto Sor María a ser la monja de la extremada austeridad de que diera tanto ejemplo en la Anunciada antes de caer en la vanidad de ser tenida por santa. La Priora y las monjitas de Abrantes estaban edificadas. Acudieron de nuevo al cardenal, implorando que le perdonase las disciplinas, le levantase la prohibición de comulgar y la igualase en esto con las demás religiosas, y que pueda comer y hablar con todas las *freiras* y sirvientas. El cardenal accede.[99]

En 1602, en vista de que lleva ya catorce años de castigo y que lo cumple sin rodeo alguno, fray Alvaro Leitão suplica al Inquisidor General la restituya a voz activa y pasiva. El 24 de febrero de 1603 recibe el señor vicario de Abrantes un exhorto inquisitorial para que compruebe la verdad de la súplica del Provincial de los dominicos. El informe coincide con lo que relata la petición de Leitão. Y el 3 de marzo de 1603 el Inquisidor General, que es ahora don Aleixandre, concede la implorada clemencia.[100] Frisaba Sor María entonces los cincuenta y cuatro años; el perdón la fué aliviando de las torturas espirituales, mientras ella se

96 El nuevo procesillo, meticuloso y pintoresco, comprende 58 folios sin numerar. Está a continuación del *Proceso* tantas veces citado.

97 *Proceso*, folios adjuntos.

98 Ibídem.

99 Ibíd. El nuevo indulto fué otorgado en 1595.

100 Ibídem.

entregaba en alma y cuerpo a la ascesis expiatoria.

Ya no sabemos más de su vida. De esa vida que fué aventura mística y drama penitente. En la cárcel monástica de Abrantes, vigilada por la compasión de las monjas, purgó sus pecados. La Inquisición fué sumamente misericordiosa. Sor María de la Visitación, la mujer que inventó estigmas y visiones y se aureoló de fingida santidad y fué el asombro de su época, derribada de su trono inconsistente por la irreductibilidad de los jueces inquisitoriales ante las lágrimas, condenada a duras penas para reparar las culpas y el escándalo público, vivió el resto de sus días en la paz soledosa de una clausura dominicana — disciplinas, ayunos, salmodia, oración y trabajo —, conmoviendo a todos con el rigor de su expiación. Y allí murió — suponemos — en olor de penitencia.[101]

III. PROYECCION: PROBLEMAS EN TORNO AL CASO DE SOR MARIA

I. El ambiente espiritual del siglo XVI

La relección de la historia precedente — peregrina y multicorde — invita a responder, cavilando con más aguda mirada sobre el retablo descrito, a ciertas preguntas que brotan con espontánea naturalidad de su lectura, dejando el paladar un poco amargado y la mente alborotada de problemas, de obstáculos. Es preciso, pues, dar alguna explicación, mediante la cala en el subsuelo de los hechos, a interrogantes como éstos: ¿cómo es posible que proliferase tan vastamente un engaño del tipo "Monja de Lisboa"? ¿Fué una alumbrada más de las que pululaban en aquellos tiempos con tan abrumadora y desconcertante abundancia? ¿Hubo en el montaje y propaganda de su aparato seudomístico una finalidad de vanagloria femenina o una finalidad de redención nacional? En otras palabras: ¿Pretendió Sor María crear una cuestión religiosa o una

101 "... in aliud monasterium relegata est... Ubi fucatae suae sanctitatis paenitens, pie ac religiose usque ad extremum diem vixisse fertur". *Itinerarium,* cap. 3.

cuestión política? ¿Cundió el embaucamiento hasta alcanzar el fuste de error común, o no pasó de aquivocación de unos cuantos? ¿Qué justificación puede hacerse de tantos y tan ilustres personajes que creyeron en la veracidad de las llagas de Sor María y contribuyeron poderosamente con su ejemplo y obras a una eficaz propaganda? Entre ellos, el Tribunal de la Inquisición, el Cardenal Legado, el Nuncio, el General de los dominicos fray Sixto Fabri, fray Luis de Granada y aún el mismo Gregorio XIII...

Para el mediano conocedor de la historia religiosa del siglo XVI no es una novedad decir que el engaño de Sor María no fué un "caso aislado". Aquella época, con su ímpetu espiritual, está constelada de estos contrastes, reversos y sombras de su innegable, luminosa belleza. A orillas del cauce poderoso, dinámico, desbordante, que caracteriza la pujanza de la espiritualidad española del siglo XVI, se estancaban, formando charcas pútridas, los mediocres, los ilusos, los "alumbrados" por la miopía de sus propias pasiones, los astrólogos, los soñadores de mesianismos absurdos, los supersticiosos de la hechicería, los conversos heterodoxos, los hejeres obstruyentes. Nadie ignora la enconada lucha de la Inquisición por mantener y sostener la unidad de creencia — la que dió la unidad trascendente a España, como concluye Menéndez y Pelayo —[1] contra esa especie de gangrena que se infiltraba desde fuera o nacía en la misma entraña del pueblo, cuando el descarrío de los resortes humanos empezaba a actuar. "Cáncer del misticismo" llama Marañón, en el ensayo ya aludido, a los alumbrados.[2] La historia de ese ambiente religioso vivaz, en el que germinaron tan extravagantes desviaciones, ha sido muy estudiada y se enriquece cada día con nuevos trabajos, que exhuman todos esos valores y esas sombras. Las investigaciones de Menéndez Pelayo que cuajaron en su gran *Historia de los heterodoxos españoles*[3] fueron un esbozo que ha sido téc-

1 Epílogo de los *Heterodoxos Españoles* (Edic. Nacional, volumen VI, p. 506. Santander, 1948).

2 G. MARAÑÓN, *Don Juan* (colec. "Austral", Buenos Aires, 1947), página 21.

3 Aparecida en Madrid en los años 1880-1882, en tres gruesos volúmenes, escrita por "un mozo de 23 años, apasionado e inexperto, contagiado por el ambiente de la polémica", según confesión del gran

nica y cronológicamente fuente y punto de partida de donde arrancan estupendas monografías sobre diversos aspectos de los problemas espirituales del siglo XVI, como las de Bataillón,[4] Beltrán de Heredia,[5] López Martínez; [6] además de esto, numerosos procesos inquisitoriales se han ido desempolvando y estudiando para arrojar un haz de luz sobre estas cuestiones.[7]

Por esta vía se llega fácilmente a la comprensión de los descarríos, que están siempre al borde de aquella "España mística". Era una gran fe — fe erecta, actuosa, enraizada en la esencia de los espíritus — la que daba temple de acero toledano a la catolicidad española. Enteros en la fe, aunque estuviesen rotos en la vida.[8] Preocupación constante por los problemas teológicos, por los problemas eternamente humanos del alma, que contrasta dolorosamente con nuestro tiempo, en el que la fe está tan debilitada en los creyentes por la soberbia y la cobardía, sus dos enemigos capitales.[9]

De aquí que el caso de Sor María de la Visitación no sea único. De la misma época existen otros análogos,[10] aunque ninguno alcanzó tanta resonancia como

polígrafo, es verdad que no ahonda en todos los problemas ni siempre es acertada la solución; pero es innegable que constituye un monumento de perenne valor histórico y un punto de arranque en las investigaciones de la espiritualidad española. La última edición, llamada "nacional", abarca ocho volúmenes (Santander, Consejo Superior de investigaciones Científicas, 1946-1948).

4 M. BATAILLON, *Erasme et l'Espagne* (París, 1937); traducción española de A. ALATORRE, 2 vols. (México-Buenos Aires, 1950); en esta edición (vol. I, pp. XXVII-XXVIII), puede verse un elenco de trabajos de Bataillon relativos a la espiritualidad española.

5 V. BELTRÁN DE HEREDIA, *Las corrientes de espiritualidad entre los dominicos de Castilla durante la primera mitad del s. XVI* (Salamanca, 1941); *Un grupo de visionarios y pseudoprofetas que actúa durante los últimos años de Felipe II*, en "Rev. española de Teología" 7 (1947), 373-434, etc.

6 N. LÓPEZ MARTÍNEZ, *Los judaizantes castellanos y la Inquisición en tiempo de Isabel la Católica* (Burgos, 1954); *El peligro de los conversos*, en "Hispania sacra", 3 (1950), 3-63.

7 Cf. *Introducción*, nota 1.

8 La expresión es de Fray Luis de Granada, que le da un sincero alcance histórico. *Obras*, ed. J. Cuervo, II, p. 6.

9 Cf. II-IIae, qq. 2 y 3. La soberbia y la cobardía se oponen al asentimiento y a la confesión de la fe, es decir, al acto interno y al acto externo respectivamente.

10 Anteriores a Sor María están todos los alumbrados de Baeza, Sevilla, Pastrana, Valladolid, Llerena, etc., quienes, medio herejes medio visionarios, también tuvieron fenómenos seudomísticos de la peor ley. Un buen grupo de coetáneos de Sor María — algunos relacionados con ella — han sido estudiados por el P. BELTRÁN DE HEREDIA,

el suyo. El respeto y el hambre de lo sobrenatural hicieron posible que fuese recibido su caso como milagroso y divino cuando, en realidad, no pasó de astuta superchería.

2. ¿Alumbrada o redentora?

Porque ni ella misma logró convencerse, como sucedía en otros casos, de que eran verdaderos sus prodigios y revelaciones. No fué, por consiguiente, una "alumbrada", como tampoco lo había sido otra monja dominica que conquistó la simpatía espiritual del cardenal Cisneros: la Beata de Piedrahita,[11] aunque ésta tiene más puntos de contacto con los "alumbrados" que Sor María. Fray Luis de Granada, en la *Historia* de Sor María, destaca, con muy clara intención, las virtudes en que más flaqueaban los "alumbrados". Sor

Un grupo de visionarios y pseudoprofetas que actúa durante los últimos años de Felipe II, en "Revista española de Teología" 7 (1947), 373-534.

Los Nuncios, que tenían sensibilidad de periodistas para captar los menores movimientos religiosos, avisan a Roma de casos análogos con frecuencia. Por ejemplo, Lodi escribe al card. de Como el 1 de abril, 1584; "Questa corte è piena d'alcune gratie miraculose... una monacha dell'Ordine di santo Domingo... Scrivono parimente di Saragozza che in Daroca, terra di quella diocesi, e una giovane, nata bassamente, di gran bontà di vita, alle cui mani, piedi e costado Christo Nostro Signore ha impresso li stigmati. Et il signor Pelletta dice che, passando per aquella terra, li ha visto nelle mani le cicatrici delle piaghe ancor non ben risanate. Da lui V. Ill.ma ne potrà habere larga relatione, non si sapendo sino adhora più di quello che scrive sommariamente il arcivescovo per relatione habuta da altri" (Arch. Segr. Vat., *Nunz. di Spagna*, Reg. 31, f. 66 r). Y Bongiovanni cuenta en 1588 al card. Montalto: "Trovandomi... col Signor Cardinale di Toleto mi disse che quello Beamonte che si faceva tenere per profeta et che era tanto stimato da molti, et che l'anno passato fu preso dalla Santa Inquisitione et condotto a Toledo, finalmente ha confessato che tutte quelle cose che ha detto erano false et sue inventioni per guadagnare credito appresso a gl'huomini, et che confessa... meritare d'essere trattato... insieme con alcuni altri nominati da lui che lo seguitavano..." (Arch. Segr. Vat., *Nunz. di Spagna*, Reg. 34, ff. 602-603 r).

Estos hechos, empero, no deben prejuzgar que en la Iglesia de Dios se hayan dado casos verdaderos de estigmatización, como san Francisco de Asís, santa Catalina de Sena, etc. Puede verse sobre esto la obra clásica del Dr. A. Imbert, *La stigmatización et l'extase divine* (París, 1894), 2 vols., donde analiza científicamente numerosísimos casos de santos estigmatizados; véase también I. M.ª Höcht, *Los Estigmatizados. Historia de los estigmatizados más célebres desde San Francisco hasta la época actual*, 2 vols. (Madrid, 1954).

11 V. Beltrán de Heredia, *Las corrientes de espiritualidad*, edición cit., pp. 14-15; *Historia de la reforma de la provincia de España 1450-1550* (Romae, 1939), pp. 69-75 y 78-142.

María era extremadamente mortificada; en su vida no hubo una mancha leve de impureza; y, sobre todo, aparentaba practicar una obediencia casi ignaciana. Fué, por lo tanto, una embaucadora. Ni más ni menos. Embaucadora hábil, inteligente.[12] Sintió el torpe acicate de una vanidad huera: la de ser tenida por una segunda edición, corregida y aumentada, de Santa Catalina de Sena,[13] aprovechando para este fin la fama, la buena fama de religiosa ejemplar de que gozaba[14] y la anchura de movimientos que le proporcionaba su cargo de Priora.[15]

12 Sorprende un poco la afirmación de M. Pelayo (*Heterodoxos...*, IV, 227, nota 1): "Realmente los medios que usó... fueron de los más primitivos, torpes y rudimentarios". El análisis de la vida y milagros de Sor María desmiente tal aserto. Fué tan hábil en sus fingimientos que hizo tropezar a la misma Inquisición, que no solía caer con añagazas rudimentarias.

Salucio comenta así la inteligente maestría de la Monja para sorprender aún a los más avisados y hacerles tragar el anzuelo de sus supercherías: "No fuera mucho si el demonio transfigurado en ángel de luz nos engañara, que es más viejo y sabe más... Tampoco me hiciera maravillar si algún ministro de Satanás... hubiera hecho alguna burla de las pesadas que suelen, ayudados de su maestro: suelen tener para esto letras, elocuencia, eficacia en decir, uso, práctica de cosas, experiencia en negocios, maña, artificio; son taimados, matreros, astutos como raposos; mas que una mujer y no vieja..., sino moza y noble y de buen parecer (a lo que dicen), que son indicios de ánimos sinceros y sencillos y, sobre todo esto, de mayor simplicidad de cuantas se han visto, a lo que parecía, fué la que ha engañado a virtuosos, letrados, viejos expertos, santos, sólo fiados de que no podía haber engaño con la tan grandísima simplicidad encubierta." *Discurso*, f. 129 r.

13 La analogía de la Madre Priora de la Anunciada con santa Catalina de Sena fué puesta de relieve inmediatamente, dada la semejanza de los supuestos carismas. Cf. *Lettera*, f. 354 r: "le cose della Priora... sono a guisa di quelle di santa Caterina de Siena, anzi in parte maggiori". Cf. *Historia*, ff. 3 v, 31 r; *Epistolario*, pp. 46, 62.

14 Es cierto que, antes de aparecer "estigmatizada", gozó de un óptimo prestigio como religiosa humilde, laboriosa y ejemplar. Cf. *Relación*, f. 21 r; *Epistolario*, pp. 59 y 64. *Historia*, ff. 34 r-68 v.

15 El cargo de Priora permitía desenvolverse fácilmente en privado y en público. A la jurisdicción se añadían las costumbres monásticas que tenían ya reciedumbre de ley. Por ello no es de extrañar que no aparecieran los estigmas antes del Priorato... y que ella lo buscase con ardimiento, aunque por el capcioso medio de la humildad, cf. *Lettera*, ff. 354 v-355 r. Entre las acusaciones que se le imputaban, figuran el empleo del oficio para campear a sus anchas, el haber procurado ser reelegida Priora y el tener una compañera de confianza que era insoportable para los demás. Pero estas acusaciones tenían su aparente justificación: "A lo que dicen que ella procuró ser Priora, más lágrimas derramó que cabellos tiene en la cabeza, puesta de rodillas delante del General para que no la reeligiesen. Mas a él y a todos nosotros y a toda la ciudad y al cabildo de ella y a toda la nobleza della pareció que había de ser reelecta, porque si no lo fuera, con la infamia que había precedido, creerán que era verdad lo que se había dicho... Más bien creo que no pasará medio año que ella no procure por Rey, Emperatriz y Papa y por to-

Tampoco se puede clasificar su caso como un recurso para resolver una difícil situación política: la de sacudir el dominio español del territorio portugués. Es harto conocida la historia de la conquista de Portugal por los tercios del Duque de Alba, reivindicando un indiscutible derecho de sucesión en favor de Felipe II al trono de Portugal cuando murió el cardenal Enrique, que había ascendido al trono a raíz del desastre de Alcazarquivir (4 de agosto de 1578), donde perecieron el joven rey don Sebastián y la flor de la nobleza lusa. Un intruso en la sangre real, don Antonio, el hijo de la *Pelicana,* alegaba derechos al trono y hasta se hizo proclamar rey. Pero no pudo resistir la gallardía indomable de las espadas del Duque de Alba. Muchos portugueses se adhirieron a ese vástago bastardo de la dinastía antes que aceptar el dominio de un rey vecino tan poderoso como Felipe II.[16] Y pusieron en juego todas las intrigas imaginables para lograr la victoria. Una de ellas fué el recurso a las llagas de Sor María.[17]

das las vías posibles que le quiten el oficio. Y así... yo, por mi parte, lo trabajaré en cuanto me sea posible, ayudándola en esto.

En lo que toda a la mujer que la acompaña... es estilo desta provincia dar a las Prioras una religiosa honrada que la acompañe y con quien se aconseje y que la ayude en los negocios. Y siempre estas compañeras son muy murmuradas, parte por la envidia... y parte porque les parece que, cuando se les niega alguna licencia o se les da alguna penitencia, dicen que viene por aquélla. Y por obviar a esto he suplicado al General que quite esta costumbre... Y la religiosa que agora tiene este cuidado, demás de ser muy noble, es buena religiosa... pero es un poco áspera de condición, y por esto muy malquista de las freiras." *Epistolario,* p. 65.

16 Véase lo que hemos dicho en la nota 51, II. Aún en 1588, casi al morir el año, todavía seguían las maquinaciones, recrecidas por el desastre de la *Invencible.* Bongiovanni escribe: "In questa città, poi, et regno corse qualche altro travaglio, per andare discoprendo persone che communicavano con dar aiuto a Don Antonio et... si prese il padre Calderone, priore del monastero del Carmo di questa città, persona di molta età et riputatione. Di più una donna Anna d'Aragao, similmente di molta stima et nobilità. Et altri s'intende esser assentati. Inoltre, molti di questi principali fidalghi sono chiamati et vanno a Madrid, se bene di questo, fin'ora, non se ne sà la causa." (Arch. Segr. Vat. *Nunz. di Spagna,* Reg. 36, f. 458.)

17 En un dictamen anónimo en defensa de las llagas de Sor María, que parece ser de su confesor, leemos: "... mucha caridad me hace en darme cuenta de las cosas que por allá se dicen acerca de nuestra sancta Priora... Es invención del demonio y tela que él tiene urdida... Y para todo ha hallado gran aparejo en los portugueses desafeccionados a servicio de Su Majestad. Los cuales quieren autorizar sus deseos con revelaciones falsas. Por tales agentes hace el demonio en estos Reinos dos oficios que él pretende: el primero, inquieta el Reino y alborota los corazones con esperanzas falsas de que vive el Rey don Sebastián... El segundo es que desacredita estas

Al principio, cuando apareció con los estigmas de la Pasión, Sor María no pretendió ningún fin político. Pero después, como todo aquel tinglado era falso, derivó hacia esas latitudes. Aunque en su proceso se evitó el rozar ese aspecto — medida diplomática de la más fina astucia —, para no exacerbar los ánimos de los portugueses, sin embargo, autores que estuvieron ojo avizor al sesgo que tomaba aquella audaz comedia de Sor María notifican esta derivación de su "caso" hacia la política. Sirvan de ejemplo Damián de Fonseca y Agustín Salucio. Damián de Fonseca, portugués — nació en Lisboa —, y, por tal, estremecido de un patriotismo estimulado con el roce y la convivencia con extranjeros, era amanuense de fray Luis de Granada y con él fué un día a ver a la Madre Priora.[18] Damián de Fonseca hizo una brillante carrera y fué destinado a Roma.[19] Allí recibió informes del otro amanuense de fray Luis, fray Francisco de Oliveira, con los que completó su conocimiento de las cosas de Sor María, aunque confunde lamentablemente nombres y amplía hechos. Según él, Sor María quiso ser la redentora de su pueblo: parecía una encarnación sangrante, una imagen viva de la patria. En su cuerpo había impreso el Señor las cinco llagas del escudo nacional luso. Esa fué la finalidad de fingir tanto prodigio.[20]

sanctas, de lo cual, si él saliese con ello, babría gran escándalo en toda la iglesia de Dios". *Epistolario,* pp. 91-92.

18 Cf. *Itinerarium,* cap. 1.

19 Nacido en Lisboa el 27 mayo, 1573, pertenecía a una noble familia; su madre, Ana de Fonseca, dirigía su conciencia con Fray Luis de Granada; su padre, Eduardo de Acosta, fué gentilbombre de la Corte del Rey don Sebastián. El joven Damián estudió con los jesuítas en Lisboa; a los 12 años terminó las humanidades y su madre lo puso bajo el cuidado de fray Luis, quien lo preparó para recibir el hábito dominicano, y lo envió a Valencia, donde el maestro de novicios fr. Pedro Gambau continuaba la obra de s. Luis Beltrán, alejándolo así del ambiente inquieto que reinaba en los conventos dominicanos portugueses. Más tarde fué trasfiliado a la Provincia de Lombardía (AGOP., IV, *Reg. M. Rodulphi,* 74, f. 20 v) y nos dejó, a través de la recopilación de su secretario Juan Bautista de Reggio, una bella autobiografía de sus andanzas, en latín nítidamente renacentista, en el *Itinerarium,* que contiene muy curiosas noticias sobre Fray Luis de Granada, sobre Sor María y sobre Sixto Fabri, aunque a veces confunde nombres y hecbos. Por ejemplo, confunde el nombre de Ana Rodríguez con el de Magdalena de la Cruz, error que acepta por bueno el P. Mortier (op. cit., p. 636), quien, por su parte, en el estudio de la caída de Fabri cae en frecuentes errores al tratar de las cosas de la Monja.

20 En la primera misa de fr. Damián predicó el P. Paulo Ferrer, que había estado desterrado en Andalucía por predicar contra Feli-

Salucio no solía doblegarse "a creer en las cosas que la Iglesia no le obliga más de aquello donde alcanza su capacidad",[21] y, sin embargo, creyó que los estigmas de Sor María eran verdaderos e intentó ir a Lisboa "a ver aquella monja y comunicar con ella ciertas cosas de mi conciencia".[22] Descubiertas las artimañas de la Monja, dice: "... hubo muy grande, no sólo hipocresía, sino bellaquería en algunas personas de las que la acreditaron; movidos algunos porque les sabía ella untar las manos y aun henchírselas de cruzados y de perlas y de diamantes que a ella le daban y enviaban muchos portugueses de las Indias, con mucha largueza, porque les encomendase a Dios (y de esto yo diré algo que supe de los que examinaron su vida) y no sólo se dieron por desentendidos de lo que claramente vieron, pero contra Dios y su conciencia aprobaron lo que debían condenar y reprobar por malo... Y en los más y los de más importancia reinó otro intento que fué, por este camino, estorbar la entrada del rey don Felipe en aquellos reinos, que de tan conocido derecho eran suyos; y, no pudiéndose valer de armas ni fuegos, y, desamparados de justicia, quisieron por tan engañosos medios valerse de fraudes y de engaños, cautivando los ánimos del pueblo con superstición... Este fué sin duda el intento de muchos sátrapas, pero es odioso tratarlo".[23] También Salucio parece ampliar el cariz político del asunto, extendiéndolo a antes de la conquista de Portugal, llevada a cabo en 1580. No fué tan temprana la desviación de Sor María a la política. De otro modo, no se explicaría la total confianza que el Virrey de Portugal, sobrino de Felipe II, y el mismo Felipe II depositaron en Sor María, consultándola en difíciles cuestiones y pidiéndole que bendijese la *Ar-*

pe II. Había dicho, refiriéndose a las armas del escudo luso: "Vestrum Regnum vestraque insignia, quinque nimirum Plagarum Christi... aimisisti, ¡heu!, quarum loco Leonem quemdam pro tessera obtinuistis, a quo mox devorabimini" (*Itinerarium*, cap. 5). Cinco llagas tenía Sor María: "Quidne! Quinque plagis ad illarum Christi instar erat insignita" (ib. cap. 1). Después, cuando lo vio todo irremediablemente perdido, confesó: "a seipsa impressas fuisse..., quo sic melius posset Lusitaniae Regnum ipsis Lusitanis restituere". (Ib., cap. 3.)

21 *Discurso*, f. 128 r.

22 Id., f. 129 r.

23 Id., f. 131 r.

mada Invencible antes de partir a la soñada victoria sobre Inglaterra. Fué entonces, hundida ya la *Invencible* en los mares, cuando Sor María dijo palabras duras, revestidas de tono profético, contra Felipe II: el reino de Portugal no le pertenecía y, si no lo entregaba, sería funestamente castigado por Dios.[24] Felipe II, irritado, comentó: "Esta religiosa que se mete en política y subleva al pueblo no puede ser una verdadera santa." [25]

La alianza de los conspiradores con la falsa estigmatizada no tuvo éxito. Felipe II estuvo muy alerta para ahogar la reacción optimista de los partidarios de don Antonio cuando supieron el desastre de la *Invencible.* No sólo desbarató la reacción, sino también desde una perspectiva diplomática — el proceso inquisitorial [26] por superchería religiosa —, deshizo el error

24 Fonseca, informado por el amanuense de fray Luis, fray Francisco de Oliveira, dice: "¡Heu! infaustus nuntius a... patre F. Oliveira supervenit... subdens quod postquan dicta sanctimonialis urbem et orbem prodigiosae suae sanctitatis fama impleverat, operaque mirabilia patrarat, atque ad domum suam ex nobilioribus Lusitaniae virginibus vocaverat... propriae oblita conditionis, rei politicae sese immiscere voluerat, palam affirmando Lusitaniae regnum non ad Pbilippum regem sed ad Brigantiae Duces Dominamque Catbarinam spectare, Deumque severe puniturum eumdem Hispaniae regem et castellanos nisi regnum lusitanis ipsis restituerent. Cumque verba huius sanctimonialis pro divinis oraculis haberentur, coepit Lusitaniae regnum ad similes commotiones non mediocriter... conmoveri." *Itinerarium,* cap. 3.

25 "Quae cum ad aures Philippi pervenirent, dixisse fertur: 'non est vera sanctitas huius monialis, quae populum commovet et rebus politicis sese immiscet'." Id., ib.

26 En el proceso inquisitorial, de carácter estrictamente religioso, aparecen algunos vestigios del "sebastianismo" de Sor María. Por ejemplo: al contestar a los inquisidores sobre las llagas de la cabeza, Sor María dice que las tiene desde que don Sebastián se fué a Alcazarquivir (f. 141 r); al relatar una visión, afirma que, cuando el alboroto de Ericeira, vió a un ángel con una espada en la mano, que simbolizaba que el Señor iba a enviar algún tremendo castigo a Portugal; Sor María se la quitó, biriéndose en la mano (f. 146 r). Después de baberse descubierto su engaño, Sor María confesó que todas sus visiones babían sido falsas, incluída aquella en que afirmó "que vira um anjo tirar a el Rey D. Sebastiao pelos cabelos da batalba e pô-lo alem do rio" (f. 158 v).

En la deposición de los testigos, también se encuentran buellas del "sebastianismo" de Sor María. La madre Margarita de S. Paolo, bija del conde de Linares, declaró el 18 de agosto de 1588 que, bace unos tres años, oyó decir a Sor María que don Sebastián era vivo y volvería; cuando esto sucediese, enseñándole las llagas, le diría: "Per vós me deram estas" (f. 22 r).

La saudade del rey Sebastián, que llegó a ser un mito popular luso, dando origen al "sebastianismo", era alimentada por la Monja, como se ve; pero también podemos descubrir un fondo político en todo el "sebastianismo": la resistencia a Felipe II. Sor María, profe-

común de la creencia en las llagas de la Priora de la Anunciada.

3. Error común; ¿excepciones?

Porque error común y no de minorías fué el que provocó la famosa monja con sus fingimientos. Salucio, que, como hemos visto, no era muy crédulo, afirma que no pudo resistir a la opinión pública.

Sor María supo adobar a las mil maravillas sus invenciones. Los más contumaces en la sospecha de superchería se vieron compelidos, por la fuerza de la sencillez y de la habilidad de la Priora, a creer o a callar. Finalmente, la autoridad de las personas que avalaban la veracidad de aquellos favores y la aprobación inquisitorial de algunos milagros dieron el golpe de gracia.

De los tres géneros de actitudes frente al problema — la inhibición, el recelo y la apología —, ésta triunfó de parte a parte. Y fué el triunfo tan rotundo que llegó un momento en que sólo se oía su voz. Después las cosas empezaron a rodar cuesta abajo: el recelo se fué abriendo camino y las más laboriosas en esta tarea fueron las mismas súbditas de la Priora.

Prescindiendo de ellas, se suelen citar algunos ejemplos de personas que no creyeron en el engaño: San Juan de la Cruz, Ana de San Bartolomé, la Condesa de Feria, Sor Agullona, San Juan de Ribera...[27] Serían casos de discreción de espíritus. Pero no son, a mi juicio, ejemplos claros. Proceden de sus biógrafos, y éstos han escrito después de la sentencia inquisitorial, en fecha muy próxima al descubrimiento del engaño, cuan-

tisa del retorno del Rey desaparecido, no escapa aquí de la inculpación política. Por otra parte, adviértase también la forma profética de anunciar el retorno — y de actuar contra el nuevo monarca —, que encaja tan femeninamente con la doblez con que Sor María intentó llevar adelante el artificio de su estigmatización.

27 Cf. L. Muñoz, *Vida y virtudes del venerable Varón el P. M. Fr. Luis de Granada* (Madrid, 1639), lib. II, cap. 10, ff. 117 ss.: S. de Santa Teresa, *Historia del Carmen Descalzo*, vol. V (Burgos, 1935), cap. 18, p. 450; C. de Jesús Sacramentado, *Vida de San Juan de la Cruz*[2] (Madrid, B.A.C., 1950), pp. 370-371; M. de Roa, *Vida de doña Ana Ponce de León, Condesa de Feria* (Córdoba, 1604); J. Sánchiz, *Vida de Sor Agullona* (Valencia, 1607); R. Robres-J. R. Ortola, Introducción a *Epistolario*, ed. cit., pp. 26-29.

do el destacar la incredulidad en las llagas de la Priora ofrecía un interés de actualidad. Bastará fijarnos en las razones que se alegan para testimoniar la excepción de San Juan de Ribera y San Juan de la Cruz.

De San Juan de Ribera suelen citarse el prólogo a la vida de Sor Agullona [28] y que en varias ocasiones dió pruebas de poseer el don del discernimiento de espíritu; [29] también se aduce la serie de reparos contra la Monja que envió a fray Luis.[30] Sin embargo, del prólogo a la vida de Sor Agullona no se puede concluir mucho; sólo pone de relieve que Sor Agullona no juzgaba favorablemente las cosas de Sor María; [31] el dis-

28 Cf. R. Robres-J. R. Ortola, op. cit., p. 28.
29 Cf. id. ib., p, 29.
30 Cf. id. ib., p. 29, nota 2.
31 Dice: "Acuérdome que cuando anduvo tan valida la opinión de santidad de la Monja de Lisboa..., le mostraba yo las cartas del bienaventurado Padre fray Luis de Granada en que me refería sus cosas, y la Monja también le escribió; pero esta virgen jamás juzgó bien de ella. Y así, cuando se entendió baber engaño, me trajo a la memoria lo que me babía dicho". (J. Sánchiz, op. cit. Prólogo del beato Ribera.)

San Juan de Ribera era gran amigo y admirador de todas las almas que aparecían con visos de santidad. En el *Epistolario* fr. Luis bace referencia concretamente a dos: Ana de Jesús y Sor Agullona. De la primera, el beato Ribera le había dicbo que le "manaba mucba sangre del lado" (pág. 52); fray Luis, que conocía bien a Ana de Jesús, por baber sido sirvienta de doña Elvira de Mendoza — alma selecta, cuya vida escribió fr. Luis (cf. *Obras*, ed. cit., XIV, 411-422) —, pone en tela de juicio valientemente esos prodigios que le contaba el Patriarca (*Epistolario*, pp. 52-53). De Sor Agullona, fray Luis no duda que sea verdad cuanto le dice el amigo (ib., p. 53), Fray Luis tiene muy vagas noticias de ella, pues llega a creer que el beato la aposenta en su casa (cf. ib., p. 53), lo que es erróneo, ya que lo que sucedía, según parece, es que vivía en una casa del Patriarca, contigua al Colegio (cf. ib., nota 1 de los editores). Sor Agullona envió un "papel", probablemente de cosas espirituales, a Sor María; papel que luego leyó fr. Luis (cf. ib., pp. 54-55). Fr. Jaime Sáncbez, o. f. m. escribió la vida de Sor Agullona, que fué prologada por Ribera (Valencia 1607). Pero be aquí que abora surgen gravísimas acusaciones que figuran contra ella y contra fr. Jaime Sánchez en el legajo 188 (antiguo: 428) de la sección de Estado (Arcb. de Simancas). Dicen así, transcribiendo sólo aquellas que no son *piarum aurium* ofensivas — que también las bay —: "Sumario de los artículos y resabios de berejes alumbrados que bay contra fray Jaime Sáncbez y contra fr. Bartolomé Simón y contra la *beata* Agullona. Primeramente, fr. Jaime Sáncbez disciplinaba a la beata Agullona en su casa, como consta por los testigos que contra ellos, por el padre Comisario fr. Juan de Zamora, se recibieron...

Item, fr. Jaime Sáncbez daba sus túnicas a la dicha beata para que se mudase y las truxese y fr. B. Simón el cordón y después, cuando se ponían el uno las túnicas y el otro el cordón, decían que sentían tentaciones de la carne.

Item, entre tanto que comían los frailes en comunidad, salían el dicho fr. J. Sáncbez y fr. B. Simón a la iglesia donde estaba la dha. beata y le llevaban pan y se lo daban diciendo que Dios se lo

cernimiento de espíritu en otras ocasiones no induce que lo tuviera en ésta, pues, siendo una gracia *gratis data*, es esencialmente actual, transitoria, no habitual.[32] La serie de reparos que envió a fray Luis no eran suyos, sino de alguien que se decía testigo de vista y los comunicó al Patriarca; el cual, a su vez, los hizo llegar a fray Luis.[33] Por lo demás, mantuvo con fray Luis muy particular correspondencia sobre la monja; parece ser que envió algún obsequio para Sor María; [34] la primera carta en la que fray Luis le contaba los prodigios de la Priora se publicó inmediatamente; [35] y el mismo fray Luis le habla con frecuencia de una edición de las maravillas estupendas de Sor María.[36] Todo lo cual hace

enviaba y la dicha beata iba baciendo visajes y meneos para representar spíritu...

Item, fr. J. Sánchez, después de haber merendado un día con la dha. beata tortas reales y muy espléndidamente...", etc., etc.

Parece que se trata de Sor Agullona y del biógrafo; según el informe, fr. Jaime fue desterrado, después de hacerle abjurar *de levi*, y seguía alborotando la Provincia, en el momento en que fray Juan de Zamora trabajaba ardorosamente por reformar a los franciscanos valencianos, amparado por Felipe II. Las acusaciones son muy concretas y abundantes. Pero no se descarta la posibilidad de que sean falsas. Yo no quiero juzgar en un asunto que me parece grave, y que no he estudiado a fondo. Sólo quiero advertir que a ese mismo fr. Jaime Sánchez quizás baya también que identificarlo con el "P. Sánchez" que fué de Valencia a Lisboa en 1584, predicó en la Anunciada, se hizo amigo de Sor María y de Ana Rodríguez, dialogó con fr. Luis sobre intereses del beato y regresó a Valencia, donde estuvo de nuevo antes del 10 de febrero 1585 (cf. *Epistolario*, páginas 50, 52-53 y 57).

32 Cf. *Summa Theolog.* I-IIae, q. 66, a. 2 ad 1; q. 68, a. 5 ad 1; por otra parte es "supra facultatem naturae et supra meritum personae". Ibíd. I-IIae. q. 111, a. 1; y ad 1. Finalmente la gracia *gratis data* puede darse aún en los pecadores, pues de suyo no es incompatible con el estado de pecado; aunque no sea frecuente este caso, de hecho se ha dado. Cf. *I Cor.* XII, 8-10 y 31; *Joan*, 11, 50; *Num.* 22, 22; II-IIae, q. 172, a. 4; q. 178, a. 2. Sobre el carácter transitorio de estas gracias que es el propio generalmente, cf. II-IIae, q. 171, a. 2 y Gonet, *In I-IIae*, q. 111, a. 4.

33 Cf. *Epistolario*, pp. 61, 64-65 y 69; fray Luis supone que San Juan de Ribera ha recibido mucba pena con esa relación de supuestas faltas de Sor María. A Ribera le dijo los "reparos" un sacerdote. Cf. id., p. 73.

34 Cf. id. ib., p. 59.

35 Es la *Lettera* que hemos citado varias veces. R. Robres y J. R. Ortolá recbazan la afirmación de Mortier quien dice que San Juan de Ribera mandó imprimir esa carta (cf. Mortier, op. cit., páginas 638-637); pero, aunque no la editase Ribera, no se puede negar que facilitó su texto de alguna manera, ya que iba dirigida a él personalmente. La *Lettera* obtuvo una rápida difusión (cf. Bibliografía, núm. 5).

36 Cf. *Epistolario*, p. 70: "con esto van otras cosas que V. S. verá, para que todo ello se imprima junto, poniendo los cuadernos por la orden del a. b. c., como van. Y por darnos el P. Provincial

suponer que la excepción de San Juan de Ribera no es muy convincente.

En cuanto a San Juan de la Cruz, abundan los detalles de los testigos del proceso de beatificación y canonización [37] y de los historiadores carmelitas.[38] No ofrece interés el hecho de que el santo doctor tuviese también sus fallos curiosos en eso del discernimiento de espíritus; [39] pero sí confirma el principio aludido de que esas gracias no son habituales. Por lo demás, el que no quisiese ir a ver a la monja, mejor que por una supuesta gracia o por el recuerdo de lamentables experiencias, se explica por su propia doctrina, tan radicalmente desligada de todo lo que es accidental — y los estigmas lo son — en el camino de la santidad, que se anda por las "nadas" sanjuanísticas.[40] De haber conocido la falsedad del caso por la gracia de discreción de espíritus brotaría una grave dificultad: ¿por qué no lo dijo, si las gracias *gratis datae* son gracias "sociales", es decir, ordenadas al bien del pueblo creyente?; [41] en aquella coyuntura eran muchos los equivocados por las patrañas de Sor María. Ya los testigos se hicieron, a su manera, esta pregunta; la solución que se dieron fué que el santo no quiso infamar a Sor Ma-

tanta priesa, no va esto tan correcto y tan bien puntado como sería razón. Pero V. S. tendrá allá ministros que suplan esta falta. Y la impresión ha de ser de en cuarto de pliego..." cf. también, p. 69: "Y respondiendo a lo que V. S. me escribe de la impresión de esa Relación..."; y 71, 72, 73, 74.

37 Cf. C. de Jesús Sacramentado, op cit., notas a las pp. 370-372, donde aduce las declaraciones de los testigos sobre el particular.

38 Cf. id. ib., S. de Santa Teresa, op. cit. vol. V (Burgos, 1936), p. 450, etc.

39 El P. Crisógono (op. cit., pp. 268-270) refiere los pormenores del caso espeluznante de Juana la Calancha, dirigida de san Juan de la Cruz en Baeza, donde tantos iluministas y seudomísticos florecieron. A este episodio se refiere el santo cuando habla de "una mujer, la cual le había traído engañado mucho tiempo" (cf. ib. p. 270).

40 Acorde con esta interpretación, que parece críticamente la más exacta, encontramos la declaración de un testigo que recoge la respuesta que fray Juan de la Cruz dió a sus frailes que le preguntaban, en los Mártires de Granada, por la Monja: "Yo no la vi ni quise ver, porque me quejara yo mucho de mi fe si entendiera había de crecer un punto con ver cosas semejantes." Bibl. Nacional de Madrid, Ms. 12.738, ff. 127 y 855.

41 Sobre este eminente carácter social de la gracia *gratis data* cf. I-IIae, q. III, aa. 1, 4 y 5; II-IIae, q. 172, a. 4; q. 176, a. 1 ad 1; q. 177 a 1 in corp. y ad 3 et 4; q. 178, a, 2. Las expresiones "ad bonum commune Ecclesiae", "ad utilitatem Ecclesiae", "per quam unus homo cooperatur alteri ad hoc quod ad Deum reducatur", etc., son usuales en santo Tomás. Cf. también *In Epistulas d. Pauli Comment.: I ad Cor.*, cap. 12.

ría.[42] Pero la respuesta no obvia una nueva dificultad: no era ninguna injusticia descubrir un tan pernicioso engaño,[43] antes bien los beneficios que se reportarían de la pérdida de fama, tan artificiosamente ganada, en este caso, hubiesen sido óptimos. Sin pretensión de quitar gloria al místico doctor — de quien siempre he sido devotísimo — y sea cual sea la actitud que tomó por las razones que fuere, pasemos a analizar y enjuiciar la posición de los apologistas de la monja.

4. Los apologistas de las llagas

Hubo muchos que no sólo creyeron las cosas de Sor María como llovidas del cielo, sino que también las defendieron y alabaron.

Empezaremos por la persona moral de la Inquisición. Hemos visto que aprobó algunos milagros atribuídos a Sor María.[44] Esos milagros no podían ser una confirmación de la veracidad de sus llagas, porque Dios no hace milagros para confirmar una mentira. Pudo, sin embargo, premiar la buena fe de los creyentes.[45] Por otra parte, es verosímil que se verificasen fenómenos extraños, fácilmente atribuíbles al influjo de Sor María por la predisposición existente en favor de sus prodigios, aunque, en realidad, no hubiese ninguna relación directa de unas cosas con otras. Quizá también personas malintencionadas testificaron falsos milagros. La Inquisición no hizo entonces — porque no lo hacía tampoco la Iglesia — el riguroso y minucioso y científico examen de los milagros que hoy se hace para las causas de beatificación y canonización. Dió fe al testimonio de las personas agraciadas, o a las que certificaban por ellas. Así resultó una autenticación pobre; tan pobre que fué inocente confirmación

42 Cf. declaración de fray Tomás de la Cruz B. Nac. de Madrid, Ms. 12.738, f. 883; C. de Jesús Sacramentado, op. cit., p. 372.

43 Cf. II-IIae, q. 62 a. 2 ad 2; q. 68, a. 1; q. 73, aa. 1-3.

44 "... al presente hay autorizados 32 con el autoridad de Su Alteza, los cuales averiguó Marcos Teixeira, auditor de la Legacía" (*Epistolario*, p. 92); "... de los cuales están muchos autenticados por el Santo Oficio y otros por el Auditor de la Legacía y otros por el Ordinario" (Ibíd., p. 62); cf. *Historia*, ff. 109 r-121 r; *Relación*, folios 24 v-26 r.

45 Cf. II-IIae q. 172, a. 4; q. 178, aa. 1-2.

de las patrañas de Sor María. Además, esos milagros, al no ser de primer orden, pudieron tener otras causas: la sugestión, por ejemplo.

La actitud de la Inquisición motivó que los más ilustres personajes cayesen en la creencia de la veracidad de las llagas de la monja. Gregorio XIII y la Curia Romana dieron fe a la relación del Cardenal Legado, cuyo testimonio se suponía garante y digno de crédito. El cardenal, presidente del Santo Oficio, dió fe a sus propios ojos, que vieron, extasiados, los supuestos estigmas, y se edificó con la presencia de aquel "portento de santidad" [46] y la tuvo por oráculo en intrincados problemas.[47] Sixto Fabri, alma abonada en pro de la monja, se enredó más en la red al hablar con Sor María y hacerle unos análisis simplistas que ella supo ganarle de antemano.

El ambiente estaba caldeado y la fe de unos aumentaba al roce con la firmeza de otros. Lo difícil y casi temerario era mostrarse refractario a la creencia común. Los supuestos milagros eran una bandera en alto.

Pero el ejemplo "tipo" que suele aducirse con más persistencia y con más ironía es el del bondadoso fray Luis de Granada.

5. La actuación de Fr. Luis de Granada

Es el mismo Fray Luis, en primer término, quien nos declara sin cortapisas y con ingenuidad de alma transparente su actuosa adhesión y su fe en las llagas de Sor María. En segundo lugar, documentos como el

46 Cf. *Historia*, f. 110 v; *Epistolario*, p. 55; Arch. Segr. Vat., *Nunziatura di Spagna*, Reg. 37, f. 12 r.

47 "Albertus, cardinalis Austriacus, Lusitaniae Prorex, solerti consilio sua omnia tegere solitus, hanc ut oraculum adire, huic aeque ac sibi credere, arcana omnia committere, ab huius consiliis nutibusque pendere", dice fr. Damián de Fonseca, con su acostumbrado énfasis ciceroniano. *Itinerarium*, cap. 1. El 28 de enero de 1588 avisaba ya el Cardenal al papa Sixto V de la necesidad de un nuevo examen para contrarrestar los rumores de los incrédulos (*Nunz. di Spagna*, Reg. 37, f. 12 r), aunque él lo juzga por superfluo; el 17 de noviembre le comunica el mal sesgo que va tomando el asunto (confróntese ib., Reg. 37, f. 22); concluído todo, el cardenal tuvo que confesar el engaño sufrido (cf. ib., Reg. 37, f. 30) e intentar justificarse de no haber sido negligente (cf. ib., f. 41 r; cf. Robres, art. citado, pp. 683-84).

Proceso y la correspondencia de la Nunciatura ilustran y perfilan su posición "pro-monja". De la pluma de Fray Luis de Granada tenemos, amén de los exámenes que, en compañía de Fray Gaspar d'Aveiro y Fray Juan de las Cuevas — éste intervino en uno, Aveiro y Fray Luis en dos —, hizo de las llagas de Sor María, algunas de sus cartas al cardenal Borromeo, al Beato Ribera, a Bascapé y a los Inquisidores. Y sobre todo, un libro entero inédito: *La Historia de Sor María.* A través de ese precioso material histórico y literario es relativamente sencillo reconstruir su actuación en el asunto de la Priora de la Anunciada.

Fray Luis conoció a Sor María siendo ésta muy joven. En 1585 escribía: "veinte años ha que conocemos esta religiosa".[48] Este dato revela que debió conocerla cuando ella entró en la Anunciada, a la edad de once años.[49] El convento de la Anunciada estaba situado cerca de San Domingos, en lo que hoy es *Largo da Anunciada,* en el cogollo de la antigua Lisboa.[50] Fray Luis, maestro de almas, visitaba con frecuencia aquel monasterio, dialogaba con las monjas, se interesaba por sus problemas espirituales; Sor María empezó a distinguirse como una joven modelo: austera, laboriosa, caritativa, obediente.[51] Con aplauso general de los dominicos fué elegida Priora en 1583; tenía treinta y dos años.[52] Es significativa su elección, pues la comunidad era numerosísima — más de sesenta religiosas —[53] y fué preferida entre muchas provectas y maduras en edad y virtud. La joven Priora no sólo había logrado el primer puesto del monasterio, sino algo más: una fama intachable de santa.

El 7 de marzo de 1584, torciendo el camino de su vida espiritual, apareció con las llagas. Aparentemente, los estigmas eran una confirmación de sus muchas virtudes. De este modo, lo que en realidad era una caída

48 *Epistolario,* p. 59.
49 Cf. *Relación,* f. 21 r; *Historia,* f. 38 v.
50 Autorizada por un breve de León X en 1515, la fundación de la Anunciada se llevó a cabo en 1519. Cf. L. DE SOUSA, *Historia de s. Domingos particular do Reino e conquistas de Portugal* (Bemfica 1623); cf. *Memorial da fundação do Mosteiro de N. S. da Annunciada.* Ms. de Torre do Tombo (Lisboa), caja 18 de S. Juana de Lisboa. La Anunciada desapareció por incendio en el terremoto de 1755.
51 Cf. *Historia,* f. 39 r; *Epistolario,* pp. 59, 64 y 92.
52 Cf. *Relación,* f. 22 r.
53 Cf. *Historia,* f. 112 v.

de soberbia, se prestó al equívoco de ser tomado por un vuelo de mística perfección, de crucificada perfección. El Padre Provincial,[54] al oír la sorprendente maravilla, fué al monasterio a cerciorarse; después fué a dar cuenta de lo ocurrido al Cardenal. A su retorno a San Domingos contó — al menos a los padres graves — el prodigio.

Fray Luis no dudó. Algunos días antes de la fiesta de Santo Tomás de aquel año se le presentó una mujer, que gozaba de una extraordinaria reputación de santidad, Ana Rodríguez, beata franciscana, y le comunicó el prodigio que Dios iba a obrar en Sor María.[55] Era una solapada cómplice de la Priora dominicana, y no era virtud lo que en ella relucía.[56] Pero el renombre de santa que se había granjeado y las señales que daba de serlo fueron correlativas a las de Sor María.[57] Fray Luis al oír al Padre Provincial el relato primerizo y asombrado de la reciente estigmatización de la Madre Priora, lo tomó por regalo de la gracia divina. Y hasta

54 Cf. *Lettera*, f. 354 v; "estos días ha llegado aquí de Lisboa una maravillosa nueva y es que en un monasterio de monjas de la orden de sancto Domingo... Aquí hay cartas de personas graves que certifican que las han visto: el padre Provincial de su Orden, que fué a dar cuenta deste milagroso subceso al Serenísimo Príncipe Cardenal", escribe Juan del Monte al cardenal de Como (Arch. Segr. Vat., *Nunz. di Spagna*, Reg. 17, f. 184 r). Véase la relación del mismo padre Provincial fr. Antonio de la Cerda en "Hispania Sacra", 12 (1959), pp. 111-114.

55 Cf. *Relación*, f. 23 v; *Historia*, f. 27 r.

56 Este personaje secundario de la tragedia de Sor María aparece hoy diluído y sin relieve en la historia, pero fué una activa colaboradora de la monja dominica; era un tipo de *beata* clásica, vestida con el sayal franciscano, trotaiglesias y trotaconventos, constelada de signos externos de santidad — de fingida santidad — y estaba también falsamente estigmatizada con una cruz en relieve sobre el pecho. Fué la gran propagandista de los carismas de Sor María, con la que mantenía una estrechísima amistad. Contaba maravillas de ella (cf. *Historia*, f. 119 v). El ocaso de la gloria de Sor María descubrió sus mezquinas marrullerías, y la sepultó en un amargo olvido, no sin haber sido antes penitenciada por el Santo Oficio (confróntese *Proceso*, f. 160 v; A. MORTIER, op. cit., p. 636; Arch. Segr. Vat., *Nunz. di Spagna*, Reg. 34, f. 604 r; *Itinerarium*, capítulo 3). Cf. R. RICHARD, *Louis de Grenade, la prieure de l'Annonciade et les maures de Lisbonne*, en "Bull. des Études portugaises", t. 18, Lisboa, 1955.

57 Cf. *Epistolario*, pp. 47, 50, 63, etc.; véase también la carta de fray Luis a los jueces de la causa de Sor María, en "Hispania sacra" 12 (1959), p. 111; *Historia*, folio 2 r: "... tiene encima del pecho esculpido a Cristo puesto en cruz y el nombre de Jesús al lado, perfectísimamente fabricado de la misma carne con letras grandes y bien figuradas. Y esto de tal manera que puesta una pasta de cera blanca encima de este lugar queda lo uno y lo otro figurado, como por autoridad del Santo Oficio se verefícó".

se encendió en su corazón una llama devota de gozo espiritual. El confesor de Ana Rodríguez, un franciscano descalzo, corroboró a Fray Luis la profecía, pues a él también se lo había comunicado la *beata*.[58]

El 13 de marzo, seis días después de la estigmatización, Fray Luis fué a ver a Sor María. Se pasó casi toda la tarde en espiritual coloquio con ella; vió sus llagas; de labios de la protagonista escuchó la narración de los prodigios.[59] Prevenido *a priori* con el anuncio de Ana Rodríguez, enfervorizado por la palabra autorizada del Padre Provincial, y siendo nativa y cultivadamente dócil a dar fe al testimonio de los demás, la simplicidad astuta [60] de Sor María terminó de convencerlo de que se trataba de unos fenómenos estupendos, análogos y quizá superiores a los de Santa Catalina de Sena.[61]

A sus tres grandes amigos el cardenal Borromeo, el patriarca Ribera y el barnabita Carlos Bascapé no quiso dejarlos mucho tiempo sin la consolación y la edificación de saber esas supuestas maravillas. La correspondencia con Ribera, arzobispo de Valencia, es más explícita por más abundante; [62] la del santo arzobispo de Milán, en este sentido, es menguada.[63] La que mantiene con el P. Bascapé es más incidental, aunque también llena de sugerencia e interés. Pero a los tres comunicó con una sinceridad y un fervor magníficos los detalles [64] de aquel milagro viviente. Es más:

58 Cf. *Epistolario*, p. 63.

59 Cf. *Lettera*, f. 355 r.

60 La simplicidad fué el arma más poderosa que usó Sor María. Cf. *Lettera*, f. 355 r; *Discurso*, p. 153; *Epistolario*, pp. 60 y 92; *Relación;* f. 26 v; *Historia*, ff. 49 r-56 v.

61 Cf. *Lettera*, f. 354 r; *Historia*, f. 3 v; *Epistolario*, p. 46.

62 Las cartas a Ribera que tratan de Sor María no son todas conocidas. Las que actualmente se conocen están incluídas en el *Epistolario:* ocho en total. Hay que contar una más: la *Lettera*, insistentemente citada, que haría el número nueve. En esas conocidas y publicadas hay frecuentes referencias a otras, que hoy se ignoran. Las de san Juan de Ribera, a las que alude fr. Luis repetidas veces, tampoco han sido localizadas. Cf. R. ROBRES-J. R. ORTOLÁ. Introducción al *Epistolario*, p. 40. Otras cartas de fr. Luis al Patriarca, que no atañen al asunto de la Monja, pueden verse en *Obras*, ed. cit., vol. XIV, pp. 449, 480, 492, 500.

63 Sólo se conoce una carta de fray Luis a San Carlos hablándole de Sor María; y dos de San Carlos a fray Luis en las que muestra su gozo en saber las cosas de la Priora. Cf. *infra*, pp. 138-139, n. 3, y p. 143, n. 42.

64 Con el gran biógrafo y amigo de san Carlos Borromeo, P. Carlos Bascapé, mantuvo fr. Luis muy cordial correspondencia; 12 cartas publicó el P. Cuervo en *Obras*, ed. cit. XIV, pp. X-XXIV.

se convirtió en apologista de la veracidad de las llagas. La correspondencia con San Juan de Ribera es rica en pormenores de este tipo. En ella defiende a Sor María de todas las acusaciones [65] e intenta que se publiquen sus prodigios, anhelando que se realicen con delicadeza estética e histórica tales presuntas ediciones. Se preocupa del tamaño — "en cuarto de pliego" —, de los moldes, de la clase de papel — "papel de la corona" —, de las ilustraciones, de los apéndices, de las aclaraciones y enmiendas, de la puntuación...[66] Hasta del buen negocio que será para el impresor.[67]

Hay otro dato muy curioso: el Patriarca le ha dicho que a Ana de Jesús "le manaba mucha sangre del lado". Fray Luis, que conoce bastante bien los quilates de virtud que posee esa mujer, se maravilla un poco

En ellas le habla también de Sor María, aunque el P. Cuervo — por las razones expuestas más arriba — suprime esas cláusulas indicándolo con puntos suspensivos (cf. pp. XIV, XVII y XVIII), salvo en dos casos de menor importancia (cf. pp. XXI y XXII) en que las conserva íntegras. El original se halla en el Archivo de los PP. Barnabitas, de Milán.

65 Cf. *Epistolario*, pp. 61-69.

66 Cf. ib., pp. 70-74 "... fué necesario imprimirse la figura de sus llagas para obviar a un disparate que se hizo en Toledo, imprimiendo de muy mala manera estas llagas, por donde nuestro General manda... las recojan..." Ibíd., p. 70. "La primera cosa que se ha de poner en este libro es la *Relación* hecha al papa Gregorio XIII; y, porque al presente no la tenemos aquí, V. S. nos hará merced de poner una de las que allá le hemos enviado en romance." Ibíd., p. 71. "... al cabo se pone la figura verdadera de sus llagas... Lo que suplico a V. S. es por la priesa y diligencia de esto, porque lo están acá todos esperando; y que también, después del debuxo de las manos, mande V. S. poner las palabras siguientes: 'Esta es la verdadera y legítima descripción de las llagas de esta sierva de Dios, sacada fielmente; por donde suplico al cristiano lector que cualquier otra descripción que hallare diferente desta, la mande rasgar, porque, si no es conforme a ésta, será falsa y engañosa.'" Ibíd., p. 72. "Y acuerdo a V. S. que al fin de la *Relación* que se hace al Papa, se debe poner el Breve que Su Sanctidad responde y la carta del embaxador que hace al propósito." Ibíd. "Si a V. S. le pareciere que con estos papeles que le he enviado se debe imprimir el examen de las llagas, advierto una cosa y es que el examen que hicimos el confesor desta virgen y yo, lavándole las llagas de las manos para ver si eran pintadas, al principio deste examen comenzamos con estas palabras: "Por cuanto algunas personas maliciosamente quisieron decir", etc. En lugar de esta palabra "maliciosamente" u otra semejante que diga malicia se ha [de] poner: "con engañado parecer y juicio", etc. Ibíd., pp. 73-74.

Lo que pudo haber sido esta edición no es ningún misterio; una "silva" de varias cosas sobre Sor María: apología, relación al Papa, carta del embajador, examen de las llagas, descripción de las mismas, etc. Aunque no se llegó a publicar por motivos complejos, hoy conservamos la mayoría de esos documentos, sobre todo en la *Historia*.

67 "Y puede V. S. decir al imprimidor doscientos o trescientos tratados de éstos, y enviarlos por acá. Ni esto parece mucho, según lo mucho que él ganará con esta impresión." Ibíd., p. 70.

incrédulamente y hasta se atreve a corregir, de una manera delicadísima, a su gran amigo porque la había aposentado en su casa.[68] Y se ofrece a buscarle una "provecta" que le sirva sin sospecha y con fidelidad; [69] como, en efecto, lo hizo.[70]

En este epistolario con el Beato Ribera entrevemos además de la constante, ininterrumpida apología de la veracidad de las llagas de la Priora y de los pormenores referidos, los motivos por los que Fray Luis escribió la *Historia* de Sor María. Le dice en una carta: "También estoy obligado a dar a V. S. cuenta de cómo yo, por obediencia de mi superior, he començado a escribir la vida desta nuestra Religiosa y los favores admirables que Nuestro Señor cada día le hace." [71] La data de esta declaración es del 12 de enero, 1585.

68 "Dexada esta materia aparte, entraré en otra menos sabrosa. V. S. me escribió pocos días ha que le manaba mucha sangre a Ana de Jesús del lado. Yo me maravillé un poco desto: porque no me parecía que esa buena mujer hubiese llegado a tan alto grado de virtud que ella tuviese lo que nunca Nuestro Señor da sino a personas de grande perfección. Y, aunque yo tenía esa mujer por persona espiritual y devota, mas no por tan perfecta. Y aquella señora (Doña Elvira de Mendoza) con quien estaba en Montemayor, teníala notada por colérica y después tuvo otros descontentos de ella, por donde la despidió de su compañía. Y el confesor de esta señora me escribió que no le diese crédito si me fuese a hablar. De la santidad de esta señora no hablo... Por donde su salida de casa de esta señora más creo que [fué] por culpa de la sierva... Por esta razón me maravillé de lo que V. S. me escribió de su sangre. Mas no me atreví a escribirle lo que sentía por no deshacer en nada ni quitar a V. S. la devoción que en esto tenía. Mas agora, tratando con el P. Sánchez familiarmente, declaréle este mi ánimo. Con esta ocasión me dixo él algo de lo que había pasado y cómo V. S. la había aposentado en su propia casa. De lo cual también me maravillé, acordándome de lo que se escribe de san Agustín, que... no consintió que su hermana morase con él en su casa... Por esto huelgo que V. S. le haya mandado dar otra casa fuera de la suya." *Epistolario...*, pp. 52-53.

Nótese en este texto cuál era la piedra de toque, según fray Luis, para creer los prodigios: la santidad de vida. Y con qué audaz valentía se atreve a hablar a su gran amigo san Juan de Ribera que daba por buenas las cosas de Ana de Jesús.

69 "El P. Sánchez me habló sobre alguna provecta que fuese muy virtuosa para el servicio de V. S.; y, con estar esta ciudad llena de provectos y provectas, apenas se hallará una con las cualidades que V. S. pide. Porque si es cautiva y virtuosa, por ningún precio la darán sus amos. Con todo esto hallé una horra... Yo le hablé y paréceme que holgará de servir a V. S.... Ella era conservera del Duque de Alba y muy prima en hacer este oficio. Por tanto vea V. S. lo que manda y perdóneme los atrevimientos de esta carta." *Epistolario*, p. 53.

70 "Y a vueltas de cosas tan grandes diré también que aquella buena mujer prieta está aparejada para ir a servir a V. S. y de aquí un mes esperamos unos carros que van a Madrid para llevarla." *Epistolario...*, pp. 55-56.

71 Ib., p. 54.

6. La "Historia de Sor María de la Visitación"

Efectivamente, Fray Luis recibió orden de empezar a escribir la vida de Sor María. Era un escritor incomparable, dominaba los temas espirituales y la hagiografía, era entusiasta de las cosas de la Priora. Nadie mejor que él podía recoger en un libro, para edificación del pueblo cristiano, aquellos prodigios, dándoles una presentación literaria bella y estimulante. Fray Luis aceptó el encargo. Concibió un plan esquemático y empezó a buscar y ordenar material. Y dictó a su amanuense la *Historia de Sor María.*[72]

Cuatro libros y un prólogo justificativo, apologético, introductorio. El prólogo declara el argumento — la vida maravillosa de la Monja — y el fruto que se saca de semejantes lecturas; [73] responde a las posibles dificultades del lector; [74] y, finalmente, traza la división general.[75] El libro primero [76] es un tratado apologético sobre la credibilidad de "lo que se escribe en esta historia"; el segundo, un análisis de la vida y virtudes de Sor María; [77] el tercero, "trata de los favores y privilegios singulares que Nuestro Señor comunicó a esta virgen y de algunas visiones y aparecimientos que... tuvo"; [78] el cuarto, describe "los milagros auténticos" obrados por intercesión suya.[79]

El contenido debe clasificarse en dos secciones distintas; lo que no es de Fray Luis y lo que es suyo.

Lo que Fray Luis toma de las fuentes es abundante. "La mayor parte de esta historia ha sido escrita por mano de ella (Sor María)." [80] dice Fray Luis, con una encantadora modestia. En efecto, una de las fuentes principales fué lo que la misma biografiada escribió a instancias y mandato de sus superiores: "El Padre Provincial de esta Provincia mandó a esta virgen por obe-

72 Efectivamente, el Ms. del Escorial — signatura J-ij-14 — está escrito de puño y letra de Fray Francisco de Oliveira, amanuense oficial de Fray Luis (cf. AGOP., IV, Reg. 44, f. 77).
73 Ff. 1 v-3 r.
74 Ff. 3 v-6 r.
75 F. 6 r y v.
76 Ff. 9 r-29 r.
77 Ff. 29 r-81 r.
78 Ff. 81 r-108 v.
79 Ff. 109 r-121 r.
80 *Historia...*, f. 81 r.

diencia escribiese por su mano todos los favores que de Nuestro Señor había recibido, lo cual ella mucho tiempo rehusó, recelando que esta escritura se había de publicar, mas todavía apretada por el Perlado hizo lo que le mandaban. Y así escribió un cuaderno de tres o cuatro pliegos de estas cosas, el cual después se me entregó, y las cosas de él puse en los lugares de esta historia a que pertenecían." [81] Por eso hallamos con reiterada frecuencia frases como la siguiente: "contaremos todo lo que pertenece a esta historia simplemente con las mismas palabras que esta virgen las escribió".[82]

Otra de las fuentes es la relación que, oralmente o por escrito, le daba a Fray Luis el confesor de la Madre Priora, Fray Pedro Romero; éste daba cuenta a Fray Luis de las cosas que podían interesarle; por lo general se las contaba *vivae vocis oraculo,*[83] pero también en una especie de diario que iba escribiendo: "... Porque era muy penoso a esta virgen escribir por su mano por razón de la llaga y clavo que en ella tiene, dióse esta orden por el Perlado que ella diese cuenta a su confesor de estas cosas, el cual las escribe fielmente de la manera que las oyó a ella y para rectificarse en lo escrito las vuelve a leer a esta virgen y ella borra cualquier palabra o cosa que desdiga de lo que pasó." [84]

La tercera fuente es la relación enviada a Gregorio XIII por el cardenal Alberto sobre las llagas de la Priora; relación que, además de usarla, la inserta íntegra en la *Historia.*[85]

La cuarta fuente son los procesos de autenticación de los milagros. Dice Fray Luis a este propósito: "los procesos de ellos se dieron a Su Alteza, el cual me los entregó para poner en la historia de la vida de esta madre".[86]

81 Ib., f. 2 v.

82 Ib., f. 82 v.

83 Cf. ib., f. 91 r: "Y contóme un padre confesor suyo..."; folio 104 v: "... daba cuenta a su padre confesor y él, con licencia de ella, me la daba a mí".

84 Ib. ff. 2 v-3 r.

85 "Síguese la *Relación* que se envió a Su Santidad, en romance", ff. 21 v-26 v. El capítulo 2 del libro I, ff. 27 r-29 r, trata "De los milagros que se coligen de esta relación susodicha", ofreciendo así al lector un anticipo de todo el libro IV.

86 Carta de Fray Luis de Granada a los jueces delegados en la

La quinta y última fuente son sus coloquios con Sor María,[87] con Ana Rodríguez, con el Cardenal, y con otras personas que podían ofrecerle datos valiosos para su cometido.

De Fray Luis es el andamiaje y la arquitectura de toda esa materia prima, que va engarzando con su estilo, atendiendo a la ejemplaridad más que a lo que hoy llamaríamos rigor científico.

Cuatro valores positivos merecen destacarse en lo que Fray Luis pone de su cosecha en la *Historia de Sor María:* el valor literario, el valor apologético, el valor ascético-místico y el valor autobiográfico.

7. Los valores positivos de la "Historia"

El valor literario es indiscutible, aunque en alguna ocasión se adviertan faltas del amanuense, o cláusulas menesterosas de la revisión del autor, que parece no llegó a hacerla. El estilo sereno, limpio, persuasivo, empapado de emotividad, es inconfundible. La pluma de Fray Luis borda encajes literarios en esta obra que pertenece a su ancianidad, cuando su alma era cada día más joven y limpia. La prosa histórica se torna vivamente movida en las descripciones, densa en las digresiones doctrinales, acalorada en la argumentación, sabrosa en sus silogismos palpitantes, nervudos. La dialéctica escolástica conserva su cañamazo, pero revestido de lozanía de primavera. La metáfora feliz, el espontáneo tirón al grandilocuente tono retórico, la definición rigurosamente ceñida al concepto son cualidades que ponen de manifiesto el vigor intelectual y el dominio del lenguaje que siempre tuvo Fray Luis. Virtudes literarias tan reconocidas en él que huelgan los comprobantes.

El valor apologético de esta obra es magnífico. Ya en el prólogo expone sin ambages su intención apolo-

causa de Sor María. *Proceso,* f. 17 r. Puede verse en "Hispania Sacra", 12 (1959), pp. 110-111.

87 Hay en la *Historia* deliciosas expresiones que aluden a estos coloquios. Por ejemplo: "Y preguntándole yo" (ff. 83 r, 91, 35 r, 68 v); "me respondió la virgen" (f. 38 r); "preguntada por mí" (folio 39 r); "ella me refirió" (f. 40 v); "diciéndole yo" (f. 41 r); "dixe yo a esta virgen" (f. 63 v); "me respondió la virgen" (f. 89 r). Otras veces aparece la pregunta en forma impersonal (ex. gr.: f. 51 v), pero se adivina el interrogador fácilmente.

gética: "He dicho esto para que se entienda que, pues agora es el mismo Dios que era entonces, no se haga increíble a los hombres hacer El agora lo que entonces hizo, pues no hay agora menor necesidad de hacer milagros y maravillas en tiempo en que la fe está tan menoscabada con tantas herejías y las vidas de muchos hombres estragadas con tantos vicios... Y costumbre es de Nuestro Señor acudir a su iglesia en tiempo de la mayor necesidad, pues ella ha de durar hasta el fin... Y por esto no es cosa extraña criar Nuestro Señor personas tales que con sus méritos y oraciones detengan su ira y con el exemplo de sus vidas despierten a los negligentes, y con la virtud de sus milagros sustenten la Fe." [88]

Y, un poco después, insiste en la misma idea: "... para confirmar la fe de las cosas que aquí se escriben y para que nadie las tenga por increíbles, escribí el primer libro de esta *Historia,* en el cual, procediendo por los principales santos del Viejo y Nuevo Testamento hasta llegar a Santa Catalina de Sena, reconté las grandes maravillas que Dios Nuestro Señor obró con ellos. Las cuales, si no estuvieran autorizadas con la Escriptura divina, parecieran increíbles. Para que se entienda que, pues es agora el mismo Dios que era entonces (el cual no se muda con los tiempos), no se tenga por increíble hacer El agora algo de lo que hizo entonces, pues no está abreviada su mano con todo cuanto tiene hecho para no poder hacer mucho más".[89]

Los libros primero y cuarto están encuadrados en esa tendencia apologética. En el primero arranca Fray Luis de un vibrante exordio, que nos recuerda toda la trama teleológica y teológica de la *Introducción del Símbolo de la Fe,* escrita pocos años antes. La distin-

88 *Historia...,* f. 2. A título de curiosidad y a propósito de este argumento — "agora es el mismo Dios" que antes hizo milagros; puede, pues, seguir haciéndolos —, es grato recordar unas cláusulas del beato Avila al enjuiciar la "Vida de santa Teresa escrita por ella misma". El tema y el juicio son compaginables, aunque no igualmente objetivos, he aquí el texto del maestro de fray Luis: "También digo que las cosas deste libro acaecen, aun en nuestros tiempos, a otras personas, y con mucha certidumbre que son de Dios, cuya mano no es[tá] abreviada para hacer agora lo que en tiempos pasados, y en vasos flacos, para que El sea más glorificado". *Obras completas del Beato Mtr. Juan de Avila,* ed. L. Sala, t. I, Madrid, BAC, 1952, p. 808.

89 Ib., f. 5.

ción fundamental de las obras de Dios en "obras de naturaleza" y "obras de gracia" está hecha con un profundo análisis, para aplicarla luego, a través de la innata tendencia del hombre a conocer y amar, a una invitación a remontar la travesía intelectual en busca de Dios — Sumo Bien — por el cauce de esas obras, estereotipadas en las vidas de los santos: "... uno de los principales medios que hay para levantarnos al conocimiento de Nuestro Creador — presupongo que la más excelente ocupación y más alto exercicio en que se puede emplear una criatura racional es levantar los ojos a considerar la más alta cosa que hay en el mundo, que es el Summo Bien, en quien están y de quien proceden todos los bienes —. Y como sea verdad que no puede nuestro entendimiento en esta mortalidad conocer este Summo Bien en sí mismo, sino en sus obras, para esto nos sirven dos géneros de obras suyas, que son las obras de naturaleza, que sirven para la sustentación de nuestros cuerpos, y las de gracia, que se ordenan a la santificación de nuestras ánimas. Donde es de saber que los santos varones hacen escalera de las unas y de las otras obras para levantarse a la contemplación de su Creador".[90]

La preferencia de Fray Luis está por las *obras de gracia,* aunque el lector de la primera parte de la *Introducción del Símbolo* quede cautivado por el canto innumerable, sensitivo, descubridor de la huella de Dios, que Fray Luis entona allí; no ha sido más que un gozoso ardid metodológico.[91] "Las obras de gracia..., cuanto son más excelentes, tanto más nos dan mayor luz para subir al conocimiento del autor de ellas. Porque las obras de naturaleza principalmente nos dan conocimiento de la omnipotencia y sabiduría y providencia que este Señor tiene de sus criaturas; mas las obras de gracia, demás de esto, nos dan conocimiento de la bondad, de la caridad, de la misericordia, de la justicia, y de la suavidad y benignidad de nuestro Dios." [92]

Las obras de gracia las descubrimos principalmen-

90 Ib., f. 9 r.

91 "Hice esto por cebar a los hombres del mundo con el gusto de esta filosofía natural, para levantarlos después a la sobrenatural..." *Epistolario...,* p. 46.

92 *Historia...,* f. 9.

te en los santos, los grandes amigos de Dios, a quienes regala con maravillas.[93] Esa consideración "aviva la fe y el crédito de los favores que Nuestro Señor hace a sus amigos" y causa "una grande admiración" de la Bondad divina al verla inclinada a visitar y poner sus delicias y dar tan soberanas prendas de amistad a los hombres, esos "viles estropajos del mundo" — como a sí mismos se llaman los santos —, y regalarlos con tantos carismas. Pero cuanto mayores son esas obras tanto mayor dificultad encierran para ser captadas por los rudos entendimientos, sobre todo cuando están atrofiados, inmersos en la ceguera de las pasiones: "Mas cuanto ellas son más poderosas para movernos tanto son más dificultosas de creer, mayormente de las personas poco espirituales." [94] El hombre animal no entiende las cosas del espíritu, decía San Pablo.[95] Y Fray Luis opina que "deberían éstos humillarse y no querer ser jueces de las cosas que nunca experimentaron".[96] Las vidas admirables de los santos, por sentirlos más cerca de nosotros, son medio eficacísimo para convencernos de esa grandeza de Dios.

Por eso Fray Luis, en un largo capítulo, va describiendo "el resplandor de las obras de gracia" que halla en las vidas de ellos.[97] Un rápido, estupendo *Flos sanctorum* pone ante nuestro asombro: Moisés, Josué, los profetas, Tobías andando con el ángel "por ventas y mesones",[98] los apóstoles, la conversión de aquel perseguidor que "merecía mil infiernos" [99] y que la gracia transformó en Apóstol de las Gentes; San Clemente, cuyo martirio está rodeado de maravillas; los Padres del Yermo; los Reyes Santos; San Alejo con su austera renuncia, Santa Eufrosina con su audacia sorprendente; "aquellas dos grandes lumbreras del mundo" San Francisco y Santo Domingo, "profesores de pobreza",[100] la fuerza taumatúrgica de San Vicente Ferrer; los ejem-

93 "Las obras de gracia... señaladamente resplandecen en las historias y vidas de los santos..." Ibíd., f. 10 r.
94 Ibídem.
95 Cf. I Cor., 2, 14.
96 *Historia...*, f. 10 r.
97 Cf. ib., ff. 10 v-21 r.
98 Ib., f. 12 v.
99 Ib., ff. 12 v-13 r.
100 Ib., f. 15 v.

plos de las vírgenes: Santa Cecilia, Santa Catalina de Alejandría, Santa Catalina de Sena.

Hay en todo este relato movido, agudo, una perceptible fruición de la pluma de Fray Luis, que no puede menos de regalar también al lector. Cosas admirables que exceden la fría especulación y se engarzan en el misterio y en la omnipotencia amorosa de Dios.

Esta larga introducción apologética la ha creído Fray Luis necesaria para entonar al lector: "... es, por una parte, tanta la incredulidad de los hombres del mundo y, por otra, tantas las maravillas y privilegios... que Nuestro Señor ha concedido a esta virgen, que todo esto ha sido necesario para que los hombres den crédito a lo que dixéremos, considerando que no se ha agotado la misericordia de Nuestro Señor con todas las gracias y favores que hasta aquí ha concedido a todos los santos de que hicimos mención, ni se ha mudado con los tiempos de lo que siempre fué, sino que agora es el mismo, tan rico y tan copioso en misericordia y tan amador de los buenos y tan liberal para hacerles agora los mismos favores como siempre fué".[101]

El argumento apologético, tantas veces repetido — Dios ha obrado maravillas con sus santos; "es agora el mismo Dios que era entonces" —, concluye con la aplicación a las necesidades espirituales del siglo XVI; por consiguiente, a nadie extrañe ni tenga dura cerviz para creer que lo que hizo otrora no pueda hacerlo ahora.

Es un raciocinio robusto, perfecto. Lo que ya no lo es tanto es la aplicación a las maravillas de Sor María. ¡No eran de Dios! Deja un amargo sabor esta conclusión, esta equivocada aplicación de tan bella doctrina, en el paladar espiritual del creyente lector, del lector que no puede resistir a hacerse asombrado amigo de Fray Luis, tan desgraciadamente envuelto en la red astuta de las cosas de Sor María, pero tan hábil, tan firme en sacar, con una maestría aleccionadora, un jugo apologético, doctrinal, teológico a todo aquel tinglado seudomístico. Diríase que se desprende de la red para arquitecturar una doctrina solidísima, que no

101 Ib., f. 21 r.

se roza en nada con la mezquindad humana de aquel caso; pero, al fin, apunta con el dedo a los estigmas de Sor María, falto de vista, creyendo que son verdad. Nada empece a lo que ha razonado sabiamente. Prescindiendo de esa aplicación concreta, el argumento del primer libro de la *Historia* tiene un valor apologético innegable.

El libro cuarto insiste en otro argumento del mismo tipo: el del milagro. El milagro es un argumento de credibilidad. Razón "urgente y perentoria" la llama Fray Luis.[102] Y añade: "si un solo milagro verdadero es bastante argumento para creer los misterios de la fe, ¿cuánto más deben bastar tantas maneras de milagros para tener por verdad lo que en esta *Historia* se escribe, por nueva y extraordinaria cosa que pareciere?" [103] "Los milagros son obras y testimonios de solo Dios"; por ello "ninguna cosa hay tan increíble al juicio humano que no se pruebe bastantemente por un solo milagro".[104]

La validez de la argumentación es aún más fuerte que en el primer libro. Pero falla también aquí la aplicación al caso concreto. Porque aquellos milagros o no eran milagros o no entrañaban una relación directa con la monja, ya que Dios no puede hacer un milagro para confirmar una mentira. Fué errónea la atribución. Pero de ello no tuvo la culpa Fray Luis, sino los que "con toda solemnidad" los procesaron y autenticaron.[105]

Este enfoque apologético está íntimamente ligado a otra vertiente de la que Fray Luis no prescinde en toda la Historia: el valor ascético-místico. Su apologética está transida de ese orden y jerarquía de premisa a conclusión; la apologética significa la premisa; la ascética, el término lógico, la conclusión. En la *Introducción del Símbolo*, en la *Historia* de la Monja, y en las vidas de personas insignes que escribió, defiende una tesis que le es muy cara: la ascética del ejemplo. Distinguiremos, por consiguiente, dos dimensiones en su apologética: la meramente apologética, y la espiri-

102 Ib., f. 5 v.
103 Ib., f. 6 r.
104 Ib., f. 109 r.
105 Cf. ib., ff. 5 v, 24 v-25 r, 27 r-28 v, 109 y ss.; *Epistolario*, páginas 59, 62, 92-93, etc.

tual.[106] En ésta entronca su apologética con su hagiografía. Y ésta confirma la doctrina de todas sus obras espirituales. Así va complementando su amplia labor de escritor cristiano. La doctrina se hace vida en los santos. Pero Fray Luis, para dar más eficacia a esos ejemplos de vida sobrenatural, los elige entre sus contemporáneos. Logra con este método superar la dificultad que podían alegarle algunos débiles: la santidad es cosa inaccesible al común de los mortales, es un trabajo exclusivo de Dios.

Así se deshumaniza la santidad o se la mira en función de lejanía. De la misma arcilla y barro que nosotros, responde categóricamente, son los santos; ellos han tenido las mismas miserias que nosotros, pero las han superado colaborando eficazmente a la gracia divina; Dios es ahora el mismo que siempre, y el Cristo de la Cruz sigue derramando su redención; su cuerpo místico no envejece. La santidad es, pues, una meta posible para todos; y ahí están esos ejemplos para demostrarlo.[107]

Esta modernidad de los santos la aduce también Fray Luis en su *Historia:* "Costumbre fué de muchos insignes autores escribir las vidas de algunas personas notables que florecieron en sus tiempos, como lo hizo San Hierónimo, y San Gregorio en sus *Diálogos,* y Teodoreto en la *Historia religiosa,* y Paladio en la suya, y otros que sería largo de contar. Y si éstos no usaran de esta diligencia, careciera hoy la Iglesia de la edificación y fruto que de estas historias se recibe. Movíme por este ejemplo (aunque mi autoridad sea tan desigual) a escribir las vidas de algunas personas de gran virtud que en mi tiempo conocí y traté familiarmente,[108] pa-

106 Cf. A. HUERGA, *Ascetical methods of Louis of Granada,* en *Cross and Crown* 3 (1951), p. 884.

107 "Pues todos estos frutos... se siguen de la consideración... de los santos, y tanto más cuanto ellos fueron más vecinos a nuestros tiempos, porque mucho más nos suelen mover las cosas presentes que las cosas pasadas." *Historia...,* f. 10 r. Cf. sobre este aspecto de "modernidad" de la hagiografía granadina como método espiritual A. HUERGA, *La hagiografía o la lección del ejemplo,* en *Vida Sobrenatural* 45 (1952), pp. 181-188.

108 La variedad de estas biografías o semblanzas espirituales abarca la casi totalidad de las diversas clases sociales. Entre las publicadas (cf. *Obras de Fray Luis de Granada,* ed. J. Cuervo, volumen XIV, Madrid, 1908) se encuentran las del beato Avila — apóstol a lo san Pablo y gran director de almas; la del venerable Fray Bartolomé de los Mártires, O. P. — arzobispo de Braga, modelo de

reciéndome que no lo haciendo cometía hurto contra la sangre de Cristo."[109]

Por esa fidelidad a su vocación, tan entrañablemente servida, renuncia a ser un mero relator de hechos humanos, efímeros por esencia, y olvida los cánones de la pura historia. No le interesan más que los hechos ejemplares, estimulantes; el cañamazo histórico lo utiliza para tejer una amplia lección práctica de espiritualidad.

La *Historia de Sor María* está escrita en ese sentido. Cualquier "rapto" o gracia especial le sirve para "filosofar a lo divino" con el lector, discípulo siempre. Esta pretensión de magisterio espiritual la publica Fray Luis en el prólogo: "Mas aquí quiero advertir al cristiano lector que no entiendo escribir esta *Historia* secamente y desnuda, sino apuntando, aunque brevemente, los avisos y doctrinas que se sacan de las cosas que se van relatando. Porque no es de todos saber filosofar en las cosas que se escriben en las vidas de los santos. Por lo cual conviene que el historiador se haya en esto como la madre que da el manjar masticado al niño cuando él no tiene aún dientes para ello. Porque por esta causa son alabados en el *Libro de los Cantares* los dientes de la Esposa, que es la Iglesia."[110]

Una lección ascética, dura y abnegada, desbaratadora de alumbrados; una lección ascética optimista, posible, porque Fray Luis maneja penetrantemente el acicate del estímulo y de la esperanza; una lección ascética que se remonta en muchas ocasiones a las alturas místicas, en un salto imperceptible, continuado, sin salirse de la misma vía o camino. Ese es otro de los

solicitud pastoral; la del Cardenal Enrique — Rey de Portugal; la de Sor Ana de la Concepción — monja franciscana; la de doña Elvira de Mendoza — noble dama española, casada con don Fernando de Mascarenhas, embajador de Portugal en Trento; y la de Melicia Hernández — que fué humilde sirvienta. Inédita quedó la de Sor María. Y parece que también pensó escribir la de Ana Rodríguez: "También entiendo escribir con el favor de Nuestro Señor las cosas de Ana Rodríguez", decía al Patriarca Ribera a principios de 1585 (*Epistolario...*, pp. 54-55). Pero no debió llegar a realizarlo, pues ninguna huella queda. Curioso contraste: Sor María y Ana Rodríguez son embaucadoras, mientras que las demás personas biografiadas por fray Luis son ejemplo de santidad admirable, y algunas están ya en los altares.

109 *Historia...*, f. 1 v.

110 Ib., f. 6 r.

valores más auténticos de la *Historia de Sor María*. En ella Fray Luis no sólo se muestra en una línea homogénea con relación al resto de sus obras espirituales, sino que en algunos pasajes rompe los moldes de la ascética, que tan estrictamente guarda en sus obras maestras, desbordándose en expresiones de jugoso sabor místico.

El libro primero, en el que Fray Luis, con magníficos discursos apologéticos y con la relación enviada por el Cardenal Alberto a Gregorio XIII y los milagros que de ella se deducen, intenta hacer creer, aun a los incrédulos, las cosas extraordinarias que narra, termina con un capítulo "Del fruto principal que de esta scriptura se debe sacar".[111] Un punto de llegada es la fe; pero, porque la fe no debe reducirse a un puro conocimiento, sino que hay que proyectarla dinámica y actuosamente a la vida, en ese punto de llegada arranca otro: "Dicho ya de lo que sirve para la fe de las cosas que en esta *Historia* se refieren, porque no basta creerlas y tenerlas por verdaderas sino sacamos de ellas algún fruto y edificación para nuestras ánimas, será razón declarar agora el fruto principal que debemos sacar".[112]

Para conocer y amar a Dios — suma de la vida cristiana — son ayuda poderosa la consideración de los beneficios divinos — el de la Redención, sobre todo — y la consideración de las vidas de los santos, los amigos de Dios. A ellos, tan cerca de nosotros por su humanidad — "carne tan mal inclinada y concebida y amasada en pecado" —,[113] los levanta por la gracia, los pulimenta por el trabajo de las virtudes, los regala con deleites que sobrepujan "todo lo que el común entendimiento... puede alcanzar, si de ello no tuviese experiencia".[114] El *Cantar de los Cantares* es la más bella alegoría de esta comunicación de Dios con las almas "ya purgadas",[115] con "las ánimas que están ya muertas al mundo y vivas a solo El".[116]

111 Cf. ib., ff. 29 r-34 r.
112 Ib., f. 29 r.
113 Ib., f. 30 r.
114 Ib., f. 29 v.
115 "De estos favores y regalos con que Nuestro Señor trata las ánimas nos dan testimonio otros muchos lugares de las Santas Scripturas. Porque, ¿qué otra cosa nos representa todo el Libro

Otra "eficacísima y dulcísima consideración" [117] la hallamos en esta verdad: Si Cristo murió para santificar y hermosear las almas, "¿qué tan grande será la hermosura de un ánima de esta manera hermoseada, pues un tan sabio mercader como el Hijo de Dios — que es Sabiduría eterna del Padre — tal precio, como fué su sangre, dió por ella?" [118] Con gala de citas escriturísticas y patrísticas apura el raciocinio piadoso llevándonos a las últimas consecuencias de esta doctrina: Si eso hizo cuando no estábamos aún redimidos, ¿qué no hará después de habernos conquistado a tanto precio? [119]

La interferencia de la apologética con la mística es constante. Fray Luis no sólo intenta derribar la incredulidad, sino también crear un anhelo y una esperanza de estas visitas amorosas de Dios a las almas. "Confieso que me espanta esta incredulidad entre cristianos. Porque si tú — apostrofa al cristiano lector — tienes fe que la bondad y caridad del Hijo de Dios llegó a tal punto que se dexó atar y abofetear y escupir y azotar y escarnecer y coronar de espinas y morir en cruz entre ladrones por amor de los hombres, ¿cómo poner [en] dubda que hará estos favores y otros mayores" [120] a aquellos por quienes murió? Por lo tanto, esta *Historia* se debe leer "devotamente" y no por "vana curiosidad".[121]

Finalmente, advierte que Dios sigue una doble vía al hacer mercedes: la de justicia, dando a cada uno lo que merece; y la de misericordia, que brota de su bondad y magnificencia.[122] Y concluye: "Desnúdese,

de los Cantares sino esta amorosa familiaridad del Esposo celestial con las ánimas ya purgadas...?" Ibíd.

116 Ib., f. 29 v. El hombre "se levanta por gracia y por el trabajo de las virtudes". Ibíd., f. 30 r.

117 Ib., f. 30 v.

118 "Y aún digo más: que como al Patriarca Jacob parecían pocos los siete años de servicio por la afición que tenía a la hermosura de Raquel, así parecía poco a este Santo enamorado lo que padecía por hermosear y santificar las ánimas..." Ibíd.

119 "... si se suele amar mucho lo que mucho cuesta, ¿cuál será el amor que... tendrá a las ánimas, pues por tan caro precio las compró?... ¿Qué mucho es que después de ya hermoseadas y santificadas... les haga todos estos favores..., si tanto hizo y padeció, cuando no eran santas, por santificarlas?". Ibíd., f. 31 r.

120 Ib., f. 32 r.

121 Ib., f. 32 v

122 "Ni debe ser motivo de incredulidad ser las cosas desta Virgen muy extraordinarias y grandes. Para lo cual es de saber que

pues, el hombre de sí mismo y no quiera juzgar las cosas de Dios por sí mismo ni medir la bondad y magnificencia divinas con la estrechura de su corazón, sino con la grandeza de Dios, el cual, como en sí mismo es inconprehensible, así lo es en sus obras. Plinio dice que en las obras de naturaleza se hallan a cada paso pocas cosas al juicio increíbles. Pues ¿qué mucho es hallarse lo mismo en las obras de gracia, que son tanto más excelentes cuanto se ordenan a más alto fin, que es hacernos hijos de Dios y darnos ser sobrenatural y divino?" [123]

El libro segundo, prescindiendo de las referencias directas a Sor María, es un análisis bellísimo de la flaqueza humana y de cómo puede trascenderse esta radical manquedad mediante las virtudes morales infusas. La naturaleza busca "a velas tendidas" [124] el descanso. Pero "todos los que anhelan a la perfección de la vida espiritual" [125] no pueden seguir ese camino de sirenas; caerían en las fauces de las pasiones. El camino es la negación y la nada actuosas; el ejercicio de la doma penitente del corazón, "la fiera más cruel y más ponzoñosa y más furiosa de cuantas hay en el mundo".[126] Oración y vigilia.[127] Vergüenza de sí mismo, conocimiento de la nada personal. Ahí empiezan las "purificaciones" del alma.[128] Purificaciones totales, ya que para los santos ninguna falta es pequeña.[129]

tiene Nuestro Señor dos maneras de hacer mercedes a sus criaturas: una es por vía de justicia, dando a cada uno lo que merece...; otra es por vía de misericordia, haciendo mercedes conforme a su bondad y magnificencia, como se ve en la vocación de los apóstoles, los cuales, estando ocupados en sus redes o en sus cambios, etc., los llamó a la dignidad del apostolado..." Ibíd., f. 33 r.

123 Ib., f. 34 r.

124 Ib., f. 36 v.

125 Ib., f. 39 r.

126 Ib., f. 39 v.

127 "Aquí deprenderán los que de verdad se determinan caminar por la senda estrecha que va a parar a la vida, que la primera jornada ha de ser juntar con el estudio de la oración la mortificación de las pasiones... Porque la oración sin la mortificación vale poco." Ibíd,, f. 40 r.

128 "... me vino a la memoria lo que el Señor promete por Isaías diciendo que El lavará las inmundicias de las hijas de Sión con espíritu de juicio y espíritu de ardor. Esta es la orden que Nuestro Señor guarda con las ánimas que El quiere purificar: primero son atormentadas y desconsoladas con el dolor de sus pecados, causado por temor del juicio divino — que es obra de la Ley —, y después son esforzadas y consoladas con el ardor de la caridad y esperanza del perdón — que es obra del Evangelio". Ibíd., f. 40 v.

129 Cf. ib., ff. 42 v-43 r, donde fray Luis explica esta apreciación

Esos ejercicios espirituales logran un fruto inmediato: las virtudes. Humildad, que "es moneda de precio que corre entre Dios y los hombres, y vale mucho más que revelaciones y milagros, que se compadecen algunas veces con pecados".[130] La humildad es piedra de toque para probar las virtudes: "virtudes sin humildad no son virtudes sino materia de vanidad".[131] Y aprovecha la ocasión para deshacer el engaño de los que opinan — está inventando alumbrados para flagelarlos — que sólo es agradable a Dios lo que se hace alrededor de los altares y olvidan otros deberes y menesteres, que también son buenos y meritorios: "Y en este lugar, aunque no sea propio de la historia divertirse mucho a moralidades, no dexaré de apuntar aquí un engaño general que se halla muchas veces en las personas que se han ofrecido al servicio de Nuestro Señor, muchas de las cuales emplearon toda su diligencia y caudal en estos ejercicios..., olvidándose de la mortificación de sus pasiones y del estudio de las virtudes... De aquí nace que si la obediencia los ocupa en algún oficio trabaxoso, o la caridad los llama para acudir a las necesidades del próximo, están para esto muy pesados diciendo que con estos exercicios exteriores se interrumpe y corta el hilo de su devoción." [132]

Con la mortificación voluntaria va también la involuntaria, sobre todo en las injurias.[133] Y la mansedumbre, "hermana de la humildad"; [134] y la sencillez, "compañera de la humildad"; [135] y la obediencia, "hija de la humildad ".[136]

Gran apología hace Fray Luis de la obediencia "en la cual consiste todo el buen gobierno de la religión",[137]

teológica que los santos hacen de las faltas veniales y de las imperfecciones.

130 Ib., f. 49.

131 Ib., f. 50 v. "La humildad, raíz y piedra fundamental de todas las otras virtudes, las cuales quien quiere alcanzar sin humildad es como el que lleva el polvo contra la fuerza del viento, que todo le cae en los ojos." Ibíd.

132 Ib., f. 49 v.

133 Cf. ib., ff. 50 v-51 r. "Mas porque la prueba de la fina y verdadera humildad se conoce más en sufrir las injurias que en menospreciar las honras..." Ibíd., f. 25 r.

134 Ib., f. 53 r.

135 Ib., f. 55 r.

136 Ib., f. 57 r.

137 Ib., f. 57 v. "Porque lo que es en la guerra la obediencia de los soldados al capitán, eso es en las religiones la de los súbditos

como en la guerra el acatar las órdenes del capitán. Y así todas las demás virtudes morales, "joyas y atavíos que agradan a los ojos del esposo": [138] la pureza,[139] la fortaleza,[140] etc.

Y sobre todas, la caridad, "reina de las virtudes", en su unidad de binomio: amor a Dios y amor al prójimo, persona amada de Dios. "Quien ama a Beltrán, también ama a su can",[141] nos dice Fray Luis, recordando la sana y sustantiva filosofía del refranero popular.

Con la caridad, la purificación del alma se afina como en un crisol de fuego. Es el amor la más "aguda espuela" [142] para correr por la vía espiritual. El alma se despoja de sí misma, para hacerse toda de Dios. La caridad se hace *caritas vulnerata,* herida de amor.[143] Siempre está amando "de esta manera de amor que hace llaga en el corazón".[144]

En resumen: tres estadios tiene el camino de la perfección. El primero — vía purgativa o de incipientes — está lleno de consuelos divinos con los que Dios prende los corazones; el segundo — vía iluminativa o de aprovechados — tropieza, a mitad de la escalada, con grandes batallas y tormentas; el tercero — vía unitiva o de perfectos — logra ya la "hermosa vitoria".[145]

Como puede verse por este apresurado guión, el libro segundo es un venero abundoso de doctrina ascético-mística. Fray Luis aparece en esas páginas serenas, jugosas, palpitantes, en plenitud de su magisterio espiritual.

al prelado; sin esta obediencia el exército es luego perdido y, sin ella, también la religión." Ibíd.

138 Ib., f. 59 r.

139 Cf. ib., ff. 59 r-61 v.

140 Cf. ib., ff. 72 r-81 r.

141 Ib., f. 61 r. Sobre la caridad trata fray Luis abundantemente en los ff. 61 r-69 r.

142 Ib., f. 44 r.

143 La feliz expresión de "caritas vulnerata" tiene una ancha tradición mística; los místicos medievales, especialmente Ricardo de san Víctor, que la aplicó a uno de los grados de la caridad, la hacen arrancar de textos del *Cantar de los Cantares.* Fray Luis la usa recordando la hermenéutica victoriana y comparando la "herida de amor" espiritual con la herida del amor mundano y ponzoñoso: "Porque como el que está malamente herido, no puede dexar de estar sintiendo el dolor de la herida, aunque se divierta a otras cosas, así el ánima herida con la dulce saeta del divino amor..."

114 Ibíd.

145 Cf. ib., f. 45 r.

En el libro tercero hallamos también pasajes incitantes al conocimiento amoroso de Dios. Por ejemplo, el capítulo segundo que lleva por epígrafe: "De lo que debemos filosofar sobre la impresión de estas llagas." [146] El capítulo inicial del libro cuarto — los milagros — está montado bajo el mismo signo espiritual.[147]

Un postrer valor habíamos asignado a la *Historia:* el autobiográfico. Un libro escrito con tanta transparencia y riqueza nos ofrecerá un falso y aparente retrato de Sor María; pero, de contrapartida, nos sitúa ante la imagen viva del autor. Hay abundantes hechos referidos que precisan datos históricos de Fray Luis; [148] pero éstos interesan sólo secundariamente. Los que tienen

146 Cf. ff. 85 r-89 v.

147 Ib., f. 109 r: "Capítulo primero, que es como preámbulo y aviso para saber leer con más fruto los milagros que Nuestro Señor hace para gloria suya y de sus siervos."

148 Dejando al margen esos rasgos históricos y sicológicos que nos descubre la *Historia*, iluminando la biografía de fr. Luis, vamos a fijarnos en dos puntos que creemos oportuno aclarar:

1.º *Epoca de la Historia.* Recibe el encargo y el mandato de escribirla en 1584, y a primeros de enero de 1585, reunidos ya los materiales, empieza a redactarla (cf. *Epistolario*, p. 54); en 1585 redacta la mayor parte, pues en el f. 110 v dice: "hasta este presente (año) de 1585"; la terminación parece ser de 1586 (f. 117 r: "este mismo año de 1586..."); también pertenecen a esa época muchas de las adiciones (cf. *Epistolario*, p. 81), que continuó haciendo en el 1587 (cf. f. 108 v). El prólogo es probablemente lo último que escribió, a juzgar por lo que en el mismo afirma de la edad de Sor María: "Y siendo ella agora, al tiempo que esto se escribe, de 37 (años)" (f. 5 r). Ya hemos visto que nació en 1551. 1551 + 37 = 1588.

2.º *Fray Luis no era el confesor de la Priora.* Casi todos los historiadores han persistido en afirmar que fray Luis fué el confesor de Sor María. Así, el P. Mortier repite hasta un fatigoso aburrimiento las frases "son confesseur". "Lui, son confesseur" (op. cit., pp. 636, 637, 638, 648, 651...). Si la insistencia no fuese tan machacona me abstendría de aclarar este punto histórico.

Los confesores de Sor María, en la época de sus embaucamientos, son fr. Pedro Romero y fray Gaspar d'Aveiro; éste, era confesor ordinario de la Anunciada y, por lo tanto, confesor también de la Priora; aquél, aparece como confesor especial de Sor María. Bastarían las alusiones a "su confesor" (confróntese *Historia*, folios 37 r. 48 v., 28 r, 67 v, 84 r, etc.), que revelan, dado el estilo de la *Historia*, en la que fr. Luis personaliza ordinariamente y no oculta sus intervenciones, que no era él quien dirigía la conciencia de la Monja. Pero abundan los testimonios explícitos y terminantes. Ejemplos: *a*) "Y contóme un padre, confesor suyo" (f. 91); *b*) "...daba ella cuenta a su padre confesor y él, con licencia de ella, me la daba a mí" (f. 104 v); *c*) "El padre fray Pedro Romero, que era su confesor, a quien ella, como a su legítimo juez, daba cuenta..., me la daba también a mí" (f. 2 v); *d*) "el confesor de ella, el padre maestro fray Pedro Romero" (f. 91 r). Cf. *Epistolario*, pp. 64, 58; *e*) "el examen que hicimos el confesor desta virgen y yo". (Ib., p. 73). Las acusaciones de las monjas contra Sor María iban a veces acompañadas de acusaciones contra Aveiro (*Proceso*, folios adjuntos).

categoría de primer orden son los rasgos psicológicos que se espejean en su prosa. Está detrás de cada página con sus cualidades espirituales: delicadeza, sensibilidad, sinceridad. Sobre todo, una sinceridad sin un ápice de doblez. Alguien ha dicho que este episodio de su vida hace que le queramos más, ganados por su candor.[149] Leyendo la *Historia de Sor María* el cariño a Fray Luis se torna más convencido, más entrañable.

Si en su humano existir atravesó etapas de evolución psicológica,[150] en la plenitud de sus días alcanzó una cumbre de trasparencia espiritual total, de equilibrio, de sosiego místico. No buscaba ya más que la gloria de Dios. En otro tiempo su estudio era más utilitarista ascéticamente: "Tiempo hubo en el cual, leyendo yo las historias de los santos, no me ocupaba tanto en leer sus milagros como en buscar los exemplos de sus virtudes... y doctrinas; mas agora estoy de otro parecer, porque, aunque estos exemplos y palabras sirvan para instituir y ordenar nuestra vida, mas los milagros sirven para gloria de Nuestro Señor." [151] Esa catarsis o purificación de inquietudes humanas, rendidas ya al entrar en el meridiano de la perfección espiritual, le da una sofrosine y una candorosidad gozosamente exquisitas. Todo lo que sabe a Dios le embelesa. Siendo doctor de la difícil asignatura de la vida espiritual, hay veces que es tanto el asombro y el reconocimiento de su pequeñez humana — él que, a nuestros ojos, era tan grande — ante las maravillas de la gracia, que exclama: "¡Yo no sé filosofar, sino espantarme!" [152] "Yo dexo la averiguación desto para los más sabios o más curiosos." [153]

Fuera del error común, en la *Historia* brilla una doctrina robusta, caldeada, sustantivamente ortodoxa. El se equivocó como tantos otros. Pero en lo que añade de comentario doctrinal a los datos supuestos que le facilitan las fuentes arriba mencionadas sigue sien-

149 Cf. Azorín, *Los dos Luises y otros ensayos*, p. 60 (ed. Colección "Austral", n.º 420. Buenos Aires, 1946).
150 Cf. A. Huerga, *Fray Luis de Granada en Escalacell. Nuevos datos para el conocimiento histórico y espiritual de su vida:* y II, *La conversión*, en *Hispania* 10 (1950) 297-335.
151 *Historia...*, f. 110 v.
152 Ib., f. 90 v.
153 Ib., f. 100 v.

do un consumado maestro de la vida espiritual. Quizá sea ésta la mejor vindicación de Fray Luis. Ante las muchas que se han hecho,[154] yo opto por leer esta *Historia* entre líneas, separando el grano de la hojarasca. Fray Luis cayó en el engaño: es indiscutible. Los milagros y la autoridad de las personas que los autenticaron no le permitían una postura de recelo.

Se puede ser receloso por tres causas, como recuerda Santo Tomás: por la malicia personal, extendida a todos los que nos rodean; por odio a otra persona, lo que hace ver turbiamente sus cosas; y por la experiencia de la vida — Aristóteles decía que los viejos son de ordinario muy suspicaces.[155] Por ninguna de esas causas le cuadraba a Fray Luis el recelo. En otras ocasiones dió pruebas fehacientes de esa luminosa bondad suya, con la que medía las acciones y las intenciones del prójimo.[156]

Por lo demás, su doctrina quedó inmune de las consecuencias de la superchería;[157] allí no se ventiló

154 A las clásicas del Licdo. Muñoz (op. cit., 112 r-136 v) y Salucio puede añadirse la reciente de R. Robres y J. R. Ortolá, en *Introducción* al *Epistolario*, pp. 31-38, VI: *vindicación de fray Luis.*

155 Cf. II-IIae, q. 60 a. 3 in corp.; cf. Aristóteles *II Reth.* XIII³ (1389 b21).

156 Por ejemplo, en el caso del Breve subrepticio amañado por los enemigos de la dominación de Felipe II sobre Portugal, se usó la intriga y se abusó de la bondad de Fray Luis. Entonces no quiso Fray Luis aceptar el cargo de Provincial y, sin embargo, se doblegó ante la autoridad de aquel falso Breve. Al descubrirse la intriga, Fray Luis escribe a Zayas: "Bien sabe v. m. cuán fácil cosa es ser engañado de otros quien no sabe engañar. Yo certifico a v. m. que, aunque el Breve estuviera mil años en mis manos, nunca me pasara por pensamiento ser posible que religioso falsease letras apostólicas... y que con esto dijese misa cada día" (*Obras*, XIV, 474).

Felipe II se convenció de su inocencia y de lo fácil que era engañar "a hombres tan buenos y sencillos". (Carta al Duque de Alba, *colec. Doc. inédit.*, t. 33, p. 558.)

157 Fray Luis temió que si resultaba fingida la santidad de la Madre Priora — aunque no creyó que esto fuese posible basta que la triste realidad lo demostró —, toda su doctrina espiritual se iba a venir abajo. "Porque si ello pareciera tal cual se pinta, yo y cuanto tengo escrito, cincuenta años ba, quedo desacreditado..." (*Epistolario...*, p. 61). Pero no sucedió — no podía suceder — que se cumpliese este augurio, ya que si se engañó — o lo engañaron — estuvo inmune de complicidad; su pretensión era demostrar que la doctrina espiritual ha de ser vida, no teoría. Creyó que Sor María era un ejemplo de esa vitalización. Equivocada aplicación, pues Sor María fué una falsaria. Pero el valor de la doctrina era sustantivo, independiente de que en un determinado caso se llevase o no a una práctica auténtica. La misma *Historia* es una prueba fehaciente de la solidez de ese cuerpo doctrinal, aunque falle lamentablemente la aplicación al caso concreto. Eran fingidos los carismas de la Monja, pero la doctrina de Fray Luis sigue siendo bella e incontaminada. Miles de ediciones y traducciones a más de 25 idiomas son contundentes argumentos de ello.

nunca una cuestión doctrinal; la monja tenía siempre palabras y expresiones totalmente ortodoxas. Por eso dijo a este propósito Salucio con mucha razón: "La discreción de espíritus tienen aquéllos a quien Dios la da, y este don es señaladamente para conocer y distinguir la buena de la mala doctrina... Si aquí hubiera algo de doctrina y el Padre Maestro Fray Luis de Granada diera crédito en lo que no debía, perdiera de su santidad conmigo; dándole en esto, antes le gana." [158] Ni un leve contagio de herejes hay en el caso de Sor María.

8. El "Sermón de las caídas públicas"

Cuando, por fin, la Inquisición descubre aquel famoso tinglado, Fray Luis sintió indudablemente una pena enorme; [159] si la superchería no afectó a su doctrina, sí afectó a la salud, harto quebrantada, de aquel octogenario, casi ciego de muchos años antes [160] y candoroso como un niño. Pero la pena no fué por lo que a él le

158 *Discurso...*, f. 130.

159 Fray Juan de las Cuevas escribía el 7 de enero de 1589 — pocos días después de la muerte de Fray Luis — al Prior de San Esteban de Salamanca, fray Alonso de Rojas, una carta que es la oración fúnebre y el más impresionante relato de los últimos días de fray Luis: "... este adviento pasado... tenía más oración y ayunaba todos los días... y con ser de ochenta y cuatro años tomaba disciplina y esto, juntamente con la pena que recibió de las cosas de Sor María de la Visitación...". (Madrid, Bibliot. Acad. de la Historia, Ms. n.º 25, f. 365.)

160 Entre los muchos achaques que minaron la venerable ancianidad de fray Luis no fué el menor su casi total ceguera. Los biógrafos describen de un modo impresionante sus sufrimientos físicos, su hernia estrangulada, y cómo se le vació un ojo. Pero es él mismo quien nos habla de su ceguera: " de un ojo no veo nada y del otro cuasi nada, por lo cual una vez caí en el mar y otra en la tierra, y ambas con manifiesto peligro de muerte". (Carta a Felipe II, 31 enero 1581. *Obras*, XIV, 468); "... me tomó la de V. P., con una recia enfermedad, sobre la que vino otra de los ojos, por donde no hay ver ni hacer letra". (Carta al P. Bascapé, 3 enero, 1587. *Obras*, XIV, página XX; cf. ib., pp. 449, 466, 492, 473, 477, 480, 493, 507, 512, X, XII, XVIII, etc.) Salucio dice: "Del P. Maestro Fray Luis de Granada, aunque a la dicha Monja habló muchas veces, jamás la vió, porque tenía tan corta vista que era casi ciego, y sin antojos no vía sino lo que junto a los ojos tenía y con ellos vía algo desde apartado, pero muy poco más o menos; y está claro que no se puso antojos para hablar a esta monja o para miralla. Porque yo sé a quien dixo él que en su vida había visto mujer, porque no la podía ver sin ponerse antojos, y era mucha curiosidad ponérselos para esto. Yo le vi hablar con la Reina de Portugal, que Dios tenga en el Cielo, pero sin antojos, que en esto siempre fué cuidadoso y bien mirado." *Discurso...*, f. 130 r.

tocaba; fué por el escándalo, por el descrédito de la virtud que los flacos en la fe podían erróneamente inducir, escudándose en el detestable embuste de la Monja. Para ellos, sin intentar justificar la propia persona ni en un ápice, pronunció, postrado en el lecho del dolor, su magistral *Sermón en que se da aviso que en las Caídas Públicas de algunas personas*, etc.,[161] que, recogido por la pluma de su amanuense y corregido, pasó inmediatamente a la censura,[162] y en pocos días estuvo listo y se puso a la venta "en casa de Juan de España, librero".[163]

El *Sermón de las Caídas públicas* es un alegato valiente contra todas las vacilaciones de aquella hora confusa, en la que Fray Luis no sólo no da muestras de fatiga intelectual, antes al contrario aparece sereno y combativo, teólogo y predicador, fustigante y orientador. "Costumbre ha sido siempre en la Iglesia de todos los ministros de la palabra de Dios acudir con su doctrina a las necesidades espirituales de ella, y de aquí procedieron tantos libros que en diversos tiempos se han escrito contra diversas herejías y otros que trataron de la divina Providencia contra los que, viendo las calamidades y desórdenes de la vida humana, la negaron. Y no sólo con sus escrituras, sino mucho más con la doctrina de sus sermones, procuraron ocurrir a estas necesidades, alumbrando y desengañando a la gente de poco saber. Pues considerando ya agora algunas necesidades que se han ofrecido en nuestros tiempos, y a que los predicadores... deben acudir, ya que yo por causa de la edad no puedo ejercitar este oficio, quise, con el favor divino, ayudar algo con la escritura, suplicando a Nuestro Señor muy de corazón quiera El dar virtud a estas palabras para que prendan en los corazones de los que las leyeren y les den luz y conocimiento de lo que en semejantes ocasiones deben ha-

161 Puede verse en *Obras*, ed. cit., pp. 515-573.

162 El censor, fray Bartolomé Ferreira, da un juicio favorable y elogioso del *Sermón:* "tenho a doctrina delle por catholica, como he toda sua doctrina (de Fray Luis), e muito necessaria e proveitosa nestes tempos e digna que se imprima". El arzobispo de Lisboa concede la licencia de la impresión el 17 diciembre 1588. Cf. ib., p. 516.

163 La impresión corrió a cargo del impresor lisboeta Antonio Ribeiro, "con licencia del Sancto Oficio y del Ordinario"; y el vendedor fué Juan Despaña. Cf. A. J. Anselmo, *Bibliografia das obras impressas em Portugal no século XVI* (Lisboa, 1926), p. 286, n.º 983.

cer. Y si esta escritura no bastare para enfrenar a los que en estos casos hablan con poca caridad y mucha soltura, a lo menos aprovechará a los flacos y pusilánimes para que, ayudándoles Nuestro Señor, no desmayen ni desistan de sus buenas obras y santos propósitos." [164]

Dos males señala Fray Luis como consecuencia de esas caídas públicas de personas de buena reputación: descrédito de la virtud y desmayo cobarde los flacos. Los pareceres de los hombres andan divididos en tamañas circunstancias; los afectos y sentimientos, en caótico desorden: "porque unos lloran, otros ríen y otros desmayan; lloran los buenos, ríen los malos y los flacos desmayan y aflojan en la virtud, y el común de las gentes se escandaliza".[165] A subvencionar y atajar estos males acude Fray Luis con su palabra caliente, maestra. Lección de fortaleza y caridad: eso es el *Sermón.* Lección de desconfianza en la humana flaqueza y confianza en Dios. Lección de teología providencialista, ascética. Ni una pausa para el desaliento. "¡Cuán diferentes eran los ánimos de los cristianos en la primitiva Iglesia — dice a los que se dejan arrastrar por la cobardía frente a tan vituperables defecciones —, pues viendo cada día las cárceles llenas de mártires y las calles y plazas regadas con su sangre; viéndolos despedazar y arrastrar y desmembrar y asar en parrillas y cocer en calderas de pez hirviendo, todo esto no bastaba para apartarlos de la fe y amor de Cristo; y para vos basta una sombra de peligro tan pequeño!... parece que está en vos la virtud pegada con alfileres." [166]

A los que recrecen su pusilanimidad al ver que la Inquisición castiga a los malos, los estimula a la confianza, haciendo un panegírico vibrante de tan temido Tribunal: "¿Qué otra cosa es el Santo Oficio sino muro de la Iglesia, columna de la verdad, guarda de la fe, tesoro de la religión cristiana, arma contra los herejes, lumbre contra los engaños del enemigo, y toque donde se prueba la fineza de la doctrina, si es falsa o verdadera?" [167]

164 *Obras*, XIV, 517.
165 Ib., 518.
166 Ib., 542.
167 Ib., 539.

Nada más que elogios tuvo siempre Fray Luis para la Inquisición, a pesar de que en tiempos de Valdés le hizo pasar amargos días; pero él no era un resentido; era un católico ferviente. Quizá nunca se haya hecho más subido encomio del Santo Oficio.

Fray Luis atiende a resolver todos los problemas, todas las dudas que surgieron en aquel tremendo tropiezo que Sor María puso en el camino de los cristianos. La Sagrada Escritura, los dichos de los Santos Padres, los ejemplos de casos peregrinos van desfilando por la prosa rítmica y solemne del *Sermón*. Hay en él principios sólidos de teología, interpretaciones acertadas de textos antiguos, orientaciones exactas, avisos importantes para no descarriarse. Y, sobre todo, una preciosa síntesis de toda su doctrina, de la doctrina esparcida en tantos libros y en tantas almas.

El *Sermón de las caídas públicas*, joya de la oratoria sagrada española, pieza de orfebrería de la literatura patria y conmovedor testamento espiritual de Fray Luis de Granada, hace que nos olvidemos un poco, optimistamente reconfortados, del desagradable episodio histórico de Sor María, después de haber asistido a toda la comedia de sus fingimientos que, al contacto con la luz de la verdad, servida por la Inquisición, ardió en llamas y quedó reducida a pavesas.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

1. *Processo de Madre Maria da Visitação, Prioresa que foi no convento da Annunciada de Lisboa* (a. 1588). Arquivo da Tôrre do Tombo (Lisboa), Inquisic.: Proceso 11.824 (11.894), Pasta n. 20. Processos separados = *Proceso.*
2. [L. DE GRANADA:] *Historia de la admirable vida de Sor María de la Visitación, religiosa dominica.* 121 ff. Bibl. del Escorial, Ms. J-ij-14 = *Historia.*
Véase Julián ZARCO CUEVAS, *Catálogo de los manuscritos castellanos de la Real Biblioteca de El Escorial,* t. 2 (Madrid), pp. 98-99.: "J. II. 14. Signa. antigua: i. p. 6. 121 hojas de papel foliadas a lápiz con numeración arábiga: 3 hojas más al principio y 3 al final en blanco. En blanco los folios 7 y 8. Letra del P. Oliveira, amanuense de Fray Luis de Granada, de hacia 1585, a plana entera. Caja total: 290 × × 200 mm. Enc. perga. Prólogo (fols. 1v-6v). Al fol. 1v. tiene esta nota: "Esta vida de Sor María de la Visitación está es-

crita por Fray Luis de Granada. Véanse los fols. 23, 27, 74, 92. Fray Justo Cuervo, 7 de septiembre de 1916."

3. Id., *Lettera di fra Luigi di Granata al Cardinale Borromeo* (Copia d'una) Bibl. Vat. *Urb lat.* Ms. 993, ff. 9 r-11 v.
Edición en: A. Huerga, *Fray Luis de Granada y San Carlos Borromeo.* "Hispania sacra" 11 (1958) 343-44; el original se halla en Bibl. Ambrosiana (Milán), F. 167 inf., ff. 170 r-173 r.
Edición: R. Robres, en "Anthologica annua", 8 (1960), 124-126.
4. Id., [*Carta a los jueces de la causa de Sor María de la Visitación.*]
Proceso (cf. n. 1), f. 17.
Edición en: A. Huerga, La vida seudomística de "La monja de Lisboa", "Hispania sacra", 12 (1959), 110-111.
5. Id., *Copia di una lettera scritta dal M. R. P. Fra Luigi di Granata all'Illustrisimo et Reuerendissimo Monsignor Patriarca d'Antiochia et arciuescovo di Valenza, alli 18 di marzo 1584, et confirmata dalli Inquisitori Generali di Lisbona.* In la quale si contiene la vita miracolosa di suor Maria della Visitatione, monaca dell'Ordine di S. Domenico, nel convento dell'Anuntiata di Lisbona. In Roma, appresso Giacobo Rufinello, 1584. Con licentia delli Superiori.
Ejemplares en la Bibl. Vat. R-I-IV-602, ff. 66-77; ib., R-1-IV-719, ff. 10-20; Bibl. Alessandrina (Roma), sign. G-a-44/6. — Otra edición: In Roma, per Giovanni Gigliotto Osmarino, 1585.
Ejemplares en Bibl. Vat., fondo Capponi, sign. V-686, int. 59, ff. 353 r-360 v; y Bibl. Vallicelliana (Roma), sign. F-V-184.
(Las referencias se hacen por el ejemplar de esta segunda edición existente en la Bibl. Vat.) = *Lettera.*
6. Id., [Cartas al arzobispo de Valencia sobre Sor María de la Visitación.] Se conservan en el archivo del Colegio de Corpus Christi (Valencia) y han sido editadas, en edición completa — de algunas hizo edición parcial el P. J. Cuervo en el vol. XIV de *Obras* —, por R. Robres y J. R. Ortolá en: *La Monja de Lisboa. Epistolario inédito entre Fr. Luis de Granada y el Patriarca Ribera* (Castellón de la Plana, 1947) = *Epistolario.*
7. Id., [*Cartas al P. Bascapé*].
Una colección de 12 epístolas, en las que habla con frecuencia de los carismas de Sor María, se guarda en el archivo de PP. Barnabitas, de Milán.
Edición: algunos fragmentos publicó, traducidos al italiano, P. O. Branda, *Confutazione de' Ragionamenti apologetici...* (Pavia 1755), pp. 527-535; en español, pueden verse en Obras, ed. J. Cuervo, XIV, pp. IX-XXIV, texto incompleto. El texto íntegro, en "Anth. annua", 8 (1960), pp. 132-141.

8. Id., *Sermón en que se da aviso que en las caídas públicas de algunas.*
personas ni se pierda el crédito de la virtud de los buenos ni cese y se entibie el buen propósito de los flacos.
En Lisboa, impreso con licencia del Santo Oficio y del Ordinario, por Antonio Ribero, 1588. Reimpreso muchas veces, y traducido a diversos idiomas; una buena edición, cf. *Obras,* XIV, pp. 515-573.
9. [*Relación de la vida y milagros de Sor María de la Visitación enviada por el Card. Alberto a S. S. Gregorio XIII y al Rey Católico Felipe II.*] El texto castellano se halla en *Historia*... (cf. n. 2) ff. 21 v-26 v.
En italiano se publicó a continuación de la *Lettera* (cf. n. 5), en la edición de Roma, G. Gigliotto, 1585, ff. 356 v-360 v., bajo el título siguiente: *Narratione di quello* [*che*] *si sia saputo della madre Suor Maria della Visitatione, Priora del Monasterio dell'Annuntiata di Lisbona.* Per l'informatione et diligente Inquisitione fatta da uno delli Inquisitori del Consiglio Generale del Santo Officio, con comissione dell'Arciuescovo di Lisbona... = *Relación.*
10. *Les grandes miracles et les tres sainctes playes aduenus a la R. Mère Prieure auiourd'huy, 1586, du Monastère de l'Annonciade en la ville de Lisbone... aprouvez par le R. Père Louys de Grenade.* A Paris, par Iean Bassaut, 1586. In-12.º, 14 págs. y un grabado.
Es una traducción hecha por fray Esteban de Lusiñán, O. P., sobre el opúsculo romano anterior. De ella se sirvió Cipriano Valera, el heresiarca andaluz, para el "Enxambre" que describimos *infra,* n. 1, p. 142.
11. [*Relación del P. Provincial fray Antonio de la Cerda sobre los prodigios de Sor María de la Visitación.*]
Bibl. Vat., *Urb.,* Ms. 818, p. 2, ff. 250 r-251 r.
Edición: A. Huerga, en "Hispania sacra", 12 (1959), 111-114.
12. *Fée del General de la Orden de Predicadores, fray Sixto Fabri, sobre las llagas de Sor María.*
Proceso (cf. n. 1) ff. 9-10.
Ediciones: A. Mortier (cf. n. 33), V, pp. 641-642, nota 1, tomándola de una copia existente en AGOP. (Roma, Santa Sabina); y R. Robres y J. R. Ortola, *Epistolario* (cf. *supra,* n. 6) pp. 85-89, que editan el ejemplar del Real Colegio de Corpus Christi (Valencia).
13. *Examen de las llagas de Sor María hecho por fray L. de Granada y fray G. d'Aveiro.*
Proceso, ff. 11-14; Bibl. Capitular y Colombina (Sevilla), Ms. 64-7-118/4, ff. 109 r.-112 v.
Edición: A. Huerga, en "Hispania sacra", 12 (1959), 123-124.
14. *Otro examen por fray L. de Granada, fray J. de las Cuevas y fray G. d'Aveiro.*

Proceso, ff. 11-14; Bibl. Capitular y Colombina (Sevilla), Ms. 64-7-118/4, ff. 109 r-112 v.
Edición: A. Huerga, en "Hispania sacra", 12 (1959), 118-123.

15. *Ordinationes Revd. mi S. Fabri pro Provincia Portugalliae.* Arquivo da Tôrre do Tombo (Lisboa), Ms. 533 (sin foliar).
16. A. S. V.: *Nunziatura di Spagna.* Los registros 10, 17, 18, 19, 24, 31, 33, 34, 36, 37 y 38, que contienen correspondencia y avisos de los Nuncios de Madrid y Lisboa, dan muchas noticias sobre el asunto de Sor María. (Cf. *infra,* número 37.)
17. *Reg. S. Fabri.* AGOP. (Santa Sabina, Roma), secc. IV, volúmenes 44 y 45.
18. *Ordenaciones del General O. P., S. Fabri, a Sor María y a la comunidad de la Anunciada.*
AGOP. (Santa Sabina, Roma), Secc. XIII, Ms. 461.
19. *Sentencia Inquisitorial contra Sor María de la Visitación.*
El original, en portugués, está en Proceso (cf. n. 1) ff. 172 v-174 r.
Una copia autenticada con la firma de los jueces y en castellano, en la Bibl. particular del P. J. Cuervo (San Esteban, Salamanca).
Edición: *Copia verdadera de la sentencia que se pronunció en Lisboa en siete días del mes de diciembre de mil y quinientos y ochenta y ocho años contra María de la Visitación, Priora que fué del Monasterio de la Anunciada de la dicha ciudad.* Colofón: Con Licencia, impresa en Salamanca, en casa de Miguel Serrano de Vargas, 1590. 4 hojas in-4.º.
Usoz la reimprimió en el t. VIII de *Reformistas Antiguos Españoles* (Madrid 1854).
20. *Relatione di tutte le operationi che faceua una monaca per farsi credere santa.*
Bibl. Vat., Barb. lat., Ms. 5.370, ff. 75 r-78 v.
21. *Relación de la causa y sentencia de Sor María de la Visitación.*
Bibl. Nacional de Madrid, Ms. 6.035, ff. 180 ss.
22. *Processo-sentenza di Maria della Visitatione, Prioresa del Monasterio della Madonna dell'Annonciata di Lisbona.*
Bibl. Vat., Urb. lat., Ms. 1.113, ff. 496 r-510 r.
23. *Relación sumaria de las cosas de María de la Visitación.* Bibl. Casanatense (Roma), Ms. 2.417: *Miscellanea di scritti vari,* ff. 365 r-368 v.
Edición: A. Huerga, en "Hispania sacra", 12 (1959), 126-130.
24. *Adm. R. P. M. F. Damiani a Fonseca Itinerarium ac gesta ex variis relationibus eiusdem per me Io. Baptismam Reggianum, eius amanuensem, collecta.*
AGOP (Santa Sabina, Roma), secc. XIII, Ms. 460; otro ejemplar ibídem, secc. IX, ms. 1.

25. A. Salucio, *Discurso sobre las llagas de Sor María.* Ediciones: L. Muñoz, en la obra que reseñamos a continuación, ff. 127 v-131 r; y G. de Arriaga en su *Historia del Colegio de San Gregorio de Valladolid,* ed. M. M.ª Hoyos, vol. II (Valladolid 1930), pp. 152-157. = *Discurso.*
26. L. Muñoz, *Vida y virtudes del venerable varón el P. M. Fray Luis de Granada, de la Orden de Santo Domingo.* En Madrid, por María de Quiñones, año M.DC.XXXIX. Dedica al "suceso de la Monja de Portugal" los capítulos IX-XIII del lib. II, ff. 112 r-136 r.
27. *Carta del P. Maestro fray Juan de las Cuevas a fray Alonso de Rojas, Prior de San Esteban de Salamanca, sobre la muerte de fray Luis de Granada.* Bibl. de la R. Acad. de la Historia (Madrid), Ms. n.º 20, folio 365.
Edición en J. Cuervo, Biografía de Fr. Luis de Granada (Madrid 1895), pp. 149-155.
28. Legajo 188 (ant. 427 y 428) del Archivo General de Estado (Simancas, Valladolid) de la secc.: Estado. Contiene muchos datos sobre Sor María de la Visitación.
29. P. de Rivadeneira, *Tratado de la tribulación particular y pública.* Barcelona 1591.
30. J. Gracián, *Peregrinación de Anastasio.* Obras, ed. P. Silverio, t. III (Burgos 1933), pp. 75-255.
31. L. de Sousa, *Primeira Parte da Historia de S. Domingos particular do Reino e Conquistas de Portugal* (Bemfica 1623).
32. J. López, *Quarta Parte de la Historia General de Santo Domingo, y de su Orden de Predicadores* (Valladolid 1615).
33. A. Mortier, *Histoire des Maitres Généraux de l'Ordre des Frères Prêcheurs,* vol. V (París 1911), pp. 629-660.
34. M. Menéndez Pelayo, *Historia de los Heterodoxos Españoles.* Ed. Nac., C. S. I. C., vol. IV (Santander 1947), páginas 226-229.
35. Velalado Graña, Bernardo, *Dos cartas inéditas del V. Padre Luis de Granada,* en "Revista de Espiritualidad", 7 (1948), 330-356.
36. Robres, Ramón y José Ramón Ortolá, *La Monja de Lisboa. Sus fingidos estigmas. Fr. Luis de Granada y el Patriarca Ribera,* en "Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura", 23 (1947), 182-214; 249-278.
37. R. Robres, *El proceso de la Monja de Lisboa a través de la Nunciatura de España,* en "Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura" 25 (1949) 671-684.
38. Robres, Ramón, *La Monja de Lisboa según nuevos documentos romanos con una carta de Fr. Luis de Granada en italiano,* en "Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura", 28 (1952), 520-532; 29 (1953), 346-353; 30 (1954), 198-213.

39. A. Huerga, O. P., *La vida seudomística y el proceso inquisitorial de Sor María de la Visitación,* "La monja de Lisboa", en "Hispania sacra", 12 (1959), 35-130.
40. A. Huerga, O. P., *El proceso inquisitorial de* "La monja de Lisboa" y *Fr. Luis de Granada,* en "Hispania sacra", 12 (1959), 333-356.
41. R. Richard, *Louis de Grenade, la prieure de l'Annociade et les maures de Lisbonne,* en "Bulletin des Études Portugaises", tomo 18, Lisboa, 1955.
42. R. Robres, *San Carlos Borromeo y sus relaciones con el episcopado ibérico postridentino, especialmente a través de fray Luis de Granada y San Juan de Ribera,* en "Anthologica annua", 8 (1960), 83-141. En pp. 130-132, dos cartas de San Carlos Borromeo a fray Luis, en las que alude a las cosas de Sor María.
43. *Sentenças.* Noticias sumarias de algunas sentenças extrahidas d'um livro pertenecente a Fr. Antonio de Serpa, dominicano en Lisboa. Recopilação de Joseph Soares da Silva.
303 ff., enc. perg., letra del s. xviii. Lisboa, Bibl. Nac. Ms. 512.
44. P. Roiz Soares, *Memorial de Pero Roiz Soares,* tomo I, Coimbra, 1953, pp. 262-275.
45. M. Martins, S. J., *Uma biografía inédita de Sor María da Visitação por Frei luis de Granada*, en "Lusitania Sacra", tomo I, Lisboa, 1956, pp. 229-244.

Entre la bibliografía legendaria o tendenciosa a que dio origen el caso de Sor María, o que tratan de ella en este sentido, figuran las siguientes obras:

1. C. de Valera, *Enxambre de los falsos milagros con que María de la Visitación, Priora de la Anunziada de Lisboa, engañó a muy muchos y de cómo fué descubierta y condenada.*
Este "libelo inmundo" — calificación de Menéndez Pelayo — salió a luz al final de la segunda edición de *Dos Tratados... del Papa y de la Misa,* del mismo autor. (Londres, en casa de Ricardo del Campo [Richard Field] 1599.) Fue traducido al inglés por J. Golburne (London 1600). Nueva edición inglesa por I. Savage (London 1704).
El texto castellano lo reimprimió L. Usoz y Río en el t. IV de *Reformistas antiguos españoles* ([Madrid] 1851). El mismo Valera incluyó también el libelo — de estilo "volteriano en profecía", según Menéndez Pelayo (*Heterodoxos,* ed. cit., IV, 172) — en *Tratado para confirmar los pobres cativos de Berbería en la católica y antigua fe y religión cristiana...* "Al fin de este tratado hallaréis un

Enxambre de los falsos milagros y ilusiones del demonio", etcétera (Londres 1594).

2. Mira de Amescua, *Comedia famosa de la vida y muerte de la Monja de Portugal* (Comedias del Dr.... Parte XXXIII. Madrid, por José Fernández de Buendía, 1670).
3. C. Castelo Branco, *As virtudes antigas ou a freira que fazía chagas e o frade que fazia Reis* (Lisboa s. d.).
4. J. A. Llorente, *Historia crítica de la Inquisición*, 10 vols. (Barcelona 1835-1936).
5. A. Baião, *Episodios dramáticos da Inquisição portuguesa.* Vol. I (Porto 1919), vol. II (Río Janeiro 1924), y vol. III (Lisboa 1938).
6. Id., *Homenagem a Camilo no seu centenario (1825-1925),* III: O Romance de Camilo "A freira que fazia chagas" e o respectivo processo inquisitorial (Coimbra 1925), pp. 69-195.

PRÓLOGO

Fr. LUIS, HAGIÓGRAFO

por Sister John Emmanuel Schuyler, S.S.J.

Fr. LUIS, HAGIÓGRAFO

María de la Visitación fue un producto de sus tiempos. Solamente en este extraordinario período del siglo XVI, podía atraer tanto la atención una monja que pretendía tener visiones, estigmas y el don de profecía y milagros, y podía causar un tan gran entusiasmo entre la gente de toda la península y fuera de sus fronteras. No podemos olvidar que España estaba experimentando un nuevo y magnífico florecimiento de la Fe (Pfandl, p. 155). Toda la Península fue presa de un espíritu de celo religioso. El Concilio de Trento había sido convocado para llevar a cabo una renovación espiritual. Como resultado, florecieron un gran número de santos y santas que trabajaron unidos a la Jerarquía para realizar la verdadera reforma; monasterios relajados se reintegraron a sus antiguas observancias. La acentuación del recogimiento interior y de la reforma interna, como remedio para los males existentes, produjo una era de ascetismo y misticismo sin igual en la península. Se hablaba de oración y perfección en todas partes (Colunga, *Alumbrados,* p. 40). De la mano de este nuevo florecimiento de fe auténtica iba la fe en milagros y leyendas. Nada parecía imposible (Pfandl, p. 155). Era una época de excesiva credulidad (*Proceso,* p. 672).

La Historia ha demostrado que todas las corrientes de ardiente misticismo, han producido algunos casos de engaño (Colunga, p. 42). Visionarios y falsos profetas se levantaron para mantener extrañas actividades (Heredia, *Visionarios,* pp. 373-397) La astrología, la superstición, la magia y la brujería, jugaron un importante papel en la historia de esta época; la hipocresía y falsedad mostraron sus feas cabezas. Para 1588 el luteranismo había abierto una considerable brecha en España. El evangelio de Lutero no fue sino

una repetición del "old despairing dogma" de los budistas, de los gnósticos y de los maniqueos, y en España de los alumbrados (Walsh, pp. 214-223). En estos días cuantos se negaban a retractarse de sus herejías, purgados por la Inquisición, eran sentenciados, algunos hasta a ser quemados en la hoguera. Es la época de alumbrados como Magdalena de la Cruz.

Los más grandes místicos que la iglesia ha conocido surgieron ahora, al mismo tiempo que los pseudo-místicos más nefandos y los falsificadores del misticismo. Sobre este escenario, subió la monja de Lisboa para representar su extraño e inexplicable papel. Se descubrió que era una impostora, más bien que una alumbrada, y ello la salvó de un peor destino. No se pudo probar que ella hubiese hecho pacto con el demonio. La corrupción social, el increíble estado miserable de los monasterios y su participación en los disturbios políticos de Portugal, favorecieron el papel que la monja trató de representar.

No se sabe si amigos patrióticos la empujaron a defender a su país contra Felipe II, o si ella misma se erigió en la Judith de Portugal. Fray Agustín Salucio, dominico, en el *Discurso apologético* de fray Luis de Granada, sostiene la tesis de que "había en el fondo de toda aquella milagrería un fin político y anticastellano, pretendiendo los adversarios de la sucesión de Felipe II, dar crédito de profetisa a aquella mujer y valerse de ella para sus planes (Menéndez Pelayo, página 536)".

Tal es el telón de fondo, que sirvió para que Fray Luis escribiese capítulo tras capítulo la historia del amor de Dios al hombre, que es lo esencial y sustantivo de su biografía de la monja. Antes de que la historia pueda juzgar a Fray Luis y el caso de la monja, deben examinarse todas estas cosas.

El manuscrito

El manuscrito que publicamos, único que se conserva de la *Vida*, fue encontrado en la Real Biblioteca de El Escorial. Notas marginales indican que Fray Justo Cuervo, biógrafo de Fray Luis, había comproba-

do su paternidad literaria. Si Cuervo no hubiese revisado el manuscrito hasta 1916, como lo indicó en una nota, hubiese parecido que fingía desconocer su existencia cuando publicó otras biografías de Fray Luis. Lo más probable, sin embargo, es que no la habría incluido aun teniendo conocimiento de su existencia. Hay omisiones deliberadas en las cartas que Cuervo publicó de Fray Luis de Granada, Juan de Ribera y Carlos Bascapé. Las omisiones se refieren claramente a la monja de Lisboa. Varias cartas que se refieren a la monja no se publicaron por él, aunque se encontraban en la Biblioteca del Real Colegio-Seminario del Corpus Christi de Valencia, en la misma colección de la que Cuervo había tomado las otras cartas que publicó (Robres y Ortolá). Cuervo escribió que se proponía preservar hasta la última línea salida de la pluma de Fray Luis, pero evidentemente juzgó esta materia demasiado peligrosa y demasiado polemística para publicarla.

Probablemente Fray Luis empezó a escribir la vida santa de Sor María de la Visitación poco antes de principios del año 1585, obedeciendo a su superior, como él dijo (*Epistolario*, p. 54). Pero había concebido la idea de escribirla por su propia iniciativa ya para octubre de 1583 (*Epist.*, p. 45). Todavía estaba ocupado con su escritura en 1586 (Ms., fols. 94 v, 117 r), y continuó añadiendo cosas en 1587 y 1588. Hay pruebas de que escribió el prólogo, el libro IV y probablemente el libro I a fines del año 1587 o a principios del año 1588. En 1586 estaba escribiendo el libro III. No hay rastro de cuándo escribió el libro II, la biografía propiamente dicha, pero probablemente lo escribió antes que lo otro y tenía la intención de que fuese el último. De todos modos no lleva las señales de apresuramiento e improvisación, tan patentes en los otros libros. La biografía termina precipitadamente con la relación de los milagros. El lector queda con la impresión de que Fray Luis intentaba añadir algo a la lista de milagros. Sin embargo se vio forzado a concentrar su atención en rebatir los cargos que se lanzaban contra la "santa" priora, como lo prueban las últimas cartas escritas a Ribera (*Epistolario*, pp. 61-74). Cuando el desdichado asunto hizo crisis, no hubo necesidad de poner final al libro. De todos modos los delitos de

la monja no podrán jamás aminorar la sublimidad y grandeza del concepto de Fray Luis sobre la vida mística.

La fuente principal de la biografía es el libro de notas que le entregó la propia Sor María, obedeciendo al mandato de Fray Antonio de la Cerda. El hubiera encontrado difíciles de creer muchas cosas, de no haber sido escritas de puño y letra de la monja (Ms., folio 60 v). Como quiera que sea, Fray Luis admite tanto en la biografía como en sus cartas que él mismo había mantenido entrevistas con ella y que ésta le había confiado algunas cosas verbalmente.

Las grandes obras ascéticas de Fray Luis abundan en citas y alusiones a la Sagrada Escritura, en referencias a los Padres de la Iglesia y a los grandes escritores cristianos y paganos de todos los siglos. Esta obra no es una excepción.

En la biografía se incluye una copia del informe enviado a Roma. Una comparación de su contenido y estilo con los pasajes de la biografía, prueba que Fray Luis fue el autor de este informe. La biografía entera parece ser una elaboración de este informe. Existen pruebas para demostrar que comenzó a escribir la biografía el mismo año que redactó el informe. La única justificación para incluir el informe es la de hacer saber al lector que la obra tenía la aprobación del Papa y con ello añadir prestigio a la biografía y ganar la confianza del lector.

Intención de la obra

Fray Luis pone muy en claro sus motivos para emprender esta obra y los colocó por orden jerárquico, si bien siguiendo un plan trazado, porque los motivos aumentaban y se hacían más poderosos a medida que iba presenciando día tras día las obras maravillosas de Dios en esta monja.

¿Qué es lo que le impulsó a escribir esta obra? Indudablemente no fue su interés por lo raro, lo sensacional o espectacular, primero porque él mismo niega tal motivación y, además, porque había manifestado su intención de escribir esta vida, aun antes del espec-

tacular acontecimiento de la impresión de los estigmas (*Epistolario,* p. 47, *La monja...,* p. 523).

Una razón que él da es que Sor María, su protagonista, es miembro de su Orden; pero, según avanza la biografía, encontramos largos intervalos en que el lector pierde de vista a Sor María, la célebre monja dominica, Priora de la Anunciación de Lisboa y se encuentra abismado en la odisea espiritual de la elegida de Dios, predestinada por Dios desde el principio, muy amada y favorecida por Dios y finalmente transfigurada en Dios. La misma distribución demuestra que esto es lo que Fray Luis se proponía ponderar.

Otra razón que da es que sus superiores le habían ordenado escribir esta obra. Sin embargo él había proyectado escribirla mucho antes. No quiso que pensase el lector que la estaba escribiendo por seguir la moda de su época. En los últimos tiempos se habían escrito muchas biografías; eran bien conocidas de Fray Luis y le sirvieron de gran inspiración. Esta biografía es un compendio de la historia y hagiografía hasta su época. En realidad había leído tantas biografías, lo mismo antiguas como modernas, que llegó a ser materia de conciencia para él escribir la vida de la monja. Consideraba una grave obligación el preservar para la posteridad esta vida fecunda y edificante de Sor María.

Pero Fray Luis era un sicólogo avisado; utiliza este medio con el único fin de traer a sus lectores hacia investigaciones mucho más profundas y mucho más queridas para él. La biografía en manos de Fray Luis viene a ser un antídoto y remedio para las enfermedades de su época, tan mala, si no peor, que la época de San Francisco y Santo Domingo. Una época con la misma necesidad de santos que la hiciesen despertar a la realidad cristiana. Para Fray Luis la vida y virtudes de la "monja de Lisboa" estaban destinados a ser el instrumento para estimular a los negligentes y empecezados pecadores, olvidados de Dios, de la misma manera que lo habían hecho antiguamente los santos. Esta monja es para él un instrumento en las manos de Dios, para atraer de nuevo hacia sí a los hombres que estaban apartados de El.

La vida de esta monja tiene la finalidad de suministrar materia para la contemplación de la acción di-

recta de Dios en el alma. Fray Luis esperaba que mediante la contemplación de las obras que la gracia había llevado a cabo en ella, los corazones de los hombres se encenderían de amor de Dios. Que, viendo la bondad y dulzura con que El trataba a tal sierva, brotaría en sus almas una gran confianza. Esperaba que los hombres llegarían a la conclusión de que Dios haría con ellos lo mismo que hizo con su sierva Sor María si se dispusiesen dcbidamente. Su vida es un libro en el que se puede leer la paternal providencia de un Dios amante para con sus hijos, cuyas delicias son estar con aquellos que le aman, la grandeza del Dios infinito que se ha dignado conceder favores inestimables a una humilde doncella, solamente porque El lo quiso. Fray Luis nunca se cansa de repetir este tema: el hombre, mediante la contemplación de las maravillas que Dios ha obrado en sus santos, sentirá impulsos de amarle.

Fray Luis dcja de ser el biógrafo de la monja de Lisboa; cs el trovador de Dios, del Dios que, teniendo bajo su custodia todos los gobiernos, reinos e imperios del mundo, cuida solícito todos los pasos de sus criaturas. Con gran sinceridad, ardiente celo y encendido amor, el ciego y anciano fraile descubre su alma y revela a todos los pensamientos en que más se ocupó su espíritu durante aquellos últimos años de su vida: el misterio del gran amor dc Cristo hacia el hombre, sufriendo los tormentos de la pasión. La biografía refleja el apasionado y tierno amor de Fray Luis hacia Cristo crucificado. La priora "santa" se convierte en el púlpito desde el cual el elocuente orador que había atraído a las multitudes en tiempos pasados, predica ahora los bcneficios de la Redención. Aunque su propósito al escribir fue atraer la atención del mundo hacia la excelente belleza de un alma así adornada, lo hizo porque de esta manera podría conseguir que el mundo pecador se diese cuenta del precio que Cristo pagó para adornarla dc este modo. Mediante la descripción del sufrimiento que ella padecía en sus heridas, esperaba dar una idea más concreta de los tormentos quc Cristo soportó en sus llagas.

La vida está lcjos de scr una enumeración de datos biográficos ordenados al azar; es un trabajo cuidadosamente planeado para mostrar el camino que ha se-

guido el alma, desde los humildes comienzos hasta una elevada santidad. Para exponer su idea sobre la evolución de la vida mística en el alma, desatiende intencionadamente el orden cronológico y vuelve a ordenar los hechos según conviene a sus fines. Suplía las deficiencias de la memoria con datos obtenidos de cualquier otra parte y dejaba a un lado deliberadamente todos aquellos detalles, aun conocidos, que no ayudaban a sus fines.

Es evidente que no tenía una información escrita o verbal de sus virtudes. Así pues la adornó gratuitamente con aquellas que él imaginaba propias de una persona de tal modo favorecida. Por ejemplo, deseaba disertar sobre la belleza de la pureza virginal y el significado de la castidad heroica; la memoria no le proporcionaba un punto de partida; entonces, pidió que un sacerdote, aprovechando una charla sobre la virtud y sus pruebas, preguntase a la monja si había sido tentada alguna vez contra la castidad. Ella contestó que no. Partiendo de este incidente (francamente forzado), Fray Luis se remonta hasta un tratado sublime sobre la pureza. Era su costumbre comenzar a hablar de las virtudes de la monja, únicamente para abismarse en una consideración profunda sobre la esencia de la virtud. En la ordenación de las virtudes tanto naturales como sobrenaturales revela Fray Luis su propia escala de valores: primero humildad, luego mansedumbre, sencillez, obediencia, pureza virginal y finalmente caridad.

Los episodios que pertenecían a la vida natural de la monja quedan casi completamente ignorados en la biografía. Esta omisión fue también deliberada. Fray Luis estaba interesado únicamente en los hechos que le servían de base para mostrar las obras de la gracia divina. El tenue y escurridizo hilo de la historia de la monja tiene que ser entresacado cuidadosamente del laberinto de incontables anécdotas, divagaciones, réplicas, ejemplos y tratados sobre la virtud, que están repartidos a lo largo del prólogo, el informe y lá relación de visiones y milagros. El lector tiene que reconstruir, partiendo de datos aislados, hechos tan elementales como la fecha de su nacimiento.

Tales omisiones dan a la biografía una especie de

independencia del tiempo y es probablemente lo que Fray Luis esperaba conseguir. La única noticia que nos da de su persona es que refleja pureza e inocencia en su semblante y que es débil y delgada. Una carta a Ribera revela que es guapa y tiene los ojos azules. Su pulcritud y afán por la limpieza impresionó a Fray Luis, así como su natural reserva, su conversación y modales extremadamente tímidos y suaves, la gravedad de su porte junto con una alegría que nunca la abandonaba. ¡Qué fácil era para Fray Luis creer en ella, cuando estaba tan ricamente dotada de virtudes naturales sobre las que se podía construir el edificio de una sublime santidad!

El camino que sigue la historia de la evolución de la vida espiritual de esta monja abarca por completo el campo entero de la teología mística. Quizá ningún escritor ha hecho un análisis, tan denso y profundo, al mismo tiempo, del alma en su ascensión hacia Dios, como el que hizo Fray Luis en esta bella y sin igual historia. Si anteriormente no hubiese demostrado que era uno de los más grandes y expertos escritores espirituales, este aspecto hubiese bastado, por sí solo, para colocarlo en tal categoría. Aunque Fray Luis es conocido como escritor ascético, la faceta mística sobrepasa con mucho la actitud ascética en esta obra. En sus obras áscéticas había preparado el camino para el florecimiento del misticismo español (Huerga, *Summa,* I, lxi). La biografía es el camino que sigue el misticismo español en plena floración. Fray Luis se remonta aquí hasta alturas jamás conocidas en sus otras obras.

La ascensión hacia Dios

Con el fin de apreciar la grandeza de esta obra, que parece tan confusa y desorganizada cuando se la lee por primera vez, es necesario entresacar del conjunto aparentemente desordenado y del interminable número de minuciosos detalles, el hilo de las ideas de Fray Luis sobre el alma ideal "tocada de Dios", en su camino hacia la cima.

Cuando se ha hecho esto, resulta evidente que esta

biografía es nada menos que una síntesis de todos los pensamientos y reflexiones acerca de los caminos de Dios para con los hombres, que habían ocupado el alma de Fray Luis desde sus días de estudiante en San Gregorio hasta su última hora, incluyendo los años de vida solitaria en Escalaceli y los días de turbulencia y tribulaciones de la guerra de sucesión de Portugal.

El punto de partida de la evolución espiritual de la monja es el principio fundamental de que Dios es la fuente de toda gracia y el autor de toda santidad; que la santidad es obra de la gracia y no de la naturaleza. Para grabar este punto firmemente en la mente del lector, cita varios casos en la vida de los santos, en los que fueron apreciadas señales de futura santidad aún antes de su nacimiento o en su tierna infancia. La razón por la cual permitió Dios estos presagios de santidad era para que aquellos santos entendiesen que así como lo que había ocurrido mucho antes de que ellos hubiesen llegado al uso de la razón era, por fuerza, obra de la gracia e influencia divina únicamente, de la misma manera tenía que ser reconocido como obra de la gracia todo lo que posteriormente se edificó sobre estos cimientos. De ahí que es a Dios, autor de todo ello, a quien debe darse toda gloria, sin tomar nada para uno mismo.

Fray Luis encuentra en la vida de la monja tempranas señales de la gracia de Dios operando en su alma. Se cuida de hacer constar que, así como estas gracias fueron gratuitamente concedidas y en modo alguno dependían de ninguna otra razón, de la misma manera, todos los anhelos nobles y gracias posteriores, fueron obra de Dios, que desde siempre la había elegido. El anhelo de Dios, puesto en el alma de la monja por El, es el origen y la raíz de todo lo que va a ocurrir a Sor María de la Visitación.

No habiendo escatimado esfuerzos para demostrar que el alma puede ir a Dios únicamente si Dios la llama, Fray Luis continúa desarrollando el segundo punto, a saber, que no solamente no puede el hombre ir a Dios si no es llamado por El, sino que tampoco podrá llegar hasta El sin su ayuda, y Dios no le ayudará si el hombre no se lo pide. Así pues, la priora Sor María, desde el comienzo mismo de su noviciado, ins-

pirada siempre por la gracia de Dios, decide lograr su anhelo por todos los medios posibles. Se impone largas horas de oración y sobre todo contempla la Pasión. Y pronto empiezan a cumplirse sus deseos.

Según va exponiendo la vida espiritual de la monja, hace hincapié en los extraordinarios medios concedidos a Sor María para llegar a la meta que Dios había destinado para ella. Cuando Dios desea elevar al estado de perfección a ciertas almas, les da, además de los medios ordinarios, beneficios y gracias extraordinarias que sirven para estimularlas y moverlas a la práctica de la virtud en grado no ordinario. Entre los favores extraordinarios que Dios concedió a la monja, figuran como principales, las visiones y éxtasis. Desde la primera visión hasta la última, ocurrida en 1586, según Fray Luis, el lector puede ver la reciprocidad entre el discernimiento sobrenatural que ella recibe en las visiones y la respuesta que da a las gracias que se le han ofrecido. Poco a poco, mediante la cooperación a los dones que Dios le concede, avanza hacia la más alta santidad. Fray Luis está exponiendo la doctrina de que el hombre tiene que cooperar con Dios en la obra de salvación. Dios que creó al hombre sin su consentimiento no lo santifica sin su cooperación. Lo importante para Fray Luis no es el que la priora santa fuese favorecida con visiones sino que ella cooperase en todo lo que en visión se le pedía.

Fray Luis divide la vida espiritual de su monja Sor María en tres grandes etapas, descritas por San Gregorio en sus *Morales*. Estas divisiones no están claramente expuestas, pero es posible delimitarlas. Las tres etapas de la vida espiritual son: el comienzo, en el cual Dios toma posesión del alma de los recién convertidos otorgándoles favores y consuelos espirituales, porque de otra manera volverían al mundo, la etapa intermedia o período de prueba, en la cual el alma es probada con tentaciones y luchas espirituales; y por fin, el estado en el que el alma disfruta de las ventajas de una hermosa victoria sobre todas las batallas pasadas.

En la primera etapa Sor María es cautivada por la belleza de Cristo; su alma está llena de grande consolación que le hace mirar las cosas terrenas con aversión y hastío.

En la segunda etapa, pasa por toda clase de pruebas. A la luz del desgraciado final que tuvo la representación de Sor María en el papel de gran mística, las pruebas y persecuciones que Fray Luis relata amplia y detalladamente juegan un papel muy significativo:

Un estudio de las anécdotas que se citan revela que se sospechaba de ella ya en 1580, tres años antes de que la hiciesen Priora y cuatro años antes de que se extendiese por todas partes la noticia de los estigmas.

Uno de sus hermanos se había marchado a la guerra de Africa dejando sus dos hijas al cuidado de la monja, con la intención de que más tarde tomasen los hábitos. Cuando la guerra terminó, su hermano estaba entre la lista de los desaparecidos y la mayor de las dos hijas se convirtió en heredera de los bienes de su padre. Ahora, según Fray Luis, el demonio incitó a un tío, persona noble, a persuadir a la muchacha para que se casara con un pariente suyo. Por otra parte, la santa priora deseaba retener a sus sobrinas en el convento y hacer de ellas unas santas. El resultado fue que el noble, enfurecido, se presentó en el recibidor del convento y la vituperó largamente. Y después, estando presentes la priora y tres monjas, la acusó de nuevo diciendo: "Bien sé yo quien vos sois, yo diré al mundo lo que tiene en vos". Pero la inteligente monja manifestó entonces que una como ella merecía peor trato aún que el que había recibido.

En otra ocasión, posiblemente antes de que la hicieran priora, surgió otro contratiempo del que ella supo sacar ventaja. En el camino que el Padre Provincial tuvo que recorrer para visitar al convento se le acercó un hombre "bien tratado, y bien hablado y persona grave", el cual le rogó con gran insistencia que le permitiese revelarle algo muy importante acerca de la monja. Y le descubrió una falta de tal magnitud "que decirse ni aún imaginarse podía sin gran vergüenza". A pesar de ello, el Provincial, aunque se asustó y escandalizó al oír semejante cosa, la juzgó tan lejos de la verdad que no prestó atención a ello.

Fray Luis se muestra muy reservado respecto a una de las pruebas que ella tuvo que soportar. Fue tan grande que quedó agotada y desfigurada como consecuencia de la misma. Ella había venido gozando de gran

paz y estaba recibiendo grandes favores de su Esposo cuando de repente, sin que ella lo esperase, "le sobrecino una gran tribulación, de grande descrédito y afrenta suya, y lo que más le lastimó que fue nacida de personas de quien menos las esperaba y menos las merecía y fue tan grande que no se acordaba ella de tenerla tal en su vida".

Parece razonable creer y en realidad se prueba en las cartas, que aquellas personas "de quien menos las esperaba y menos la merecía" eran las monjas con las que ella vivía. Aquellas monjas desacreditaron a la priora santa ante sus parientes y sus historias se extendieron por toda la ciudad. Consta claramente en una carta de Fray Luis escrita a Ribera que fueron las monjas quienes acumularon los cargos contra Sor María de la Visitación; pero Fray Luis no habla de ellos en la biografía, dice solamente que ella estaba desacreditada en Lisboa y que las falsas noticias que circulaban acerca de la monja, habían llegado a oídos de gente noble e importante. Es un gesto delicado por parte de Fray Luis no desacreditar la religión, revelando la discordia y desunión que existía entre las monjas. En toda la biografía Fray Luis se muestra delicado, afectuoso, suave y considerado.

Otra prueba muy importante citada por Fray Luis es el sentimiento y pena que causó a Sor María una carta que le mostraron, la cual había sido escrita por un famoso teólogo; él había visto el informe sobre las virtudes de esta religiosa y le preguntaron la opinión que tenía de las mismas. Contestó que eran engaños y supercherías del demonio. Era un hombre de letras y honor y por ello su respuesta circuló por toda la ciudad donde residía este sacerdote y fue aún más lejos.

El recuerdo de Magdalena de la Cruz estaba todavía bien claro en las mentes de la gente de la Península. Había escandalizado al país entero diez años escasos antes del nacimiento de la monja de Lisboa. No es de extrañar, pues, que una de sus "pruebas" fuera que las personas que sospechaban de ella uniesen su nombre al de la monja de Córdoba. Esta deshonra le fue inferida por un destacado sacerdote de su propia Orden, el cual expuso sus dudas sobre la autenticidad de los favores de la monja y se negó a creer que fuesen tan fre-

cuentes, casi diarios. La atacó llamándola, entre otras cosas, otra Magdalena de la Cruz. Mas, como en el caso de las pruebas anteriores, la manera santa y heroica con que reaccionaba la discutida priora sólo sirvió para probar su santidad.

Desde luego, Fray Luis enumera y comenta todas estas pruebas, porque desea demostrar sin dejar lugar a dudas, cómo la virtud crece con las pruebas. La recompensa que ella recibe en esta etapa, por seguir de este modo los impulsos de la gracia, es inmediata e inmensa. Cristo le hizo conocer en una serie de visiones, que había herido su Corazón el verla sufrir así, de tan distintas maneras y con tanto amor y confianza. Ella, viendo que su Corazón estaba herido por su amor, se inflama a su vez, con tan gran amor por El que llega a consumirla casi por completo. Fray Luis se siente aquí influenciado por Ricardo de San Víctor, quien llama a este amor recíproco "caritas vulnerata" (Ms., folio 43 v). Sor María de la Visitación es retenida, prisionera del Amor; pues, habiendo sido herida con la flecha del Divino Amor, es sensible a la herida donde quiera que va, incapaz de escapar al sufrimiento que le ocasiona, del mismo modo que no puede evitarse el dolor de una herida física, sea cual fuere el medio que se utilice para conseguirlo.

No obstante, ella ve que no pertenece a sí misma. Por su inmensa bondad Dios la ha atraído hacia Sí y la ama con un amor infinito. El fuego del amor de la monja se enciende en el fuego del Divino Amor y todos sus deseos y pensamientos se dirigen a corresponder a este gran amor. Sentía en su alma un gran deseo de sufrir.

En este momento la biografiada de Fray Luis entra en la tercera etapa; etapa de identificación con Cristo. De ahora en adelante vive la vida de Cristo tan intensamente que no sólo es humilde, obediente, pura, paciente, etc., como Cristo, sino que sufre con El, en su cuerpo, las agonías de la Pasión.

Entre lo más importante que ha escrito Fray Luis acerca de la monja, tenemos el gran tema de la Pasión y el lugar que ocupa en la vida espiritual de la misma. Con gran interés, en incontables repeticiones, va explicando cómo preparó Cristo a su esposa Sor María en cuerpo y alma para la impresión de los estigmas, la

mayor gloria que podía conceder a un alma; sin embargo no está tan interesado en descubrir a los lectores lo que Dios ha hecho por la monja santa, como lo está en demostrar la verdad sostenida por todos los teólogos: que este divino amor crece en el alma con actos y deseos de este amor cuando ellos son impetuosos y ardientes (Ms., fol. 88 v). Aunque la impresión de los estigmas no fue repentina, Dios llevó a cabo su obra en el alma de la monja de un modo relativamente rápido por ser ella tan fervorosa y diligente; de la misma manera que un clavo golpeado con unos pocos pero fuertes martillazos se introduce más que golpeándolo muchas veces suavemente; así también la virtud de la caridad "más se arraiga y crece en el ánima con estas obras diligentes y fervorosas que con otras mucho más flojas y remisas" (Ms., fol. 88 v).

En esta etapa tercera, el alma desea únicamente caminar siempre absorbida por el pensamiento de Cristo, estar ocupada en amarle día y noche. Al analizar este tercer estado del alma de Sor María, Fray Luis va exponiendo la doctrina de que el fin de toda la ley y mandamientos es el amor. El amor, a su vez, tiene muchos grados. El más alto grado es regocijarse y gloriarse en sufrir por el amor de Cristo. En este tercer estado la priora de la Anunciada se remonta a las alturas del amor perfecto, mientras contempla en su propio cuerpo el gran precio de la Redención y mientras sufre la angustia que le produce el dolor que recibió juntamente con las heridas. Uno de los temas favoritos de Fray Luis es el indescriptible amor del Esposo en el *Cantar de los Cantares*. Las grietas de las rocas son para él las heridas de Cristo. El Esposo ha llamado a su amada Sor María con palabras del más tierno amor y allí permanece ella como holocausto de amor, muerta a todo, excepto al mismo Cristo que ha sido tan bueno para ella.

La biografía pudo haber concluido acertadamente con el conmovedor pasaje en el que Fray Luis establece una analogía entre el fin perseguido por el artista al pintar un retrato y el de Cristo al derramar sobre la monja santa tantos favores. Ningún pintor trabaja tanto para conseguir un retrato conforme a la persona que sirve de modelo, como el Espíritu Santo, para hacer de

las almas una semejanza de Cristo Crucificado, cada cual en el estado que le ha sido señalado por Dios.

La biografía descansa en la sólida base de la ortodoxia de Santo Tomás de Aquino. Hay muchos pasajes en los cuales Fray Luis sigue a Santo Tomás casi literalmente. Toda la biografía puede ser resumida en el concepto tomista de los cinco efectos que la gracia produce en el alma. La insistencia de Fray Luis sobre la naturaleza y efectos de la gracia, se ha llamado "el tema central y verdad fundamental de su doctrina" (HUERGA, *Suma de la Vida Cristiana,* I, IX-IV). Esto resulta exacto especialmente en cuanto a la biografía se refiere.

El punto de arranque para que el hombre renuncie a sí mismo y se disponga para el servicio de Dios, es la meditación o contemplación. Santo Tomás había escrito: cada acto de la voluntad procede de la meditación, puesto que la voluntad persigue lo que el entendimiento le presenta como bueno. Por medio de la meditación el hombre concibe la idea de entregarse al servicio de Dios. El amor nace al considerar la inmensa bondad de Dios y sus amorosos cuidados. Para ilustrar esta verdad relata unos veinticinco hechos ocurridos en el comienzo de la vida de la monja de Lisboa. "Considera ¡oh hombre!, escribe prácticamente en todas las páginas, la bondad y amor de Dios y aprende que aquél que es inmutable y omnipotente hará lo mismo contigo con tal de que le prestes tu consentimiento." Fray Luis escribió las vidas de Sor Ana de la Concepción, de Doña Elvira de Mendoza y de Melicia Hernández para demostrar esta verdad. Jamás deja que el lector pierda de vista el hecho de que la santidad es obra de Dios: "el don de la gracia excede a toda preparación", escribió Santo Tomás (*Summa,* 1.ª, 2ae, q. 112, a.3).

Cuando escribe sobre la Pasión, cuando relaciona la Eucaristía con la Pasión, cuando trata de las llagas de Cristo, Fray Luis es francamente tomista. Pero aún más interesante para el estudioso de esta biografía es la influencia de Santo Tomás en el concepto de Fray Luis sobre las gracias divinas. Fray Luis considera los raptos y éxtasis de su biografiada con la misma naturalidad y lógica manera que lo hiciera Santo Tomás.

No se extraña ni desea que el lector se extrañe ante el crecido número de las visiones y éxtasis de la monja. Santo Tomás había escrito: "así como en las cosas materiales cuando una pasión cesa queda una cierta propensión a la repetición, y como la madera que ardió una vez se enciende después con mayor facilidad, del mismo modo en el intelecto profético, cuando la inspiración ha terminado, permanece una mayor disposición a ser de nuevo inspirada, y así también, cuando el espíritu ha sentido el fervor, es más fácil hacerle volver a su fervor anterior" (*Summa,* 2ª, 2ae, q. 171, a.2).

Otro ejemplo de influencia es su explicación de cómo puede verificarse la revelación profética. Santo Tomás escribe que la revelación profética se verifica principalmente de cuatro maneras: por la infusión de una clara luz interior, mediante la impresión o coordinación de imágenes en la mente y por las apariciones o revelaciones externas (*Summa*, Ibíd., q. 173, a.3). Siguiéndole fielmente Fray Luis escribe: "Mas para entender de la manera que son estas apariciones y visiones es de saber que unas veces se hacen interiormente infundiendo Dios en el aire las especies e imágenes de las cosas que quiere representar, lo cual se hace en los raptos, otras veces estando la persona en su acuerdo se forman estas mismas especies e imágenes exteriormente en el aire, mediante las cuales la persona ve lo que Nuestro Señor le quiere representar" (Ms., folio 4 r).

Hay en la biografía una prueba indiscutible de que en la primera parte de su vida, Fray Luis estaba más interesado en estudiar las virtudes del hombre que en atender a los milagros; más ahora, al final de su vida, está más preocupado por lo milagroso. Fray Luis, pues, tuvo que haber progresado constantemente desde un interés en lo ascético hasta un interés en lo místico, ya que los milagros son materia relacionada principalmente con la mística, y las virtudes con la ascética. Y aunque no hay una prueba definitiva de que conociese el misticismo por propia experiencia como San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Avila, sin embargo no podrá estar muy lejos de la mística quien pudo escribir de manera tan clara y convincente como lo hizo en esta obra.

Fr. Luis, escritor y hagiógrafo

Además de la sublimidad de la doctrina que contiene, esta obra aporta mucha luz para conocer a Fray Luis. Una de las facetas más sobresalientes de su carácter que revela aquí, es la fuerza intelectual que posee para persuadir a los demás a que acepten sus convicciones. La naturaleza milagrosa y sin precedente en algunos casos de los fenómenos ocurridos en la vida de la monja, plantea un difícil problema para Fray Luis. ¿Cómo convencer al lector de la verdad de los favores sobrenaturales otorgados a la monja, de forma que, creyendo en las bondades de Dios para con ella, se disponga a glorificar a Dios dador de todo bien? Naturalmente si el lector se siente escéptico acerca de la famosa monja, no sacará de la biografía el fruto que Fray Luis se ha propuesto.

Por consiguiente, desde la primera página hasta el último párrafo de la biografía, Fray Luis exhorta al lector a que se disponga a creer lo que va a decir. Todo el primer libro, compuesto de 26 páginas manuscritas, fué redactado exclusivamente para "hacer fe" en los hechos maravillosos que iba a exponer y está lleno de demostraciones de todas las clases posibles, con el fin de invitar al lector a creer, sin duda de ningún género, en las maravillas que Dios ha obrado. Desde el primer momento sabe que tendrá que hacer frente a la oposición del lector y se mantiene a la defensiva a lo largo de la biografía entera. Llega a escribir una parte expresamente para contestar a dudas y preguntas que él presiente surgirán inevitablemente en la mente del lector. A aquellos que pudieran sentirse escépticos respecto al número de visiones y éxtasis, contesta que aunque sólo se necesitan dos horas para leer todo lo que ha escrito aquí, en realidad esos favores fueron concedidos durante un período de veinte años. Promete al lector indicar las fechas en que ocurrieron las visiones y éxtasis para que pueda juzgar por sí mismo lo espaciadas que fueron en realidad.

Para aquéllos que pudieran opinar que los favores eran demasiado grandes para creer en ellos, hace recordar al lector que conocemos muy poco acerca de la

vida de los santos. Para aquéllos que iban a preguntarle cómo era posible que su biografiada hubiese tenido aquellas visiones, da una sólida y sabia explicación que revela su profundo conocimiento de la Teología Mística. Y pone ante los ojos del lector gran riqueza de ejemplos de las vidas de los santos, de los padres del desierto, de muchas nobles gentes a quienes él ha conocido y en los que actuó de modo admirable y milagroso el Altísimo y entre tanto recuerda al lector que lo que Dios hizo en los primeros tiempos puede hacerlo ahora puesto que es inmutable.

Pero no está satisfecho todavía; por ello copia al pie de la letra el informe enviado a Roma y una reproducción de la respuesta del Papa. Sin embargo, presiente que no ha conseguido disponer totalmente el ánimo del lector para aceptar los sorprendentes hechos de la vida de la monja. Después de copiar los fenómenos milagrosos aprobados por las autoridades correspondientes y contenidos en el informe, vuelve a exponerlos aunque esta vez es sólo un resumen; y, por si esto no fuese suficiente, el lector tiene la relación de los milagros que se incluye al final de la biografía. A la vista de todo esto ¿quién puede decir otra cosa sino "creo"? Pero Fray Luis tiene aún otra táctica psicológica que añadir; mover al lector a creer en ella mediante una censura suave pero severa al mismo tiempo. Su gran sabiduría le permite establecer comparaciones entre lo ocurrido a la priora de la Anunciada y otros hechos de naturaleza similar ocurridos en la vida de otros personajes de la historia.

Menciona una y otra vez a las personas que testimoniaron haber visto las heridas, insistiendo en su reacción ante lo que había presenciado. Aunque se había referido a todos los favores que tenían relación con la Pasión de Cristo, en una u otra parte, a lo largo de los tres primeros libros, vuelve a incluirlos, esta vez por orden cronológico comenzando en el año 1575 cuando ella recibió la corona de espinas. De este modo el lector conoce la relación completa de las formidables gracias otorgadas a la monja de Lisboa. Su estrategia ha consistido en dar tiempo al lector para que reflexione sobre cada factor en particular antes de verlos resumidos.

Esta obra revela también sus grandes dotes como estilista. Los dramas que describe resultan tan reales para la imaginación como si hubiesen sido puestos en escena. El Cristo que describe es el Cristo barroco de la escultura y pintura españolas; es el Cristo de los "pasos", de Semana Santa. Las escenas en que describe a Sor María en éxtasis, recuerdan la estatua de la Asunción en la Catedral de Chartres o a Santa Teresa en el momento de ser transverberada y también a las madonas estáticas de Murillo. Hay escenas en las que Fray Luis se vuelve tan artista como Bridan, Bernini o Murillo. Es igualmente hábil describiendo escenas de horror y perversidad. Sin embargo, en su mayor parte, sus historias están escritas en el estilo tradicional de las vidas de los Santos. Un hecho interesante es que casi todos estos dramas tienen el ambiente de lo milagroso. Si bien es verdad que escogió hechos de esta naturaleza para conseguir una actitud receptiva en la mente del lector; no obstante esta casi exclusiva preocupación por hechos prodigiosos en la vida de los Santos, más frecuentemente apócrifos que reales, es una nueva revelación en los escritos de Fray Luis.

La biografía está repleta de terminología mística, Fray Luis se remonta a cumbres jamás conocidas en sus restantes obras, cuando describe la bondad y vehemencia del amor del Esposo.

Un último rasgo de carácter que merece especial mención es la firmeza en sus convicciones, su casi irreductible, inquebrantable cualidad de aferrarse a lo que cree firmemente. Una vez convencido de la santidad de la monja, nada podía hacer vacilar su fe en ella. Su cuñado la había denunciado, notables y respetables personas expusieron sus sospechas acerca de la monja, un afamado teólogo la había desenmascarado, un sacerdote de su propia orden la había rechazado, pero Fray Luis nunca vaciló.

Mucho se ha escrito acerca de la gran debilidad de Fray Luis: su exceso de credulidad, y nadie puede negar que él tenía demasiada fe en los hombres. Probablemente fue engañado por Ana Rodríguez, incluso es posible que hubiese sido engañado por la monja Sor Ana de la Concepción. Esta credulidad sin embargo, al menos en lo que concierne a su fe en los fenómenos

espirituales de la vida de la monja de Lisboa, no es tan excesiva como a primera vista parece. Su fe intensa y firme descansaba en pruebas irrecusables. ¿No habían dado testimonio de haber visto sus llagas algunos de los hombres más renombrados en los círculos eclesiásticos, cosa que Fray Luis no podía hacer por estar casi ciego? ¿No habían testificado la inocencia de su vida 70 excelentes y fervorosas monjas con las que vivía en diario e íntimo trato? ¿No irradiaba su semblante una inocencia y pureza ultraterrena patente a cuantos la contemplaban? El mismo Fray Luis no pudo encontrar errores en las respuestas que dio la monja a sus preguntas sobre materias profundas y complejas. Pero, por encima de todas estas pruebas, la que ganó y mantuvo hasta el final la fidelidad de Fray Luis a la causa de la priora santa y sin la cual todos los testimonios anteriores no hubieran servido para nada, fue su constante y sólida humildad y sencillez. La humildad es la verdadera raíz y corazón de toda virtud. Aun los pecadores pueden obrar milagros; la razón fundamental por la que Fray Luis aceptó por primera vez la verdad de sus favores, fue porque la vió siempre sencilla, pura y humilde. Si ella se hubiese desviado alguna vez tan solo ligerísimamente de la senda de una constante sumisión y humildad, Fray Luis, que tan alto valoraba estas virtudes, se hubiese dado cuenta de que existía alguna falsedad. Afortunadamente para el mundo de las letras no fue así.

Entre todas las cualidades de Fray Luis que se revelan en esta obra, la que sobresale y le da mayor gloria es su familiaridad con las cosas divinas. Escribe con tal emoción y tal seguridad, con tan profundo conocimiento de las experiencias místicas de la célebre Sor María que el lector tiende a creer que es él mismo quien está experimentando todas las visiones y todos los tormentos sufridos al contemplar la Pasión, todos los éxtasis en los que el alma es retenida en un abrazo divino. Da la impresión de que es el mismo Fray Luis quien está sosteniendo los amorosos coloquios con Cristo, parece que es su alma la que se consume en las llamas del divino amor y su imaginación la que se enciende con amor extático ante la sola mención de una palabra o el mero vislumbrar de un objeto

relacionado con Cristo. En varias ocasiones se refiere al escondido maná conocido únicamente por aquellos que lo reciben. Este escondido maná significa la grandeza de las consolaciones divinas y el gozo del espíritu el cual excede a todos los placeres y delicias de este mundo. El hombre nuevo representa una convicción, un nuevo espíritu, una dignidad nueva que excede a todas las dignidades, honores y reinados de este mundo. Indudablemente él ha probado de este maná en toda su plenitud para haber escrito de este modo; siguiendo su teoría, si Fray Luis no hubiese saboreado el vino embriagador del Divino Amor, no hubiese podido comprender las experiencias místicas de la famosa Sor María. Ella fue el espejo en el que Fray Luis vio su propia imagen. Si en sus obras Fray Luis había cortado sus alas místicas, en este libro se remonta a la cumbre de la unión mística entre Dios y el alma. En estos últimos años de su vida se entrega sin reserva a un cántico espiritual de misticismo puro. Muchos años antes, su *Libro de Oración* fue retirado a causa del recelo a que dieron lugar algunos de los bellos pasajes tan parecidos a aquellos que encontramos en esta última y extensa obra. Pasajes que hablan del alma uniéndose a Dios en un desbordamiento de dulzura y amor; pasajes que establecen una comparación entre el amor del Esposo en el *Cantar de los Cantares* y el amor de Dios al alma (Colunga, "Ciencia Tomista", 19 (1914), 377).

Quedaba para la monja de Lisboa, a pesar de todo su engaño, hacer escribir a la pluma de Fray Luis, altezas tales que le sitúan muy cerca de Santa Teresa de Avila y San Juan de la Cruz por su exposición de la vida mística.

Como San Juan y Santa Teresa, Fray Luis ha logrado aquella delicadísima armonía, entre el hombre que cree y el hombre que escribe. Ha utilizado los elementos que constituyen un drama profundo. El drama que tiene lugar en lo más recóndito del corazón humano. El resultado ha sido una obra maestra.

Mucho antes de que Fray Luis comenzase a escribir sus biografías había empezado a faltarle la vista. Ya para 1565 tuvo que disponer de un amanuense porque había quedado medio ciego (*Obras*, ed. Cuervo, XVI, 461). En 1577 se describe a sí mismo como anciano y

enfermo y piensa que su trabajo ha terminado, aunque su deseo de escribir es todavía muy grande. Ya en 1581 él no pudo, siquiera, hacer el viaje desde Portugal para responder a un requerimiento de Felipe II. Por uno de sus ojos no podía ver absolutamente nada y por el otro casi nada. Expresó su temor de que no viviría lo suficiente para escribir el *Símbolo*. En 1583 deseaba únicamente emplear el resto de sus días preparándose para la muerte que él presentía estaba muy cercana. En 1586 escribe que, debido a una nueva fase de su enfermedad, no podía ver ni escribir. Sin embargo, fue en estos últimos años de su vida, atormentado por su enfermedad, ciego y esperando la muerte, cuando él compuso esta obra sublime y sin igual.

Fray Luis escribe con el mismo espíritu de las leyendas de los santos medievales, pero con destellos del retorno renacentista a lo particular. Sus defectos son los defectos de los biógrafos de la Edad Media. Está más interesado en enseñar que en describir las peculiaridades personales. Nunca se desvía de su ya conocido propósito: alabar a Dios en las profundidades del alma de sus siervos. Aun cuando no escribe nada falso, tampoco escribe todo lo que es verdad. Pasa por alto, en silencio, aquellas anécdotas que no edifican y, a menudo, aunque no siempre, utiliza las anécdotas con el propósito de montar sobre ellas sus reflexiones morales. Fray Luis contribuye en gran parte a la mentalidad de la época según la cual una persona sin la aureola de los fenómenos sobrenaturales difícilmente puede ser un santo.

Sin embargo, aunque centró toda su atención en la santidad de la monja Sor María, no desatendió la descripción de sus cualidades. Ella continúa siendo en lo fundamental un ser humano, llena de vitalidad y dinamismo. En sus anécdotas hay siempre algo nuevo y original, su conocimiento abarca el detalle y su interés es genuino. Su estilo está caracterizado por una clásica sencillez, elegancia, precisión, gravedad, claridad y viveza. Carece completamente de afectación. Su obra irradia bondad; Fray Luis es un biógrafo en el sentido moderno y en tal sentido ha creado una historia de la monja de Lisboa tal y como él la conoció. Además de las luces espirituales de incalculable valor, que esta biogra-

fía aporta, son las cualidades de amor, simpatía familiar, profunda comprensión y entusiasmo lo que le da un valor imperecedero. Indudablemente, si Fray Luis hubiese comenzado a escribir biografías cuando llegó al dominio pleno de su facultades, hubiese sido el más famoso biógrafo de su tiempo, de la misma manera que fue su orador y escritor ascético. La biografía sigue siendo para él uno más, entre los muchos métodos espirituales que utiliza para llevar al hombre hacia Dios.

Los historiadores no siempre se molestaron en señalar que Fray Luis fue tan sólo uno más entre los muchos reyes, cardenales, príncipes, nuncios, confesores y gente sencilla que fueron, asimismo, engañados y que no estaban ciegos como Fray Luis. Su credulidad no es tan censurable cuando se le juzga teniendo en cuenta el desorden religioso y político en el cual tuvo que desenvolverse. Se comprende más fácilmente por qué fue engañado por la sagaz priora, si se tiene en cuenta que desde los días de Escalaceli, cuando contaba solamente treinta años, había conocido muchos místicos, que fueron auténticos santos y murieron como tales.

Otras biografías de Fr. Luis

La vida de la monja de Lisboa no fue la única biografía que escribió Fray Luis ni tampoco Sor María la única mística que él conoció. Había escrito ya otras seis biografías antes que ésta, tres de las cuales eran de mujeres místicas: Sor Ana de la Concepción, doña Elvira de Mendoza y Melicia Hernández. Las biografías de estas tres mujeres desaparecieron de entre sus papeles el día de su muerte, y los biógrafos de Fray Luis las consideraron perdidas para siempre. Más tarde, sin embargo, se encontró una copia en los archivos del Corpus Christi de Valencia (*Obras,* ed. Cuervo, XIV, VII). Fray Luis tuvo la intención de publicar estas tres obras junto con una biografía que había escrito de Juan de Avila, pero nunca llegaron al público hasta que Cuervo las publicó en 1906 (Ib., p. 509).

Fray Luis creía que cada hombre debía escoger para

sí un modelo de perfección, un prototipo de su vocación particular. La razón fundamental para escribir las vidas de estas tres mujeres no difiere de la que le inspiró la redacción de todas sus biografías; a saber, colocar delante del lector ejemplos de personas santas que le indujeran a aborrecer el vicio y amar la virtud.

Escribió la vida de Melicia Hernández para avivar en la mente de su señora doña Cecilia de Meneses las memorias de su vieja y santa aya, para que ella imitara sus virtudes. Fue para animar, consolar y edificar a la condesa de Feria, amiga íntima desde sus días en Andalucía, ahora vieja y enferma y monja en un monasterio de Córdoba, que Fray Luis escribió la vida de doña Elvira de Mendoza, mujer noble, que asimismo había ingresado monja y había sufrido mucho. Escribió la vida de Sor Ana de la Concepción para servir de ejemplo a la hermana que le sobrevivió, doña Juana de Luna.

A todas estas mujeres las conoció después de su ida a Portugal. Trató probablemente a doña Elvira de Mendoza durante sus visitas a la casa de su esposo, don Fernán Martínez, en la villa de Montemayor (*Obras,* ed. Cuervo, XIV, 458). Conoció a Melicia Hernández cuando estuvo en Setúbal entre 1556 y 1560. Parece ser que fue su confesor. Murió en 1582, año en que sin duda Fray Luis escribió su biografía.

Sor Ana de la Concepción ingresó en el convento de Beja el mismo año en que Fray Luis pasó a provincial. Probablemente la visitó en Beja en sus viajes. Sin duda fue también su confesor. Sor Ana murió el mismo año que Sor María hizo los votos y tuvo su primera visión. Sor Ana se parece en muchos aspectos a Ana Rodríguez, cuya vida se propuso escribir Fray Luis (*Epistolario,* p. 47), y a quien se menciona en la vida de la monja de Lisboa. Ana Rodríguez, sin embargo, resultó ser una impostora como Sor María (Fr. Jaime Sánchez, *Vida de Sor Agullona,* prólogo).

Las biografías de estas tres mujeres, a todas las cuales conoció mucho antes de que Sor María fuese adolescente, revelan el concepto de oración de Fray Luis, especialmente de la oración mística y su aplicación a personas de diferentes estados sociales. Revelan igualmente su constante interés y fácil credulidad en

los elementos milagrosos de la vida de oración de estas mujeres.

En el sentido de que un místico es un enamorado de Dios todas las mujeres de quienes escribe Fray Luis eran místicas. A excepción de doña Elvira, que se detuvo poco antes del camino unitivo, todas aquellas mujeres eran favorecidas con visiones y revelaciones maravillosas. Todas ellas alcanzaron el estado de bendita unión con Dios, en el cual no hay otro amor que el amor de Dios, de quien estaban sedientas, deseosas, ansiosas y anhelantes.

Las vidas de doña Elvira y Melicia Hernández, entre otras cosas, sirven para ilustrar la convicción sostenida por Fray Luis a lo largo de toda su vida de que la vida de oración de las mujeres que viven en el mundo, ya sean casadas o solteras, nobles o plebeyas, no debiera diferir en gran manera de una vida de oración de una monja como Sor Ana de la Concepción. Se aferró a la firme convicción de que las mujeres de todo estado social podían y debían practicar la misma clase y grado de recogimiento e intimidad con Cristo. Antes se hizo notar que en 1559 su predilecto *Libro de la oración* fuė incluido en el *Indice de los libros prohibidos* porque recomendaba a todos en general la vida de oración que ilustraban estas biografías. Fue a esta misma doña Elvira a quien Fray Luis dedicó la primera edición de su *Libro de la oración*, ya que creía que era ella ejemplo de todo cuanto contenía. Este mismo tema apareció de nuevo en 1587, un año antes de que muriese, en su *Doctrina espiritual*. Los tratados contenidos en esta obra sirven igualmente para seglares y para religiosos, puesto que, "todos los que desean salvarse no tienen otro camino para esto sino proceder de virtud en virtud hasta ver el Dios de los dioses en Sión" (*Obras*, ed. Cuervo, XIV, 4).

Su opinión era que la meta común por la cual luchan todos los hombres es, como dice Santo Tomás, la caridad y Fray Luis reitera, que es ella "una amistad del hombre fundada en la compañía imperecedera". A este fin van dirigidos todos los estatutos y votos de la religión. El seglar que ha resuelto servir a Dios debe empezar, igual que la novicia que acaba de cambiar el mundo por el monasterio, por desarraigar todas sus malas

costumbres e inclinaciones y plantar en su hacienda las virtudes contrarias a ellas.

Doña Elvira vivió una vida tan recogida y ascética como leal amante y devota esposa, que pudo hacer la transición de la vida de seglar a la vida de una monja ferviente y mortificada a los quince días de la muerte de su esposo (Velado Graña, p. 353). En los comienzos de su oración doña Elvira, a semejanza de la monja de Lisboa, sintió la grandeza y hermosa suavidad de la devoción que Dios otorga a aquellos que elige para sí (*Obras,* ed. Cuervo, XIV, 413). La dulzura engendrada en su alma por la visitación del Señor hizo que todas las cosas mundanas perdieran su sabor. Ese es el dulce manjar de la divina consolación que el alma intercambia por el vino de los deleites de este mundo. Esta dulzura espiritual engendra un hambre y un deseo de más, y el alma se dispone a conseguirlo con los ejercicios que lo producen todavía con mayor fervor, esto es, la oración y meditación de las cosas divinas. Junto con esta dulzura llega un gran amor de Dios, que ha sido tan bueno para el alma, y con este amor viene un gran deseo de servirle. Para desarraigar el amor propio emprendió grandes ayunos y penitencias siempre acompañadas de oración. Como otra Judith vistió el cilicio de día y se lo quitó de noche. El lector reconocerá muchos pasajes como éste en la biografía de Sor María.

El amor transformado hacia Dios nunca se interfirió con el legítimo amor que debía a su marido. Cuando se sintió enfermo, ella le cuidó con el tierno cuidado de una fiel esposa; y cuando murió le lloró largamente como Santa Paula. Pero tal fue el gozo que experimentó después de haberse rendido enteramente a Dios tras la muerte de su esposo, que por todo lo que el mundo podía ofrecer no hubiera dado una hora de su nueva vida. Este concepto del amor marital y filial que desarrolla en las biografías de estas dos seglares se expresa más tarde en una carta que Fray Luis dirigió a la marquesa de Villafranca. Las mujeres casadas no debieran idolatrar a sus esposos ni a sus hijos. Deben tener presente que son hombres de carne mortal y caduca, sujeta a todos los accidentes, enfermedades y vicisitudes de los demás hombres y que Dios tiene las llaves de la vida y de la muerte, de la salud y de la

enfermedad. Reconociendo esto, las esposas y madres ofrecen sus seres queridos a Dios y se los entregan como regalos de sus manos en el tiempo que fuere servido. El primer amor de una mujer debe ser entregado a Dios "sin tasa y medida"; el segundo, al esposo "con tasa y medida, para que no ponga impedimento al de Dios, empapándose mucho en el marido y olvidándose de Dios" (*Obras,* ed. Cuervo, XIV, 511).

En términos parecidos escribió a la duquesa de Alba con ocasión de la muerte del Duque. Como confirmación de su tesis cita el caso de la hermana Sor María, Clemencia. Abandonó a su hijito, a quien se sentía profundamente ligada, para abrazar la vida de completa unión con Dios que la llamaba desde el riguroso monasterio de la Madre de Dios.

En las biografías de estas tres mujeres, al igual que en la de la monja de Lisboa, Fray Luis pretende mostrarnos la evolución de su vida de oración desde el momento en que la gracia les tocó hasta que se hubieron vaciado completamente de todo amor que no fuese el amor a Cristo.

La idea de un "llamamiento" palpable, particular, definido e irrevocable, que está presente en todas sus biografías, fue fruto de su experiencia tanto en su propia vida como en la de su íntimo amigo de siempre, Juan de Avila.

Fray Luis empieza la historia de las vidas de las dos mujeres seglares en ese preciso instante, cuando, bajo la influencia de la gracia, empieza a levantarse del plano de vida natural a vivir de forma sobrenatural, y continúa su historia espiritual hasta ese momento en que son absorbidas en Dios. Tiene cuidado en indicar el canal de la gracia en cada caso. El momento de la gracias para doña Elvira estuvo en consonancia con sus dotes como mujer noble y culta. La gracia le llegó a través de la lectura de buenos libros. No cabe duda de que fué el propio Fray Luis quien orientó el tipo de lectura que hizo doña Elvira.

La joven sirvienta Melicia sintió los primeros impulsos de la gracia cuando escuchaba los sermones de un predicador erudito sobre el tema del recogimiento. Aquí, también, el predicador es ciertamente Fray Luis. Desde el momento en que cada una de estas mujeres

fue "tocada del amor de Dios", por usar una frase repetida con frecuencia por Fray Luis, sus vidas comenzaron a cambiar, construyendo constantemente la gracia sobre la naturaleza.

Pero lo que más interesa al lector de la monja de Lisboa es la reacción de Fray Luis ante los fenómenos místicos que cada una de estas mujeres experimentó. Oyó de la propia Melicia sus visiones sobre el pie de Cristo crucificado, bañado en luz y goteando sangre. Deambulaba ella a veces "absorta en Dios con la fuerza del divino amor y con la novedad de esta suavidad" (*Obras,* ed. Cuervo, XIV, 425). Su muerte, como la que Fray Luis describe en la vida de sor Ana, fué ocasionada por un exceso del fuego de amor que ardía en su corazón. A su muerte tienen lugar milagros. Uno de ellos impresiona a Fray Luis tan profundamente que lo incorpora al *Símbolo de la fe* (B. A. E., VI, 375).

La contemplación de Sor Ana de la Concepción fue tal que también ella andaba absorta en Dios. Después de la comunión era arrebatada. La Sagrada Forma ardía en su interior como un carbón encendido. Su fervor fue en aumento y finalmente murió de hemorragia. Cosas místicas maravillosas ocurrieron también a su muerte. Su cama estaba rodeada de una luz tan clara que parecía un "hacha encendida" (*Obras,* ed. Cuervo, XIV, 409). Tres grandes círculos de fuego bajaron del cielo sobre el lecho en que murió. Tuvieron lugar otras muchas cosas "que no se pueden escribir, mas deben ser creídas" (*Obras,* ed. Cuervo, XIV, 409).

Al llamar la atención sobre estas gracias gratuitas Fray Luis pretendía inducir al lector a investigar las causas que produjeron estas cosas; es decir, el amor de Dios por sus hijos escogidos. Sin embargo la tenacidad e insistencia con que registra los hechos milagrosos en las vidas de estas mujeres indica hasta qué punto una creencia demasiado fácil en la existencia de estos fenómenos era parte de su ideosincrasia.

Hay que hacer notar otro hecho acerca de Fray Luis. Treinta años antes de que fuera a atestiguar los milagros, revelaciones y éxtasis de esta joven monja de Beja, había conocido a una doncella, doña Sancha Carrillo, que le había confiado sus experiencias místicas. Los primeros años en que estuvo fuera de Valladolid,

cuando él mismo llevaba una especie de vida contemplativa, y no tenía todavía treinta y dos años, conoció esta hermosa flor de la espiritualidad avilina. Esta joven había renunciado al servicio de la corte por hacerse esposa del rey celestial. Murió antes de 1539, pero no sin haber revelado antes a Fray Luis muchos secretos de su vida espiritual, que dejaron una impresión duradera en el alma sensible del gran fraile dominico.

Se ha escrito mucho sobre la gran influencia que Juan de Avila ejerció sobre el juvenil Fray Luis. Fue Juan de Avila quien escribió una biografía de su santa dirigida doña Sancha, en la que relataba los grandes favores, dones, consuelos y secretos que Dios le había comunicado, revelándole la hora de su misma muerte. Si Fray Luis hubiese tenido alguna vez alguna duda acerca de la realidad de las experiencias místicas en la vida de doña Sancha, Juan de Avila se la hubiese disipado.

Fray Luis conocía además, por la misma Santa Teresa, el carácter místico de su oración. También en este caso sabía por una carta escrita por Avila a Santa Teresa que éste consideraba los elementos místicos en su vida de oración como una obra de Dios. La vehemencia con que Fray Luis defiende a Sor María, muchos años después, de los ataques que se le hacen es un eco de lo que Avila había escrito a Santa Teresa para consolarla de la incomprensión de aquéllos que no podían entender su oración. ¿Quién puede decir cuanto influyó en los tratos con la seudomística María de la Visitación esta carta escrita a Teresa en 1568 por el hombre cuyo juicio era definitivo a los ojos de Fray Luis?

Hay una última amistad que merece mencionarse: la de doña Ana Ponce de León, condesa de Feria, que hemos citado antes. Era una mujer noble a quien Fray Luis trató durante cuarenta años y que era asimismo hija espiritual de Avila. También ella fue una mujer notablemente santa, cuyas visiones, revelaciones y manifestaciones sobrenaturales conocía Avila y habían sido confirmadas por él.

La biografía de Sor María de la Visitación fue la última de las muchas obras en que Fray Luis intentó definir e ilustrar su doctrina de la oración mística y

Sor María fue la última de los muchos místicos con quien había tratado durante su larga y santa vida.

A lo largo de estas cortas biografías Fray Luis mantiene una actitud amable, cordial, cálida y delicada hacia sus biografiados. Hace que el lector sienta su agudo y personal interés por ellos, el respeto y amor verdadero que por ellos tiene, y el gran orgullo que siente por su progreso espiritual. Del mérito literario de las obras de Fray Luis, E. Allison Peers dice esto:

"Fray Luis de Granada fué casi el primero de los grandes místicos que utilizan la lengua castellana como medio de expresión y no sólo ayudó a introducir la teología mística en romance sino que hizo en la lengua vernácula una exposición que merece citarse entre la más fina prosa de su tiempo... Elevó el lenguaje de los místicos españoles al reino de la atracción emocional del alma. Es eficaz como en ninguna otra parte cuando con creciente ardor y fuerza atractiva eleva a sus lectores del mundo creado que le rodea a un lugar más alto" (Peers, *Studies of the Spanish Mystics*, I, 74).

BIBLIOGRAFÍA

En este estudio, aparte de la referencia a obras catalogadas en la bibliografía que sigue al estudio preliminar anterior (págs. 106-112), se utilizan las siguientes:

Beltrán de Heredia, V., O.P., *Un grupo de visionarios y pseudo-profetas que actúan durante los últimos años de Felipe II*, en "Revista Española de Teología", 7(1947), 373-397. Colunga, Emilio, O.P., *Intelectuales y místicos en la Teología española del siglo XVI*, en "La Ciencia Tomista", 9(1914), 209 ss.; 12(1915), 377 ss. Íd., *Los alumbrados*, en "La Basílica Teresiana", n. 56 (febrero 1919), 40 ss. Huerga, A., O.P., *Summa of the Christian Life.* Selected texts from the Writings of Ven. Louis de Granda. St. Louis, Herder, 1954. Menéndez y Pelayo, M., *Historia de los heterodoxos españoles.* Madrid, 1947. Peers, E. Allison, *Studies of the Spanish Mystics.* London, 1929-1930. 2 v. Pfandl, Ludwig, *Introducción al Siglo de Oro.* Cultura y costumbres del pueblo español de los siglos xvi y xvii. Barcelona, Araluce, 1942. Robres, R., Ortola, J.R., *La monja de Lisboa. Epistolario inédito entre Fr. Luis de Granada y el Patriarca Ribera.* Castellón de la Plana, 1947. Cf. n. 36 de la bibliografía del estudio preliminar. Sánchez, Jaime, *Vida de Sor Agullona.* Valencia, 1607. Walsh. W.T., *Characters of the Inquisition.* New York, 1940

HISTORIA DE SOR MARÍA DE LA VISITACIÓN

por FR. LUIS DE GRANADA, O.P.

Se reproduce la copia conservada en la Biblioteca del Real Monasterio de El Escorial,
Ms. J-ij-14.

L. DE GRANADA, *Vida de Sor María de la Visitación*, f. 9 r. Bibl. del Escorial, Ms. J-ij-14.

(Sor María Visitación, entre págs. 146-147).

PRÓLOGO

EN EL CUAL SE DECLARA EL ARGUMENTO Y MATERIA DE LO CONTENIDO EN ESTA HISTORIA Y DE LOS FUNDAMENTOS QUE HAY PARA DAR CREDITO A LAS COSAS QUE EN ELLA SE ESCRIBEN

Costumbre fue de muchos insignes autores escribir las vidas de algunas personas notables que florecieron en sus tiempos, como lo hizo San Hierónimo, y San Gregorio en sus *Diálogos,* y Teodoreto en la *Historia religiosa,* y Paladio en la suya, y otros que sería largo de contar; y, si éstos no usaran de esta diligencia, careciera hoy la Iglesia de la edificación y fruto que de estas historias se recibe. Movíme por este ejemplo (aunque mi autoridad sea tan desigual), a escribir las vidas de algunas personas de gran virtud que en mi tiempo conocí y traté familiarmente,[1] pareciéndome que, no lo haciendo, cometía hurto contra la sangre de Cristo (de la cual proceden todos estos bienes) y contra la gloria de Nuestro Señor cuyas obras y maravillas dijo el ángel San Rafael a Tobías [2] que debían ser publicadas.

Y no faltan en nuestros tiempos por la bondad y providencia de Nuestro Señor, en diversas partes de la cristiandad, algunas personas de notable santidad que han dado y pueden dar materia de escribir a los que

1 *Vida del Beato Juan de Ávila, Vida de D. Fr. Bartolomé de los Mártires, Historia del Cardenal D. Enrique, Rey de Portugal, Vida de Sor Ana de la Concepción, Vida de Doña Elvira de Mendoza, Vida de Melicia Hernández.* Cf. *Obras,* ed. Cuervo, v. XIV, 211-434. Muchas páginas de la *Introducción al Símbolo de la fe* se mueven en el mismo ambiente hagiográfico.

2 Cf. Tob., 12, 7.

tovieren celo de la gloria de Nuestro Señor y de sus siervos. Porque en la ciudad de Valencia han florecido agora dos grandes varones, uno de la orden de nuestro padre Santo Domingo por nombre fray Luis Bertrán y otro de la orden del glorioso padre San Francisco, por nombre fray Niculás Factor, cuyas vidas ordenó Nuestro Señor que se escribiesen, y así se leen no sin mucho fructo y edificación de los fieles.[3] Y el mismo Señor, que honró / 2 r. a Valencia con estos dos santos varones, honró también a Lisboa con dos señaladas mujeres, una dominica, por nombre soror María de la Visitación, y otra de la tercera regla del glorioso padre San Francisco, por nombre Ana de las Llagas; y, lo que más es, a ambas señaló Nuestro Señor con las insinias de su sagrada pasión. Porque la dicha madre soror María de la Visitación tiene impresas en pies y manos y costado las señales de cinco llagas del Salvador, y la otra religiosa tiene encima del pecho esculpido a Cristo puesto en una cruz y el nombre de Jesús al lado, perfetísimamente fabricado de la misma carne, con letras grandes y bien figuradas, y esto de tal manera que, puesta una pasta de cera blanda encima de este lugar, queda lo uno y lo otro figurado, como por autoridad del Santo Oficio se verificó. De manera que Nuestro Señor, que en un mismo tiempo quiso que se hallasen juntos en la ciudad de Roma dos tan grandes santos como fueron Santo Domingo y San Francisco, fundadores de dos órdenes tan principales, quiso también que se hallasen en las dos ciudades susodichas, dos hijos y dos hijas ligítimos de ellos, que representasen muy bien la santidad de sus padres.

He dicho esto para que se entienda, que, pues agora es el mismo Dios que era entonces, no se haga increible a los hombres hacer El agora lo que entonces

3 En carta al Beato Juan de Ribera, arzobispo de Valencia, fechada en Lisboa, 18 de enero de 1583, alude a la primera con estas palabras: "Todavía soy vivo, aunque viejo y flaco, y así he acabado ya el oficio de escribir, y querría agora, dándome nuestro Señor su gracia, gastar eso poco que queda de vida, en aparejarme para el día de la cuenta, pues está tan cerca. Y para esto no ayuda poco el libro de la Vida del bendito Padre Fr. Luis Beltrán, que el P. M. Justiniano me envió, con que mucho me he consolado y maravillado de ver cómo aún en nuestros tiempos tiene nuestro Señor siervos que imiten las virtudes y maravillas de los santos antiguos." (*Obras*, ed. Cuervo, v. XIV, 492.)

hizo, pues no hay agora menor necesidad de hacer milagros y maravillas, en tiempo que la fe está tan menoscabada con tantes herejías y las vidas de muchos hombres estragadas con tantos vicios como lo estaban en aquel tiempo. Y costumbre es de Nuestro Señor acudir a su Iglesia en tiempo de la mayor necesidad, pues ella ha de durar hasta la fin. De esta manera acudió a su Iglesia en tiempo de la ley (cuando las cosas estaban más caidas) con profetas santísimos y con Reyes religiosísimos como fueron David, / v. Miqueas y Josías y otros semejantes. Y por esto no es cosa extraña criar Nuestro Señor personas tales que con su mérito y oraciones detengan su ira y con el ejemplo de sus vidas despierten los negligentes y con la virtud de sus milagros sustenten la fe.

Pues, por ser tan grande el fructo de semejantes leturas, confiado en la misiricordia de Nuestro Señor, tomé a cargo escribir la historia de nuestra virgen, así por razón de ser de mi orden como por haber tenido yo particular noticia de sus cosas,[4] y porque las que de ella hay que escribir son muy grandes y muy extraordinarias, mayormente para la condición de nuestros tiempos en los cuales no hay tanta santidad como en los pasados.

Para que no tropiecen aquí los que esto leyeren, diré de la manera que supe todo lo que aquí escribo. Porque primeramente el Padre Fray Pedro Romero que era su confesor[5] (a quien ella como a su ligítimo juez daría cuenta de los favores que de Nuestro Señor recibía) me la daba también a mí y yo la asentaba por memoria para escribirla más de propósito en su lugar. Después de esto el Padre Provincial de esta provincia mandó a esta virgen por obidiencia escribiese por su mano todos los favores que de Nuestro Señor había recibido, lo cual ella mucho tiempo rehusó, recelando que esta escriptura se había de publicar; mas, todavía apretada por el perlado, hizo lo que le mandaban y así escribió un cuaderno de tres o cuatro pliegos de

4 La información del P. Granada, a pesar de haber estado en Lisboa todo el tiempo que fue tenida por santa la Priora de la Anunciada, no fue tan directa como era de desear.

5 Entre los confesores de Sor María de la Visitación aparece también Fr. Juan de las Cuevas, que formó en la comisión del Santo Oficio, 9 agosto de 1588.

estas cosas, el cual después se me entregó y las cosas de él puse en los lugares de esta historia, a que pertenecían. Después de esto, porque era muy penoso a esta virgen escribir por su mano, por razón de la llaga y clavo que en ella tiene, diose esta orden por el perlado: que ella diese cuenta a su confesor de estas cosas, el cual las escribe fielmente de la manera que las oyó a ella y, para ratificarse [6] en lo escripto, las vuelve / 3 r. a leer a esta virgen y ella borra cualquier palabra o cosa que desdiga de lo que pasó. Y es cosa notable ver el sentimiento y alegría que recibe, cuando con esta letura le remueven la memoria de estas cosas, de las cuales no tenemos otro testimonio sino habellas ella testificado y ratificado [7] de la manera que decimos; y cuán firme sea este testimonio adelante se declarará. Y es cosa muy notable ver la simplicidad y llaneza y cuán sin encarecimiento, da cuenta esta virgen a su confesor de los favores que recibe de Nuestro Señor, porque, aunque a los principios recibía gran pena y vergüenza de esto, pero después, con la familiaridad y confianza que tenía del secreto de su confesor, comenzó a declararse más; pero esto como dije, tan sin engrandecer sus cosas y los favores que de Dios recibía, como si contara otra cualquiera cosa en que fuera poco. De suerte que, como el santo José contaba con grande simplicidad los sueños que había soñado, mas el padre tácitamente consideraba lo que aquello pesaba, así también cuenta ella con toda simplicidad sus cosas, mas los padres espirituales ponderan lo que aquello es. Lo cual me parece que procede, o de haberle dado Nuestro Señor esta simplicidad y humildad, o de la costumbre tan frecuente [8] que tiene de andar siempre transportada de Dios gozando tan a la continua de estos favores. Y así me parece que le acaeció como a un hombre pobre que, cuando llega a la casa de algún príncipe, si acaso le dan algunos relieves de los majares y del vino de la mesa del señor, no se harta de alabar el gusto y precio de lo uno y de lo otro mas los señores que están acostumbrados a estos regalos no

6 retificarse, ms.
7 retificado, ms.
8 frencuente, ms.

hacen ya caso / v. de ellos. Lo mismo en su manera podemos decir de esta virgen,[9] por estar acostumbrada de muchos años a gozar de tan grandes favores, que a otros serían materia de grande y nueva admiración, mas a ella no lo son por la costumbre, y así da tan llanamente cuenta de sus cosas como si la diese de las ajenas.

I. [*Responde a algunas cuestiones*]

Agora me pareció satisfacer a algunas dubdas o preguntas que los letores podrán hacer acerca de lo que aquí leyeren. Y primeramente porque aquí se escribe que muchas veces el Esposo Celestial aparecía a esta virgen y rezaba alguna hora del Oficio divino familiarmente con ella, como se escribe de Santa Catalina de Sena, dubdaría alguno si realmente era la persona del mismo Cristo, porque por alguna parte parece que sería algún ángel que representase la persona del mismo Señor, como en los tiempos pasados apareció a los Padres antiguos. Porque, aunque el que dió la ley en el monte Sinaí, puesto caso que se llama Dios, no era sino ángel que representaba la majestad y persona de Dios y así era tratado y reverenciado como tal, de la manera que vemos hablar por alteza a los oidores cuando están en sus estrados porque representan la persona real; mas por otra parte, considerando que ya el Hijo de Dios humanado tiene verdadero cuerpo puédese decir que El mismo sea el que aparece, porque no es cosa nueva haber aparecido El, después que subió al cielo, a algunos santos, como apareció a San Pablo, según él lo testifica.[10] Y este aparicimiento no fue con visión imaginaria, sino con la real y verdadera presencia del cuerpo de Cristo, ca por este aparecimiento pretende el apóstol / 4 r. probar la verdad de la resurrección del Salvador y por ella la de nuestros cuerpos. Esto dice Santo Tomás,[11] y Cayetano en el mismo lugar.

9 porque, ms.
10 Cf. 1 Cor., 15, 8.
11 S. TH., *Summa theol.*, 3, q. 57, a. 6 ad 3. Los teólogos opinan que a nadie, después de la aparición a San Pablo, se le ha mostrado en su real y verdadera presencia física el Cuerpo de Cristo.

Cuéntase también en esta historia, después de haber tratado de las virtudes y ejercicios espirituales de esta virgen, muchos y diversos aparecimientos de Nuestro Señor y de su bendita Madre y de algunos santos, las cuales señaladamente acaecieron en las fiestas principales que celebra la Iglesia. Porque como en los tales días esta virgen se dispone a celebrarlas con mayor devoción y recogimiento, así Nuestro Señor, que nunca niega su favor y gracia a quien se dispone para ella, le correspondía con alguna especial visitación con que le representaba alguna cosa notable del misterio de aquella fiesta, con que encendía el corazón de esta virgen en su amor. Mas en otros aparecimientos (demás de éstos) pretendía este Esposo, como maestro de las virtudes, inducirla a alguna de ellas, como a la virtud de la humildad, de la paciencia, del amor de la cruz y de los trabajos y a la desconfianza en sí y confianza en Dios, del conocimiento de su propria vileza, lo cual sirve grandemente para el provecho de los lectores; por lo cual tuve más cuidado de escribir estos aparecimientos que los otros, porque sirve más para la edificación de nuestras ánimas.

Mas, para entender de la manera que son estos aparecimientos y visiones, es de saber que unas veces se hacen interiormente, infundiendo Dios en el ánima las especies e imágenes de las cosas de que quiere representar, lo cual se hace en los raptos; otras veces, estando la persona en su acuerdo, se forman estas mismas especies e imágenes exteriormente en el aire, mediante las cuales la persona ve [12] lo que Nuestro Señor le quiere representar. / v. Algunos habrá que extrañen tanta manera de aparecimientos como en esta historia se cuenta. A esto fácilmente respondemos que Nuestro Señor comenzó a hacer especiales favores y mercedes a esta virgen dende la víspera de su profesión (como adelante veremos) y de esta manera ha continuado con ella, dende este tiempo, que fue dende los diecisiete años de su edad; y, siendo ella agora, al tiempo que esto se escribe, de treinta y siete, son ya pasados veinte años en que estos favores y mercedes se han continuado, unas veces más frecuentemente y otras menos, como El

12 o es, ms. Cf. S. TH., *Summa Theol.*, 2, 2 q. 173, a. 3.

era servido. Y, como se lee en dos horas lo que pasó en tantos años, parece mucho; lo cual, mirado cuando ello acaeció, no lo es; y por esta causa, en algunas cosas de esta historia, procuraremos señalar, cuanto nos sea posible, los años en que algunas de estas cosas acaecieron.

Otros habrá que, considerando lo dicho, no extrañen tanto la muchedumbre de las cosas como la grandeza de algunas de ellas, como son los éxtasis [13] tan frecuentes, los levantamientos en el aire, los milagros que se hacen con cosas suyas y con el agua en que ella mete las manos, y otras cosas semejantes, alegando que no se leen tales y tantas cosas en las vidas que tenemos de los santos pasados. A esto primeramente respondo que en la Iglesia hay muy pocas vidas de santos, aunque sean muy grandes santos, que estén escriptas a la larga. Porque no hay otros mayores santos que los apóstoles y, sacado el apóstol San Pablo, cuya peregrinación [14] se escribe en los Actos de los apóstoles, y un poco del apóstol San Pedro, que ahí también se escribe, casi nada tenemos escripto de ellos, si no es el lugar donde pedricaron y el martirio que padecieron; y es de creer que no padecieron ellos menores trabajos que el apóstol San Pablo. Y de algunos mártires / 5 r. gloriosísimos (como fueron San Lorenzo y San Vicente) no está más escripto que los tormentos que padecieron; y es de creer que estaban ellos antes fundados sobre firme piedra [15] y consumados en toda virtud, pues tan grandes avenidas y crecientes de ríos no fueron parte para irritarlos. Y lo mismo digo de otros mártires fortísimos, porque no hubo quien se aplicase a escribir sus vidas, por las cuales alcanzaron tan grande fe y constancia, y muchas de ellas se perdieron por las persecuciones de los tiranos que mandaban quemar todos nuestros libros. Verdad es que de los santos que fueron fundadores de las religiones (como fueron Santo Domingo, San Francisco, San Benito, San Bernardo y otros), algunos tenemos sus vidas escriptas a la larga dende el principio hasta el fin de ellas, porque sus hijos procuraron saber las virtudes y

13 extases, ms.
14 prerenigración, ms.
15 Cf. Mt., 7, 24.

ejercicios de los padres que habían de imitar, mas en pocos otros se hizo esta diligencia. La vida de Santa Caterina de Sena escribió su proprio confesor[16] y, si él no se despusiera a tomar este trabajo, quedaran[17] sepultadas en perpetuo silencio tantas maravillas como de ella se escribe, que tanto nos declaran la bondad y suavidad[18] de Dios para con las ánimas puras y humildes. Y a esta santa reveló Nuestro Señor que le era igual en la gracia y en la gloria una virgen llamada Inés (cuya sepoltura fué esta virgen a visitar) y, con todo eso, nada sabemos de ella, porque no se ofreció nadie a escribirla; y conforme a esto se suele decir que antes del rey Agamenón hubo hombres esforzados, pero no tenemos noticia de ellos, porque no hubo poetas que escribiesen sus proezas y valentías.

Y demás de esto, para confirmar la fe de las cosas que aquí se escriben, y para que nadie las tenga por increíbles, escribí el primer libro de esta historia, en el cual / v. procediendo por los prencipales santos del Viejo y Nuevo Testamento hasta llegar a Santa Catarina de Sena, reconté las grandes maravillas que Nuestro Señor obró con ellos, las cuales, si no estovieran autorizadas[19] con la Escriptura divina, parecieran increíbles. Para que se entienda que, pues es agora el mismo Dios que era entonces, (el cual no se muda con los tiempos), no se tenga por increíble hacer El agora algo de lo que hizo entonces, pues no está abreviada su mano con todo cuanto tiene hecho, para no poder hacer mucho más.

Pero, aunque esta razón sea muy grave otra hay más urgente y perentoria, que son los milagros que esta virgen tiene hechos, los cuales están con toda solemnidad procesados y averiguados. Visto que con sólo este argumento y testimonio se satisface la Iglesia para canonizar[20] los santos, mas esta virgen, demás de este testimonio, tiene otro no menor, que es la impresión de las llagas de nuestro Redentor, y en pies y manos y costado. Y las de las manos están patentes a todo el

16 Raimundo de Capua.
17 quedaron, ms.
18 suabiadad, ms.
19 autoricidas, ms.
20 canocar, ms.

mundo, mas las de los pies y costado han visto los perlados y su confesor, porque para cosa tan grande hubiese testigos de tanta autoridad.

Con este testimonio se junta otro no menor, que son las cinco gotas de sangre que le salen cada viernes de la llaga del costado, puestas en una perfectísima figura de cruz, lo cual consta ser un grande milagro y más tantas veces en cada semana repetido y, lo que más es, no sabido por relación de otros sino por vista de ojos, como lo han visto religiosos y legos y hasta un moro muy principal que quiso saber esto, el cual, dando a esta virgen un pañito delgado y poniéndolo ella en presencia / 6 r. de él, sobre esta llaga, salieron estas cinco gotas en la figura sobredicha, de que el moro quedó espantado, confesando que esta mujer era santa.

Concluyendo, pues, esta parte, digo que, si un solo milagro verdadero es bastante argumento para creer los misterios de la fe, cuánto más debe bastar tantas maneras de milagros para tener por verdad lo que en esta historia se escribe, por nueva y extraordinaria cosa que parezca.[21]

Mas aquí quiero advertir al cristiano letor que no entiendo escribir esta historia secamente y desnuda, sino apuntando, aunque brevemente, los avisos y dotrinas que se sacan de las cosas que se van relatando, porque no es de todos saber filosofar en las cosas que se escriben en las vidas de los santos, por lo cual conviene que el historiador se haya en esto como la madre, que da el manjar mastigado al niño, cuando él no tiene aún dientes para ello. Porque por esta causa son alabados en el libro de los Cantares[22] los dientes de la Esposa que es la Iglesia, porque ella es el ama y la madre que con los dientes espirituales de los santos dotores dá mastigado el manjar de la dotrina a los hijos espirituales que cría.

II. [*División y argumento de esta historia*]

Esta historia, cristiano letor, va repartida en cuatro libros: *en el primero* se trata de todo lo que sirve

21 parecia, ms.
22 Cant., 4, 2; 6, 5.

para hacer fe de las cosas que en ella se escriben y juntamente de la edificación y fruto que de ella se debe sacar. / v.

Y, cuanto a lo primero, se pone un memorial de los previlegios y maravillas que Nuestro Señor ha obrado con muchos de los santos pasados, comenzando dende Moisén hasta Santa Catalina de Sena, para que nadie tenga por cosa increíble hacer Dios agora lo que hizo entonces, pues es agora el mismo que entonces era; donde se pone la relación de la vida y milagros de esta virgen que por parte del Príncipe Cardenal y del Santo Oficio fue inviada a Gregorio XIII con los milagros que de esta relación se coligen.

En el segundo libro se trata de los ejercicios espirituales, que son oraciones, vigilias, ayunos, cilicios, disciplinas y otras obras penitenciales con que esta virgen se disponía para recibir acrecentamiento de la divina gracia y de los favores del Esposo; y juntamente se trata de sus virtudes, conviene a saber, de su mansidumbre, humildad, simplicidad, obidiencia, caridad, paciencia y fortaleza para padecer trabajos.

Mas *en el tercero* se cuentan los grandes favores y mercedes espirituales que por estas virtudes y ejercicios recibió de Nuestro Señor y también de algunas visiones y aparecimientos que tuvo.

En el cuarto libro se escriben los milagros que Nuestro Señor fué servido de hacer por los méritos de esta virgen.

Todo ello va sujeto a la corrección de la Santa Madre Iglesia / 9 r.

LIBRO PRIMERO

DE LO QUE SIRVE PARA HACER FE, EN EL CUAL SE TRATA DE LO QUE SE ESCRIBE EN ESTA HISTORIA Y AQUÍ TAMBIÉN SE TRATA DEL FRUTO QUE SE SACA DE ESTA PIADOSA CONSIDERACIÓN

Capítulo I

EN EL CUAL SE DECLARA CUÁN ADMIRABLE SEA DIOS EN SUS SANTOS, ESTO ES, EN LOS GRANDES FAVORES QUE LES HACE, Y CÓMO, AUNQUE ELLOS SEAN ADMIRABLES, NO POR ESO SON INCREÍBLES

[*Dios es admirable en sus Santos*]

MIRABILIS *Deus in sanctis suis.*[23] En estas breves palabras nos da el profeta David copiosa materia de consideración y nos declara uno de los principales medios que hay para levantarnos al conocimiento de nuestro Criador. Para cuya declaración presupongo que la más excelente ocupación y más alto ejercicio en que se puede emplear una criatura racional es levantar los ojos a considerar la más alta cosa que hay en el mundo, que es el Sumo Bien, en quien están y de quien proceden todos los bienes. Y, como sea verdad que no pueda nuestro entendimiento en esta mortalidad conocer este sumo bien en sí mismo sino en sus obras, para esto nos sirven dos géneros de obras suyas, que son las obras de naturaleza que sirven para la sustentación de nuestros cuerpos, y las de gracia que se or-

23 Ps., 67, 36.

denan a la santificación de nuestras ánimas; donde es de saber que los santos varones hacen escaleras de las unas y de las otras obras para levantarse a la contemplación de su Criador, como parece claro en muchos de los salmos donde se trata de las unas y de las otras obras. Pero lo más común es proceder por las obras de gracia, las cuales, cuanto son más excelentes, tanto nos dan mayor luz, para subir al conocimiento del autor de ellas. Porque las obras de naturaleza principalmente nos dan conocimiento de la omnipotencia y sabiduría y providencia que este señor tiene de sus criaturas; mas las obras de gracia, demás de esto, nos dan conocimiento de la bondad, / v. de la caridad, de la misiricordia,[24] de la justicia y de la suavidad y benenidad de nuestro Dios para con los hombres, y señaladamente de la providencia paternal que tiene de sus espirituales hijos, porque éstos dice El *que trae dentro de sus entrañas y que los tiene escriptos en sus manos*[25] *y que tiene contados sus güesos*[26] *y cabellos*[27] *y que si cayeren no se lastimarán porque El pondrá su mano debajo para que no se lastimen,*[28] *en éstos dice que tiene puestos sus ojos, y sus oídos en las oraciones de ellos,*[29] *y de éstos dice que quien los tocare, toca a El en la lumbre de los ojos*[30] *y que a los ángeles tiene mandado que los traigan en las palmas de las manos para que no tropiecen sus pies en alguna piedra,*[31] y después de todos estos favores, viene finalmente a decir que *sus deleites son estar con ellos.*[32] ¿Qué cosa se puede decir más tierna y más regalada que ésta? Pues por éstos y otros semejantes favores se ve cuánta razón tuvo el profeta para decir que era *Dios admirable en sus santos,*[33] pues tal cuidado tiene de ellos y tales regalos les hace. Pues ¿qué diré de las honras con que los honra, aun en este lugar de destierro? Porque no sólo los honra en su vida, sino también después de ella;

24 Cf. Is., 4, 2-6.
25 Cf. Is., 49, 15-16.
26 Ps., 33, 21.
27 Mt., 10, 30.
28 Ps., 36, 24.
29 Ps., 33, 16.
30 Zach., 2, 8.
31 Ps., 90, 11-12 (No el 96 citado en el ms.).
32 Prov., 8, 31.
33 Ps., 67, 36.

y no sólo en sus cuerpos sino también en los andrajos y retazos de sus vestiduras; y no sólo en sus personas proprias sino también en sus hijos y descendientes, aunque sean malos, por respeto de sus padres que fueron buenos, como parece en los hijos de Loth y Abrahan, etc.[34]

Pues del conocimiento de Dios que se alcanza por estas obras de gracia se enciende en los corazones devotos la caridad y amor para con Dios; y, vista la bondad y blandura con que trata sus fieles siervos, nace también de aquí una grande confianza, viendo que, pues este señor *no es aceptador de personas*[35] y que no sólo está aparejado para acudir a quien le llama / / 10 r. sino que también, como dice San Juan,[36] *llama a nuestra puerta,* por aquí viene el hombre a confiar que, si él por su parte se dispusiere, no negará a él lo que concede a los otros. También con esto se aviva la fe y el crédito de los favores que Nuestro Señor hace a sus amigos, considerando los muchos que en diversos tiempos les ha hecho. Más, allende de esto, en las ánimas de los que son verdaderos humildes causan estos favores una grande admiración de aquella Suma Bondad. Porque, como ellos se tienen por unos viles estropajos del mundo y por indignos de toda consolación, cuando ven que aquella altísima majestad se inclina a visitarlos y consolarlos y darles prendas de su amistad, no acaban de maravillarse y espantarse de esta tan grande bondad; y con esto crece en ellos más el amor y reverencia para con El.

Pues todos estos fructos susodichos se siguen de la consideración de las obras de gracia, las cuales señaladamente resplandecen en las historias y vidas de los santos; y tanto más cuanto ellos fueren más vecinos a nuestros tiempos, porque mucho más nos suelen mover las cosas presentes que las pasadas.

Mas cuanto ellas son más poderosas para movernos, tanto son más dificultosas de creer, mayormente de las personas poco espirituales y devotas. Mas las que no lo son y han ya experimentado *cuán suave sea nuestro Dios*

34 Deut., 2, 19.
35 Act., 10, 34.
36 Apoc., 3, 20.

y cuán bueno para los buenos,[37] no tienen esta incredulidad, porque ya tienen prendas y conjeturas de la amistad de Dios para con sus fieles amigos. Mas los que no han llegado aquí, y juzgan más las cosas por su ciega razón que por espíritu de Dios, no dan crédito a estas cosas. Debrían éstos de humillarse y no querer ser jueces de las cosas que nunca experimentaron y por tales los recusa el apóstol / v. cuando dice [38] que *el hombre que es aun animal no entiende las cosas del espíritu de Dios,* porque tal espíritu ha de tener el que las ha de juzgar. Si un hombre (como dice S. Bernardo) no sabe la lengua griega ¿cómo entenderá al que habla en esa lengua? De donde infiere que tan lejos estará de entender el lenguaje del amor divino quien no lo ha probado como de entender a el que habla en griego quien no aprendió la lengua griega.

Pues ya la grandeza de la dolzura espiritual con que Dios regala a los que se afligen por El, ¿cómo la conocerá, pues dice David,[39] *que la tiene El escondida para los que le temen*? Y la grandeza de la paz interior con que El da [39a] cumplido reposo a los corazones de sus amigos, ¿cómo la conocerá el hombre sensual, pues el apostol dice [40] que *sobrepuja a todo entendimiento y sentido*? Pues el nuevo ser y nueva virtud que Dios da con abundante gracia al hombre justificado, ¿cómo éste lo conocerá, pues dice S. Juan [41] que *nadie lo conoce sino aquél que lo recibió?*

[I. *En los Santos del Viejo Testamento*]

Y, si todos estos testimonios no bastan para humillar y convencer los incrédulos, debe de bastar el ejemplo de los santos de que hacen mención las Santas Escripturas, donde verán cosas que, a no estar testificadas en ellas, no fueron creídas. Por lo cual no será sin propósito ni sin fruto proponer aquí algunos de estos ejemplos, no sólo para hacer fe de las cosas nuevas con el

37 Cf. Ps., 33, 9; Sap., 12, 1.
38 1 Cor. 2, 14.
39 Ps., 30, 20.
39a dada, ms.
40 Philip., 4, 7.
41 Cf. Jo., 1, 10-12; Apoc., 3, 20.

ejemplo de las viejas, mas para que veamos cuán admirable, cuán glorioso y cuán digno de ser amado y alabado sea Dios en todos sus santos.

Y, dejados los antiquísimos ejemplos de la ley de naturaleza, comencemos por la ley de escriptura en la cual / 11 r. trató Dios más familiarmente con los hombres. El promulgador de esta ley fue Moisén. Pues ¿quién contará las maravillas que obró Dios por este profeta? Y, dejadas aparte las que obró en la tierra de Egipto, [42] ¿qué cosa más admirable que con el golpe de un[a] vara abrir los mares para que pasase a pie enjunto [43] el pueblo de Israel y volvellos a cerrar con ella para ahogar el ejército de Faraón que los siguía, porque por justo juicio de Dios muriesen ahogados en las aguas los que a los niños inocentes ahogaban en ellas? [44] El mismo, tocando [45] con esa vara en una peña, sacó de ella un río de agua viva.[46] El mismo, no por una sola vez, sino por dos,[47] estuvo cuarenta días en el monte con Dios, sin comer y sin beber y sin dormir, trayendo consigo dos tablas en que estaba escripta la ley con el dedo de Dios; y del mismo se escribe que *conversaba y hablaba con Dios tan familiarmente como un amigo con otro.*[48] Pues ¿qué cosa más admirable? Dejo otras muchas grandezas y maravillas que hizo cuarenta años que anduvo con aquel pueblo en el desierto [49] que sería cosa muy larga de contar, mas éstas bastan para que se vea cuán admirable sea Dios en sus santos.

Pues ¿qué diré del criado de este profeta que fue Josué? El cual detuvo las aguas corrientes del río Jordán para que pasase el pueblo a pie enjunto por la madre del río y, corriendo las aguas inferiores para abajo, las que venían de lo alto iban creciendo y haciéndose una grande montaña, hasta que todo el pueblo pasó.[50] Y, si es cosa admirable, ¿cuánto más lo es haber hecho este capitán detener el sol por espacio de tres horas

42 Cf. Ex., 4, 2 ss.; 7-11; 12, 29 ss.
43 Cf. Ex., 14, 21-31.
44 Cf. Ex., 1, 22. (Núm. 20, 15.)
45 tucando, ms.
46 Cf. Ex., 17, 1-7.
47 Cf. Ex., 24, 18; 34, 28. Deut., 9, 9.
48 Ex., 33, 11.
49 Cf. Ex., 15, 22; 16, 13 ss., etc. Núm., 20.
50 Jos., 3, 16-17.

en medio del cielo, *obedeciendo Dios* (como dice la Escritura) *a la voz de un hombre*? [51] Y no menos lo es sino más lo que leemos del profeta Esaías,[52] porque aquél hizo detenerse el sol por espacio de estas tres horas, más éste le hizo volver diez horas atrás.

Vengamos, después de Esaías, a los otros profetas / v. entre los cuales era muy señalado Elías, el cual juntamente con Moisén apareció en la transfiguración del Señor [53] con grande resplandor. Pues ¡qué cosas tan admirables cuenta de él la Historia Divina!: él caminó otros cuarenta días sin comer ni beber hasta llegar al monte de Dios; [54] él mandó por dos veces bajar fuego del cielo y quemar a dos capitanes cada uno con cincuenta soldados que le venían a prender,[55] él ardía tanto con el celo de la honra de Dios que, viendo a su pueblo dado al culto de los ídolos, hizo oración a Dios pidiéndole que no lloviese por tres años y seis meses.[56] juzgando por indignos de la vida y del rocío del cielo a los que ofendían al señor del cielo; y entendía el santo profeta que perecían las gentes y se caían los hombres por las calles muertos de hambre, y nunca por eso se dobló a revocar la petición que había hecho; y, en este tiempo en que las gentes perecían de hambre, tenía Dios cuidado de dar de comer a su Profeta enviándole cada día con un cuervo pan y carne a la mañana y pan y carne a la noche.[57] ¿Quién creyera esto, si ahora se dijera? Pues aún más admirable es lo que de él escribe, que lo arrebató Dios con un torbellino, sobre un carro de fuego [58] y no sabemos a dónde lo llevó, con todas las otras circunstancias anejas al hombre que tiene vida, como es de creer que él la tenía.

Ni es menos admirable la vida de su criado Eliseo, pues toda ella está llena de milagros, entre los cuales se refiere uno más admirable y éste fue que, habiendo muerto ciertos ladrones a un caminante y escondiéndolo en la sepultura de este profeta, en tocando el re-

51 Jos., 10, 13-14.
52 Is., 38, 8.
53 Mt., 17, 3.
54 3 Reg., 19.
55 4 Reg., 1, 9-13.
56 3 Reg., 17, 1-7; Jac., 5, 17-18.
57 3 Reg., 17, 6.
58 4 Reg., 2, 11-14.

cién muerto a los güesos del Profeta muerto, luego resucitó.[59]

Entre los profetas mayores el cuarto es Daniel cuya historia contiene muchas cosas de grande admiración, / 12 r. mas una sola diré; y es que habiéndolo echado los moradores de Babilonia en un lago donde estaban siete bravos leones para que lo despedazasen y comiesen, porque él había destruido los ídolos de ellos, estuviéronse seis días los leones rabiando de hambre sin tocar en el manjar que tenían delante, y él, en medio de estas bestias, seguro y regalado con esta maravillosa providencia de Dios. Y al sexto día apareció un ángel al Profeta Habacuc, que estaba en Judea y a la sazón llevaba de comer a unos segadores, y *díjole el ángel: lleva esa comida a Babilonia, a Daniel, que está en el lago de los leones. Respondió el profeta: Señor, no sé dónde es Babilonia, ni es el lago. Entonces el ángel le tomó por un cabello de la cabeza y en un momento le puso en Babilonia sobre aquel lago. Dijo entonces Habacuc: Daniel, siervo de Dios, toma esta comida, que te envía Dios. Respondió entonces Daniel* (creo que con muchas lágrimas y ternura de corazón) *diciendo: Acordástete de mí, Señor mío, y no desamparaste a los que te aman. Tomó pues la comida y comió; y el ángel volvió a Habacuc a su lugar.* Sabida pues esta maravilla, el rey sacó a Daniel de aquel lago y mandó echar en él a los que habían revuelto aquella tela, los cuales fueron despedazados por los leones en el aire, antes que llegasen al suelo. Pues ¿quién no alabará a Dios, viendo el regalo de esta providencia para con su fiel siervo?[60]

Pues lo que hizo Dios para consuelo y remedio del Santo Tobías fuera increíble, si no estoviera expreso en la Santa Escriptura. Porque, pudiendo él remediar la pobreza y trabajos de este santo por muchas maneras, escogió una tan extraordinaria que fue enviar un ángel,[61] y no cualquiera / v. sino uno de los siete que

59 4 Reg., 13, 20: Compárese el texto de Granada con la Vulgata: *Mortuus est ergo Eliseus et sepelierunt eum. Latrunculi autem de Moab venerunt in terram in ipso anno. Quidam autem sepelientes hominem, viderunt latrunculos, et proiecerunt cadaver in sepulchro Elisei. Quod cum tetigisset ossa Elisei, revixit homo, et stetit super pedes suos.*

60 Dan., 14, 30-42.

61 Cf. Tob., 5, 5 ss.

asisten ante la presencia divina, en figura humana, vestido a modo de caminante, para que fuese con el hijo de este santo varón muchas leguas de camino por ventas y mesones; asentándose con él a la mesa y platicando con él todo el camino. Y, después que llegó a casa de Raguel, pariente del Santo Tobías, y concertó [62] el casamiento del mozo con una hija de él muy honrada, librándola del demonio [63] que le mataba todos los maridos con quien casaba, hecho esto, rogóle el mancebo que tomase cuatro criados de casa y dos camellos y fuese a cobrar el dinero que a su padre se debía.[64] Y, andado este camino con los mozos y con los camellos, volvió al mancebo con el dinero cobrado, y así le acompañó hasta entregarlo en las manos de su padre, dándole la vista que había perdido.[65] Y, acabada esta jornada, descubrió el santo ángel quién era,[66] con lo cual quedaron tan atónitos padre e hijo, que cayeron en tierra y por espacio de tres horas [67] no cesaron de alabar a Dios que por tan nueva manera los quiso remediar.

II. [*En los Santos del Nuevo Testamento: Los Apóstoles; La Magdalena; S. Clemente Romano; Los Padres del Yermo*]

Después de los santos del Testamento Viejo, vengamos a los del Nuevo. Y, comenzando por los apóstoles, ¿qué cosa más admirable y más increíble al juicio humano que lo que se escribe [68] del apóstol San Pedro: que, andando por las calles, la sombra de su cuerpo sanaba a todos los enfermos a quien llegaba?, ¿quién tal virtud pudo dar a la sombra de un cuerpo concibido en pecado y de un hombre que, pocos días antes, había negado a su maestro? [69]

Pero esta maravilla queda vencida con otra mayor, porque mayor cosa fue la conversión de San Pablo que

62 Cf. Tob., 6, 10 ss.
63 Cf. Tob., 8.
64 Cf. Tob., 9.
65 Cf. Tob., 11.
66 Cf. Tob., 12, 15.
67 Cf. Tob., 12, 22.
68 Act., 5, 15.
69 Mt., 26, 70 y 72.

todo [70] lo dicho. Porque ¿quién no queda atónito, viendo que a un hombre que merecía mil infiernos por haber perseguido tan sangrientamente / 13 r. el nombre bre de Cristo,[71] y caminando furiosamente con nuevas provesiones y poderes para destruir su Iglesia, lo levantase Dios al tercero cielo [72] y le mostrase la esencia divina (como lo sienten Santo Tomás y San Agustín), haciéndolo con esto del mayor persiguidor de la fe el mayor predicador y defensor de ella, por la cual siete veces fue públicamente azotado y muchas más veces encarcelado y por mar y por tierra de judíos gentiles y herejes persiguido? [73]

Después de los apóstoles, vengamos a la Magdalena, la cual llamamos "apóstola de los apóstoles" por haberles denunciado la Resurreción del Salvador. Pues cuán admirables [74] son las cosas que están recibidas de esta santa penitente. Porque ¿qué cosa más admirable que haber estado treinta años en una cueva sin comer ni beber, y sin vista de alguna criatura humana? Y, si esto es mucho, ¿cuánto más es lo que se dice de ella, que siete veces al día la levantaban los ángeles en el aire para oír las siete horas canónicas, cantadas con voces celestiales? ¿Quién dijera ahora esto que no fuera escarnecido y tenido por loco?

Después de los Apóstoles podemos contar por varón apostólico a San Clemente, subcesor del apóstol San Pedro en la cátedra de Roma, el cual, por mandado de Trajano, fue echado en la mar, atado a una áncora; mas Dios, que tanta cuenta ha tenido siempre con los cuerpos de sus mártires y de sus sepulcros, honró este santo con una admirable honra cual jamás fue vista. Porque, no consintiendo que aquel sagrado cuerpo toviese por sepultura los buches de los peces, mandó que por mano de los ángeles se hiciese dentro de la mar un templo de mármol [75] y que en él se fabricase una arca de la mesma / v. piedra y allí depositasen el cuerpo de su mártir con el áncora hallado. Y, no contento

70 tudo, ms.
71 Act., 9.
72 2 Cor., 12, 2.
73 2 Cor., 11, 23-33.
74 admirabeles, ms.
75 Cf. Brev. Rom., die 23 nov., S. Clementis I Papae et Martyris, lectio VI et antiphona Magnificat in II Vesp.

con esta maravilla, acrecentó otra no menor. Porque todos los años del día de su pasión se desviaba el agua de la mar por espacio de tres millas para que fuesen los hombres a ver y reverenciar los huesos de un hombre que padeció trabajos por Dios. Pues ¿qué corazón no se regala con la consideración de esta providencia divina?

Después de esto vengamos a las maravillas que Nuestro Señor hubo con algunos de aquellos Santos Padres del Yermo, entre los cuales es admirable la vida de San Simeón, que llaman de la columna, porque moraba en una torre muy estrecha a manera de columna, cuya vida escribió Teodoreto,[76] su contemporáneo y familiar amigo suyo y testigo de sus milagros. Del cual escribe la cosa más admirable que jamás se vió, que fue hacer vida sobre una columna levantada treinta y seis codos en alto, descubierta a todos los calores y fríos y injurias del aire. Y, sobre todo esto, era tan grande su abstenencia que no comía más que una vez en la semana sólo pan y yerbas; y, lo que es más admirable, en todas las cuaresmas que vivió, perseveraba sin comer bocado. En la cual columna y abstinencia perseveró por espacio de cuarenta años. Y esta novedad de vida hacía que de todas las naciones viniesen gentes a ver cosa tan extraña; y dende allí hacía infinitos milagros y con ellos convertía a la fe las naciones bárbaras de los infieles. Y, con todo esto, dice el mismo historiador [77] que fué esta columna en aquel tiempo escarnecida de muchos. Pues, según esto, ¿qué santidad habrá que esté libre de las lenguas y juicios del mundo? [78]

Pues de los Santos Padres del Yermo ¿cuántas cosas admirables podríamos aquí referir: de las increíbles abstenencias / 14 r. de unos, de la soledad y silencio de otros por muchos años, y de la continua oración de todos? Pero no es razón echar en olvido la soledad del primer autor de esta vida que fue San Pablo, primer ermitaño, el cual perseveró en ella noventa y siete años, sin ver en todo este tan largo espacio

76 Teodoreto, Historia Religiosa.
77 *Ib.*, *l. c.*
78 Nótese la alusión expresa a las críticas que surgieron en torno a Sor María de la Visitación.

persona viviente, hasta la víspera del día que partió de esta vida; porque este día le envió Dios al grande Antonio, para que sepultase su sagrado cuerpo. Pues ¿qué cosa más admirable que, siendo este santo hombre (que por ley de naturaleza es animal político y sociable), perseverar tanto tiempo sin vista de hombre? Ni es menos admirable su abstenencia, pues una palma que allí había le daba con sus dátiles de comer y con sus hojas de vestir, hasta que Dios por ministerio de un cuervo[79] le proveyó de medio pan para cada día por espacio de sesenta años, la cual ración dobló por la venida del nuevo huésped Antonio, proveyendo un pan entero para ambos.[80]

III. [*San Luis, Rey de Francia y San Alejo*]

Juntemos con la pobreza y soledad de los monjes personas ricas y de alto estado, porque de todos puede ser Nuestro Señor servido. Admirable fue la humildad de San Luis, Rey de Francia, el cual ciertos días daba de comer por su mano a doscientos pobres, sirviendo él mismo a la mesa, y, no contento con esta obra de tan grande humildad, acrecentábala con otra mayor porque tudos los sábados, recogido en un lugar muy secreto, lavaba los pies a ciertos pobres y los besaba, y lo mismo hacía a las manos, dando a cada uno su limosna. No con estas obras de tan extrema humildad en una persona real faltaron ayunos y cilicios y otras asperezas con que domaba la carne y la hacía servir al espíritu. / v. En este santo Rey de Francia fue admirable la virtud de la humildad; mas en San Eduardo, rey de Inglaterra, junto con la humildad fué admirable su castidad. Porque, habiendo recibido, por consentimiento del rey, por mujer una noblísima y virtuosísima señora y tal cual convenía a la persona real, para que por esta casamiento toviese subcesión el reino, ellos ambos tovieron más cuenta con la pureza de la virginidad que con esta subcesión, y así se concertaron y propusieron guardar perpetua virginidad. Cuán

79 cuerpo, ms.
80 Cf. S. Jerónimo, Vida de San Pablo, primer ermitaño.

maravillosa cosa haya sido esta parécese por aquello de San Bernardo, el cual dice que "es mayor milagro morar en compañía de una doncella sin caer que resucitar muertos, porque esto es estar en medio del fuego y no arder". Pues ¿qué mayor maravilla que estar un rey mozo en compañía de una doncella virtuosísima, la cual cuanto era más virtuosa era más amable, y tratándose familiarmente como casados para encubrir su propósito, y comiendo y bebiendo regaladamente como reyes, que es atizar el fuego con manjares regalados, con toda esta comunicación tan familiar, no de cuatro ni de cinco años, sino de toda la vida, ni se quemasen, ni pusiesen mácula en su pureza virginal?, ¿qué cosa más admirable? ¿Pues ¿cómo creerán esto los hombres carnales *cuyos ojos,* como dice un apóstol,[81] *están llenos de adulterios*? Pues haber sido este voto agradable a Dios, bastantemente se prueba con que, treinta y seis años después de sepultado, el cuerpo de este rey se halló entero y con sus vestiduras frescas y recientes. Declárase también por otra maravilla con que Nuestro Señor honró este santo rey, porque reveló a un ciego que untase sus ojos con las lavazas del agua / 15 r. con que el rey lavaba sus manos; así lo hizo, y así recibió la vista que deseaba. Pues ¿qué manera de honra es ésta que Dios hace a sus santos, pues no va con el tocamiento[82] de sus manos ni con reliquias de sus cuerpos, sino con el agua sucia que se echa en el muladar, da vista a los ciegos, por sólo haber tocado en las manos de ellos? Ni tampoco carece de admiración lo que de este santo rey se cuenta, porque, diciéndole un pobre llagado, de parte del apóstol San Pedro, que le tomase a cuestas y lo llevase hasta el altar del mesmo apóstol, sin otro más testimonio, tomó al pobre a cuestas y lo llevó dende el palacio real hasta el dicho altar, y con este acto de santa humildad, de que sus criados escarnecieron, alcanzó perpetua salud al pobre.

Muy trillada es la historia de la vida de San Alejo, pero no es menos admirable que esa vida. Porque ¿qué mayor maravilla, estar este santo en un rincón

81 2 Pet., 2, 14.
82 tucamiento, ms.

de la casa de su padre sufriendo mil baldones e injurias de sus criados, y saber dende allí los regalos y abundancia de su casa, y la desconsolación de su viejo padre y de su piadosa madre, y las lágrimas y soledad de su dulce esposa, y que nada de esto bastase por espacio de dieciocho años para desistir de aquella vida tan humilde, tan pobre y tan áspera que él, inspirado por Dios, había escogido? Los gentiles, para declarar la grandeza de las penas del infierno, fingen que está allí un hombre [83] pereciendo de sed y que, teniendo el agua a la boca, no puede beber; pues por aquí se entenderá la virtud de este santo, pues, pasando tanta pobreza y teniendo delante la abundancia de la casa de su padre, no por eso se movía a desear ni tocar la que tenía presente. / v. Ni es menos admirable ni menos semejante a la pasada la manera de vida de Santa Eufrosina,[84] que, siendo mujer, estuvo escondida en hábito de monje treinta y ocho años en un monesterio, consolando muchas veces a su viejo y desconsolado padre, que esto no sabía, sin jamás descobrírsele hasta la víspera de su muerte, para que él sólo sepultase su cuerpo. De lo cual espantado el buen viejo y hecho un río de lágrimas, abrazó aquel cuerpo virginal y lo sepultó y, dados todos sus bienes a pobres, hizo vida en aquella mesma celda de su hija hasta que murió. Pues ¿qué hombre habrá tan de piedra que no se maraville del silencio y secreto que esta virgen guardó por tan largo espacio, conociendo ella el alegría que daría a su viejo padre, si se le descubriera?

IV. [*Santo Domingo y San Francisco*]

Vengamos a los Santos más vecinos a nuestra edad, donde luego se nos ofrecen aquellas dos grandes lum-

83 Alude al suplicio de Tántalo, cantado por Ovidio. "Hijo de Júpiter y rey de Frigia. Habiendo hospedado a los dioses en su casa y queriendo conocer su divinidad, hizo pedazos a su hijo Pelope, y guisado lo dió por comida a los dioses. Éstos, conociendo la crueldad, precipitaron a Tántalo en los Infiernos, donde está siempre atormentado de hambre y sed, hallándose sentado en medio de un río pequeño, cuyas aguas huyen cuando quiere beber; y viendo delante la fruta colgada de un árbol, se le aparta cuando quiere tomarla." *Gradus ad Parnassum*, Matriti 1779, t. II, 405-406.

84 Enfrossina, ms.

breras del mundo, Santo Domingo y San Francisco, que Dios encendió en el tiempo que más reinaba la maldad, por estar como el Salvador dice,[85] *resfriada la caridad.* Y, cual era la dolencia del mundo, tal fue el remedio con que la Divina Providencia lo socorrió, que fueron estos dos tan grandes Santos, que en un mesmo tiempo nacieron y florecieron y fundaron dos clarísimas religiones, para que no sólo ellos por sí, sino por sus discípulos, no sólo en aquel tiempo, sino en todas las edades y tiempos hasta la fin del mundo, se ocupasen en este ministerio de salvar las ánimas. Ambos tuvieron un mesmo espíritu, ambos grandes celadores de la gloria de Dios, ambos profesores de la pobreza evangélica, ambos semejantes en la humildad, caridad y aspereza / 16 r. de vida, y con ser tan semejantes en todas estas cosas, se señalaron y extremaron cada cual en su manera de vida.[86] Por que el glorioso Padre San Francisco abrazó más la soledad y la vida contemplativa, morando en lugares solitarios, ocupando los días y las noches en la contemplación de las cosas celestiales. Mas su glorioso compañero ayuntó con la vida contemplativa la activa y por eso moraba en lo poblado, gastando las noches con Dios en el estudio de la oración, y el día con los prójimos en el oficio de la predicación. Y aunque ambos fueron admirables en sus vidas, no menos lo fueron en sus virtudes. Así vemos cuán admirable fue en el buen Padre San Francisco el amor de la pobreza evangélica; admirable también la aspereza de su vida, padeciendo tantas enfermedades; admirable aquella simplicidad con que llamaba a todas las criaturas[87] hermanas y las convidaba a alabar a su Criador y, entre ellas al hermano don sol, según él lo llamaba, como a la más principal de ellas. Admirable la obidiencia con que le obedecían todos[88] los animales, las aves, los peces, con todos[89] los demás. Admirable su humildad, por cuyo causa, siendo fundador de una orden tan esclarecida, no quiso ser perlado de ella, ni ordenarse de misa.

85 Mt., 24, 12.
86 devia, ms.
87 cripturas, ms.
88 tudos, ms.
89 tudos, ms.

Sobre todo[90] esto fue admirable su transfiguración, donde a manera de Cristo fue transfigurado, resplandeciendo el rostro, alumbrado su entendimiento, con el cual conoció los secretos de los pensamientos y muchas cosas que estaban por venir. Pero sobre esto fué más admirable la empresión de las llagas y insi[g]nias de Nuestro Redentor, atravesadas de parte a parte, con los clavos fabricados de la mesma carne, con la cual quiso el Salvador transformar del todo al Santo glorioso en sí, para que, como tenía / v. en su ánima a Cristo crucificado por compasión, ansí también lo tuviese en su misma carne, para que todo él en cuerpo y ánima estuviese deificado y transformado en el que es la summa de todos[91] los bienes.

Vengamos a nuestro glorioso Padre Santo Domingo y veremos cuán admirable fue en las virtudes en que notablemente resplandeció. Por que primeramente fué admirable en el celo de la salvación de las ánimas, der[r]itiéndose sus entrañas, como una hacha encendida, con el sentimiento de las que perecían. Admirable fue también la sed insaciable y deseo que tenía del martirio, el cual era tan grande que no se contentaba con ser él solo mártir, sino quería que todos[92] los miembros y artículos de su cuerpo fuesen mártires, contándolos uno a uno y después presentándolos a sus ojos, para gozar de este hermosísimo espectáculo, y, esto hecho, le sacasen los ojos y dejasen el cuerpo destroncado revolverse en su misma sangre. Pues ¿qué diré de la penitencia[93] y aspereza de su vida? Traía ceñida a las carnes una cadena de hierro y con ella tomaba cada noche tres disciplinas. Una por los que estaban en pecado, y otra por las ánimas del Purgatorio, y otra por sí mismo, no tiniendo él por qué tomarla.[94] ¿Qué diré de la eficacia de su oración, pues él mismo reveló a un amigo suyo que ninguna cosa había pedido a Nuestro Señor que no se la otorgase? Díjole entonces este amigo: pídele que te dé por ayudador al maestro Reginaldo, que es un señalado varón.

90 tudo, ms.
91 tudos, ms.
92 tudos, ms.
93 pinitenencia, ms.
94 tumarla, ms.

Hízolo él así aquella noche, y el día siguiente por la mañana vino aquella persona notable a pedirle el hábito. ¿Qué diré también de su caridad y amor para con los prójimos? Una pobre mujer viuda le pedía con lágrimas limosna para ayudar a rescatar / 17 r. un hijo que tenía cautivo, de la cual tuvo tan grande compasión que, no teniendo qué le dar, se le ofreció de todo[95] corazón para que lo vendiese por esclavo y con el precio de él, rescatase su hijo. Fue también admirable la fe y confianza que en Dios tenía, de la cual procedía hacer tan fácilmente tantos milagros en todas las necesidades espirituales y corporales que se ofrecían. Y ansí andó camino y, lloviendo mucho, hizo con esta fe la señal de la cruz en el aire, con la cual el agua que llovía se iba apartando de él y dejándole el aire sereno. Dejo aparte los enfermos que sanó y los muertos que resucitó. Pero, entre éstos, fue más admirable la resurrección de un mancebo por nombre Neapoleón,[96] sobrino de un cardenal, en presencia del tío y de otros dos cardenales con todas sus familias y otras gentes. Porque, diciendo el santo varón misa con grandísima devoción, al tiempo que levantó la sagrada Hostia, juntamente se levantó el cuerpo del Santo un codo en alto; y, acabada la misa, llegándose al cuerpo y haciendo devotísimamente oración, se volvió a levantar aún más alto, y entonces, llamando al mancebo con alta voz en nombre de Cristo, le restituyó la vida. Lo que aquí mayor admiración nos pone es la presencia de tantos testigos. Si este Santo Padre estoviera recogido y solo en su celda, no me maravilla de verlo, todo absorto en Dios y levantado en el aire; mas en presencia de tantos ojos, de ellos incrédulos y de ellos curiosos, deseando ver en qué paraba cosa tan nueva, y con todo eso estar el Santo tan mortificado a todo lo humano; y, en presencia de tantas y tan principales personas, que ni temiese vanagloria ni perdiese punto de su abstracción y devoción más que si nadie allí estuviera, esto excede toda[97] admiración, mayormente si traemos a la memoria lo que hizo el

95 tudo, ms.
96 Neapuleon, ms.
97 tuda, ms.

apóstol San Pedro,[98] el cual / v. queriendo, a petición de unas pobres viudas, resucitar una que a todas[99] ellas socorría, mandó que todas[100] se saliesen fuera, para quedar él solo con el cuerpo de la difunta, por tener el espíritu más quieto y recogido para obrar aquella maravilla. Mas este glorioso Padre, sin usar de este medio, estuvo tan solo entre muchos como si estoviera consigo solo. Y así, es de creer que, en este paso, hizo Nuestro Señor con él lo que con Josué,[101] diciéndole interiormente en su ánima: *hoy te quiero públicamente ensalzar* para que por ti tu orden sea acreditada y ensalzada en el mundo. Y esta alegría, que el Santo tomó[102] en Dios, fue bastante para arrebatar su espíritu y suspender su cuerpo en el aire.

V. [*San Vicente Ferrer*]

Después del buen Padre, vengamos a su ligítimo hijo San Vicente Ferrer, en el cual hallaremos muchas cosa[s] dignas de grande admiración. Porque fue tan admirable en su predicación y conversión de las ánimas que, sin injuria de nadie, podemos decir que, después de los Apóstoles, ningún santo anduvo por más tierras y provincias predicando que él, y ninguno que más herejes e infieles y pecadores públicos convertiese, muchos de los cuales, predicando él, se levantaban en medio del sermón, confesando a voces sus pecados. Ni fue menos admirable el hacer milagros, porque ochocientos se alegaron y presentaron en su canonización, sin hacerse mención de los que hizo en España, donde más tiempo predicó, y era tanta la fe y devoción del pueblo para con él que hasta los pelos de la barba y de la cabeza recogían para hacer milagros.

Y, aunque era admirable la fe con que tan fácilmente tantos milagros hacía, más maravilla / 18 r. la virtud de su humildad, que nunca, entre tantos milagros y honras y favores de reyes, se envaneció. Y, lo que excede de toda admiración, revelándole Dios que ha-

98 Cf. Act., 9, 40.
99 tudas, ms.
100 tudas, ms.
101 Cf. Jos., 3, 7.
102 tumo, ms.

bía de ser canonizado por Santo y el Papa que lo había de canonizar, y cuándo esto había de ser, nunca, ni por esto ni por todo lo dicho, tuvo necesidad de aquel *estímulo de su carne* que se dió a San Pablo,[103] para guarda de la humildad. Tan fundado estaba en ella que todos estos vientos no bastaron para der[r]ibarla.

No pongo por cosa admirable que, andando tantos caminos y trabajando en la pedricación todos los días, tomaba cada noche una disciplina. Pero pongo por cosa digna de admiración y edificación la constancia de este su propósito, porque, estando enfermo en cama, mandaba al compañero que le diese una gruesa disciplina, por no cortar el hilo de su rigor aun en la enfermedad.

VI. [*Santas: Cecilia, Catalina de Alejandría y Catalina de Sena*]

No es razón que, habiendo tratado de los santos varones, pasemos en silencio las vírgenes, que no menos se señalaron en todo género de virtud y santidad. Y comencemos por la gloriosa virgen Santa Cecilia, por haber sido muy previligiada de su Esposo y alcanzado por sus oraciones cosas al juicio humano imposibles. Porque, habiéndola sus padres casado con un caballero romano, y deseando ella conservar su pureza virginal, pedía a Nuestro Señor, día y noche con oraciones continuas y ayunos de dos y tres días, le conservase esta pureza. Pues, perseverando ella en esta continua oración, ¡cuántas cosas alcanzó con ella! Alcanzó que el esposo no tocase en esta pureza y que se bautizarse y que recibiese / v. la fe de Cristo y que para esto le enviase Dios un ángel, que traía un libro en la mano, en el cual estaba escripta la fe con letras de oro; y después de éste, que le enviase otro, que le pusiese en la cabeza una guirnalda de flores olorosísimas y que nunca se marchitaban; y sobre todo esto, de tal manera lo confirmó en la fe, que padeció martirio por ella. Y lo que alcanzó para el marido, alcanzó también para el cuñado, por nombre Tiburcio; y ambos juntos caminaban al lugar del martirio con

103 Cf. 2 Cor., 12, 7.

tan grande alegría y contentamiento que con esto y con sus palabras convertieron a la fe a Máximo, oficial de la justicia, que con ellos iba. El cual recibió la fe con tanta firmeza y constancia que juntamente con los santos hermanos padeció martirio y tan recio martirio que, a poder de azotes, le abrieron los huesos y arrancaron el ánima del cuerpo. Y, no contento el Esposo con todos estos favores, mandando el tirano echar la virgen en una gran caldera de agua hirviendo, hizo que estuviese allí todo un día como quien está en un baño de grande refrigerio. Y, lo que sobrepuja todo lo dicho, llevándola a degollar, de tal manera predicó a la gente que con ella iba, que convertió a la fe más de cuatrocientos infieles que con ella iban. Pues ¿qué decimos a todas [104] estas maravillas? Todas ellas nos declara[n] la grandeza de la caridad y familiaridad de Nuestro Señor para con sus fieles siervos y la virtud de la omnipotente oración (si así se puede llamar) pues por ella se alcanzan cosas al juicio humano imposibles como lo eran éstas; mas a ella no hay cosa imposible, porque estaría en el señor que todo lo puede. / 19 r.

Después de esta virgen, quise aquí juntar en uno las dos Santas Catalinas, una virgen y otra virgen y mártir, por ser admirables los favores que les fueron concedidos. Y, comenzando por la mártir, ¿qué cosa hay en toda la historia de su martirio que no sea admirable?

Siendo doncella de dieciocho años entró con ánimo y corazón más que varonil en el palacio del Emperador a reprenderle, con gravísimas [105] palabras, la crueldad que usaba con los cristianos. Disputó, después de esto, con cincuenta gravísimos filósofos, sobre la materia de la fe, con tanta sabiduría y eficacia y con tanta elocuencia que los rindió [106] y convenció y trajo a la fe de Cristo; y de tal manera los esforzó y animó, que todos juntos padecieron constantemente martirio por El. Pues ¿qué cosa más extraña y más admirable se pudiera decir de una doncella de tan poca edad?

Vencidos de esta manera y coronados los filósofos, comenzó el tirano a proceder con la virgen con gran-

104 tudas, ms.
105 gavrisimas, ms.
106 riendio, ms.

des halagos y promesas, mas ella ni hacía caso de sus promesas ni tampoco de sus amenazas. Embraveado con esto, el tirano mándala desnudar y azotar cruelísimamente y encerrar en una cárcel escurísima, atormentándola por espacio de once días con hambre y sed. Mas acude en este tiempo el Esposo dulcísimo a visitar la esposa, esclarecie[n]do la cárcel con lumbre celestial, y acuden también los ángeles, con guirnaldas de flores hermosísimas en sus cabezas, cantando cantares celestiales para regalo de la virgen, trayéndole otra comida más preciosa que la que el tirano le quitaba. Acude también la Emperatriz, avisada también en espíritu, de noche, con Porfirio, capitán general del ejército, a visitarla. Entonces la virgen quitó la guirnalda a uno de aquellos ángeles y púsola sobre la cabeza de la Emperatriz, profetizándole que de ahí a tres días recibiría corona de martirio, y así fue. / v. Predicó también a este capitán con tanta eficacia que lo convirtió a la fe, y él a doscientos soldados amigos suyos, los cuales todos esforzadamente padecieron martirio con él.

¿Qué más diré? Manda el tirano aparejar una terrible rueda cercada de navajas muy agudas, para que, estando la virgen desnuda sobre ella, anduviese la rueda en torno, atormentando aquel cuerpo virginal; mas, haciendo la virgen oración al Esposo, la rueda se hizo mil pedazos, con el cual milagro muchos de los gentiles que presentes estaban se convertieron a la fe renegando[107] de sus falsos dioses.

Vencido por todas[108] estas vías el tirano y perdida la esperanza de la victoria, dió sentencia que la virgen fuese degollada. Puesta ella en el lugar del degolladero, hace oración al Esposo, rogándole por los que tuviesen memoria de su pasión. A esto acude una voz que decía: "ven, esposa de Cristo, ven al tálamo de tu Esposo, tu oración es oída y yo usaré de misericordia con los que se encomendaren a ti". Oídas estas palabras, extendió su virginal cuello para recibir el golpe de la espada; y, para mostrar el Esposo la pureza virginal de su Esposa, acabándola de degollar, en lugar de sangre salió leche albísima. Y, no contento con este regalo

107 derrenegando, ms.
108 tudas, ms.

y con todos los demás, añadió el postrero, que fue no consentir que las manos profanas de los gentiles tocasen aquel santo cuerpo, sino mandó a los ángeles que le tomasen y le llevasen por los aires y lo sepultasen en el sagrado monte Sinaí, donde El dio la ley a los hombres. Y, sobre todo[109] esto, quiso que de aquellos miembros virginales manase olio, que sanaba todas las enfermedades. Vea pues aquí el cristiano lector cuántas maneras de regalos y favores singulares hizo el Esposo a esta virgen y conozca por este ejemplo la grandeza de la bondad y caridad y familiaridad de Nuestro Señor con las ánimas / 20 r. puras y humildes como ésta lo era.

Vengamos, después de esta virgen, a la que concuerda con ella en el mismo nombre, que es Santa Catalina de Sena. Mas sus cosas son tan admirables que, si no estoviera ella conocida por la Iglesia, apenas fueran creídas; pues el mismo padre que la confesaba (que fue persona de grande autoridad, pues por tal vino a ser general de toda[110] nuestra orden), estuvo un tiempo tan perplejo y dubdoso que fue necesario que Nuestro Señor le certificase de sus cosas exteriores con milagros y interiormente inclinando su entendimiento a creerlos.

Entre estas cosas se cuenta por admirable su abstenencia. Porque en la misma bula de su canonización se refiere que dende el Miércoles de la ceniza hasta el día de Pentecostés, que pasan de tres meses, nunca se desayunó sino con solo el Santo Sacramento. Y todo[111] el resto de la vida que podemos afirmar que pasó sin comer, porque, por las grandes murmuraciones que se levantaban contra ella sobre esto, se asentaba a la mesa con sus compañeras y chupaba un poco de unas yerbas cocidas y, acabada la mesa, tomaba una pluma para vomitar aquel poquito de zumo, que había tragado, porque le daba grandísimo tormento. El cual padecía cada día para excusar aquel escándalo de los flacos, de sus ayunos, vigilias, oraciones, mala cama y disciplinas con que tanta sangre derramaba. No hago caso porque estas cosas son comunes a muchos santos;

109 tudo, ms.
110 tuda, ms.
111 tudo, ms.

vengo solamente a cosas extraordinarias y ordinarias, entre las cuales es admirable aquel desposorio tan solemne con que Cristo se desposó con esta virgen; porque desposorio de tan alto rey no podía dejar de ser con grande acompañamiento de Santos, y así en él se halló la Sacratísima Virgen de las vírgenes, y el evangelista San Juan y el apóstol San Pablo, el glorioso Padre Santo Domingo, que no había de / v. faltar al desposorio de su querida hija; y, porque no faltase música en tan solemne fiesta, venía también el Profeta Real con un salterio en la mano tañendo con grande suavidad. Entonces la serenísima Reina de los ángeles tomó la mano derecha de Catalina y suplicó a su dulcísimo Hijo tuviese por bien de tomarla por esposa; y El, con su sacratísima diestra, tomó la mano de la Esposa y le puso un preciosísimo anillo de oro en el dedo, adornado con cuatro preciosísimas perlas y un riquísimo diamante, diciéndole estas palabras: "Yo te desposo conmigo, tu criador y salvador en fe, la cual nunca faltará hasta que vengas a gozar de mí en el tálamo de la gloria."

No se puede negar que haya sido este un previlegio singular, pero no son menos admirables los que después de éste se siguieron. Entre los cuales es uno el que se canta en el himno de su fiesta, que compuso el mismo Papa Pío segundo que la canonizó, que fue la imprisión de las llagas del Salvador, con las cuales fue tan grande el dolor que por toda una semana padeció, que ni ella ni nadie juzgaron que viviera.

Y, si este previlegio fue admirable, no menos lo es otro nunca visto, el cual ella misma descubrió a su confesor. Y éste fue sacarle Cristo el corazón del pecho y tenerlo tres días consigo y volvérselo muy hermoso y encendido y tornarlo a poner en su lugar; y, porque no se entendiese ser esto cosa imaginaria, sus compañeras vieron en el pecho de la virgen la señal de la abertura por donde fue sacado y restituido el corazón. Son cosas tan admirables las de esta virgen que, cuando salimos de una grande maravilla, entramos en otra no menor. Y ésta es que aquel Esposo, amador de las ánimas puras y limpias, holgaba tanto con la pureza de esta virgen que, paseándose con ella, rezaban ambos el

oficio divino, como un clérigo con otro. Pues ¿qué cosa de mayor admiración? / 21 r. Después de ésta, se sigue otra no menos admirable, que fué haberle enseñado el Esposo a leer sin conocer las letras. Porque, deseando ella saber leer, por rezar el oficio divino, y, visto que no podía retener en la memoria los nombres de las letras, por estar su memoria tan presa en Dios que no la podía apartar de él, pidió al Esposo que le enseñase a leer y así lo hizo, por donde, sin conocer las letras, leía muy expeditamente por cualquier libro.

Pues ¿qué diré del fructo inestimable que hizo con su doctrina en las ánimas, pues, aún sin ella, con sola su vista se convertían muchos pecadores? Y ¿qué diré de otra maravilla que se cuenta en la bula de su canonización, que fue sacar el ánima de su madre del infierno a donde estaba por haber fallecido sin penitencia, volviéndola al cuerpo para que en él hiciese lo que antes no había hecho? Otras maravillas están escriptas de esta virgen, pero estas bastan para que entendamos por cuánta razón dijo el Salmista que *era maravilloso Dios en sus Santos*.[112]

Preguntará por ventura alguno: ¿qué fruto se saca de todo [113] lo que hasta aquí habéis dicho, quiriendo [114] escribir la vida de una religiosa? A esto respondo que es por una parte tanta la incredulidad de los hombres del mundo, y por otra tantas las maravillas y previlegios tan extraordinarios que Nuestro Señor ha concedido a esta virgen que todo [115] esto ha sido necesario para que los hombres den crédito a lo que dijéremos, considerando que no se ha agotado la misericordia de Nuestro Señor que todas [116] las gracias y favores que hasta aquí ha concedido a todos los santos, de que hecimos mención ni se ha mudado con los tiempos de lo que siempre fué, sino que ahora es el mismo, *tan rico* y tan copioso *en misericordias* [117] y tan amador de los buenos y tan liberal para hacerles agora los mismos favores / v. como siempre fue, lo cual claramente se verá en el discurso de la vida de esta virgen.

112 Ps., 67, 36.
113 tudo, ms.
114 quiriendo quiriendo.
115 tudo, ms.
116 tudas, ms.
117 Eph., 2, 4.

Preámbulo para la inteligencia de la relación que se sigue

Aunque las maravillas que Nuestro Señor ha obrado con sus santos en todos [118] los tiempos pasados, que en este capítulo precedente habemos referido, sean bastante medio para que los hombres prudentes no extrañen y tengan por imposibles [119] las cosas que se escriben de esta virgen, pues es agora el mismo Dios que era entonces, màs con todo [120] eso quise interponer aquí la relación de la vida y milagros de esta virgen, que por parte del serenísimo Príncipe Alberto, Cardenal de la Santa Iglesia de Roma y legado *a latere*, fue enviada a nuestro Santísimo Padre Gregorio XIII juntamente [121] con la respuesta de Su Santidad, para que así esto como todo [122] lo susodicho haga fe de las cosas que adelante escribiremos de esta virgen.

Síguese la relación que se envió a Su Santidad en romance.

Que lo que se ha entendido de la madre María de la Visitación, priora del monesterio de la Anunciada de Lisboa, así por información que se tomó y diligencia que hizo un inquisidor del Consejo General del Santo Oficio, por mandado del arzobispo de Lisboa, Inquisidor General en estos reinos, como por relación que ella dió, obligada con el precepto [123] de su prelado.

Nació esta sierva de Dios, que antes de ser religiosa se llamaba Doña María de Meneses, de muy nobles padres, porque fue hija / 22 r. de don Francisco Lobo, el cual fue embajador del rey don Juan el tercero en la corte del emperador Carlos V, y de doña Blanca de Meneses, ambos de nobleza muy principal en estos reinos.

Muertos sus padres, siendo de edad de once años, tomó el hábito de la religión del bienaventurado Santo Domingo en el monesterio de la Anunciada de esta ciudad de Lisboa, y a los diez y seis hizo profesión, y

118 tudos, ms.
119 impusibles, ms.
120 tudo, ms.
121 en, ms.
122 tudo, ms.
123 precetu, ms.

habrá veinte y dos años que es religiosa, porque ahora será de edad de treinta y tres y el año pasado de mil y quinientos y ochenta y tres fue ele[c]ta por priora.

En todo[124] este tiempo es cosa cierta y notoria haber cumplido perfe[c]tamente las obligaciones de su religión, con vida adornada de todas las virtudes que en una religión se pueden hallar, siendo ejemplo de ellas a todas las monjas del mismo convento y saliendo al buen olor de su fama para ser conocida por tal de los príncipes de estos reinos y de muchas personas graves y religiosas de ellos. Porque, demás de ser su regimiento grande y sus costumbres inreprehensibles, ha sido siempre muy pronta en la obidiencia con humildad muy profunda, dando en las obras extiriores, manifiestos testimonios de estas virtudes. Sus vigilias han sido siempre muy largas, sus oraciones muy continuas y tantos sus ayunos y disciplinas y el uso de asperezas corporales que fué necesario algunas veces serle puesta tasa y límite en esto. Fue siempre muy continua en siguir la comunidad en el coro, y fuera de él de día y de noche, sino cuando la enfermedad se lo impedía, y en la frecuentación de los sacramentos de la confesión y e[u]caristía.

Ha perseverado continuamente en ser muy devota y fervorosa. Con los prójimos siempre se ha mostrado aventajadamente llena de caridad y misericordia, y así su conversación es afable y benigna,[125] compasiva, con muy grande candor y muestras de simplicidad cristiana. / v. y de muy blanda condición. Su oficio de priora ejercítalo con muy grande providencia y discreción, siendo cuidadosa y diligente en las obligaciones de él, sin parecer que la comunicación exterior de la gente le haga daño alguno a lo interior del espíritu, o en la devoción y fervor para la continuación de las virtudes espirituales, o en las mercedes que de Dios suele recibir en ellos. Entre las particulares devociones que ha continuado consigo siempre en el recogimiento de su celda es una haber tenido consigo siempre una cruz grande, del tamaño de su estatura, a quien llama su "esposa", con la cual ha dormido siempre abrazada y

124 tudo, ms.
125 vennina, ms.

en esta misma postura, abrazada con ella, [a]costumbra ponerse en oración, en la cual ha gastado siempre mucho tiempo, por ser muy poco lo que duerme

Pruébase que de algunos años a esta parte, estando en oración, tiene raptos en que pierde los sentidos exteriores, especialmente después de haber recibido la Sagrada Comunión, y algunas veces en coloquios particulares en que se tratan cosas de Dios. Y estando así en éxtasis no recuerda ni acude aunque le den voces y le toquen,[126] si no es diciendo que los superiores se lo mandan por obidiencia, como ahora mandándolo su provincial, o la priora, cuando ella no lo era. Pruébase también, con testimonio de personas que lo han experimentado, que algunas veces dándole recaudo falso, diciendo que la obidiencia lo mandaba, sin ser así, no respondía, respondiendo siempre (como dicho es) cuando era verdad lo que le mandaban; aunque también recuerda agora tocándole en alguna de las señales de las llagas que tiene en las manos, por el gran dolor que siente.

También se averigua como cosa vista muchas veces por muchas personas que, cuando está en la oración, especialmente / 23 r. en las noches de los días que ha comulgado, salen de ella grandes resplandores, no continuos, sino que se van [126a] y vienen por el tiempo que así está; y algunas veces son más encendidos, de modo que parece salir fuego de ella. Y que, estando abrazada con la cruz, orando, está algunas veces tan alta que parece estar levantada de la tierra la cruz y ella, y así lo han juzgado religiosas que lo han visto y testificado.

También se probó con testimonio de las religiosas que ha muchos años que le han visto al derredor de la cabeza, a manera de corona, levantada la carne como grosura de un dedo, tiniendo algunos agujeros en ella como hechos con algún alfiler grueso, de los cuales se vió en la cofia haberle salido sangre.

La relación que ella acerca de esto dá es que, habiendo pasado un miércoles de las Octavas de Todos los Santos, en el año de mil y quinientos y setenta y cinco, un gran trabajo, estando con grande soledad del Esposo (que es el nombre con que siempre nombra a

126 tuquen, ms.
126a vvan ms.

Nuestro Redentor), deseando sufrir muchas cosas por su amor, le pedía que le cumpliese este desco, que no quería en esta vida gustos, sino tormentos;[127] y le apareció el Señor con grande resplandor y hermosura y traía en la cabeza una corona de espinas y venía todo[128] bañado en sangre. Y, luego que así lo vio, cayó en tierra y dijo: "Oh Señor Jesús, esos dolores y espinas a mí, que yo las merezco por mis pecados, yo las quiero sufrir por vuestro amor." Quitóse entonces el Señor la corona de su cabeza y púsola en la de ella y con sus manos se la apretó y sintió muy gran dolor y salió mucha sangre y quedaron señales en la cabeza. Hasta el día de hoy todos[129] los viernes del año tiene siempre dolores sin nunca le faltar; y comiénzanle el jueves bien tarde y dúranle hasta el otro día hasta la mesma hora. / v.

Dan también testimonio los que la han visto que en el pecho izquierdo, de la parte del corazón, tiene una llaga de que algunos días sale sangre. Y lo que ella refiere es que el miércoles de la semana santa del año de mil y quinientos setenta y ocho, acabando de confesarse y deseando mucho comulgar, fue al coro bajo, donde las monjas suelen comulgar; y, estando el Santísimo Sacramento en la capilla donde se da la comunión, en un cofre sobre el altar, y la ventanilla por donde comulgan abierta, estando ella con este deseo, vio que se abría el cofre y salía de él una Hostia pequeña, cercada de grande claridad; y metiósele en la boca tornándose a cerrar el cofre como de antes estaba, y sintió los mismos efectos que le hace la comunión. Tornóse para el coro a la misa y, cuando se acabó, quedó fuera de los sentidos y vio a Nuestro Señor en el aire, puesto en la cruz, cercado de grande resplandor y, viéndole, fue tamaño el ímpitu del espíritu que quería llegar a su Señor, que fue el cuerpo forzado a seguirlo. Salía del costado de Cristo un rayo colorado de grande resplandor y, descendiendo con grande fuerza, le hirió el corazón y le quedó una señal de que a los viernes echa sangre.

Lo que más ha hecho devulgarse las cosas de esta

127 turmentos, ms.
128 tudo, ms.
129 tudos, ms.

sierva del señor ha sido haberse publicado las insignias de las llagas, que visiblemente tiene en las manos y pies, como consta de muchas personas que las han visto y por la averiguación que sobre ello se ha hecho. Las cuales recibió a siete de marzo, el día de Santo Tomás de Aquino (cuya devota muy especialmente es) de este presente año de mil y quinientos y ochenta y cuatro. Y el Reverendo Padre Fray Luis de Granada refiere haberle dicho unos días antes una beata de la orden del bienaventurado San Francisco, muy grande sierva de Dios, que el día de Santo Tomás había de hacer Dios una gran merced a la priora de la Anunciada; / 24 r. y ese día por la mañana se le impremió las formas de las llagas que hasta agora tiene. Lo que ella refiere acerca de esto es que quince días antes de la fiesta de Santo Tomás de Aquino le dijo el Esposo se aparejase para el día del Santo, lo cual ella hizo, porque con licencia de su perlado comulgó, nueve días antes, cada día; y todas las noches pasaba en pedir al Esposo le concediese gracia para recibir aquella grande merced para la cual había mandado se aparejase, mas no sabía la merced para que era. Y el día de Santo Tomás, antes de amanecer, entre las cuatro y cinco, estando en la celda en pie, arrimada a su cruz, esperando esta merced, vio la celda muy clara y en medio de ella Nuestro Señor enclavado, que la miraba con mucho amor y blandura. Y salían de las cinco llagas cinco rayos claros como fuego y con grande ímpetu le hirieron los pies, manos y pecho, estando ella con los brazos tendidos sobre los de su cruz. Y fue el dolor muy grande que sintió que le parecía que moría; y, con la fuerza del dolor, miró y vio en sí las señales que le quedaron en el pecho, pies y manos. Teniendo muy grande pena en el andar, pedía a Nuestro Señor le diese fuerza para que pudiese andar (ya que era servido que quedase en el oficio de priora), y derramóle el Señor tan grande suavidad en los dolores que puede andar sin aquella grande pena que sentía.

Y, porque ya de algunos años antes, como dicho es, tenía la señal de la llaga en el pecho, cuando agora fué herida en él juntamente y en las manos y pies, ha declarado que se le hizo mayor la del pecho, la cual es en el lado izquierdo atravesada, de largura de más

de dos dedos y ancha como de medio / v. y ésta tiene alguna profundidad. Las de las manos se ven por la parte de fuera y de dentro de un color rosado y como de rubí, hermosísimo, que dicen los que la ven parecer luego cosa sobrenatural. Son como del tamaño de un real de a cuatro, no redondas, sino de la parte de fuera de las manos a modo de figura triangular, no perfecta, y por la parte de dentro algún tanto prolongadas; y a este modo son las de los pies.

El dolor que en ellas tiene dice ser muy íntimo y prenetante, porque lo [130] siente más de dentro que en la superficie exterior, donde siente grande ardor que no sufre tocarle; y le parece que, si le tocasen recio, se le abrirían. En los miércoles y viernes es el dolor más grande que en los otros días y en todos éstos es más crecido [131] de las once horas del día hasta la una, y en la tarde se le suelen mitigar. Y después de este subceso dice que el Esposo le hace mercedes muy particulares.

Otras muchas cosas admirables de que ella sola puede dar testimonio se han entendido por lo que han sabido de ella sus perlados y confesores, de las cuales, aunque algunas se han divulgado, no pareció deberse escribir en esta relación, porque por ventura no era tiempo oportuno para publicarse, dado que tiene mucha semejanza con las que Santa Catalina de Sena, Santa Gertrude, y de algunas otras santas se lee de mucha familiaridad con el Señor y de revelaciones y apariciones, unas estando en su sentido, otras fuera de él, con favores muy particulares y extraordinarios.

También se han publicado algunas obras milagrosas que dicen haber Dios obrado por medio de esta sierva suya. / 25 r. Entre las cuales es muy principal y averiguado lo que se vio en doña Beatriz de Mora, hija de don Luis de Mora, monja de la orden de Santa Clara, porque se prueba con testimonio de los médicos tener enfermedades habidas por incurables, pues que había nueve años que no podía andar ni tenerse en pie, por tener unos tremores terribles especialmente en la pierna derecha que no se podía quietar. Y que, después de haberla visto la priora y hecho lo que ade-

130 que, ms.
131 creado, ms.

lante se dirá, se le quitaron los tremores y tiene tal mejoría en la salud que puede andar. Porque siendo llevada a instancia suya con mucha fe y divoción en una silla al monesterio de la Anunciada, compadeciéndose la priora de ella, se hincó de rodillas y le puso las manos sobre las piernas, haciéndole muchas veces la señal de la cruz. Luego en aquel instante dice la enferma que sintió grande movimiento, como que le descoyuntaban la pierna, y se le fue despidiendo el tremor de modo que nunca más lo tuvo. Cuanto al andar, conforma el dicho de la priora con el de la enferma en que la priora dio un bordón a la enferma y le dijo que andase en el nombre de Jesús dentro de tres días. Esto era miércoles; y los días siguientes hasta el viernes en la noche estuvo la enferma en la cama con grandes dolores de cabeza y de cuerpo sin poder comer ni beber, pareciéndole que aquellas noches le estaban fregando las piernas. Y el sábado a las cinco de la mañana, como entre sueños, le pareció que una persona le daba un bordón y descendía por unos escalones de piedra; y de más no sabe dar fe, sino que su padre y madre y la gente de casa afirman que a aquella hora descendió y fue en camisa descalza con el bordón a la cámara de su padre e hincada de rodillas le pidió la bendición, y que llevaba el velo puesto, el cual ella se acuerda habérselo quitado y puesto a la cabecera / v. por el gran dolor de cabeza que tenía. Y la priora dice que, estando el viernes en la noche en su lecho y habiendo rogado a Dios por la salud de esta enferma, estaba en la cama y le fregaba las piernas y la hacía levantar y le ponía el velo en la cabeza y le daba el bordón y la hacía ir al aposento de su padre y que no sabe ella lo más que allá pasó, mas que esto se le representó estando en su lecho sin salir de él. Después tornó la misma enferma a la priora y volvió con mayor mejoría, de modo que puede andar y con chapines, arrimada en el bordón y en una criada. Los médicos consideraron la enfermedad pasada y no haber intervenido[132] medicina humana para tener la salud que tiene, juzgando esto por obra de Dios.

132 entrevenido, ms.

También se prueba que estando Isabel de Vargas, mujer doncella, enferma de perlesía, que se le recreció de una grande caída que dió de una escalera, la cual le quitó el sentido y movimiento de la pierna y brazo ezquierdo y la habla, después de haber estado cuatro meses así, queriendo al fin de la cuaresma confesarse por señas, el confesor le trujo un paño de la madre priora y de su parte le dijo que con mucha fe lo pusiese en la boca y que hablase invocando el nombre de Jesús. Ella lo hizo así, y haciendo la señal de la cruz,[133] poniendo el paño en la boca, comenzó a llamar el nombre de Jesús con lengua suelta y expedita como de antes. Enviándole luego un poco de agua de la priora, se mojó con ella las partes paralíticas y aquella noche, pasando un sudor que tuvo, se halla sana con perfecto movimiento del brazo y de la pierna, habiendo hasta entonces estado en la cama sin poder andar ni menearse de aquel lado. Los médicos afirmaban no haber podido sanar en tanta perfección tan brevemente, porque, demás que de mojarse con agua antes suele dañar en semejantes enfermedades, los que de ella naturalmente sanan no suelen cobrar así súbitamente / 26 r. el uso de la lengua, ni movimiento de los miembros tan expedito y fácil, sino poco a poco lo van adquiriendo, por lo cual juzgan esto por obra de Dios, hecha por intercesión de esta sierva suya.

Otras muchas personas han sentido remedio en diversas enfermedades, unos con tocar[134] la misma priora rogando a Dios por ellos, otros con tocar cosas suyas y otros con usar del agua que ella o alguna religiosa del convento les ha inviado. La que ella invía es ordinariamente agua en que mete una reliquia que tiene de la Vera Cruz, aunque las religiosas suelen enviar agua con que ella se lava las manos. Pero no ha parecido referirse agora todos[135] estos casos en particular, parte por haber intervenido[136] en ellos otros medios naturales y no se haber restituida la salud con tanta brevedad, parte porque la mayor certidumbre que de estas cosas se tiene es por relación de solas perso-

133 puniendo, ms.
134 contar, ms.
135 tudos, ms.
136 entrevenido, ms.

nas que han recibido el remedio y de otras a quien ellas las dijeron.

El Inquisidor del Santo Oficio, que, por mandado del Inquisidor General en estos reinos, como se dijo al principio haber tomado[137] información y hecho diligencia, habló con la priora y vio las insignias de las llagas que decentemente se pudieron ver y tomó juramento a las monjas, las cuales, habiendo jurado, testificaron lo que le dicen haberse averiguado. El mismo Inquisidor tomó información con juramento de la sanidad que Dios había dado a las personas de que en esta relación se dá particular noticia.

La relación que se dice haber dado la mesma priora de sumario, por habérselo mandado su provincial con precepto obligatorio, la dió con modestia hablando de sí como de tercera persona a quien habían acontecido aquellas cosas, las cuales van relatadas aquí por sus mesmas palabras, vueltas del lenguaje portugués en castellano. Y ella ha mostrado / v. muy grande sintimiento y desconsuelo de obligalla la obidiencia del superior a referir lo que ha dicho y de que le había mandado mostrar las manos a muchas personas que las han visto, pesándole juntamente de la fama que entiende haberse divulgado de estas cosas y deseando y pidiendo con mucha instancia que la llevasen a donde no la conociesen y pudiera vivir ascondida.

Copia del Breve de Su Santidad en respuesta de la relación que se le envió sobre las llagas de la priora de la Anunciada.

"Dilecto filio nostro Alberto Henrico Santae Crucis in Hierusalem Cardinali Austriae nuncupato, nostro et apostolicae sedis in Regno Portugallia de latere legato intus vero.

Legimus libentissime quae perscribere curasti de virtutibus prioresae monasterii Anunciationis Bmae. Mae. Virginis summisque Dei erga illam beneficiis. Rogamus divinam bonitatem ut eam in dies sua gratia digniorem reddat celestibusque muneribus augeat ad sui nominis gloriam fideliumque suorum laetitiam. Datum Romae apud Sanctum Marcum sub annulo Pisca-

137 tumado, ms.

toris die decimo septimo currentis 1584, Pontificatus nostri anno decimo tertio.
Antonius Bucapaduli."

Copia de capítulo de una carta del conde de Olivares, embajador católico en Roma, al serenísimo Cardenal Príncipe Alberto.

"Lo de la priora de la Anunciada tiene Su Santidad por muy gran milagro, y no lo deja de ser para toda esta corte romana y de mucho consuelo en habernos querido enviar Nuestro Señor en este tiempo mujer tan santa / 27 r. en cuya persona resplandecen tan inauditas maravillas. Díjome el Papa que de su parte escribiese a V. Alteza no deje de ir continuando con Su Santidad lo que en esto hobiere de nuevo por el contento que de ello recibirá, etc."

Capítulo II

De los milagros que se coligen de esta relación susodicha

El mayor trabajo que se me ofrece en esta historia es tratar las cosas de tal manera que, por extraordinarias y nuevas que parezcan, no dejen[138] de ser creídas aun de los muy encrédulos. Y por esto, antes que entre en la historia, sumaré aquí los milagros que se coligen de esta relación, como testigos de la verdad de las cosas que en ella se escriben. Porque, como los milagros sean obras de solo Dios, síguese que sea testigo de las cosas que con ellos se confirman. Pues de esta relación podría el prudente lector colegir los milagros siguientes.

I. Entre los cuales el primero y más principal es el de la imprisión de las llagas en pies y manos y costado, que claramente se ve con los ojos.

138 dejan, ms. La preocupación apologética de Granada, queriendo hacer fe de historia verdadera, le lleva a acumular pruebas, invocando autoridades que sugieran aprobación y repitiendo una vez más los milagros de la relación.

II. Otro, anejo a éste, es haber Nuestro Señor revelado a una devota religiosa tres días antes este singular previlegio de las llagas no sin grande admiración y derramamiento de lágrimas.

La cual, por tener particular comunicación conmigo, vino a mí tres días antes a decirme lo que había visto, como se refiere en la relación susodicha; y de esto yo doy testimonio en Dios y cn mi consciencia.

III. Otro milagro es de la corona de espinas y los dolores que cada viernes padece con ella. / v.

IV. Otro es la llaga del costado que recibió miércoles de la semana santa, año de 1578,[139] y la sangre que todos los viernes sale de ella.

V. Otro es abrirse el cofre del Santo Sacramento este mismo día y salir de él una Hostia y ponérsele en la boca y comulgarse con ella.

VI. Otro es que en ese mismo día, cuando el Salvador le apareció y le hirió en el lado, se levantó el cuerpo juntamente con espíritu[140] en el aire, y que otras veces, estando en oración, se había visto lo mismo.

VII. Otro es que muchas veces de noche, mayormente los días de la comunión, se ven salir grandes lumbres y resplandores de su pecho.

VIII. Otro es la cura que hizo en la monja francisca que estaba paralítica, nueve años había, en casa de su padre y con gran tremor en una pierna.

IX. Otro fue la cura de una doncella paralítica de un lado y más muda tres meses había.

Estos son los milagros que se pueden coligir de la relación susodicha. Después acá han subcedido otros no menos admirables, uno de los cuales es haberle nacido clavos en las llagas de pies y manos, el día de la Exaltación de la Cruz, 1584; y vese[141] la cabeza del clavo en la palma de la mano y punta de él en la parte contraria de ella. Y para la averiguación de este milagro no es menester otro testigo más cierto que el de los ojos, y no es menor el de nuestro serenísimo Príncipe Alberto, Cardenal, el cual, oída la fama de las gracias y previlegios de esta virgen, la visitó entrando en el

139 "1587". Véase el folio 23 vuelto en que la fecha en letra es 1578, como hemos puesto arriba.
140 espírutu, ms.
141 viese, ms.

mismo monesterio acompañado de nuestro padre provincial / 28 r. y de su confesor, y vio con sus ojos las llagas y clavos de las manos, mandándole el padre provincial por obidiencia que las mostrase, de lo cual él quedó muy edificado y movido interiormente a devoción.

Estos primeros milagros, que en esta relación se han referido, han sido autenticados solemnemente por comisión del serenísimo Príncipe Alberto, Cardenal de la Santa Iglesia de Roma y Legado a latere de Su Santidad, y éstos debían bastar para hacer fe de las cosas que de esta virgen adelante se escriben; pero, demás de éstos, quisiera yo interponer aquí otros que Nuestro Señor ha obrado por medio de esta virgcn, para que éstos, con los que están referidos, convenciesen la incredulidad de algunos hombres que, por no conocer la grandeza de la bondad de Nuestro Señor y el amor y deseo que tiene de honrar a sus santos, no dan crédito a semejantes favores y gracias que El les hace; mas, porque estos milagros se van cada día multiplicando, pareció que se debían poner al fin de esta escriptura, para que así como se fuesen haciendo se fuesen acrecentando unos a otros. Mas ruego yo al cristiano lector que, si en su alma sintiere alguna manera de dubda de estas cosas, lea los milagros autenticados que al fin de esta escriptura se ponen; porque no podrá ser tan incrédulo que, vistas estas maravillas, no dé crédito a lo que Nuestro Señor, que sólo puede hacer milagros, con tales testimonios lo confirma; porque cuanto más perfecta fe tuviere, tanto mayor edificación concibirá en su ánima y tanto mayor admiración de la enmensa bondad y caridad de Dios para con sus amigos y de aquí le nacerá un deseo de amar y servir a un Señor que así honra a los que lo aman y honran. / v.

Mas, sobre todos[142] estos argumentos y testimonios, es muy grande la vida de esta virgen, la cual resplandece tanto[143] en su rostro y en la gravedad y simplicidad de sus palabras, que ninguna persona le habla que no juzgue por solo este indicio ser verdaderas las

142 tudos, ms.
143 tantu, ms.

cosas que de ella se dicen. Y a esta fama vino un padre muy religioso y maestro en Teología [144] dende Jerez de la Frontera a visitarla y, después que la vio y trató, dijo que Nuestro Señor había puesto en el rostro de esta virgen un sobreescripto que declaraba todo lo que había en su ánima.

Con esto se junta la pureza de su vida muy notoria, ca dende el día que hizo profesión se señaló entre todas [145] sus monjas en todo género de virtud mayormente en la humildad, en la obidiencia, en el mal tratamiento de su cuerpo, en disciplinas y, sobre todo,[146] en la continua oración. He dicho esto para que se entienda que esta pureza de vida no es agora nuevamente nacida con sus llagas, sino muy antigua dende su noviciado, de la cual dan testimonio todas las madres de su monesterio, que es muy principal y poblado de personas nobles y muy religiosas y muy dadas a la oración, [y] frecuencia de sacramentos. Y, como se escribe [147] de la santa Judit *que no había quien le pusiese falta alguna,* así se puede decir de esta virgen: que en este monesterio no hay religiosa que en todo [148] este tan largo discurso de su vida le haya notado algún defeto de que se pueda hacer caso.

Y, con ser tantas las honras que el mundo le hace y tantos los favores que del Esposo recibe, siempre persevera en ella la misma humildad y simplicidad y llaneza / 29 r. sin ninguna sombra de mudanza, ni de estimación propria o alegría vana, lo cual es manifiesta señal de espíritu bueno; porque el malo es altivo, soberbio, ambicioso, parlero, deseoso de ser conocido y estimado, lo cual todo [149] está tan ajeno de esta virgen, que todo [150] su estudio es esconder sus cosas y mudar para esto de noche las obras de sus ejercicios, por no ser vista de sus monjas, que la andan espiando para ver lo que pasa. Ni de noche quiere estar en oración en el coro ante el Santo Sacramento (que es cosa con que ella mucho se consolaría) por la misma causa y por eso se

144 Teolujia, ms.
145 tudas, ms.
146 tudo, ms.
147 Judith, 8, 8.
148 tudo, ms.
149 tudo, ms.
150 tudo, ms.

va luego a esconder a su celda. Y porque el Espíritu Santo es amigo de callar como el malo de hablar, es tan grande su silencio que dicen los que la tratan ser su espíritu mudo, porque parece que no la crió Dios para hablar sino para amar. Todos éstos son claros indicios de verdadera humildad la cual, dice San Gregorio que es ividentísima señal de los escogidos, como por el contrario la soberbia es de los reprobados.

Capítulo III

Del fructo principal que de esta escriptura se debe sacar

Dicho ya de lo que sirve para la fe y crédito [151] de las cosas que en esta historia se refieren, porque no basta creerlas y tenerlas por verdaderas, si no sacamos de ellas algún fruto y edificación para nuestras ánimas, será razón declarar agora el fruto principal que debemos sacar de ellas.

[I. *Familiaridad y regalos del Señor*]

Pues para esto conviene presuponer que la suma de toda la vida cristiana y de toda [152] nuestra filicidad consiste en amar a Nuestro Criador, para lo cual nos ayuda la consideración de los beneficios divinos y señaladamente / v. el mayor de ellos, que fue el de nuestra redención. Mas en las historias y vidas de los santos, y especialmente de los que fueron muy favorecidos y regalados de Nuestro Señor, hallaremos otro grande motivo para este amor, que es la familiaridad y los regalos y favores y la comunicación estrecha que El tiene con las ánimas que están ya muertas al mundo [153] y vivas a solo El; la cual es tan grande que sobrepuja todo lo que el común entendimiento y juicio humano puede alcanzar, si de ello no toviere expi-

151 creditu, ms.
152 tuda, ms.
153 Cf. Cols., 3, 3.

riencia. Esto nos declaró El por San Juan,[154] cuando dijo: *al que venciere daré yo un maná escondido y un nombre nuevo el cual nadie conoce, sino el que lo ha recibido.* Y por este maná (que en sí tenía la suavidad de todos los manjares) se entiende la grandeza de las consolaciones divinas y el alegría del Espíritu Santo que sobrepujan a todos[155] los gustos y deleites del mundo; y por este nuevo nombre se entiende un nuevo ser y nuevo espíritu y nueva dignidad, la cual *sobrepuja todas las dignidades y reinos del mundo,* como claramente se escribe en el libro de la Sabiduría.[156]

De estos favores y regalos con que Nuestro Señor trata las ánimas de los tales nos dan testimonio otros muchos lugares de las Santas Escripturas. Porque, ¿qué otra cosa nos representa todo el libro de los Cantares sino esta amorosa familiaridad del Esposo celestial con las ánimas ya purgadas y humildes? ¿Qué palabras más tiernas y amorosas que aquéllas que El dice a la Esposa: *Levántate y date prisa, amiga mía, hermosa mía, y paloma mía, muéstrame tu rostro y suene tu voz en mis oídos, porque* / 30 r. *tu voz es suave y tu rostro hermoso*?[157] En otro lugar[158] dice: *cuán hermosa eres amiga mía, cuán hermosa eres, tus ojos son de paloma, de más de lo que dentro está escondido.* En otro[159] dice: *su mano tiene puesta debajo de mi cabeza y con su diestra me abrazará.* Todos[160] estos son regalos que proceden de aquel grande amor que Cristo tiene a las tales ánimas, ni son menos dulces las que dice por Esaías,[161] comparando su amor con el que una madre tiene a un hijo chiquito[162] y así les dice: *a mis pechos seréis traídos y sobre mis rodillas os halagaré; como la madre regala a un hijo chiquito, así yo os regalaré.* Y, porque parecía poco a este santo amador comparar[163] su amor con amor de madre, añade y dice por el mismo profeta:[164] *¿qué madre hay que se olvide*

154 Apoc., 2, 17.
155 tudos, ms.
156 Cf. Sap., 7, 8.
157 Cant., 2, 10.
158 Cant., 4, 1.
159 Cant., 2, 6.
160 tudos, ms.
161 Is., 66, 12.
162 chiquitu, ms.
163 como parar, ms.
164 Is., 49, 15-16.

de un hijo chiquito que cría?; pues, si él de ella[165] *se olvidare, yo no me olvidaré de ti, porque en mis manos te tengo escripto.* Lo cual ahora se puede muy bien verificar, pues con los agujeros de los clavos, que en sus sacratísimas manos quedaron, nos tiene presentes siempre. Pues ¿qué diré de aquellas tan amorosas palabras de los Proverbios[166] en las cuales, después de haber recontado las grandezas de su omnipotencia, en cabo viene a concluir diciendo que *sus deleites son estar con los hijos de los hombres*? Y no es maravilla que el que tiene sus deleites con los ángeles los tenga también con los hombres, porque no es mucho que los ángeles, como sean sustancias espirituales, su vida sea toda pura y espiritual y, así tenga El sus deleites con ellos; mas que el espíritu del hombre, cercado de una carne tan mal inclinada, y concebida y amasada en pecado, se levante por gracia y por el trabajo de las virtudes / v. a imitar la pureza de los ángeles, y que, viviendo[167] en carne, viva como si careciese de ella, esto es de verdad cosa admirable y digna de que el autor de tanta pureza se gloríe y regale en ella como en cosa bien natural y tan preciosa.

A todo lo dicho añado otra eficacísima y dulcísima consideración por la cual se podrá entender la grandeza de esta familiaridad del Esposo celestial con las tales ánimas. Hablando el apóstol con los casados dice así:[168] *los que sois casados amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se ofreció a la muerte por hermosearla de tal manera que no hubiese en ella ruga ni mácula.* Por las cuales palabras entendemos que fue tan grande el deseo que el Salvador tuvo de la hermosura y santificación de nuestras ánimas que, sabiendo El que ninguna cosa había más eficaz para esta santificación que padecer El muerte y pasión por ellas (por los grandes favores y socorros de gracia que de aquí se les siguían), no dubdó ofrecer a todo[169] esto[170] por santificar y hermosear las ánimas con los dolores y llagas de su pasión. Pregunto pues agora: ¿qué tan gran-

165 de ella el, ms.
166 Prov., 8, 31.
167 viniendo, ms.
168 Cf. Eph., 5, 25-27.
169 tudo, ms.
170 estu, ms.

de será la hermosura de una ánima de esta manera hermoseada con abundante gracia, pues un tan sabio mercader como el Hijo de Dios, que es sabiduría eterna del Padre, tal precio como fue su sangre dio por ella? Y aun digo más: que como al patriarca Jacob parecían pocos los siete años de servicio por la afición que tenía a la hermosura de Raquel,[171] así parecía poco a este santo ennamorado lo que padecía por hermosear y santificar las ánimas, porque mucho más padeciera si les fuera necesario. Y, si / 31 r. se suele amar mucho lo que mucho cuesta, ¿cuál será el amor que este celestial Esposo tendrá a las ánimas, pues por tan caro precio las compró?[172] Y, si tenemos por fe que todos[173] estos dolores padeció El por hermosear estas ánimas, ¿qué mucho es que, después de ya hermoseadas y santificadas, se deleite y regale con ellas y les haga todos estos favores que hasta aquí habemos dicho? Si tanto hizo y padeció, cuando no eran santas, por santificarlas, ¿qué no hará por ellas, después de ya santificadas? Si cuando tan cara le costaba esta santificación, no rehusó el precio de ella, ¿qué no hará por ellas, después de ya hecha la costa y pagado el precio? Si (como dice el mismo apóstol),[174] *aun siendo enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo,* siendo ya hechos de enemigos amigos, ¿qué no hará por nosotros?

Y, porque no extrañe nadie lo que hasta aquí está dicho de la amistad y familiaridad de Nuestro Señor para con las tales ánimas, añadiré aquí lo que San Crisóstomo siente en esta parte. Dice, pues, él que es tan grande el amor que Cristo tiene a una ánima purificada y limpia que ningún hombre, aficionado a la hermosura y de alguna criatura, aun de aquellos que andan enhechizados por ella, arde tanto en este amor cuanto Cristo en el de una ánima, cuando la halla purgada y llena de gracia; y conforme a la grandeza de este amor son los regalos y favores que le hace.

171 Gen., 29, 20.
172 Cf. 1 Cor., 6, 20.
173 tudos, ms.
174 Rom., 5, 10.

II. [*Ejemplos de la familiaridad que Nuestro Señor tuvo con algunos santos*]

Por todos estos lugares que habemos traído de las Santas Escripturas entenderá el prudente lector algo de la grandeza de la bondad de Nuestro Señor para con todos los buenos y de la estrecha amistad y familiaridad para sus especiales amigos. / v. Mas con todo [175] esto me parece que se declara esto más distintamente por el ejemplo de la familiaridad que Nuestro Señor tuvo con algunos santos, entre los cuales no quiero traer más que dos Catalinas, la mártir y la de Sena, cuyos previlegios y favores admirables arriba brevemente recontamos. Considere pues el hombre muy en particular los favores que hizo Nuestro Señor a la una y a la otra y por aquí entenderá algo de lo que decimos. Mas con estos dos ejemplos juntaré otro que refiere Severo Sulpicio en la vida de San Martín por estas palabras: "estábamos una vez yo y otro amigo a la puerta de la celda de San Martín, sin saber él que estoviésemos allí, y oímos hablar dentro de la celda, de lo cual concebimos en nuestras ánimas un grande miedo y pavor, pareciéndonos intervenir [176] aquí alguna cosa divina; pasadas dos horas que allí estuvimos aguardando, salió el santo de su celda; entonces Sulpicio con este su amigo le comenzamos a rogar quisiese satisfacer a nuestra religiosa pregunta y declararnos la causa de aquel pavor que sentimos a la puerta de su celda y también nos dijese con quién estaba hablando, por haber sentido algo de esto, aunque no entendimos lo que era. Entonces él estuvo un gran rato pensando lo que haría; mas no había cosa que yo no pudiese acabar con él". Dice Sulpicio: "increible cosa parecerá lo que quiero decir, mas pongo a Cristo por testigo que no miento, si no hubiese alguno tan sacrílego que piense haber mentido San Martín en lo que nos descubrió. Diré pues lo que él respondió: mas ruégoos, dijo él, que a nadie deis parte de ello; habéis de saber que San[ta] Inés y San[ta] Teda y la Sacratísima Virgen Nuestra Señora estovieron agora conmigo". / 32 r. Y de-

175 tudo, ms.
176 entrevenir, ms.

claraba el rostro y la figura de cada una y la ropa que traían vestida; y dijo más: que no sólo aquel día, sino que otras muchas veces había sido visitado de ellas. Y allende de esto decía que los gloriosos apóstoles San Pedro y San Pablo muchas veces lo visitaban. Estas cosas son tales que parecían increibles a los mesmos religiosos de su monesterio; pues ¿cómo presumiré yo que otros las creerán? Mas si no fuera tan admirable la vida y la virtud de este santo, no fuera tenido de nosotros en tan grande reputación. Que los ángeles visitasen muchas veces a este santo todos[177] lo vimos y experimentamos. Y en consecuencia de esto[178] diré una cosa muy grande: en la ciudad de Nemáuson se celebró un concilio de obispos en el cual no se halló este santo, pero deseaba saber lo que en él se había establecido; mas un ángel se lo reveló todo;[179] y nosotros supimos después que, en aquel mismo día que nos señaló, se había ordenado lo que él mismo nos dijo.

Todos estos ejemplos y testimonios de las Santas Escripturas me ha sido necesario alegar para convencer la incredulidad de los que no dan crédito a estos extraordinarios favores de Nuestro Señor para con sus especiales amigos; y confieso que me espanta esta incredulidad entre cristianos. Porque, si tú, cristiano, tienes fe que la bondad y caridad del Hijo de Dios llegó a tal punto que se dejó atar y abofetear y escupir y azotar y escarnecer y coronar de espinas y morir en cruz entre ladrones, por amor de los hombres, ¿cómo pones dubda que hará estos favores y otros mayores por aquellos por quien tanto padeció? Porque una sola de sus bofetadas es de mayor admiración que cualquier otros favores y previlegios, por grandísimos que sean, que haya concedido a sus amigos. / v. Y si todos[180] estos trabajos padeció este señor por hermosear de tal manera las ánimas que no hubiese en ellas ruga ni mácula, ¿qué no hará, por ellas cuando las hallare de esta manera hermoseadas y santificadas, pues tan cara le costó[181] su santificación? Item si (como dice el após-

177 tudos, ms.
178 estu, ms.
179 tudo, ms.
180 tudos, ms.
181 costu, ms.

tol),[182] *Dios no perdonó a su proprio Hijo, antes lo entregó a la muerte por nosotros,* no es posible que no nos haya dado todas [183] las cosas juntamente con El. Pues ¿qué dádiva hay que se pueda comparar con ésta? Quien esto nos dio ¿qué nos negará, pues todo lo demás que El nos puede dar es como nada comparado con esta dádiva? Y pues creemos las cosas tanto mayores, ¿porqué seremos incrédulos a las que son infinitamente menores, mayormente siendo tales que, cuando son más admirables y más increíbles, tanto más muestra nos dan de la inmensa bondad y amor de Dios, para con sus fieles amigos? Porque éstas nos hacen exclamar con el profeta [184] diciendo: *¡cuán bueno es el Dios de Israel, para los rectos de corazón!*

Pues, concluyendo esta materia y volviendo al primer propósito, digo que el principal fruto que podrá sacar de esta escriptura el que devotamente, con fe y humildad y no vana curiosidad la leyera, será haber hallado otro grande motivo para amar a Nuestro Señor, allende de los pasados, que es ésta tan estrecha amistad y familiar comunicación que tiene con las ánimas que del todo [185] se han entregado a su amor y servicio, y que pueden ya decir con el apóstol:[186] *Vivo yo, ya no yo, mas vive en mí Cristo.* Y por este ejemplo entenderá cuán grande sea la bondad, la caridad y la suavidad de aquella altísima incomprehensible Majestad que así se inclina a tener sus deleites con una criatura tan baja como es una pobrecica doncella, cuando la halla del todo [187] pura y humilde. Por lo cual, leyendo esta historia y viendo los favores / 33 r. y regalos tan extraordinarios que Nuestro Señor ha hecho a esta su esposa, será muchas veces compelido a decir: "yo creo firmemente todo [188] lo que de las grandezas de la divina bondad se dijeren, mas nunca pensara que esa bondad se abajara a tener tan estrecha comunicación con las criaturas como la que aquí leo". Y con esto concibirá en su ánima una nueva estima de aquella inmensa

182 Rom., 8, 32.
183 tudas, ms.
184 Ps., 72, 1.
185 tudo, ms.
186 Gal., 2, 20.
187 tudo, ms.
188 tudo, ms.

bondad y caridad de Dios para con sus criaturas que le provoque[189] a amar y desear servir a un Señor que tan amigablemente se comunica a ellas.

Ni debe ser motivo de incredulidad ser las cosas de esta virgen muy extraordinarias y grandes. Para lo cual es de saber que tiene Nuestro Señor dos maneras de hacer mercedes a sus criaturas: una es por vía de justicia, *dando a cada uno lo que merece según su trabajo* (como dice el apóstol);[190] otra es por vía de misericordia, haciendo mercedes, conforme a su bondad y magnificiencia, como se ve en la vocación de los apóstoles, los cuales estando ocupados en sus redes y en sus cambios, etc., los llamó a la dignidad del apostolado, que es la mayor de la Iglesia, enriqueciéndoles el día de Pentecostés con todas las gracias y dones del Espíritu Santo. Vese también en la conversión de San Pablo y de la Magdalena y de San Augustín, como él lo refiere en el octavo libro de sus Confesiones; y vese también a cada paso en los martirologios,[191] donde leemos que, por ocasión de algún peligro o de la gran paciencia de los mártires, se convertían muchos de los gentiles a la fe, dándoles Nuestro Señor tanta abundancia de gracia y tanta fortaleza y constancia / v. que padecían cruelísimos martirios juntamente con ellos, en lo cual se ve lo que el Espíritu Santo dice:[192] *que es fácil cosa en los ojos de Dios súbitamente enriquecer al pobre.* Esta diversidad de hacer mercedes nos representó[193] el Salvador en el evangelio de la viña,[194] en la cual pagó su jornal por entero a los que vinieron a trabajar por la mañana, guardándoles su justicia; mas a los que vinieron a la postre dio lo mismo, usando con ellos de su liberalidad y magnificiencia. Y, siendo esto así, nadie debe tener por increíbles los grandes y extraordinarios favores que hace Nuestro Señor a algunos santos, con los cuales quiso usar de esta largueza y magnificiencia susodicha; en el cual número ponemos esta virgen por ser tan extraordinaria y tan familiar la comunicación que el Esposo celestial tiene

189 porvoque, ms.
190 1 Cor., 3, 8.
191 marticologios, ms.
192 Ecci., 11, 23.
193 representu, ms.
194 Mt., 20.

con ella. Por donde Teodoreto, escribiendo aquella manera de vida tan nueva de San Simeón el de la columna (de que arriba hicimos mención) dice que así como los reyes no usan siempre de un mesmo cuño en la moneda que mandan fundir, sino algunas veces usan de otros muy diferentes, así aquel Rey Soberano no siempre usa de una manera de santificar los santos sino de otras diversas para muestra de su sabiduría y magnificiencia, como lo veremos en esta historia.

Ni le debe ser ocasión de incredulidad la condición o corrupción del tiempo presente para no creer que haga Dios en él las maravillas de los tiempos pasados. Pues es costumbre de Nuestro Señor acudir a su Iglesia en los tiempos de mayor necesidad, como hizo en tiempo de Santo Domingo y San Francisco, cuando las costumbres de los hombres estaban más estragadas, como lo refiere / 34 r. copiosa y elegantemente el Padre Fray Fernando del Castillo en la primera parte de la Corónica de Nuestra Señora; y, si la condición del tiempo presente basta para argumento de incredulidad, síguese que no habían de ser creídas las maravillas de los santos en el tiempo que ellos vivían, lo cual fuera grandísimo yerro, pues ellas eran verdaderas, aunque acaecieron en sus días, porque las que ahora son pasadas, algún tiempo fueron presentes.

Desnúdese pues el hombre de sí mismo y no quiera juzgar las cosas de Dios por sí, ni medir la bondad y magnificiencia divina con la estrechura de su corazón, sino con la grandeza de Dios, el cual, como en sí mismo es incomprehensible, así lo es en sus obras. Plinio dice, que en las obras de naturaleza se hallan a cada paso cosas al juicio humano increíbles; pues, ¿qué mucho es hallarse lo mismo en las obras de gracia, que son tanto más excelentes cuanto se ordenan a más alto fin, que es hacernos hijos de Dios y darnos ser sobrenatural y divino?

Libro Segundo

EN LA CUAL SE ESCRIBE LA VIDA DE LA MUY RELIGIOSA MADRE MARÍA DE LA VISITACIÓN, PRIORA DEL MONASTERIO DE NUESTRA SEÑORA DE LA ANUNCIADA, DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO, EN LA CIUDAD DE LISBOA

Capítulo I

De los indicios de santidad que precedieron en esta virgen

[*Condición natural*]

Suelen los que escriben las vidas de los santos declarar / v. primero el origen de su vida, que es su patria y sus padres y el linaje, estado y condición de ellos; y, por estar ya esto bastantemente declarado en la relación que arriba queda escripta, no me deterné en ello. Mas ya que en el principio de semejantes historias se suele tratar de esto para declarar el sujeto y fundamento de la divina gracia que después se ha de seguir, parecióme cosa conviniente declarar también la condición natural de la persona de que se escribe, que es fundamento más vecino a esa gracia que el linaje de los padres o de la patria. Pues, cuanto a esto, es esta virgen muy amorosa, humilde, blanda, afable y muy bien criada y vese en ella una continua alegría acompañada con una mesura y gravedad; tiene también natural discreción junto con tan grande simplicidad que en lo uno parece de muchos años y en lo otro de muy pocos. Y con estas buenas condiciones, su natural mansedumbre es tan grande que no es en su mano hacer ni decir

cosa con que a nadie dé pena, aunque para esto tenga ocasión; la cual mansedumbre hasta hoy día persevera, aun en oficio de perlada, en el cual no faltan ocasiones para despertar la ira;[195] la cual pasión está tan desterrada de su corazón como si naciera sin ella, y por esta tan grande mansedumbre generalmente es muy amada de todos. Su manera de hablar es tal que nos enseñan los sabios, diciendo que la habla de la mujer ha de ser como el agua, que, para ser buena, ningún otro sabor ha de tener sino de agua; tal es su manera de hablar en la cual ninguna cosa hay afectada, ni artificiosa, ni fingida, ni curiosa, sino llaneza y pura implicidad, y con esto muy más amiga de callar que de hablar. Es también naturalmente muy compasiva de los pobres; y digo naturalmente / 35 r. porque se cuenta de ella que, siendo niña, le acontecía, viendo algunos pobres, aflojar la cinta que traía ceñida y dejar caer la mantilla que tenía debajo; otras veces daba la basquiña y plegaba el sayo que traía encima con alfileres para que no se viese el piadoso hurto que había hecho; y de éstos hacía muchos, ya de un vestido ya de otro, para dar a los pobres y rogaba a las mujeres de casa que no la descubriesen a su madre. Y, preguntándole yo si su madre por esto la castigaba, respondióme que su madre holgaba cuando esto sabía, por ser mujer muy caritativa. Y, no contenta con esto, siendo de esta edad, pedía a los parientes que venían a casa algo para tener que dar a los pobres; y, cuando comía, guardaba parte de su comida en la manga para lo mismo. De modo que pudo esta virgen con mucha verdad decir aquello del Santo Job:[196] *dende mi niñez creció conmigo la misericordia y del vientre de mi madre salió conmigo.* Tal convenía que fuese la que había de tomar por esposa aquél que *por las entrañas de su misericordia nos visitó veniendo dende lo alto.*[197]

[*Su hermana*]

Y porque en las historias de los santos también se suele tratar algo de los hermanos de ellos, cuando fue-

195 aira, ms.
196 Job., 31, 18.
197 Lc., 1, 78.

ron señalados en virtud y santidad, diré aquí lo que es muy notorio en esta ciudad de una hermana suya por nombre soror Clemencia, la cual, habiendo sido casada con un caballero muy principal de este reino que tenía tres cuentos de renta y cinco villas suyas, después de su fallecimiento, quedó ella con un hijico de muy poca edad, heredero de toda[198] esta hacienda. Y por ella haber enviudado / v. muy moza y ser muy noble y de muy grande hermosura, la pedía un señor muy principal en casamiento; mas ella, estando ya tomada del amor de Cristo y entendiendo cuánto es más dulce el amor de este señor que todos[199] los amores del mundo, hizo como el sabio mercader que *vendió toda su hacienda*[200] por esta preciosa margarita del divino amor. Mas porque, como el Salvador dice,[201] *nuestros principales enemigos son los familiares domésticos de nuestra casa,* tomaron tan mal los hermanos resistir ella a un casamiento con que ella y todos[202] quedaban honrados, que uno de ellos con demasiada pasión desenvainó la espada y se la puso en los pechos, gritando toda[203] la gente de casa, amenazándola que había de casar o la había de matar, con lo cual ella tuvo luego un grande desmayo; y tras de esto cayó en cama tan enferma que, visto el peligro de la enfermedad, tumaron por medio prometerle que nunca más le hablarían en negocio de casamiento, y con esto convaleció presto y puso por obra su santo propósito, menospreciando todo lo que el mundo le ofrecía y, lo que más es, el hijo chiquito, dejándolo encomendado a una agüela suya, el cual de ahí a poco tiempo falleció y fue Nuestro Señor servido de revelarle la hora de este fallecimiento. Y así, estando ella en el coro, volvióse a una monja que estaba a su lado y díjole algo turbada: "nuestro hermanico en este punto se va al cielo"; porque éste es el nombre de que usaba cuando hablaba de él, por parecerle cosa indecente de aquel estado religioso llamarle hijo; y súpose después que a aquella misma hora / 36 r. falleciera. Dándole pues las nuevas

198 tuda, ms.
199 tudos, ms.
200 Cf. Mt., 13, 46.
201 Mt., 10, 36.
202 tudos, ms.
203 tuda, ms.

de su muerte, púsose de rodillas y levantadas las manos y ojos al cielo dijo: "muchas gracias os hago, Señor mío, que una sola cosa que en la tierra tenía, que algo me pudiera apartar de Vos, me la llevastes para que todo [204] mi amor se emplee en solo Vos".

Mas el enemigo del linaje humano, herido con este golpe, viendo una tan grande conformidad con la voluntad de Dios, procuraba renovarle el dolor de la muerte del niño, porque se cuenta de ella que el demonio por inquietarla se transformaba en la voz del niño ya difunto y de noche le decía: "madre cruel, ¿por qué me dejaste"? Mas ni esto ni otra cosa hizo mella en su corazón, ni de otra cosa tiene más deseo que de ver a la hermana que tantos desean ver viniendo aun de muy lejos, y estando ella en la misma ciudad; mas también en esto [205] se mortifica como en todo lo demás: tanto puede el amor de Cristo con ella.

No será razón pasar levianamente por este hecho, porque por él se entenderá la virtud de la gracia y la razón que el apóstol tuvo para decir [206] *que no se avergonzaba de pedricar el evangelio porque en él estaba la virtud y poder sobrenatural de Dios para salvar y santificar los hombres,* dándoles fuerzas sobrenaturales para vencer la naturaleza y abrazar la cruz y despreciar todo lo que el mundo adora y busca por mar y por tierra. Porque tres cosas sobrenaturales podremos notar en este hecho contra la condición de la carne y la sangre. La primera fué despreciar un casamiento honrado y hacienda y señorío y libertad con todos [207] los regalos y gustos que traía consigo un tal casamiento. La segunda es escoger en lugar de esta vida otra la más áspera y apretada y encerrada y pobre que hay en todas las religiones cual es la vida de las religiosas de la Madre de Dios de Lisboa donde ella entró, porque aquí, entre otras / v. asperezas, se viste sayal y no se come carne, ni hay locutorio, ni ver más padre ni madre la cara de su hija; esto bien se ve ser contra la naturaleza de nuestra humanidad que apetece todo [208]

204 tudo, ms.
205 estu, ms.
206 Cf. Rom., 1, 16.
207 tudos, ms.
208 tudo, ms.

lo contrario. La tercera y más principal fué desamparar la madre un solo hijo chiquito que tenía, que es la cosa que más tiernamente se ama y cuyo apartamiento causa mayor dolor, cerrando los oídos a las voces de todos cuantos lo contrario le aconsejaban y abriéndolos a las palabras de Cristo[209] que promete el reino de los cielos a los que estos afectos naturales vencieren por su amor. Y cuando le persuadían a que criase el hijo y mirase por su hacienda que era un[210] buen mayorazgo, respondía ella que sólo este apartamiento le debía a Nuestro Señor porque lo demás, que era la mudanza de la vida, días había que la tenía determinada. Pues como todas[211] estas tres cosas sean tan contrarias a la naturaleza de nuestra carne, síguese que aquí intervino[212] el dedo de Dios.[213] Por donde entenderemos que todas las obras semejantes a ésta, mayormente aquéllas donde grandes señores y señoras desamparan sus estados y abrazan la cruz de Cristo, son muy poderosos testimonios y argumentos de la verdad de nuestra fe de cuya virtud tan admirables mudanzas proceden. De las cuales dice San Agustín que se alegraba mucho porque las tales personas por la misma obra que hacían confirmaban la verdad de nuestra fe y daban testimonio de la virtud y gracia del evangelio y de la asistencia del Espíritu Santo, pues vemos que la naturaleza humana, considerada en sí sola, a velas tendidas busca el descanso y los regalos y aborrece los trabajos; por donde hacer lo contrario no es obra de la naturaleza, sino de gracia.

I. [*Indicios de santidad*]

Comenzando, pues, a tratar de su vida, no callaré algunos indicios y como prenósticos de lo que adelante había de ser, / 37 r. los cuales quiere Nuestro Señor que en algunos santos precedan antes de nacidos o luego después de nacidos. No quiero traer para esto el ejemplo de San Juan Bauptista[214] y de otros santos del

209 Cf. Mt., 19, 29.
210 una, ms.
211 tudas, ms.
212 entrevino, ms.
213 Cf. Ex., 8, 19.
214 Cf. Lc., 1, 4-25; 39-45.

Testamento Viejo,[215] pues no faltan otros semejantes en el Nuevo, porque, antes del nacimiento de nuestro glorioso padre Santo Domingo[216] y de San[to] Tomás de Aquino su hijo, tuvieron sus madres noticia de lo que habían de ser. Y San Nicolás,[217] siendo niño de mamar, ayunaba los miércoles y los viernes de la semana, en los cuales días no mamaba más que una sola vez; y Santa Catalina de Sena vió al Salvador sobre la puerta de la Iglesia del monasterio de Santo Domingo,[218] vestido de pontifical que amorosamente la miraba; y sobre la boca de San Ambrosio, siendo niño, se asentó un enjambre de abejas las cuales de ahí se subieron tan alto que se perdieron de vista, lo cual su padre tuvo por indicio de la excelencia de este su hijo. Esto ordenó Nuestro Señor así para que los tales santos,[219] con estos preludios que procedieron, antes que ellos tuviesen uso de razón, por sola gracia y dispensación divina, entiendan que cuyos fueron los principios fue también lo que después se fabricó sobre ellos y lo uno y lo otro conozcan ser obra de gracia y así se dé la gloria al autor de todo[220] sin tomar[221] ellos nada para sí.

Pues, veniendo a nuestro propósito,[222] semejantes indicios quiso el Esposo celestial que precediesen en esta virgen que El había de tomar[223] por esposa. Porque, siendo su madre preñada de ella, estaba de esto muy dubdosa, porque, siendo ya llegado el tiempo, no le bullía[224] la criatura en el vientre, por donde los físicos juzgaban que esto no era preñez, sino dolencia; y así determinaron desarroparla y purgarla. Mas su madre, como persona muy virtuosa, recelando que aquello podría ser preñez y la cura podría perjudicar a la vida y ánima de la tal criatura, teniendo en más la salud espiritual de ella que la propria corporal de su vida, no se quiso poner en esta cura sin recorrer primero al verdadero / v. médico de todos los males; y para esto mandó decir una

215 Cf. Jer., 1, 5.
216 Santu, ms.
217 Niculas, ms.
218 Santu, ms.
219 santus, ms.
220 tudo, ms.
221 tumar, ms.
222 propositu, ms.
223 tumar, ms.
224 bolia, ms.

misa de la Anunciación de Nuestra Señora, suplicándole con mucha devoción le alcanzase esta merced de su unigénito Hijo que la librase de esta perplijidad. Y Nuestro Señor, que siempre acude a los que con humildad y confianza se acogen a El, la sacó de esta dubda, porque, oyendo esta misa, en levantando el sacerdote la primer hostia, le bullió la criatura en el vientre y así entendió lo que era, dando gracias a Nuestro Señor y a su Santa Madre por esta merced. Parece no haber carecido esto de misterio porque (como adelante veremos) fue esta virgen sobre todo[225] lo que se puede encarecer devotísima del Santo[226] Sacramento[227] de cuya virtud procedieron[228] todas[229] las otras gracias y previlegios que le fueron comunicadas, y así quiso el Esposo que de esta misma fuente procediese[230] este beneficio.

Después de este primer indicio se siguió otro, el cual refirió la misma virgen a su padre confesor diciendo que, siendo ella niña, le pesaba a ella mucho[231] cuando le hablaban en casa de ser monja; más llegando a edad de cinco años y estando en una ventana mirando la procesión[232] que pasaba en la fiesta del Santísimo Sacramento y yendo en ella religiosos de diversas órdenes, en pasando la de Santo Domingo dijo ella que de aquella orden había de ser monja, de lo cual su madre quedó muy espantada, por saber cuán repugnante había sido todo el tiempo pasado a esta manera de vida y lo que más es en este propósito[233] perseveró hasta que tomó el hábito.

Otro prenóstico hubo en que se ve más a la clara la virtud de la divina gracia. Porque, siendo ella de edad de ocho años, la previno Nuestro Señor con un tal conocimiento y deseo que sobrepujaba la capacidad de aquella edad, porque vínole el deseo de hallar un bien que de tal manera / 38 r. la hartase que no tuviese más que desear; y de aquí le nacía un hastío de

225 tudo, ms.
226 santu, ms.
227 Sacramentu, ms.
228 precedieron, ms.
229 tudas, ms.
230 precediese, ms.
231 mucha, ms.
232 prosición, ms.
233 propositu, ms.

los otros bienes y gustos de esta vida por ver cuán ruines [233 a] y defetuosos eran y cuán estéril y hambrienta dejaban una ánima; por donde cuando alguna vez se le ofrecía algún gusto de éstos que hay en la tierra, con que ella pensaba tener algún contentamiento, visto que no lo hallaba, quedaba triste y decía: "no es éste el bien que yo deseo pues éste no harta". Y siendo ya de edad de once años y perseverando en este mismo deseo, determinó entrar en el monesterio de Nuestra Señora de la Anunciada pareciéndole que en esta casa podría hallar este bien.

Tomado el hábito de novicia, le mudaron el nombre; porque dende antes se llamaba doña María de Meneses, la llamaron sor María de la Visitación de Nuestra Señora. Pues como ella tomó este estado y hábito para hallar este bien, entendiendo que de mano de Dios lo había de recibir, comenzó a procurarlo por todos [234] los medios que para esto le podían ayudar, que eran oraciones y ayunos, vigilias y disciplinas con que domaba su carne, y señaladamente se ocupaba en la meditación de la Sagrada Pasión pretendiendo indignar [235] con estos ejercicios y trabajos al dador de todos los bienes para alcanzar este bien.

Acabado este dichoso noviciado, siguióse la profesión, siendo ya de edad de dieciséis años y medio, la cual ella deseaba por tener más tiempo y aparejo, como ella mismo me dijo, para darse a la oración. Porque en los años del noviciado gástase mucho tiempo en aprender a cantar y a rezar el oficio divino y en otros ejercicios que son proprios de las novicias y con esto no tenía ella el tiempo que deseaba para vacar a Dios y emplearse toda [236] en el ejercicio de la oración. / v. Antes de la profesión contaré una cosa notable, referida por ella misma, y ésta fue que toda [237] la noche antes estuvo de rodillas en oración en la cual decía al Señor que quería tomar por Esposo, con una humildad y simplicidad atrevida, estas palabras: "Señor, ¿cómo ha de haber en el mundo desposarme yo con Vos sin primero veros y saber de la manera que sois"?

233 a bienee.
234 tudos, ms.
235 ¿inclinar?
236 tuda, ms.
237 tuda, ms.

Esto decía con muchas lágrimas y fuerza de espíritu y con tan grande fe que prometía de no levantarse de allí sin ver primero con quién se había de desposar. Perseverando, pues, la mayor parte de la noche en esta porfía, a la mañana, entre las cuatro y las cinco, estando cuasi fuera de los sentidos, le parecía que veía un Señor muy hermoso y resplandeciente y con alegre rostro le llamaba diciendo: "María, mira muy bien si eres contenta de desposarte conmigo". Ella entonces con grande alborozo y lágrimas de alegría se derribó a sus pies y dijo que no merecía ella ser esclava suya. A esto respondió el Esposo: "Pues yo soy muy contento y quiero que seas esposa mía." Respondió ella: "¡Señor mío!, Alaben os los ángeles, porque yo soy grande pecadora y no soy digna de alabaros por tan grande merced." Y con esto despertando se halló toda [238] bañada en lágrimas y con grande alegría de su corazón; y el día siguiente, que fué el segundo de la Pascua del Espíritu Santo, hizo profesión con grande alegría y consolación de su ánima y, éste fue el primer aparecimiento que ella tuvo, año de 1569.

Aquí terná bien que filosofar el devoto lector, considerando en este aparecimiento la inmensa bondad y suavidad y regalo de Nuestro Señor para con las ánimas puras, humildes y sincillas, y verá también cuánto puede la perseverancia en la oración acompañada con la fe y confianza que esta virgen tuvo, [239] pues prometió de no levantarse de aquel lugar hasta que fuese respondida. Mas esta confianza entera y este deseo susodicho / 39 r. infundió en el ánima de esta virgen el mismo Señor que le quería hacer este gran favor; y por aquí también entenderemos que de tan prósperos principios ni podrán dejar de seguirse adelante grandes favores, porque nunca el Señor hace profundos los cimientos sino para levantar algún grande edificio como lo vemos en lo que adelante se escribe de esta virgen.

238 tuda, ms.
239 y, ms.

Capítulo II

De la profesión de esta virgen y de una visión que tuvo después de ella

Acabando pues esta virgen de profesar y entregándose toda[240] al Esposo celestial, El esclareció su entendimiento con una nueva luz y le cumplió lo que tanto había deseado certificándola enteriormente que El era el bien que ella deseaba y el que sólo harta al que lo posee. Dando pues ella gracias de todo el corazón al Esposo que esto le había declarado, de ahí a algunos días (cuando ya era tiempo de levantarse a cosas mayores y más extraordinarias) estando en oración tuvo un rapto en el cual se vio en una calle escura y muy larga, llena de bestias fieras, las cuales tenían abiertas las bocas amenazándola como que la querían tragar; y fuéle allí dicho que por todas[241] aquellas fieras era necesario pasar para alcanzar aquel bien deseado. De lo cual ella muy atemorizada tenía grande temor de andar este camino; mas fuéle allí infundida una nueva confianza de Dios, con la cual fe determinó pasar, pidiendo para esto favor al Señor, el cual parecía que le acudía diciéndole que confiase en El, que El la libraría de aquel peligro. Preguntada por mí esta virgen, qué entendía ella por estas fieras, respondió que eran los trabajos / v. que era necesario padecer y las pasiones que convenía domar para alcanzar este deseado bien. En este paso me quiero detener un poco porque esta visión es un notable y necesario documento para todos los que anhelan a la profección de la vida espiritual, los cuales deben tener por cosa muy cierta que no la alcanzarán si no es pasando por muchas dificultades y trabajos que se requieren para alcanzarla. Para esto alegaré[242] un dicho de San Buenaventura el cual escribe en el prólogo de la Vida de Cristo que apareciendo Nuestra Señora a

240 tuda, ms.
241 tudas, ms.
242 alagare, ms.

Santa Elisabet la viuda, entre otras cosas le dijo que tuviese por cierto que generalmente hablando ninguna gracia se comunicaba a las ánimas sino por medio de la oración y de los trabajos; la cual sentencia confirma el Salvador en el Evangelio que dice que los santos dan fruto de buenas obras mediante la paciencia en los trabajos.[243] Y no son menos los que se han de padecer en domar y mortificar las pasiones, porque a todos (como refiere San Marcos) dijo el Salvador:[244] *quien quisiere venir en pos de mí, niegue a sí mismo y tome su cruz y sígame.* Y el negar a sí mismo es contradecir a sus apetitos y pasiones y malas inclinaciones, las cuales convenientemente son figuradas por estas fieras susodichas; porque considerando nuestro corazón en sí mismo (quitada aparte la divina gracia) hallaremos que es la fiera más cruel y más ponzoñosa y más furiosa de cuantas hay en el mundo. Antes San Crisóstomo prueba muy a la larga que en él sólo se hallan los apetitos y ponzoña de todas las fieras juntas. Lo cual declara el apóstol en el primer capítulo de la Epístola escripta a los Romanos, donde cuenta las horribles maldades / 40 r. y vicios de los gentiles como de hombres entregados a la furia de sus bestiales apetitos, de los cuales nadie está libre en esta vida, sino aquellos a quien Dios libra, dándoles victoria contra ellos.[245] Por lo cual dice San Hierónimo todos[246] somos compuestos del mismo lodo y todos[247] tenemos unas mismas entrañas y por esto en la seda y en el sayal[248] acomete a todos[249] la misma sensualidad. Santísimo era Job y por tal alabado de Dios y casado con mujer e hijos; y, con todo[250] esto, confiesa él de sí que *no osaba levantar los ojos a mirar a una doncella,*[251] como quien entendía cuán fiera bestia tenía dentro de su corazón, en cuyas rabiosas gargantas cayó David,[252] porque no tuvo esta mesma cautela.

243 Cf. Lc., 8, 15.
244 Mc., 8, 34.
245 Rom., 1.
246 tudos, ms.
247 tudos, ms.
248 asayal, ms.
249 tudos, ms.
250 tudo, ms.
251 Job., 31, 1.
252 Cf. II Sam., 11, 2.

Pues esta naturaleza y disposición[253] dcl corazón humano declaró el Salvador a esta virgen para que entendiesc cuántas fieras había en él y supiese que contra éstas había de pelear mortificando todos[254] sus apetitos y pasiones, si deseaba alcanzar aquel bien universal; y porque no desmayase, ni desconfiase de la victoria. El mismo le prometió su ayuda para vencer en esta batalla. Aquí aprenderán[255] los que de verdad se determinan a caminar por la senda estrecha que va a parar a la vida, que la primera jornada ha de ser juntar con el estudio de la oración la mortificación de las pasiones y malas inclinaciones, que son aquel *encienso y mirra* de que tantas veces se hace mención en el libro de los Cantares.[256] Porque la oración sin la mortificación vale poco; mas la mortificación, como es mirra amarga, no se podrá continuar sin el gusto y socorro de la oración. Y son estas dos cosas tan necesarias que para significar esto decía un santo varón muy experimentado en estas batallas que había él de escribir un libro y que en cada hoja de él no había de escribir más que estas palabras del Salvador: / v. *Quien quisiere venir en pos de mí niegue a sí mismo y tome su cruz y sígame.*[257]

Capítulo III

Del dolor y vergüenza que esta virgen tuvo con la memoria de sus pecados y cómo el Salvador la consoló

En este mismo tiempo infundió el Salvador en el corazón de esta virgen un tan grande dolor y vergüenza de sus pecados que no lo podré yo explicar con palabras de la manera que ella mesma me refirió, con lo cual me vino a la memoria lo que el Señor promete por Isaías diciendo[258] que *El lavaría las inmun-*

253 dispusición, ms.
254 tudos, ms.
255 deprenderan, ms.
256 Cant., 4, 6.
257 Mt., 16, 24; Lc., 9, 23.
258 Is., 4, 4.

dicias de las hijas de Sión con espíritu[259] *de juicio y espíritu de ardor.* Esta es la orden que Nuestro Señor guarda en las ánimas que El quiere purificar; ca primero son atormentadas y desconsoladas con el dolor de sus pecados causados por temor del juicio divino (que es obra de la ley) y después son esforzadas y consoladas con el ardor de la caridad y esperanza del perdón (que es obra del Evangelio) como en esta virgen claramente se verá.

Refería, pues, ella que, poniendo[260] los ojos en la grandeza de la divina majestad y bajándolos de ahí a sí misma y a sus proprias culpas y miserias, era tan grande la vergüenza y confusión que en sí misma sentía que no osaba levantar los ojos al cielo ni merecía que la tierra la sustentase y deseaba ser hollada y pisada de todas las criaturas; y sentíase por indigna de la compañía de las religiosas de aquel monesterio deseando echarse a los pies de todas / 41 r. ellas. Y estando en el coro, adonde está en lo alto un crucifijo, no osaba miralle a la cara sino a los pies y prostrada con el espíritu ante ellos, clamaba en lo íntimo de su corazón pidiendo misiricordia; y algunas veces le parecía que de los pies del crucifijo salían rayos de sangre que rociaban todas las religiosas del coro y por esto se tenía ella por totalmente indigna de su compañía y así pidía al Señor que por el mérito de ellas le otorgase el perdón de sus culpas. Y no se contentaría ella con solo esto sino, indignada contra sí misma, deseaba toda[261] mortificarse y sacrificarse a Dios castigando su cuerpo con ayunos y ásperos cilicios[262] y disciplinas; porque hasta el día de hoy, con ser tan flaca y dilicada, toma[263] tres días en la semana muy ásperas y largas disciplinas, porque dura cada una por todos los siete psalmos penitenciales o por el *Miserere mei* dicho cinco veces. Y diciéndole yo que le haría mucho daño en tiempo de invierno tener por tan largo espacio las espaldas descubiertas al frío, que debía tomarlas en otra parte como se usa en otras religiones, pues se hace a oscu-

259 espirutu, ms.
260 puniendo, ms.
261 tuda, ms.
262 silicios, ms.
263 tuma, ms.

ras[264] y en lugar secreto, respondió: "pues allí no está presente el ángel bueno". Esto quise decir aquí para que por ello se entienda la honestidad y vergüenza original de esta esposa de Cristo que tan amiga es de toda honestidad. Verdad es que de estas tres disciplinas el padre confesor a quien ella obedece en todo, vista su gran flaqueza y frecuentes enfermedades, le ha quitado la una de ellas. Considere pues agora el prudente lector qué haría aquel piadoso y justo juez viendo esta virgen tan dilicada estar al frío por tan largo espacio piedad[265] de este Señor y es tan cierto[266] / v. y tan superabundante su favor y gracia para los que se disponen a ella que siempre sobrepuja su gracia a nuestra virtud y diligencia; y según esto ¿qué favores estaría dando a quien por El se estaba mortificando y martirizando y haciendo en sí tan rigurosa justicia? Mayormente que el rigor de estas disciplinas no sólo fue a los principios, cuando se trata de esta penitencia, sino también después de tantas veces ya purificada con los dolores y llagas y sangre de Cristo, como adelante se verá. Por tanto,[267] nadie no tenga por increíble los favores que El hizo a esta virgen (de que después se trata), porque de tales principios tales efectos se suelen seguir, y de tales oraciones acompañadas con tales azotes nadie puede decir que sean ruegos secos pues van teñidos con sangre y con la mortificación de la carne.

Ni tampoco han faltado ásperos cilicios[268] junto con las disciplinas; de lo cual da testimonio una madre muy religiosa y grande amiga de esta virgen la cual, viéndola en tan tierna edad andar muy flaca y amarilla, creyendo que traía algún áspero cilicio,[269] la encerró en el refectorio (siendo ella refitolera) y le mandó que callase y toviese paciencia, porque quería quitarle el cilicio[270] que le parecía traer; y excusándose ella con muchas lágrimas, rogándole con ellas que no le diese aquella desconsolación, todavía la madre porfió a querer saber esto; estando ella en todo esto tan mansa

264 ascuras, ms.
265 piadad, ms.
266 ciertu, ms.
267 tantu, ms.
268 silicios, ms.
269 silicio, ms.
270 silicio, ms.

como una cordera derramando muchas lágrimas sin quejarse ni decir: "vos no sois mi prelada ni mi maestra, ¿por qué me hacéis esta fuerza?"; nada de esto dijo, hasta que aquella madre halló que traía un cordón hecho de cerdas con muchos nudos con las vueltas alrededor, que todas[271] ellas juntas tenían una mano de ancho y se le entraban ya por la carne; el cual cilicio[272] / 42 r. le quitó esta madre amenazándola que siempre había de tener cuidado de que no hiciese tales excesos, siendo tan flaca. En la cual obra no es menos de considerar la humildad y mansidumbre y las lágrimas de esta virgen que la aspereza de esta virgen que se le quitó. Y no se maraville nadie que habiendo vivido esta virgen con tanta inociencia, tuviese tan gran dolor y confusión por sus pecados, porque el Esposo, que quería levantar muy alto en ella el edificio de las virtudes, quiso que fuese muy hondo el fundamento de la penitencia y humildad para que así estoviese la fábrica de la obra segura. Ni es cosa nueva tener grande dolor los santos por muy pequeñas culpas, considerando que no puede ser culpa pequeña la que se hace contra Dios tan grande, conforme a lo cual escribe San Hierónimo en la vida de Santa Paula que así lloraba las culpas pequeñas como si hobiera cometido grandes pecados; y lo mismo vemos en los grandes temores[273] con que vivía el santo Job, habiendo él confesado que en toda[274] su vida no le había acusado su conciencia de cosa de pecado mortal.[275]

Pasáronse en este llanto casi dos meses en los cuales andaba esta virgen tan absorta en este dolor y confusión de sus pecados que de día y de noche nunca cesaba de hacerse un río de lágrimas por ellos.

Preguntará aquí alguno qué es la causa porque algunas personas que han vivido con gran pureza e inociencia suelen a tiempos, y mayormente a los principios, tener tan grande sentimiento por las culpas de la vida pasada, no habiendo en ella al parecer materia suficiente para tan gran dolor, / v. como lo vemos en

271 tudas, ms.
272 silicio, ms.
273 Cf. Job., 6, 4.
274 tuda, ms.
275 Cf. Job., 23, 11.

el santo Job, de que hacemos agora mención; porque, demás del testimonio de su santidad que el mismo señor Dios nos da [276] de él, también él hace en el capítulo veintinueve un inventario admirable de las virtudes y buenas obras que hacía,[277] con que declara la inocencia de su vida. Siendo pues esto así, ¿de dónde procedían aquellos grandes temores que este santo [278] muestra que tenía cuando dice:[279] *¿qué haré cuando se levante Dios a juzgarme?, y cuando entrare en cuenta conmigo ¿qué le responderé?* Y en otra parte dice [280] que *siempre andaba temblando de Dios y asombrado como el navegante cuando una grande ola viene a embestir sobre él.* Y con todo [281] esto, en medio de tan grandes trabajos y dolores, pide espacio de penitencia para llorar sus culpas, como si no bastara los dolores y trabajos que padecía.[282]

Pues respondiendo a esta pregunta digo [283] que tres causas entre otras hay de este tan grande sentimiento y confusión que padecen los justos. Una es la que ya tocamos [284] y ésta es acordarse de la grandeza de la majestad ofendida y entender que no es culpa pequeña la que se comete contra un Dios tan grande. Otra es que los grandes santos no miden tanto la gravedad de los pecados por ellos mismos cuanto [285] por la grandeza de los beneficios recibidos; y como éstos son grandes así es el sentimiento que tienen de haberse desmandado en algo contra tan magnífico bienhechor, de modo que no temen tanto por razón de los pecados pasados cuanto [286] por la cuenta que han de dar de los talentos recibidos. Otra causa es darles Dios conocimiento de la malicia y perversidad del corazón humano mirado en sí mismo / 43 r. sin el correctivo de la gracia; porque, quitada ésta a parte, ve en él un profundísimo abismo de todos los pecados del mundo y espántase de ver que tienen dentro de sí una sierpe de tantas cabezas y un

276 Cf. Job., 1, 8.
277 Job., 29.
278 santu, ms.
279 Job., 31, 14.
280 Cf. Job., 6, 4.
281 tudo, ms.
282 Cf. Job., 10, 20-22.
283 dijo, ms.
284 tucamos, ms.
285 cuantu, ms.
286 cuantu, ms.

seminario de cuantos males hay en todos los hombres; porque ven que ningún pecado hace un hombre que no lo puede hacer otro hombre. Y por aquí entienden en cuán gran peligro viven si por un solo momento apartase Dios sus ojos de ellos, mayormente acordándose de las grandes caídas de muchos justos y de las palabras del apóstol que dice:[287] *quien piensa que está en pie, mire por sí no caiga;* por donde cuando los hombres alababan al glorioso Padre San Francisco, respondía él: "no me alabéis tanto, porque aún puedo tener hijos". Pues el conocimiento[288] de todas estas cosas infundió el esposo celestial en el ánima de esta virgen y de aquí procedía este tan grande sentimiento y dolor que aquí habemos referido.

I. [*Consolación*]

Mas el piadoso señor determinó dar un fin glorioso a estas lágrimas, el cual después de la tempestad de los dolores envía tranquilidad y bonanza de consolaciones. Porque, pasados cuasi dos meses en estas lágrimas y vergüenza, el esposo le habló interiormente diciéndole estas palabras: "con el temor y vergüenza que hasta aquí has tenido hiciste tus faces bermejas como un pedazo de granada;[289] y con la confianza y amor que en mí tuviste heriste mi corazón".[290] Y, herido ella de esta manera el corazón del Esposo, quedó herida de un amor tan grande que toda ella se derretía en amor / v. y aunque entendiese en otras cosas, la gran suavidad y fuerza de este amor de tal manera tenía preso y herido su corazón que doquiera que estoviese siempre estaba amando. De esta manera de amor que hace llaga en el corazón, se gloría la esposa en los Cantares[291] cuando dice que estaba herida de amor. Este es un grado de caridad que llama Ricardo *charitas vulnerata,* que quiere decir herida de amor; y llámase así porque como el que está malamente herido no puede dejar de estar sintiendo el dolor de la herida

287 1 Cor., 10, 12.
288 conocimientu, ms.
289 Cf. Cant., 6, 6.
290 Cf. Cant., 4, 9.
291 Cf. Cant., 2, 5; 5, 7-8.

aunque se divierta a otras cosas, así el ánima herida con la dulce saeta del divino amor no querría dejar de estar siempre gozando de este amor, porque lo que hace en esotra herida material la fuerza del dolor hace aquí la suavidad y fuerza del amor, porque esta suavidad de tal manera ceba y prende al corazón que no le consiente divertirse a otra cosa.

Y porque la condición de Dios es acrecentar sus dones a quien usa bien de ellos, viendo cuán bien se aprovechaba la virgen de esta gracia, procuró siempre acrecentarla por otras muchas vías, y así de ahi a días le apareció el Esposo y le dijo aquellas dulces palabras de Hieremías:[292] *In charitate perpetua diligi te, ideo atraxi te miserans.* Este fue el segundo aparecimiento del Esposo después del primero que fue víspera de la profesión, y fue el mismo año que profesó. Las cuales ella interpretaba de esta manera: *por mi sola caridad e infinito*[293] *amor, no habiendo en ti por donde lo merecieses, te traje a mí y te amé con perpetua caridad.* Estas palabras traspasaron grandemente el corazón de esta virgen, porque, como no hay cosa con que más se encienda un fuego que con otro fuego, así no hay cosa que con más se encienda un amor que con otro amor. / 44 r. Pues con este aparecimiento del Esposo y con estas palabras significativas de su amor y más perpetuo amor quedó su corazón tan herido de amor que todos[294] sus pensamientos y deseos eran cómo había de corresponder a este tan grande y tan noble amador y qué podría hacer o padecer por agradar a un señor que, después de las angustias pasadas, tan amoroso se le había mostrado, siendo ella tan pobre de toda virtud y tan indigna de tal amor.

Pues con esta tan aguda escuela corría la virgen a gran prisa y con grande fervor continuando más sus oraciones y vigilias y ayunos, por los cuales era grandemente persiguida de todas las madres ancianas, no por odio que le tuviesen, sino por el amor que le tenían y miedo de caer en alguna grave enfermedad, por ser ella muy dilicada; mas nunca todas estas con-

292 Jerem., 31, 3.
293 infinitu, ms.
294 tudos, ms.

tradicciones bastaron para aflojar ella en el rigor de sus trabajos ni volver atrás del propósito comenzado.

Continuando, pues, su camino con este fervor y diligencia mereció alcanzar de Nuestro Señor otro favor mayor que el pasado; porque de ahí a un año la visitó la siempre Virgen amadora de las vírgenes con el niño Jesús en los brazos, la cual traía consigo a *su Hermosa*[295] y a Santa Catalina de Sena y a nuestro Padre Santo Domingo; y decía Nuestra Señora a estos santos que les quería mostrar una nueva sierva que su Hijo tenía; entonces ella, postrada a sus pies, le suplicaba la hiciese verdadera sierva suya y a los santos pedía la ayudasen a dalle gracias y le alcanzasen su verdadero amor y temor para que / v. nunca le ofendiese: y Nuestra Señora aceptó[296] con mucha benignidad esta petición y, en señal de tomarla su Hijo por su sierva, quitó un anillo que en el dedo traía el Niño y le puso en el dedo de esta virgen. Entonces ella juntamente con los santos tornó a dar gracias a la Virgen y encomendarse a los santos y especialmente a su *Hermosa,* lo cual ella aceptó de muy buena voluntad. Este fue el tercero aparecimiento que tuvo dos o tres años después de la profesión y tras éste se siguieron otros más frecuentes. Este anillo se dio a esta virgen en prendas y testimonio del amor que el Esposo le tenía y del que quería que ella tuviese a El. Este anillo dijo ella que tenía cinco piedras preciosas: las tres bermejas y las dos blancas; y pensando ella que las otras religiosas lo veían, andaba escondiendo la mano, mas una prudente religiosa, entendiendo algo de lo que era, le dijo que no trabajase por esconder la mano, porque nadie veía lo que ella veía.

Preguntada si después de esto había entervenido algún desposorio, como se escribe de Santa Catalina, respondió que la profesión había sido el desposorio; mas estas dos cosas susodichas con otras que adelante se dicen parece haber sido ratificación y confirmación de este desposorio.

295 Llama "su Hermosa" a Santa María Magdalena. Cf. folio 61 r.; "mihna fermosa".
296 aceptu, ms.

Capítulo IV

De las tentaciones con que Nuestro Señor quiso ejercitar y probar la fe y constancia de esta virgen

Escribe San Gregorio en los Morales que hay tres estados / 45 r. en los cuales los hombres sirven a Dios, que son principio, medio y fin. Y dice él que en el principio hay regalos y dulzuras espirituales con que el Señor prende los corazones de los que de nuevo se convierten a El, porque de otra manera luego se volverían al mundo; mas en medio del camino hay batallas y tentaciones que se levantan contra los que no han hecho raíces firmes en la virtud; pero al fin se sigue la perfección de una hermosa victoria de todas[297] las batallas pasadas. Pues esta misma orden quiso Nuestro Señor que se guardase en la vida de esta virgen, para que, después de la dulce leche de los regalos y amores pasados, viniese a comer, según dice, pan con corteza y hacerse capaz de mayores dones, porque *la virtud crece con los trabajos* y cobra con ellos fuerzas para cosas mayores, como dice el Apóstol.[298] Pues por esto permitió el Esposo que esta virgen padeciese grandísimas tentaciones de los demonios, los cuales le decían que dejase aquel modo de vida, que había escogido, de querer en todas las cosas ofrecerse a Cristo, porque no había de perseverar en el amor; que la había siempre de perseguir hasta quitarle la vida. Y fueron tantas y tan grandes las tentaciones que le armaron que no se pueden contar. Porque le aparecían visiblemente en torpísimas figuras, mas ella los aborrecía a todos y se volvía contra sí misma, armándose contra sus enemigos con ayunos y disciplinas y otras asperezas corporales; pero lo que más sintía era que el Esposo se apartara de ella. Y estando una noche, después de pasados muchos días en estas batallas, le sobrevino una nueva luz la cual de tal ma-

297 tudas, ms.
298 Cf. 2 Cor., 12, 9.

nera unió su corazón y voluntad con la del Esposo que dijo estas palabras: “Oh, dulce Señor mío, si fuese / v. necesario que para loor y gloria vuestra padeciese yo estos trabajos y otros mayores hasta el día del juicio, con grande alegría y contentamiento lo sufriría, con tanto que Vos no fuésedes ofendido; porque ¿qué tormento hay en la vida por grande que sea que merezca la menor de vuestras consolaciones?” Acabadas estas palabras, fue luego esclarecida su celda con una grande luz y en medio de ella vio a Nuestro Señor bañado en sangre el cual le decía: “toda esta sangre derramé por tu amor”. Ella entonces cayó en tierra y abrazando [299] sus pies y derramando muchas lágrimas sobre ellos le dijo: “¿cómo, Señor mío, me dejaste así tan sola en medio de tantos enemigos?” A la cual El respondió: “ahí estaba contigo en lo íntimo de tu corazón, ca yo era el que hacía que no consintieses en esos malos pensamientos, mas antes los aborrecieses”. Y estuvo entonces el Esposo con ella por algún espacio dándole doctrina y enseñándola cómo había de vivir y conversar, porque El fue su maestro, su camino y su guía; por lo cual no es maravilla que saliese buena discípula la que tuvo tal maestro. Mas, no contento con el ayuda de la doctrina, acrecentó otra cosa más admirable y más nueva; porque, deseando purificar más y más la alma que El tomaba por esposa, le ató una cuerda, no material sino espiritual, por la cual tiraba el Esposo las veces que ella se descuidaba en alguna cosa, y luego era interiormente reprehendida; en lo cual se ve la grandeza de la bondad y providencia paternal de Nuestro Dios y el deseo de nuestra santificación, pues teniendo a cargo la gobernación de todos [300] los reinos e imperios del mundo, con todo [301] esto, está atento a todos los pasos de esta virgen para que, en descuidándose en algo, luego lo avise y reprehenda / 46 r. tirándole por esta manera de cuerda; en lo cual se verá qué pureza habrá allegado esta virgen, tiniendo tal manera de ayuda para ella.

299 abranzando, ms.
300 tudos, ms.
301 tudo, ms.

Capítulo V

De las oraciones y vigilias y otros ejercicios con que esta virgen se desponía para agradar al Esposo

Encendida ya nuestra virgen con estos favores en el amor del Esposo, no contenta con esto. deseaba mucho más crecer en este amor y para esto determinó de entregarse a todos [302] los ejercicios y trabajos de las virtudes que sirven para alcanzar la perfección de este amor, en el cual consiste aquel bien universal que ella siempre deseó. Porque, como dice la divina Sabiduría,[303] *los que come*[*n*] *de mí tendrán más hambre y los que beben padecerán más sed.* Porque con la suavidad y dulcidumbre de ella cuanto más gustaren de esta sabiduría tanto más la desearán y este deseo es como la raíz y fundamento de todo [304] lo que después se sigue. Conforme a lo cual dice el Sabio [305] que *el principio de la sabiduría es un deseo muy encendido de ella* y así lo expirementó el mismo Sabio, cuando dijo:[306] *deseé y fuéme dado conocimiento y sentido; invoqué*, esto es, *llamé a Dios y fuéme dado el espíritu de la sabiduría.* De manera que primero puso el deseo y de este deseo se siguió luego el clamor de la oración, pidiendo por ella el cumplimiento de este deseo, y esta manera de oración es uno de los principales medios por do se alcanza la gracia y con ella todas las virtudes que de ella proceden; por donde dijo San Agustín: "ninguno creemos que viene a la salud, si Dios no le llama; / v. y ninguno, después de llamado, obra lo que conviene para esta salud, si Dios no lo ayuda; y ninguno alcanza esta ayuda, si no la pide por oración". En las cuales palabras declara este santo doctor cuán importante instrumento sea la devota oración para todo [307] lo que conviene a nuestra salud.

302 tudos, ms.
303 Eccli., 24, 29.
304 tudo, ms.
305 Cf. Sap., 7, 7.
306 Sap., 7, 7.
307 tudo, ms.

Porque bien sabía este santo que los sacramentos dan gracia y que las buenas obras hechas en caridad merecen el acrecentamiento de ella y, con todo[308] esto, no hace aquí mención más que de solamente la oración, para dar a entender cuán familiar y eficaz medio sea éste para alcanzar todos[309] los bienes. Enseñada pues nuestra virgen por el maestro celestial, de tal manera ordenó su vida que toda[310] ella fuese una perpetua oración. Y así, después de haber cumplido con las obligaciones de la obidiencia, todo el tiempo que le sobraba gastaba en oración; mas el principal tiempo que para esto tomaba era el de la noche en su celda, en la cual tiene una cruz grande en la cabecera de su cama, la cual dice que es de su Esposo; y otra tiene al lado de ella, o encima de ella, a la cual llama su esposa. Esta tuvo primero de cuatro o cinco palmos en largo, y atábala consigo cuando dormía, y así dormía abrazada con ella. Después mandó hacer otra que agora tiene conforme a su estatura, con la cual acostumbra abrazarse casi siempre, cuando en la celda se pone en oración, echando sus brazos encima de los brazos de la cruz, ora esté en pie, ora postrada con ella.

Y algunas veces, cuando la carne dibilitada y desvelada con largas vigilias pide su derecho y la combate con el sueño en la oración, se ata en pie con esta cruz para lo vencer; y vez le aconteció estar tres horas en oración con grande trabajo haciendo fuerza a la naturaleza; y estando en esto,[311] vino el Esposo / 47 r. y soltando ella su cruz que en los brazos tenía, se abrazó con una que traía el Esposo, y allí le dijo El muchas cosas con que le dejó esforzada y consolada.

Mas no piense nadie que el amor grande que esta virgen tenía a la cruz es a sola la figura de ella, sino este amor principalmente es a lo que se entiende por la cruz, que son los trabajos que el Señor padeció en la cruz y el deseo encendidísimo de la imitación de ellos que esta virgen tuvo en sumo grado de perfección, porque a este amor de la cruz la exhortaba y animaba siempre el Esposo con muchos aparecimien-

308 tudo, ms.
309 tudos, ms.
310 tuda, ms.
311 estu, ms.

tos admirables, como adelante veremos; y no sin mucha razón, porque, a la verdad, la llave y la summa de todo[312] nuestro aprovechamiento consiste en el amor de los trabajos que se requieren para caminar de veras a la perfección. De aquí nace a los grandes amadores de Dios un muy encendido deseo de padecer trabajos por su amor y como no hallan otros más a mano que el volverse contra su carne y contra su propria voluntad, quebrantándola y castigándola y mortificándola en todas[313] las cosas, vienen a hacer de ella un sacreficio vivo para agradar a Dios y para padecer algo de su amor. Porque, como Santa Catalina de Sena decía, así como el que ama a Dios aborrece tanto el pecado cuanto ama al mesmo Dios, así después del pecado aborrece también santamente su propria carne y propria voluntad como a seminarios e incentivos de todos los pecados. Y por esto, si a ella fuera posible y no le fuera a la mano la obidiencia, en este rigor de castigar su cuerpo, no hubiera trabajo que rehusara por esta causa.

Mas volviendo al propósito de la oración, el tiempo más principal que para esto tiene es (como dijimos) el de la noche, y al principio de ella duerme un poco para ir a los maitines; y, si se pone en oración, olvídase allí, y algunas religiosas, como saben esto, / v. acuden a decirle que se acueste; pero después de maitines no duerme más sino está en oración hasta la mañana; y si le mandan quedar de maitines, vela en oración hasta la media noche. Y en este espacio y en otros que ella toma procura tener cada día siete horas de oración, las cuales ni agora pierde con las ocupaciones del oficio, ni con las visiones de muchas personas principales que no se pueden excusar, por ser ella perlada, puesto caso que en ellas nunca pierde la unión del amor divino que es la más perfecta oración; ansí ordinariamente está en estas visitaciones más con el cuerpo que con el espíritu, porque la fuerza y suavidad del amor violento que la tiene presa no la deja divertir a otra cosa. Ocupábase también en este tiempo en leer libros devotos y sacar

312 tudo, ms.
313 tudas, ms.

de ellos las sentencias que más devoción y edificación le podían causar y señaladamente se deleita tanto[314] en el libro de los Cantares y gusta tanto de él como si para ella sola se hubiera escripto; porque, como ella arde en amor, así todas[315] las palabras de él son como astillas que encienden más este fuego en su corazón; y sábelo cuasi de coro y entiéndelo[316] aunque está en latín, porque, como dice San Bernardo, "el lenguaje de amor, como es bárbaro a los que no aman, así es muy fácil de entender a los que arden en este amor".

I. [*El ayuno, compañero de la oración*]

Compañero de la oración es el ayuno que, aliviando el cuerpo de la carga del mantinimiento, hace el ánima ligera para volar a lo alto; y así estas dos virtudes son como dos alas para volar al cielo. Las cuales nos declaró por su ejemplo aquella Santa Ana profetísima del Evangelio, de quien escribe San Lucas[317] que *nunca se apartaba del templo, sirviendo con ayunos y oraciones día y noche.* Fue, pues, nuestra virgen tan dada a esta virtud que por ella padeció muchas contradiciones como arriba dijimos. / 48 r. Y con todo[318] esto, en lo público se conformaba con lo ordinario de la comunidad, sin hacer cosa en que diese nota de singularidad; con esto ha llegado su abstinencia a términos de tener perdido el gusto de los manjares de tal manera que por el gusto no discierne entre unos manjares y otros. Y una vez, estando ella muy flaca, le hizo la perlada hacer una almendrada diciendo que era leche (de que ella suele ser amiga), sin entender lo que era. Verdad es que esto en ella no nace tanto de la virtud de la abstenencia, cuanto[319] de la suavidad y violencia del amor del Esposo, el cual suspende y atrae a sí todos[320] los espíritus y fuerzas del ánima y las convierte en amor, como hace un grande fuego que todo cuanto le echan, aunque sean cosas

314 tantu, ms.
315 tudas, ms.
316 entiendolo, ms.
317 Lc., 2, 37.
318 tudo, ms.
319 cuantu, ms.
320 tudos, ms.

contrarias, las convierte en fuego. De aquí procede recibir ella grande pena cuando se llega la hora de pagar este tributo a este miserable cuerpo; y así es muy poquito lo que come cuando está en la mesa con las riligiosas, de lo que ellas, como la aman intrañablemente, se desconsuelan, y ella también se desconsuela, sintiendo la desconsolación de ellas; y ha llegado el negocio a términos que su padre confesor le da en penitencia sacramental que coma y haga en esto fuerza a la naturaleza.

Estos ejercicios de ayunos y oraciones son los primeros medios con los cuales se disponen los que comienzan a servir a Dios para alcanzar su gracia, en los cuales se ejercitaba siempre esta Santa profetísima Ana de la que arriba hecimos mención. Mas los cristianos en este tiempo de la ley de gracia tenemos otro singular medio para alcanzarla, que es el uso de los sacramentos, por los cuales se nos aplica la virtud y gracia de la Pasión de nuestro Redentor, entre los cuales el sacramento del altar es el que por excelencia se llama Eucaristía,[321] por razón de la abundante gracia que por él se da al que para ella / v. se dispone, y una de las principales disposiciones[322] que para este sacramento se requieren es el hambre y deseo de este pan celestial.

Pues cuán grande haya sido y cuán extremada esta hambre de nuestra virgen y cuántas invenciones y diligencias buscaba para comulgar y cuán admirables y extraordinarios hayan sido los favores y regalos que en esta parte Nuestro Señor le ha hecho no hay palabras con que se pueda explicar. Porque como todos[323] los intentos y deseos de esta virgen haya sido unirse con su Esposo y en este divino sacramento el ánima se junta con El y aquí se consuma este matrimonio espiritual, de aquí resulta un tan grande amor y suavidad que sólo aquél que lo recibe lo podría sentir, mas no la podría explicar. Y así vemos ser tan grande la suavidad y amor que esta virgen recibe en la sagrada comunión que todas[324] las veces que comulga pierde el

321 Encaristia, ms.
322 dispusiciones, ms.
323 tudos, ms.
324 tudas, ms.

uso de los sentidos y llega esta devoción y amor a tanto que, de sólo ver dende el coro comulgar algunas personas en la iglesia, sale de sí con soledad y deseo de gozar de este tesoro. Y así todas cuantas veces le es posible recibe este divino manjar, no sólo cuando el convento comulga sino también cuando algún sacerdote entra en el monesterio a dar la comunión a las dolientes de cama, otras veces ruega a la señora vecina suya que pida para sí y para algunas religiosas algún confesor, y entre ellas comulga ella. Y viendo que los perlados (antes que recibiese la gracia de las llagas) no le daban tantas liciencias como ella deseaba, quejóse al Esposo de que sus perlados la mataban de hambre y El la consoló diciéndole: "no te fatigues que ellos mismos vernán a darte lo que tanto deseas". Y así subcedió, como le fue promctido. Mas ella les echó una gran maldición diciendo: "plega a Dios que así se vean, tan muertos de hambre como yo, los que así me matan". Donde pudieran ellos con mucha razón decir: "plega a Dios que esa maldición nos comprehenda". / 49 r. Y algunas veces acaeció, queriendo la perlada inducirla a que comiese alguna cosa necesaria para su indisposición [325] y flaqueza, prometióle que le negociaría para otro día una comunión; aceptó ella este partido, aunque toviese grande fastidio diciendo aquellas palabras de San Pedro:[326] "*non tantum pedes meos, sed et manus et caput*".

Finalmente es tan grande la devoción que tiene a este Santísimo Sacramento que cualquier cosa que pertenece a él, como es una casulla o una estola del saccrdote, basta muchas veces para causar en ella alienación de los sentidos. Pues ¿qué diré del cáliz? Cuando lc daban el lavatorio, después de haber comulgado, abrázalo [327] tan fuerte que no hay quien se lo saque de las manos, y a veces lo lleva consigo abrazado hasta cl coro. Y no sólo en esta ocasión, sino, si el sacerdote le pide el cáliz para decir misa, en tomándolc en la mano, queda alienada y por eso manda a alguna monja que lo dé para excusar este inconvinicntc. Mas de esta materia trataremos adelante en su proprio lu-

325 indispusicion, ms.
326 Joan, 13, 9.
327 abrazolo, ms.

gar; pero quise juntar aquí estos tres ejercicios de las oraciones y ayunos y uso de sacramentos de esta virgen para quc por aquí se entienda a cuán alto grado de caridad y gracia llegaba ella, pues tan extrema fue en estos[328] tres ejercicios que nos disponen para alcanzarla.

Capítulo VI

De la humildad de esta virgen

Agora será necesario tratar de las virtudes que por estos ejercicios susodichos se alcanzan, porque ésta es la moneda de precio que corre entre Dios y los hombres y vale mucho más que revelaciones y milagros / v. que se compadecen algunas veces con pecados. Y en este lugar, aunque no sea proprio de la historia divertirse mucho a tratar de moralidades, no dejaré de apuntar aquí un engaño general que se halla muchas veces en las personas que se han ofrecido al servicio de Nuestro Señor; muchas de las cuales emplean toda[329] su diligencia y caudal en estos tres ejercicios susodichos, olvidándose de la mortificación de sus pasiones y del estudio de las virtudes; ni les parece que es agradable a Dios sino lo que se hace alrededor de los altares. De aquí nace que, si la obediencia les ocupa en algún oficio trabajoso o la caridad los llama para acudir a las necesidades del prójimo, están para esto[330] muy pesados, diciendo que con estos ejercicios exteriores se interrumpe y corta el hilo de su devoción. Otros hay que con todos estos ejercicios están muy enteros en su propria voluntad; otros, impacientes y fáciles en la ira y muy amigos de sus pundonores; otros son apretados para socorrer a las pobrezas de sus prójimos, por ser muy amigos de su hacienda. Sepan, pues, todos éstos que no han atendido el armonía y orden de la doctrina cristiana[331] la cual ordena aquellos tres ejercicios que arriba di-

328 estus, ms.
329 tuda, ms.
330 estu, ms.
331 a, ms.

jimos para mortificar las pasiones y alcanzar las virtudes y socorrer a las necesidades de sus prójimos; ca por esto dijo el Salvador: [322] *no todo aquel que me llama Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre.* Y por el profeta Esaías [333] y Zacarías [334] no aprueba los ayunos de su pueblo, porque no iban acompañados con justicia y obras de misericordia, la cual agrada tanto al Padre de las misericordias que dice el profeta Oseas:[335] *misericordia quiero y no sacreficio;* y con pertenecer el sacreficio a la gloria de Dios y la misericordia al bien de los prójimos, es este Señor tan amigo de la misericordia que antepone esta virtud de su sacreficio. Por donde entenderán los que, ocupados en sus devociones, no trabajan por alcanzar las virtudes que son semejantes al enfermo que usa de purgas y sangrías y no consigue la salud para que estas medicinas se ordenan.

Y para mayor inteligencia de este tan importante aviso declararé aquí cómo toda la santidad y justicia de la vida cristiana / 50 r. consiste en aquellas tres cosas que el profeta Miqueas (después de haber preguntado con qué cosas agradaríamos a Dios) finalmente concluye con estas tres cosas. Dice:[336] *mostrar ti he, oh hombre, cuál sea el verdadero bien y lo que Dios quiere de ti, esto es, hacer juicio y amar la misiricordia y andar solícito y cuidadoso en el servicio de tu Dios.* Pues en estas tres partes consiste la suma de la verdadera santidad y justicia, de las cuales una pertenece a Dios y otra a sí mismo y otra al prójimo. Y entre ellas la más principal es la que pertenece a la honra de Dios, al cual honramos amando su bondad, reverenciando su Majestad, confiando en su misiricordia, poniendo [337] en El nuestra bienaventuranza, alabando sus grandezas, pensando en las maravillas de sus obras, dándole gracias por sus beneficios, obedeciendo a sus mandamientos, y, finalmente, haciendo los actos que pertenecen a la virtud de religión, que son asistir a los divinos oficios y continuar la oración, uso de

332 Mt., 7, 20-21.
333 Is., 58, 3 ss.
334 Zach., 7, 5-6.
335 Os., 6, 6.
336 Mich., 6, 8.
337 puniendo, ms.

sacramentos y otras obras semejantes, que pertenecen al culto de Dios, lo cual todo [338] significó este profeta cuando nos enseñó a andar solícitos y cuidadosos en el servicio de Nuestro Dios. Mas la segunda parte de esta santidad consiste en hacer juicio, esto es, que no vivamos [339] conforme a nuestros apetitos y proprias voluntades sino conforme al juicio de la razón y de la palabra de Dios. La tercera parte pertenece a nuestros prójimos, la cual significó el profeta cuando nos manda amar la misiricordia, en la cual se comprehenden todas [340] las obras de misiricordia, así corporales como espirituales. Pues resolviendo esta materia digo que el engaño de muchas personas consiste en que procuran ocuparse en aquella primera parte de justicia que pertenece al culto de Dios, como la más principal; y, contentos con esto, olvídanse de las otras dos partes que consisten en la mortificación de sus pasiones y proprias voluntades y en las obras de misiricordia lo cual es un grande engaño, como arriba / v. está declarado, y como las palabras de este profeta nos lo declaran, pues todas [341] estas partes de justicia nos pide Nuestro Señor.

Presupuesto este breve aviso, trataremos agora de las virtudes de esta esposa, comenzando por la virtud de la humildad, que es raíz y piedra fundamental de todas [342] las otras virtudes, las cuales quien quiere alcanzar sin humildad es como el que eleva el polvo contra la fuerza del viento que todo le cae en los ojos, porque virtudes sin humildad no son virtudes, sino materia de vanidad.

Deseaba pues esta virgen grandemente alcanzar esta virtud viendo que era uno de los principales medios para alcanzar la divina gracia, conforme a lo cual dice San Agustín en los libros de Doctrina Cristiana que quien leyere las Santas Escripturas hallará que virtualmente en cada hoja está escripto [343] que *Dios resiste a los soberbios,*[344] *y a los humildes da su gracia.* Y el mismo santo, alabando esta virtud, dice que

338 tudo, ms.
339 vivimos, ms.
340 tudas, ms.
341 tudas, ms.
342 tudas, ms.
343 Jac., 4, 6; 1 Pet., 5, 5; Prov., 3, 34.
344 saberbios, ms.

la Virgen Nuestra Señora agradó a Dios con la virginidad, mas que lo concibió con la humildad. Pues deseando nuestra virgen mucho esta virtud y pidiéndola con mucha instancia al Señor de las virtudes, fuele mostrado en visión un hombre muerto tendido en el suelo y muy desharrapado, y que otros hombres pasaban por encima de él y le pisaban; y fuéle respondido que tal había de ser como éste el que fuese verdaderamente humilde, tiniendo un ánimo dispuesto y aparejado para ser hollado y maltratado de todos.

Conforme a esto, se cuenta de esta virgen que había en su monesterio una madre muy anciana, la cual todas[345] las veces que veía a esta virgen la maltrataba de / 51 r. palabras, tomando[346] para ello motivo de los ayunos, oraciones y asperezas de su vida. Aconsejóle entonces una grande amiga suya que no se encontrase con esta vieja, pues la trataba tan mal; a esto respondió la virgen: "¿esto me habéis vos de aconsejar?, ¿tengo yo otro tesoro sino ése?" Continuando la vieja sus palabras y viendo la humildad y mansedumbre de la virgen con que las sufría, convertió[347] la indignación en amor y las palabras ásperas en amorosas. Como esto vio la virgen, disistió luego de tal compañía, porque no hallaba allí lo que antes le agradaba. Esta virtud de la humildad era en ella tan noble que, aun siendo novicia, procuraba muchas veces limpiar[348] los lugares más sucios del monesterio, de modo que no contenta con el afecto de la humildad interior, también procuraba serlo en todas las cosas exteriores. Y así, siendo refitolera, no contenta con la bajeza de este oficio, extendíase a más de lo que debía; porque, quitándose los hábitos de encima, ponía delante de sí un lebrillo[349] de agua y un gran estropajo y, andando de rodillas, lavaba todo el suelo del refitorio de cabo a cabo, como lo pudiera hacer una negra de grandes fuerzas, siendo ella tan dilicada. Y las que así se humillan levanta el rey del cielo para tomar[350] por esposas.

345 tudas, ms.
346 tumando, ms.
347 convertiese, ms.
348 alimpiar, ms.
349 librillo, ms.
350 tumar, ms.

Recibía otrosí grande pena cuando le tenían en cuenta de buena, y trabajaba cuanto [351] le era posible por encubrir [352] sus cosas, acordándose de aquella sentencia de San Bernardo el cual aconseja al buen religioso que tenga escriptas aquellas palabras del profeta: [353] *Secretum meum mihi, secretum meum mihi.*

Mas después que se publicó el favor y gracia de las llagas con que el Esposo quiso señalar esta su esposa, / v. han sido muchas las cartas de señores de título y señoras que de diversas partes de España le han inviado y las visitaciones por otra parte de personas nobles que desean en una criatura ver las insignias de su criador. Preguntada, pues, cómo se había con estos favores del mundo respondió que estaba en ellos tan insensible como una piedra; y, preguntada si alguna vez era tentada de vanagloria, respondió sonriéndose, que la vanagloria era pura necedad. Esto dijo como persona que con clarísima lumbre del Espíritu Santo entendía que *todo* [354] *lo bueno era dádiva graciosa de la mano del muy alto,* [355] y que de sí no tenía más que nada y pecado, que es ser nada y menos que nada.

En esta virtud la confirmó también el Esposo con una maravillosa visión. Porque, estando ella el tercero domingo después de Pascua recogida en su celda, queriendo rezar nona, aparecióle el Esposo con grande resplandor y ella (como suele) derribóse humildemente [356] a sus pies, y asentado El y ella puesta de rodillas, rezando esta hora, llegando a la antífona que dice: [357] *noli flere, Maria, alleluya, et coetera,* que quiere decir: *no llores, María, porque el Señor es ya resucitado,* comenzó ella a derretirse toda [358] en lágrimas y llorando dijo la capítula y los versos y la oración que comienza: *Deus qui in filii tui humillitate et coetera,* que quiere decir: *Dios Padre, que levantaste el mundo caído con la humildad de tu Unigénito Hijo, et coetera.* Acabada la oración, dijo el Esposo: "abraza tú esa humildad mía, porque haciendo así yo te prometo que

351 cuantu, ms.
352 incubir, ms.
353 Is., 24, 16.
354 tudo, ms.
355 Cf. Jac., 1, 17.
356 humilmente, ms.
357 Cf. Oficio del Dom. III después de Pascua.
358 tuda, ms.

nunca de ti me apartaré". Y, dicho esto, echóle su bendición y fuése y ella quedó de esto grandemente consolada con esta promesa, porque ella sin el Esposo no puede vivir.

Piense, pues, agora aquí el ánima humilde qué haría o qué sentiría esta virgen con un favor de Dios tan señalado / 52 r. y cuánto crecería más en ella el amor de el Esposo que así la visitaba y enseñaba y prometía su favor y asistencia.

Mas, porque la prueba de la fina y verdadera humildad se conoce más en sufrir las injurias que en menospreciar las honras (pues muchos pueden lo uno y no así lo otro), no faltaron ocasiones a esta virgen para esta prueba. Mostráronle una carta de un teólogo de nombre, el cual, vistas algunas relaciones, que andaban escriptas, de las virtudes de esta virgen, y, preguntado qué le parecía de lo que contenían, respondió que todo [359] era ilusión y engaño del demonio; y esta fama se extendió por la ciudad donde este padre estaba y también pasaría adelante, por ser él persona de cualidad y letras. Sabido, pues, esto por la virgen dio muchas gracias a Nuestro Señor, diciendo que esto era lo que ella siempre había deseado, que era padecer algo por su amor, y sobre todo escribió una carta a un padre espiritual con quien ella trataba sus cosas, un pedazo de la cual me pareció engerir aquí para testimonio de la verdad. Dice pues así:

"Loado sea Dios con todo,[360] porque El sólo es poderoso en el cielo y en la tierra y puede cuanto puede y sin pedir consejo a nadie hace sus obras suavemente. Vuestra paternidad me encomiende a El que yo no le ofenda, y diga el mundo lo que quisiere, porque más dijeron de El y de sus siervos. Yo estoy muy contenta porque tengo lo que siempre deseé, que es padecer alguna cosa por su amor. ¡Oh, quién fuera tan dichosa que mereciera perder la vida y cien mil vidas si las toviera por El! Y con todo [361] esto no hiciera nada, porque *siervos inútiles somos*.[362] El Esposo digno de ser amado, servido y tenido / v. nos en-

359 tudo, ms.
360 tudo, ms.
361 tudo, ms.
362 Lc., 17, 10.

señe a hacer en todo su santísima voluntad y El dé a Vuestra paternidad ansí mismo." Hasta aquí son palabras de la carta que brevemente declaran el ánimo humilde de esta sierva en esta pública infamia y deshonra.

Pero otra prueba hay más fina de esta virtud, porque fue ocasionada por un padre grave de su misma orden, el cual, viendo las apariciones tan cuotidianas del Esposo a esta virgen, estaba un poco dubdoso de la verdad de ellas. Y no es esto de maravillar, pues el Padre Fray Raimundo, confesor de Santa Catalina de Sena, también lo estuvo por esta misma causa, hasta que fue desengañado por un especial milagro que para esto intervino. Pero no es menor desengaño el de la verdadera humildad, para conocer la fineza de la virtud y la verdadera revelación, por la cual este padre quedó muy desengañado, ca vino a darle a esta virgen una gravísima reprehensión, siendo ella inocente, donde, entre otras cosas muy lastimeras que le dijo, una fue que estaba muy dubdoso de sus revelaciones, porque *Satanás muchas veces se transfigura en el ángel de luz* [363] y ha engañado a muchos, así en los tiempos pasados como en los presentes. A fray Rufino, uno de los principales compañeros del Padre San Francisco, apareció en figura de Cristo Crucificado, exhortándole a que dejase la compañía del santo y abrazase la vida solitaria. A uno de aquellos padres de Egipto que tenía un hijuelo apareció en la misma figura y le persuadió que sacrificase este hijo y que merecería lo que Abraham cuando quiso sacrificar el suyo. A otros en nuestros tiempos hizo creer que habían de ser Papas y otros que ellos habían de reformar la Iglesia; y así a otros engañó con revelaciones falsas. / 53 r. Por lo cual dice San Buenaventura que las revelaciones más han de ser temidas [364] que deseadas por los engaños y ilusiones que pueden intervenir en ellas, y no es de todos [365] saber discirnir entre las falsas y verdaderas. Y puede ser que vos también seáis engañada como otros muchos; y siendo así (como sea verdad lo que Cipriano dice que el engaño y la mentira no pueden

363 2 Cor., 11, 14.
364 tenidas, ms.
365 tudos, ms.

durar mucho, porque finalmente la verdad prevalece y la mentira se descubre), ¿en qué podéis vos parar sino en ser fábula del mundo, y ser tenida por otra Magdalena de la Cruz? Estas y otras afrentosas palabras le dijo este padre y todo el tiempo que en este vejamen gastó, ella estuvo tan mansa como una cordera y ninguna otra cosa hizo sino derramar muchas lágrimas, ni habló una sola palabra en descargo y defensa suya, porque pudiera ella cortesmente decir: "padre, vos no sois mi perlado, ni mi confesor, ¿por qué me tratáis tan ásperamente y me juntáis con Magdalena de la Cruz, que tan mal nombre dejó en el mundo?" Nada de esto dijo sino solas las lágrimas dio por respuesta; y (lo que es cosa de mayor edificación) otro día, en pago de esta afrenta, le envió un cestico[366] de mazapanes y unas disciplinas que este padre le había pedido, y una carta de grande agradecimiento y humildad la cual me pareció digna de ponerse aquí. Decía pues así:

"Reverendísimo padre: Sabe el divino Esposo cuanto[367] estimé la merced que vuestra paternidad me hizo el otro día; y ahora acabo de creer que el amor que le tengo merece el que vuestra paternidad me tiene, pues como / v. padre, que huelga de yo acertar, me avisa de lo que me conviene. Yo pido a Nuestro Señor dé vida a vuestra paternidad y fuerzas para que siempre me muestre el camino de la verdad, porque quien me reprehende quiere que yo acierte. Las disciplinas que dé a vuestra paternidad ansí mismo y larga continua morada en esa ánima."

Por esta carta, con todo lo demás que aquí está dicho, verá el prudente lector cuán poco pudieron levantar el corazón de esta virgen los humos de perlada y los vientos de los favores de Sus Majestades y las cartas y visitas de grandes señores y príncipes (de que arriba hecimos mención), pues tan poca mella hicieron en su corazón. Y no menos se reconocerá también aquí la condición del espíritu de Cristo tan ajeno de toda[368] pertinacia y soberbia y lleno de mansedumbre y humildad. También se verá aquí la suavidad y blandura de

366 cesticu, ms.
367 cuantu, ms.
368 tuda, ms.

aquel corazón que se ofreció a tomar[369] una disciplina, porque no la tomase el que tan ásperamente la había disciplinado. Pues con esta tan grande humildad y mansedumbre quedó este padre susodicho más certificado y confirmado en las cosas de esta virgen que con cuantos milagros se cuentan de ella, porque no es posible permitir Nuestro Señor que tenga lugar el príncipe de la soberbia en el corazón donde mora tanta humildad.

Capítulo VII

De la mansedumbre de esta virgen

Hermana de la humildad es la mansedumbre / 54 r., las cuales dos virtudes juntó en uno el Salvador cuando dijo:[370] *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón;* y así las juntó la Santa Judit, cuando hablando con Dios dijo:[371] *tú, Señor, eres a quien siempre agradó la oración de los humildes y mansos.* Y de esta virtud es muy alabado Moisén, el cual escribe de sí mismo[372] que era *el más manso de todos los hombres que moraban sobre la tierra.* Pues ¿qué diremos aquí de la mansedumbre de Nuestro Salvador el cual, siendo consumado en todas las virtudes, es alabado sobre todas ellas de ésta? Por la cual causa San Juan Bautista le llamó *Cordero,*[373] y así también le llama en su Apocalipsis[374] el evangelista, y antes de ellos le llamó por este nombre el profeta Esaías,[375] en el cual profeta el Padre eterno engrandece la mansedumbre de El con dulcísimas palabras. Resplandeció tanto esta virtud en la vida de este Señor que de aquí tomaron ocasión los fariseos para caluniarle, poniéndole[376] delante de una mujer recién comprehendida en adulterio,[377] pareciéndoles que de boca tan mansa no po-

369 tumar, ms.
370 Mt., 11, 29.
371 Judith, 9, 16.
372 Num., 12, 3.
373 Joan, 1, 29; 1, 36.
374 Apoc., 5, 12; 7, 9 y 14.
375 Is., 53, 7; 16, 1.
376 puniendole, ms.
377 Joan, 8, 3 ss.

día salir palabra de condenación, por donde quedaría El condenado, pues daba la vida a quien la quitaba la Ley.[378]

Fué, pues, esta virgen tan extremada en esta virtud y resplandeció tanto en ella que parece escurecer ella las otras virtudes suyas, ca juntándose la gracia con su natural mansedumbre, vino a criarse en ella una mansedumbre extremada; porque, así como el santo Job dijo [379] que *del vientre de su madre había sacado consigo la compasión y misericordia,* así podemos decir de esta virgen que del vientre de su madre sacó una natural mansedumbre, la cual perficionada con la gracia (que no distruye sino perfecciona a la naturaleza), vino a hacerse una tan perfecta [380] mansedumbre que apenas / v. sabía qué cosa fuese ira. Y porque esta virtud (como dice el Sabio) [381] *hace amables a los hombres* (y aún, si decir se puede, a los mismos animales, cuando son muy mansos), de aquí procedió ser ella como lo es tan amable de todas y mucho más de sus riligiosas, que más familiarmente la tratan; porque es cierto [382] cosa notable que, habiendo en este su monesterio sesenta religiosas y muchas servidoras, no se hallará entre ellas persona que de ella se queje y que no la ame intrañablemente.

Mas no sólo a los hombres sino mucho más al Esposo celestial hizo amable esta su esposa porque, como la semejanza sea causa de amor y El sea (como dijimos) tan alabado en las Escripturas de manso cordero, no puede dejar de amar grandemente a la que ve tan semejante a Sí. Y algunas veces se me ha representado que una de las principales causas del grande amor que el Esposo con palabras y obras ha mostrado a esta su esposa ha sido esta tan extremada mansedumbre en que tanto se parece con El. Y creo que hasta agora nadie habrá que la haya visto algunas veces airada; solamente se cuenta una manera de ira, que no fué ira sino celo de la religión; porque, haciéndose en el convento una casa de labor y quiriendo algunas religiosas que se hiciesen en ella algunos armarios donde pudie-

378 Lev., 20, 10; Deut., 22, 22-26.
379 Job., 31, 18.
380 ferta, ms.
381 Eccli., 20, 13.
382 ciertu, ms.

sen tener algunas cosillas debajo de llave (contra el estilo de aquella santa casa donde ninguna tiene llave), ella salió con grande ímpetu diciendo que tal no se había de hacer ni alterarse nada de las buenas costumbres en que todas[383] se habían criado, amenazándolas con el Esposo, si tal cosa se hiciese, y así no se hizo.

Y en el tiempo que andaba esta obra, siendo víspera / 55 r. de San Juan Baptista, le presentaron de fuera un corderico, estando ella mirando los oficiales de la obra. Tomando,[834] pues, ella el corderico en los brazos y acordándose de la mansedumbre del verdadero Cordero, luego quedó alienada sin querer el corderico apartarse de ella. Y viendo esto los oficiales y espantándose de aquel rapto, comenzaron a llorar con grandes sollozos y suspiros viendo la figura devotísima en que la virgen había quedado en este rapto.

Capítulo VIII

De la simplicidad de esta virgen

Mas dejemos ya la mansedumbre y tratemos de la simplicidad que es también compañera y hermana de la humildad. De esta virtud de la mansedumbre no pongo aquí ejemplos ni cosas particulares porque toda[385] su vida es una tela de perpetua mansidumbre, ni por eso pierde el rigor y entereza[386] que se requiere para la administración de su oficio, porque lo que niega la natural condición de su mansedumbre suple la discreción y el temor de Dios que la obliga a hacer justicia, porque para esto sirve la mortificación y negación de sí mismo. A lo uno y lo otro nos encomendó el Salvador cuando puso aquel niño en medio de los discípulos diciéndoles[387] que *si no se hacían como los niños, no entrarían en el reino de los cielos.* Y porque es propria de los niños la simplicidad, ajena

383 tudas, ms.
384 tumando, ms.
385 tuda, ms.
386 enterece, ms.
387 Mt., 18, 3.

de toda[388] malicia, ésta nos encomendó el Maestro del cielo debajo de esta comparación de niños, de la cual alabó El mismo al santo Job, diciendo[389] que era *varón simple y recto y temeroso de Dios.* A esta virtud nos exhorta el apóstol San Pedro[390] cuando quiere que seamos tan sincillos *como los niños recién nacidos.* / v. Mas el apóstol San Pablo con la simplicidad de niños junta la prudencia de viejos y así dice él[391] *que en la malicia seamos niños, mas en el juicio y sentido de las cosas seamos hombres perfectos.* Lo mismo nos aconseja el Salvador cuando dice[392] que *seamos prudentes, como serpientes y simples como palomas.* Y no es pequeño negocio, ni pequeña gracia juntar estas dos virtudes en un mesmo sujeto; mas el que pobló este gran mundo de cuatro elementos contrarios y los puso en paz y concordia, es también poderoso para juntar estas dos virtudes, que parecen contrarias, en un corazón, como realmente las puso en esta virgen. Porque su discreción y prudencia es tal que, no tiniendo la edad que el concilio pide para ser perlada, el padre Provincial con todos[393] los padres de consejo fueron de parecer que se propusiese para este cargo, no sólo por su virtud que era muy notoria sino por su prudencia y discreción; y así fué electa por sus religiosas en perlada, un año antes que recibiese las llagas.

Mas la simplicidad y sinceridad suya exprimentan cuantos la tratan porque no ven en ella ningún género de malicia, ni astucia, ni doblez ni sospecha de nadie; antes, si un defecto le cuentan de alguna persona, procura contarlo y echarlo a la mejor parte. De todos[394] siente bien y de ninguno mal; su conversación es llana, humilde, alegre y sin alguna sombra de singularidad o de hipocresía o de fingimiento o de recatamiento demasiado.[395] Porque (como dice el Sabio)[396] *quien anda simplemente* / 56 r. *anda confiadamente,* sin temer mal de nadie, es su vida y ánima como una

388 tuda, ms.
389 Job., 1, 1; 2, 3.
390 1 Pet., 2, 2.
391 1 Cor., 14, 20.
392 Mt., 10, 16.
393 tudos, ms.
394 tudos, ms.
395 demasiadu, ms.
396 Prov., 10, 9.

fuente clara que descubre hasta las arenicas muy pequeñas que están debajo de ella; o como una casa abierta por todas partes, donde quien está de fuera ve cuanto hay dentro de ella, sin haber cosa escondida o solapada. De donde resulta que todos cuantos la ven y hablan con ella, aunque hayan antes dubdado de sus cosas por ser tan grandes, salen de ella no sólo desengañados sino también edificados y devotos, porque como la virtud y la verdad tenga tanta fuerza ven claro que en aquel pecho tan abierto no hay doblez ni fingimiento sino pureza y simplicidad.

Vese también esta simplicidad en lo que aquí diré. Saben todos el amor grande que esta virgen tiene a la cruz (a la cual llama su esposa, con la cual un tiempo dormía abrazada como arriba dijimos). Entienden pues sus devotos que le hacen un presente muy agradable cuando le ofrecen algunas cruces pequeñas; y, por muchas que le den, nunca se harta de ellas y trae el seno lleno de cuantas [397] en él caben, y con grande simplicidad y alegría las llama sus espositas. Y de la manera que, cuando era niña, se alegraba y andaba abrazada con sus muñecas, así agora se alegra y anda abrazada con estas sus espositas; y, si algunas de ellas le piden, dala con dificultad; pero, ya que la da, es con mucha alegría, como quien da una cosa que mucho ama; lo cual todo es muestra de su simplicidad y del amor grande que tiene a la cruz de su Esposo.

Vese también esta simplicidad en las lágrimas que derrama cuando alguna vez el Esposo se aparta de ella, como lo hace un niño chiquito cuando se ve sin su madre; y así dice / v. ella que se ha en este caso con ella el Esposo "como una madre con un hijo pequeño que mucho ama, dándole a veces el un pecho y otras escondiéndolo, para que, llorando por él se lo torne a dar, tomándolo [398] en sus brazos. Así El, más deseoso de me dar a gustar su divino pecho, primero me da una gran sed de él y me lo muestra de lejos; y, llorando yo mucho, no se puede El contener que no me lo dé abundantísimamente." Y, generalmente hablando, todas las veces que recibe algún agravio (de los que ella tie-

397 cuantos, ms.
398 tumandolo, ms.

ne por agravios, que son los que tocan[399] a su ánima o a la honra del Esposo que ella tiene por suya), luego se va a quejar a El con lágrimas amorosas y tiernas, como lo hace un niño chiquito, que luego acude a su madre con cualquier agravio que le hacen. Y todas[400] las veces que esto acontece el Esposo interiormente la consuela; y a veces con aparencia exterior, de lo cual adelante contaremos una cosa notable.

Muéstrase también en ella esta virtud, considerando la facilidad y llaneza con que dá cuenta a sus padres espirituales de los favores y mercedes que recibe de Nuestro Señor, refiriendo cosas muy grandes con toda[401] simplicidad y sin ningún encarecimiento, como si fuesen cosas domésticas y familiares. Y así nos acaece con ella como al patriarca Jacob con su hijo José el cual contaba[402] simplemente el sueño de que el sol y la luna y once estrellas le adoraban; y, no haciendo él caso de esto, el padre viejo secretamente en su pecho lo ponderaba.

Y no es de maravillar que el Esposo, que tan estrecha familiaridad quería tener con ella, la hiciese tan extremada en esta virtud, pues está escrito:[403] *abominables son* / 57 r. *a Dios todos*[404] *los escarnecedores y con los simples tiene todo*[405] *su trato y comunicación*. Así la tenía con San Pablo el que llaman *el simple*, el cual privó tanto con el amador de esta virtud que los milagros que no podía hacer el grande Antonio, hacía él.

Capítulo IX

De la grande obidiencia de esta virgen

Muy compañera y hermana de la verdadera humildad es la obidiencia, así como por el contrario la desobidiencia es hija de la soberbia, como dice el santo Job, por estas palabras:[406] *el hombre vano se*

399 tucan, ms.
400 tudas, ms.
401 tuda, ms.
402 Cf. Gen., 37, 5-11.
403 Prov., 3, 32.
404 tudos, ms.
405 tudo, ms.
406 Job., 11, 12.

levanta con soberbia y como hijo de una bestia salvaje se tiene por libre para hacer lo que quiere. Tal era Faraón, el cual, oída la embajada que le traía Moisén de parte de Dios, sobre que le dejase libre a su pueblo, respondió:[407] *¿quién es Dios para que le obedezca? No conozco a Dios ni dejaré libre a Israel.* Mas por el contrario el verdadero humilde, como se tiene por tan bajo, fácilmente se sujeta a cualquier otra persona por baja que sea, mayormente a los perlados a quien se debe tan estrecha obidiencia que dijo el Salvador[408] hablando con ellos: *quien a vosotros oye a Mí me oye, y quien a vosotros desprecia a Mí me desprecia.* Pues con esta palabra se abrazó nuestra virgen obedeciendo a sus perlados como al mismo Dios. Y así como tratando de la humildad referimos un aparecimiento del Esposo, el cual, después de haber rezado con ella, le encomendó la virtud de la humildad, / v. así contaremos aquí otro no menos admirable en que le encomendó la virtud de la obidiencia, en la cual consiste todo el buen gobierno de la religión. Porque lo que es en la guerra la obidiencia de los soldados al capitán eso es en las religiones la de los súbditos al perlado; sin esta obidiencia el ejército es luego perdido y sin ella también la religión. Entrando pues esta virgen una vez en su celda en la fiesta del nacimiento de Nuestro Salvador, halló al niño Jesús muy hermoso como nacido en aquella hora y tomándolo en los brazos con grande alegría, la fueron a llamar por parte de la obidiencia; entonces la obidiente virgen dejó al niño y fué a cumplir la obediencia, y acabada ésta volvió a la celda con grande priesa y halló al niño mucho más hermoso y crecido como de edad de siete años; y viéndolo así le dijo: "hermosura mía, ¿no os dejé yo ahora tan chiquito?, ¿cómo crecistes tan presto?"[409] Respondió El entonces: "tu obediencia me hizo crecer; y, si tú no obedecieras, yo me fuera de ti; mas porque fuiste y tornaste, por eso me hallaste, y prométote[410] que siempre así sea". Pues por este favor tan admirable, con que el Esposo le declaró la dig-

407 Ex., 5, 2.
408 Lc., 10, 16.
409 prestu, ms.
410 prometute, ms.

nidad y excelencia de esta virtud, entenderá el prudente lector cuán devota y amiga sería esta virgen de ella y cuán desapropriada de su voluntad tuviendo tal motivo y tal ejemplo para obedecer de aquel Señor que fue *obidiente hasta la muerte.*[411]

Otro argumento contaré aquí por el cual se conocerá la fuerza de esta virtud. Después que con el / 58 r. ejercicio de las virtudes susodichas creció esta virgen en el amor del Esposo, padecía muchos raptos de los cuales haremos mención adelante en el capítulo donde se trata de su caridad. Estando pues de esta manera arrebatada, no hay voces ni tormentos que la hagan volver en sí, sino sola la voz de la obidiencia, por muy baja que sea; porque con cualquier mandamiento de la perlada o recaudo que ella le envíe luego vuelve en sí. Y dice ella que no oye las palabras con que la despiertan sino que quien la tiene presa la suelta de aquella amorosa prisión y así queda libre para poder volver en sí. Donde podemos decir lo que la Escriptura dice[412] cuando se paró el sol por mandamiento de Josué, que *obedeció Dios a la voz de un hombre,* así podemos aquí en su manera decir que obedeció Dios a la voz de la obidiencia, pues, siendo el Esposo el que la tiene presa, en sonando esta voz, la suelta. Por lo cual entenderán los amadores de esta virtud cuánta[413] sea su excelencia, pues hace obidiente al Señor de todo[414] lo criado. Y algunas veces ha acaecido darle recaudos falsos de parte de la perlada y con ellos en ninguna manera despierta, y aun otra cosa más notable: acaeció que una religiosa pidió a la perlada con mucha importunidad la inviase a despertarla, lo cual no quiso ella conceder, porque sabía la pena que esta virgen recibía en privarla de la consolación que recibe cuando así está elevada y suspensa en Dios; pero siendo muy emportunada, dio licencia de palabra sola y no de voluntad y, dándole este recaudo falso, el Esposo que la tenía presa no la quiso libertar.

Otro ejemplo hay que declara cuán resignada tie-

411 Philip., 2, 8.
412 Jos., 10, 14; Eccli., 46, 5.
413 cuantu, ms.
414 tudo, ms.

ne esta virgen su voluntad en la de su superior, / v. presupuniendo para esto la sed y hambre increíble que tiene del Santísimo Sacramento. Acaeció pues que el año de ochenta y cuatro alcanzó licencia para que, después de encerrado el Santísimo Sacramento en la custodia el sábado santo, se le diese a ella, y quisiera que este sábado santo pasado se le concediera lo mismo, y creció más esta hambre por no haber comulgado el día precedente que era el santo viernes; y el deseo era tan grande que con ningunas palabras se podría explicar. Escribió entonces ella una carta a su padre confesor diciendo que ella moría con deseo del Esposo y que a los que mueren no se niega el Santísimo Sacramento. A esta carta y a otro mensajero que vino después de ella sobre la misma demanda, respondió el padre negándole la licencia. Oída esta respuesta quedó su espíritu tan quieto y tan sosegado (habiendo precedido este tan gran deseo) como si nunca lo hobiera tenido, lo cual nos declara cuán resignada estaba aquella voluntad en mano de aquellos a quien se debe la obediencia.

En una sola cosa obedeció con grande dificultad, que es haberle mandado el Perlado que escribiese algo de su vida y de los favores que de Nuestro Señor había recibido. Estuvo ella muy repugnante a esto, porque estaba dubdosa si aquella obidiencia era obligatoria, mayormente creyendo ella que aquella escriptura se había de publicar, lo cual en gran manera recelaba. Y así estuvo muchos días que no podía aplicarse a esto, porque contendían en su corazón dos hermanas muy amigas, que era, por una parte la obidiencia, y por otra la humildad recelaba de hacer cosa que redundase en alabanza propria; pero finalmente la obidiencia pervaleció / 59 r. y púsose a hacer lo que le mandaban y así escribió un cuaderno de algunos favores señalados que Nuestro Señor le había hecho, el cual vino a mi poder, escripto de su mano, y las cosas que contenía van engeridas en esta historia en los lugares que pertenecen.

Mas, bien considerado el negocio, de tal manera cumplió esta virgen con la obidiencia que también guardó la cara a la humildad; porque por la obidiencia escribió lo que pertenecía a la gloria de Dios, que

eran los favores que El le había hecho, y por la humildad calló las virtudes que ella con su ayuda había obrado. Por lo cual no va esta historia tan poblada de obras virtuosas como yo quisiera, porque no tuve para esto la ayuda de su escriptura, como la tuve para lo otro y así solamente escribí en esta parte lo que pude por algunos medios alcanzar.

Capítulo X

De la pureza virginal de esta esposa de Cristo

Todas estas virtudes susodichas hermoseaban el ánima de esta virgen, porque éstas son las joyas y atavíos que agradan a los ojos del Esposo celestial, pero no menos le agradaba la pureza de su propósito virginal, que es el que la hace esposa del rey del cielo, por haber renunciado por su amor los esposos y regalos del mundo. Esta pureza se entenderá por lo que diré. Refiriéndole su padre confesor las batallas y tentaciones con que Nuestro Señor ejercitaba y probaba la virtud de algunos santos, conforme a lo que leemos en las batallas y tentaciones que padeció San Hierónimo, San Hilarión y el grande Antonio y otros semejantes. / v. Y, preguntándole si el Esposo la ejercitaba de esta manera, respondió que dos mercedes entendía por la experiencia haber recibido de Nuestro Señor, cuando fue servido de señalalla con la figura de sus preciosas llagas: la una que estaba como insensible a todas las honras y alabanzas que por esta causa el mundo le hacía, lo cual ordenó así la divina Providencia, porque, como por razón de estas llagas había de ser celebrada y nombrada en todo el mundo y visitada con cartas y en presencia de grandes señores, era razón que El que estas preciosas llagas le concedía le concediese también una profunda humildad y cuasi insensibilidad contra estos loores, porque de otra manera redundara en mayor daño suyo este tan grande beneficio. La otra fue que no sentía en su ánima movimiento alguno sensual, porque en carne estampada con tan preciosas señales no era razón que hubiese movimiento alguno

sensual. Lo cual era justo que así fuese, porque tal era razón que fuese el *lecho florido*[415] donde el Esposo celestial había de reposar. Y no podía ser menos, porque como a la olla que yerve no se allegan moscas, así en aquel corazón que andaba todo[416] abrasado en el amor del Esposo con la fuerza de la caridad violenta (que no deja pensar en otra cosa sino en lo que ama), no podían caber las moscas importunas de los pensamientos subcios, que de tal lugar huyen. De esta manera de victoria (que es vencer y despedir de sí con el amor los malos pensamientos), dice elegantemente Crisólogo que es tierna y delicada manera de pelear e alcanzar vitoria de todos[417] los vicios con solo amor. Porque, como no hay cosa más suave que el / 60 r. amor de Dios, dichoso es aquél que de tal manera le ama, que amando vence y triunfa de todos sus enemigos. Por donde entendemos que la castidad de esta virgen era como heroica, porque a las virtudes heroicas (como dice Santo Tomás), pertenece no vencer las tentaciones sino, no sentirlas, como al mismo Santo acaeció cuando dos ángeles de parte de Dios le ciñeron una cinta de castidad, porque dende entonces nunca más sintió en su carne estímulo contrario a esta virtud. Pues tal convenía que fuese la pureza de esta virgen para que no hubiese en ella sombra ni imagen de cosa que no fuese limpia en el ánima que el rey del cielo tomaba por esposa. Y así la representó el esposo a la madre Ana de San Francisco (de que al principio hicimos mención) la cual la vio en espíritu tan clara y pura como un cristal. Y no es esto de maravillar, porque, como este Esposo sea tan celoso de la pureza de sus esposas, El toma[418] a cargo la guarda de ella y no sólo El, mas los ángeles, como fieles ministros suyos, tienen este mismo cuidado, ca éstos son los *setenta fuertes, que guardan el lecho de Salomón,*[419] *con sus espadas puestas sobre los muslos,* a punto de desenvainarlas cuando algún peligro se ofrece. De Julio César, emperador, se escribe que repudió la mujer

415 Cf. Cant., 1, 15.
416 tudo, ms.
417 tudos, ms.
418 tuma, ms.
419 Cf. Cant., 3, 7: Sesenta dice el texto sagrado. Salamón, ms.

que tenía, no por culpa que toviese, sino por alguna sospecha que el pueblo tenía de ella, diciendo que la mujer de César no sólo había de carecer de culpa sino también de sospecha de ella. Pues, si esta pureza se requería para la mujer del rey de la tierra, ¿qué será necesario para la esposa del Rey del cielo? Y así El no dejaba pasar sin áspero castigo cualquier defecto que hubiese en ella, por pequeño que fuese; y acerca de esto contaré aquí una cosa notable / v. para edificación y aviso de las esposas del Señor. Acaeció a esta virgen que, estando unas religiosas leyendo por un libro profano, pasando ella por aquel lugar, detúvose un poco oyendo lo que se leía, y después, entrando en su celda, halló al Esposo muy sereno; ella entonces, cubierta su cara de una gran vergüenza y confusión, determinó de hacer justicia de sí misma, tomando [420] una grande disciplina, y, para esto, encerróse de noche en una casa apartada y puso una vela encendida de fuera, y comenzando ella a tomar su disciplina, ¿qué diré aquí?, ¿quién pensara que de tal manera cela el Esposo la pureza de sus esposas? Estando pues ella de esta manera disciplinándose, llegan dos demonios y apagando la candela, comenzaron también ellos a disciplinarla; y entonces, llamando ella por el nombre de Jesús y repitiendo muchas veces, le apareció Santa María Magdalena, cercada de grande resplandor la cual traía una vela blanca encendida y, levantando a la virgen del suelo, le dijo: "¿en vos liviandades?" Ella le prometió que nunca más oiría aquel libro ni otro que fuese tal. Y así lo hizo y, si alguna vez lo veía, huía de él como de fuego. Y contaba ella después que, aunque le dolían mucho los azotes de los demonios, pero que mucho más sentía la confusión y vergüenza de las palabras que la Magdalena le había dicho. Esto que aquí he referido confieso que fuera para mí cosa increíble, si no lo leyera escripto de la mano [421] de la mesma virgen, porque a mi corto juicio parecía que bastaría por castigo de tan pequeña culpa la vergüenza y la disciplina que esta virgen tomaba [422] por ella; mas permitir Nuestro Señor que los

420 tumando, ms.
421 de mano, repetido en ms.
422 tumaba, ms.

espíritus / 61 r. malignos fuesen ejecutores de esta sentencia, esto me pone admiración y me da a entender que pequeñas culpas, en los que han recibido de Dios grandes beneficios, merecen pequeño [422 a] castigo; aunque por otra parte no me espanto permetir Nuestro Señor que los dimonios maltratasen esta virgen, pues mucho peor trataron al grande Antonio, sin preceder en él algún dilito. Y porque habemos hecho aquí mención de la Santa Magdalena, será razón decir algo de la amistad muy estrecha que esta virgen tiene con ella, ca muchas veces, cuando el Esposo le aparece, trae consigo esta gloriosa Santa y le encomienda mucho a esta esposa, de donde le creció grandemente la devoción y afición para con ella. Y así, en el día que se cantan los evangelios que de ella tratan, trabaja por hacerle grande fiesta, y ordinariamente la llama *mihna fermosa* y la Santa a ella llama por el mismo nombre y muy familiarmente la visita, unas veces en compañía del Esposo y otras sin El. Y apareciéndole una vez esta Santa, le dijo estas dulces y amorosas palabras: "de cuantas personas tengo afición y me aman, a ninguna quiero más que a vos; y en todo el tiempo que en esta vida estoviéredes, nunca de vos me olvidaré, porque así me es mandado; y en el fin de la vida no os dejaré, mas entonces veréis claramente cuánto me agradastes".

Un día de la fiesta de esta gloriosa Santa, acabando el convento de comer, se fue esta virgen al coro con intención de perfumarlo y enramarlo, / v. como lo acostumbra en las fiestas de esta Santa; mas púsose primero en oración y, olvidada de lo que iba a hacer, fue elevada en espíritu por esta *su Hermosa,* a oír unas vísperas muy solemnes, donde estaba Nuestro Señor con grande número de santos y santas; y no volvió en sí sino ya tarde, acabadas las vísperas del convento. Y vuelta en sí, quisiera comenzar lo que iba a hacer, mas dijéronle la hora que era, de que ella quedó muy corrida, como si la hobieran tomado en algún hurto.

Esto [423] he querido referir aquí para declarar la devoción especial que esta virgen tiene con la Santa Magdalena.

422 a ¿grande?
423 Estu, ms.

Capítulo XI

De la caridad de esta virgen con los prójimos y para con Dios

[*El amor de los prójimos. Algunos ejemplos*]

Vengamos, después de estas virtudes susodichas, a la reina de todas[424] ellas, que es la caridad, la cual (como dicen los teólogos)[425] es *un hábito que infunde el Espíritu Santo en los corazones de los justos*, del cual proceden dos actos como dos ramos de una misma raíz, que son amor de Dios y del prójimo por amor de Dios, como cosa que pertenece al mismo Dios. Porque, como suelen decir: *quien ama a Beltrán también ama su can*. De estos dos actos virtuosos trataremos aquí brevemente, porque cosas más altas que tocan[426] a esta materia se guardan para adelante. / 62 r. Comenzando, pues, por lo menor, que es el amor de los prójimos, fué esta virgen muy amigo de ellos y señaladamente de los pobres, a los cuales llama sus parientes y háceles todo[427] el bien que puede, según su posibilidad. Y después que entró[428] en la religión, tenía siempre por costumbre partir la comida que le daban (que es harto estrecha) para dar a los pobres. Y, andando ella cerca del torno, si algún pobre llega a pedir limosna, dale todo cuanto las porteras tienen guardado para socorrer a las necesidades que vienen, y, alguna vez, no tiniendo que dar, pidió licencia a la perlada para dar el escapulario. Y ahora que es perlada, da cuanto puede de la comunidad, diciendo que hasta los cálices se han de vender para socorrer a las necesidades de los prójimos; y no sólo se dá limosna a los pobres que vienen al torno, mas también a veces se envía a los pobres de la cárcel pan amasado. Y las religiosas, con este ejemplo, quitan muchas veces el

424 tudas, ms.
425 Cf. Rom., 5, 5.
426 tucan, ms.
427 tudo, ms.
428 entra, ms.

manjar de la boca para acudir a los pobres y así se maravillan de lo poco que en el monesterio se gasta y de lo mucho que sale para fuera; y el Señor por cuyo amor esto se gasta, por otra parte lo multiplica todo, porque en este tiempo se ha hecho un gran lienzo de soldetorio, y un coro que, así en la hermosura del beneficio como en la devoción y frecuentación de las religiosas, más parece coro de ángeles que de criaturas humanas.

De esta caridad tenemos algunos ejemplos dignos de memoria. Estaba una monja vieja muy enferma, y habíale dado una locura de no querer comer; y con esto tenía los labios llenos de materia y sangre y muy asquerosos; y, como la caridad es engeniosa y a esta virgen no le falta ingenio, determinó buscar manera cómo curarla. / v. Por lo cual usó de este medio: entró en su celda, comiendo de un pan. Díjole entonces la vieja: "¿y vos coméis?, ¿qué es eso que coméis? Respondió ella: "es pan bendito de lo del refitorio. Comei vos también, como yo de él". Respondió ella: "sí comeré, pero con tal condición que comáis del pan por la parte que yo comiere". Entonces la vieja dio un bocado en el pan y dejólo todo ensangrientado, y díjole que mordiese ella por aquella parte que ella había mordido. Y la virgen, tomando el pan en la mano para morderle por aquella parte, revolviósele el estómago por ser naturalmente limpísima, mas con todo, venciendo con la caridad de esta dificultad, dio otro bocado en el pan, y así, bocado a bocado, hizo comer a la doliente. Esta obra de caridad agradó tanto al Esposo que le apareció esa misma noche y le dijo: "mucho me agradaste en eso que heciste por amor de mí; y por el amargura que en eso recibiste, quiero que bebas de esta fuente de mi costado". Y así bebió allí un licor tan suave que no se puede explicar. Y no contento con esto, "por esto que hiciste (dijo El), daré salud a esa enferma". Y así se la dio. Había también otra vieja en la misma enfermería, tan sucia y de tan mal olor que ninguna servidora se aplicaba a quererla servir; mas el amador de las ánimas no faltó a quien faltaban sus criaturas, porque apareciendo el Esposo a esta virgen, le mandó que curase a El en ella, porque estaba enfermo. Oyendo esto la virgen, alegróse tanto

de ver que se le ofrecía ocasión para ser ella enfermera de su Esposo que se levantaba muy de mañana y acudía a la vieja y lavaba los orinales y todo[429] lo demás; y no le parecían aquellos olores sino suavísimos olores y limpiaba a la vieja / 63 r. y abrazábala con grande amor, tanto que decía la vieja: "quítate de ahí, María, que te pegaré el mal, que estoy hética". Y, si por acaso alguna servidora llegaba a hacer algo en servicio de la doliente, pesábale por quitársele la ocasión de aquella buena obra.

Otro ejemplo admirable contaré aquí de la caridad de esta virgen por los prójimos. Siendo esta virgen enfermera y recogiéndose a su celda, le mostró Nuestro Señor un hombre que ella no conocía, el cual, estando para morir, no se llevaba consigo sino sus pecados. Y vio ella el ánima de este hombre miserable, tan abominable y tan hedionda que no se puede explicar, y, con todo[430] esto, no quería confesarse. Viéndolo pues ella ansí, comenzó con muchas lágrimas y entrañable dolor a pedir a Nuestro Señor sanase aquella ánima; mas El respondió que su justicia pedía que fuese condenada. Pero ella, alegándole con su misericordia, le prometía que no desestiría de su petición hasta ser despachada; mas El respondía que tal hombre no merecía perdón. Y pasando parte de la noche en esta porfía, finalmente dijo ella: "yo os prometo, Señor, que no tengo de partir de aquí sin que me deis esta ánima; y, si esto no hiciéredes, no quiero nada de Vos". Y finalmente con esto vencido el Omnipotente prometió a su esclavilla (como ella aquí se llama) que perdonaría esta ánima; y mandóle que se levantase y fuese servir a las dolientes, que era ya hora. Y volviéndose ella a su celda, acabada su odidiencia, vio aquella alma ya clara y hermosa, y el Esposo le daba gracias, diciéndole que por su ruego aquella ánima / v. se salvara. Y estando ella rogando por ella, falleció este hombre con penitencia y su ánima fue llevada al purgatorio; mas la virgen no descansó hasta verla puesta en lugar de descanso.

Oída esta historia, dije yo a esta virgen cómo había osado hablar al Esposo palabras tan estreñidas.

429 tudo, ms.
430 tudo, ms.

A esto respondió que el Esposo lo quería así, porque procedía este atrevimiento de grande amor y confianza en El. Porque "¿para qué (dijo ella), me descubría El, el estado de aquel hombre, si no para que yo ejercitase esta obra de caridad y le rogase por él y quedase yo más encendida en el amor de quien tanto hacía por mí?" Otra cosa semejante a esta refiere Gregorio Nacianceno en un sermón que hizo en la muerte de una santa hermana suya, por nombre Gorgonia, de la cual cuenta que, estando muy enferma, se levantó de noche como pudo y se fué a un altar que tenía en su casa, donde estaba el Santo Sacramento, y puesta de rodillas, dijo: "Señor, no me tengo de levantar de aquí si no me dais salud. Así lo dijo y así lo cumplió el Señor que huelga con estos atrevimientos, porque nacen de dos virtudes que El mucho precia, que son amor y confianza. De la cual también usó Moisén cuando pidiendo perdón por el pecado del pueblo dijo: [431] *Señor, si no perdonáis a este pueblo, borradme del libro en que me tenéis escripto.*

Mas, volviendo al propósito principal, hallaremos aquí muchas cosas que notar: la primera es la profundidad de los juicios de Dios, de donde procedió querer salvar un hombre tan perdido y cuasi ya condenado. La segunda es el secreto de la divina predestinación, ca este hombre estaba predestinado / 64 r. para la gloria y tenía el mesmo Dios determinado este tan extreño y nuevo medio para que se ejecutase lo que El tenía ordenado. La tercera: aquí tenemos una gran muestra de la infinita bondad y misiricordia de Dios para con los pecadores, para que ninguno, por grande pecador que sea, desmaye ni pierda la confianza, haciendo lo que es de su parte, pues tenemos un Dios tan bueno y tan piadoso. La cuarta es que tampoco pierdan la confianza los que oran, si luego no cumple Dios su petición, ca muchas veces dilata las mercedes para despertar nuestra devoción y hacernos perseverar en la oración, como lo vemos en este ejemplo y también en el de la Cananea, en los cuales, queriendo el Señor por una parte hacer lo que se le pedía, por otra se hacía de rogar porque insistiésemos en

431 Ex., 32, 31-32.

nuestra petición. La quinta; aquí veremos cuán grande sea el amor que tiene Dios a sus santos y cuánto quiere honrarlos y cuánto pueden para con El las oraciones de ellos, pues por ellas algunas veces se salvan los que sin ellas se perderían, como lo vemos en este ejemplo.

Mas, con todo esto, no costó poco a la virgen la salud de esta ánima, porque fueron grandes las persecuciones que los demonios levantaron contra ella. Y así, estando una noche en su celda, saltaron contra ella dos demonios que la quisieron ahogar, y echando ellos la mano en la garganta, acudió la Virgen Nuestra Señora y *su Hermosa* con grande claridad y alegre vista; y, lanzados fuera los demonios, la consolaron y sanaron, poniéndole [432] la mano en la garganta, diciéndole que no hubiese miedo porque más miedosos iban los demonios. Esto pasó así enteriormente, y los demonios la amenazaban diciendo que la habían de matar y que no habían de descansar hasta quitarle la vida y que ella había de ser condenada porque les había quitado aquella ánima que era suya. / v. Y una vez, estando esta virgen en una escalera sirviendo a una doliente, vino un negrillo y tiró por el pie de la escalera y así la derribó al suelo y fuése dando grandes risadas de lo que había hecho.

Otra vez permitió Nuestro Señor que el demonio levantase entre las religiosas algunas diferencias y desgustos, y andaba el enemigo de toda [433] paz en figura de can muy negro y torpísimo, con la lengua grande de fuera lamiendo por todo [434] el convento sin parar; y comenzábase ya (si Dios no acudiera) a levantar gran tribulación; y la virgen vía este can andar muy solícito por el convento, y encontrándose un día con él, quitóse la cinta y dióle con ella cuanto pudo; esto hizo por tres veces, y a la tercera se fue el can dando grandes alaridos, y luego quedó todo [435] pacífico. Y decía ella que no había cosa que más le atormentase que ver cualquiera turbación entre las religiosas, por pequeña que fuese. A todos [436] quería mucho y así

432 puniendole, ms.
433 tuda, ms.
434 tudo, ms.
435 tudo, ms.
436 tudos, ms.

deseaba la consolación de cada una como la suya propria. Decía que antes escogiera padecer todos[437] los trabajos que ver alguna padecerlos: tanto era lo que se dolía del mal ajeno. Y así no cesaba de rogar a Dios por todas,[438] aunque sabía que por medio de ellas alcanzara ella muchas mercedes de Dios, mas que en esto se lo quería satisfacer.

Este hecho nos declara cuánto el espíritu malo procura sembrar discordias en todas[439] las comunidades, porque sabe cuánto[440] gana él en esta mercaduría y cuántos pecados se hacen, cuando los corazones están divisos. Y si este es el oficio del espíritu malo, síguese que a éste será contrario el del Espíritu Santo; y por esto nos aconseja el apóstol[441] que *andemos*[442] *muy solícitos por conservar la unidad del espíritu con el vínculo de la paz,* para lo cual alega todas[443] las principales causas que hay de esta unidad, diciendo que *todos*[444] *somos un cuerpo y un espíritu y todos llamados para una* / 65 r. *misma esperanza de la vida eterna;* y que todos[445] tenemos *un Señor y una fe y un bauptismo y un Padre que es Dios, que mora en todos nosotros.*[446] Pues donde hay tantas razones unidas, ¿cómo es posible que haya división? Y sobre todo[447] esto, el mesmo Señor nuestro, víspera de su Sagrada Pasión, entre otras cosas, pide a su eterno Padre que todos[448] sus discípulos sean con El vitalmente *una misma cosa, así como el Padre y el Hijo lo son,*[449] Y a esto nos convida el profeta alegándonos, demás de la bondad de la obra, la suavidad y alegría que en esto hay, y así dice:[450] *mirad cuán buena cosa es y cuán alegre morar*[451] *los hermanos en uno,* que es en

437 tudos, ms.
438 tudas, ms.
439 tudas, ms.
440 cuantu, ms.
441 Eph., 4, 3.
442 andamos, ms.
443 tudas, ms.
444 tudos, ms.
445 tudos, ms.
446 Cf. Eph. 4, 4-6.
447 tudo, ms.
448 tudos, ms.
449 Joan, 17, 11 y 12.
450 Ps., 132, 1.
451 mirar, ms.

esta unidad y concordia. Y la razón de esto [452] da San Crisóstomo diciendo que donde está la hermandad, ahí las prosperidades son mayores, porque se comunican a muchos; y las adversidades son mayores, porque el sentimiento de ellas se reparte por muchos. Mas, aunque esto sea cosa tan buena y tan fuerte, es tan dificultosa de hallar entre hijos de diversas madres y de diversas condiciones que sólo Dios es poderoso para conservarla, y así, entre sus grandezas y maravillas, cuenta el profeta [453] ésta por una: que El hace [454] morar en una comunidad *muchos con una ánima y un corazón,* como San Lucas lo cuenta [455] de los fieles de la permitiva Iglesia.

Estando esta virgen un día por la mañana en el coro, vió que entraba en el convento de Santo Domingo un hombre muy mundano y poco arrepentido. Pidió ella con grande instancia a Nuestro Señor que, ya que le mostraba aquella ánima, le diese arrepentimiento de sus pecados para que, confesándose, mereciese el perdón de ellos. Insistiendo pues ella en su petición con muchas lágrimas, fue este hombre mudado y luego se confesó en Santo Domingo a un religioso, al cual dijo que, estando allí, sin venir con propósito de confesarse, súbitamente / v. se hallaba mudado y le pesaba mucho de sus pecados. Y hablando este religioso que le confesó con esta virgen, le dijo ella lo que pasaba, antes que él se lo contase, y quisiéralo él negar, mas cuando vio lo que ella decía, se espantó mucho, porque realmente así pasaba en la verdad.

Otro caso acaeció a esta virgen, semejante a éste, que fue así: que, estando esta virgen una noche, cerca de las once horas de la noche, abrazada con su cruz en oración cuasi despierta, se le ofreció en la imaginación un hombre que venía por la calle del monesterio con propósito de hacer una grande ofensa a Nuestro Señor; y ella, muy sentida de esto, pedía al Señor en su corazón que atajase esta ofensa suya por el modo que fuese más servido; y veía en espíritu a este

452 estu, ms.
452 [a] ¿menores?
453 Cf. Ps., 67, 7.
454 hacer, ms.
455 Lc., 4, 31.

hombre tan clara y distintamente que, si se lo mostraran, lo conociera. Y pasó así: que en la misma noche y a la misma hora pasaba por aquella calle este sobredicho hombre con la determinación que dijimos; y llegando cerca del monasterio, parando un poco, le vino a la memoria esta sierva de Dios de quien tantas maravillas oía, pensando cuán diferentes pensamientos tenía ella de los que él llevaba; y, estando en esto,[456] le parecía que la veía delante de sí con su hábito de monja, y blanco, y velo negro, mostrándole señales de que quería impedirle su camino. Este hombre súbitamente volvió en sí, conociendo su culpa, y en aquel instante mudó el propósito que llevaba y volvióse a su casa contrito y enmendado. Y él mismo contó este caso, y la virgen dijo también lo que pasó en su corazón. Y conferiendo lo uno con lo otro, fue todo[457] a un tiempo y a una hora. Pues ¿quién, considerando esto, no exclama con el apóstol:[458] *¡Oh alteza de la sabiduría de Dios!; cuán incomprehensibles son sus juicios y cuán dificultosos de atinar sus caminos!* Estos son los juicios / 66 r. de su misiricordia, que alegran las hijas de Judá; mas otros hay de justicia, que atemorizan y espantan, aunque éste también su manera espanta, pues por un medio tan misericordioso y extraordinario llamó para sí un hombre, cuando iba a ofenderle, como llamó a San Pablo cuando iba a perseguir la Iglesia.[459] Estas ocasiones da muchas veces Nuestro Señor a sus siervos para ejercitar su caridad.

Culpas ajenas no las veía esta virgen, porque se tenía por la más culpada de todos;[460] mas cuando Dios le mostraba alguna culpa, no comía ni bebía hasta no ser remediada la persona que la tenía y estar muy cierta de esto, viendo los personales manifiestos. Y, como ella sabía del Esposo cuánto esto le agradaba y que por esto se le mostraba, prometía ella de no levantarse de sus pies hasta ser bien despachada.

456 estu, ms.
457 tudo, ms.
458 Rom., 11, 36.
459 Cf. Act., 9.
460 tudos, ms.

I. [*Caridad para con el Esposo. Ejemplos*]

Y pues habemos dicho de la caridad de esta virgen para el prójimo, digamos ahora algo de la que tiene para con el Esposo. En este tiempo comenzó El a comunicársele y hacerle muy particulares mercedes y despertarla con muy continuas inspiraciones y aparecimientos, entre los cuales fue uno en que le mostró el grande amor con que amaba a ella y a todo [461] el género humano. Este favor y regalo, de tal manera encendió y prendió el corazón de ella, que, tomada [462] de este nuevo vino del Espíritu Santo, andaba ordinariamente cuasi fuera de los sentidos, de la manera que se dice de San Bernardo, de quien se escribe que al principio de su conversión andaba tan elevado [463] en Dios que a veces perdía el uso de los sentidos, de modo que viendo no veía, y oyendo no oía, y gustando no gustaba; y así comía unas cosas por otras, muy diferentes. Lo mismo acaeció a esta virgen, por donde muchas veces no sabía dónde estaba, o dónde iba o venía; otras veces, andando por el dormitorio, no atinaba a su celda, hasta que alguna religiosa la encaminaba. Y, porque sintía mucho verse esto, tomó [464] por / v. remedio colgar en la cortina de la celda un velo puesto (como que lo tenía allí para quitársele el olor de tinta, como lo suelen hacer las religiosas), y muchas veces ni aun esto bastaba. También hablaba despropósitos y los ponía por obra, llevando y trayendo unas cosas por otras y a unos lugares por otros.

Una vez, siendo ella refitolera, una religiosa, grande sierva de Dios y muy amiga suya le vino a ayudar a concertar el refitorio. Y, mientras ella ponía las mesas, mandó a esta virgen que fuere apricsa por un cántaro de agua; mas ella iba tan desacordada que, a cabo de rato, entra por las puertas del refetorio con una silla en la cabeza, de la que la otra madre quedó por una parte indignada y por otra espantada de tal desacuerdo.

Siendo también ella vestraria, cuyo oficio es poner

461 tudo, ms.
462 tumada, ms.
463 enlevado, ms.
464 tumo, ms.

a todas las religiosas cada sábado sus tocados en la cabecera de las camas, estaba ella tan alienada que andaba buscando en el claustro las celdas de las religiosas. De estos desatinos tan acertados se cuentan muchos que sería largo de contar.

Sentía mucho la virgen entenderse estas cosas y costábale muchas lágrimas, por parecerle que por esta vía la ternían en buena cuenta, lo cual ella como verdadera humilde, recelaba[465] mucho; así vinieron a competir en su corazón estos dos afectos: ca por una parte deseaba evitar estos loores, y por otra, no pudiendo apartarse del amor del Esposo, que esto causaba, tomó por remedio ponerse en sus manos y entregarse al gobierno y leme de su vida, para que El la gobernase como más fuese servido.

Creciendo, pues, cada día en el amor del Esposo y en el / 67 r. ejercicio de las virtudes, que de él proceden, llegó la fuerza del amor a estar a tiempos tan arrebatada y tan fuera de los sentidos, como si fuera un cuerpo de palo, y ni con retorcerle los dedos ni con otros tormentos volvía en sí. Y acaeció que una niña traviesa que había en el monasterio, de poca edad y mucha malicia, viendo a esta virgen de esta manera alienada, para probar si esto era verdad le hincó un alfiler en el brazo, mas ni esto bastó para acordarla de aquel dulce y suave sueño en que dormía en que *su corazón velaba,*[466] aunque, después de vuelta en sí, sintió el dolor. En lo cual podremos conjeturar qué tan suspenso y encendido estaba el corazón de esta virgen en el amor del Esposo, pues elevaba consigo todos los espíritus y fuerzas del cuerpo y así lo dejaba desamparado de todo[467] el vigor y fuerza de los sentidos. Mas hallóse un muy fácil remedio para volverla en sí, que fué la voz de la obidiencia, de que arriba tratamos en el capítulo de la obidiencia.

Y aunque éste sea grande argumento e indicio de esta caridad, pero otro hay no menor, que es lo que padece con cualquier palabra tierna que se habla, aunque en común conversación; porque está su corazón tan abrasado y encendido en el amor del Esposo que

465 rezalaba, ms.
466 Cf. Cant., 5, 2.
467 tudo, ms.

con cualquier soplo, por muy pequeño que sea, luego arde y levanta la llama, quiero decir que con cualquier palabra que se le diga o ella piense del Esposo, a la acordándose de las pajas del pesebre [468] del niño Jesús, luego es ida; y, si le hablan de trigo, acordándose que el Esposo se llama *grano de trigo*,[469] hace otro tanto. Y platicando una vez de la provisión del monesterio y diciendo que tenían necesidad de cebada para las bestias y de aceite, vínole a la memoria que el Esposo en los Cantares se llama [470] *olio derramado*, / v. y en medio de la plática quedó fuera de sí. Y diciendo yo a una doliente:[471] *Dominus opem ferat illi super lectum doloris eius*, en oyendo esta palabra y acordándose del lecho del esposo, padeció lo mismo. ¿Qué diré? Picando un cantero una piedra, saltó una centella y esto bastó para arrobarla. Acordándose del fuego del amor divino, finalmente, su corazón está como una pólvora muy seca, que cayendo en ella una centella de alguna palabra devota, luego arde. De donde procede que los que quieren negociar con ella procuran de no decir palabra devota, porque no los deje al mejor tiempo. Y, preguntada si está en su mano resistir a estos raptos, responde que no puede más.

Diciéndole una vez su padre confesor que los santos en el cielo siempre están amando, sin poder dejar de amar, preguntando ella si era posible en esta vida hacer otro tanto, y respondiéndole que esto [472] no era posible en esta vida por las ocupaciones y necesidades de ella, respondió la virgen: "pues yo conozco una persona que estando dormiendo esta amando". Y, declarando cómo esto era, dijo que se acostaba amando actualmente y así, en el sueño perseveraba en ella este mismo amor, hasta que la fuerza de él la despertaba.

Y, siendo preguntada qué palabras decía despertando, no se atrevió a decirlas por ser amorosas, mas dijo que las escribiría. De modo que también en el amor santo ha lugar lo que el poeta dijo:

468 Cf. Lc., 2, 7.
469 Cf. Joan, 6.
470 Cant., 1, 2.
471 Is., 40, 4.
472 estu, ms.

Dicere quae puduit, scribere jussit amor.

Finalmente, apretada por el padre confesor / 68 r. respondió que decía estas palabras: "¡Oh, guarda mía!, vuestro amor no duerme ¡Hermosura mía!, guardadme en vuestro amor este día." Por aquí entenderá el prudente lector la vergüenza virginal y honestidad de esta virgen, pues esta llegaba[473] a no osar decir estas palabras por ser tan amorosas. Y en decir: "vuestro amor no duerme", da a entender lo que ya dijimos: que durmiendo estaba amando.

Otra vez este padre confesor decía que juntando en uno el amor de todos[474] los serafines y de todos[475] los espíritus bienaventurados y de la Virgen Nuestra Señora y de la ánima de Cristo, Nuestro Salvador (cuya caridad es tan grande que, como dice[476] el *apóstol, sobrepuja todo*[477] *conocimiento aunque sea de ángeles*), a todos[478] estos amores, tomados así juntos, faltan infinitos grados para llegar a la medida del amor que se debe a aquella inmensa e infinita bondad de Nuestro Dios. Ca todos estos amores, con ser tan grandes, son finitos, porque son de criaturas; mas a aquella infinita bondad se debe por derecho infinito amor, el cual no se halla en todo lo criado, sino en solo el Criador. Y oyendo esto la virgen quedó alienada para un espacio y, estando así, dijo estas palabras: "apriesa, apriesa". Preguntada, pues por el dicho padre, cuando volvió en sí, qué vio en aquel rapto, respondió que había visto un fuego infinito, y que de él saltaba una centella acá fuera y que ella decía que acudiesen a gran priesa a juntar aquella centella con aquel grande fuego para que no se apagase; dando a entender que todo el amor de las criaturas, comparado con el que se debe al Criador es como una centella; y, porque ésta no se apague con los vientos de los peligros y ocasiones de esta vida, conviene muy apriesa, esto es, con suma diligencia, trabajar por juntar / v.

473 llegana, ms.
474 tudos, ms.
475 tudos, ms.
476 Cf. Eph., 4.
477 tudo, ms.
478 tudos, ms.

nuestro amor con aquel grande amor con que Dios se ama, para que así se conserve en él. Porque, como la caridad en esta vida esté como fuera de su elemento, corre peligro de perderse, si no se fomenta [479] con la consideración de todo [480] aquello que nos puede incitar a este amor.

Y una de las cosas que ayuda a esta virgen para lo dicho es el libro de los Cantares, que ella entiende muy bien, aunque esté en latín, y retiene en la memoria mucha parte de él; y es tan grande el gusto que recibe con esta escriptura como si para sola ella se escribiera. Y conforme a esto, representa ella en sí el oficio de esposa y aplica a sí todas [481] las palabras que el Esposo dice a aquella esposa, como cuando la convida que venga a El a grande priesa, diciéndole: [482] *levántate, y date priesa, querida mía, hermosa mía, paloma mía, que moras en los agujeros de la piedra, muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es suave, y tu carne hermosa.* Con el ejercicio de estas tan amorosas palabras y de las vertudes que habemos aquí referido, ha crecido el amor de esta virgen mucho más de lo que se puede encarecer; y cuando aquí dice de la esposa que *mora en los agujeros de la piedra* quiso el Espíritu Santo significar que esta esposa tiene por morada y continua meditación las llagas de Cristo crucificado, que es piedra fundamental de la Iglesia Cristiana. Pues en estos agujeros comenzó a morar esta nuestra paloma dende que era novicia, y en esta misma morada habita también agora; y contemplando en ellos esta obra de amor que Dios nos descubrió en este misterio, crece en ella el mismo amor junto con una grande compasión de lo que [483] el Esposo por ella padeció; lo cual crece tanto en la semana santa que los tres días de ella, que son miércoles, jueves y viernes, persevera sin comer bocado. Y, preguntándole yo por esto, me respondió que, traspasada su ánima con el sentimiento de los dolores que su Esposo estos días padeció, no puede comer bocado y,

479 fumenta, ms.
480 tudo, ms.
481 tudas, ms.
482 Cant., 2, 10; 2, 14.
483 cual, ms.

siendo tan flaca y dilicada, persevera estos días ayuna, / 69 r. y más agora, siendo perlada, haciendo el mandato y lavando los pies y manos de sus religiosas, andando siempre de rodillas.

Síguense unos coloquios amorosos que esta virgen escribió por su mano, con que se ejercitaba en el amor del Esposo

Conviene al ánima que desea hallar a su Esposo Jesús que niegue a sí misma y se haga una cosa con El, teniendo un mismo querer y no querer. Conviene, oh ánima amorosa, que, pues te has de unir con Dios con unión de amor, que desfallezca tu amor en ti por perfecta abnegación de tu proprio amor y tu propria voluntad, de modo que ninguna cosa quieras sino al mismo Jesús y lo que El quiere. El amor que es puro y libre, en todas sus obras endereza su fin a Dios con una intención pura y sencilla. Grande es el poder de este amor, pues él entre todas [484] las virtudes puede hacer al ánima una cosa con Dios. ¿Qué mayor descanso que no tener otro querer sino el de su amado?, ¡Oh cuán con poco trabajo se gana tanto!

Una de las cosas que es menester para alcanzar este amor es una fe grande y confianza viva en Dios, desechando vanos pensamientos y deseos que ocupan al ánima y impiden la unión del amor. Aquella ánima que, confesada de sus pecados, se arroja en los brazos de Dios con esta finísima fe, no tiene por qué temer, porque Dios es fidelísimo y no falta [485] a los que confían en El. ¡Oh Señor mío y Dios mío!; ¿cuán dichosos son los que Vos aman y cuán felices los que esperan en Vos!; porque cierto es que Vos amáis a los que Vos aman, / v. y no desamparáis [486] a los que en Vos ponen todas sus esperanzas. ¡Oh amor dulce de las ánimas humildes!, ¡cuán suave sois y cuán deleitable! ¡Oh amor santo, oh amor de los limpios de corazón!, ¡qué blando y benigno sois a los que Vos buscan! ¡Oh amor mío, dulce Jesús!, ¡cuánta suavidad cuánta

484 tudas, ms.
485 faltan, ms.
486 desampareis, ms.

dulzura, cuánta alegría, cuántos deleites aun en esta vida dais a las ánimas que Vos aman, y aun en los trabajos y afrentas (si este nombre pueden tener), estáis derramando grande suavidad en los corazones de ellos! Bien dice la esposa [487] en los Cantares, que *vuestro nombre es ungüento derramado.* Pues, oh amor, si en las cárceles y trabajos dais tantos gustos y consolaciones, ¿qué será en la patria? Seguid, hermanas, este vuestro Esposo por onde quier que fuere y no podréis errar; corred con vuestras compañeras sus esposas en pos de El, y no haya cosa que os aparte de su amor, sin el cual nadie le puede agradar. Es tan enamorado de esta virtud de la caridad que, mirando la esposa que con ella está vestida y adornada, con grande amor le dice,[488] *Heriste mi corazón, hermana mía, esposa, heriste mi corazón;* y no se harta de hablarla de *hermosa* y *bien ataviada* en todas [489] las cosas. Estas dilicias no hay lengua que las pueda declarar porque sobrepujan todo [490] lo que [491] el entendimiento humano por sí solo puede comprehender.

Dice el Esposo [492] hablando con el ánima devota: *llevarla he a la soledad y hablarla he al corazón.* ¡Oh esposas de este Señor, oh almas criadas para tanto [493] bien!, corred y no os detengáis, para que gocéis de las delicias y suavidad de este Señor y no haya cosa que os detenga en este camino; corred al palacio del Esposo, que llama a cada una de vosotras diciendo: [494] *levántate y date priesa, amiga mía, paloma mía, y viene a mí.* Este es Señor tan deseoso de enriquecer las esposas de sus bienes, que unas veces las llama que se den priesa, / 70 r. y otras veces El mismo llama a la puerta diciendo: [495] *ábreme, hermana mía y amiga mía.* Mi dulce Señor, ¿quién no arderá en vuestro amor, y quién se podrá esconder de vuestro resplandor, pues vos sois más deseoso de darme este amor que yo de buscarlo? Y ¿quién durará de hallarlo,

487 Cant., 1, 2.
488 Cant., 4, 9.
489 tudas, ms.
490 tudo, ms.
491 en, ms.
492 Os., 2, 14.
493 tantu, ms.
494 Cant., 2, 10.
495 Cant., 5, 2.

si perseverara en buscarlo en cuidado, pues Vos, mi Dios, nos convidáis a buscarlo y salís al camino a esperar al que Vos busca? ¡Oh dulce amor!, cuántos modos buscastes para llevar a Vos las ánimas que redemistes y ni agora cesáis de llamarlas para las bodas del cielo, por todas [496] las vías, ora viniendo a ellas, ora llamándolas Vos. Venid señor mío; venid, suave amor mío; venid, única esperanza mía; venid, Dios de mi corazón; venid, padre mío; venid Vos, todo mi bien. ¡Oh verdad que nunca falta!, Vos decís: [497] *yo estoy llamando a la puerta; quien me abriere, cenará conmigo.* ¡Ah, Señor mío!, entrad en mí, que vuestro es este corazón, y el ánima y la voluntad todo está abierto para Vos. Entrad, amor, y cerrad la puerta; sellalda con vuestro sello. ¡Ah, Señor! sea luego. ¿Qué es lo que Vos detiene? Vos queréis y yo a solo [498] Vos quiero. Pues ¿qué es esto?, ¿qué tardanza es esta? De mí viene esta dilación. Vos sólo la sabéis, y Vos sólo la podéis remediar, y, pues tenéis para eso el poder y el querer, veisme aquí, Señor; cortad por donde quisiéredes, porque todo [499] soy vuestra, y en vuestras manos me pongo. Tomad esta voluntad y hacelda una con la vuestra. ¡Oh amor!, ¡oh Señor! no tardéis, porque mi ánima desfallece por vuestro amor. ¡Oh corazón mío!, no se sufre más esperar; venid, daos priesa. *Ecce dilectus meus.*[500] Este amad, por éste morid, en éste venid, en éste sean vuestros deleites, a éste buscad, en este bien descansad, aquí por amor, allá en gloria sin fin.

Otro coloquio amoroso

¡Oh amor mío, dulce Jesús! ¿quién Vos hizo venir del cielo a la / v. tierra? El amor. ¿Quién Vos hizo sufrir tantos y tan terribles tormentos hasta la muerte? El amor. ¡Oh fuerte amor más que la muerte!, ¡oh grande fuerza, que venciste al invencible!, ¡oh amor, de lo que era ya perdido remediador! Pues, dándonos a Dios, nos diste vida, gloria, alegría, gracia, perdón y

496 tudas, ms.
497 Apoc., 3, 20.
498 sola, ms.
499 tudo, ms.
500 Cf. Cant., 2, 9.

remedio y todo[501] lo que en Dios había, cuando abrasado en caridad lo vestiste de nuestra mortalidad, vistiéndonos El de su divinidad. Ya no haya, Señor mío, corazón que no sea de ti poseído, pues en ti está lo que sólo harta y da cumplido reposo. Haz, Señor, que éste mío en ti sea consumido y que, abrasado de ti, viva sólo para ti, pues Tú Señor, diste tu vida toda para mí. Haz que yo sea en ti transformada y no viva ya más para mí, sino para ti. ¡Oh dulce maestro, oh dulce guía, y suave amor, Jesús! ¡Cuán dichosos son aquellos que de ti son poseídos y de ti son sustentados y abastados! Poned vida, ¡oh dulce esposo mío! Hacedme que Vos conozca, porque quien Vos conoce él Vos ama, desprecia a sí y ama a Vos más que a sí. ¡Oh alegría de mi corazón!, cuán dichoso es aquel que halla este tesoro de vuestro amor. Vos dejisteis[502] que el que tuviese su corazón vacío de todo[503] otro amor peregrino hallaría el vuestro.

Este tesoro quiere ser buscado con mucho cuidado, con suma diligencia, con limpio corazón, con pura intención, con fe firmísima, con un cuidado sin otros cuidados, con ojos de paloma. Quiero decir que sólo me vea a mí, de tal manera que solos mis defectos me parezcan muy grandes y los de los otros muy pequeños. Y quien de veras busca la verdad eterna no se ocupa en otra cosa sino en lo que desea y en lo que le falta para alcanzarlo. Este camino no sufre dilación, el que mira atrás[504] ya pierde jornada. Por esto ¡adelante!, ¡adelante!, puestos los ojos en este bien en que tanto nos va, no hay cosa que os haga volver atrás. Si lo deseáis, aquí lo tenéis. Dejaos a vos y hallarlo heis. No se niega[505] este amor a quien lo busca de todo[506] corazón, porque El es benigno, manso[507] / 71 r. y piadoso y amador de un corazón humilde, limpio, confiado en El y desconfiado de sí. Este tal, Señor mío, os hallará y Vos os manifestaréis a él, y verá vuestra deseada faz y hablaréis a su corazón palabras de vida.

501 tudo, ms.
502 Cf. 4 Reg., 4, 3.
503 tudo, ms.
504 Cf. Lc., 9, 62.
505 niegue, ms.
506 tudo, ms.
507 Cf. Mt., 11, 29.

Y, porque el ánima se puede por esta vía de amor unir a El, conviene disponer la memoria, vaciándola de todo el vano, ocioso y mal pensamiento. Vaya, pues, todo fuera, todo fuera cuanto hay en el mundo. Sólo el corazón sea de Aquél que todo [508] se os ha dado por vos. ¡Oh corazón, que sólo para amar fuistes criado!, todo [509] fuera cuanto hay en la tierra, por amor de Aquél que todo se dió por ti. [510] Pues todo aquello que se abraza con alguna demasiada afición pone impidimiento y medio para unirse el ánima con Dios, el perfecto amor levanta la criatura sobre sí y sobre todas [511] las cosas y sobre todas [512] ocupaciones, y con grande ímpetu de espíritu se transporta en Dios y en El reposa como en su centro y último fin.

¡Oh amor!, ¡oh dulzura!, ¡oh bondad! Quien te gusta no sabe vivir sin ti. ¡Oh hermosura!, ¡oh tesoro de todos los bienes!, ¡lumbre de mis ojos, oh dulce y suave Jesús! ¿Qué corazón hay tan de piedra que no se ablande y derrita con vuestro amor? ¡Oh Dios de mi corazón y de mi vida, oh fuego abrasador de corazones! No hay corazón que de este bien sea excluído; mas abrasad, Señor, a todos con vuestro amor, para que veamos que Vos solo sois digno de ser amado, pues amáis y sois amor y amador.

Fundaos pues, hermanas mías, en este amor, porque donde éste [513] entra, todas [514] las virtudes trae consigo, y ninguna permanece ni es segura sin El; porque quien ama es humilde y obidiente y amador de todas las virtudes. Sed pues muy enamoradas, porque importa esto mucho, mucho, mucho; y, después que lo experimentáredes, sabréis cuánto más importa esto de lo que digo. / v. Pues quien quisiere tener conocimiento de Dios, ame; quien quisiere ir al cielo, ame; quien quisiere tener vida bienaventurada,[515] ame; quien quisiere vivir contento y consolado, ame; quein quisiere *gustar cuán suave cosa sea Dios,*[516] ame; quien

508 tudo, ms.
509 tudo, ms.
510 Cf. Gal., 2, 20.
511 tudas, ms.
512 tudas, ms.
513 esta, ms.
514 tudas, ms.
515 bienaventurado, ms.
516 Cf. Ps., 33, 9.

re carecer de los tormentos de la vida y de la muerte, ame; quien quisiere poseer un bien en quien están todos los bienes, ame; quien quisiere salir vencedor en las batallas espirituales de esta vida, ame; quien quisiere triunfar de la muerte, del mundo y del demonio, ame; quien quisiere agradar a los ojos del Esposo celestial, ame; porque sin amor nadie le agrada y con él todo le agrada. Este amor, *per se sufficit, per se placet, ipse meritum, ipse praemiun sibi est. Alégrese el corazón humilde de los que buscan al Señor,*[517] pero mucho más el de los que hallan; porque, si es cosa dulce buscarlo, cuánto más lo será hallarlo. El amor todo[518] lo prevee, y, doquier que llega, todo lo ordena a su amado. Quien quiere hallar este tesoro tan precioso no debe descansar. El acertar en este camino es humillarse y no poner el gusto en las cosas de la tierra que tan presto se acaban. ¡Oh amor!, ¡oh Señor!, ¡oh, quién alcanzase ya este amor, esta gracia, esta misericordia, esta lumbre, estas riquezas! Este tal no tiene ya qué desear, pues ya tiene a El que solo merece ser deseado. ¡Oh vida, oh dulzura y bondad!, quien una vez gusta de ti no puede vivir sin ti; y éste no vive ya para sí, sino para ti; porque en ti y por ti (y como Tú eres la misma vida y dador de vida) vive, porque Tú quieres que viva. ¡Oh dulce vida!, ¡oh dichosa vida!, ¡dichosos los que viven en ti!

Coloquio amoroso más breve

¡Oh único amado del corazón y de la pura enamorada ánima que te tiene en los brazos! ¡Cuán bien entienden esto aquellos que lo espirementan! ¡Oh bien incomprehensible, que merece ser amado entrañablemente! / 72 r. Cuán alegre, cuán bienaventurada y cuán suave es esta brevecica hora en la cual te amamos en esta vida presente. Mi ánima sea todo derretida[519] con las suavísimas palabras de su Amado. Dice el Esposo a la esposa en los Cantares:[520] *aparta tus ojos de mí, porque ellos me hicieron volar.* ¡Oh Esposo

517 Ps., 104, 3.
518 tudo, ms.
519 derretido, ms.
520 Cant., 6, 4.

mío!, no apartes de mí esos tus ojos, porque sin ellos no podré yo volar. Y ¿qué digo?, oh robador de mi ánima y ladrón mío, enséñame Tú, Señor, que yo no sé lo que me digo. *Suene tu voz en mis oídos,*[521] porque mi ánima se derritió cuando oyó la voz de su Amado. ¿Qué corazón hubo jamás tan de piedra, que ánima tan helada y fría, quien[522] a las dulces y divinas y amantísimas palabras tuyas (que echan de sí un sobrenatural fervor) no se ablandasen y inflamasen con tu suavísimo amor? Maravilla grande es y admirable sobre toda admiración, si alguno te contemplare de esta manera con los ojos interiores de su ánima y no se derritiere todo[523] su corazón en tu amor. ¡Oh, verdaderamente bienaventurado aquel amador cuya ánima merece llamarse esposa tuya! ¡Cuán gran consolación, y cuán suave y celestial, saca de ti; cuántas blanduras secretas recibirá de tu amor! ¡Oh, Señor mío, si yo fuese digna que mi ánima se llamase amadora tuya! ¡Oh, bienaventurado aquél que Tú haces digno de tu suavísima amistad! Tu conversación purísima, espejo de honestidad y pureza, tu faz graciosísima, de tu boca salen palabras de vida.

Esto baste agora para alguna declaración de la caridad de esta virgen; lo demás quedará para adelante.

Capítulo XII

De la paciencia y fortaleza a que el Esposo exhortaba a esta virgen

Dicho de la caridad de esta virgen, será razón decir también / v. algo del principal efecto de esa caridad, que es desear padecer trabajos por amor de Dios. Y así, uno de los principales efectos que obraba este amor en su ánima era desear padecer mil muertes por El; y no se contentaba ella con padecer cualquier

521 Cant., 2, 14.
522 a quien, ms.
523 tudo, ms.

linaje de muerte, sino recreábase diciendo que, tajadica a tajadica quería que fuesen cortados todos los miembros de su cuerpo, para que el padecer durase por más largo espacio.

Mas, para entendimiento de esto, se debe notar que, como el fin de la ley y de todos los mandamientos divinos sea la caridad (como el apóstol dice),[524] y en esa caridad haya muchos grados, unos más perfectos y otros menos; entre los más perfectos es uno desear padecer trabajos por amor de Dios, y *alegrarse y gloriarse* en ellos, como lo dice[525] San Pablo; y como lo hicieron los apóstoles[526] cuando fueron azotados por amor de Cristo; y así mismo los santos mártires, muchos de los cuales, sin ser buscados, se ofrecieron voluntariamente a los tormentos por El. Este parece el más alto[527] grado de la caridad y de la perfección humana. Por lo cual, alabando el Señor a su apóstol San Pablo, y habiendo tantas gracias y virtudes que alabar en él, de ésta señaladamente hizo mención diciendo:[528] *yo le enseñaré a él cuántos*[529] *trabajos le convenga padecer por amor de mí.*

I. [*Diversos aparecimientos*]

Pues a esta manera de paciencia y fortaleza animaba el Esposo siempre a esta su esposa con diversos aparecimientos. Porque una vez le apareció el día de la Exaltación de la Cruz, muy de mañana, estando ella en sus sentidos, con una grande cruz. Entonces cayó ella en tierra a sus pies y El le dijo si quería aquella cruz. A esto ella respondió: bien sabéis Vos, Señor, que ninguna cosa más deseo en la vida que ésa. Y pasando muchas palabras amorosas, abrazada con la cruz, la llamaba esposa, hermosa y lecho suavísimo de flores, las cuales el Esposo tenía plantadas en su huerto, al cual ella le convidada que viniese, / 73 r. para que fuese digna de ser llevada al huerto del Esposo dicién-

524 Rom., 13, 10.
525 Cf. Rom., 5, 3.
526 Cf. Act., 5, 41.
527 altu, ms.
528 Cf. Act., 9, 16.
529 cuantus, ms.

dole[530] El: *veni in hortum meum, soror mea sponsa.* Estando de esta manera ella de rodillas abrazada con la parte más baja de la cruz, allí la apretaron tan recio con ella que le pareció morir, por el gran dolor que sintió y reventóle mucha sangre, así del pecho como de la cabeza; y díjole entonces el Esposo: determino por esta vía hacerte semejante a Mí, y, dicho esto, desapareció.

El día de San Andrés, le apareció el Esposo con una grande cruz y le dijo: quiérote mucho, porque eres amiga de la cruz; conviene saber, de los trabajos que se entiende por ella. Y en esto sintió un tan gran dolor que la despertó y volvió en sus sentidos; y por aquí entendió que luego el Esposo quería que probase por experiencia los trabajos y dolores a los cuales El por aquella visión la convidaba.

Y no sólo por la figura de la Cruz, como arriba declaramos, sino también por figura de cáliz (que significa lo mismo), la exhortaba a padecer. Y así un día de nuestro glorioso Padre Santo Domingo, estando en el coro alto, después de dichos los maitines muy solemnes, y estando ella arrimada a un altar de nuestro Padre, que está en el mismo coro, tuvo un grande rapto, conforme a la dignidad de aquel día; porque en las mayores fiestas comúnmente goza ella de alguna fiesta que el Esposo le hace. Pues, en este particular rapto, vio al Esposo en el aire con un[531] cáliz en la mano, el cual arrimó a la llaga de su sagrado pecho y lo hinchó de un preciosísimo licor, y entrególo a nuestro glorioso Padre Santo Domingo, para que lo diese a esta virgen. Con lo cual fué tan grande el ímpetu del Espíritu y el deseo de beber de este cáliz, que, juntamente con el espíritu, se levantó el cuerpo de la tierra, para tomar el cáliz / v. y beber aquel licor precioso que le ofrecían; en el cual halló tan grande suavidad que con ninguna palabra se puede explicar. Y en el nombre de cáliz entendió los trabajos a que la exhortaban, y en la suavidad del licor, que contenía la suavidad y alegría que reciben con esos trabajos los que intrañablemente aman a Dios.

530 Cant., 5, 1.
531 una, ms.

Otro aparecimiento hubo, después de éste. Y, para esto, es de saber que, así como este Esposo desea ser amado, así huelga con las palabras significativas de este amor. Por esto[532] preguntó a la[533] Magdalena, cuando lloraba par del sepulcro: *mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?* Pues sabía el Salvador lo uno y lo otro, pero hízole esta pregunta, porque así la pregunta como la respuesta enternecía mucho el corazón de esta grande amadora de Cristo. Porque preguntar por qué lloraba era traerle a la memoria las causas de su dolor. Otra semejante a ésta acaeció a esta virgen en una imaginaria visión, donde vió el Esposo acompañado con la Santa Magdalena y Santa Catalina mártir, y Santa Catalina de Sena y San[ta] Inés, la cual traía consigo un cordero y una cruz en la mano. El Esposo, pues, deleitándose con la pureza y amor de estas santas, preguntó a esta virgen cuál de ellas le amaba más. A esto respondió ella: Vos, Señor, sabéis que yo Vos amo mucho; más quién Vos ama más Vos lo sabéis. Entonces le entregó el Esposo aquella cruz que San[ta] Inés traía, como si le dijera: pues que tánto me amas, abraza esa cruz, esto es, aparéjate a padecer trabajos por mi amor.

Otra vez, estando en cama, siete veces sangrada, le apareció nuestro glorioso Padre Santo Domingo con una grande cruz. Dijo entonces ella: ¿qué es eso, Padre mío?, ¿con ese ramo me acudís sobre siete veces sangrada? Este es (dijo él) el que tú deseas y el que agora quiere el Esposo que abraces, / 74 r. Más es agora de saber que en esta santa casa se tiene por estilo, cuando sangran alguna religiosa, traerle algún ramo o agua olorosa, o cosa semejante, para refrigerio de la doliente, y a ésta llaman ramo.[534] A este propósito dijo la virgen aquellas palabras, entendiendo por esta visión que la voluntad del Esposo era padecer trabajos por su amor, a lo cual la exhortaba con aquella grande cruz.

Por todos estos aparecimientos animaba el Esposo a esta su esposa a padecer trabajos y alegrarse en ellos por su amor. Y, entendiendo por estas liciones cuán-

532 estu, ms.
533 Jo., 20, 13.
534 din, ms.

to[535] agradaba al Esposo el padecer, creció tanto en ella este deseo que no se contentaba con desear poner la vida por El, sino con grande amor y fervor de espíritu decía que deseaba la hiciesen mil pedazos por El, y que, después de muerta, tornase a resucitar para padecer otra vez por El; y así otra vez y otras veces muriese y resucitase para lo mismo. *Este es el lenguaje de amor el cual no entiende sino el que ama*, como San Bernardo dice. Mas quien hubiere leído el martirio de San Clemente, obispo de Ancira, que está en la segunda parte de nuestra *Introducción del Símbolo*,[536] no extrañará este afecto[537] y deseo de nuestra virgen; pues allí leerá[538] que este santo obispo pidió a Nuestro Señor que toda la vida que viviese padeciese siempre diversos martirios por El; y así, por espacio de veinticuatro años, padeció diversos martirios, ejecutados ya por unos tiranos, ya por otros; porque, cuando uno quedaba vencido, remetíanlo a otro, que con otros nuevos tormentos lo martirizase; y, de esta manera, se pasaron todos estos años susodichos.

II. [*Paciencia y fortaleza, necesarias para la perfección*]

Mas, volviendo al propósito, la causa porque el Esposo por tantas vías y aparecimientos exhortaba a la virgen al amor de los trabajos era no sólo por encender / v. su corazón deseo de derramar su sangre por El, sino también porque, como El quería que su esposa fuese perfecta, era necesario que estuviese esforzada para los trabajos que se requieren para alcanzar esta perfección, sin los cuales no se alcanza. Porque apenas se da paso en este camino[539] (a lo menos a los principios hasta hacer hábito en la virtud), que no cueste sangre y trabajos. Porque los ayunos, las oraciones continuas, las vigilias, las disciplinas, la cama dura y la áspera vestidura y otras asperezas semejantes no se hacen sin trabajo y sin vencer la naturaleza, que es amiga del descanso y enemiga de trabajo. Pues ya

535 cuantu, ms.
536 Simbulu, ms. Cf. Ed. Cuervo.
537 efeto, ms.
538 leyera, ms.
539 que, ms.

mortificar los apetitos y pasiones y proprias voluntades y los siniestros de las malas inclinaciones con que muchos nacen, cuánto trabajo y cuánta diligencia cuesta. De aquí es que Salamón en sus Proverbios, a cada paso, de propósito[540] y fuera de propósito,[541] está tirando saetas al perezoso y negligente, denunciándole la perdición que por esto[542] le ha de venir; y por otra parte está exhortando al trabajo, a la diligencia, a la paciencia y fortaleza para vencer todas[543] estas dificultades y contradicciones susodichas. Y así en un lugar dice:[544] *la mano floja y remisa acarrea consigo pobreza, mas las manos de los fuertes son las que adquieren las verdaderas riquezas.* Y en otra parte dice:[545] *la mano de los fuertes alcanzará señorío y victoria contra sus enemigos, mas las manos flojas y remisas pagarán tributos,* esto es que servirán a los apetitos de su carne y de sus propias voluntades, que son los tributos que el príncipe de este mundo pide a sus vasallos. Estas mismas sentencias repite muchas veces este gran sabio como quien entendía que el fundamento y la raíz de todo[546] nuestro aprovechamiento consiste en sacudir de nosotros todo género de pereza y negligencia, y abrazar la cruz de los trabajos, que para lo dicho / 75 r. y para alcanzar todas las virtudes se requieren; pues todas ellas están cercadas con un fuerte muro de dificultad y trabajo, el cual se ha de romper con esta fortaleza, para apoderarse el hombre de la virtud que con él se alcanza. Pues ¿qué cosa hay en todo lo que aquí se ha dicho, para que no sea necesario esfuerzo para vencer la naturaleza corrupta por el pecado? Por lo cual, declarando San Juan Clímaco qué cosa era ser monje, dijo: *monje es perpetua violencia de naturaleza y guarda solícita de los sentidos, para que no se nos entre la muerte por ellos.*

Mas aquí es mucho de notar que, cuan necesaria es esta fortaleza para la conquista de las virtudes, tan dificultosa es de alcanzar, lo cual no calló el mismo Sa-

540 propositu, ms.
541 propositu, ms.
542 este, ms.
543 tudas, ms.
544 Prov., 10, 4.
545 Prov., 12, 24.
546 tudo, ms.

lomón (que tanto nos exhorta a ella) cuando dijo:[547] *mujer fuerte ¿quién la hallará? Muy lejos y en los últimos fines de la tierra está el precio de ella.* En las cuales palabras muestra la dificultad de esta virtud, dando a entender que no se halla luego a tras mano (como dicen), sino que es necesario andar mucho camino y trabajar mucho por alcanzarla, y que el precio porque se compra es muy caro, que es la victoria de sí mismo y mortificación del amor proprio. Y por ser esta materia muy importante para la vida espiritual, no me extrañe el piadoso lector, si a lo que tengo dicho añadiere un punto.

III. [*Difícil vencimiento del amor propio. Un caso en la vida de esta virgen*]

Es pues agora de saber que, así como la virtud de la verdadera humildad es muy dificultosa, porque tiene un grande contrario, que se ha de vencer para alcanzarla, que es el apetito de la honra, y de la propria excelencia, a que los hombres son muy inclinados, así esta fortaleza es no menos dificultosa de alcanzar, porque tiene otro más poderoso contrario, que es el amor proprio con todos los afectos que de él proceden, que es la / v. más vehemente de todas nuestras pasiones y la raíz y fuente de todas[548] ellas. El cual amor proprio es enemigo de todos los trabajos y, por el contrario, amigo de todos los regalos y descansos. Porque quiere comer y beber y reír y gozar[549] y holgar y pasear y parlar y conversar doquiera que halla algún refrigerio; quiere la cama blanda, la mesa rica, la vestidura preciosa, la familia grande, la casa espaciosa y, finalmente, quiere todo aquello que a la carne agrada y huye de todo lo que le amarga. Y todos[550] estos apetitos y deseos ha de vencer el que desea alcanzar esta fortaleza que decimos; y así no pelea contra un solo enemigo, sino contra todo este ejército que trae consigo el amor proprio. Y por esto hacía oración el

547 Prov., 31, 10.
548 tudas, ms.
549 guzar, ms.
550 tudos, ms.

profeta cuando decía:[551] *Ten compasión, Señor, de mí, porque el hombre me ha pisoteado,*[552] *el día me ha hecho guerra, y atribulado; porque son muchos los que pelean contra mí.* Y por este hombre entiende el profeta el hombre viejo y terreno, donde reina el amor proprio; y por esta muchedumbre de combatientes entiende los afectos susodichos, que nacen de esta mala raíz, cuando se desordena. Por donde se entiende la dificultad que hay en alcanzar esta fortaleza, pues para ello es necesario vencer todos estos enemigos; por donde no es de maravillar que el Esposo celestial por tantos modos exhortase a esta virgen al amor de la cruz y de los trabajos que se requieren para llegar a la perfección y, juntamente con esto, la prevenía y apercebía para sufrir los dolores de las llagas que adelante trataremos.

Otro caso añadiré a los pasados, el cual, aunque lo pongo en este capítulo de la paciencia, no menos pertenece a los de la mansedumbre y de la humildad, por ser estas tres virtudes / 76 r. muy hermanas entre sí y ayudarse las unas a las otras. Porque, bien mirado, la mansedumbre y la humildad son como esmalte de la virtud de la paciencia, porque puede haber paciencia en una injuria, pero con desabrimiento y amargura de corazón, la cual curará por una parte la virtud de la humildad, haciendo que el hombre se abaje y humille, reconociéndose por merecedor de todas las injurias; y por otra parte la mansedumbre, haciendo al hombre sufrir aquella injuria con un corazón manso y quieto y fuera de toda aquella alteración interior y exterior. Y en estas dos virtudes fue esta virgen tan extremada que alguna vez se me representaba ser esta la causa por que el Esposo celestial tanto la ama, de que dan testimonio tantos aperecimientos y favores que le hace, porque, como la semejanza sea causa de amor, estas dos virtudes hacen al hombre semejante a aquel Señor, que dice:[553] *aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.*

Mas, antes que refiera este trabajo, diré de la manera que Nuestro Señor le apercibió para él, en lo

551 Ps., 55, 2-3.
552 sopeado, ms.
553 Mt., 11, 29.

cual se verá la prudencia paternal que tiene de sus siervos, probándolos con trabajos y dándoles fuerzas para sufrirlos. Porque, estando ella en oración, le apareció el Esposo con una grande cruz, esforzándola a llevarla, lo cual ella aceptó muy confiada en El. Y es de notar que, todas[554] las veces que había de tener algún trabajo, la preparaba Nuestro Señor con mostrarle una cruz; mas hubo en esto una diferencia: que este tiempo le mostraba estas cruces solas, sin las traer nadie, y agora, de algunos años a esta parte, El mismo las trae, y, algunas veces, se las envía por nuestro Padre Santo Domingo.

El caso fué que un hermano de esta virgen, queriendo ir a la jornada de Africa y llevar un hijo solo que tenía, dejó en el convento de la Anunciada dos hijas suyas muy mozas, en hábito de monjas, con intento que, llegando a edad, hiciesen profesión; y dejólas muy encomendadas a esta virgen, / v. su hermana, que mucho amaba; y ella las criaba en buenas costumbres y las amaba como a hijas, y ellas a ella como a madre. Subcedió, pues, la pérdida del Rey Don Sebastián y de su gente, y, hasta el año de 1580 en que esto aconteció, no había nueva cierta del hermano y sobrino de esta virgen. Y, porque, siendo muertos, la mayor de estas mozas quedaba heredera de un buen mayorazgo, aprovechándose pues el demonio de esta ocasión, ordenó que un caballero principal, tío de estas mozas, hermano de su madre, se persuadiese que pretendía nuestra virgen casar su sobrina, heredera de su hermano, con un pariente suyo (cosa muy lejos de su pensamiento, porque lo que deseaba era hacerlas santas). Persuadido este caballero de esto, se vino al locutorio del convento y, mandando recaudo a esta virgen, vino ella segura e inocente de lo que subcedió. Mas este caballero, como venía colérico, le dijo palabras muy ásperas y afrentosas, porque, entre otras, le dijo que era una desvergonzada que quería entregar su sobrina y la casa de su padre a un tal y cual; y que él publicaría sus maldades, para que fuese conocida por ellas; y que no merecía tratar con ella de lo que determinaba hacer. Y, mandado que le llamasen la

554 tudas, ms.

madre priora del convento, y en su presencia y de tres monjas, le dijo las mismas injurias y otras muy feas palabras; y por escarnio le dijo: "esta es la Santa Catalina de Sena que a mí me dicían, de quien pensábamos que por sus merecimientos nos había Dios de librar de tantos trabajos. Bien sé yo quién vos sois, yo diré al mundo lo que tiene en vos".

A todo esto respondió la virgen: "yo no soy Santa Catalina de Sena, mas por [su]f[r]ir semejantes cosas a ésta vino ella a ser santa. Todo esto que me dice yo lo merezco; mas, porque son cosas indignas que se digan en presencia de una tal perlada y de un tan grave convento, me voy". Mas, sin embargo, de eso, aquel caballero mostró a la priora provisiones y obidiencias que traía para sacar del monasterio las dos mozas, que aun no eran novicias. Entonces nuestra virgen se fue al coro, delante del Santísimo Sacramento, como a lugar de su refugio, a pasar / 77 r. allí su trabajo; y las mozas fueron sacadas del convento con grande fuerza, aunque a la mayor no se hizo mucha violencia; mas la menor, no pudiendo sufrir esta fuerza, huyó para el coro y se escondió detrás de una imagen de Nuestra Señora, y de ahí fue sacada por fuerza. Mas, viendo ella a su tía en el coro, se abrazó muy recia con ella diciendo: "mi señora y mi tía, ¿cómo podré yo vivir sin vos?" Mas nada de esto le aprovechó para dejar de ser arrancada de los brazos de la amada tía, la cual estaba toda[555] bañada en lágrimas. Pero conformóse en todo[556] con la voluntad de su Esposo, el cual la consoló en esta aflicción, como hizo en otras; porque, de ahí a pocos días, se supo la verdad de su inocencia. Y no es de callar que la niña que se acogió a Nuestra Señora la volvió a recoger, para que, pasadas las alteraciones susodichas, vino a tomar[557] el hábito al mesmo convento. Y su tía, siendo priora, la recibió y le dio la profesión con mucha solemnidad y alegría común de todos.[558] De esta manera suele Nuestro Señor responder por los que callan y defender a los que en El ponen su

555 tuda, ms.
556 tudo, ms.
557 tumar, ms.
558 tudos, ms.

confianza como lo hizo en la Magdalena, que, siendo una vez condenada en el corazón del fariseo, y otra vez por los discípulos que sentían la pérdida del ungüento que derramó sobre la cabeza del Salvador, El tomó la voz por ella y ambas veces la defendió.[559] Y, como sabía esto Moisén, animaba[560] a su pueblo, diciéndole que callasen ellos, porque el Señor había de pelear por ellos.

[IV. *Otra prueba*]

Otra prueba de la paciencia y humildad de esta virgen añadiré a la pasada; y esta fue que, yendo nuestro Padre Provincial al monesterio de esta virgen, un hombre bien tratado y bien hablado y persona grave (mas él debía de ser el demonio en aquella figura, según lo que dijo el P. Provincial), haciendo grandes salvas que le quería descubrir una cosa de grande importancia, le afirmó que esta virgen tenía hecho un tan grave delito que decirse ni aun imaginarse podía sin gran vergüenza. / v. El Provincial, espantado y escandalizado de oír cosa tan ajena de toda[561] verdad, como prudente que era, no hizo caso de ello; antes pensó que tan grande atrevimiento y desvergüenza no podía ser sino artificio del demonio para perturbar esta virgen. La cual supo todo esto por su confesor, a quien el Provincial lo dijo: y, oyendo de sí una tan infame falsedad, con grande sentimiento y lágrimas se humilló y dijo: "muy peores cosas haría yo, si Dios no tuviese de su mano, El sabe mi inocencia, y El me librará como quien es, si fuere servido, y si no, hágase su voluntad". No faltó el Esposo a esta confianza y humildad; porque, estando la virgen en oración, ofreciendo su aflicción al Esposo, El la consoló abundantísimamente, porque le mostró una grande escalera que tenía una punta en tierra y otra en el cielo, que le parecía estar abierto; y veía al Esposo con una admirable claridad y una muy hermosa y resplandeciente corona en las manos, y por la escalera le parecía que subían personas; y

559 Cf. Lc., 7, 39 y 47; Jo., 12, 7.
560 Cf. Ex., 14, 14.
561 tuda, ms.

decíale el Esposo: "por esta escalera suben los atribulados". Y, mostrándole aquella corona, le decía: "María, ¿quieres esta corona ahí en la tierra, o en el cielo?" Respondía ella: "mi Señor, para allá la quiero, que acá tengo una que Vos me distes, con que estoy muy contenta". Acabado esto, quedó ella muy consolada y animada para mayores trabajos.

[V. *Sequedades y desamparos*]

Una de las mayores fatigas y mayor prueba que hay en la vida espiritual son las sequedades y desamparos sensibles de Nuestro Señor, que suelen acaecer, y, en algunas personas aprovechadas, vienen a ser tan grandes que les hacen caer en cama y adolecer gravemente. Porque como las tales han despreciado por amor de Dios todos los gustos y regalos del mundo, por los que hallan en Dios, cuando éstos les faltan, vense en gran desamparo y tristeza, sin los unos y sin los otros. La cual tristeza procura acrecentar el enemigo para derribar el vigor del corazón y hacerlo desmayar, haciéndoles creer que aquel desamparo nace de algunas secretas ofensas de Dios, lo cual es para ellos un muy agudo cuchillo / 78 r. de dolor. Y de esta manera el santo Job, entre otras aflicciones y dolores exteriores, fue también interiormente aflejido, como lo muestran aquellas palabras, en que dice [562] *que le había Dios quitado la esperanza, como a un árbol arrancado de raíz, que ya no puede volver a nacer.* Por las cuales palabras no entendimos que el santo varón había perdido totalmente la confianza, sino las tentaciones que padecía acerca de ella. Porque, en otra parte, esforzado con Dios, dice:[563] *aunque me mate, no dejaré de confiar en El.* Para ejemplo de esto y consuelo de los siervos de Dios, que en tales trances y aprietos se vieren, servirá grandemente el ejemplo que aquí contaremos, por el cual entenderán ser ésta una de las más finas pruebas de la verdadera virtud, con la cual suele Nuestro Señor ejercitar y purgar a sus siervos y fundarlos en la virtud de la humildad.

562 Cf. Job., 19, 10.
563 Job., 13, 15.

El caso fue que, estando ella en tranquilidad y con muchos regalos de su Esposo, a deshora y sin pensarlo, le sobrevino una tempestad y tribulación de grande descrédito y afrenta suya. Y (lo [564] que más la lastimó) que fue nacida de personas de quien menos la esperaba y menos la merecía, y fue tan grande que no se acordaba ella de tenerla tal en su vida, así en lo exterior como en lo enterior. Porque en el cuerpo, de la punta del pie hasta la cabeza, no había parte que no padeciese su dolor; y en lo enterior fue tan grande la sequedad y desamparo que ni un momento tenía de consolación y sosiego. Entendía su mal y no podía valerse; veía el remedio y no se aprovechaba de él; los ojos eran fuentes de lágrimas; el corazón parece que reventaba; el comer y el dormir, cuasi nada; su único remedio y consolación (que es el Santísimo Sacramento) no le daba el alivio acostumbrado; y así andaba consumida y desfigurada. Estando en este aprieto, acertó [565] de hablar con una persona su amiga, de quien algunas veces se fiaba, la cual, viendo tan grande mudanza y una tan extraordinaria tristeza, que en ella era cosa muy nueva, preguntóle / v. la causa de esta novedad; y, aunque se excusaba, insistió tanto que reventó [566] la virgen con un arroyo de lágrimas y contó [567] por extenso la causa de su tribulación, que es la que arriba está segnificada. Oyendo esto aquella persona con mucha compasión, maravillávase cómo un Dios tan amoroso trataba así una alma tan pura, tan su amiga y tan inocente; porque sin dubda, en aquella aflicción que padecía, ni sombra de culpa había de su parte. Y, aunque vio que en solo Dios estaba el remedio, todavía [568] le dijo: "señora, un corazón tan grande, en quien Dios siempre mora, y El es su fortaleza y su alegría, ¿cómo está tan flaco y triste en esta batalla?" Respondió ella: "si yo no supiese que Nuestro Señor era el que esto hacía, ya fuera muerta. Y no os maravilléis de verme cual estoy, que más fuerte y más santo que yo era San Pablo y no

564 la, ms.
565 acertu, ms.
566 arrebento, ms.
567 contu, ms.
568 tudavia, ms.

dejó de sentir mucho sus tentaciones y pedir a Dios tres veces lo librase de ellas. Y, aunque yo no merezco oír como él: *sufficit gratia mea,*[569] no por eso desconfiaré de su misericordia. No soy insensible; si no sintiese los tormentos, poco me aprovecharía. Sé que lo que me conviene es padecer, sé que el Esposo quiere que me parezca con El, y sé que cuesta mucho querer parecerse con El, y también sé que todo[570] lo que padezco no llega a una mínima de lo que El por mí padeció; y por eso vengan más y más trabajos, que para todos[571] estoy aparejada; ayudadme a pedir al Esposo que no me desampare y cargue la mano cuanto fuese servido".

Antes de esto le había el Esposo aparecido algunas veces con cruces; y una de ellas fué con una cruz muy grande y muy pesada; y, preguntándola si podía llevarla a cuestas, respondió: "sin Vos, Señor, con nada podré; mas con Vos podré con todo". Y púsole el Esposo la cruz en los hombros y fue la carga tan pesada que parece que le molía los hombros y todos los huesos y quedó por muchos días con grandes dolores en todo el cuerpo. Esta persona que habló con la virgen / 79 r. sabía de este aparecimiento, y preguntóle[572] si era ésta aquella cruz pesada que le molió los huesos. Respondió: "o ella es, o puerta para ella".

Aquí, pues, verán los amadores de la perfección a qué extremo llega Nuestro Señor algunas veces con sus fieles amigos, donde hallarán vereficado lo que aquella devota madre de Samuel dijo en su cántico:[573] *el Señor da vida y mortefica, abate hasta los infiernos y saca de ellos.* Porque aquel desamparo de Nuestro Señor es para ellos, en su manera, semejante a la del infierno, lo cual también significó el profeta cuando dijo: *sálvame, Señor, porque han entrado las aguas*[574] *de las tribulaciones en mis entrañas y véome atollado*[575] *en lo profundo*[576] *del cieno y no hallo sobre*

569 2 Cor., 12, 9.
570 tudo, ms.
571 tudos, ms.
572 preguntolo, ms.
573 1 Reg., 2, 6; Deut., 32, 39.
574 agoas, ms.
575 atullado, ms.
576 proprofundo, ms.

qué hacer pie, ni sobre qué estribar, porque no veo cosa que me consuele. Y no estaba muy lejos de esto con toda su santidad, el apóstol cuando escribiendo a los de Corinto [577] dice así: *quiero daros noticia, hermanos, de la gran tribulación que se levantó contra nosotros en Asia; porque sobre manera fuimos aflejidos y sobre todas* [578] *nuestras fuerzas, en tanto grado, que teníamos por pesada la vida.* Esto servirá para que, con estos ejemplos y probaciones, se esfuercen los amadores de Dios, cuando en esto se vieren, reconociendo que estas angustias son víspera de grandes favores. Porque no ahonda aquel sabio artífice tanto los fundamentos de la humildad con esos desamparos sino porque quiere levantar muy alto el edificio espiritual y por esto nunca está este Señor más cerca del hombre [579] que cuando a él parece que está más apartado, como lo muestran los desamparos del grande Antonio y de Santa Catalina de Sena y de otros santos.

Mas no se contentó Nuestro Señor con ejercitar esta virgen en estos trabajos interiores, sino en muchos / v. exteriores; para los cuales se le ofrecieron tantas ocasiones que sería largo proceso tratar de todas [580] ellas. Y para una de ellas dió ocasión una alteración que en esta ciudad de Lisboa se ofreció, con la cual procuró el domonio, enemigo capital de esta virgen, desacreditarla con muchas falsedades que levantó contra ella, las cuales llegaron a oídos de gente muy noble y aun de los príncipes; de que pudieron resultar grandes trabajos, si Nuestro Señor no acudiera por la inocencia de su sierva. Y, como ella naturalmente tiene el corazón muy tierno, lastimábanla mucho estas cosas; mas llevábalas con una extraña paciencia y conformidad con la voluntad de su divino Esposo. Y, cuando le contaba algunas de estas cosas, decía al [581] Esposo: "ya os entiendo, Señor; queréis que padezca, y yo también lo quiero". Y así mismo decía había mucho tiempo que pocas veces se pasa un día en que no tuviese algo que [582] padecer.

577 2 Cor., 2, 8.
578 tudas, ms.
579 porque, ms.
580 tudas, ms.
581 el, ms.
582 de *add.*, ms.

Y, porque nadie se maraville de haberse ofrecido a esta virgen tantas ocasiones de trabajo, estando recogida y quieta en su monasterio, advertiré aquí que, como el padecer por Dios sea de tan grande merecimiento, El mismo, de donde menos se piensa, levanta ocasiones a sus siervos, que le den materia de padecer, porque ni quiere que su gracia esté ociosa ni que le falte ocasión para una obra de tan grande merecimiento como ésta. Porque no sin causa dijo [583] el profeta: *muchas son las tribulaciones de los justos, mas de todas*[584] *ellas los librará el Señor.* Ni fueron menos frecuentes las tribulaciones del apóstol, pues él dice [585] en una carta suya, que *cada día moría por el provecho de sus hermanos.*

Mas Nuestro Señor, que siempre después de la tempestad envía bonanza, pasados veinte días después de la tormenta, estando ella un día de mañana en oración recostada sobre su cruz, le apareció el Esposo muy hermoso y resplandiciente diciéndole: "María, / 80 r. ¿dónde está agora el amor de la cruz?, ¿quién la llamará agora mi esposa?" Respondió ella: "yo, mi Señor, y probaros lo he". "Yo, dijo El, holgaré de os oír." Dijo entonces ella: "¿quién jamás, Señor mío, amó la cruz más que Vos? Y ¿quién más suspiró por ella? Y con todo eso, ¿Vos no dejisteis [586] *tanseat a me calix iste*?" Y respondió el Esposo: "muy bien dejistes y probastes el amor de la esposa, y así os prometo de haceros muchas mercedes por ella". Dicho esto, El se fue y ella quedó muy consolada y aquí fenecieron las tristezas pasadas.

[VI. *Mérito y excelencia*]

Y no me puedo contener, aunque me extienda más de lo justo, sin decir algo de la excelencia y mérito de esta virtud, ya que traté de la necesidad que tenemos de ella para lo susodicho, porque esto servirá de estímulo para que nos esforcemos a abrazar la dificultad de lo uno con el fruto y mérito de lo otro. Y para

583 Ps., 33, 20.
584 tudas, ms.
585 1 Cor., 15, 31.
586 Mt., 26, 39.

esto no alegaré lo que las Escripturas y los santos dicen del mérito de la paciencia y fortaleza, sino lo que tengo ya visto por experiencia y *meo argumento,* de cuánto merecen y agradan estas virtudes a Nuestro Señor. Porque he visto personas de grande santidad y pureza de vida, las cuales quiso Nuestro Señor ejercitar y probar con grandísimos trabajos de mil maneras que se ofrecen en esta vida, y señaladamente en grandes y prolijas enfermedades, acompañadas con pobrezas y con otros[587] muy penosos[588] accidentes, lo cual no consentirá Aquél que *los guarda como a la lumbre de los ojos* (según El dice[589]), si no fuese por el grande mérito que en esto hay. Conocí yo, entre otras personas, una gran sierva de Dios, la cual había siete años que estaba en cama y con grandes dolores en todos los miembros, los cuales padecía con grandísima alegría y contentamiento y con tanta conformidad con la voluntad / v. de Dios que no consentía que le hablasen cosa de salud, sino en sola esta conformidad con la divina voluntad. Otras conocí con otras maneras de trabajos que no se pueden aquí referir. De donde infiero que, pues aquel Señor, que es más que padre de los justos y que *tiene* (como El dice[590]) *contados todos sus cabellos,* consiente en ellos que padezcan tan grandes dolores, que debe ser grandísimo el mérito de ellos. Séneca dice que, pues Catón (que él tenía por hombre muy virtuoso) padeció trabajos, que debían los hombres tener por buena suerte padecer lo que tal hombre padeció. Pues con cuánta mayor razón se puede decir esto de los trabajos que padecen aquellos cuyas vidas son trazadas y ordenadas por la voluntad de Dios.

También traigo, para argumento de lo dicho, los grandes dolores que nuestra virgen siempre padece en las llagas que tiene, mayormente los tres días de la semana, los cuales (dice ella) que siente tanto como si le hincasen un clavo ardiendo por las llagas que tiene; y a veces crecen tanto que le parece, si durasen mucho, que no sería posible vivir, y así su vida es un prolijo y continuo martirio.

587 otras, ms.
588 penosas, ms.
589 Cf. Deut., 32, 10.
590 Cf. Mt., 10, 30; Lc., 12, 7.

Y, como dije que me espantaba de los grandes trabajos de los siervos de Dios, así digo ahora que mucho más me espantan las grandes consolaciones que Nuestro Señor les dá también con ellos. Porque condición suya es *dar las consolaciones conforme a los dolores,* según dice[591] David; y por esto quien pudiese entender la grandeza de los dolores que esta nuestra Virgen padece no dubdaría de las grandes consolaciones y favores con que el Esposo en medio de tantos dolores la sustenta y consuela. / 81 r. Pero, sobre todas[592] estas experiencias y argumentos, la cosa que más declara la grandeza del mérito de los trabajos es haber ordenado el Hijo de Dios con especial providencia que su inocentísima y santísima Madre se hallase presente al pie de la cruz, padeciendo allí los mayores dolores que (después de los del Hijo) jamás se padecieron. En lo cual tiene bien el piadoso lector en que pensar, para entender por este argumento lo que hasta aquí habemos dicho.

591 Cf. Ps., 93, 19.
592 tudas, ms.

Libro Tercero

EN EL CUAL SE TRATA DE LOS FAVORES Y PREVILEGIOS SINGULARES QUE NUESTRO SEÑOR COMUNICÓ A ESTA VIRGEN, Y DE ALGUNAS VISIONES Y APARECIMIENTOS QUE EN ALGUNAS FIESTAS PRINCIPALES [593] TUVO

Capítulo I

Cómo Nuestro Señor señaló a esta su esposa con las insignias de su sagrada Pasión

Hasta aquí, habemos tratado algo de las virtudes y ejercicios espirituales de esta virgen. Y digo algo, porque, como la mayor parte de esta historia haya sido escripta por mano de ella (siendo para esto compelida y obligada por la obediencia de sus perlados, como arriba declaramos), no quiso ella escribir nada de sus virtudes, sino de los favores y mercedes que de Nuestro Señor había recibido como persona que trataba de esclarecer la gloria de El y de encubrir la suya. Mas ya es tiempo de tratar algo de estos favores, que ella mereció alcanzar por el ejercicio de estas virtudes, las cuales entendemos que no serían pequeñas, pues los favores fueron tan grandes. / v. Mas aquí es necesario tener fe y creer cosas que exceden la facultad de nuestra razón; pues bastan para esto los milagros auténticos de esta virgen, que al principio referimos. Pues es justo que las obras que sobrepujan la virtud de la naturaleza, hagan fe de las que sobrepujan

593 prinpales, ms.

la captada [594] de la naturaleza. [El gran] fruto, que de esta fe se seguirá, será un maravilloso conocimiento de la inmensa bondad y caridad de Nuestro Señor para con sus criaturas y el amor inestimable que tiene a las ánimas puras y limpias. Y el que careciere de esta fe carecerá de este fruto, y quedará por hombre que siente baja y estrechamente de la bondad y caridad de Dios, y de la virtud y santidad de sus fieles siervos. En lo cual es mucho de notar la condición del corazón humano, el cual, a veces, se levanta tanto que todo [595] el mundo le parece poco para lo que él piensa que merece. Y por otra parte, él mismo se apoca tanto que, si le cuentan algún grande favor que Nuestro Señor hace a los hombres, parécele que no es posible que tan grande majestad así se humane y abaje a tratar tan familiarmente con ellos.

[I. *Por qué sigue ahora la impresión de las llagas*]

Mas, primero que entre esta materia, quiero declarar la orden que en toda [596] esta historia quise seguir. Y ésta ha sido precediendo de las cosas menores a las mayores, en cuanto fue posible. Y digo esto, porque, declarando algunas virtudes de esta virgen, pareció necesario añadir aquí algo de las cosas mayores que pertenecían a otro lugar más alto. Esta misma orden vemos en la vida de esta virgen, la cual, procediendo cada día de virtud en virtud, de humildes principios llegó a muy altos fines. / 82 r. Entre estas cosas que llamo mayores está la impresión de las llagas de Nuestro Señor. Y, según esta orden, de éstas se había de tratar en el fin de esta escriptura. Mas con todo [597] eso, quise yo tratar primero de ellas, por ser cosas más probadas y testificadas por autoridad del santo Oficio con toda [598] la solemnidad de derecho que para esto se requiere, como cosas de que se había de enviar relación a Nuestro santísimo Padre Gregorio XIII, por parte del serenísimo Príncipe Alberto, Cardenal y le-

594 responde al latino "captum".
595 tudo, ms.
596 tuda, ms.
597 tudo, ms.
598 tuda, ms.

gado a latere de Su Santidad. Y, demás de ser este testimonio tan abonado, otro hay más cierto, que son los ojos de tantos testigos que han visto las llagas de las manos de esta virgen con los clavos en medio de ellas, no sin grande admiración y devoción de sus ánimas; mas las de los pies y costado han visto algunas de sus religiosas. Y porque no faltase testimonio de hombre en cosa tan grave, el padre provincial de esta provincia y el padre confesor de nuestro Príncipe Cardenal, que también lo es de la misma virgen, para testimonio de la verdad vieron, con toda la honestidad y decencia que para esto se requería, la llaga de un costado y la de un pie, cubierto todo [599] con un lienzo, y descubierto sólo el lugar de la llaga, que es semejante a la de las manos con el clavo que le atraviesa por medio. Estos dos testimonios son tan abonados y ciertos, que bastan para vencer toda [600] la incredulidad humana.

Creído, pues, esto con la firmeza que tal probanza requiere, fácil cosa será creer todos [601] los otros favores que el Esposo hizo a esta virgen, después que la tuvo hermoseada con estas gloriosas insignias y vestida con la púrpura de su preciosa sangre. Y aunque algunas de estas señales de las llagas se le concedieron / v. en diversos tiempos (según que ella iba aprovechando cada día más en las virtudes), pero todas [602] las referiremos en este capítulo juntas, señalando los tiempos en que fueron concedidas. Y contaremos primero todo [603] lo que pertenece a esta historia simplemente con las mismas palabras que esta virgen las escribió y después pediremos lumbre al obrador de estas gracias, para saber filosofar sobre ellas, porque no seamos del número de aquellos a quien dijo Moisén,[604] que, habiendo visto tantas maravillas como Dios había obrado por ellos sacando de la tierra de Egipto [605] y guiándolos cuarenta años por el desierto con tantos milagros y providencias,[606] nunca tuvieron ojos,

599 tudo, ms.
600 tuda, ms.
601 tudos, ms.
602 tudas, ms.
603 tudo, ms.
604 Cf. Deut., 32, 4, 19.
605 Agipto, ms.
606 provindencias, ms.

ni entendimiento para saber estimar y reverenciar al obrador de cosas tan grandes.

En este lugar conviene advertir una notable sentencia de un religioso dotor el cual dice que ningún pintor trabaja tanto por hacer un retrato conforme a la persona que retrata, cuanto el Espíritu Santo procura hacer las ánimas de los fieles semejantes en su manera a Cristo crucificado. El cual, en todos los pasos de su vida santísima, y mucho más en la cruz, es un perfetísimo retrato y espejo de toda [607] santidad y virtud. Pues esto parece haber pretendido el Esposo celestial en esta virgen que El tomó [608] por esposa, no sólo adornándola con las señales de sus preciosas llagas, sino también con los dolores continuos [609] de ellas y con su corona de espinas y otras insignias, como luego veremos.

[II. *La corona de espinas*]

Entre éstas, la primera fue la corona de espinas (de la cual se hace mención en la relación que se envio a Su Santidad), que fue el año de 1575, siendo ella de edad de veinticinco años, en lo cual se vé cuán temprano comenzó el Esposo a hermosear la esposa con esta guirnalda y corona real. Pasó pues el caso [610] de esta manera. Un miércoles del Octavario de los Santos, habiendo esta virgen padecido muchos / 83 r. trabajos, ansí interiores como exteriores, y teniendo grande sentimiento de la ausencia del Esposo, y deseando padecer muchos mayores trabajos por su amor, suplicábale todo [611] corazón que le cumpliese este deseo, porque no quería en esta vida gustos, sino tormentos. Estando en éste, le apareció el Esposo con grande resplandor y hermosura, el cual traía en la cabeza una corona de espinas y venía todo [612] bañado en sangre. Y viéndolo de esta manera cayó en tierra diciendo: "¡ah, Señor Jesús!, a mí esos dolores y espinas que merezco por mis pecados." Entonces El quitó la corona de su cabeza y

607 tuda, ms.
608 tumo, ms.
609 continuas, ms.
610 cacaso, ms.
611 tudo, ms.
612 tudo, ms.

púsola en la de ella, apretándola con sus manos, con lo cual ella sintió gran dolor y salió de ahí mucha sangre, quedándole las señales de las espinas en la cabeza, las cuales han visto algunas religiosas de quien ella se fía, cuando, según su costumbre, la trasquilan. Y la cofia que entonces tenía en la cabeza salió manchada con la sangre que de los agujeros de las espinas manó. Esta cofia vino a las manos de una religiosa muy devota y muy grande amiga suya, la cual tuvo mucho tiempo guardada, y después no faltó[613] quien se la tomó y la entregó a esta virgen, la cual ella procuró lavar, por quitar las pintas de la sangre, y por ninguna vía se las pudo quitar; y, visto esto, porque no se descubriese el caso, ella misma, como verdadera humildad, la quemó.

Mas aquí es de notar que, como las honras de Nuestro Señor en esta vida no carezcan de dolores, porque no carezcan de merecimientos, dende aquel día hasta el presente año, siente esta virgen todos[614] los viernes grandes dolores en la cabeza, los cuales comienzan el jueves a las avemarías y duran toda[615] la noche y otro día hasta las mismas horas. Y preguntándole yo, si podía con estos dolores dormir y comer, respondió que muy mal hacía lo uno y lo otro En lo cual todo parece que no quiso el Esposo que pasase la esposa todo este tiempo sin dolores, para que con ellos se habilitase a padecer otros mayores que fuesen materia de otros mayores favores / v.

[III. *El costado. Preparación y anuncios divinos*]

Por donde, pasados tres años después de esta gracia, creciendo ella cada día más en el amor del Esposo en toda[616] virtud, le hizo otro mayor favor, el cual se refiere junto con el pasado y con el que se sigue en la relación susodicha. Y fue así que un miércoles de la Semana Santa, estando ella en el coro bajo y habiendo recibido el santo Sacramento por una manera maravillosa que adelante se dirá, acabando de

613 faltu, ms.
614 tudos, ms.
615 tuda, ms.
616 tuda, ms.

comulgar, subió al coro alto a asistir al oficio de la misa; y, acabado éste, las religiosas se fueron a comer y ella se quedó en el coro en oración. Y estando allí tuvo un rapto, en el cual vió a Nuestro Señor en el aire, puesto en la cruz, cercado de grande resplandor, y fue tan grande su alegría viendo al Señor que tanto amaba, y tan grande el ímpitu del espíritu y deseo de llegar a El, que el cuerpo se levantó en el aire y se fue tras el mismo espíritu. Y salió del lado del Señor un rayo bermejo con grande resplandor, el cual descendió con grande fuerza y hirió el pecho de esta virgen y quedó en él una señal bermeja, que todos los viernes mana sangre. Después de esta merced acostumbra el Esposo a visitarla más veces y con más familiaridad.

Pues, con este tan gran favor, ardía ella en el amor del Esposo y desprecio de sí misma y maltratamiento de su cuerpo, haciéndose un holocausto vivo, muriendo a todas [617] las cosas del mundo y viviendo a solo Dios sin tratar de otra cosa noche y día. Creció aun más este amor con otro aparecimiento, en que el Esposo le declaró el grande amor que le tenía. Por tanto dijo El: "está firme en mi amor, porque esto principalmente quiero de tí, y sufre con mucho gusto toda [618] adversidad, por amor de mí, porque determino de hacer una cosa nueva en ti". Esta cosa nueva, que aquí el Esposo prometió a esta virgen, entendemos que es la imprisión de las llagas, la cual fue, según la cuenta del tiempo, denunciada dos años antes. / 84 r. Y, no contento el Esposo divino con esta preparación, pasados estos dos años, la privino con otra. Porque el año de 84, siendo ella ya perlada, quince días antes de la fiesta de San[to] Tomás de Aquino, que cae a siete de marzo, la avisó que el día de este santo (de que ella es muy devota) le había de hacer una grande merced, sin declararle lo que era. Entonces ella, movida con la esperanza de esta promesa, pidió especial licencia al padre provincial, que entonces era, para apercibirse con la sagrada comunión; y así comulgó nueve días continuos antes de la fiesta señalada y, juntamente con esto, gastaba las noches en pedir al Esposo le concedie-

617 tudas, ms.
618 tuda, ms.

se gracia para recebir aquella grande merced, para la cual El la había apercibido.

Pues, por esta prevención y aparecimiento del Esposo, entenderemos cuán grande haya sido esta gracia; porque para los grandes dones y favores de Dios, quiere El que procedan grandes disposiciones[619] y aparejos. Y así vemos que apercibió El a sus discípulos para la venida del Espíritu Santo,[620] prometiéndosela[621] muchas veces antes que viniese; y demás de esto quiso El que diez días antes se aparejasen[622] con oraciones continuas para ella.

[IV. *Impresión de las llagas*]

Llegado, pues, este día, a las cuatro de la mañana, estando ella en su celda en pie, puestos los brazos sobre la cruz, como lo acostumbra, esperando esta merced, vio su celda llena de claridad, y en medio de ella vio a Nuestro Señor, enclavado en una cruz, mirándola con ojos amorosos. Y salían de sus cinco llagas cinco rayos encendidos como fuego, los cuales con grande ímpetu, le hirieron el pecho con los pies y manos, estando ella con los brazos extendidos sobre su cruz; y fue el dolor que sintió tan grande, que le pareció morir.[623] Y con la fuerza del dolor miró y vio en sí las señales que le quedaron en el pecho, pies y manos; y sintiendo grande pena en el andar, pidió a Nuestro Señor le diese fuerzas para eso, ya que era servido que quedase en aquel oficio. Y comunicóle Nuestro Señor tan grande suavidad en aquellos dolores que pudo andar sin aquella grande pena que sintía. / v. Mas el día siguiente, confesándose para comulgar, estuvo hecha un río de lágrimas, lamentándose por verse así tan señalada, recelando como verdadera humilde las alabanzas y también las importunidades de visitas que de aquí se habían de seguir. Mas el padre que oía su confesión, después de muchas razones, la quietó[624] un poco, di-

619 dispusiciones, ms.
620 Cf. Act., 2, 1-4.
621 Cf. Jo., 14, 16-26; 15, 26; 16, 13; Act., 1, 8.
622 Cf. Lc., 24, 49; Act., 1, 4.
623 murir, ms.
624 quietu, ms.

ciéndole aquellas palabras que el Salvador dijo [625] a San Pedro, cuando se excusaba del lavatorio de los pies: *lo que yo hago no sabes tú agora, mas saberlo has después.* Y sin dubda esto cabe decirse en esta obra por algún fruto que en muchas personas, mayormente en monesterios de monjas, se ha seguido de la noticia de ella, porque con esto se han movido [626] al amor y servicio de un tan noble Esposo que tienen, el cual tan magníficamente sabe y puede honrar a sus esposas. Mas después de esta merced, la visita el Esposo muy a menudo y le hace otras muy especiales mercedes. Y las heridas que en estas partes tiene, dice ella que parecen ser penetrantes, porque siente dentro mayores dolores que de fuera, porque, si en ellas tocaren recio, le parece que se abrirán; y el dolor todo [627] es de dentro, y en lo de fuera tiene tan gran ardor, que no consiente tocarle nadie. Esto dijo la virgen antes que le diesen los clavos. Porque, no contento el Esposo con esta merced tan grande, el día de la Exaltación de la Cruz del año de 1584, comenzaron a nacerle clavos en medio de las manos y llagas que pasan de parte a parte, y han ido creciendo hasta agora. Y en torno [628] de estos clavos está un círculo como una rosa de color de un rubí, aunque más claro, que los hermosea. Y vese esta rosa de la banda de la palma de la mano y de la otra; de modo [629] que así como los pintores, después de haber pintado una perfecta imagen en una tabla, la adornan con una guarnición de oro o de otra cosa con que está cercada la imagen, así el Esposo celestial adornó estos clavos con estas rosas hermosísimas, como una guarnición / 85 r. que lo cerca en torno, lo cual es cosa de tan grande admiración y hermosura que pone espanto y una manera de temor reverencial a todos [630] los que los miran, aunque muchas veces los vean.

Mas en lo que toca a las llagas de los pies, se ha entendido por relación de la misma virgen una cosa digna de admiración. Y es que en estas llagas no hay más que un solo clavo de tal manera partido, que la

625 Jo., 13, 7.
626 seguido, ms.
627 tudo, ms.
628 turno, ms.
629 mudo, ms.
630 tudos, ms.

mitad con la cabeza se ve en el un pie, y en el[631] otro la otra[632] mitad[633] con la punta que sale en la planta del pie. Y por aquí se entiende que no fueron cuatro clavos (como algunos imaginan) sino tres con que Nuestro Salvador fue crucificado, porque no es de creer que El representase esto en su esposa de otra manera de como El lo pasó.

Capítulo II

DE LO QUE DEBEMOS FILOSOFAR SOBRE LA IMPRISIÓN DE ESTAS LLAGAS

[*Luz del cielo para considerarlas*]

AGORA será necesario pedir lumbre al Hacedor de estas maravillas, para filosofar sobre ellas; porque sin esta luz del cielo pasaremos por estas cosas sin saber ponderarlas y aprovecharnos de ellas, como les acaeció a los fariseos,[634] los cuales por no haber merecido esta lumbre por su malicia *pasaron*[635] *por las maravillas que el Señor obró entre ellos, sin conocerle* como lo había profitizado Esaías.[636] Y para esto conviene presuponer que es particular beneficio de Nuestro Señor saber estimar y ponderar los beneficios que nos hace, y muchos tienen lo primero y no lo segundo, a los cuales por ventura fuera mejor no haber recibido los beneficios que recibirlos y no saber estimarlos, ni conocer al dador por ellos. Lo contrario de lo cual tenían los apóstoles, como lo muestra San Pablo, cuando dice:[637] *nosotros no habemos recibido el espíritu de este mundo, sino el de Dios, por cuya virtud sabemos estimar las mercedes que nos ha hecho.* Pues este espíritu de Dios y esta lumbre nos es agora necesaria para saber filosofar en esta tan señalada obra. Y pri-

631 lo, ms.
632 aotra, ms.
633 amitad, ms.
634 fariseus, ms.
635 Cf. Mt., 13, 13-15; Jo., 12, 35-41.
636 Cf. Is., 6, 9-10.
637 1 Cor., 2, 12.

meramente se nos ofrece aquí / v. una grande admiración de la mesma bondad y caridad de Nuestro Señor para con los hombres, pues, siendo El quien es, ha querido comunicarse tan familiarmente a una tan baja criatura como es una pobre mujercita. Esto[638] es: que aquel que es *Señor de todo*[639] *lo criado*[640] *y resplandor*[641] *de la gloria del Padre, a quien sirven*[642] *los ángeles y adoran las dominaciones, y alaban*[643] *las estrellas de la mañana,* ante cuyo acatamiento *tiemblan*[644] *las columnas del cielo y en cuya presencia*[645] *toda*[646] *esta tan gran máquina del mundo es como una gota del rocío de la mañana,* pues que este tan gran Señor, que es gloria y bienaventuranza de los ángeles, haya querido comunicarse tan familiarmente a una criatura suya, que la vistiese de sí mismo, comunicándole las insignias gloriosas de su pasión (que El trae estampadas en su misma carne para gloria de sus triunfos) ¿qué cosa puede ser de mayor dignación y admiración?

Cosa es ésta bastante para suspender y robar los ánimos de los hombres que tienen aquella lumbre y espíritu de Dios, que poco[647] ha dejimos. Y así le acaeció a un religioso anciano de grande virtud, autoridad y experiencia en cosas divinas y humanas, el cual, al tiempo que esta obra se devulgó, fue a visitar a esta virgen y, viendo las llagas de las manos, fue tan grande su admiración y espanto, que cayó en tierra como atónito de ver las insignias del Señor de todo[648] lo criado en una criatura humana; y él mismo dijo que, ni cinco días después de esta vista, andaba tan absorto en este pensamiento que de día y de noche otra cosa no podía pensar. El hoy día es vivo y es testigo de esta verdad.

Ni es esto mucho de maravillar, pues habemos visto que muchos hombres en letras y Teología, así de Cas-

638 estu, ms.
639 tudo, ms.
640 Est., 13, 11; Sap., 12, 16; Rom., 10, 12.
641 Hb., 1, 3.
642 Hb., 1, 7.
643 Job., 38, 7.
644 Job., 26, 11.
645 Sap., 11, 23.
646 tuda, ms.
647 poca, ms.
648 tudo, ms.

tilla como de la Andalucía, han caminado, unos sesenta y otros[649] cien leguas de ida y otras tantas de vuelta por solo ver estas preciosas señales de nuestra redención en las manos de una mujer; y, después que las vieron, quedaron tan maravillados, edificados y consolados, que dieron por bien empleado / 86 r. el trabajo del camino pasado, aunque fuera de muchas más leguas. Y no es esto[650] de espantar, porque si la reina Saba[651] vino de tan lejos tierra por oír la sabiduría de Salomón[652] ¿cuánto más se debe caminar por ver en una flaca mujer impresas por mano del mesmo Hijo de Dios las señales de las llagas con que fue redimido el mundo y vencido el demonio y abiertas las puertas del reino del cielo?

Mas para tener el sentimiento que esta obra merece, debemos todos[653] pedir a Nuestro Señor su espíritu y su luz, para que, maravillándonos de la imprisión de sus llagas en esta virgen, nos maravillemos mucho más de haberlas El querido padecer por nosotros; ni tengamos por cosa increíble haber comunicado El estas gloriosas señales a los hombres, pues no tuvo El por cosa extraña padecerlas en sí mismo por ellos.

Para entender lo demás que en esta materia podemos filosofar, habemos de presuponer que el Salvador no sólo imprimió en esta virgen las señales de sus llagas, sino también los dolores de ellas, los cuales ella padece todos[654] los días, y señaladamente en miércoles y jueves, y mucho más en los viernes, y más particularmente dende las nueve hasta la una, cuando'[655] el Señor expiró en la cruz. Mas cuán grandes sean estos dolores, al fin del libro segundo queda declarado.

[*Memoria del mayor beneficio del Señor*]

Pues lo que sobre esto se debe considerar es acordarnos que el mayor beneficio que Nuestro Señor ha

649 otras, ms.
650 estu, ms.
651 Cf. Par., 9, 1; Mt., 12, 42; Lc., 11, 31.
652 Salomón, ms.
653 tudos, ms.
654 tudos, ms.
655 Cf. Mt., 27, 46-50; Mc., 15, 33-37; Lc., 23, 44-46.

hecho y hará y puede hacer a los hombres ha sido encarnar y padecer por ellos. Antes digo que cuantos[656] beneficios tiene hecho en cielos y en tierra son como una cifra en comparación de éste, pues todos ellos no le costaron más que un solo quiero; pero éste le costó la vida con treinta y tres años de trabajos, y con todos[657] los demás dolores, enjurias que intervinieron en su pasión. Pues ¿qué tienen que ver todos[658] los otros beneficios por grandísimos que sean con éste? Porque en aquellos beneficios no hizo El cosa peregrina y contraria, sino muy conforme a la naturaleza de su bondad, que es sumamente comunicativa de sus bienes. Mas en esto todo lo que padeció fue extraño, todo ajeno de la gloria de la divinidad, aunque no de su bondad / v. De lo cual se infiere que, por razón, mucho más deben a este Redemptor los hombres que los ángeles, pues *no hizo por ellos, lo que por los hombres,* como dice[659] el apóstol. Siendo, pues, esto así, no se contentó este Señor con que sepamos por fe y testimonio de los evangelistas lo que padeció por nosotros, sino quiere que haya personas en su Iglesia que por expiriencia hayan probado la grandeza de estos dolores, y no un solo día, sino muchos días en la vida, para que ellas sientan y den noticia a otras de lo que deben a un Señor que por tal medio los redimió, porque cuanto[660] fuera mayor el conocimiento[661] experimental de sus dolores, tanto conocerán haber sido el beneficio mayor, por haber sido tan costoso.

Pero el fruto que de esta consideración quiere Nuestro Señor que saquemos es conocer lo mucho que le debemos por lo mucho que por nuestro remedio padeció; pues por este título le debemos más que los ángeles. Y pues ellos, por los bienes de gloria y gracia que les fueron dados, nunca cesan de alabarle y darle gracias eternalmente por ellos, ¿qué gracias le deben dar todos[662] los escogidos, pues, demás de estos mis-

656 cuantus, ms.
657 tudos, ms.
658 tudos, ms.
659 Cf. Hb., 2, 16.
660 cuantu, ms.
661 conocimientu, ms.
662 tudos, ms.

mos bienes que les comunicó, dio la sangre y la vida por ellos?

Y porque este beneficio escurece con la grandeza de su resplandor todos[663] los otros por grandes que sean, quiere que dejemos a tiempos de pensar en ellos y que todo[664] nuestro pensamiento, amor, y estudio se emplee en la consideración de éste, y así dice[665] por Esaías, que *nos acordemos de las obras pasadas y de los beneficios antigüos,* porque El determina hacer otras cosas nuevas, en las cuales quiere que se ocupe todo nuestro ejercicio y pensamiento, no sólo por ser más grande, sino también por ser mayor el fruto que de esta piadosa consideración se nos ha de seguir.

I. [*Honra y beneficio grande*]

Demás de esto debemos aquí considerar la grandeza de la honra y beneficio hecho a esta virgen, porque cónstanos que la mayor gloria que tiene el Hijo de Dios / 87 r. humanado es haber sido redemptor del mundo mediante las cinco llagas que recibió en la cruz. Porque, aunque cualquiera de las otras obras de su vida santísima fuesen bastante medio para redimir el mundo, pero ésta fue la que señaladamente dispuso para este fin. Por la cual triunfó de tres capitales enemigos nuestros, que son el pecado, la muerte y el príncipe de este mundo, derribando por medio de sus discípulos sus templos y altares, donde él era adorado. Y triunfó del pecado satisfaciendo[666] con el sacreficio de su muerte por todos[667] los pecados del mundo y mereciéndonos gracia para vencerlos, como lo vencieron y vencen con esta gracia todos cuantos[668] santos hay en el mundo, viviendo muchos inocentemente sin pecado, y otros haciendo verdadera penitencia de él. También, muriendo El, mató[669] nuestra muerte y dar-

663 tudos, ms.
664 tudo, ms.
665 Cf. Is., 43, 18-19.
666 Cf. Ef., 1, 7; Col., 1, 14; Tit., 2, 14; Hb., 9, 22; 1 Jo., 2, 2.
667 tudos, ms.
668 cuantus, ms.
669 Cf. 2 Tim., 1, 10.

nos ha la resurrección general, vida eterna, en que no tenga[670] ya más jurisdicción la muerte que agora reina en el mundo. Y, demás de estos enemigos, triunfó[671] del infierno, saqueándolo y librando los santos padres que dende el principio del mundo estaban aguardando por este día. Y triunfó también del cielo abriendo aquellas puertas eternales que desde el mismo tiempo estaban cerradas aun a los grandes santos.

Pues no era razón que triunfos tan gloriosos quedasen sin señales que los representasen, pues vemos que los reyes y señores y emperadores de la tierra, cuando vencen y triunfan en las batallas, hacen labrar en sus reposteros las imágines y figuras de sus triunfos. Mas nuestro verdadero Rey no quiso que en tan baja materia se estampasen las señales de sus triunfos, sino en sus sacratísimos pies y manos y costado, para gloria de estos triunfos, y para muestra de su amor, y para memorial perpetuo de este beneficio, no sólo en esta vida, sino mucho más en la venidera. Porque en la presente tenemos para esto por memorial el Santísimo Sacramento de su cuerpo y sangre / v. que para ello fue instituido *hasta que venga* a juzgar el mundo (como dice[672] el apóstol). Mas en la venidera, que no ha de haber este divino Sacramento, servirán de memorial estas preciosas señales, para que, cuando los escogidos las vean, ardan en amor de este clementísimo reparador, considerando que por aquellas preciosas llagas recibieron tan grandes beneficios. Porque por ellas fueron redimidos y perdonados y fortalecidos contra el pecado; por ellas fueron predestinados,[673] justificados y glorificados; por ellas fueron reconciliados[674] con Dios y librados[675] de la tiranía de satanás, y de esclavos del demonio,[676] hechos hijos de Dios y herederos[677] de su reino. Pues ¿qué bendiciones darán entonces a estas preciosísimas llagas que fueron para ellos puertas del cielo, ventanas de paraíso,

670 Cf. Apoc., 21, 4.
671 Hb., 2, 14-15; Col., 1, 13; 2, 15.
672 1 Cor., 11, 26.
673 Cf. Rom., 8, 30.
674 Cf. Rom., 5, 9-11; 2 Cor., 5, 18-19; Col., 1, 20-21.
675 Cf. Hb., 2, 14-15; Col., 1, 13; 2, 15.
676 Cf. Gal., 4, 6-7; 1 Jo., 5, 20; Rom., 8, 16-17, 21; 1 Jo., 3, 12.
677 Cf. Gal., 4, 7; Rom., 8, 17; Tit., 3, 7.

fuentes de amor, estímulos de todas[678] las virtudes y prendas de la vida eterna?

Pues, volviendo al propósito,[679] como ser redemptor del género humano mediante estas preciosas llagas sea la mayor gloria y honra que tiene el Hijo de Dios, en cuanto[680] hombre, haberle[681] comunicado El estas llagas a esta virgen es haberle comunicado, en su manera, la imagen y figura de la mayor gloria y honra, que El tiene; para lo cual tenemos ejemplo en el rey Asuero,[682] el cual, pretendiendo honrar a un cierto hombre, preguntó a un gran privado suyo qué podría hacer algún rey si quisiese honrar mucho a algún hombre. Entonces el criado, creyendo que ninguno otro era en el reino a quien el rey quisiese honrar sino a él, extendió en esto las velas cuanto[683] pudo y no halló otra honra mayor que mandar el rey poner en la cabeza de aquel hombre su corona real y vestirle las mismas ropas y insignias de rey. Esta pareció a aquel corazón ambicioso la mayor honra que un rey podía hacer a su vasallo. Pues ¿qué podemos decir aquí sino que esta misma manera de honra hizo el Rey del cielo a esta virgen poniéndole[684] en la cabeza su corona de espinas / 88 r. y adornando su cuerpo con las mismas insignias del suyo? Pues por aquí entenderemos la disposición[685] del ánima de esta virgen, porque por la transformación de su cuerpo entenderemos la de su espíritu, pues más cuenta tiene Nuestro Señor con lo espiritual que con lo corporal. Y, pues El transformó el cuerpo de esta virgen en la imagen del suyo, mucho más conformaría el espíritu de ella en el espíritu suyo, para que le pareciese tanto en el espíritu como le parecía en las llagas del cuerpo, puesto caso que lo uno y lo otro procedió del mesmo dador, el cual da las honras y también da los méritos y virtudes con que se alcanzan.

Procediendo más en esta filosofía vemos que fue-

678 tudas, ms.
679 propositu, ms.
680 cuantu, ms.
681 el, ms.
682 Cf. Est., 6, 6-9.
683 cuantu, ms.
684 puniendole, ms.
685 dispusicion, ms.

ron también estas llagas muestras del gran amor que el Esposo celestial tuvo a esta virgen, de lo cual es argumento haberla querido vestir y adornar con estas gloriosas insignias que El trae estampadas y impresas en el sacratísimo cuerpo, para gloria, como está dicho, de sus triunfos. Y que esto sea indicio y testimonio del especial amor que El tiene a esta su esposa, muéstranoslo [686] el ejemplo en Jonatás, hijo del rey Saul, el cual, viendo venir a David victorioso de aquel desafío que tuvo con el gigante Golías, trayendo la cabeza de él en sus manos, le tomó [687] tan grande afición que le amaba como a su propia vida; y en señal de este amor, dice la Escriptura que se desnudó de sus vestiduras hasta el talabarte y la espada y el arco, y vestió a David con ellas, de suerte que de la grandeza de este amor procedió no consentir que un tan grande amigo anduviese tan mal vestido, sino que anduviese ataviado con vestiduras de hijo de rey. Pues según esto ¿de qué otra causa procedería haber vestido el Hijo de Dios a esta virgen de sus proprias insignias, sino del grande amor que le tuvo por el cual la quiso así adornar y hermosear / v. con ellas? Y pues este rey no es amador apasionado (a quien lo feo parezca hermoso), sino muy discreto, parece que en la virgen había pureza y hermosura merecedora de este tan grande amor, y que juntamente habría en su corazón correspondencia de amor a tal amor.

Es también para mí, causa de grande admiración la edad de esta virgen, porque si ella tuviera [688] la edad de Ana, la profetisa del evangelio, la cual después de siete años de casada, hasta los ochenta y cuatro de edad nunca se apartaba del templo, sirviendo con ayunos y oraciones día y noche, cierto no me maravillara tanto que a tal edad tales méritos y tales ejercicios de tanto tiempo, se comunicara esta gracia. Mas comunicarse a una doncella de tan poca edad esto me pone mayor admiración y me hace creer que se dio gran priesa y sirvió con grande fervor de amor la que en tan poco tiempo tanta tierra ganó.

686 Cf. Prov., 2, 6-11; 2, 11-24; 13, 4; 20, 4; 22, 29; 24, 27; 30, 34; 26, 13-16.
687 tumo, ms.
688 Cf. Lc., 2, 36-37.

Ni se debe echar en olvido que en la misma edad de los treinta y tres años, en los cuales padeció el Salvador sus llagas, recibió esta virgen las suyas, de manera que aun hasta esto quiso el Esposo celestial hacer esta su esposa semejante a sí.

De lo dicho podremos sacar un documento importante para los deseosos del amor divino, para lo cual es mucho de notar la común doctrina y sentencia de teólogos, los cuales dicen que este divino amor señaladamente crece con actos y deseos de ese mismo amor, cuando son vehementes y fervorosos;[689] y tales parece que eran los de esta virgen, pues en tan poco tiempo[690] aprovechó tanto de manera que, como el que hinca un clavo en una tabla, más lo arraiga con tres o cuatro martillazos grandes que con muchos pequeños, así la vertud de la caridad más se arraiga y crece en el ánima, con estas obras diligentes / 89 r. y fervorosas que con otras muchas flojas y remisas. Y por esto tantas veces nos encomienda[691] Salomón en sus Proverbios el trabajo, fervor y diligencia en el servicio de Dios (como arriba dijimos) por el grande fruto que de este estudio y diligencia se sigue. Y conforme a esto, después de haber contado los grandes daños que se siguen de la flojedad y negligencia, concluye esta sentencia diciendo:[692] *si sacudieres de ti la pereza y negligencia, será tan copiosa la mies y abundancia de tus virtudes como una fuente de que siempre mana agua; y la esterilidad y pobreza de los bienes espirituales estará muy lejos de ti.*

II. [*Los dolores de las llagas no impiden la devoción ni el alegría de la suavidad espiritual*]

Acerca de los dolores de estas llagas, podrá alguno preguntar si la fuerza de este dolor impide la suavidad de la devoción, pues San Bernardo, entre cuatro impedimentos de ella, cuenta los dolores del cuerpo. A esto

689 fervorosas, ms.
690 aprovecho tiempo *add.*
691 Cf. Prov., 2, 6-11; 2, 11-24; 13, 4; 20, 4; 22, 29; 24, 27; 30, 34; 26, 13-16.
692 Prov., 6, 11.

responde nuestra virgen que este dolor no solamente no impide la devoción, mas antes la acrecienta, porque el dolor es de compasión, la cual nace del amor y éste enciende más la devoción.

Preguntará también si con estos dolores se compadece el alegría de la suavidad espiritual, por parecer que esta alegría no se compadece con la fuerza de estos dolores. A esto[693] me respondió la virgen diciendo que los dolores por el Esposo, no impidían el alegría de esta suavidad. Para entender esto se ha de presuponer que el amor, cuando es grande, transforma al que ama en la cosa amada, de tal modo que todos[694] los afectos y sentimientos que tiene el uno tiene el otro, como lo vemos en la madre que ama mucho a su hijo, la cual todos[695] los bienes y males de su hijo tiene por suyos propios y así se alegra con lo que él se alegra, y se entristece con lo que él se entristece. Pues según esto, como esta virgen esté en cuerpo y ánima transformada en el Esposo, en el cuerpo con las llagas y en el ánima con el amor, de aquí procede que como El se agrada tanto con los dolores y trabajos padecidos por su amor, / v. (según está dicho), que ella también se ha de alegrar con lo que El se alegra, y tomar contento con lo que El lo toma, aunque a la carne duela, porque la suavidad del amor hace suave el dolor, como lo enseña San Agustín hablando con el penitente, a quien dice: *duélete y alégrate de ese dolor por el bien que te hace.* Pues por aquí se entenderá la causa de la alegría de esta virgen: de este mismo amor nace un grandísimo deseo de agradar al Esposo, y porque se entiende que una de las cosas que más le agradan es padecer dolores y trabajos por su amor, de aquí nace un gran deseo de ellos, y así no pueden dejar de alegrarse, cuando los padecen, por cumplírseles este deseo, pues como dice el sabio,[696] *es árbol de vida el cumplimiento del deseo.* De esta manera se alegraban los apóstoles[697] después de muy bien azotados, por haber sido merecedores de padecer injurias por el Se-

693 estu, ms.
694 tudos, ms.
695 tudos, ms.
696 Prov., 13, 12.
697 Cf. Act., 5, 40-41.

ñor, que tanto amaban. Y para mayor declaración de esto usaré aquí de un ejemplo del amor sensual, porque éste a veces nos sirve para declarar la condición del amor espiritual, como se ve en el libro de los Cantares. Vino a mí una persona tentadísima de la afición de otra, para que yo le proveyese de algún remedio porque la tentación era grandísima. Yo, entre otros remedios, le aconsejé que castigase reciamente su cuerpo con disciplinas, para que con los dolores del cuerpo mitigase los ardores de la carne, como acaeció a San Benito. A esto me respondió que ya lo había hecho, y que no solamente no se le apagaba el fuego que en su pecho ardía, sino que antes se acrecentaba, acordándose por quien se disciplinada. Tanto puede el espíritu de la fornicación, el cual con *su bafo infernal inflama las brasas de nuestras pasiones,* como se escribe [698] en Job. Pues si tanto puede el amor que sopla el espíritu malo, ¿cuánto más podrá el que sopla y hace arder el Espíritu Santo, que es el mismo fuego de amor, el cual arde tanto en el pecho de esta virgen que no se puede apagar con el agua de los dolores, antes crece en ellos? / 90 r.

Capítulo III

De otros favores que hizo Nuestro Señor a esta virgen tocantes a la Sagrada Pasión

[*Los clavos*]

Mas no paran aquí los favores del Esposo, sino pasan adelante con nuevas insignias, porque el día de la Exaltación de la Cruz, de 84, quiso que le naciesen clavos, en medio de las llagas de pies y manos, hechos de la misma carne, que penetran de parte a parte, de manera que se ve la cabeza del clavo de color de hierro en la palma de la mano, y la punta en la parte contraria, lo cual no sin grande admiración vemos todos y ven sus monjas cada día.

698 Cf. Job., 41, 12.

[*Cinco gotas de sangre*]

Mas otro mayor favor y más admirable y nunca hasta hoy visto ni leído, le hizo el Esposo el día [699] de la Invención de la Cruz, y ambas cosas en el mismo año. Y ésta es que todos [700] los viernes le salen de la llaga del costado cinco gotas de sangre, puestas por orden en una perfectísima figura de cruz, y cada gota de sangre es redonda poco mayor que una lenteja; y para recogerlas pone ella encima de la llaga un lienzo, el más delgado y más usado que puede hallar, doblado con cuatro dobleces, los cuales todos [701] penetran estas cinco gotas y pasan de parte a parte, de modo que cada viernes salen cuatro paños de éstos, y agora que está ella flaca no salen más de tres, y comienzan a manar estas gotas dende las nueve del día hasta la una, cuando crecen más los dolores.

Antes que pasemos adelante, me pareció notar en esta obra cuatro cosas que confirman la fe de nuestra redención. La primera es salir sangre fresca de llaga vieja. La segunda es salir en viernes, y a la hora susodicha, que es el día de la Sagrada Pasión / v. y no en otro día. La tercera, salir cinco gotas y no más, que nos representan las cinco llagas del Redentor. La cuarta es la más admirable, que es: de una llaga larga, que tiene figura de lanzada, salir estas cinco gotas en perfectísima figura de cruz.

Sobre esto puede el cristiano lector filosofar lo que Dios le enseñare. Yo no sé filosofar, sino espantarme de cosa tan admirable, ni se me ofrece otra cosa, sino querer Nuestro Señor que de la llaga del costado saliese la sangre, que de las otras llagas (si fuera cosa decente) hubiera de salir.

[*Vestidura colorada*]

Y [702] como si todo esto fuese poco, le añadió el Esposo otra cosa admirable, que es una vestidura co-

699 el dia, ms. *add.*
700 tudos, ms.
701 tudos, ms.
702 si, ms. *add.*

lorada, en lo cual parece querer el Esposo que represente la esposa en sí aquella púrpura, de que los soldados del presidente Pilato, vestieron al Salvador por escarnio cuando le pusieron [703] la corona de espinas; y así las cinco gotas de sangre susodichas y esta vestidura me están representando haber querido el Esposo hacer esta esposa suya semejante a sí en los principales pasos de su Sagrada Pasión, para que, viéndose por todas partes cercada y adornada con estas gloriosas insignias, ande siempre absorta y transformada en El, para que por aquí entendamos todos los fieles hasta dónde se extiende la amistad y familiaridad de Nuestro Señor Dios para con sus criaturas.

Más agora declararé de la manera que esta vestidura le fue dada. Estando esta virgen en su celda por la mañana después de maitines, con grande soledad y deseo de su Esposo, tuvo esta visión: aparecióle el Esposo muy claro y hermoso y lleno de toda [704] la gracia; venían con él Santa María Magdalena y Santa Catalina de Sena, y traían en las manos un vaso de oro muy fino, el cual hinchió / 91 r. el Esposo de sangre de su divino pecho; y las santas desnudaron a esta virgen y lavaron en aquella sangre con la cual quedó tan alba como la nieve; y decíale [705] el Esposo que estaba así muy hermosa, y vestíala de una túnica de carmesí de grande resplandor y hermosura, la cual ella ve todos [706] los viernes y fiestas de Nuestro Señor y de Nuestra Señora; y, aunque los otros días no la ve, todavía [707] siente que la tiene, mas ninguna otra persona la ve si no es por particular concesión de Nuestro Señor. Lo cual ella, siendo importunada, alcanzó por oraciones que algunas personas la viesen, entre las cuales fue una el Señor arzobispo de Lisboa, don Miguel de Noroña, el cual testificó esto con juramento; y vióla también después de él el confesor de ella, el padre maestro Fray Pedro Romero; y antes de éstos la había visto Fray Antonio de la Cerda, provincial de esta provincia, y todos [708] tres dan testimonio de lo dicho.

703 Cf. Mt., 27, 28; Mc., 15, 17; Jo., 19, 2.
704 tuda, ms.
705 decianle, ms.
706 tudos, ms.
707 tudavia, ms.
708 tudos, ms.

Y cuando el Esposo le dio esta vestidura, le dijo; "mira no la ensucies". Y preguntándole yo qué enentendía, por aquella palabra, "mira no ensucies esa vestidura", respondió que lo que entendía era vivir con grande cuidado de conservar la pureza que con aquel lavatorio de la sangre del Cordero se le dió, procurando no desmandarse en alguna culpa por pequeña que fuese. Y contóme un padre confesor suyo que, estando ella hablando con él, ofreciósele que había hablado una palabra desmandada y súbitamente resolviendo sobre sí, dijo: "ay; ¿qué dije?", y luego se arrebató. Lo cual he dicho para que por aquí se entienda el cuidado que tiene de su pureza y el sentimiento que le queda si en algo se desmanda.

I. [*Recapitulación. La transformación del espíritu por la meditación de la Pasión*]

De lo que hasta aquí hemos dicho se colige de la manera que el Salvador procedió con esta virgen para adornarla con las insignias de su Sagrada Pasión, porque primero comenzando por la cabeza, la adornó con la corona de espinas / v. que con su mano le puso y con los dolores de ella; después de esto, la hirió con la llaga de su sagrado costado; mas no quiso que esta fuese sola, porque, siendo ella agradecida a este beneficio y alargando [709] El por eso la mano liberalísima de su misericordia, añadió a esta llaga las demás, ensanchando y haciendo mayor la que ya le había concedido; y después añadió los clavos de color de hierro en esas mismas llagas de pies y manos; y sobre todo esto añadió otra cosa no menos admirable, que son las cinco gotas de sangre, que manan de la llaga del costado, de la manera que dejimos. Y, como [710] si todo [711] esto fuera poco, acrecentó esta vestidura de escarlata para que, ya que le había dado la corona de espinas, le diese también la púrpura que los soldados le vestieron por escarnio.

Pues ¿qué otra cosa nos representa esta variedad de las insignias de la Sagrada Pasión, sino querer el Espo-

709 alagardo, ms.
710 si como, ms.
711 tudo, ms.

so celestial que, viéndose esta su esposa, por tantas partes cercada de estas gloriosas señales de su Sagrada Pasión, anduviese siempre absorta en ella, reconociendo la grandeza de este beneficio de nuestra redempción, en cuya comparación todos[712] los otros beneficios divinos son como sombra, según arriba dejimos? Y lo que el Esposo quiere de esta virgen, quiere también de todos [713] los fieles en su manera, pues todos ellos fueron rescatados por el mismo precio.

También entendemos por esta transformación del cuerpo de esta virgen en la imagen del cuerpo de Cristo, la transformación de su espíritu en el espíritu de Cristo, que es de mayor dignidad. Porque poco valía la transformación del cuerpo, si no se juntara con ella la del espíritu; ni había conceder el Esposo la una sin la otra; antes de la más excelente que es la interior del espíritu se siguió la exterior que vemos en el cuerpo; y, si nos pone grande admiración esta corporal, / 92 r. que vemos, mucho mayor nos la pondría la espiritual, si la viésemos; porque ¿qué espectáculo habría en el mundo más hermoso que ver un espíritu humano, semejante al espíritu divino? Tal era el espíritu del apóstol cuando decía: [714] *vivo yo, ya no yo, porque vive en mí Cristo.*

Al fin de esta materia no callaré una de las causas por la cual el Esposo celestial adornó esta su esposa con todas estas señales de su Sagrada Pasión, y esta fue haber sido ella[715] todos los días de su vida, desde su nacimiento, devotísima de este misterio, aprovechándose para esto del *Libro de la oración y meditación,* en el cual estaban repartidos los pasos principales de la Sagrada Pasión, por los días de la semana. Y con este ejercicio fue siempre creciendo tanto [716] en la devoción de este misterio, y es tan casada con él, que por esto llama a la cruz su esposa; y ella mesma trae en el seno muchas cruces chiquitas, que con grande alegría y devoción llama sus espositas, como arriba dejimos. Y por esto no es maravilla que el Esposo estampase las insignias de su Pasión en el cuerpo de esta virgen, pues ella las traía estampadas y impresas en su corazón, el cual tiene en

712 tudos, ms.
713 tudos, ms.
714 Gal., 2, 20.
715 tudos, ms.
716 tantu, ms.

esta parte tan sensible y tan tierno que muchas veces abrazando [717] la cruz queda fuera de los sentidos, así como cuando toma [718] el cáliz en las manos, según arriba dijimos. Y, si en común plática se dice alguna palabra tierna tocante a este misterio, hace lo mismo, o no consiente ir la plática adelante, porque no se lo sufre el corazón. Y así, diciéndole [719] una vez su padre confesor que Nuestro Señor regaba la planta de las virtudes en las ánimas de sus siervos con su sangre, acudió ella a gran priesa diciendo: "no más, no más que moriré", y luego quedó arrebatada. Pero lo que más declara el sentimiento intrañable que ella tiene de este misterio es que los tres días de la Semana Santa, en que la Iglesia representa los dolores de la pasión y muerte de su Esposo, viene esta virgen / v. a quedar tan traspasada de compasión de los dolores de su Esposo, que en todos ellos no puede comer bocado, como ya dejimos.

Esta doctrina es razón que mueva a los corazones de los fieles redimidos por tan grandes dolores, a tener cada día un pedazo de tiempo diputado para la consideración de este sumo beneficio, porque no es razón que se nos haga dificultoso de padecer por la ajena; y porque del fruto y mérito de este santo ejercicio y del modo con que se debe ejercitar habemos ya tratado en el *Libro de la oración* y en el *Vita Christi*, a estos lugares remito al cristiano lector que esto quisiere saber.

Capítulo IV

De la causa de la publicación de las llagas de esta virgen

[*Una gran dificultad*]

Quédanos al fin de esta materia una gran dificultad para cuya inteligencia será necesario pedir lumbre al que es Padre [720] de las lumbres. Y para esto conviene presuponer que ha tenido y tiene hoy día Nuestro

717 abrasando, ms.
718 tuma, ms.
719 dieciendole, ms.
720 Jac., 1, 17.

Señor en su iglesia algunas personas de excelente santidad y pureza, a las cuales ha dado a sentir en sus pies y manos parte de los dolores que El padeció en las suyas, sin haber señales de fuera; y esto para darles a conocer la inmensidad de su bondad y caridad para con los hombres, y encenderlas más en el amor de quien por tan caro precio las compró; y en esta cuenta entra Santa Catalina de Sena, a la cual por espacio de una semana dio Nuestro Señor a sentir estos dolores con tanta fuerza que ni ella, ni sus discípulos creyeron que le fuese posible vivir. Y con todo esto no le dio exteriormente las señales de estas llagas, por haber pedido ella esto con grande instancia. Pues, siendo esto así, hay razón para preguntar por qué causa el Esposo celestial, que a veces da parte de estos dolores sin señales exteriores quiso señalar esta virgen con estas insignias públicamente en las palmas y vueltas de las manos. / 93 r. Y (lo que más es) con unas rosas tan grandes en medio por ambas partes y de tan hermoso color que de muy lejos están resplandeciendo con su clavo de color de hierro en medio; y espantan y mueven los corazones de quien las ve. Porque aunque esta virgen tenía, años había, la corona de espinas y la llaga del costado, que estaban en lugares secretos, ella las encubría con tanto recaudo que sus monjas no lo sabían, aunque algunas lo barruntaban; mas de tal manera, que lo uno y lo otro estaba secreto. Mas, después que el Esposo quiso sacar este negocio a plaza, poniendo[721] las llagas en los lugares, y con los colores susodichos, claramente dio a entender que quería que estas obras y favores suyos se publicasen, porque el Santo Oficio no había de dejar de hacer sus diligencias, en cosa tan nueva y tan extraordinaria, mayormente siendo razón que nuestro Príncipe Cardenal, como legado de Su Santidad, le diese cuenta de cosa tan señalada y de que ya por todo el mundo se hablaba. Y por esto mandó que el Santo Oficio hiciese diligente examen de la vida de esta virgen y de los favores que de Nuestro Señor había recibido; y por esta causa vino a estar el negocio más público y más auténtico de lo que hasta entonces estaba.

Siendo, pues, esto ansí y constándonos que así la im-

721 puniendo, ms.

presión de las llagas como la publicación de ellas fue por consejo y voluntad de Nuestro Señor, hay razón para preguntar, qué es lo que su divina sabiduría pretendió en esta publicación. Yo por mi parte confieso que no seré tan loco ni tan atrevido que quiera yo por mí ni alcanzar ni aun escudriñar los consejos de Dios, pues está escripto: *¿quién*[722] *podrá entender el sentido de Señor, o quién fue su consiliario?*

[*Renovar en este tiempo la memoria de su Pasión por los pecados*]

Con todo esto lo que se representa a mi poco saber es que quiso Nuestro Señor por este medio renovar en este tiempo la memoria de su Sagrada Pasión, y acordar a los hombres dormidos y desalmados que bajó El del cielo / v. a la tierra vestido de carne humana; y que en ella padeció los mismos dolores que jamás se han padecido, y finalmente muerte de cruz, y que todo esto padeció por desterrar los pecados del mundo y satisfacer a la divina majestad, ofendida por ellos. Y por este medio nos quiso dar a entender que el pecado es un tan grande mal, y tan ofensivo de la divina majestad, que con menor satisfacción que con la sangre del Hijo de Dios, no podía, por tela de juicio, ser descargado. Y así mismo quiso que entendiésemos ser tan grande el aborrecimiento que El tiene al pecado que consintió en la muerte de su Hijo por matar y destruir el pecado, y que a ese mismo Hijo, infinitamente amado, no perdonó[723] por haberse encargado de satisfacer por los pecados ajenos. Y así se acuerden de aquella terrible palabra del mismo Hijo que dijo:[724] *si así arde el madero verde ¿qué puede esperar el seco?*

Todo esto y mucho más callando nos pedrica el mesterio de la cruz, lo cual es cosa bastante para que el cristiano que tiene fe de este misterio escogiese antes padecer mil muertes que cometer cosa tan aborrecible a Dios, y cuyo remedio tan caro costó al mismo Hijo de Dios.

722 Rom., 11, 34: Cf. Is., 40, 13.
723 Cf. Rom., 8, 32.
724 Lc., 23, 31.

Mas, con ser esto así, vemos innumerables hombres tan desacordados de este misterio, y tan zambullidos en todo género de pecados, y tan fáciles en cometerlos a cada paso y por cualquier ocasión, como si todo lo que la fe predica de este misterio fuese fábula del mundo, porque ninguna cosa menos hacen creyendo lo que creen, que si nada de esto creyesen.

Digo, pues, agora que así como el Salvador mandó [725] a los apóstoles que *cuando no fuese su doctrina recibida en algún lugar, se descalzasen los zapatos y sacudiesen sobre él el polvo que se les había pegado,* para que esto fuese argumento que por parte de Dios no les había faltado doctrina con que se pudiesen salvar, así parece haber querido este mesmo Señor, no solo imprimir, sino también publicar las llagas de esta virgen para renovar en este tiempo / 94 r. tan estragado la memoria de su Pasión, y hacer que los hombres se acordasen de lo que el Hijo de Dios padeció por desterrar del mundo una cosa tan abominable en sus purísimos ojos como son los pecados. Y de esto quiso que fuesen agora testigos y pedricadores las señales de las llagas de esta virgen, las cuales El ha querido para este fin publicar por mar y por tierra. Porque es cierto que el más recio cargo que el día de la cuenta general se ha de hacer a los hombres es de la sangre del Hijo de Dios, como El lo significó por San Juan [726] diciendo: *éste es el juicio de la condenación de los malos, porque vino la luz* [727] *al mundo* (que fue el Hijo de Dios) *y amaron más los hombres a las tinieblas de* los pecados, *que la luz de la verdad,* y para mayor condenación y desconsolación de los tales dice el Salvador [728] que en el día del juicio parecerá la cruz en medio del cielo, para que por ella declare El que por su parte hizo lo último que se podía hacer para desterrar el pecado del mundo, que fue morir en cruz, y que ellos, por su malicia, no se despusieron para aceptar el perdón y el remedio, que El con su sangre les había ganado. Este, pues, parece haber sido el fin de la impresión y publicación de las llagas de esta virgen, porque como antiguamente quiso El

725 Cf. Mt., 10, 14; Mc., 6, 11; Lc., 9, 5.
726 Cf. Jo., 3, 19.
727 cruz, ms.
728 Cf. Mat., 24, 30.

que las sibilas denunciasen entre los gentiles la venida y pasión del Salvador, para que no toviese excusa su incredulidad, así quiso El que esta virgen declarase entre los malos cristianos que este Señor era ya venido y padecido, para que no tuviese excusa su maldad.

[*Las cinco gotas de sangre en figura de cruz*]

Mas hay aquí otra cosa digna de grande consideración con que se declara más haber sido esto el intento susodicho de Nuestro Salvador. Porque de estas llagas no pueden tener noticia por vista de ojos todos los hombres, sino sólo por oídas, que es cosa que nos mueve poco; y, para suplir esto, quiso / v. la divina providencia que todos los viernes, de dos años a esta parte, que se cumplen por Santa Cruz de mayo de 1586, manasen las cinco gotas de sangre en figura de una perfectísima cruz de la llaga del costado (según arriba lo declaramos), en el cual día salen cuatro pañitos con esta figura, porque penetran las gotas cuatro dobleces de lienzo que se ponen encima de esta llaga; y éstos andan repartidos por todas las partes de la cristiandad hasta Roma y Venecia y otras ciudades más remotas, y hasta las Indias y Japón donde han sido llevados, los cuales predican y testifican lo mismo que la publicación de las llagas susodichas. Y aunque estas cinco gotas principalmente salen al mediodía, que es cerca del tiempo que Nuestro Salvador expiró en la cruz, pero también tenemos experiencia de manar [729] algunas veces en la tarde de ese mesmo día, porque dos padres de este nuestro monesterio fueron un viernes de éstos, sobre tarde, y le rogaron que pusiese encima de la llaga un paño doblado que llevaban; y, después de hablar un pedazo con ella, se lo pidieron, y, desdoblando, hallaron esta figura susodicha, en dos partes de él. Por haber penetrado las gotas de un doblez al otro. Y como yo supiese esto, fui el viernes siguiente a visitar la misma religiosa y pedíle que pusiese un pañito, que yo llevaba, sobre aquella llaga; y, a cabo de media hora que platicamos, lo sacó del seno y me lo dió, y hallé en él las mismas cinco gotas de sangre en la misma figura impresas; el cual traigo

729 mananar, ms.

siempre conmigo y estimo en grande precio, por haber sido cosa que tan claramente me pasó por las manos. Y di gracias a Nuestro Señor porque me dejó ver un tan manifiesto milagro, que es cosa que yo mucho deseaba, no por curiosidad, sino por la admiración que causa una obra sobrenatural de Dios, notoriamente siendo éste un milagro que testifica /95r. el misterio de nuestra redempción. Porque conocido milagro es de una llaga tan larga como un dedo con figura de media luna salgan cinco gotas, todas[730] de un tamaño, y en igual distancia una de otra, y con esta figura de cruz. Porque ser esto en día de viernes y no en otro, y cinco gotas y no más ni menos, y en figura de cruz, vese claramente: el día y el número y la figura de esto dan testimonio claro del misterio de la Cruz, que es el mayor de los que celebra la religión cristiana.[731] Y no tengo éste por menor milagro que el de la impresión de las llagas, porque aquél hízose de una vez y queda para toda la vida, mas éste hácese cada semana, sin haber faltado ningún viernes, tanto tiempo ha como habemos dicho. Y ora esté ella enferma, ora sana y muchas veces sangrada, nunca falta este ordinario, donde vemos a Cristo (si decir se puede) hecho pintor; porque, como ésta sea cosa sobrenatural, sólo su pincel, o a quien El lo diere, es poderoso para hacer esta maravilla, nunca hasta hoy vista en el mundo en cuanto está escripto de vidas de santos; y poco sentido tiene de las cosas de Dios quien no queda suspenso y admirado y aun atemorizado con esta maravilla.

Yo escribí en el capítulo pasado, que de esto trata, que no podía entender el propósito y causa de este misterio, y lo que la divina sabiduría aquí pretendía. Porque, si quería con esta figura impremir la memoria de este misterio en el corazón de esta virgen, bastaban las cinco llagas que tiene en su cuerpo y los dolores gravísimos que con ellas padece, los cuales bastan para que no haya olvidado donde hay dolor. Pues por esta razón me confirmo en creer que esta nueva demostración del misterio de nuestra redención no se hizo para renovar la memoria de esta virgen, sino para despertar (como dije) la de los hombres dormidos, que han echado en

730 tudas, ms.
731 cristiano, ms.

olvido cuán caro costó al Hijo de Dios / v. su remedio y cuán estrecha cuenta darán de no haber aprovechádose de él, ni aborrecido al pecado que El por este remedio quiso desterrar del mundo. Lo cual sintió tanto nuestro Redemptor, que una de las causas que dan los santos de aquella agonía y subdor de sangre que derramó[732] en la oración del huerto, fue ver cuán caro le costaba el remedio del mundo, y cómo muchos no habían de querer aprovecharse de tal medecina que no costó menos que la sangre y vida de Dios. Y de esto se queja El a su Padre por el profeta Esaías,[733] diciendo: "*yo dije: en vano he trabajado, y sin causa he gastado mis esfuerzos y por tanto a Dios hago juez de mi causa,* porque ninguna cosa dejé de hacer por mi parte que fuese necesaria para salvación de los hombres; y por tanto los que se pierden, por culpa suya se pierden, y no por falta mía". Y a este capítulo tan recio no tendrán los malos que responder el día de la cuenta, de lo cual les avisan estas gotas de sangre, que por toda la tierra van pedricando y testificando esta verdad.

Capítulo V

De los grandes favores que Nuestro Señor hizo a esta virgen, [a]cerca del Santísimo Sacramento

Declarados los favores que Nuestro Señor hizo a esta virgen con las insignias de su Sagrada Pasión, síguese quc tratemos de otros favores / 96 r. y gracias que le fueron concedidas, las cuales no podrá dejar de creer quien cree las que acabamos de decir, porque todo[734] lo demás que se dijeıe o es menos que lo pasado, o cosa que se sigue de ello, porque tales previlegios y gracias como las susodichas no podían scr solas, sino acompañadas con otras muchas que les precediesen y las mereciesen, y otras que se siguiesen y las acompañasen.

732 Cf. Mt., 26, 36-46; Mc., 14, 32-42; Lc., 22, 39-42.
733 Is., 49, 4.
734 tudo, ms.

[*Suavidad del manjar divino*]

Y primero diremos de las recibidas acerca del Santísimo Sacramento. Y para esto será necesario declarar en breve la grandeza de la suavidad que reciben con este manjar celestial las ánimas ya purgadas y limpias, como lo estaban la del Buenaventurado Padre San Francisco y Santa Catalina de Sena y otros santos, los cuales quedaban arrobados y fuera de sí, cuando comían este pan de los ángeles, por la grandeza de esta suavidad. Para la inteligencia de esto conviene presuponer que, como el hombre naturalmente sea muy amigo de todas las cosas que deleitan, la divina sabiduría, que *dispone todas las cosas sabia y suavemente,*[735] viendo cuán amigo sea el hombre de cualquier gusto y deleite, puso éste en los manjares, para que con esto se moviese a comer y de esta manera se conservase la vida, la cual faltaría si el mantenimiento faltase. Mas agora es de saber que en el hombre justo hay dos maneras de vidas, y cada una tiene su manjar proprio con que se sustenta.[736] De estas vidas, la una es corporal, que es esta que vemos, y la otra espiritual, que no vemos, la cual consiste en estar en gracia y caridad con Dios. La una de estas vidas tenemos común / v. con las bestias, y la otra es propria de ángeles, la una es humana, y la otra divina; la una es de los hijos de los hombres, la otra es de los hijos de Dios; la una vida se causa de la presencia del ánima en el cuerpo, y la otra de la presencia del Espíritu Santo en la misma ánima, según lo que dice el apóstol:[737] *la caridad para con Dios, se ha infundido en nuestros corazones, por virtud del Espíritu Santo que nos es dado.*

Siendo esto así, podrá juzgar el prudente lector cuál será el sabor y gusto que pondría el Criador en el manjar con que se sustenta la vida espiritual y divina, pues tantas diferencias de manjares suavísimos crió para sustentar la vida humana. Porque, como las obras de este Señor sean tan perfectas, necesariamente habemos de confesar que, cuanto es más excelente

735 Cf. Sap., 8, 1.
736 de seaustenta, ms.
737 Rom., 5, 5.

esta vida espiritual que aquella corporal, tanto ha de ser mayor el gusto y suavidad que puso en el manjar de esta vida, que el que puso en la otra. Y conforme a esto dice Santo Tomás [738] que nadie podrá explicar con palabras la grandeza de la suavidad de este sacramento, porque en él se gusta la dulzura espiritual en su misma fuente, que es Cristo, fuente y mar de infinita suavidad, de la cual gustan más [739] abundantemente quienes más purgado tienen el paladar de su ánima.

Siendo pues esto así, nadie debe extrañar lo que dijéremos de la hambre que esta virgen purísima tenía de este divino manjar, ni del alegría y consolación que con él recibe, ni de los favores singulares que del Esposo ha recibido con él, de los cuales refiriremos aquí algunos. / 97 r.

[*Visión en el Corpus de 1583*]

En el año de 1583, en la fiesta del Santísimo Sacramento, acabado el oficio de la misa (que este día se acaba a las nueve, porque la gente quiere irse a la procesión), habiendo esta virgen comulgado, tuvo un rapto que duró dende esta hora hasta las cinco y media de la tarde. En el cual espacio estuvo su cuerpo tan hierto y tan sin moverse, como si fuera de piedra mármol. Y en este espacio dijo ella que vio cosas que con ningunas palabras se pueden explicar aquí: vio a Nuestro Señor hermosísimo con el pecho abierto, en el cual le pareció que tenía el Santísimo Sacramento y de El venía a su ánima una incomprehensible claridad. Y aquí le fue mostrado el infinito amor, con que el Señor había instituido este Santísimo Sacramento. Y sería imposible poder explicar ella lo que en aquel sagrado pecho vio. Estaba delante de Nuestro Señor, Santo Tomás de Aquino, puesto en contemplación y atónito de ver este grande amor. En este espacio se pasaron seis horas sin ver otra cosa alguna, y dijo la virgen, así como estaba rapta, estas palabras que le oyeron : "¿si yo dijese estas cosas tan admirables,

738 S. TH., Opúsculo 57 In festo Ssmi. Corporis Christi, 1, VI.
739 mos, ms.

quién las creería? Dígalas Santo Tomás". Y de ahí a un poco dijo: "amo y creo". Como si despertara de algún sueño vió toda la corte del cielo y a Nuestra Señora con muchos santos alrededor[740] del Esposo. Díjole entonces Santa María Magdalena que esperase por las vísperas, las cuales fueron luego comenzadas por el rey David y oficiadas por Santo Tomás, todos cantaban con grande alegría, y llegando al verso que se canta después del himno que dice: *Panem de coelo praestitisti eis*, etc., dijéronle que lo había ella de decir con San[ta] Inés, virgen que allí estaba. En estas vísperas se pasó otra hora. / v. Las madres del monesterio, que presentes estaban, no sabían en este tiempo qué consejo tomasen,[741] porque por una parte recelaban mandarle por obidiencia que volviese en su acuerdo y sacarla de aquel paraíso de que su ánima tanto más gozaba, cuanto su cuerpo menos sentía, y por otra temían el peligro de su salud por ser ya muy tarde y estar ella sin desayunarse, siendo tan flaca y delicada. Mas, finalmente, venció esta parte, y la perlada le mandó por obidiencia que volviese en sí; y así volvió, no sin muchas lágrimas y dolor de verse privada de tan grande suavidad.

¡Cuántas cosas tiene aquí un devoto corazón de que maravillarse! Una maravilla es estar un cuerpo tan dilicado tantas horas sin menearse ni bullir pie ni mano; otra maravilla es el regalo que el Esposo hizo a esta su esposa mostrándole todas[742] estas maravillas; y oyendo estas tan solemnes vísperas y teniéndola suspensa por tan largo espacio en la contemplación de cosas tan grandes; y entre estas maravillas no es cosa menos suave encomendar el verso que se dice después del himno a estas vírgenes, porque tales acólitos[743] y tales versicolarios pertenecían para tales vírgenes y vísperas.

Pero la cosa más digna[744] de considerar en esta materia es la grandeza del amor con que el Salvador instituyó este Santísimo Sacramento; porque amar es querer bien y hacer bien; y cuanto[745] mayor es ese de-

740 alradedor, ms.
741 tumasen, ms.
742 tudas, ms.
743 ocolitos, ms.
744 dogna, ms.
745 cuantu, ms.

seo y beneficio tanto[746] nos descubre mayor amor. Pues, para entendimiento de esto, será necesario / 98 r. traer a la memoria todos[747] los efectos de este Sacramento que son muchos y admirables, de que en otras partes habemos tratado; mas aquí tocaremos brevemente uno solo. Para cuya inteligencia se debe presuponer que todas[748] las leyes divinas y humanas se ordenan a hacer los hombres buenos y bienaventurados. Lo uno como medio, y lo otro como fin. Mas los fines y los medios son diferentes en las leyes divinas que en las humanas; y, dejando las humanas, la summa de las divinas consiste en las dos cosas susodichas, que es hacer a los hombres buenos y bienaventurados.[749] Para lo uno y para lo otro, sirve grandemente ese divino Sacramento, ca por virtud de la gracia y refección espiritual (que por él se nos dá), ayuda en gran manera a la santificación de nuestras ánimas, esforzándolas y renovándolas todos nuestros buenos propósitos y deseos. Y, con la grandísima suavidad que en él se dá a las ánimas purgadas y limpias, les comunica aquella manera de bienaventuranza, de que en esta vida gozan los amigos de Dios, muchos de los cuales llegándose a comulgar con cuerpos dibilitados y flacos, reciben tanta alegría y suavidad con el gusto de este *pan de los ángeles*, que se levantan de esta mesa esforzados y alentados, como si no hubiesen tenido flaqueza alguna, por la grande alegría que con él recibieron, la cual en las personas más diputadas es tan grande que las priva de sus sentidos. Pues en esto se ve la grandeza del amor con que el Salvador ordenó este Sacramento, por el cual se nos hizo este tan gran beneficio en que consiste la suma de toda[750] la ley / v. divina, como está aquí declarado. Vese también la grandeza de este amor en permetir este Señor ser tratado por mano de muchos indignísimos sacerdotes (que es como ser otra vez entregado en manos de pecadores), y todo[751] esto sufre por el grande amor que tiene a las ánimas, porque no carezcan de este divino socorro.

746 tantu, ms.
747 tudos, ms.
748 tudas, ms.
749 que es, ms. *add.*
750 tuda, ms.
751 tudo, ms.

Otro favor semejante a éste le hizo Nuestro Señor el año de 78, el miércoles de la Semana Santa, de que se hace mención en la relación hecha a Su Santidad que atrás queda, y por eso no es necesario ponerse aquí.

[*Visión en la fiesta de San Agustín*]

Otra cosa memorable acaeció[752] a esta virgen el año pasado, día de San Agustín. En este día, estando ella enferma, había de ser purgada; mas no quiso por eso perder la ración cuotidiana de este pan celestial, para lo cual la víspera de este día mandó prevenir al capellán de las madres (que tenía licencia del perlado para comulgar), para que viniese muy de mañana a darle esta ración. Vino él a esta hora con un criado suyo, mas no era razón que tan alto Señor (ante cuya majestad tiemblan los poderes[753] del cielo) viniese tan pobremente acompañado. Y así, estando ella en sus sentidos, vio toda[754] la iglesia llena de ángeles con candelas encendidas en las manos, y el sacerdote venía debajo de un palio muy rico, cuyas varas traían cuatro ángeles muy hermosos, y a un lado venía el glorioso padre San Agustín vestido de una capa rica, acompañado con nuestro padre Santo[755] Domingo y Santo[756] Tomás, y al otro lado venía la sacratísima Virgen Nuestra Señora, acompañada de muchas vírgenes; lo cual todo veía esta virgen por la reja del coro[757] bajo, y de ahí se llegó a la ventanilla de la comunión y recibió el Santo Sacramento / 99 r. de mano del sacerdote. Mas quedó ella de esta visión tan tomada y tan abrasada de amor, que suplicó al Esposo le diese fuerzas para poder levantarse de aquel lugar y ir a tomar la purga. Esta visión no fue rapto porque la virgen estaba en sus sentidos, mas el que es todopoderoso[758] cría en el aire las especies y imágenes de lo que El quiere representar, lo cual ni ven los que presentes están, sino quien El quiere que lo vea.

752 cacaceio, ms.
753 padres, ms.
754 tuda, ms.
755 Santu, ms.
756 Santu, ms.
757 chosco, ms.
758 tudo, ms.

Y lo mismo que hizo este día madrugando muy de mañana para comulgar antes de tomar[759] la purga, hace todas[760] veces que se ha de purgar (que no son pocas, por sus muchas enfermedades). Y estando este mes de octubre de 85 tres veces sangrada (que para ella es mucho por ser de muy poquitas carnes; y estando tan dibilitada y flaca que temían todos[761] sus devotos el peligro de su vida), no por eso dejó de levantarse muy de mañana para gozar de esta refección espiritual antes de la purga.

Ni tampoco deja en estos días de levantarse de noche a estar sobre su cruz en oración como suele; porque, como el comer es tan poco, así lo es el dormir; y con esto se junta la fuerza del amor divino que la despierta, y por esto no quiere desistir de sus acostumbrados ejercicios.

[*Más favores divinos*]

Otra vez, siendo de noche, oyó esta virgen la campanilla que va con el Santo Sacramento cuando lo llevan a algún doliente, y oyendo esto,[762] quedó ella transpuesta por un rapto; y, preguntada por las religiosas qué había sido aquello, respondió que había ido a acompañar al Esposo que iba a casa de una mujer doliente, con el cual dijo que iba poca gente de la tierra, pero mucha del cielo. Otro día supieron las madres que era así como ella lo había dicho / v.

Después que el Esposo fue servido de honrar su esposa con las insignias de su Sagrada Pasión, danle licencia los perlados para que cada día reciba el Santísimo Sacramento. Y es tan grande la suavidad y la fuerza del amor, que con esta unión espiritual recibe (en la cual la esposa se junta con su Esposo donde se consuma este santo y divino matrimonio), que totalmente[763] pierde los sentidos y queda por grande espacio alibiada hasta que por obidiencia la vuelven a ellos; y quédale el rostro tan devoto que mueve a los que lo ven a devoción, y a veces a lágrimas. Y dándole

759 tumar, ms.
760 tudas, ms.
761 tudos, ms.
762 quedo estu, ms. *add.*
763 tutalmente, ms.

el cáliz envuelto en un lienzo, para que tome[764] el lavatorio, apriétalo tan fuertemente con las manos, que no hay fuerza que se lo pueda quitar; y los dedos están tan apretados como si fueran de palo hasta que vuelve en sí; y a veces, aun después de vuelta, le da otro ímpetu con que torna a arrebatar el cáliz y apretallo consigo. Y generalmente hablando, todas las veces que toma[765] el cáliz en la mano queda alienada; y por esto, cuando el sacerdote pide el cáliz por la ventanilla de la comunión para decir misa, no se atreve ella a darlo por esta causa, sino manda a otra monja que lo de.

Mas no paran aquí los favores que tocan[766] a este divino Sacramento. Añadiremos aquí otro. Siendo esta virgen de menos edad, un día de San Juan Evangelista, estando algunas religiosas para comulgar, le negó la perlada licencia para lo mismo; y, creyendo ella que esto se le negaba por sus pecados, estuvo aquel día derramando muchas lágrimas, parte (como decía ella) por sus pecados, y parte por la soledad y deseo que tenía del Esposo. Mas El no se pudo contener que no la consolase, porque el día siguiente, que era de los Inocentes, fuese ella al coro muy de mañana / 100 r. y, puesta delante de la reja de él en oración enfrente del altar mayor, tuvo un rapto en el cual quedó fuera de los sentidos. Y, estando así, vio que se ponía recaudo en este altar para decir misa, la cual se decía solemnemente con sus ministros; y, cuando el sacerdote acaba la misa, los ministros, que estaban en la capilla mayor, le dijeron que había de comulgar; y volviéndose el que decía la misa para darle la comunión, volvió la virgen a sus sentidos y desapareció toda aquella visión; y vio venir una forma por el aire cercada de grande resplandor y púsosele en la boca, y sintió en su ánima con ella los mismos efectos y la misma suavidad que suele recibir con la sagrada comunión. Quien conociere la fuerza que tienen las lágrimas amorosas para con las entrañas piadosas de Nuestro Dios y Señor no extrañará esta merced y favor, porque no hay armas más fuertes para vencer el cora-

764 tume, ms.
765 tuma, ms.
766 tucan, ms.

zón del que ama que las lágrimas del amado, porque las armas del hierro hieren el cuerpo, mas las lágrimas de amor hieren en el corazón, como lo vemos en las lágrimas de la Magdalena [767] que buscaba el cuerpo del Salvador en el sepulcro, por las cuales mereció, primero que los apóstoles, hallar vivo al que buscaba muerto. Por donde no es de maravillar que las lágrimas humildes y amorosas de esta virgen moviesen tanto al Esposo que le diese esta consolación, mayormente siendo verdad que, si la esposa tenía gran deseo de ir al Esposo, mayor lo tenía El de venir a ella; pues, como se escribe en los Cantares,[768] *viene saltando los montes y los collados,* tan ligero como un corzo a visitar su esposa. Queda agora por averiguar si esta forma fue tomada [769] del sagrario o consagrada / v. por la virtud y omnipotencia de Dios que todo [770] lo puede; mas yo dejo la averiguación de esto para los más sabios o más curiosos.

Esto acaeció antes de la imprisión de las llagas, porque, antes de ellas, no le daban esta licencia tan continua, con lo cual ella padecía tan gran hambre de este divino manjar que de sólo ver comulgar a otras personas quedaba alienada. Y, quejándose al Esposo de su perlado por que le estrechaba tanto esta ración, El respondió que se consolase, porque el que agora se la negaba, vendría a dársela por su mano. Y así se cumplió. Y la maldición que por esta causa ella echó al perlado que le estrechaba estas licencias fue diciendo: "plega a Dios que tal hambre padezca como yo quien así me hace padecer". Y diciéndole agora su padre confesor qué haría si no se diese la comunión sino en Goa, que está a cinco mil leguas de esta ciudad, respondió ella que sin dubda se pondría en camino para ir allá, por estar donde pudiese recibir este pan de los ángeles, lo cual cierto [771] es para grande confusión de muchos cristianos, que estando en su mano poder gozar de este sumo beneficio, y para mucha mayor confusión de muchos sacerdotes que pasan muchos días sin celebrar (pudiendo cada día amontonar riquezas y tesoros de gracia que

767 Cf. Jo., 20, 11-18; Mc., 16, 9-10.
768 Cant., 2, 8-9.
769 tumada, ms.
770 tudo, ms.
771 ciertu, ms.

consigo trae este divinísimo Sacramento, para el que con limpia conciencia lo recibe), pierden todo esto por no tomar un poco de trabajo en disponerse para lo recibir. De los unos y de los otros se entiende lo que Salomón [772] dice: *esconde el perezoso las manos en el seno, y parécele gran trabajo llegar con ellas el manjar a la boca,* y por esto anda tan flaco y tan resfriado en el amor de Dios, porque no recibe este Sacramento de amor / 101 r. Porque dos cosas señaladamente hizo Dios para ser amado de los hombres. La una es hacerse visible y vestirse de carne, para que el hombre carnal, que no se acomoda a amar a Dios en el espíritu, lo amase vestido de carne, y porque, como se suele decir, a muertos y a idos no hay amigos, de tal manera se fue, que también se quedó con nosotros en este Santísimo Sacramento aposentado en todas [773] nuestras iglesias, para que allí lo veamos y adoremos y hablemos con El, y le presentemos todas [774] nuestras necesidades, y (lo que más es) para que lo recibamos en nuestras ánimas, y nos encendamos en su amor, porque *¿quién esconderá fuego en su pecho que no arda con él?* [775]

Y por eso es de creer que arde tanto esta virgen en el amor del Esposo (como arriba declaramos), porque encierra cada día este fuego en su pecho y ansí anda abrasada y convertida en amor, de la manera que un hierro echado en el fuego se convierte en el mismo fuego; y éste es principal medio por donde todas [776] las virtudes y favores devinos se alcanzan.

Capítulo VI

De algunos raptos y aparecimientos notables que tuvo esta virgen

Un día de cuaresma tuvo esta virgen un grande rapto, el cual escribió ella forzada por obidiencia por estas palabras: "Vi una lumbre muy clara que *descendía* [777] del cielo, la cual me arrebató y levantó en el

772 Prov., 19, 24.
773 tudas, ms.
774 tudas, ms.
775 Cf. Prov., 6, 27.
776 tudas, ms.
777 dencia, ms.

alto; y así perdiendo los sentidos corporales vi cosas que no se pueden decir: vi una gloria muy grande y unas penas tan grandes con las cuales ninguna de / v. cuantas hay en esta vida se pueden comparar; vi perder los hombres bienes infinitos y ofrecerse a tormentos eternos por gustos que hoy son y mañana no; en la hermosura de esta gloria vi a Nuestro Señor con las señales de su amor y miróme con grande afición y blandura; vi también a Nuestra Señora y a Santa María Magdalena y a los apóstoles y a nuestro padre Santo Domingo y a Santo Tomás y a muchos santos y santas y a muchas personas que conocí en esta vida. Todos [778] me decían que quedase con ellos, y yo con muchas lágrimas les rogaba que fuesen mis intercesores y pidiesen a Nuestro Señor que no fuese yo más apartada de allí y decía: ¡oh dulce Señor mío, no permitáis Vos que yo me vaya de aquí! El me decía que esperase el tiempo que El tenía determinado. Los que más deseaban esto [779] eran el coro de las vírgenes, las cuales estaban con palmas en las manos y coronas de grande resplandor en las cabezas y con las señales de sus martirios, con que resplandecían como el sol. Lo que en esta ciudad más vi yo, y no puedo decir, y volví para mi "hermosa" que todo [780] esto me mostraba y díjele: ¡oh, por cuán poco se pierde tanto, y con cuán poco se puede ganar tanto! Y díjome ella: venid y veréis a la vuelta de esta ciudad el purgatorio cuyas penas no se pueden comparar. Y vi en ellas las ánimas muy contentas y muy atormentadas; y vi que conocían por clara lumbre de Dios serles aquel lugar concedido por muy grande misericordia y ser tan grande el conocimiento que por esta lumbre tienen de la grandeza de la divina majestad y del servicio y reverencia que merece que, aunque le dieran el cielo con grandísimos grados de gloria (habiendo en ellas alguna mácula de culpa), / 102 r. no lo aceptarían por no parecer con ella delante de aquellos purísimos ojos de Dios. Y así están con grande contento en estas penas, tiniéndolas por grande[s] misericordias. Todas me pedían que rogase por ellas a Nuestro Señor. Muchas gentes co-

778 tudos, ms.
779 estu, ms.
780 tudo, ms.

nocí allí, y vi grandes tormentos [781] por pequeñas culpas; y vi ser mayores las de aquellas ánimas que más recibieron y ser más castigado el pecado pequeño del que recibió de Dios mayor conocimiento de sí que el grande del que menos recibió; y vi que de cosas de que no se hace caso en esta vida, se hace mucho en la otra. Y no puedo decir más."

Agora ruego al cristiano lector, pare un poco en esta visión y pondere aquellas palabras: "¡Oh cuán grande bien y por cuán poco se pierde y cuán grande bien y por cuán poco se podía ganar." Porque estas [782] dos sentencias son tan graves y tan compendiosas, que toda [783] la vida hay que pensar y que ponderar y que llorar considerando la extrema ceguedad de los hombres que, creyendo esto que creen, viven como si no lo creyesen.

Pondere también lo que se dice de estas santas ánimas, las cuales no aceptarían el descanso de la gloria por no parecer con algún defecto ante la divina majestad. Porque con la lumbre que allí se les ha dado conocen la inmensidad de la bondad y santidad de Dios y del aborrecimiento que tiene al pecado,[784] les sería mayor tormento la vergüenza que tendrían de verse ante aquellos purísimos ojos con pecado que todas [785] las penas juntas del purgatorio.

Pasemos de aquí a otra devota visión. Andando esta virgen sirviendo a las enfermas, recogiéndose en la noche a su celda, sintiendo en su ánima grande soledad y deseos del Esposo y derramando muchas lágrimas, / v. con este deseo tuvo un rapto en el cual le apareció El con una muy clara luz, y venía con El Nuestra Señora y Nuestro padre Santo [786] Domingo y San Juan Bautista y el Evangelista y Santa María Magdalena y Santa Catalina de Sena; y en esta visión recibió grandes mercedes del Esposo y fue visitada particularmente de estos santos, los cuales le mandaron ir a servir a las dolientes, diciéndole que sirviese a cada una de ellas como a la persona de Cristo. Y dijo que

781 turmentos, ms.
782 estu, ms.
783 tuda, ms.
784 que, ms. *add.*
785 tudas, ms.
786 Santu, ms.

se vio allí tan baja y tan vil en sí misma, que se tenía por indigna de servir a aquellas esposas de Cristo por ser ella la mayor de los pecadores.

El año de 1583, en tiempo de cuaresma, habiendo esta virgen comulgado,[787] fue elevada delante de Nuestro Señor, El cual estaba asentado en un trono y con El estaba Nuestra Señora y nuestro padre Santo Domingo, y Santo Tomás y su "hermosa"; y tenía Nuestro Señor una grande cruz en el brazo derecho y dábale a nuestro padre diciéndole: ponelde esta cruz porque así es necesario para que por la una vía o por la otra le hagamos semejante a Nos, y ella abrazaba la cruz con grande alegría deseando saber lo que significaba, mas Santo Tomás le decía que ella lo sabría adelante.

Después de esto, víspera de Nuestra Señora de la Visitación, acabando de comulgar, tuvo un rapto en el cual vio a Nuestro Señor que le decía: "levántate y extiende los brazos". Y tenía El en las manos aquella cruz que le mostraba en la cuaresma; y, levantándose ella, extendió los brazos a manera de cruz diciendo estas palabras:[788] *paratum cor meum, Deus, paratum cor meum.* Y el día en que fue elegida por priora de su monesterio, estando todo el convento en el capítulo, vio esta virgen a Nuestro Padre Santo Domingo y Santo Tomás y Santa María Magdalena, / 103 r. y tenía nuestro Padre aquella cruz en las manos y estovieron en el capítulo hasta que se acabó, y, acabado, les echó él su bendición, y entonces entendió la virgen lo que significaba aquella cruz, que nuestro padre le daba, prometiéndole que El la ayudaría.

Después de esta elección, habiendo esta virgen comulgado, entrando en su celda, se comenzó a quejar al Esposo, porque la había puesto en lugar donde se viesen en público sus culpas y defectos, y con esto decía otras palabras semejantes con muchas lágrimas. Mas el Esposo le dio esta respuesta: mostróle en aquel suavísimo pecho y puerto de descanso todas[789] las religiosas sin faltar alguna, y el Esposo le decía: "quiero que a todas[790] éstas me tengas en la lumbre de los

787 comulgada, ms.
788 Ps., 107, 2.
789 tudas, ms.
790 tudas, ms.

ojos". Y desde entonces se tiene por muy indigna de servir a éstas tan amadas y tan dichosas, y, si alguna cae en algún descuido y la halla menos, no descansa hasta que conozca su culpa y la torne a ver en su lugar. De lo dicho no se espantará ni lo extrañará quien conociere la virtud y recogimiento de este monesterio, y la paz y concordia de él, y la frecuencia de los sacramentos, y la continuación de la oración con todas [791] las otras virtudes monásticas. Son todas por la mayor parte nobles, dotadas,[792] tienen en las camas sus mantas de lana, las enfermas son con mucha caridad servidas y proveídas, y entre ellas está una religiosa virtuosísima, que ha siete años que está en cama, y con graves dolores y contentísima con ellos, tiene especial don de lágrimas, y con ellas comulga con tanta devoción que la pone a las que la ven. Y por ser tan grande y tan antigua la religión y recogimiento de este monesterio, y más agora acrecentado con el ejemplo de tal perlada, no es maravilla que estén todas [793] las / v. religiosas de él recogidas [794] en el pecho de Cristo como está dicho.

Y acaeció estar una religiosa enquieta y perturbada con algunos pensamientos, lo cual vió en espíritu esta madre y la avisó, y ella no pudo negar lo que pasaba. Otra por un escrúpulo dejó de comulgar un día y la virgen por el mesmo espíritu lo supo y la avisó y mandó comulgar otro día.

I. *Síguese otro aparecimiento*

El jueves de la semana de pascua, cuando se canta el Evangelio,[795] *Maria stabat ad monumentum, foris, plorans,* que trata de cómo el Salvador apareció a la Magdalena, estando ella llorando junto al sepulcro, después de haber esta virgen comulgado, cuenta ella misma lo que vio por estas palabras: "vi en espíritu una grande hermosura con la cual sentí en mi ánima una tan grande dulzura y suavidad, que con nin-

791 tudas, ms.
792 tutadas, ms.
793 tudas, ms.
794 recogidos, ms.
795 Jo., 20, 11.

gunas palabras se puede explicar, y aquello que vi, de tal manera me robó el corazón y me llevó en pos de sí, que todas las cosas de esta vida me son pesadas de sufrir. Aquí me mostró el Esposo su corazón y hallaba en él tan grande conocimiento de su divinidad, y tan grande dolzura que no se puede decir; y si entendiese, sería cosa de espanto. Y así lo es no reventar el corazón con la grandeza del amor y con el fuego excesivo y ardor de la caridad. Y no sabré decir lo que vi ni lo que sentí, y las palabras que dijo a mi ánima; el cual se vio con ella tan misericordiosamente [796] como una madre con un hijo chiquito que mucho ama, al cual una vez da el un pecho y otras veces se le esconde, para que, llorando por él, se le torne a dar copiosamente tomándole [797] en sus brazos. Así El, muy deseoso / 104 r. de darme a gustar su divino pecho, primero me da una grande sed y deseo de él, lo muestra como de lejos, llorando yo mucho por él, no se puede [798] contener que no me lo de abundantísimamente. Y de esto no se espante nadie, porque a El [799] ninguna cosa es imposible; y miróme con ojos de misericordia y alumbróme y enseñóme y El es todo mi bien y todo mi amor y todas mis riquezas y en El estoy segura; y su amor es para mí un muro inexpugnable, ya morí [800] a todas las cosas por hallar su amor y mi vida [801] está escondida en El, *quoniam vivo ego,*[802] *iam non ego, vivit vero in me Christus*".

II. *Síguese otro aparecimiento*

Pedía esta virgen a Nuestro Señor que multiplicase en ella sus lavatorios para que quedase tan blanca como la nieve. Y un día de la Cruz, después de la comunión, vio al Esposo puesto en una cruz y todo [803] bañado de sangre, y entró su corazón en la llaga de su sagrado pecho; y, siendo bañada en aquella sangre,

796 misicordiamente, ms.
797 tumandole, ms.
798 pueden, ms.
799 Cf. Lc., 1, 37; 18, 27; Mt., 19, 26.
800 muri, ms.
801 Cf. Col., 3, 3.
802 Ps., 93, 19.
803 tudo, ms.

sintió cosas que no se pueden decir ni entender. El estaba[804] acompañado de sus espíritus seráficos, que ardían en fuego de amor, los cuales eran hermosísimos y muy resplandecientes a manera de fuego, y de este divino pecho salió su corazón encendido como una brasa de fuego, con el cual la carne se consume con la fuerza del amor, de tal manera que le parece ser espantoso vivir.

III. *Síguese otro que ella explicó por estas palabras*:

"Vi una clara escuridad sin algún medio, en el cual vi al Esposo más hermoso y resplandeciente, y con alegre rostro me dijo que mirase, y vi todo el mundo junto, y a mí encima de él y díjome: "¿sabes de dónde te libré? míralo bien, está segura, mas de tal manera que siempre vivas con temor. La seguridad / v. de no caer esté muy firme en mí, y el temor sea mirándote a ti". En este mismo paso le declaró el Esposo la grandeza del amor que le tenía diciendo: "si pudieses comprender cuán grande sea el amor que a tu ánima tengo, no sería posible[805] vivir. Está, pues,[806] firme en mi amor, que eso sólo quiero de ti, y sufre con mucho gusto toda[807] adversidad por amor de mí porque determino hacer una cosa nueva en ti." Este aparecimiento fue antes de las llagas y ésta parece ser la cosa nueva que el Esposo quería obrar en ella.

Capítulo VII

De otros aparecimientos que esta virgen tuvo en diversas fiestas del año

Todos estos aparecimientos que hasta aquí se han referido en todo este libro tenía esta virgen escriptos por su mano, siendo para ello compelida por obidiencia de su perlado, mas los que ahora contare-

804 el, ms. *add.*
805 pusible, ms.
806 es, ms. *add.*
807 tuda, ms.

mos han sucedido dende el año de 1584, de los cuales daba ella cuenta a su padre confesor, y él, con licencia de ella, me la daba a mí.

Pero lo que al principio de esta materia puedo decir es que, regularmente hablando, ninguna fiesta principal hay en el año, especialmente de las fiestas de Nuestro Salvador y de su santísima Madre, y de nuestro padre Santo Domingo, Santo Tomás y Santa María Magdalena, en que el Esposo no haga a ella alguna especial fiesta con que la consuele y alegre, y encienda mas el su amor; por donde ni es de maravillar que, con estos estímulos y incentivos de amor tantas veces repetidos, arda tanto ella en el amor del Esposo, ni que el Esposo haga tantos regalos y favores a una / 105 r. virgen que tanto le ama; y quien esto considerase entenderá con cuánta razón dijo [808] el Salvador que *sus delicias eran tratar con los hijos de los hombres*, entendiendo por este linaje de hombres las ánimas de aquéllos que, muertos [809] al mundo, viven a solo Dios, por cuyo amor *renuncian* [810] y dispiden de sí todos los regalos de la tierra, ca en pago de esta renunciación los consuela Nuestro Señor con otras consolaciones mayores que las que por su amor dejaron, según aquello del Salmo: [811] *conforme a los muchos dolores de mi corazón, así tus consolaciones alegraron, Señor, mi ánima.*

Mas en esta virgen juntáronse en uno cuatro cosas merecedoras de estas grandes consolaciones del Esposo. La primera es la grande simplicidad y pureza de su ánima. La segunda es la grandeza de su amor, de que agora hablamos. La tercera es la comunión cotidiana del Santísimo Sacramento, que es sacramento [812] de amor y de unión del ánima con su Esposo, y su efecto propio es refección espiritual, en el cual interviene [813] un sabor y gusto admirable de este pan celestial. La cuarta es la muchedumbre de los dolores que esta virgen padece todos [814] los días de la semana,

808 Prov., 8, 31.
809 Cf. Rom., 6, 10.
810 reverencian, ms.
811 Ps., 93, 19.
812 sacramentu, ms.
813 entreviene, ms.
814 tudos, ms.

y señaladamente en los tres, los cuales son tan grandes, que totalmente la han privado del gusto de los manjares; y así como hay mal comer y mal dormir, y gran flaqueza que se sigue de lo uno y de lo otro, de modo que, cuanto [815] al cuerpo, su vida es un perpetuo martirio. Mas, como Dios sea tan bueno y tan fiel para con sus siervos, cuanto son mayores los dolores del cuerpo, tanto son más crecidos y admirables los deleites del espíritu, porque / v. nunca nadie perdió algo por Dios que no hallase [816] en El ciento tanto más de lo que por El dejó. Y está nuestra virgen tan contenta, así con los dolores como con las consolaciones, que, como ella dice, no trocaría un punto de lo uno o de lo otro por todos los tesoros del mundo.

Comenzando, pues, por estos favores, sería cosa muy prolija contar todos [817] estos aparecimientos; y por tanto no haré tanto caso de aquellos que redundan en gloria de esta virgen, sino de aquellos que traen consigo alguna edificación y aviso para la buena vida.

Día de las once mil vírgenes del año de 1584, después de haber recibido la sagrada comunión, estando fuera de los sentidos, fué llevada en espíritu a una hermosísima ciudad, y vio en ella asentado a Cristo en un trono con grande resplandor, y con El estaba la virgen Nuestra Señora, y los apóstoles y la Magdalena, y de ella dijo que le echaría de sí un fuego de amor grande; y junto con esto vio una cosa que le representaría la muchedumbre de aquellas vírgenes cuya fiesta aquel día se celebraba; y entre ellas vio una monja de su monesterio que poco antes había fallecido, la cual esta virgen curó de aquella locura que tenía de no querer comer, como arriba se declaró. Y, estando gozando con grande suavidad de este espectáculo tan hermoso, fue llamada por parte del padre provincial, de lo cual ella recibió tan grande pena que todo aquel día se le pasó llorando. Mas a la noche el Esposo, que siempre se deja vencer de sus piadosas y amorosas lágrimas, volvió a aparecerle de la mesma / 106 r. manera que por la mañana; y, demás de esto, traía consigo a Santa

815 cuantu, ms.
816 Cf. Mt., 19, 29.
817 tudos, ms.

Catalina de Sena, Santa Cecilia,[818] [y] Santa Inés. Y, entre otras palabras que le dijo, fue que tuviese entendido que le agradaba mucho la virtud de la obidiencia, y que ésa le había hecho volver para que no careciese de lo que por la obidiencia había dejado. El valor de esta virtud se conoce considerando que la *desobidiencia*[819] *de una mujer* fue principio de la perdición del mundo; y la *obidiencia de un Dios,* y hombre fuera reparo y remedio del mundo; y, con estar todas[820] las virtudes en Cristo, ésta principalmente fue señalada por toda[821] la Santísima Trinidad para redención del mundo, para que el daño que la desobidiencia hizo curase la obidiencia.

En el mismo año, estando esta virgen oyendo misa para comulgar, vio al Niño Jesús junto a la Hostia, y antes de la comunión vio que salía de El un grande resplandor, el cual se le entraba por la llaga del costado y salía de El grande copia de sangre con cinco gotas en la misma figura de cruz, pero las gotas eran mucho mayores que las ordinarias, y el lienzo en que estas gotas se recogieron dio ella a su padre confesor; y quedó ella tan movida de esta novedad y gracia, que deseaba la noche para gozar más de ella. Levantándose, pues, a las dos de la mañana, vino el Esposo y rezó los maitines con ella, y las veces que el Esposo la visita siempre le dice: *paz sea contigo,*[822] y ella se derriba luego a sus pies. Y en este aparecimiento le rogó ella que la llevase para sí y sacase de esta vida, mas El le respondió que tuviese paciencia por agora, pero que no tardaría mucho.

El mesmo año le apareció una noche Nuestra Señora / v. en un rapto, trayendo en sus brazos un corderico, y ofreciólo a esta virgen, en cuya compañía venían muchas vírgenes cantando el cántido de Te Deum, aplicado a Nuestra Señora, diciendo *Te matrem Dei laudamus, te matrem virginem confitemur,* etc. Y llegando aquel verso que dice, *sancta, sancta, sancta,* todas hincaban las rodillas con grande reverencia y devo-

818 Sicilia, ms.
819 Cf. Rom., 5, 19.
820 tudas, ms.
821 tuda, ms.
822 Cf. Jo., 20, 19, 21, 26.

ción, y todas miraban amorosamente a esta virgen y a las llagas de sus manos; y mirábanse unas a otras casi maravillándose de ver aquellas gloriosas insignias de su Esposo. Entonces ella rogó a Nuestra Señora por sus monjas, y ella le prometió su favor y amparo.

Otra noche ante de ésta le apareció el Esposo, al cual suplicó que inflamase los corazones de estas mismas monjas en el fuego de su divino amor, mas El le respondió que con su amor no se compadecía otro amor que no fuese en El y por El.

En el mismo año, en el mes de noviembre, vino el Esposo y rezó vísperas y completas con ella, y comenzando la salve que se dice después de ellas, apareció la virgen Nuestra Señora acompañada de muchas vírgines, las cuales venían cantando la salve y el verso que se canta después de ella, que dice: *dignare me laudare te,* dijo esta virgen rezado, y todas [823] las demás le respondían así.

En el mesmo mes y año, día de San Andrés, le apareció el Esposo con una grande cruz diciéndole estas palabras: "quiérote mucho porque eres amiga de la cruz", entendiendo por la cruz la carga de los trabajos y dolores que padece, con los cuales ella vive muy consolada. / 107 r. En el mes siguiente le apareció el Esposo declarándole la grandeza del amor que El le tenía y diciéndole que tal lo había de tener ella para con El. Y de esta visión se recreció en ella un grande amor de ardor que le parecía que, si mucho le durase, no sería posible [824] vivir.

Día de Nuestra Señora de la O, en el mismo año, vio a Nuestra Señora hermosísima y muy resplandeciente acompañada de cinco vírgenes, trayendo al Niño Jesús en sus brazos, y preguntándole esta virgen quién era ella, respondió que era la reina de misericordia, mandándole que le pidiese alguna cosa, a lo cual respondió esta virgen que no quería otra misericordia, sino que le diese aquel niño. Y ella le tomó en sus brazos, y preguntándole su padre confesor por lo que allí hacía, respondió que todo se le iba en abra-

823 tudas, ms.
824 pusible, ms.

zar y besar los pies del santo niño; y preguntada más cuánto espacio había durado esto, respondió que dende las dos hasta la seis de la mañana, mas que a ella le había parecido todo[825] este tiempo un soplo.

En el mismo año, día de Navidad, se halló presente en espíritu al misterio del nacimiento donde vio a Nuestra Señora cercada de ángeles, con el niño Jesús en los brazos, y dióselo ella para que lo recibiese en lo suyos; y el día de San Juan siguiente le apareció el Esposo con la Magdalena y con el mismo San Juan, de quien ella es muy devota, diciéndole que por hacerle merced le traía consigo, y que se encomendase a él y le tomase por maestro; y el día siguiente el mesmo santo le apareció y avisó de algunas cosas que tocaban al regimiento de su oficio.

En el mesmo año, día de Santa Inés, vio una procesión de vírgenes hermosísimas con palmas / v. en las manos cantando el himno que comienza, *Jesu, nostra redemptio, amor, et desiderium*, etc., el cual se canta de entre pascua y pascua; y llegando al trono donde estaba el Salvador con su santa Madre, mudando el himno,[826] cantaron el de las vírgines que comienza: *virginis proles opifexque matus*, etc., y entre estas vírgines iba San[ta] Inés con un corderico en los brazos; y dijo más: que esta visión había durado cuatro o cinco horas, mas que todo[827] este espacio le había parecido un momento.

El jueves santo del año de 1585, haciendo ella como perlada el mandato,[828] tuvo por ayudadores y compañeras en él a la Magdalena y a Santa Catalina de Sena; y, cuando ella se arrodillaba para hacer este oficio, ellas también se arrodillaban con ella. Cuando se leyó el evangelio de San Juan,[829] que se canta después del mandato, estuvieron ellas asentadas oyéndolo, tomando[830] a esta virgen en medio. Después lo que ella sentiría con esta compañía y con esta honra todas[831] las veces que en esto pensase, fácilmente lo podrá entender quien aten-

825 tudo, ms.
826 y, ms. *add.*
827 tudo, ms.
828 mandatu, ms.
829 Cf. Jo., 13, 1-15.
830 tumando, ms.
831 tudas, ms.

tamente considerare la grandeza de este favor y regalo de las santas.

El viernes santo del año de 1585 padeció esta virgen tan grandes dolores en las llagas, que le parecía cosa imposible poder vivir con ellos; y este día manó gran copia de sangre de la llaga del costado, mucho más que los otros días. En este paso quiero que considere el devoto lector cuánto[832] desea Nuestro Redentor que sintamos la grandeza de los dolores que por nuestra causa padeció, porque, no contento con lo que nos declaran las Sagradas Escrituras y los santos doctores, los cuales afirman que mayores / 108 r. dolores se han jamás en esta vida padecido iguales a ellos; no contento[833] con esto, quiere que haya habido en su iglesia personas que por expiriencia hayan sentido la grandeza de estos dolores o parte de ella, como arriba dejimos; y por aquí quiere que entendamos cuánto le debemos, y cuán caro le costamos, y cuánta obligación tenemos a amar a quien tanto[834] nos amó, y aborrecer el pecado cuyo remedio tan caro le costó. Porque aunque le debamos mucho por el remedio que nos dió, mucho más sin comparación le estamos obligados por el medio que escogió para remediarnos, que por el mismo remedio, porque remediar males es propio de Dios, mas totalmente contrario padecerlos.

El día de Pascua siguiente por la mañana le apareció su "hermosa" a la cual preguntó esta virgen qué tan grande fuera el dolor que sintió cuando vio expirar al Salvador en la cruz, a lo cual le respondió haber sido tan grande que, si no fuera confortada por Dios, allí expirara juntamente con El, y añadió más diciendo que por aquí entenderá la grandeza de la[835] alegría que recibió cuando lo vio resucitado.

Este mesmo día de Pascua ordenó que se hiciese una muy solemne procesión por la mañana alrededor de la iglesia de su monesterio llevando en ella el Santísimo Sacramento. Estando ella en su acuerdo, dando orden a lo que se había de hacer para la procesión, en este tiempo vio al Esposo en el Santísimo Sacramento y vio

832 cuantu, ms.
833 contentu, ms.
834 tantu, ms.
835 del, ms.

toda [836] la iglesia llena de ángeles que le acompañaban; vio también en la mesma procesión a nuestro padre Santo Domingo, Santo Tomás y otros santos de la orden; y, saliendo por la puerta de la iglesia, ella se arrebató y dijo que había ido en toda aquella procesión acompañando el Santísimo Sacramento.

Día de la Ascensión en la noche tuvo un rapto, y dijo que no sabe si el ánima [837] estaba en el cuerpo, si fuera / v. de él; y que más se inclinaba a creer que está fuera. Y en este rapto dijo que la llevaron a una gran ciudad, y que allí vio a Cristo asentado en un trono con grande majestad cercado de ángeles, y al lado Nuestra Señora, y la Magdalena, y Santa Catalina de Sena; y, preguntada qué hacía ella, respondió: "amar, alabar y pasmar, no otra cosa". Y decía ella que allí sí quisiera estar toda [838] la vida.

Día de Pentecostés del mismo año acabando de comulgar tuvo un grande rapto en el cual estaba todo su cuerpo como enterisado, y aquí vio un círculo de fuego encima del cual estaba el Esposo, y cercaron a ella de este fuego de donde quedó toda [839] abrasada en amor; y allí hablaba ella con el Esposo diciéndole que era tiempo de hacer misiricordias a su Iglesia.

Después de maitines, estando en la celda de rodillas encostada en la "esposa", no del todo [840] despierta, oí unas voces suavísimas que cantaban aquel verso primero del himno, "*o gloriosa domina*", etc. Acabado el verso, desperté de todo [841] el ruido de las voces y de la grande luz y claridad que en la celda había; y en medio de la claridad vi a Nuestra Señora, cercada de ángeles con un hermosísimo niño en los brazos, el cual me pareció de edad de cinco años; y, postrada yo a sus pies, me decía si quería mucho [a] aquel rey que en los brazos traía. Yo le decía que mucho, y, vuelta al Niño, preguntábale si merecía tal amor darme lo que me pedía. Y respondía el Niño que sí, y que con el suyo, que era muy grande, encendería y haría crecer el

836 tuda, ms.
837 Cf. Cor., 12, 2.
838 tuda, ms.
839 tuda, ms.
840 tudo, ms.
841 tudo, ms.

mío aunque pequeño en comparación del suyo, que era infinito; y, tomando yo en los brazos a este hermoso y suave Niño Jesús, parecía que se me abría el pecho con amor, y se me encendía en él un gran fuego. Pedía yo a este Señor en pocas palabras algunas cosas que El quiso que le pidiese, y respondía con misericordia / 109 r.

Libro Cuarto

EN EL CUAL SE ESCRIBEN LOS MILAGROS AUTÉNTICOS QUE NUESTRO SEÑOR HA SIDO SERVIDO DE HACER POR LOS MINISTERIOS DE ESTA VIRGEN

Capítulo 1

Que es como preámbulo y aviso para saber leer con más frutos los milagros que Nuestro Señor hace para gloria suya y de sus siervos

Algunos habrá, cristiano lector, que, considerando estos favores y gracias que Nuestro Señor hace a sus especiales amigos, concibirían en sus ánimas una devota admiración de la bondad y caridad de este Señor para con ellos. Otros habrá por ventura que tendrán algún escrúpulo o dubda de la verdad de estas cosas. Pues para estos señaladamente sirven los milagros que en este postrer libro escribimos, para hacer fe de ellas; porque, como los milagros sean obras y testimonios de solo Dios, ninguna cosa hay tan encreíble al juicio humano que no se pruebe bastantemente por un solo milagro, pues nos consta que el principal medio de que Nuestro Señor usó para que el mundo creyese lo que sobrepuja [842] la facultad de la razón fueron los milagros que exceden la facultad de la naturaleza por ser obras de solo Dios; y es tan bastante medio éste para hacer fe de las cosas que se dicen (por increíbles que parezcan) que un solo mila-

842 sobrepujan, ms.

gro que hizo San Pedro, sanando [843] un hombre cojo, del vientre de su madre, bastó para convertir a la fe cinco mil hombres, y hacerles creer que era verdadero Dios y Señor de todo lo criado el que pocos días antes habían visto crucificado; tanta es la fuerza de un solo milagro. / v. Mas al presente, conviene advertir que no se refieren aquí todos [844] los milagros que comúnmente se cuentan de esta virgen, que son muchos, sino solos aquellos que han sido jurídica y solemnemente probados y autenticados por comisión del serenísimo Príncipe Alberto, Cardenal de la Santa Iglesia de Roma y Legado *a latere* de Su Santidad; y los procesos de éstos están guardados *ad perpetuam rei memoriam* en el cartorio de Santo Domingo de Lisboa.

Mas, antes que entre en esta materia, quiero tocar algo del fruto que se debe sacar de esta lectura, así como lo hice en el primero capítulo del primero libro, tratando de las maravillas que Nuestro Señor ha hecho con sus santos. Porque tiempo hubo en el cual, oyendo yo las historias de los santos, no me ocupaba tanto en leer sus milagros como en buscar los ejemplos de sus vertudes y las palabras de su vertud y doctrina; mas agora estoy de otro parecer, porque aunque estos ejemplos y palabras sirvan para instituir y ordenar nuestra vida, mas los milagros sirven para gloria de Nuestro Señor, ca en ellos se manifiesta la grandeza de su bondad y amor para con sus fieles siervos, y el deseo que tiene de honrarlos y engrandecerlos aun en esta vida donde no es tiempo de honras, sino de trabajos. Y vese esto en que no solamente hace por ellos milagros en su vida, sino también después de ella, y no sólo por ellos, sino por las cosas que tocaron en sus cuerpos, como a cada paso leemos en las historias de los santos, para lo cual quiero referir aquí un ejemplo memorable. En la vida de San Eduardo, rey de Inglaterra (el cual, estando casado con una nobelísima doncella y haciendo vida juntos, conservaron ambos / 110 r. su pureza virginal hasta el fin de la vida), se escribe que a un ciego fue revelado que se untase los ojos con las lavazas del agua con que el santo rey se

843 Cf. Act., 3, 1-26; 4, 1-4.
844 tudos, ms.

lavaba las manos, y que así recibiría la vista. Así lo hizo y así la recibió. Pues ¿qué es esto, sino mostrar Nuestro Señor la grandeza del amor y deseo que tiene de honrar a quien lo honra; pues quiso, contra las leyes de naturaleza, dar súbita vista a un ciego por haber ungido sus ojos en el agua que tocó en las manos de su siervo? Y, si fuera agua limpia que El bendijera con sus manos y hiciera oración sobre ella, no me espantara tanto; pero hacer esto con el agua sucia que se echa a mal, esto me pone más admiración, porque esto es dar Nuestro Señor a entender que estima tanto los cuerpos de sus siervos, que ninguna cosa haya tan vil por la cual no haga maravillas por haber tocado[845] sus cuerpos. Pues ¿quién no conocerá por aquí la bondad, la fidilidad, la nobleza y la caridad de este Señor para con sus amigos?, ¿quién no deseará padecer mil muertes por un Señor tan agradecido, que así ama a quien lo ama, y así honra a quien lo honra?, ¿qué bienes no terná aparejados en la otra vida para quien así lo honra, pues hace que las leyes inmutables de la naturaleza sirvan a cualquier cosa que tocare[846] en sus cuerpos por bajísima que sea? Este es, pues, el principal fruto que el prudente lector debe sacar cuando leyere los milagros de los santos, aunque los milagros que aquí se relatarán, demás de lo dicho, sirvirán también para hacer fe de las cosas que de esta virgen en los milagros pasados se han escripto. Presupuesto agora este pequeño preámbulo y aviso, comenzaremos a tratar de estos milagros. / v.

Capítulo II

Síguense los milagros

[*Los clavos*]

Entre estos milagros pareció poner en el primer lugar el que está más claro, más público y más probado por vista de ojos que son los clavos que se ven en las palmas y vueltas de sus manos, cercados

845 tucado, ms.
846 tucare, ms.

de una hermosa rueda de color de rubí, como arriba está dicho, los cuales esta virgen recibió el día de la Exaltación de la Cruz del año de 1584. Y fueron creciendo poco a poco hasta la cuantidad que agora tienen; y la cabeza del clavo se parece en la palma de la mano de color de hierro, y la punta de él se ve en la banda contraria, cercado con una figura a manera de escudo del mismo color que la de la otra banda. Y para la averiguación de este milagro no es menester otro testigo más cierto que el de los ojos; y no es menor el de nuestro serenísimo Príncipe Alberto, Cardenal, el cual, oída la fama de las gracias y previlegios de esta virgen, la visitó, entrando en el mesmo monesterio acompañado de nuestro padre provincial y de su confesor, y vio con sus ojos las llagas y clavos de las manos mandándole el padre provincial por obidiencia que las mostrase, de lo cual él quedó muy edificado y movido interiormente a devoción.

[*Las cinco gotas de sangre*]

En el segundo lugar ponemos el milagro de las cinco gotas de sangre que le salen cada viernes de la llaga del costado, ordenadas en figuras de una perfectísima cruz, las cuales le fueron dadas el día de la Invención de la Cruz del año de 1584, y hasta este presente año de 1585 se han continuado sin faltar un solo viernes; en el cual milagro concurren las cuatro maravillas que arriba apuntamos; y ésta es una maravilla que / 111 r. jamás hasta hoy se ha visto y leído en el mundo, porque parece que los viernes de todo este tiempo hace Nuestro Señor un especial milagro sin el cual no era posible salir estas cinco gotas de sangre en esta figura susodicha. Testigo de vista de esta verdad no hay otros, sino el dicho de la mesma virgen, por no ser esto cosa que pase ante los ojos de otras personas, pero la verdad de este testimonio confirman los milagros que [por] los lienzos donde están estas gotas de sangre Nuestro Señor ha obrado, como se verá en el milagro siguiente y en otros que adelante se ponen.

De un milagro notable que se hizo en una brava tormenta

La virtud de estos lienzos susodichos se ve en un clarísimo milagro que hizo en una tormenta, el cual, luego que fue acabada, se dio petición al ordinario para que lo autenticase; y así lo fue con seis testigos contestes de él y, por estar él más especificado por carta de uno de los que en esta tormenta se hallaron, me pareció poner aquí esta carta cuyo tenor es el que se sigue.

"A Dios muchas gracias, llegué a esta villa de Mazagán, martes a los cuatro de marzo. Tardamos quince días, cinco en el río de Lisboa y diez en el mar. Aquel domingo que salimos de Lisboa nos hubimos de perder en los cachopos, porque estuvimos en uno de ellos en cuatro brazas, que eran las que nuestra nao demandaba, y esto con calma y agua vaciante, que es peor que tormenta. Yo acudí luego a un jarro de agua de la bienaventurada prioresa, con que la nao nadó y corrió como pez. Y esto fue nada para lo que adelante sucedió; venimos seis días con viento en popa y mucha bonanza; con el cual tiempo llegamos a vista de Mazagán y tan cerca que no estuvimos de ella más que tres leguas. / v. Allí nos dió una tan grande tormenta que nos hizo tornar a arribar al mar y nos tuvo cuasi tres días, al fin de los cuales nos quiso Nuestro Señor mostrar lo que por ésa hace en este tiempo. Nos tomó el viento de travesía y nos trajo con grande ímpetu a la tierra en la costa de Berbería, de manera que no había otro remedio, sino dejarnos dar en la costa donde, antes de llegar a tierra, habíamos de ser consumidos del mar sin remedio, por razón de la tormenta y gruesos mares. El tiempo era escuro, con grandes aguaceros; oíamos el mar batir en la tierra y no sabíamos dónde era ni podíamos ver; esto era a las ocho horas de la mañana; estábamos de manera que el maestre y piloto [847] lloraban como niños; los marineros tan sin ánimo que ya no trabajaban; entre las mujeres que venían en la nao hallé una con una niña

847 pilotu, ms.

y un niño atados todos tres con una cuerda, y preguntándoles para qué estaban de aquella manera me respondió que para morir todos[848] tres juntos. Y todo[849] lo demás en este modo. Visto esto, acudí a la bienaventurada santa y a sus reliquias que traía y tomé un jarro de su agua con un pedacito de su paño y velo, y llegamos tres hombres al bordo de la nao y lo echamos en el mar con recato[850] de no llegar mucho, porque el mar no nos arrebatase. Al mismo punto que esto llegó al agua, se hizo en ella una rueda blanca y llana, que sería de dos brazos en redondo, y se fue extendiendo por el mar, y quedó tan llano y tan en bonanza como la palma de la mano; y luego de improviso salió el sol tan claro, como si nunca hubiera nublado, y pareció la tierra de un[a] alegría de nosotros; el viento también se tornó[851] en popa, con el cual corrimos aquel día de largo de la tierra de Berbería muy contentos; y el día siguiente entramos en Mazagán. / 112 r. En esta nao venían seis mujeres, que todas venían a negociar el rescate de sus maridos, y dos de ellas con sus niños, y veintidós hombres portugueses, que, visto este milagro, se pusieron todos[852] de rodillas dando gracias a Dios y a esta bendita santa; y hubo un hombre que prometió y votó de tomar[853] de Mazagán en romería ir descalzo a la casa donde esta santa habita."

Paulo Sebastián, que es el llegado (que escribió esta carta susodicha) a la villa de Mazagán, presentó luego una petición al Ordinario, al cual requería autenticase este milagro; y así se hizo por testimonio de seis testigos contestes de los que en el mesmo navío venían y vieren este milagro, el cual es muy semejante al que el Nuestro Salvador[854] hizo navegando con sus discípulos en otra tormenta, sosegando la mar y los vientos, de lo cual maravillados los que con El navegaban, dijeron: *¿quién es éste a quien la mar y los vientos obedecen?* Pues no es mucho que comparemos aquí lo

848 tudos, ms.
849 tudo, ms.
850 recatu, ms.
851 turno, ms.
852 tudos, ms.
853 tumar, ms.
854 Cf. Mt., 8, 23-27; Mc., 4, 37-40; Lc., 8, 22-25.

que hace la esposa con lo del Esposo. O, por mejor decir, lo que obra la criatura con lo que hace el Criador, ca ésta redunda en mayor gloria de El; lo cual testifica San Bernardo por estas palabras: *ninguna cosa más declara la omnipotencia*[855] *de Dios que hacer El omnipotentes a los que esperan en El.* Lo cual se ve en este milagro susodicho. Porque en un mismo punto de tiempo sucedieron aquí tres maravillas, que fueron: sosegarse[856] la mar y descubrirse el dí[a] claro, que estaba cerrado, y mudarse el viento contrario en el más próspero que era viento en popa. Y no es menos maravilla obrar todo[857] esto Nuestro Señor, no por oraciones de esta virgen, sino por cosas que había tocado en su cuerpo; por lo cual entendemos lo que aquí está dicho / v. que es el grande amor y deseo que este Señor tiene de honrar a sus santos, pues así honra estas cosas por haber tocado[858] en sus cuerpos.

[*El pan quemado*]

Otro muy notorio y muy insigne milagro acaeció en el monesterio de Nuestra Señora de la Anunciada poco después que esta religiosa fue electa en perlada; porque, habiendo las amasaderas metido en el horno una gran hornada de pan, cargaron tanta leña en él, que el pan vino a hacerse tan prieto como un carbón. Corrió entonces una de las horneras a esta virgen a darle cuenta de lo que pasaba; entonces ella, llena de fe y sin alteración alguna, dijo a esta servidora que fuese al horno y mandase al pan en nombre del Esposo y de Nuestro P. S. Domingo, que se parase blanco. Va la moza a la boca del horno y dijo lo que la perlada había mandado; y en el mesmo instante que lo dijo, el pan se paró muy hermoso y muy blanco y muy sabroso, y de él comió todo el convento. Este milagro también se parece con el que el Salvador[859] hizo en las bodas, mudando el agua en vino, que fue mudar una sustancia en otra. Mas esto se mudó un accidente

855 unipotencia, ms.
856 susegarse, ms.
857 tudo, ms.
858 tucado, ms.
859 Cf. Jo., 2, 1-11.

en otro, que fue el color prieto en blanco; y por ventura a partes estaría algún pan o pedazo, perdida la forma de pan y hecha carbón; y aquí se mudaría una sustancia en otra, que es el carbón en pan, pero basta la mudanza súbita[860] de un accidente en otro para la verdad del milagro. Mayormente que no es menor la potencia que se requiere para el un milagro que para el otro, por ser esta mudanza súbita. Este milagro es tan averiguado y tan notorio en este monesterio, donde había en aquel tiempo cincuenta monjas y dieciséis servidoras, y todos[861] son testigos de esta maravilla. Y por más señal una religiosa guardó dos pedazos de pan, uno de este miraculoso[862] y otro de lo ordinario.[863] / 113 r. Y, mirándolos a cabo de cierto tiempo, halló este ordinario cubierto de moho, y el otro blanco y limpio como estaba cuando lo puso en este lugar. Y de éste pedí yo un pedacico, que tengo guardado en mi poder. Pregunto, pues, agora ¿qué hombre habrá tan incrédulo que ose negar una cosa tan cierta y tan notoria como ésta, y después del caso autenticado jurídicamente con testigos de vistas juramentados? San Gregorio cuenta en sus Diálogos un milagro que un santo varón obró con él por medio de su oración lebrándole de una grande enfermedad; y con este milagro tan claro, que él experimentó en sí, hace fe de otros milagros de este santo varón, que el mismo San Gregorio había escripto. Pues conforme a esto puedo yo, con razón, decir que este milagro por ser tan grande y tan notorio, basta para hacer fe de todos[864] los otros que de esta virgen se contaren, porque quien con con tanta facilidad, no orando, sino mandando, y esto por tercera persona, hizo este milagro podría hacer también todos[865] los otros.

[*Un enfermo curado*]

Otro milagro acaeció en el mesmo tiempo que ella era Perlada, año de [¿?]. Y el caso es que un reli-

860 suvicta, ms.
861 tudos, ms.
862 milaculoso, ms.
863 y, ms. *add.*
864 tudos, ms.
865 tudos, ms.

gioso de la orden del glorioso padre S. Francisco, morador en este insigne convento de S. Francisco de Lisboa, había [¿?] meses que estaba en casa de su padre curándose de una de las más extrañas enfermedades que se han visto; y ésta era que se le removía la sangre y se le subía hasta la garganta, de modo que le ahogaba parándole el rostro negro; y no hallaban los físicos otro remedio en este accidente, / v. sino de vertir la sangre en sangrías. Y apenas era hecha una, cuando de ahí a poco era menester otra, y otras tantas que parece cosa increíble decirlas. Y antes de este remedio probaron otro, que era atarle las piernas por los muslos y los molledos de los brazos tan fuertemente que a veces le reventaba la sangre por las mesmas ataduras; y esto hacían para detener la sangre, que no subiese a ahogalle. Y, visto que este remedio no bastaba, acudió a sangrarle muchas veces al día, según le apretaba la sangre, para divertirla por este medio. Y de esta manera se averiguó que le había dado ochenta y tantas sangrías en el mismo brazo y en la misma vena; y con tantas sangrías estaba este buen padre tan descarnado y tan desfigurado, que más parecía estatua que hombre; y como le faltaban ya las carnes y la sangre, hasta el agua que bebía se convertía en sangre. Oída, pues, la fama que el milagro de esta virgen había hecho de aquella doncella muda de que[866] hace mención la relación enviada a Su Santidad, acordaron llevarlo en una silla a esta virgen; y, aunque ella huye de semejantes cosas por las importunidades y desasosiegos que de esto se le podrían recrecer, todavía,[867] movida a piedad[868] de ver la figura tan lastimera que aquel religioso traía, mandó que lo llevasen al locutorio, y estuvo con él hablándolo y consolándolo, y así lo despedió de sí haciendo oración por él; y dende este día hasta el presente, que ha más de un año, nunca más fue sangrado. Y quedó tan sano que, tres días después de esta cura, fue en una bestia a Nuestra Señora que llaman de la Peña, que son cuatro leguas de camino muy fragoso, y dijo misa en esta iglesia. Esto me contó el mismo padre que se vio conmigo,

866 se, ms. *add.*
867 tudavia, ms.
868 piadad, ms.

quien le mostró el brazo en que había recibido las sangrías susodichas, que le parecían en la vena como unas verruguitas pequeñas. Y este religioso, como siervo de Dios y no menos agradecido que el leproso samaritano / 114 r. del evangelio,[869] se harta de dar cuenta a todos de esta maravilla y alabar a Dios en su sierva.

[*Sacerdotes a Malaca*]

Otro milagro en mes de diciembre de 1585. Estando un galeón para ir a Malaca, mandó el Príncipe Cardenal a nuestro padre provincial que le diese luego cuatro sacerdotes para ir en aquel galeón, y fuese luego, porque estaba de partida. Puesto el padre en este aprieto, escribió a nuestra virgen la aflicción y obligación en que estaba sin hallar medio en tan breve espacio para cumplir con ella. Acudió luego la virgen al Esposo representándole esta necesidad y, perseverando en oración, vio en espíritu cinco religiosos de este convento de Santo Domingo de Lisboa que iban a la India; y esto fue antes que ninguno se ofreciese a la jornada. Y, antes que esto se *supiese*,[870] se ofreció un religioso para este camino; y tras él se ofrecieron dos, uno lector de Arte y de Teología; y luego se ofreció otro. Con ése se ofreció el número de cuatro; después se ofreció otro para esta jornada, pidiendo licencia con tanta importunidad y instancia que se la hubieron de dar. Y, notificado esto a S.A., le mandó proveer de matalotaje como a los otros. Y dijo más esta virgen: que, si entre muchos frailes viera estos cinco, que los conociera distintamente por la figura en que le fueron mostrados. Pues, como ella supo que estos religiosos iban a predicar la fe entre gentiles, fue tan grande su alegría y el regalo que su ánima sintió que los tomó a todos por hijos ofreciéndoles sus oraciones, perpetuo cuidado de rogar por ellos y proveyéndolos de cosas para su camino. Y para argumento de lo dicho añadiré aquí el escripto que dió a uno de ellos que dice así: / v.

"Prometo a meu filho Fray Francisco de Matos de

869 Cf. Lc., 17, 16.
870 pusiese, ms.

todos[871] los días de encomendar a Dios y pedir al divino Esposo le de corona de martirio. Y, para memoria y certidumbre de esto, le doy este escripto de mi mano hoy, día de los Inocentes, en la tercera octava del amor del Esposo. María de la Visitación."

Otro [*milagro*]

En el monesterio de la Anunciada estaba una religiosa por nombre sor Juana de la Trenidad, la cual tenía una calentura tan recia que le hacía hablar desatinos; y junto con ella, opilación. Y subíasele un humor a la garganta que le cortaba el huelgo. Y decían los médicos que mirasen por ella, que alguna vez se podría ahogar; y estaba siempre tan ronca con aquel humor que apenas podía hablar. Estando ella de esta manera / 115 r. muchos días, víspera de Nuestra Señora de la Presentación le llevaron a la cama una imagen pequeña de Nuestra Señora que tienen en el coro y, encomendándose a ella con mucha devoción y deseo de alcanzar salud, la noche siguiente soñó que le decía Nuestra Señora que, pues, en casa tenía el remedio de su salud ¿por qué no lo buscaba? Que fuese nueve días donde la madre priora estuviese, y que sanaría de la calentura, mas no de la opilación, porque le quedase con que merecer; y que comenzase estos nueve días del viernes siguiente, a gloria y honra de la cruz de que la madre priora es tan devota; y acabase en sábado, a gloria y honra de la misma Nuestra Señora. Contó la religiosa este sueño luego el día siguiente y comenzóse a devulgar por el monesterio; y el día después de la Presentación de Nuestra Señora, que fue viernes, la llevaron a la celda de la madre priora; y de esta manera fue continuando los nueve días, aunque luego dende el primero se comenzó a hallar mejor y con menos calentura y de manera que, cumplidos los nueve días totalmente[872] sin calentura, comenzó a comer muy bien, habiendo muchos días que casi no comía ni el estómago podía retener cosa alguna. Y de la voz y pecho que [era] en la enfermedad

871 tudos, ms.
872 tutalmente, ms.

empedido quedó tan buena que el día de Nuestra Señora de la Concepción cantó muy bien a un[873] arpa.

Milagro de la conversión de un moro

Estaba en una de las galeras de este reino, en el puerto de esta ciudad de Lisboa, un moro de cuarenta y seis años, el cual se hizo cristiano. Y, deseando yo saber cómo esto[874] pasaba, le hice venir a mí.

Para entender mejor el negocio y ver la conformidad de / v. una relación con la otra, este moro tenía una extraña enfermedad, porque tenía el vientre muy hinchado como una mujer preñada; y todo[875] cuanto comía tornaba a lanzar por la boca, y por esto dice que en todos[876] los dos años nunca purgó por bajo nada. Y estaba ya totalmente desconfiado de remedio humano por todos[877] los médicos. Estando, pues, éste una noche durmiendo en la galera, soñó que dos negros terribles tiraban por él, uno por una parte y otro por otra. Y en este mesmo sueño dio voces llamando por la Madre de Dios, las cuales voces oyeron otros de la galera. Y, preguntando yo cómo llamaba por la Madre de Dios, díjome que esta voz con todo[878] lo demás que se sigue era en sueños. Y a esta voz dice que vio una doncella vestida de blanco con las señales de las llagas en las manos, y él dijo: "señora, si tú me sanares de la enfermedad, yo me haré cristiano". Todo esto pasó en sueños, y lo mismo le acaeció otra noche. Y dando cuenta de este sueño al patrón de la galera y entendiendo él quién era esa doncella, lo envió a la madre priora con Tomás de Aquino, que era otro convertido y más ladino; y él le trajo a la priora y, antes que ella le hablase palabra, en viéndola, reconoció que ella era la que le había aparecido. Entonces ella le habló muy amorosamente, y le hizo dar de merendar y beber del agua en que ella mete las manos; y él acudió siete veces en siete días a beber grandes jarros de agua y, así como había bebido, luego iba purgando por bajo

873 una, ms.
874 estu, ms.
875 tudo, ms.
876 tudos, ms.
877 tudos, ms.
878 tudo, ms.

y mejorando, de manera que agora está sanísimo y está ya baptizado; y así vino a mí la tercera con hábito de cristiano, y sabe toda [879] la doctrina de la cartilla tan bien como sé yo el Ave María; y así me la rezó toda [880] aquí. Sea Dios bendito cuyos juicios son admirables. / 116 r.

Otro

Año de 1584 en la ciudad de Leria estaba un hombre honrado por nombre Etor Vaz de Castelo Blanco, veedor del duque de Villa Real, el cual tenía un lobillo en el pescuezo había algunos años; y a la sazón estaba con grande dolor de cabeza y calentura; y, por la devoción y confianza que tenía en esta sierva de Dios, tomó un pañito de las cinco gotas de sangre (que le salen los viernes de la llaga del costado) y púsolo sobre la cabeza y sobre los ojos y besólo. Y luego en el mismo instante le reventó [881] el lobillo echando fuera toda [882] la materia que tenía dentro; y quedó [883] del todo [884] sano sin le quedar señal alguna; y así comenzó a dar gracias a Nuestro Señor por este tan señalado beneficio y obra suya.

Otro

Acaeció también que Felipa [885] de Valladares, mujer del sobredicho, adoleció en el mesmo año de gota artértica, y vino a tullirse de piernas y brazos con grandes dolores sin para ello hallar remedio en los médicos. Por lo cual escribió a un hermano suyo religioso, muy familiar de esta virgen, para que le pidiese remedio para aquella enfermedad. Y, haciéndolo ella ansí con toda [886] devoción, el día de la Magdalena a hora de víspera le cesaron los dolores, ni hasta agora le han vuelto, que fue el tiempo en que este religioso pidió

879 tuda, ms.
880 tuda, ms.
881 rebentu, ms.
882 tuda, ms.
883 quedu, ms.
884 tudo, ms.
885 Felipe, ms.
886 tuda, ms.

este socorro a nuestra virgen, como él mismo lo significó por una carta suya escripta a la misma hermana declarándole el mesmo día y hora en que esto había pasado.

Otro

En la mesma ciudad de Leria estaba la señora doña Beatriz, hija del duque de Villa Real, la cual había seis años que tenía muy graves accidentes [887] que la privaban de los sentidos / v. y la quitaban el habla. Y, viéndose la duquesa su madre tan lastimada con los accidentes de la hija, envió a pedir a esta virgen, por un religioso muy devoto y familiar de ella, que pidiese a Nuestro Señor se apiadase así de la hija como de la madre, que tanto sentía el mal de su hija. Y, viniendo este religioso a esta ciudad de Lisboa, le encomendó esta necesidad con grande instancia; y subcedió así que, por el mes de junio, cuando él esto pidió a esta sierva de Dios, cesaron aquellos accidentes; y hasta hoy, que son cumplidos dos años, nunca más ha vuelto esta señora; en lo cual parece la grande eficacia de las oraciones de esta virgen, pues basta para dar súbita salud a los ausentes, como parece por los dos milagros susodichos.

Otro

Por el mes de enero partió de esta ciudad de Lisboa un navío para Mazagán; y, algunos días después de partido, se levantó gran tormenta en la mar, por lo cual Enrique Sebastián dio aviso a nuestra virgen del peligro que corría el tal navío para que lo encomendase a Nuestra Señora. Ella confiada en El, respondió a la señora doña Juana de Morona que el navío iría a salvamento. Llegado, pues el navío cerca de Cádiz, vióse tan perdido [888] que no había más de cinco brazas de la tierra; y el viento y la mar los llevaban a ella, donde todos [889] perecieran sin haber remedio alguno. Y a la sazón venía en el navío Gil Hernández de Carvallo, el cual llevaba un pañito de las cinco gotas de sangre de

887 la, ms.
888 pertido, ms.
889 tudos, ms.

esta virgen y, echándole en la mar, en un momento saltó[890] el viento por cima de la tierra, el cual le apartó[891] de los bajíos, y otro día fue a surgir en la barra de Cádiz sano y salvo. Todas estas palabras son de una carta que el capitán de este navío, por nombre Emanuel de Acosta, escribió al señor Juan Gómez da Silva, veedor de la hacienda de su Majestad, el cual / 117 r. refiere en su carta los grandes trabajos que pasaron en este viaje, especialmente el día de Santo Amaro. Y añade más: que dicen los antiguos en esta tierra que no se acuerdan de tan grandes tempestades, porque en el Puerto de S. María cayeron 40 y tantas casas, y en Cádiz cayó la torre de San Sebastián y otras muchas cosas; y dende esta costa hasta las arenas gordas se halla mucha gente muerta y navíos despedazados. Y por aquí verá V. S. los trabajos que habemos pasado y las mercedes que Dios nos ha hecho. La carta original de este capitán queda en mi poder: y por esta obra se entenderá la grandeza del amor que Nuestro Señor tiene a sus siervos y el deseo de honrarlos, pues quiere que a sus cosas obedezca el ímpetu de los vientos y la furia de la mar con todas[892] sus tormentas. Por lo cual sea para siempre bendito.[893]

Otra maravilla semejante a la pasada acaeció este mismo año de 86, y fue así: que, viniendo un galeón de Malaca muy destrozado y mucha gente muerta, rehicieron la gente con alguna que venía de la Tercera para Lisboa. Y en éste venía un morisco que se había hecho cristiano por vía de la madre priora, la cual le había dado uno de los pañicos de las cinco gotas de sangre; y en el camino levantóse contra ellos una tan brava tormenta que todas[894] las velas mayores o menores se hicieron pedazos, y el galeón estaba en tan gran peligro que los maestros estaban desconfiados sin saber que hacerse. Entonces este morisco, a quien la priora había puesto por nombre Tomás de Aquino, ató[895] aquel pañito que traía con-

890 saltu, ms.
891 apartu, ms.
892 tudas, ms.
893 benditu, ms.
894 tudas, ms.
895 a tu, ms.

sigo a vista de todos [896] y echólo en la mar. / v. Y luego cesó la tormenta,[897] con que todos [898] dieron gracias a Nuestro Señor. Y sin velas algunas van gobernando el galeón al amor del agua; y así entraron sanos y salvos en el puerto de Lisboa. De este milagro son [899] testigos todos los que venían en el galeón. Y a mí vino el maestre del navío con el dicho [900] Tomás de Aquino, que me refirieron lo que está dicho con otras cosas que acaecieron en la navegación de don Duarte de Meneses, que iba por visorey a la India.

Otro

En la villa de Gibraleón estaba una mujer por nombre Inés Pérez, mujer de Francisco Martínez, siete días había, con calenturas, y llegó la enfermedad a tanto que no se podía menear, aunque le habían sangrado y purgado; y, haciéndole otros muchos remedios, nada le aprovechaba. Y, después de confesada y comulgada, llegó a tanto peligro que su confesor la ayudaba a bien morir. Y esta mujer, tiniendo noticia del agua de la madre priora que el señor marqués había traído de Lisboa, pidió con gran devoción y lágrimas le trajesen de ella; y bebiendo de ella el viernes de Ramos próximo pasado, luego se dormió (habiendo tanto tiempo que no se acuerda haber dormido sueño semejante, si no era dormitando). Y en despertando, vomitó gran cantidad de mal humor, (lo cual nunca había hecho en toda la enfermedad), y ese día hasta otro por la mañana que fue el sábado, le duraron.

Otro[*s diez milagros*]

Estos diez milagros que se siguen están ya autenticados.

En la ciudad de Lisboa, en la calle de la Condesa / 118 r. de Vidiguera, había un niño de nueve o diez meses que había más de un mes que tenía una poste-

896 tudos, ms.
897 turmenta, ms.
898 tudos, ms.
899 sin, ms.
900 dichu, ms.

ma o hinchazón en la garganta; habíanle mandado sajar, y, después de sajado, estuvo dos días sin mamar. Pusiéronle una rosa, que la madre priora había traído en sus manos, mojada en un poco de agua, y luego mamó y se le comenzó a vaciar las postema, y luego, de allí a dos días, sanó. Púsole esta rosa una vecina suya, la cual con la mesma rosa había sanado una hinchazón de un mal de garganta; bebiendo del agua en que lavó la dicha rosa, se remojó y se halló sano de ella.

Una mujer llamada Beatriz Díaz, natural de Lisboa en la Cordonería Vieja, tenía grandes temblores de todo el cuerpo y no podía hablar. Llegó a la ventanilla del comulgatorio acabando de comulgar la madre prioresa y, rogándole muy encarecidamente la muy ilustre señora doña Juana de Lima y el padre Fray Hernando de Castro, sub prior del convento de Santo Domingo, que le pusiese la mano sobre la cabeza, la dicha madre sacó la mano y dijo unas oraciones, que parece que era un evangelio, tiniendo la mano sobre la cabeza de la enferma, y dijo en voz alta a la mujer: "hablad y decid el nombre de Jesús, encomendaos a El y pedilde perdón de vuestros pecados y arrepentíos de ellos". Y en ese punto dejó la mujer de temblar, y estuvo quieta y sosegada, y dijo con voz clara el nombre de Jesús.

En el mismo día, una mujer de Caparica que tenía una postema en la garganta, de donde le salía mucha sangre / 118 v. por el agujero de ella, y era muy ponzoñosa y dañosa enfermedad, poniéndole[901] la mano la dicha priora y diciéndole que tuviese fe en Nuestro Señor que le daría salud; y de ahí a cinco días sanó. Y la vio sana Ruy Lorenzo de Tabera, que tiene una quinta en Caparica, el cual contó al padre provincial de Santo Domingo que no solamente había sanado de aquella hinchazón de la garganta que le había resuelto, sino también de otra postema que tenía en una pierna.

Hierónima Pinera, mujer de Nicolás Pinto,[902] morador en la Rua dos Canos, estaba muy enferma de gota artítica, de tal manera que ni podía menear pies

901 puniendole, ms.
902 Pintu, ms.

ni manos; y, si se le caía la ropa de la cama, no la podía levantar, y, aunque la curaban los médicos, no sentía mejoría. Compadeciéndose de esta su enfermedad una su vecina llamada Catalina Carreira, viuda, mujer que fue de Blas de Alende, alcanzó por vía de una sobrina que tiene monja en el monesterio de la Anunciada un escripto de la madre priora que estaba en una tira de papel pequeña y decía estas palabras: "en nombre de Jesús, [E]sposo suave e fermoso, vos mando que nao tenais más esas dolores", el cual no estaba firmado de la madre prioresa, pero era de su letra y, puniéndolo sobre las manos y pies y las demás partes enfermas, luego cesaron los dolores. Y, por la gran devoción que tenía el dicho papel, lo envolvió en un pañito que traía consigo en el seno y de allí a algunos días, buscando el dicho papel, no le halló; y esto tuvo por mayor milagro que el primero. Tenía esta enferma tanta devoción con la madre prioresa que decía que, si la dicha madre la tocase con la mano y le echara la bendición, había de ser luego sana. Y, como viese esta devoción, Catalina Carreira escribió a María / 119 r. de San Pablo, su sobrina, le enviase alguna cosa de la madre prioresa; ella le respondió por escripto, y dentro en la carta venía un papelillo con las dichas palabras, y encomendó la madre priora el secreto a la dicha religiosa.

Item María Núñez, viuda, mujer que fue de Manuel Fernández, mercader de esta ciudad de Lisboa, había más de seis años que tenía un zaratán en el pecho que le llaman ca[n]co, de que tenía el pecho muy hinchado; y en él una dureza de que le salían rayos de grandísimo dolor, y nunca lo había querido mostrar a los médicos por estar en la parte donde estaba; y por no tener ánimo para los grandes dolores entendía recibiría si se le sacaban, determinándose antes morir que curarse. Y estando el primer día de mayo en el monesterio de Santo Domingo con Beatriz Núñez, mujer que fue del merino Antonio de Tavanca, y dándole parte de su enfermedad por ser amigas, le dijo que se pusiese sobre el pecho unas cuentas de nudos que habían sido de la madre prioresa, que esperaba en Dios que cobraría con ello salud; y dentro de cuatro días que se lo puso y lavó con un poco de agua de la madre

priora que le dió doña Luisa de Barros y bebió de ella, tocándole[903] también el pecho con otras cosas de la misma madre, se le quitó luego el zaratán o canco y quedó sana sin otro ningún remedio humano.

Hierónima (fue mujer de Pedro Ruiz Velasco que al presente reside en las partes del Brasil), había seis semanas, poco más o menos, que tenía grandes dolores de estómago y grandes agotamientos y congojas. / v. Aunque la mandó sangrar Roque Gómez, cirujano que mora enfrente de la Iglesia de esta ciudad, no sintió mejoría después de la haber sangrado. Y, como oyese decir las maravillas que Nuestro Señor obraba por medio de la madre prioresa de la Anunciada, envió a pedir al padre Fray Gaspar Goreiz, maestro de novicios en el monesterio de Santo Domingo, una poca de agua de la que la dicha madre priora acostumbra a dar. Y en trayéndosela, bebió, y, en bebiéndola, cesaron los dichos dolores y agotamientos [y] congojas. Sin otro ningún remedio quedó sana de la dicha enfermedad.

Ana Rodríguez, beata de la tercera regla de San Francisco, por la gran devoción que tiene con la madre prioresa de la Anunciada, envióle a pedir alguna cosa para traer consigo, y la madre prioresa le envió un lienzo suyo con Domingo Montero, iluminador. Y sintiéndose algunas veces maltratada de vahídos[904] de cabeza[905] al punto se le quitaron; y después acá se halla muy mejor. Y, yéndose a confesar un día al monesterio de Obregas con el padre Fray Antonio de la Concepción, súbitamente le dió un dolor muy grande en el pecho, que algunas veces le suele dar, principalmente cuando camina. Y, estando muy atribulada con el dicho dolor, vio caer sobre sus pies un paño doblado, levantólo[906] y púsolo en el pecho, y al punto le cesó el dolor. No sabe de donde se cayese este paño, sino que acaso le habían puesto sobre la cabeza cuando salió de su casa; y fue así, porque después, cuando volvió no halló el paño de la madre prioresa, y reconoció ser el mismo que se había puesto en el pecho, por manchitas que tenía.

903 tucandole, ms.
904 vaguidos, ms.
905 y, ms. *add.*
906 levantulo, ms.

Isabel de Vargas, doncella hija de Tristán de Meneses, / 120 r. mercader, había cuatro meses y medio que estaba enferma de perlesía, que toda la parte ezquierda no podía mandar ni menear, y había llegado a perder el habla y estar por espacio de quince días perdida la vista de los ojos. Curábanla de los mejores médicos de Portugal y con ninguna medecina halló mejoría; ofrecióse venir en el tiempo de pascua en que tenía obligación de recibir el Santísimo Sacramento, y, porque no podía hablar para confesarse, le aconsejó el cura de su fe[li]gresía[907] que inviase a llamar al padre con quien se acostumbraba confesar otras veces, que por señas, o como pudiese, confesase con él y se le daría el Santísimo Sacramento; y para este efecto envió a llamar al P. Fray Fernando de Santa María, religioso de la orden de Santo Domingo con que solía confesarse; el cual, viendo que no hablaba, sacó de la manga un pedazo de lienzo que traía consigo y díjole que tomase aquel lienzo, que era de la madre priora de la Anunciada, y con mucha fe le pusiese en la boca en nombre del Esposo y hablase. Y, en poniéndosele[908] y haciendo con él la señal de la cruz, súbitamente habló nombrando tres veces el nombre de Jesús; y de ahí adelante habló como de antes solía y muy mejor; de que dicho padre Fray Fernando y los médicos que la curaban quedaron muy espantados y contentos. Y pidióla le enviase un poco de agua de la dicha madre prioresa, con la cual agua mojó el lienzo que / v. tenía y lo puso sobre las partes enfermas de la perlesía y, después de haberlas mojado en él, le dió un sudor con que se adormeció por espacio de dos horas; y, acordando del sueño, se halló sana de todas las enfermedades que tenía. Y de allí a dos días, que fue día de Pascua, se levantó y fue a comulgar.

De este milagro susodicho se hace minción en la relación que se invió al Papa, y también de la cura de doña Beatriz de Mora, hermana de don Cristóbal[909] de Mora.

De las cosas que en la Anunciada tomó información Manuel de Cuadros, conviene a saber: de la vida

907 fregresia, ms.
908 puniéndosele, ms.
909 Crispobal, ms.

santa de la madre prioresa y de las claridades y luces que se ven en la celda, y de las señales de las llagas, y de verla levantada del suelo, y de haber tenido antes de esto en el costado llaga, y de tener corona de espinas en la cabeza son testigos, Guiomar de la Asunción, María de la Cruz, Ana de Santa María, Beatriz de Jesús, Beatriz Bautista, María de las Chagas, Antonia de la Cruz, y testifican de esta manera de su virtud, oración, raptos, penitencia, caridades y señales de las llagas. Testifican todas de vista y Ana de Santa María testifica de vista que, pasando un día por su celda de noche, oyó que decía un verso y callaba otro; después le preguntó quién rezaba con ella, y dijo que el Esposo. / 121 r. Antonia de la Cruz, Beatriz de Jesús, Beatriz Bautista testifican que, estando en los raptos, no respondía sino a recaudos verdaderos de la obidiencia. Ana de Santa María testifica que había trece años que ella y Beatriz de Jesús y María de Jesús quitaron una cofia a la dicha madre prioresa por estar con grandes dolores de cabeza, la cual estaba llena de sangre y le vieron en la cabeza un bergón levantado cuanto un dedo, bermejo, y con unos agujericos por él, de los cuales parece que salió sangre que estaba por la cofia alrededor a manera de corona. De que haya tenido llaga en el costado antes de agora testifícalo de oída.

SERMÓN CONTRA LOS ESCÁNDALOS EN LAS CAÍDAS PÚBLICAS

por Fr. Luis de Granada, O.P.

Nos ha parecido necesario añadir en apéndice este sermón que es el testamento espiritual y literario de Fr. Luis. En él tenemos la última palabra suya en el enojoso asunto de Sor María y, con equilibrio y energía, una bella síntesis de todo su mensaje.

En la edición príncipe lleva este título y portada:

"*Sermón en que se da aviso / que / en las caídas públicas / de algunas personas / ni se pierda el crédito de la virtud de los buenos / ni cese y se entibie el buen propósito de los flacos / compuesto por el R.P.M. Fray Luis de Granada / de la orden de Santo Domingo. / En Lisboa / Impreso con licencia del Santo Oficio y del Ordinario / por Antonio Ribera / MDLXXXVIII. / Véndense en casa de Juan Despaña, librero.*"

Cf. *Obras*, edic. CUERVO, vol. XIV, p. 515.

AL CRISTIANO LECTOR

Costumbre ha sido siempre en la Iglesia de todos los ministros de la palabra de Dios acudir con su doctrina a las necesidades espirituales de ella, y de aquí procedieron tantos libros que, en diversos tiempos, se han escrito contra diversas herejías; y otros que trataron de la divina Providencia contra los que, viendo las calamidades y desórdenes de la vida humana, la negaron. Y no sólo con sus escripturas, sino mucho más con la doctrina de sus sermones procuraron ocurrir a estas necesidades alumbrando y desengañando a la gente de poco saber. Pues, considerando yo ahora algunas necesidades que se han ofrecido en nuestros tiempos y a que los predicadores y ministros de la palabra de Dios deben acudir, ya que por causa de la edad no puedo ejercitar este oficio, quise, con el favor divino, ayudar algo con la escriptura, suplicando a Nuestro Señor muy de corazón quiera El dar virtud a estas palabras para que prendan en los corazones de los que las leyeren y les den luz y conocimiento de lo que en semejantes ocasiones deben hacer. Y si esta escriptura no bastare para enfrenar a los que en estos casos hablan con poca caridad y mucha soltura, a lo menos aprovechará a los flacos y pusilánimes para que, ayudándoles Nuestro Señor, no desmayen ni desistan de sus buenas obras y santos propósitos.

Argumento de este sermón

Dos principales males se siguen cuando alguna persona de grande reputación de santidad cae en algún error o pecado público. El uno, es descrédito de la virtud de los que son verdaderamente buenos, pare-

ciendo a los hombres ignorantes que no se debe fiar de ningún bueno, pues éste que parecía tal vino a dar tan gran caída. El otro, es el desmayo y cobardía de los flacos, que por esta ocasión vuelven atrás o desisten de sus buenos ejercicios. Y en estos casos así como son diversos los juicios y pareceres de los hombres, así lo son también sus afectos y sentimientos. Porque unos lloran [otros ríen], y otros desmayan. Lloran los buenos, ríen los malos y los flacos desmayan y aflojan en la virtud y el común de la gente se escandaliza. Pues de todas estas cosas, con el favor y ayuda de Nuestro Señor, pretendo tratar en este sermón e inducir a todos los fieles a lo que en semejantes casos, según Dios y toda buena razón, deben hacer y sentir.

Sermón del P. Maestro Fray Luis de Granada fundado sobre estas palabras del Apóstol

Quis infirmatur et ego non infirmor? quis scandalizatur et ego non uror? Esto es, *¿Quién está flaco en el espíritu, que yo no me compadezca de é?, ¿quién se escandaliza que yo no me abrase?* [2]

Nuestro glorioso padre Santo Tomás en una muy devota oración, en la cual pide a Nuestro Señor muchas virtudes y gracias, una de las principales es que, siendo tantas las alteraciones y mudanzas de esta vida, nunca desfallezca entre las prosperidades y adversidades de ella, sino que en las prosperidades le dé gracias y en las adversidades tenga paciencia; y así ni en las unas se levante y envanezca ni en las otras se acobarde y desmaye. Dejemos ahora las prosperidades, pues tan fuera están nuestros tiempos de ellas, y tratemos de las adversidades de que estamos por todas partes cercados.

Entre las cuales, unas son corporales, como son las guerras, hambres y mortandades; y otras espirituales, que tocan más en lo vivo, como son las herejías, que hacen guerra a la fe y los malos ejemplos y vida estragada de los malos, que perjudican las buenas costum-

2 2 Cor., 11, 29.

bres. Los cuales ejemplos, que son hechos y dichos de los malos, son tan poderosos para dañar, que sus palabras cunden como cáncer y sus hechos inficionan y matan las ánimas, por las cuales Cristo derramó su sangre. Pues contra los tales dice San Bernardo: "Si el Salvador dió su sangre en precio y redempción de las ánimas, ¿no os parece que le persigue más (cuanto en sí es) el que con malas palabras y malos ejemplos aparta las ánimas de su servicio que el que derrama la sangre que él ofreció por ellas? Y si el demonio se llama homicida en el Evangelio [3] porque mata las ánimas, incitándolas a pecar; ¿no será también homicida el que con su mala vida y mal ejemplo hace lo mismo?" [4]

Mas, entre los malos ejemplos que se ofrecen en la vida humana, el más dañoso es cuando una persona, tenida en gran reputación de santidad, viene a caer en algún pecado. Porque aquí es donde los buenos lloran y los malos ríen y los flacos desmayan y, finalmente, casi todos se escandalizan y pierden el crédito de la virtud de los buenos.

Contra éstos no tengo otra más eficaz respuesta que la que San Agustín da en un caso semejante, que fue la caída de una persona religiosa de las que militaban debajo de su regla y compañía; donde el santo doctor, predicando contra el escándalo del pueblo, dice estas palabras:[5] Decidme, hermanos, ¿por ventura mi casa es mejor que el arca de Noé [6] en la cual, de tres hijos que este santo tuvo, uno fue hallado malo? ¿Por ventura es mejor la casa del patriarca Jacob [7] en la cual, 12 hijos que tuvo, uno sólo fue virtuoso que fue Joseph? ¿Por ventura es mejor que la casa del patriarca Isaac [8] en la cual, de dos hijos que le nacieron de un parto, el uno fue escogido de Dios y el otro reprobado? ¿Por ventura es mejor que la casa de Cristo Nuestro Salvador [9] en la cual, de doce apóstoles que El escogió, uno le fue traidor y le vendió? ¿Por ventu-

3 Cf. Jo., 8, 44.
4 S. Bern., *Flor.*, c. 192 *de Scand.*
5 S. Aug., t. II, ep. 137 *ad Cler. et Pop. Hipon.*
6 Cf. Gen., 6, 14; 9, 18 y 22-25.
7 Cf. Gen., 37.
8 Cf. Gen., 25, 23.
9 Cf. Joan, 13.

ra es mejor que la compañía de los siete diáconos, llenos del Espíritu Santo,[10] escogidos por los apóstoles, para tener cargo de los pobres y viudas; entre los cuales uno, por nombre Nicolao, vino a ser heresiarca? ¿Por ventura es mejor que el mismo cielo,[11] de que tantos ángeles cayeron? ¿Y que el paraíso de la tierra,[12] en el cual los dos primeros padres del género humano, criados en justicia y gracia, fueron echados de este lugar por su pecado?" Hasta aquí son palabras de San Augustín, de las cuales colegimos dos cosas: la una, que nadie se debe espantar, como de cosa nueva, que en todos los estados, por perfectos que sean, haya alguno que cayan; y la otra, que no debemos juzgar por los que caen a los que quedan y están en pie; como lo vimos en este mismo discurso, donde entre esos que cayeron, quedaron otros que perseveraron en su virtud. Y por aquí entenderemos la poca razón que tienen los que se maravillan y escandalizan cuando alguna persona notable desvara y cae. Porque ¿quién más santo que David, varón escogido y conforme a la voluntad de Dios y lleno de espíritu profético,[13] y vemos cuán feamente cayó? ¿Y quién más sabio que Salomón que tantos misterios y maravillas alcanzó y escribió en el libro de los Cantares, y vemos a qué extremo de maldad llegó, pues vino a adorar ídolos.[14]

Y de estos ejemplos pudiéramos traer infinitos de que están llenas las historias eclesiásticas; pero uno sólo referiré aquí, que se escribe luego al principio de las vidas de los padres del yermo: Y éste fue que un monje que moraba en lo más apartado de aquel desierto, el cual había vivido muchos años ejercitándose en grandes abstinencias y virtudes admirables y recibido de Dios muchas revelaciones, con espíritu de profecía; y con esto, a cabo de muchos años y de muchos santos trabajos, recibió de Nuestro Señor un tan grande favor, que por mano de los ángeles era proveído de mantenimiento; porque, llegada la hora de comer, entrando más adentro de su cueva, hallaba

10 Cf. Act., 6, 5.
11 Cf. Apoc., 12, 9.
12 Cf. Gen., 3, 23-24.
13 Cf. 2 Reg., 11.
14 Cf. 3 Reg., 4 y 11, 5-8.

un pan muy blanco y muy suave que comía dando gracias a Dios y gastando lo más del día y de la noche en himnos y oraciones. Viéndose, pues, honrado con tantos favores, vino a reinar en su corazón un pensamiento de que por el mérito de sus trabajos había alcanzado tan grandes favores. Y como sea verdad lo que dice Salomón,[15] que antes de la caída se levanta el corazón del hombre, comenzó el demonio a solicitarle por esta vía y armarle lazos para la caída. Y dejando aparte el proceso de toda esta tentación, que fue largo, finalmente vino a inflamar su corazón con un tan grande ardor del vicio sensual que se determinó de dejar el yermo; y así lo hizo, aunque en medio del camino le acudió Nuestro Señor y lo revocó de su mal propósito. Por aquí, pues, verá el hombre la poca razón que tiene para escandalizarse de estas caídas de nuestros tiempos, pues un tan grande santo como éste, a quien los ángeles servían y traían de comer, vino a dar tan gran caída. Y no es razón que porque éstos y otros tales cayen, condenemos a la universidad de todos los otros buenos; ni por la santidad fingida y falsa de algunos, juzguemos que todos los buenos son tales. En el Testamento Viejo había muchos falsos profetas que decían haberles Dios enviado a profetizar y enseñar a su pueblo. Mas no por ser éstos falsos y engañadores dejamos de creer que había otros muchos profetas verdaderos, como fueron Isaías, Hieremías, Ezequiel, Daniel, y otros muchos. Y en el Testamento Nuevo hubo también otros muchos falsos apóstoles de quien se queja el apóstol San Pablo,[16] diciendo que *eran obreros engañosos y que se transfiguraban en los verdaderos apóstoles de Cristo. Y no es esto,* dice él, *de maravillar, pues también Satanás se transfigura en ángel de luz y por esto no es maravilla que sus ministros quieran contrahacer a los verdaderos ministros de justicia, cuyo fin* dice él *que será conforme a sus obras*. Pues siendo esto así, ¿cuán grande yerro sería que por la máscara de estos falsos apóstoles dejásemos de creer a los verdaderos?

También entre los discípulos de Cristo hubo algu-

15 Prov., 18, 12.
16 2 Cor., 11, 13-15.

nos que se escandalizaron de su doctrina y se despidieron de El. Por donde el Señor dijo a los más que quedaban:[17] *¿Vosotros también queréis os ir?* A lo cual respondió San Pedro por todos: *¿Adónde iremos, Señor, pues tienes palabras de vida?* Mas aunque aquéllos se escandalizaron y se fueron, quedaron los otros setenta discípulos, y después predicaron la buena nueva del Evangelio al mundo. También entre aquéllos santos monjes del desierto hubo algunos engañados del demonio; mas no debemos juzgar por éstos a los otros santísimos padres.

Y descendiendo a las cosas humanas, ¿cuántas veces acaece que una mujer casada de grande estima viene a ser comprehendida en adulterio? Pues ¿luego, por este ejemplo, condenaremos a todas las otras casadas? No, por cierto. Y si esto sería gran locura, no es menor que por un bueno que cae o por un hipócrita que se descubra juzguemos por tales a todos. A este propósito hace lo que acaeció al profeta Elías estando en una cueva en el monte Oreb,[18] huido de la reina Jezabel, que lo buscaba para matarlo, al cual apareció Dios (que nunca desampara a los que son perseguidos por El) y díjole: *¿Qué haces aquí, Elías?* El respondió: *He zelado y vuelto por la honra del Señor Dios de los ejércitos; porque los hijos de Israel han desamparado tu ley y derribado tus altares y muerto a tus profetas, y he quedado yo solo, y agora búscanme para matarme.* A esto le respondió el mismo Señor y, entre otras cosas, le dijo que *no era él sólo el que había conservado la fe con Dios; porque en ese pueblo tan perdido tenía El siete mil hombres que no habían inclinado sus rodillas ante el ídolo de Baal.* Esto parece, pues, que se puede con corazón responder a los que por la caída pública de uno piensan que todo es ya perdido y que no haya que fiar de nadie, por bueno que parezca, pues tiene Dios otros muchos siervos escondidos que el mundo no conoce.

Y este juicio redunda en daño de los mismos que esto juzgan; porque con esta siniestra opinión que tienen de los buenos pierden el fruto que pudieran sacar

17 Joan, 6, 67-68.
18 3 Reg., 19, 9-10 y 18.

de su doctrina y buen ejemplo, demás de ser este juicio temerario y de cortos y precipitados entendimientos, e injurioso a los buenos, que deben ser muy reverenciados, pues a sola la virtud se debe reverencia y honra. Y contra éstos milita un decreto del Papa Zeferino, el cual, hablando de estos juicios, dice así: *Temeraria cosa es juzgar los hombres los secretos y intenciones de los corazones. Y no viendo de fuera sino de obras buenas, temeridad es por sola sospecha condenar las personas, pues nos consta que a solo Dios pertenece saber lo secreto de los corazones.* Aristóteles dice que una de las causas por donde los hombres yerran en el juicio de las cosas, es no considerar todo lo que hay en ellas y moverse fácilmente a determinarlas por mirar algo y no mirarlo todo. Y este suele ser uno de los medios por donde el demonio engaña a muchos.

Por lo cual, tenemos ejemplo en Bala[a]m y en el rey de los Moabitas, el cual viendo que Bala[a]m, mirando todo el ejército de los hijos de Israel asentado en un valle y pareciéndole dende allí muy hermoso, le comenzó a bendecir y alabar; indignado de esto el rey (que lo había traído para maldecir al pueblo), le dijo:[19] *Vamos a otro lugar dende el cual veas parte de este pueblo y no le veas todo, y así quizá le maldirás.* Pues esto mismo hace el demonio para engañarnos, haciendo que en estos casos pongamos los ojos en uno solo que cae y no miremos los muchos que están en pie y perseveran en la virtud. Y así nos arrojamos muy de priesa a juzgar las cosas sin más deliberación. por donde, prudentemente dicen los juristas que la precipitación en la determinación de las cosas es madrastra del juicio de la verdad.

Preguntará, pues, agora un hombre que desea salvarse lo que debe hacer en estos acaecimientos. Respondo que (pues el Apóstol dice,[20] que *a los que aman a Dios todas las cosas suceden para mayor bien suyo*), lo que debe hacer en estos casos es no condenar a los otros sino temer a sí mismo y escarmentar en cabeza ajena, y mirar que si aquél cayó de un estado tan per-

19 Num., 23, 27.
20 Cf. Rom., 8, 28.

fecto, mucho más cerca está de caer el que está menos perfecto. Pues de semejantes caídas no teman los siervos de Dios ocasión para estimar a sí y despreciar a los que cayeron, sino para vivir de ahí adelante con mayor temor y desconfianza de sí mismos, diciendo entre sí: Yo soy hombre como aquél, y concibido en pecado como él, y subjecto a las mismas tentaciones que él; ni tengo más prendas de Dios que él, y navego en el mismo mar que él, sin haber llegado a puerto seguro; ni sé si tengo don de perseverancia hasta la fin, el cual sé que no cae debajo de merecimiento, porque lo da Dios a quien El es servido; ¿pues, qué hay en mí para que no corra el mismo peligro que aquél? Y por esto, muy a propósito, me previene y avisa el Apóstol diciendo:[21] *El que piensa que está en pie mire por si no caya.* Si cae David y Salomón, ¡pobre de mí!, ¿qué haré yo? Este es, pues, el fructo que saca el humilde y prudente siervo de Dios de semejantes caídas: más temor, más humildad y mayor cuidado de huir todas las ocasiones que le pueden atravesar el pie para caer, y no condenar a muchos por ejemplo de uno.

Y advierta también quien en estos casos desea acertar que no se indigne contra aquél que cayó, sino antes se compadezca de su caída y no pierda la esperanza de su enmienda. Porque muchas veces las grandes caídas vienen a ser ocasión de grandes penitencias y mudanzas de vida. En las vidas de los padres del yermo se escribe de una religiosa que, después de veinte años de vida perfecta, vino a dar una muy fea caída; y deseperada y aborrecida de sí misma, fue a acabar de perderse al mundo. A la cual un santo monje, tío suyo, por nombre Abraham, revocó de aquel estado por un medio extraordinario y admirable. Y llegó a hacer tal penitencia tres años que vivió, que vino a hacer milagros. Pero más admirable ejemplo es el del rey Manasés, de quien cuenta la Escriptura Divina[22] que *hinchió a Hierusalem de sangre de profetas;* entre los cuales aserró al gran profeta Esaías. Y por estos pecados fue llevado preso a Babilonia y puesto en hierros;[23] donde la pena abrió los ojos que había ce-

21 1 Cor., 10, 12.
22 Cf. 4 Reg. 21, 16.
23 Cf. 2 Par., 10-12.

rrado la culpa, e hizo tal penitencia, que por ella no solamente fue perdonado y librado de la cárcel, más también restituido en su reino; habiendo dejado tan estragado y ocupado de idolatrías, que por estos pecados (de que él fue causa), siendo él perdonado, el reino fue destruido y llevado a Babilonia cautivo. Tan grande es la misericordia de Dios y tanto puede para con El la penitencia después de muy grandes culpas. Lo cual he dicho para que nunca desconfiemos de la caída de nadie, por grande que sea.

I. *Del sentimiento que los buenos tienen en las caídas de sus prójimos, y de la fiesta y alegría de los malos*

Lo que hasta aquí se ha dicho sirve para remediar el daño que de estas caídas se suele seguir, que es perderse el crédito de la virtud. Mas agora trataremos de los otros efectos que de aquí suelen seguirse (según arriba tocamos), que son: llorar los buenos y reír los malos y desmayar los flacos.

Y tratemos primero de las lágrimas de los buenos; las cuales proceden de la naturaleza y condición de la caridad, de la cual virtud dice el Apóstol[24] que *no se alegra con la maldad, mas alégrase con la verdad.* Porque, como los buenos aman a Dios sobre todas las cosas y a los prójimos como a sí mismos, no pueden dejar de sentir los males de ellos, y mucho más los espirituales que tocan más en lo vivo; y por esto tienen muchas causas por qué llorar.

Lloran porque sienten la muerte del ánima que cayó. Lloran porque el justo se desvió del camino de la justicia. Lloran por ver que el que era hijo de Dios se hizo, pecando, esclavo del demonio. Lloran por ver que aquel lobo infernal arrebató una oveja de la manada de Cristo, y se la tragó. Lloran por ver disminuido el Reino de Cristo, y acrecentado con un vasallo más el del demonio. Lloran por ver que una estrella que resplandecía y alumbraba con la luz de su buen ejemplo, se eclipsó y escureció. Lloran por ver que el

24 1 Cor., 13, 6.

ánima, que era esposa de Cristo, se hace sierva del demonio. Lloran por el grande daño que el ánima de un justo recibe pecando, porque a la hora se sale Cristo de ella por una puerta y el demonio entra por otra y se apodera de la posada, de modo que la que era templo vivo del Espíritu Santo se hace cueva de serpientes y basiliscos. Esta es, pues, la causa del dolor y sentimiento de los santos cuando ven los pecados de sus prójimos, mayormente los de aquellos que habían de ser luz y guia de los otros.

De aquí procedían las lamentaciones de Hieremías, en las cuales lloraba tan amargamente los pecados de su pueblo, que vino a decir aquellas palabras de tanto sentimiento:[25] *¡Oh vosotros que pasais por este camino, mirad si hay dolor semejante a mi dolor!* Y no menos llora Esaías esta calamidad, sin querer admitir consolación, sino hartarse de llorar los males de sus prójimos y los castigos de ellos. Y así dice:[26] *No trate nadie de consolarme, porque mi dolor es tan grande que no admite consolación.* De aquí también procedieron las lágrimas del Apóstol que él derramaba *por los que pecaron y no hicieron penitencia de sus pecados,* como lo escribe a los de Corinto.[27] De aquí el dolor que muestra en la Epístola a los de Galacia, diciendo:[28] *Hijuelos míos, que torno a pariros de nuevo con dolores hasta que Cristo sea formado en vosotros.* Mas todo esto es poco en comparación de lo que escribe a los romanos,[29] haciendo un solemne juramento y trayendo al Espíritu Santo por testigo de lo que afirmaba, diciendo que *era continuo el dolor y tristeza de su corazón, por ver la ceguedad de los judíos, sus hermanos, ofreciéndose a ser anatema de Cristo por amor de ellos,* que es carecer por algún tiempo de todos los bienes y riquezas que esperaba de Cristo por sus trabajos.

¿Pues, qué diré de las lágrimas de los santos del Testamento Nuevo? ¡Con qué lágrimas llora San Cipriano[30] las caídas de los que por temor de los tor-

25 Lamentac., 1, 12.
26 Cf. Is., 22, 4.
27 Cf. 2 Cor., 12, 21.
28 Gálat., 4, 19.
29 Cf. Rom., 9, 2-3.
30 S. Cyp., serm. *de Lapsis.*

mentos de los tiranos habían renegado la fe! ¡Cuál era el sentimiento de nuestro padre Santo Domingo, de quien se escribe que se derretían sus entrañas como la cera en el fuego, con el dolor y celo de la gente que perecía por sus pecados! ¡Cuál el de su hija santa Catarina de Sena, la cual, con un nuevo y extraño encarecimiento y dolor de la perdición de los hombres, pedía a su Esposo que atapase con ella la boca del infierno para que ninguno entrase allá!

Pero sobre todos estos sentimientos es admirable el del santo profeta Esdras (que redujo el pueblo de Israel del cautiverio de Babilonia a Hierusalem), el cual, viendo el pecado que el pueblo había hecho casándose con mujeres hijas de gentiles, contra la ley de Dios, fue tan grande su sentimiento que rasgó sus vestiduras,[31] hasta la túnica interior, y arrancó los cabellos de su cabeza y los pelos de la barba, y, postrado ante la presencia de Dios, extendiendo sus manos, dijo que *se confundía y avergonzaba de levantar sus ojos ante la Divina Majestad;* y esto no por sus pecados propios, que no los tenía, sino por los de su pueblo.

Para que por este ejemplo vean los hombres desalmados que triunfan y hacen fiestas en la caída de sus hermanos, cuán lejos están de este afecto y sentimiento. Lo cual tengo por una gran señal de reprobación, así como lo contrario es señal de predestinación. Y esto se puede entender por aquella visión del profeta Ezequiel,[32] en la cual le mostró Dios en espíritu seis hombres con armas en las manos, entre los cuales venía uno vestido de blanco con un tintero en la cinta. Y a este escribano mandó Dios que fuese por medio de la ciudad de Hierusalem, y pusiese una señal, que llaman *Tau*, sobre las frentes de los hombres que hallase gimiendo y llorando por las ofensas y abominaciones que se hacían contra Dios. Y a los seis hombres armados mandó que sin ninguna piedad pasasen a cuchillo todos los moradores de la ciudad, sin perdonar a viejos ni mozos, ni vírgenes ni niños ni mujeres; mas que no tocasen en aquéllos que viesen señalados en la frente con aquella señal susodicha; que comenzasen de su

31 Cf. Esdr., 9, 3-6.
32 Cf. Ez., 9.

santuario, que es de los sacerdotes y ministros del templo. Por lo cual entiendo (como dije) ser este gemido y sentimiento una gran señal de predestinación.

Estas lágrimas eran de varones santos y moradores de Dios. Mas, ¿qué diremos aquí de las lágrimas del mismo Señor de los santos? El cual sabemos que lloró sobre la ciudad de Hierusalem,[33] no tanto por la destrucción de ella cuanto por la causa, que era el pecado de no haber recibido a su Salvador. ¿Pues qué cosa más admirable y más digna de la bondad de Dios que llorar el mismo Juez, ofendido, los pecados que contra El se cometieron, y las penas con que los había de castigar? ¿Qué diré también del sentimiento de los mismos ángeles, especialmente de los de nuestra guarda, cuando ven miserablemente caídos a los que ellos tan solícitamente guardaban? Sobre lo cual dice San Agustín, hablando con Dios:[34] "Señor, cuando hacemos buenas obras alégranse los ángeles y entristécense los demonios; mas cuando las hacemos malas, alegramos a los demonios y privamos (cuanto en nos es) de su alegría a los ángeles." Porque como ellos se alegran cuando un pecador se levanta y hace penitencia;[35] así los demonios se alegran cuando un justo cae y desampara la penitencia.

Y para confirmación de esto, no dejaré de referir aquí lo que acaeció a uno de aquellos santos padres del yermo: el cual después de haber llegado a la cumbre de todas las virtudes, comenzó a envanecerse, y atribuir a sus merecimientos y trabajos la santidad que tenía; y conociendo esto el demonio y entendiendo cuán cerca está la caída de quien así se levanta, tomó forma de mujer muy bien parecida y llegando a boca de noche a la cueva del monje, lloraba y rogábale le diese lugar en ella porque aquella noche las bestias fieras no la despedazasen. Vencido, pues, él con este color de piedad la recibió. Entonces el enemigo comenzó a inflamarlo con ardores de un fuego infernal; y tanto pudo que finalmente el desventurado, vencido de aquella furiosa pasión, extendió sus brazos para abrazar la mu-

33 Cf. Luc., 19, 41.
34 S. Aug., *Solil.*, t. 9, c. 27.
35 Cf. Luc., 15, 7.

jer. Y entonces el demonio dio un grande y terrible aullido y deshízose en el aire como sombra que era, dejando burlado al miserable cautivo. Estaba a la sazón allí una gran cuadrilla de demonios esperando el fin de la batalla; y, vista la victoria, levantaron las voces en el aire con grandes risadas y alegrías, diciendo: ¡Ah monje, monje, que te levantabas hacia el cielo, cómo has caído en el infierno! Aprende, pues, aprende, que el que se levanta será humillado. ¿Veis, pues, por este ejemplo el alegría y fiesta que hacen los demonios en nuestras caídas? ¿Veis cumplido lo que dice San Agustín, que como los ángeles se alegran cuando un pecador hace penitencia, así los demonios, capitales enemigos nuestros, se alegran y triunfan cuando un justo desampara la penitencia?

Pues si esta alegría es propia de los demonios, enemigos de Dios y nuestros, ¿qué podemos juzgar de los que en estas caídas se alegran, sino que tienen el mismo espíritu de ellos, pues así se alegran como ellos? Y si la alegría de los demonios nace de ser enemigos de Dios y nuestros, ¿qué podemos aquí juzgar de los que en estas caídas se alegran, sino que tienen el mismo espíritu de ellos, pues así se alegran como ellos? Y si la alegría de los demonios nace de ser enemigos de Dios y nuestros, ¿qué podemos aquí juzgar de los que así se alegran sino que son enemigos de Dios y nuestros? Porque si fueran verdaderamente amigos, llorarían nuestros males y no se alegrarían como ellos. Dijo Nuestro Salvador[36] que Zaqueo, el públicano y de linaje de gentiles, era hijo de Abraham, porque imitaba la santidad de él; ca de aquél se llama uno en la Escritura hijo cuyas obras imita. Pues ¿cuyos hijos llamaremos a éstos, que imitan al demonio y se alegran de lo que él se alegra y hacen fiesta de lo que él la hace, sino del mismo demonio?

Estos, pues, con sus escarnios, son impedimientos de la virtud, ponzoña del mundo, escándalo de los flacos, compañeros de Herodes, que buscan a Cristo recién nacido en las ánimas de los nuevos para matarlo; lobos vestidos de piel de oveja para engañar; zizania que ahoga la simiente de la palabra de Dios para

36 Cf. Luc., 19, 9.

que no crezca en las ánimas; hombres desalmados, que no tienen de cristianos más que la crisma, y la fe y esperanza muertas para que, por esa fe que tienen, sean juzgados cuando de esta vida partieren.

¡Cuán diferente era el espíritu y ánimo del grande emperador Constantino, de quien se escribe esta memorable sentencia: "Si viese caído un sacerdote en algún pecado, yo mismo le cubriría con mi mano por evitar el escándalo y mal ejemplo que de aquí se sigue a los flacos! Pues considerando el Apóstol estas caídas, y sintiendo el escándalo que de aquí se seguía a los flacos, dice:[37] *¿Quién está flaco que yo no lo esté? Y ¿quién se escandaliza que yo no me abrase?* ¡Quién tuviera ojos para ver de la manera que ardían las entrañas de este apóstol cuando veía una ánima por quien Cristo derramó su sangre, caer del estado de la gracia en las uñas y garganta del dragón infernal! Y no menos sentía esto el real profeta, cuando decía:[38] *Vidi prevaricantes et tabescebam.* Dando a entender que se deshacía y consumía su ánima cuando consideraba las ofensas que se hacían contra Dios.

II. *De la gravedad del pecado del escándalo y del azote con que Dios lo castiga*

Mas ¿quién declarará con palabras la gravedad de este pecado que llamamos escándalo? Y por escándalo no entendemos aquí la admiración y espanto que los hombres conciben con semejantes caídas, sino por este término entendemos, en rigor de Teología, cualesquier palabras y obras con que damos a otros motivos para pecar y apartarse del bien. Pues cuán grande sea este pecado, declláralo el Salvador en el Evangelio por estas palabras:[39] *Quienquiera que escandalizare uno de estos pequeñuelos que en Mí creen seríale mejor que le atasen una piedra de molino al cuello y lo sumiesen en el profundo de la mar. ¡Ay del mundo por razón de los escándalos* porque, supuesta la malicia de los

37 2 Cor., 11, 29.
38 Ps., 118.
39 Mat., 18, 6-7.

hombres, *no pueden faltar escándalos; mas, ¡miserable de aquél por quien el escándalo viene!*

Ni faltan ejemplos para declarar la gravedad de este pecado. Todos sabemos cuán grande fue el pecado de David cuando tomó la mujer ajena y mató a su marido; y lo que Nuestro Señor encareció en este pecado fue el escándalo, diciendo:[40] *Quonian blasphfemare fecisti inimicos nomen Domini.* Esto es, *Porque diste motivo a las naciones comarcanas de blasfemar el nombre del Señor,* poniendo mácula en El, y diciendo que era injusto, pues había escogido para rey de su pueblo un hombre que cometió un tan gran pecado. Y por esto le envió el mismo Señor a decir *que el niño que había nacido de aquel adulterio moriría en pena de este escándalo.* Y por más oraciones que hizo David y más lágrimas que derramó y más extremos que hizo por la vida de aquel niño (tanto que sus criados no le osaban dar la nueva de su muerte, pareciéndole que reventaría de dolor); con todo esto, nunca Dios lo quiso oír.

Y aunque éste es un grande argumento de la malicia de este pecado, otro os contaré mayor de dos sacerdotes, hijos del sumo sacerdote Helí; los cuales usaban tan mal del oficio sacerdotal que retraían los hombres del culto y servicio de Dios. Y así dice la Escritura:[41] *Erat igitur peccatum puerorum grande nimis coram Domino, quia retrahebant homines a sacrificio Domini.* Y en este tiempo apareció Dios de noche al niño Samuel, mandándole que dijese a Helí[42] *que El haría un tan gran castigo en el pueblo de Israel que quienquiera que lo oyese le retiniesen las orejas; porque sabiendo el escándalo que sus hijos daban al pueblo, no los castigó con el rigor que el caso pedía.* Y el castigo que de ahí a poco se siguió fue que, viniendo los filisteos a hacer guerra a los hijos de Israel, en la primera batalla les mataron cuatro mil hombres;[43] por lo cual los capitanes del ejército enviaron por el arca del Testamento, en que tenían puesta su confianza, para que los defendiese de sus enemigos. Traída, pues,

40 2 Reg., 12, 14.
41 1 Reg., 2, 17.
42 Cf. 1 Reg., 3, 11.
43 Cf. 1 Reg., 4.

el arca, sucedió el negocio tan al revés de lo que pensaban que, travada la batalla (cosa de grande admiración), los filisteos mataron treinta mil hombres de los hijos de Israel, y prendieron la misma arca del Testamento, y los dos sacerdotes, hijos de Helí, que venían con ella, murieron en la misma batalla; y la mujer de uno de ellos, oída la muerte de su marido, murió de parto; el sumo sacerdote (que era ya muy viejo), oídas estas tan tristes nuevas, y más la prisión del arca, estando sentado en una silla, cayó de espaldas, y se hizo pedazos la cabeza. Por donde se entenderá con cuánta razón dijo Dios que *haría por aquel pecado de escándalo un castigo tan grande, que a quienquiera que lo oyese le retiniesen las orejas.*

¿Pues quién, oyendo éste tan terrible azote, no temblará de este pecado; el cual, en cierta manera, podemos decir ser el mayor de los pecados por grande que sean? Porque todos los otros pecados, aunque sean grandes, no dañan más que al hombre que los hace, mas éste daña a sí y daña a los otros que aparta del camino de Dios. ¿Pues, con qué se satisfará este daño, que es matar una ánima que Cristo compró con su sangre? Porque si oro es lo que oro vale, sangre de Cristo es lo que esa sangre costó.

Mas, con todo esto, procure el hombre descargarse de esta culpa en la manera que le fuera posible. Del santo fray Raimundo (que recopiló las Decretales, por las cuales hoy día se gobierna la Iglesia) se escribe que tomó el hábito de nuestra Orden. Y la causa fue porque, estando en el mundo, había persuadido a un mancebo que no fuese religioso; y, herido con este escrúpulo, parecióle que no tenía otro medio más conveniente para satisfacer este daño que tomar él el mismo hábito que había impedido. En la Ley antigua mandaba Dios [44] *que el que hiriese a una mujer preñada y la hiciese abortar y malparir estando ya la criatura en el vientre animada, que pagase con su propia vida la que había quitado a la criatura.* Pues esto mismo hacen los que con escarnios y vanos temores ignominiosos retraen del buen camino a los que han concebido en sus ánimas a Cristo, que es el buen pro-

44 Cf. Ex., 21, 22-25.

pósito de servirlo. De donde se sigue que si estos hombres se condenaren, no sólo padecerán penas por sus propias culpas, sino también por las de aquellos que pervirtieron. Por lo cual todo entenderá el cristiano cuán justo fue aquel ¡ay! y aquella exclamación de Cristo, cuando dijo: *¡Ay del mundo por razón de los escándalos!* [45]

Y con ser esta culpa tan grande, no faltan algunos cristianos que, o por ser faltos de devoción o por su particular inclinación, tienen una manera de hastío y asco a todos los ejercicios de devoción, y a las personas que los ejercitan, diciendo que son devocioncillas y cosas de mujercillas. Y de aquí nace que, cuando sucede alguna caída de éstas, luego se alegran y hacen fiesta, y se confirman en la mala opinión que tienen de estas cosas. A los cuales está ya promulgado el azote de Dios por Salomón que dice:[46] *El que se alegra en la caída de su prójimo no quedará sin castigo;* porque o en esta vida o en la otra será más rigurosamente castigado.

Y no faltan algunos predicadores que tienen el mismo afecto y disgusto de aquestos; y aún pasan tan adelante, que vienen a revesar en los púlpitos la poca devoción que tienen en sus corazones. Los cuales parece que de mastines que habían de guardar el ganado, se hacen lobos que los derraman; pues habiendo de animar y esforzar a los flacos y reprimir las lenguas de los maldicientes, los ayudan con algunas puntadas que dan en sus sermones con que desmayan y escandalizan los pequeñuelos

Y para afear esto no dejaré de referir aquí una providencia notable del Serenísimo rey de Portugal don Enrique; el cual, siendo cardenal y Inquisidor General de este reino, tenía cuidado (cuando alguna persona que profesaba virtud y devoción era castigada por el Santo Oficio) mandar a todos los predicadores que no hablasen palabra alguna con que se pudiese entiviar y enflaquecer la devoción del pueblo. Este era pecho verdaderamente cristiano, muy semejante al que el Apóstol tenía cuando decía:[47] *¿Qué está flaco que yo*

45 Mat., 18, 7.
46 Cf. Prov., 17, 5.
47 2 Cor., 11, 29.

no lo esté? ¿Y quién se escandaliza que yo no me abrase? Pues así temía este príncipe el escándalo que los pusilánimes conciben con las palabras dicha de aquel lugar de verdad. Y si a los predicadores parece bien el celo de este cristianísimo príncipe, procuren imitarlo; y entiendan que su oficio es esforzar los flacos en estas ocasiones y no desmayarlos, pues basta al diablo su malicia sin que ellos la acrecienten, favoreciendo a los que por su poca devoción condenan la devoción de los otros.

Estos son los que suelen decir que basta rezar un *Pater noster* y comulgar una vez en el año y no curar de esas novedades y santimonias. ¿Pues qué dirán éstos a San Pablo, el cual quiere que los hombres *hagan oración en todo lugar*,[48] y en otra parte [49] nos aconseja *hacer oración sin cesar*? Y, en otro lugar, repite la misma sentencia, diciendo:[50] *Daos a la oración con toda instancia, velando y perseverando en ella con hacimiento de gracias.* Pues si San Pablo, en quien Cristo hablaba, nos pide tan continua oración, ¿cómo decís vos que basta un *Pater noster*? Y si no os mueve lo que dice San Pablo, muévaos el mismo Cristo, el cual, en un lugar, dice [51] *que conviene orar siempre sin cesar;* y en otro, apercibiéndonos y previniéndonos para el día de la cuenta que todos habemos de dar (pues *todos habemos de ser presentados ante el tribunal de Cristo*), nos manda [52] *que velemos y hagamos oración en todo tiempo para que seamos merecedores de escapar de todas las plagas que han de venir al mundo antes del juicio final.* Cotejemos, pues, agora estas palabras y consejos de Cristo con vuestros pareceres. Vos decís que basta un *Pater noster* en este tiempo; Cristo dice tantas veces como habéis oído, que hagamos oración sin cesar. Una de dos ha de ser: o el Evangelio yerra o vos erráis, pues los pareceres son contrarios; mas el Evangelio es imposible errar, luego síguese que vos sois el que erráis y os engañáis. Mas, replicaréis vos diciendo que en esta sazón de

48 Cf. 1 Tim., 2, 8.
49 1 Tes., 5, 17.
50 Cf. Colos., 4, 2.
51 Cf. Luc., 18, 1.
52 Cf. Luc., 21, 36.

tiempo conviene lo que decís. Bien sabía esto el Hijo de Dios, que es Juez de todos los siglos, y no hace esa distinción que vos hacéis. Antes cuanto los tiempos fueren más peligrosos, tanto mayor necesidad hay de estas armas espirituales; como lo mostró el mismo Señor, cuando, al tiempo de su pasión, armó sus discípulos con ellas, diciendo:[53] *Velad y orad porque no caigais en tentación.* Pues luego ¿qué tan grande desatino es al tiempo de la batalla rendir las armas cuando las hubiérades de tomar? Porque si es gran peligro hacer esto en las batallas corporales, ¿cuánto mayor lo será en las espirituales, que son más peligrosas y donde se aventura más que es perder la vida eterna?

Mas a todo lo que hasta aquí se ha dicho me podréis responder: padre, esta continuación de oración que vos alegais de San Pablo y del mismo Cristo, no pertenece a los preceptos y mandamientos divinos, sino a los consejos, a que no estamos obligados, porque en la Iglesia cristiana hay perfectos e imperfectos, hay flacos y principiantes, a los cuales San Pablo da leche de doctrina como a niños; y ésta es la mayor parte del pueblo cristiano. Respondiendo pues a esto, querría yo dar aquí un grande y necesario desengaño a todos los que desean salvarse. Sabed, pues, que por flacos y principiantes que sean los hombres, están obligados a evitar todo pecado mortal, so pena de estar en mal estado; y entre los mortales, el de la fornicación que es el más ocasionado. Por donde en el primer concilio que se celebró en el mundo, en que se hallaron los Apóstoles, fue muy detestado este vicio. Porque, moviéndose en el principio de la Iglesia una grande duda sobre si los que se convertían de la Gentilidad a la fe estaban obligados a guardar la ley le Moisén, en este sacro concilio se determinó que no estaban obligados a esta guarda,[54] sino que les mandasen que se apartasen del pecado de la fornicación, y de comer las carnes sacrificadas a los ídolos. Y es cosa mucho de notar que, habiendo otros muchos pecados mortales que todo fiel cristiano está obligado a evitar, de solo éste se hizo

53 Mat., 26, 41.
54 Cf. Act., 15, 19.

mención en aquel primer concilio del mundo Preguntaréis la causa. Esta es ser este pecado el más ocasionado de cuantos hay; porque tiene el hombre al enemigo de sus puertas adentro, por donde, aunque no haya demonio que le tiente de fuera, la concupiscencia y la mala inclinación de su carne basta para hacerle guerra continua. La cual inclinación es tan vehemente, que confiesan los teólogos que en ninguna parte quedó la naturaleza humana más cruelmente herida por el pecado original que en esta inclinación que sirve para la propagación del género humano; pues como los Apóstoles, llenos del Espíritu Santo, entendían muy bien esta Teología, aquí pusieron mayor recaudo, donde reconocían mayor peligro. Y, conformándose el apóstol San Pablo con este decreto apostólico, escribiendo a los de Tesalónica, les encomienda esta misma guarda por estas palabras:[55] *Hermanos, ruegoos y pidoos con toda instancia que procureis agradar a Dios y vivir de la manera que yo os enseñé, pues bien sabeis,* dice El, *los preceptos y mandamientos que de parte de Cristo os tengo dados. Porque la voluntad de Dios no es otra que la santificación de vuestras vidas, y ésta es apartaros de toda fornicación; para que sepa cada uno conservar su cuerpo con santidad y honra y no con deseos apasionados, como hacen los gentiles, que no conocen a Dios los cuales andan sumidos en el cieno de este vicio sensual.* En las cuales palabras veréis cómo resume el Apóstol la voluntad de Dios y la santificación del hombre en apartarse de este vicio carnal. Por donde, considerando aquel grande monje Antonio el estrago que este espíritu de fornicación hacía en el mundo, tuvo deseo de ver cosa que tanto daño hacía; al cual apareció en figura de un negrillo muy feo; y así le dijo el santo: "En figura vilísima me has aparecido y por eso de aquí adelante no tengo de haber miedo."

Digo, pues, que por nuevo y principiante que sea un cristiano, está obligado a vencer este enemigo tan familiar y tan poderoso, guardando castidad. "Y sabemos (como dice San Agustín)[56] que entre todas las batallas de los cristianos las más recias son las que militan con-

55 1 Tes., 4, 1-5.
56 S. Aug., t. X, Serm. 250 y 23.

tra esta virtud; donde es cotidiana la batalla, y muy rara la victoria." Y lo que es aún más de temer, que no sólo estamos obligados a guardar castidad en el cuerpo, sino también en el ánima. Ca por esto dijo el Salvador:[57] *quien viere una mujer y la codiciare, ya tiene cometido adulterio en su corazón.* Porque en el juicio de Dios todo es uno, la obra y el deseo determinado de ella, así en el bien como en el mal. Por donde tanto mereció Abraham estando aparejado para sacrificar su hijo, como si de hecho lo sacrificara;[58] y así no menos peca el que desea cometer este pecado, que si por obra lo cometiera. Pues según esto, como Sant Hierónimo dice, *Quis gloriabitur castum se habere cor?* Quiere decir: ¿Quién se gloriará de tener casto y limpio su corazón, si no procura todas las otras diligencias que se requieren para la guarda de esta limpieza?

Entre las cuales, la primera es la oración (de que arriba tratamos), que es arma general contra todas las tentaciones del enemigo. Otra, es la templanza en el comer y beber; porque enflaquecida la carne con la templanza, enflaquécense también los apetitos y encendimientos que nacen de ella. Otra, es la guarda de los ojos, que son puertas del ánima, por las cuales muchas veces entra la muerte: como entró a David, y a nuestra primera madre.[59] Otra es, y muy principal, huir las ocasiones de este vicio, y la comunicación de personas de sospechosa edad, aunque sean virtuosas; porque éstas afecionan más los corazones con la muestra de la virtud. Y es tan grande esta tentación, que San Agustín afirma[60] que en su tiempo vio por esta ocasión caídos cedros del monte Líbano y guías de la manada y grey de Cristo, esto es, personas de grande opinión de santidad caídas en pecado: "de cuya caída no dudaba yo más, dice él, que de Ambrosio y Hierónimo". Ved, pues, agora vos, qué debe de hacer la vara tierna del desierto, cuando ve caídos cedros del monte Líbano. Quiero decir, qué deben sentir los flacos, que son como caña vana que se muda a todos vientos, cuando ven

57 Mat., 5, 28.
58 Cf. Gen., 22.
59 Cf. 2 Reg., 11, 2; Gen., 3, 6.
60 S. Aug., apud D. Th., op. 64, *de peric. famil. mulier.*

éstos tan fuertes y tan levantados en santidad, tan feamente caídos.

Pues si éstos, por solo no evitar la ocasión susodicha, dieron tan gran caída, ¿qué será de vos, hombrecillo flaco, que tan lejos estáis de esta santidad, y decís que para ir al cielo basta un *Pater noster*, sin esas novedades y santimonias de algunos? No quiero alegar contra vos otro testigo sino vuestra misma consciencia. Meted la mano en vuestro seno y examinad los secretos y rincones de vuestro corazón y ved los que esto decís y hacéis de la manera que guardáis la limpieza de vuestra ánima; y muchos hallaréis en quién se verifica lo que dice un apóstol:[61] *Habentes oculos plenos adulterii, et incesabilis delicti*, esto es, "que tienen los ojos llenos de adulterios y de delitos que nunca cesan". Y dice esto, porque están tan desapercibidos y desproveídos de armas espirituales contra este vicio, que apenas abren los ojos para ver cosa de codicia, que no la codicien. Y esto es lo que llama este apóstol *delicto que nunca cesa;* porque, por maravilla, se ofrece a los tales esta ocasión, que no den de ojos en ella, por no andar apercibidos con estas armas susodichas.

III. *Reprehensión de los flacos, que por vanos temores aflojan de sus buenos propósitos*

Mas dejemos agora éstos y vengamos a los flacos; de los cuales dijimos que en estas caídas públicas de los buenos desmayan y desisten de sus buenas obras y devotos ejercicios por miedo del mundo. Los que esto sienten, y así lo hacen y dicen, más parece que viven con el mundo que con Cristo pues, por temor del mundo, dejan a Cristo. Deberían los tales acordarse de lo que aprendieron en las cartillas, que es ser el mundo uno de los tres enemigos del alma, no menos pernicioso que los otros dos. Por donde a éste atribuye el Salvador la ceguedad de los príncipes de los judíos,[62] los cuales, conociendo que El era el verdadero Mesías, no lo osaban confesar; porque, como dice el mismo Se-

61 2 Petr., 2, 14.
62 Joan, 12, 43.

ñor, amaron más la gloria del mundo que la de Dios. Y a otros también reprehende por la misma causa, diciéndoles: *¿Cómo podéis vosotros creer, pues buscáis la honra y gloria unos de otros, y no curáis de la verdadera gloria que viene de Dios?* [63]

Pues con éstos juntemos los que por este mismo respecto del mundo no osan declararse con buenas obras por siervos de Cristo. Contra los cuales dice Salviano: *Qualis inter christianos Christi honor est, ubi religio facit ignobilem?* Quiere decir: "¿Cuál es la honra que tiene Cristo entre sus cristianos, cuando mostrarse uno siervo suyo es caso de menos valer?" Por este miedo humano negó San Pedro.[64] Y no es tanto de maravillar que hubiese vergüenza de parecer discípulo de un hombre preso y reputado por engañador del mundo; mas vos pasais adelante porque teneis vergüenza de parecer discípulos de Cristo creyendo agora que reina en Cielos y en Tierra y está sentado a la diestra del Padre. Con razón podemos temer que en el día del juicio tomará Dios a San Lorenzo, o a cualquier otro mártir y, mostrando las señales de las heridas que recibió, os dirá: Este santo no dudó confesarse públicamente por discípulo mío, aunque sabía cuántas heridas le había de costar: y vos, por unas niñerías y vanos temores del mundo, dejais de declarar por las obras que sois discípulo mío.

Así que, Señor, el mundo es honrado de nosotros, desamparando a Vos. Si el mundo aprobare nuestro servicio, serviros hemos; y si lo reprobaren y contradijeren, dejarlo hemos. De modo que en el albidrío del mundo está puesto nuestro servicio para con vos. ¿Pues cómo no vemos cuán grande sea este descomedimiento contra aquella soberana majestad? Y así contra ellos dice El:[65] *Quien tuviera vergüenza de parecer mi siervo delante de los hombres, yo me despreciaré de tal siervo, cuando venga en mi majestad y gloria en presencia de mi Padre y de sus ángeles.* Y de éstos dice Salomón:[66] *Aversio parvulorum interficiet eos.* Quiere decir que por temores de niño y de cosas de aire

63 Joan, 5, 44.
64 Cf. Luc., 22, 57-60.
65 Luc., 12, 9.
66 Prov., 1, 32.

vienen a apartarse del bien. Y de éstos mismos dice David:[67] *Sagittae parvulorum factae sunt plagae eorum*. Quiere decir, que por medio de las saetas de ballestillas de niños desisten de los ejercicios virtuosos, dejan las buenas obras y se apartan de Dios; porque, ¿qué son sino ballestillas de niños las murmuraciones y nombres ignominiosos con que el mundo persigue a los flacos? Muchos de los cuales son como bestias espantadizas que, sin haber cosa de peligro, se espantan y huyen; porque, bien mirado, sombra es y cosa de aire todo lo que el mundo hace y puede hacer en disfavor de la virtud.

Crece aun este miedo de los pusilánimes y flacos cuando la caída de algún bueno, o tenido en cuenta de bueno, viene a ser castigada públicamente por el Santo Oficio; porque éste es el caso con que más se acobardan los que aún no están fundados y arraigados en la virtud. Y es éste un temor tan contra razón como si las ovejas tuviesen miedo de su mismo pastor que es el que con mayor solicitud las guarda y defiende de los lobos. Porque ¿qué otra cosa es el Santo Oficio sino muro de la Iglesia, columna de la verdad, guarda de la fe, tesoro de la religión cristiana, arma contra los herejes, lumbre contra los engaños del enemigo y toque en que se prueba la fineza de la doctrina si es falsa o verdadera? Y si lo queréis ver, extended los ojos por Inglaterra, Alemania, Francia y por todas esas regiones septentrionales donde falta esta lumbre de la verdad, y veréis en cuán espesas tinieblas viven esas gentes, y cuán mordidas están de perros rabiosos y cuán contaminadas con doctrinas pestilenciales. ¿Y qué fuera de España si, cuando la llama de la herejía comenzó a arder en Valladolid y en Sevilla, no acudiera el Santo Oficio con agua a apagarla? Y por aquí veréis que como entre las plagas de Egipto fue una cubrirse toda la tierra de tinieblas escurísimas,[68] mas en la parte donde habitaban los hijos de Israel había clarísima luz; así podemos con razón decir que estando todas esas naciones escurecidas con las tinieblas de tantas herejías, en España y Italia, por virtud del Santo Oficio,

67 Ps., 63, 8.
68 Cf. Ex., 10, 21-23.

resplandece la luz de la verdad. Así que, hermanos, los que sois católicos y dados a los ejercicios de virtudes y buenas obras, no tenéis por qué temer. Porque como dice el Apóstol,[69] *Príncipes non sunt timori boni operis, sed mali. Vis non timere potestatem? Bonum fac, et haberis laudem ab illa.* Quiere decir: "Los príncipes y jueces de la República no son para causar temor de las buenas obras sino de las malas. Si quieres no temer este tribunal, haz buenas obras y por él serás alabado." De modo que este santo tribunal no es contra vos sino por vos; porque a él pertenece hacer huir los lobos de la manada, y proveerla de pasto conveniente que es de doctrina sana y limpia de todo error.

Teman, pues, los malos y los engañadores; mas los que sinceramente buscan a Cristo, con buenas obras y ejercicios virtuosos, no tienen por qué temer. Cuando aquellas santas mujeres iban al sepulcro a ungir el cuerpo del Salvador aparecióles un ángel con el rostro resplandeciente como un relámpago;[70] con lo cual, espantadas las guardas de los soldados, cayeron en tierra como muertos; a las santas mujeres consoló el ángel con blandas palabras, diciéndoles: *Nolite timere vos.* Como si dijera: estos enemigos de Cristo y siervos del demonio teman y tiemblen y caigan en tierra como muertos; mas vosotras que buscáis a este señor y venís a ungir su cuerpo, y hacerle este devoto servicio (aunque no necesario) no tenéis por qué temer, sino por qué alegraros; pues hallaréis vivo al que buscábades muerto, y daréis esta buena nueva a sus discípulos. El rey Asuero, que era monarca del mundo, tenía puesta pena de muerte a quien entrase en la sala donde él estaba. Entró, pues, la reina Ester sin su licencia,[71] y viendo al rey airado, desmayó y cayó en tierra. Entonces el rey airado, desmayó mucho, la esforzó y consoló diciéndole que no temiese; porque aquella ley no se entendía en ella sino en los atrevidos y descomedidos. Pues conforme a esto os digo, hermanos, que el justísimo tribunal del Santo Oficio no es para que teman los domésticos y familiares siervos de Cristo, sino

69 Rom., 13, 3.
70 Cf. Mt., 28, 1-5.
71 Esther. V.

los ajenos, engañosos y pervertidos con falsas doctrinas. Y por tanto sabed, que la mayor ofensa que podéis hacer al Santo Oficio es aflojar en la virtud y buenas obras por este temor tan sin fundamento.

Mas, por ventura, dirá alguno de estos flacos: veo que una persona que tenía grande opinión de santidad y frecuentaba los sacramentos y oraciones, vino a dar en una caída pública; y temo yo no venga también este azote por mi casa: esto es lo que me hace desmayar. Pregúntoos yo agora: ¿Cuántas personas os parece que habrá en la Iglesia cristiana que se ocupen en buenas obras y santos ejercicios sin ninguna ficción ni engaño que no han caído, antes vemos a muchos perseverar por la virtud hasta el fin de la vida? ¿Pues qué seso es poner los ojos en una sola persona que cayó, y no en tantas virtuosas que perseveran y están en pie? ¿Por qué os ha de mover más la flaqueza de uno para haceros desmayar que la constancia de muchos (de que está llena la Iglesia) para os esforzar? Porque es cierto que el Espíritu Santo que bajó sobre los apóstoles el día de Pentecostés,[72] nunca más desamparó ni desamparará la Iglesia; y así siempre habrá en ella muchos que sean templos vivos donde El haga su morada, los cuales despreciando el mundo con sus locos juicios y pareceres, se rijan por este juicio y doctrina de la Iglesia. Siendo, pues, esto así, ¿por qué ha de poder más con vos la caída de uno que la perseverancia de todos aquéllos en quien el Espíritu Santo mora?

Quiero mostraros con un ejemplo cuotidiano la poca razón que en esto tenéis. Decidme: ¿cuántas mujeres recién casadas mueren de parto? Diréis que algunas. ¿Pues dejan por esos miedos los padres de casar sus hijas? Claro está que no. Porque sería gran locura, por unas pocas que de esa manera peligran, dejar de dar remedio a sus hijas. Porque no miran los hombres cuerdos a esas pocas que peligran, sino a otras muchas que tienen dichosos y felices partos. Pues ruégoos me digáis si ése es juicio y consejo acertado, ¿por qué no usaréis de ese mismo discurso en el negocio de vuestra salvación, que es no poner los ojos en uno que cayó,

72 Act., I.

sino en millares de buenos que perseveran en el bien? Muchas mujeres que mueren de parto no os desmayan, ¿y una sola persona caída os acobarda y retira del bien? Tenéis ojos para mirar en un solo mal ejemplo, ¿y estáis ciegos para ver tantos buenos ejemplos?

¿Queréis que os diga de dónde nace este juicio tan pervertido? Nace del grande amor que tenéis al mundo y a los bienes temporales, y del poco que tenéis a Dios y a los bienes espirituales; y por esto, lanzas y peligros que se os atraviesen, no bastan para retiraros de procurar los temporales; y una pequeña paja que se os ponga delante os hace desmayar en el amor de los espirituales. Allí engullís y tragáis los camellos, y aquí os ahogáis con un mosquito. ¿Queréislo ver más a la clara? Decidme: ¿cuántos hombres de los que van a las Indias mueren en esta jornada?; ¿cuántos de los que navegan come la mar?; ¿cuántos mueren en las guerras? Diréis que muchos. ¿Dejan, pues, los hombres por estos peligros de navegar o militar o ir a las Indias? Claro está que no; porque el amor grande del interese les hace tragar todos esos inconvenientes. Y con ser esto así, basta para desistir de lo que toca a la salvación de vuestras ánimas una sola sombra de peligro. ¿Véis luego la raíz donde procede esta desorden? Y esto es de lo que San Agustín, hablando con Dios, se queja y maravilla, diciendo: "Soberano Hijo de Dios, a quien el Padre entregó todo juicio, ¿cómo consientes que los hijos de la noche y de las tinieblas trabajen y hagan más por las riquezas perecederas y por las vanidades del mundo, que nosotros por Ti, que nos criaste de nada y redimiste con tu sangre y nos tienes prometida tu gloria? ¿Pues qué cosa más desordenada y más injuriosa a la Divina Majestad que anteponer el polvo de la tierra a quien nos promete los tesoros del Cielo?

¡Cuán diferentes eran los ánimos de los cristianos en la primitiva Iglesia!, pues viendo cada día las cárceles llenas de mártires y las calles y plazas regadas con su sangre; viéndolos despedazar y arrastrar y desmembrar y asar en parrillas y cocer en calderas de pez hirviendo; todo esto no bastaba para apartarlos de la fe y amor de Cristo. Y para vos, basta una sombra de peligro tan pequeño. Qué lejos estáis de decir aquellas

palabras del Apóstol:[73] *¿Quién nos apartará de la caridad y amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la desnudez, la hambre, el peligro, la persecución, la espada? Cierto estoy que ni muerte. ni vida, ni ángeles, etc., ni otra criatura alguna podrá apartarnos del amor de Cristo.* Y a vos, hermano, un mosquito basta para esto. Parece que está en vos la virtud pegada con alfileres, pues tan pequeñas ocasiones bastan para hacérosla dejar.

IV. *Por qué permite Dios estas caídas y escándalos en el mundo*

Mas. por ventura, preguntará alguno cuál sea la causa porque Nuestro Señor (por quien se gobierna la Iglesia) permita estos escándalos y caídas con otros males aún mayores, como son varias sectas y herejías, que hacen mayor daño. A esto responde el mismo Señor, diciendo:[74] *Tentat vos Dominus Deus vester ut palam fiat utrum diligatis Deum in toto corde et in tota anima vestra an non.* Quiere decir: "Permite Dios que seáis tentados para que se manifieste si amáis a Dios con todo vuestro corazón y ánima o no." Pues por esto permite El estos escándalos y tentaciones, porque por aquí se vea quién ama a Dios de veras y quién no, quién es leal y fiel y quién desleal y infiel, quién es fuerte y constante y quién caña liviana que se mueve a todos vientos. Véis aquí, hermanos, el fructo que se saca de estos escándalos, que es conocimiento de vos mismos, en que se funda la humildad, fundamento de toda la vida espiritual. Porque en estos peligros sucede lo que dice Salomón: *que el justo permanece como el sol, más el loco se muda como la luna.*[75]

La diferencia de estos dos estados declaró el Salvador con una divina comparación, que dice así:[76] *Los fuertes edifican sobre piedra firme, y por esto no hay batería que los derribe; y los flacos edifican sobre*

73 Rom., 8, 35.
74 Deut., 13, 3.
75 Cf. Eccli., 27, 12.
76 Cf. Mat., 7, 24-27.

arena, y por esto cualquier viento o lluvia les derriba la casa. Lo mismo también se ve en la trilla del pan, donde el viento se lleva la paja liviana, mas el trigo se queda en su mismo lugar. El oro y la plata echados en el fuego, se purifican y quedan más hermosos;[77] pero la paja y la leña se convierten en ceniza. Lo mismo nos declara el Eclesiástico[78] por otra semejante comparación, diciendo: *Vasa figuli probat fornax, et homines justos tentatio tribulationis.* Quiere decir, como declara San Agustín:[79] "El vaso de barro bien amasado, echado en el horno, se fortalece y endurece más; pero el mal amasado, con el mismo calor, revienta y estalla; pues eso mismo acaece a los hombres buenos y malos, ofrecida la ocasión de la tribulación."

Y por todas estas comparaciones entenderéis que los flacos que con la ocasión de las caídas ajenas desmayan y desisten de sus buenos ejercicios, son, como decíamos de la luna, que cada día se muda; son como pajas que se lleva el viento; son como barro mal amasado que revienta en el horno; son como caña vana que con cualquier soplo de viento se muda; y finalmente, son como el loco que funda su casa sobre arena, y así cualquiera tempestad la derriba. Esto sólo debe bastar para que se conozcan y avergüencen los flacos y pusilánimes de la poca firmeza y constancia que tienen en la virtud.

Y como importa mucho que se conozcan los flacos, para que se humillen, así también conviene que se conozcan los fuertes, por el gran fruto que se sigue de ser conocidos por tales; y lo uno y lo otro se descubre en semejantes ocasiones y tentaciones. Lo cual dice San Pablo por estas palabras:[80] *Oportet haereses esse, ut qui probati sunt manifesti fiant in vobis.* Quiere decir: "Conviene que haya en el mundo herejías y engaños de hombres malvados para que con esta ocasión se conozcan los verdaderamente buenos; los cuales ni con esta ocasión ni con otra alguna se alteran ni pierden su virtud y constancia; y con esto quedan refinados y apurados, como el oro en la fragua, donde se prueba su

77 Cf. Sap., 3, 6.
78 Eccli., 27, 6.
79 S. Aug., com. in Ecc., 27,6.
80 1 Cor., 11, 19.

firmeza. Y así confiesa el Profeta haber sido probado y examinado, diciendo[81] *En el fuego de la tribulación, Señor, me probastes y no hallastes maldad en mí.* Y importa tanto que el verdaderamente bueno sea probado y conocido por tal, que el mismo Apóstol[82] hace un largo memorial de todas sus virtudes y trabajos, cárceles y azotes y naufragios que había padescido por Cristo, y de las grandes revelaciones que tenía, hasta decir *que fue llevado al tercero Cielo.* ¿Pues para qué fin esto? La respuesta es que esto hacía el Apóstol para acreditarse con los de Corinto, a quien había predicado y convertido a la fe; y quería probar que era verdadero apóstol de Cristo, para que se fiasen de su doctrina y no diesen crédito a los falsos apóstoles que pretendían desacreditarle. De modo que de este crédito pendía la verdad de la doctrina que él había predicado. Por donde entenderéis cuánto importa que el bueno sea conocido por verdaderamente bueno; pues por esta causa permite Nuestro Señor los escándalos y herejías, para que se conozcan los aprobados y verdaderamente buenos, porque con esto nos aprovechamos de sus ejemplos y consejos y de sus documentos y doctrinas; mayormente siendo los buenos como carbones encendidos, que abrasan y encienden aquéllos con quien tratan.

Para lo cual contaré aquí un ejemplo memorable que refiere San Agustín de los caballeros recién desposados:[83] Los cuales aportando a una ermita, y leyendo en ella la vida del grande Antonio, determinaron renunciar al mundo y entregarse a Dios. Y por este mismo ejemplo las doncellas con que estaban desposados hicieron lo mismo, entrando en religión; tanto pueden los buenos ejemplos. ¿Qué más diré sino que el mismo San Agustín, que hasta los treinta años de edad fue hereje maniqueo,[84] movido por este ejemplo, vino a ser de hereje una lámpara clarísima del mundo, de quien canta la Iglesia que *después de los apóstoles y profetas tiene el segundo lugar en la iglesia cristiana?*[85]

Veis aquí pues, respondido a la causa por qué per-

81 Ps., 16.
82 Cf. 2 Cor., 11, 22-28; 12, 2.
83 S. Aug., VIII *Confes.*, c. 6.
84 *Ib.*, c. 8.
85 Eccles. in Offic. ejus.

mite Nuestro Señor haber estos escándalos en la Iglesia: para que por ellos el perfecto y imperfecto, y el fuerte y el flaco sean conocidos; y el que se hallare fuerte, dé gracias a Dios por su fortaleza; y el que se hallare flaco, se humille y diga con el Profeta:[86] *Si el Señor no me ayudara, poco faltó para dar una gran caída.* Pues por esta causa pedía David a Dios que *le tentase y le examinase:*[87] porque hasta verse en alguna tribulación, no podía tener entero conocimiento de sí mismo.

Porque muchos se engañan con una sombra y imagen de virtud, y con una ternura de corazón que llega hasta derramar lágrimas; los cuales con todo esto desmayan y cayen en el tiempo de la tribulación.

V. *Del uso y frecuencia del Santísimo Sacramento y de la necesidad que de él tenemos para la defensa de nuestros espirituales enemigos*

Al fin de este sermón (aunque salga algún tanto del propósito principal) me pareció tratar del uso y frecuencia del Santísimo Sacramento y de la necesidad que tenemos de El; porque ésta es la que da motivo a los pocos devotos para murmurar de ella, pareciéndoles ser demasiada. Y por esto, será razón tratar de ella y de los abusos que acerca de esta frecuencia pueden entrevenir. Y pues la divina Providencia no permite males, sino para sacar de ellos algunos bienes, veamos los que de estas ocasiones debemos sacar. De lo cual algo dijimos al principio de este sermón mas agora añadiremos lo demás.

Y aunque, en este género de argumentos, hable generalmente con todas las personas, pero más particularmente con las mujeres, que con los hombres. Y dígolo porque no sé qué plaga es ésta, que siendo este divino Sacramento el mayor tesoro y el mayor beneficio que después de la Sagrada Pasión se ha hecho al mundo, las mujeres parece que se han alzado con él; porque a muy pocos hombres vemos frecuentar este misterio. Por donde parece que para las mujeres es

86 Ps., 93.
87 Ps., 25.

menester freno, y para los hombres espuelas muy agudas. Y no sé qué espuela sea más aguda, que decirles ser esta omisión y negligencia suya en alguna manera semejante al mayor de cuantos pecados ha habido en el mundo. ¿Escandalizaros heis de esto? Pues para que no os escandalicéis, acordaos de que caminando Nuestro Señor a Hierusalem a ofrecerse en sacrificio por la redempción del mundo, viendo la ciudad, comenzó a llorar la calamidad grande que le estaba aparejada:[88] Y esto *por no haber querido reconocer el tiempo de su visitación,* ni aparejarse para recibir aquel tan grande beneficio que les ofrecía Dios con la venida de su Unigénito Hijo para la salud y remedio de ellos. Pues ved, agora, vos la semejanza que tiene vuestra negligencia con aquella culpa; pues ofreciéndoseos el mismo Señor cada día en la Iglesia para remedio y salud de vuestras ánimas, no queréis recibir el bien que se os entra por las puertas. Por tanto vea cada uno la cuenta que dará a Dios de esta negligencia; pues ofreciéndoseos El con tanta gracia, no le queréis abrir la puerta de vuestras ánimas.

Estos son, pues, los que dicen (como ya dijimos) que basta rezar un *Pater noster,* y comulgar una vez en el año, como lo manda la Iglesia: y que esotros espirituales ejercicios son para los que caminan a la perfección, y no para los imperfectos y flacos que es la mayor parte de la Iglesia. Quiero pues yo agora daros otro desengaño, no menos importante que el pasado. Y para esto quiero tomar este negocio dende sus principios, y traeros a la memoria que fuisteis baptizados, y que antes del Baptismo érades vasallos del demonio y pertenecíades a su reino y, por virtud de este sacramento, fuistes librados de este vasallaje y cautiverio, y allí renunciastes al demonio con todas sus pompas y vanidades y os armaron caballeros con todas las armas de las virtudes para pelear con este enemigo y señaladamente os ungieron con el Santo Oleo, como antiguamente se ungían los luchadores, porque habíades de pelear y luchar con este enemigo y con todos los demás. Y por esta razón vos previene luego el Espíritu Santo para esta batalla, diciendo:[89] *Hijo, alle-*

88 Luc., 19, 44.
89 Cf. Eccli., 2, 1.

gándote al servicio de Dios, apercíbete con un santo temor y apareja tu ánima para la tentación. Y está tan cierta y aplazada esta batalla, que el santo Job dice[90] *que la misma vida del hombre* es milicia y batalla sobre la tierra. Y reconociendo esto la Iglesia, manda dar cada noche un pregón general por todas las iglesias de la Cristiandad apercibiéndonos para esta guerra con aquellas palabras del apóstol San Pedro, que dice:[91] *Hermanos velad y estad sobre aviso, porque el demonio, vuestro adversario, como león rabioso anda buscando a quien tragar.* Y el apóstol San Pablo, al mismo tono, también nos previene y apercibe, declarándonos la potencia y fortaleza de nuestros adversarios y las armas con que nos habemos de defender, diciéndonos:[92] *No es nuestra pelea contra enemigos de carne y de sangre, sino contra los príncipes y potestades del infierno y contra los espíritus malignos que andan por este aire.* Y después de declaradas muchas armas para esta pelea, finalmente concluye con ésta: *Per omnem orationem et obsecrationem orantes omni tempore in spiritu et in ipso vigilantes in omni instancia et obsecratione.* En las cuales palabras encomienda la instancia y continuación de la oración tan encarecidamente y con tanta repetición de las mismas palabras, queriendo que velemos en este ejercicio en todo tiempo. Y hace tanta fuerza en la oración porque estos enemigos no pueden ser vencidos sino con socorro del Cielo; y la oración es el correo que va allá y lo trae consigo a la tierra. Lo cual avisaba el Apóstol, como quien conocía las fuerzas de nuestros adversarios; porque pues ellos nunca cesan de combatirnos, nosotros no debemos andar descuidados.

Y cuales sean estos enemigos, en la cartilla lo aprendistes que son mundo, carne y demonio. Y por mundo entendemos los hombres mundanales y vanos, que con sus pompas y vanidades y malos ejemplos nos incitan al mal. Y entendemos también por mundo los hombres malos y perversos, que con injurias, infamias, agravios, deshonras y falsos testimonios nos tientan de paciencia, y hacen guerra a la caridad, provocándonos

90 Job., 7, 1.
91 1 Petr., 5, 8.
92 Ef., 6, 12 y 18.

a odios y malquerencias. Por carne entendemos lo que llaman los teólogos *fomes peccati*, que es el apetito sensual con sus malas inclinaciones y deseos; que es el manantial y seminario de todos los pecados. Y estos apetitos y pasiones atiza y enciende el mismo demonio, de quien se escribe en el libro de Job,[93] *que con su vafo hace arder las brasas,* que son los apetitos y ardores de nuestra carne. Y del mismo dice otra cosa terrible, y ésta es *que a veces los enciende de tal manera que arden como un aceite que está herviendo a borbollones.* Y esto acaece en algunas pasiones y tentaciones tan furiosas y vehementes, que le parece al hombre imposible vencerlas; puesto caso que en esto se engaña.

Del tercer enemigo que es el demonio, no trato, porque ya sabéis que en el Evangelio se llama tentador,[94] porque ningún otro oficio tiene perpetuamente sino éste, sin perdonar a nadie. "Porque, como dice San León papa: ¿A quién dejará de tentar, pues se atrevió a tentar al mismo Hijo de Dios?" *Tantum enim sibi de naturae nostrae fragilitate promiserat ut quem verum experiebatur hominem, praesumeret posse fieri peccatorem.* Quiere decir, que tanto se prometía de la flaqueza de nuestra naturaleza que, viendo que este Señor era hombre, presumió que también podía ser pecador.

Quiero, pues, agora, hermanos, entrar con todos en cuenta. Si nos consta por lo dicho. que toda la vida del cristiano es una batalla perpetua y ésta con enemigos tan astutos, tan poderosos y tan crueles y malos, y no va menos en la victoria que el paraíso o el infierno; y en el santo bautismo fuimos ungidos y armados para esta milicia; ¿cómo vivimos tan descuidados y desapercibidos? ¿Qué es de la oración? ¿Qué es de la guarda de los sentidos? ¿Qué es del socorro de los sacramentos? ¿Qué es del huir de las ocasiones de los pecados? ¿Qué es de los ayunos y penitencias? ¿Qué es de la guarda del corazón, con todas las otras armas de esta caballería, mayormente sabiendo que no perdona a chicos ni a grandes, ni a perfectos ni imper-

93 Job., 41, 12.
94 Mat., 4, 3.

fectos, pues se atrevieron a tentar al mismo Hijo de Dios? ¿Y vos, queréis excusar a los principiantes y novicios en la virtud, sabiendo que esos tales están tanto más cerca de caer cuanto menos raíces tienen echadas en la virtud? Porque si el principiante y el imperfecto estuviesen más libres y más seguro de los combates del enemigo, tuviérades alguna razón; mas no lo está sino en tanto mayor peligro cuanto su flaqueza es mayor; y así mayor necesidad tiene de armas y reparos para defenderse. Clara cosa es que el castillo muy fortalecido y pertrechado fácilmente se defiende; mas el flaco y desapercibido mayor necesidad tiene de socorro. Pues lo mismo decimos de los cristianos fuertes, y flacos: el fuerte, en medio de las llamas, está seguro; mas el flaco, a veces un soplo de viento, como es una vista de ojos desmandada, basta para derribarlo.

Y descendiendo más en particular, tres géneros de armas usaban los cristianos en la primitiva Iglesia: que eran, la palabra de Dios, y la Sagrada Comunión y la continua oración. Las cuales declara San Lucas diciendo: *Erant perseverantes in doctrina apostolorum, comunicatione fracionis panis, et orationibus.*[95] Quiere decir: "Ocupábanse en oír la palabra de Dios de la boca de los apóstoles, y en la Sagrada Comunión, y en el ejercicio de la oración." Y más abajo dice que *perseverando las mañanas en oración en el templo, iban a sus casas a recibir la Sagrada Comunión,* porque no había entonces iglesias para este efecto. Y con estos tres santos ejercicios se fundó la Iglesia y se crió y creció hasta llegar a su perfección.

Mas entre estas armas espirituales la más poderosa es la Sagrada Comunión. Y así dice San Juan Crisóstomo:[96] *Ut leones spirantes ignem, ab illa mensa discedimus, terribiles doemonibus effecti.* Quiere decir que, con la virtud de este Divino Manjar, salimos tan esforzados como leones que hechan fuego por la boca, y hacemos temblar los mismos demonios. Por donde San Hierónimo donde nuestra letra dice:[97] *Panem angelorum manducavit homo,* traslada él: *Panem fortium manducavit homo,* para significar la fortaleza

95 Act., 2, 42.
96 S. Juan Cris. Hom., 61, *ad Pop. Antioc.*
97 Ps., 77, 25.

espiritual que este sacramento da a quien dignamente lo recibe. Y por esta causa, habiendo Nuestro Señor revelado a su Iglesia en tiempo de San Cipriano una grande persecución que se le aparejaba,[98] escribe este santo obispo con otros treinta y siete obispos al papa Cornelio que dispense con algunos cristianos que estaban privados de la Sagrada Comunión, para que con la virtud de este Sacramento estuviesen fortalecidos y armados para la confesión de la fe. Porque, como dice él, *Idoneus non potest esse ad martyrium qui ab Ecclesia non armatur ad proelium. Et mens deficit, quam accepta Eucharistia non erigit et accendit.* Quiere decir "que no está esforzado para recibir martirio, a quien la Iglesia no arma con este sacramento". Porque es cierto que aunque *en la torre de David*, que es la Iglesia, *hay todo género de armas*[99] espirituales para pelear en esta milicia, ninguna hay tan poderosa como la Sagrada Comunión. De lo cual tienen experiencia muchos que, viéndose muy apretados del enemigo y probando otros remedios, ninguno hallaron más eficaz que este divino sacramento, recibiéndolo con toda la humildad y reverencia que se le debe; por el cual cuasi miraculosamente fueron librados.

Siendo, pues, la vida del cristiano una perpetua guerra (como dijimos) y estando cercados de tan crueles y poderosos enemigos, y siendo la mejor arma de todas este divino manjar, ¿cómo dejamos de aprovecharnos de este grande esfuerzo que el Hijo de Dios nos dejó para esta batalla? ¿Cómo pasan tantos tiempos sin aprovecharnos de este socorro? De otra manera se hacía esto en el principio de la Iglesia, donde los fieles comulgaban cada día. La cual costumbre se continuó hasta el tiempo del papa Anacleto, que fue el quinto después del apóstol San Pedro. Y conforme a esto se alega un decreto suyo en que dice: *Omnes fideles, peracta consecratione, communicent, qui noluerint ecclesiaticis carere liminibus. Sic enim apostoli docuerunt et Sancta Romana Ecclesia tenet.*[100] Quiere decir: "Todos los fieles acabada la consagración de la misa, reciban el Santo Sacramento, porque así lo enseña-

98 S. Cypr., *epist.* 2.
99 Cant., IV.
100 Anacl. apund D. Thom III part., q. LXXX, art. X, ad V.

ron los apóstoles y así lo tiene la Santa Iglesia de Roma." Y aún más os diré, que las iglesias de España continuaron esta misma frecuencia hasta el tiempo de San Hierónimo, como él lo escribe en una epístola a Licinio Bético;[101] lo cual redunda en grande gloria de nuestra nación, por haberse conservado en ella esta devoción del tiempo de los apóstoles.

Dirá, pues, alguno: siendo esto así, ¿por qué la Iglesia no nos obliga a comulgar más que una vez en el año? A esto responde Santo Tomás que la causa es la malicia y poca devoción de los tiempos.[102] Porque al principio, cuando hervía más la devoción de aquellos primeros cristianos, se recibía este sacramento cada día. Después, disminuyéndose más la devoción el papa Fabiano redujo esta obligación a las tres Pascuas del año. Y como las cosas de la vida humana van siempre de mal en peor y una licencia trae otra licencia y un vicio otro vicio, viendo esto el papa Innocencio Tercero, redujo esta obligación a sola la Pascua de Resurrección; y esto no sin grande consejo y prudencia. Porque las leyes generales comprehenden fuertes y flacos, y éstos son los más. Y de éstos hay muchos enredados en pecados, de que no quieren salir: unos enemistados, que no se quieren reconciliar; otros, que tienen usurpados los bienes ajenos, y no quieren restituirlos; otros, que andan en bandos muy apasionados, heredados de padres y abuelos, sin dar fin a ellos; otros, que traen pleitos injustos, de que no quieren desistir, y ya que más no pueden, dilatan la causa con agravio notorio de la justicia; y otros aún más enredados que éstos en afecciones sensuales, de que no lleva remedio apartarlos, porque los tiene el demonio presos con lazos de grandes afecciones. Pues si a éstos que tan obstinados están en su mal vivir, obligase la Iglesia a comulgar muchas veces en el año, correría gran peligro o que no obedeciesen o se atreviesen a comulgar indignamente, por no desistir de su pecado. Y por este tan justo respecto no los quiere obligar la iglesia más que una sola vez, dándoles un año entero de espera para descargarse de sus pecados y habilitarse para la

101 D. Hier., epist. *ad Licin.*
102 D. Th. ub. sup.

Sagrada Comunión. Mas, con todo eso, los obliga a una comunión; porque si esto no hiciese, por ventura estarían toda la mayor parte de la vida sin comulgar; pues vemos agora que a poder de censuras y penas y publicación de su desobediencia, los traen a la comunión, lo cual es indicio que si no fueran compelidos y tenidos por infames, nunca se llegaran a este sacramento por no desistir de su pecado. Y por esto la Iglesia, con mucho consejo, ni los quiso obligar a muchas comuniones, porque los tales no comulgasen indignamente, ni quiso dejar de obligarlos a una, porque si no lo hiciera, muchos de ellos estuvieran sin comulgar toda la vida.

VI. *Del aparejo y disposición que se requiere para la Sagrada Comunión*

Pues dejando a estos miserables que por fuerza van a la comunión, tratemos de los que no están en mal estado como los pasados y procuran su salvación. Y pues habemos ya declarado la virtud y eficacia de este sacramento, para exhortarnos a frecuentarlo conviene que tratemos de esta frecuencia y, lo que hace más al caso, del aparejo que se requiere para ella.

Pues para esto la primera cosa y más esencial es limpieza de todo pecado mortal. Porque aunque otros sacramentos hay que se pueden administrar a los que están espiritualmente muertos, mas éste es sacramento de vivos, porque comer es obra de vivos, y este sacramento es manjar espiritual que se come; y por esto *quien le recibe con consciencia de pecado mortal, come y bebe juicio y condenación para su ánima*, como dice el Apóstol.[103] Y por esto San Crisóstomo llamó a esta Mesa *terrible*,[104] y que está llena de fuego para quemar a los que indignamente se llegan a ella; y así lo que es vida para unos, es ocasión de muerte para otros. Conforme a lo que dice un doctor que como el sol, el agua y el aire crían y hacen crecer las plantas que tienen sus raíces vivas en la tierra; y por el contrario se secan, corrompen y pudren las que están muertas y

103 1 Cor., 11, 29.
104 S. Chrys. Hom. *de Prodit. Juda* et loc. sup. citat.

fuera de ella, así este sacramento sustenta y acrecienta la gracia a las ánimas que viven en Dios; mas las que están muertas, con El se endurecen y se ciegan, y se apartan más de Dios. Lo cual vimos claramente en el malvado Judas; de quien se escribe que acabando de recibir la Sagrada Comunión, *entró en él Satanás.*[105] Ya había entrado cuando trató con los sacerdotes de la venta de Cristo; mas entonces entró en él poderosamente; y así no se pudo contener que no fuese luego a efectuar la prisión del Salvador. Y por esto le dijo El: *Lo que haces, hazlo presto,* mostrando en estas palabras que no recelaba la batalla de la Pasión, mas antes la quería apresurar. Esta misma comparación se pone en el mantenimiento corporal, el cual como da vida y sustenta a los sanos, así suele dañar a los cuerpos de los enfermos y lo mismo hace este manjar celestial.

Esta es, pues, la primera cosa que se requiere para comulgar dignamente. La segunda es, como dice Santo Tomás,[106] actual devoción: que es llegarnos con amor y temor a este Pan de vida. Ca del amor nace el deseo y la hambre de él, y del temor, la reverencia y acatamiento que se le debe; y los unos y los otros honran a Dios, allegándose por amor y abstiniéndose por temor. De esta manera honraron al Salvador Zaqueo, el publicano, recibiéndole en su casa, y el Centurión confesándose por indigno de esta honra.[107] "Pero regularmente hablando (como dice el santo doctor)[108] más agradan a este Señor los que se llegan por amor, que los que se abstienen por reverencia y temor; porque más alabado es en las Santas Escripturas el amor que el temor."

Y como son diferentes los afectos, así conviene que lo sean los avisos y consejos que acerca de esto se han de dar a los unos y a los otros; ca los unos han menester freno, y los otros espuelas.

Pues a los que han menester espuelas, que son los temerosos, se debe dar el aviso que en esta materia da San Cirilo[109] diciendo: "Sepan todos los hombres bap-

105 Joan, 13, 27.
106 S. Thom., III part., e. VIII, art. X, in corp.
107 Luc., 19, 6; Mat., 8, 8.
108 S. Th., *ib.*, ad III.
109 S. Cyr., lib. III, in *Joan*, c. 6.

tizados y hechos participantes de la gracia de los sacramentos, que si por un temor o religión fingida están mucho tiempo sin comulgar, que se alejan del remedio de sus ánimas. Porque esta recusación parece que nace de algún temor y religión, es materia de escándalo y es lazo para las ánimas. Y por esto conviene trabajar con todas las fuerzas por limpiar el ánima de pecado; y asentado el fundamento de la buena vida, allegarse con grande confianza a recibir verdadera vida, que es el mismo Cristo."

A éstos también, cuando están muy medrosos de comulgar, por no ver en sí la devoción y fervor que desean, se les debe decir lo que el Salvador respondió a los que le calumniaban porque comía con publicanos y pecadores, diciendo *que no tienen necesidad los sanos de médico, sino los enfermos*;[110] *y que no vino a este mundo a buscar los justos* (porque ninguno había) *sino a los pecadores*. Y a éstos llama El con entrañas de caridad y con palabras suavísimas, diciendo: *Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados* con el peso de vuestra mortalidad y de vuestros pecados; *porque yo os daré alivio y refrigerio.*[111]

Otra cosa se debe decir a los tales, de grandísimo esfuerzo y consolación. Y ésta es que los que no tienen consciencia de pecado mortal, que es por haberse enteramente confesado y no sienten en sí propósito de cometer pecado mortal; no teniendo contrición verdadera, sino sola atrición, llegándose con esta disposición a la Sagrada Comunión, se hacen de atritos contritos. De donde se infiere una cosa de grande consolación y esfuerzo y de grande admiración de la divina Bondad, que por tantas vías encamina nuestro remedio; y ésta es, que puede un hombre llegarse a comulgar en tal disposición, que si entonces muriese, sin la comunión, se condenaría; y comulgando, se salvaría; porque con sola atrición nadie se puede salvar; mas, si con atrición se junta el sacramento, hácese el hombre atrito contrito, y así se pone en estado de salvación; tanto puede la virtud de este sacramento. Más no por eso deje el hombre de hacer todo lo posible para llegar-

110 Luc., 5, 31-32.
111 Mat., 11, 28.

se dignamente a este divino Misterio. Todo esto procede de la virtud inestimable del Sacratísimo Cuerpo de Cristo, Nuestro Salvador; "el cual, como dice San Cirilo,[112] da esta vida a los que dignamente lo reciben y los hace incorruptibles y inmortales, como El lo es. Ca no es este Cuerpo de quienquiera, sino de la misma vida, y así participa la virtud del Verbo Encarnado, y está lleno de la virtud de aquél por quien todas las cosas viven y son. Porque como el hierro encendido en el fuego, quema también como si fuese fuego, por participar el calor y naturaleza de él; así, porque el cuerpo de Nuestro Salvador está unido con el Verbo Divino, participa la virtud de él y así da vida como El". Esta es, pues, una de las causas que deben mover a todos los fieles a frecuentar este Sacramento, para recibir esta vida, pues con esto se pueden animar los demasiadamente temorosos, representándose a Nuestro Señor como enfermos y pecadores, *para cuyo remedio* dice El que *vino.*[113] Y también se pueden excusar con decir que El con su acostumbrada piedad los convida y llama, *prometiéndoles refección y alibio de sus trabajos.*[114] Esto baste para esfuerzo de los temerosos, que han menester espuelas.

VII. *De la reverencia y acatamiento que se requiere para la Sagrada Comunión. Y de los abusos que acerca de esto puede haber*

Vengamos agora a los que han menester freno, que son los que por amor se llegan a esta mesa celestial con la hambre y deseo que de este amor procede. Y digo esto porque como el amor a veces es atrevido, es menester enfrentarlo con la discreción y templarlo con el temor, como lo aconseja David cuando dice:[115] *Servid al Señor con temor y alegraos delante de El con temblor.* Pues este temor concebirán en sus ánimas, considerando los castigos que Nuestro Señor tiene hechos por algunos desacatos semejantes. Entre los cua-

112 S. Cirilo, in *Joan,* c. 14; S. Aug., tract. 26, in *Joan.*
113 Luc., 5, 31-32.
114 Cf. Mat., 11, 28.
115 Ps., 2, 11.

les es uno muy notable el de los hijos del summo sacerdote Aarón,[116] los cuales porque no ofrecieron a Dios sacrificio con fuego del Santuario, con que había de ser ofrecido, salió fuego del Santuario y quemó a entrambos, sin que les valiese ni la dignidad de su padre ni la privanza de su tío Moysén, que hablaba con Dios cara a cara, como un amigo con otro. Y hecho esto dijo el mismo Dios:[117] *Seré santificado en aquéllos que se llegan a Mí.* Quiere decir, que si se llegaren indignamente y con pecado, castigarlos he; y con el castigo mostraré cuán justo y santo soy, pues no consiento pecado sin castigo.

A este ejemplo añadiré otro, no menos temeroso. Y fue así, que el rey de Egipto, por nombre Filopator, vino a Hierusalem y entró en el templo y ofreció sacrificio a Dios (aunque infiel) y pretendió entrar en el más sagrado lugar del templo, que se llamaba *Santa Sanctorum,* en que estaba el arca del Testamento y el propiciatorio de oro entre los dos querubines; en el cual lugar no podía entrar sino solo el summo sacerdote,[118] y esto una sola vez al año. Y como el rey porfiase por entrar en aquel lugar tan sagrado, recibió luego el castigo de su loco atrevimiento, cayendo en tierra medio muerto, de donde le sacaron sus criados en brazos, porque no acabase allí de morir. Pues si de esta manera castigó Dios a quien se atrevía a entrar en el lugar donde estaba el arca del Testamento, que no era más que figura del Santísimo Sacramento, ¿cómo castigará a los que atrevidamente se llegaren al que por aquella arca era figurado, sin el temor y reverencia que a tan grande Majestad se debe?

Notorio es también el ejemplo del sacerdote Oza:[119] el cual, súbitamente, fue muerto porque puso mano en el arca del Testamento estando en peligro de caer. Y considerando esto el rey David, que la llevaba a su casa con grande solemnidad, concibió tan gran temor de este castigo, que no se atrevió a ello, y así la mandó poner en casa de Obededom. Y oyendo después la prosperidad y grandes mercedes que Dios había hecho

116 Cf. Levt., 10, 2.
117 Exod., 33.
118 Heb., IX.
119 Cf. 2 Reg., 6, 6-7.

al dueño de aquella casa, ayuntó el santo rey con el temor que tenía la confianza, y así no dudó llevar el arca a su casa, pues tan bien pagaba Dios la posada. Pues según esto los que se quieren llegar dignamente a este misterio hagan lo que este santo rey hizo, y juntando con la confianza el temor, se lleguen a esta mesa celestial.

VIII. *Abusos que hay en la frecuencia de la Sagrada Comunión*

Esto baste agora; y de aquí recogeremos los abusos que hay en el uso de este divino Sacramento, de que proceden las querellas y escándalos de muchos. Ca muchos hay que comulgan a menudo y que ninguna mudanza hacen en sus vidas, antes tienen sus pasiones y apetitos y ambiciones y cobdicias tan encendidas como los demás.

Otros hay que comulgan por estilo y pura costumbre, sin tener la hambre y deseos que pide este Pan Celestial. Otros, comulgan con la misma desgana que éstos, los cuales por sólo ver comulgar a otros, quieren también ellos comulgar. En lo cual particularmente, son señaladas algunas mujeres, diciendo: pues aquélla y la otra comulgan tantas veces, yo también quiero hacer lo mismo.

Otros hay que comulgan por sola obligación, sin moverlos alguna particular hambre o devoción, como puede acontecer a algunos religiosos, los cuales tienen por estatuto comulgar cada ocho o cada quince días. Y puede acaecer algunos menos devotos hacer esto no por devoción, sino porque los necesitan a ellos. Todos éstos aprovechan poco o nada con el uso de este Pan Celestial.

Acerca de lo cual contaré lo que me acaeció con una persona que comulgaba muchas veces, y con todo esto vivía con alguna licencia y soltura. Y maravillado yo que la frecuencia de este sacramento, que tanta eficacia tiene para mejorar las vidas, no mejorase la suya le pregunté la causa de ello. A esto me respondió que a la verdad él no se aparejaba con la devoción y disposición necesaria y que comulgaba más por necesi-

dad que por voluntad, porque un confesor le había conmutado ciertos votos en esta frecuencia; por donde luego entendí que la causa de su poco aprovechamiento era su poca devoción.

Porque habéis de saber que, como las causas naturales obran conforme a la disposición que hallan en la materia, donde el fuego quema fácilmente la leña seca y no la verde por no estar dispuesta para recibir la forma del fuego; así también las causas sobrenaturales, que son los sacramentos, causadores de la gracia, obran conforme a la disposición que hallan en el ánima. Y de aquí procede haber algunas personas que tienen por costumbre comulgar a menudo, sin sentir en sí mejoría; y muchos sacerdotes a cabo de veinte años que celebran no reconocen en sí mudanza alguna. Y la causa es porque los unos y los otros no frecuentan este sacramento con la disposición y aparejo que se requiere. Y esto es lo que señaladamente ofende a los que de esto murmuran, no viendo en ellos el mejoramiento que de este sacramento se espera.

IX. *De la frecuencia de la Sagrada Comunión*

Dicho ya del aparejo para este divino sacramento, digamos agora de la frecuencia de El. Lo cual, en parte, se puede entender por lo que hasta aquí está dicho, pues para esto no se puede dar regla general que cuadre a todos; no más que una medida y manera de vestido para todos los cuerpos. Porque, en este negocio se ha de tener respecto al estado, manera de vida y aprovechamiento de cada uno, y al aparejo que tiene para allegarse a este sacramento con menos nota, y a la condición de la persona y a otras circunstancias semejantes.

Y porque la principal regla se ha de tomar del aprovechamiento mayor o menor del que comulga; según esto, a unos bastará comulgar las principales fiestas del año; a otros, cada mes; a otros, cada quince días y a otros, cada semana, como San Agustín lo aconseja.[120] Asimismo San Buenaventura, con ser un tan grande

120 S. Aug., *de Eccles.* dog., ce. 53 y t. 10, *serm.* 28 de verbis Domini apud, S. Th., III p., q. LXXX, art. X.

contemplativo y tan grande maestro de la vida espiritual, como lo muestran sus escripturas, en un tratado que escribió de la perfección de la vida a una hermana suya, no quiere que haya más frecuencia de este divino manjar, que de ocho días, si no hubiese (dice él) alguna grande hambre de este pan celestial, porque piadosamente se cree ser ésta de Dios, cuando concurre con ella el testimonio de la buena vida. Y así queda el negocio reducido al prudente y experimentado confesor; el cual, según el estado de la persona, la pureza de la vida, el ejercicio de la oración, buenas obras y el aprovechamiento en la mortificación de las pasiones, puede alargar o estrechar las licencias.

También se debe tener respecto a la edad, mayormente en las doncellas, a las cuales conviene más el recogimiento y encerramiento que a todas las otras condiciones de personas, por el ejemplo de Dina, hija del patriarca Jacob,[121] que tanto mal causó con su poco recogimiento. Y a éstas y a las viudas de menos edad, de que San Pablo hace mención,[122] conviene avisar que no pongan todo su aprovechamiento en solo lo que hacen en la iglesia, sino que trabajen por traer la iglesia a su casa; esto es, que hagan iglesia de los rincones de ella, y que allí tengan todo su trato y comunicación con Dios; como lo hacían en sus cuevas aquellos santos del desierto, que, sin esta comodidad, alcanzaron tan grande perfección; y hurten un pedazo del sueño de la noche para vacar a Dios cuando todas las cosas están en silencio. Y imiten el ejemplo de Santa Catarina de Sena, la cual fue muy maltratada de sus padres porque, como persona que se ataviaba para el esposo del Cielo, cortó los cabellos que tenía muy hermosos. Y enojados de esto sus padres, le quitaron la celda en que se recogía y la hicieron servir en todas las cosas de casa. Mas la santa no perdió por esto nada de su aprovechamiento; porque fabricó en su imaginación una celda y, haciendo cuenta que su padre era Cristo y su madre Nuestra Señora y sus hermanos los apóstoles, andaba tan ocupada en esta imaginación, que no echaba menos la falta de la celda. Y esto mismo acon-

121 Cf. Gen., 34.
122 1 Cor., 7, 8.

sejaba ella a su padre confesor que hiciese. Y algo de esto debrían de hacer las mujeres de poca edad, y salir menos veces a la iglesia; y éstas, acompañadas con personas honradas o con su madre, como San Ambrosio lo escribe de Nuestra Señora.[123] Y aunque, generalmente hablando, no se deba dejar lo bueno por el escándalo que llaman de fariseos, que es de los que contra razón se escandalizan, mas algunas veces será virtud y caridad tener respecto aun a éstos, cuando son flacos, no siendo con notable pérdida nuestra. Lo cual confirma San Bernardo en una de sus epístolas por estas palabras:[124] "De buena voluntad careceré de cualquier provecho espiritual, si no se puede adquirir sin ninguna nota o escándalo. Ca donde hay escándalo, hay detrimento de caridad; y maravillarme hia yo (dice él) que pudiese alcanzar alguna ganancia con el ejercicio espiritual, entreviniendo en él menoscabo de la caridad." Este aviso aunque sea general para todos, pero señaladamente pertenece a las doncellas.

Y así, a éstas como a las casadas, se debe aconsejar que nunca por sus espirituales ejercicios dejen de cumplir con las obligaciones de justicia, que son obedecer y servir enteramente las mujeres a sus maridos y las hijas a sus padres. Porque siempre lo que es de obligación se ha de anteponer a lo que es de voluntad y devoción. Y a todas, en general, se debe aconsejar que las confesiones, cuando son frecuentes, sean breves, por la nota que se da a la gente, diciendo: ¿Qué tiene aquélla que acusarse tan largo espacio?

X. *Avisos para los flacos e imperfectos en la virtud*

Y porque en este sermón no sólo pretendemos animar los flacos, sino también avisarlos de algunas cosas para que estén más libres de peligros y den menos ocasión a los maldicientes de murmurar, apuntaremos aquí algunos documentos. Entre los cuales, uno es avisarles que pongan todo su estudio y diligencia en conocerse, humillarse y aniquilarse en la presencia de Nuestro Señor, acordándose de aquel ejemplo notable del

123 S. Ambros., l. II *de B. Virg.*
124 S. Bern., epist. 82.

gran Antonio, el cual vio todo el mundo lleno de lazos, y espantado de cosa tan grande, exclamó diciendo: ¡Oh quién escapará de tantos lazos! Y en este punto oyó una voz que le dijo: la humildad. Y puede tener el hombre por cierto que nunca hasta hoy el humilde cayó, ni fue desamparado de Dios. Y ninguno hasta hoy se levantó en su pensamiento que no cayese y fuese desamparado. Lo cual confirma Salomón, diciendo:[125] *Antes de la caída se levanta el corazón del hombre.* Y en otro lugar dice:[126] *A la caída precede la soberbia; y al humilde de espíritu sucede la gloria.* Y lo mismo significó el Profeta cuando dijo: *Cuando se levantare en alto el corazón del hombre, Dios se levantará más alto, para derribarlo de su alteza.*[127]

El segundo aviso procede de la misma humildad, que es encubrir el hombre, cuanto le sea posible, sus buenas obras y los favores que recibe de Dios. Lo cual encarece Nuestro Señor tanto que viene a decir[128] *que no sepa una mano lo que hace la otra.* Sabe El muy bien la liviandad de nuestro corazón, el cual compara el santo Job con la hoja del árbol,[129] y con una paja seca, que cualquier soplo de vanidad la menea. Sabe cuán delicado y cuán peligroso es el vicio de la vanagloria; el cual toma ocasión de nuestras mismas virtudes para envanecernos. Los otros vicios se vencen con las virtudes que le son contrarias; mas éste, de las mismas virtudes toma ocasión para levantarnos.[130] Y por esto ni a los mismos confesores, debe el penitente dar parte de las virtudes o favores que ha recibido de Nuestro Señor, si no hubiere alguna particular necesidad para ello.

Otro aviso es contra unas obediencias que suelen dar algunas mujeres devotas a sus padres espirituales. Porque como ellas, por una parte, oyen tanto alabar la virtud de la obediencia y por otra nacen con una inclinación de sujetarse a sus mayores, ambas cosas las inclinan a esta manera de sujeción y obediencia, cuando no tienen otros superiores a quien se sujeten. Y aun-

125 Prov., 18, 12.
126 Cf. Prov., 29, 23.
127 Ps., 63.
128 Mat., 6, 3.
129 Cf. Job., 13, 25.
130 Cf. S. Aug., *in Regul. Monac.*, t. II.

que, generalmente hablando, toda obediencia sea buena, pero ésta es muy peligrosa, porque de ella nace una familiar amistad entre el penitente y el padre espiritual, la cual suele el demonio poco a poco fomentar y atizar de tal manera, que, como Santo Tomás dice,[131] "muchas veces esta amistad espiritual se transforma y muda en carnal". Y debe la persona acordarse y temblar del ejemplo que arriba pusimos, que San Agustín refiere,[132] de la caída de los altos cedros por ocasión de estas amistades espirituales. Basta para las cosas de más peso que suceden tomar consejo con el padre espiritual, cuando es persona para eso; acordándose que está escrito que aunque el hombre tenga muchos amigos con quien esté en paz, *pero el consejero se ha de buscar uno entre mil;* [133] para dar a entender que ha de ser muy escogido a quien habemos de entregar la llave de nuestro corazón y el gobernalle de nuestra vida. Y por dichosa se puede tener una ánima a quien Dios depara tal consejero, porque también éste es don de Dios. Y en pago de sus buenas obras proveyó Nuestro Señor a Cornelio Centurión de semejante consiliario, diciéndole que enviase a llamar a San Pedro, *porque él le diría lo que le convenía hacer para su salvación.*[134]

Otro aviso muy importante es que las personas espirituales ni hagan caso de algunas revelaciones ni las admitan y mucho menos las deseen. Ca en sintiendo el demonio este deseo, luego se transforma en ángel de luz y siembra revelaciones de algunas cosas que pasan en otros lugares de que él da noticia a quien quiere engañar, y también de algunas cosas que están por venir, que él puede alcanzar por conjeturas, conociendo por las causas de los negocios los efectos que pueden suceder de ellas, y muchas veces acierta en algunas cosas de éstas para acreditarse y hacer creer con esto otras falsas y perjudiciales. Y estas revelaciones, son principalmente a personas espirituales, porque a éstas acomete él más veces, mayormente cuando las ve deseosas de saber alguna cosa por vía de revelación. A mis manos llegó un hombre virtuoso, al cual, ha-

131 S. Thm., Opúsc. LXIV, *de peric. famil. mulier.*
132 S. Aug., apud S. Th., *ib.*
133 Eccli., 6, 6.
134 Cf. Act., 10, 5.

biendo hecho muchas oraciones para saber una cosa que deseaba, apareció el demonio en figura de ángel y díjole una grande falsedad; y en esto entendió que aquél era demonio y no ángel. Otra mujer honrada tuvo el mismo deseo de saber de una ánima de un defunto, sobre lo cual hizo muchas oraciones y ayunó muchos días a pan y agua, con lo cual se le desvaneció la cabeza y vino cuasi a perder el seso; y entonces le apareció el demonio, diciéndole que para qué quería saber el estado de las otras ánimas, pues la suya había de ser condenada. Con esta imaginación no sólo vino a perder totalmente el seso, sino (lo que es más para sentir) vino a echarse en un pozo; lo cual pasó así certísimamente en nuestros días. A fray Rufino, uno de los compañeros de San Francisco, apareció el demonio en figura de Cristo crucificado, dándole por consejo que desamparase a San Francisco y se fuese a un monte a hacer vida solitaria para gastar todo el tiempo en oración. Y estuvo tan determinado en esto que, si no entrevinieran muchas lágrimas y oraciones de San Francisco (el cual le mostró que aquel crucifijo era el demonio), todavía pasara adelante su determinación. De semejantes ejemplos que éstos, están llenas las historias de los padres del yermo; mas éstas bastarán agora para que las personas devotas no procuren ni admitan ni hagan caso de revelaciones, antes las tengan por ilusiones y con esto estarán más seguros. Porque si Nuestro Señor quisiere revelar alguna cosa, El dará orden cómo se sepa la verdad de ella.

Otro aviso servirá para algunas mujeres que profesan virtud, encomendándoles el recogimiento de sus casas y que eviten cuanto sea posible, según la condición de su estado, demasiados descursos de unas partes a otras y coman su pan con silencio; porque una de las cosas que Salomón nota en algunas mujeres es que no pueden sufrir la quietud ni tener los pies sosegados en casa, sino andan de una parte a otra. Lo cual es cosa que impide mucho el recogimiento del corazón, porque en el cuerpo inquieto no suele estar el corazón recogido. Y más particularmente eviten en comunicar en casa de señoras nobles, porque como algunas de ellas tienen marido, hijos y hijas, y pretenden casamientos y haciendas para ellos y aun salud en sus en-

fermedades, y tampoco les faltan pleitos y negocios, suelen pedir socorro de oraciones a este linaje de mujeres, y hacerles por esto algunas limosnas. Y entendiendo ellas que estas caridades se les hacen por el olor de la virtud, a veces, procuran de parecer más santas de lo que son, aún de contar algunas revelaciones o favores de Dios; y por aquí halla el demonio entrada para pervertirlas y engañarlas. Por tanto, si son pobres conténtense con un pedazo de pan y trabajen por ganarlo con sus manos; porque así dice San Hierónimo que lo hacía Nuestra Señora, y negocien con Dios lo que les falta, y no anden por casas ajenas vendiendo santidad para ganar de comer.

Juntemos, pues, agora el fin con el principio suplicando a Nuestro Señor que pues El tiene en su mano los corazones de todos los hijos de Adam, El los rija y enderece de tal manera en semejantes ocasiones, que ni pierdan el crédito de la virtud de los buenos ni entibien el buen propósito de los flacos. Y pues El no permite males sino para sacar bienes de ellos, lo que debemos sacar en las caídas de estos nuestros hermanos es conocimiento de nuestra flaqueza y peligro de nuestra vida; pues todos caminamos por un camino, todos navegamos por un mismo mar y todos somos combatidos de los mismos enemigos y, por tanto, en esta vida, no hay seguridad; mayormente siendo tan profundos los juicios de Dios, pues muchos, navegando prósperamente toda la vida, al tiempo de tomar puerto, dieron a la costa. No se alaban, dice San Hierónimo,[135] en el pueblo cristiano los principios sino los fines. Judas comenzó muy bien y fue escogido de Cristo por uno de sus apóstoles; y de apóstol se hizo demonio y acabó tan mal. San Pablo comenzó persiguiendo a la Iglesia y fue, después, el mayor defensor de ella. Por tanto los siervos de Dios en estas caídas públicas (como todos sean de una misma masa) vienen a hacerse más temerosos, más humildes, más cautos y más desconfiados de sí mismos y más confiados en Dios y más rendidos y sujetos a El; pues El solo nos puede guardar de estos peligros.

135 S. Hieron., *in Regul. Monac.*, c. ult. *de poenit. et misericord. Dei.*

Verdad es que, prudentemente examinado este negocio, hallaremos que por maravilla el Santo Oficio tiene que hacer con un hombre derechamente virtuoso sin ningún respecto del mundo; sino su principal negocio es contra los engañadores y burladores y hipócritas, y lobos vestidos en hábito de oveja. Estos son los que castiga. Y este castigo no había de causar en los buenos temor, sino alegría y confianza, viendo las ovejas que tienen pastor que las defiende de los lobos y procura su remedio. Mas, el vulgo ignorante y ciego no sabe examinar estas cosas y de cualquier castigo de éstos toma ocasión para intimidar y enflaquecer a los buenos, habiendo de ser lo contrario.

Esto basta para esta materia; lo demás enseñará el Espíritu Santo que es Maestro de los humildes y tiene contados los cabellos de la cabeza de sus siervos. Al cual sea gloria y honra en los siglos de los siglos. *Amén.*

NIHIL OBSTAT: *Fr. Adulphus* a Matre Dei, C. D., censor. IMPRIMATUR: *Fr. Franciscus*, O. P., Episcopus Salmantinus, Salmanticae 26 novembris 1960.

ESPIRITUALES ESPAÑOLES

Volúmenes publicados:

SERIE A. — TEXTOS

Tomo I. *Fr. Luis de Alarcón, O. S. A.* — CAMINO DEL CIELO. Y DE LA MALDAD Y CEGUEDAD DEL MUNDO. (Ed. y prólogo de A. Custodio Vega, O. S. A.)

Tomo II. *Fr. Agustín Salucio, O. P.* — AVISOS PARA LOS PREDICADORES DEL SANTO EVANGELIO. (Estudio preliminar, edición y apéndices de Álvaro Huerga, O. P.)

Tomo III. *Fr. Juan Falconi, O. de M.* — CAMINO DERECHO PARA EL CIELO. (Ed. e introducción de Elías Gómez, O. de M.)

Tomo IV. *P. Baltasar Álvarez, S. I.* — ESCRITOS ESPIRITUALES. (Introducción biográfica y edición de Camilo M.ª Abad, S. I. y Faustino Boado, S. I.)

Tomo V. *Vble. M. M.ª Antonia de Jesús, O. C. D.* — EDIFICIO ESPIRITUAL. (Ed. e introducción de Fr. Isidoro de San José, O. C. D.)

Tomo VI. *Fr. Hernando de Talavera.* — CATÓLICA IMPUGNACIÓN. (Prólogo de Francisco Márquez. — Ed. de Francisco Martín Hernández.)

Tomo VII. *Doña María Vela y Cueto.* — AUTOBIOGRAFÍA Y LIBRO DE LAS MERCEDES. (Introducción y edición de Olegario González Hernández.)

Tomo VIII. *Juan Bernal Díaz de Luco.* — SOLILOQUIO Y CARTA DESDE TRENTO. (Edición y prólogo de Tomás Marín Martínez.)

Tomo IX. *Fr. Luis de Granada, O. P.* — VIDA DE SOR MARÍA DE LA VISITACIÓN. (Introducción de Álvaro Huerga, O. P. — Prólogo de Sister John Emmanuel Schuyler. — Edición de Bernardo Velado Graña.)

Tomo X. *Mtro. Juan de Ávila.* — AVISOS Y REGLAS CRISTIANAS SOBRE AQUEL VERSO DE DAVID: *Audi, filia.* (Edición de Luis Sala Balust.)

Tomo XI. *Pablo de León, O. P.* — GUÍA DEL CIELO. (Estudio preliminar y edición de Vicente Beltrán de Heredia.)

ESPIRITUALES ESPAÑOLES

Biblioteca patrocinada por el "Centro de estudios de espiritualidad" de la Universidad Pontificia de Salamanca.

Dirigida por:

PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ

De las RR. Academias Española y de la Historia.

LUIS SALA BALUST

Catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca.

Espirituales Españoles pretende dar a conocer las obras maestras, inaccesibles hoy, que en su día estuvieron en gran aprecio y dejaron de entrar hace tiempo en la rutina de los editores. La colección se titula así porque abre los brazos con generosidad a todos los autores cristianos, ascéticos o místicos, especulativos o experimentales, tratadistas o devotos, que en los diversos climas hispanos y en distintos tiempos se afanaron en levantar su espíritu y el de los lectores hasta Dios.

La colección constará de dos series: una (serie A) de TEXTOS, con las obras de nuestros místicos olvidados, a veces inéditas todavía. Incluirá libros escritos en cualquiera de las lenguas de España y se dará siempre en versión castellana. En la otra (serie B) se publicarán las LECTURAS de nuestros mejores autores. En esta serie, además del texto original de las obras no españolas que, leídas por nuestros místicos, influyeron, sin duda, en nuestra espiritualidad, se dará también traducción castellana, y, a ser posible, aquella misma versión clásica, si la hubo, que manejaron nuestros autores.

Cada volumen va precedido por una introducción jugosa y al día, en que un especialista presenta al autor y su obra. Los tomos son manuales y nítidamente presentados. Y para facilidad del lector actual la ortografía ha sido discretamente modernizada según criterio uniforme.

